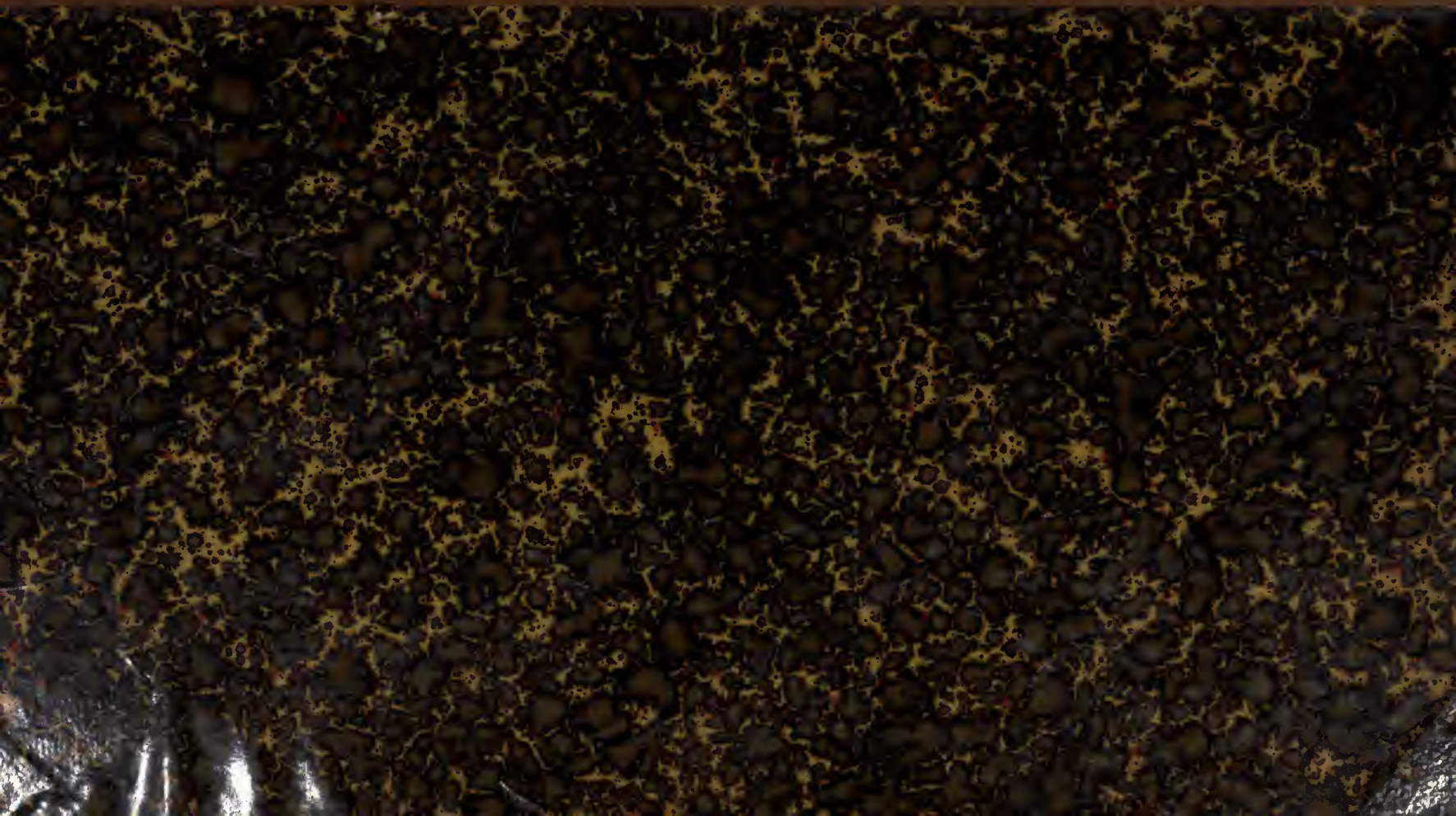
3 1761 08158699 2



ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

HSD

AÑO 17. NUM. 202.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

OCTUBRE 1905

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, núm. 22.—Teléfono 2.000

10.595

463675

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 17 ,
no. 202-04

INFLUENCIA ESPAÑOLA SOBRE LA LITERATURA INGLESA

IX

EL TEATRO ESPAÑOL Y LOS DRAMATURGOS INGLESES

En España, como en el resto del mundo, el drama profano derivó en gran parte de los milagros eclesiásticos representables; y ocurre que el primer ejemplar de literatura castellana, ahora conocido, es un fragmento dramático hacia el cual dirigí la atención en el capítulo primero de este libro. Este fragmento se llama *El auto de los Reyes Magos,* y ya en él se nota el vívido instinto dramático de la raza española. El lenguaje es pulido, pero terso; la historia de los reyes orientales y su visita al Niño Dios, su primitiva incredulidad y su subsiguiente conversión, están desarrollados muy naturalmente con arreglo á los procedimientos dramáticos, aunque el reducido drama no puede haberse escrito antes del siglo XII, y se sabe que fué representado en la catedral de Toledo en el siglo XIII. Los trovadores provenzales se congregaban en esa época en España, en parte á consecuencia de las guerras albigenses; y los juglares, en competencia unos con otros, trataban naturalmente de dar valor dramático á sus canciones, agregándoles música y acción. El famoso código de leyes *Las Siete Partidas*, de Alfonso X, al cual me referí en mi primer capítulo, contiene una serie de reglas que demuestran cuán pronto los juglares y bufones habían introducido elementos profanos aun en las piezas de misterios sagrados, siendo tratados generalmente Judas y el demonio como lo serían los caracteres en una farsa á la antigua usanza. Hablando del clero, el Código del

siglo XIII dice: «No han de jugar á dados ni juegos grotescos ni asistir á ellos ni acompañarse con los jugadores. Los que tal hagan serán echados de la Iglesia».

En Cataluña, como estaba más directamente bajo la influencia francesa é italiana, el drama francamente profano apareció más pronto que en Castilla; y en la corte poética de Juan I de Aragón, en el siglo XIV, el hermano del rey, el príncipe Enrique, gran protector de las letras, fundó una academia ó corporación para la promoción de toda clase de composiciones poéticas, resultado de lo cual sabemos al menos que fué una tragedia, desempeñada ante el rey en 1394, titulada *El hombre enamorado y la mujer contenta*. La primera obra realmente dramática secular que conocemos en Castilla fué escrita por un judío toledano convertido, llamado Rodrigo de Cota, hacia 1470. Está en la forma de un diálogo entre el amor y un viejo. Este último, asustado de Cupido, se retira á un jardín abandonado, donde yace en ruinas un palacio del placer. Aquí se encierra en una pobre choza, para esquivar la persecución del amor. Pero Cupido viene en tan humilde guisa para razonar con él, que se sigue una conversación, resultando, como es natural, que el amor vence y el anciano se somete. El diálogo era adaptado para la representación, pero probablemente se recitaba por una persona sola con cambio de voces y de acción. Lo mismo puede decirse del poema satírico contemporáneo en forma de égloga, titulado *Mingo Revulgo*, en el que un cortesano y un rústico discuten los abusos de la corte y el mal gobierno del país. Pero estos poemas en forma de diálogo eran simples precursores; y si fueron representados escénicamente, tenían poco de los caracteres del drama moderno.

Muy de otro modo ocurría cuando apareció esa gran obra que he mencionado con alguna extensión en mis observaciones sobre la novela: hablo de la *Celestina* ó, para darle su título primitivo, *La tragicomedia de Calixto y Melibea*, que fué escrita en el siglo XV, probablemente por otro judío, Fernando

de Rojas. Era, según todos los intentos y fines, una novela en forma dramática; y como constaba de veintidós actos, era imposible de representar en su integridad. Pero era una verdadera obra dramática en todo, refiriendo el trágico cuento con la inevitable moraleja: de cómo los deseos logrados por medios licenciosos y viciosos se convierten en polvo y cenizas. En el mismo período que la *Celestina*, el poeta Juan de la Encina escribió numerosas églogas ó diálogos pastorales para la recitación, henchidos de espíritu dramático; y tenemos detalles de frecuentes representaciones de estas pequeñas piezas pastorales. Por ejemplo: en el año 1495 se representó una de las églogas de Juan de la Encina, con el siguiente prolijo título: *Égloga representada en la última noche de Carnaval, donde se introducen cuatro pastores llamados Benito, Blas, Pedruelo y Llorente.* Primero entra Benito en el salón, donde están el duque y la duquesa, y comienza á lamentarse mucho porque se murmura que el duque (de Alba), su señor, tiene que ir á la guerra de Francia. Entonces entra Blas y le pregunta la causa de su dolor, que discuten juntos. Luego llaman á Pedruelo, y éste trae las alegres noticias de la paz; Llorente entra entonces, y se une al canto final de regocijo. Este, como se notará, es un drama de motivo sencillísimo, sin la complicada caracterización y acción de la *Celestina;* de suerte que probablemente estaremos en la razón suponiendo que en este período (á fines del siglo xv), los dramas escritos para la representación en la escena sólo abordaban temas muy sencillos, fácilmente comprendidos por personas iliteratas.

El siguiente paso lo dió Bartolomé de Torres Naharro, soldado español de fortuna, que vivió casi toda su vida en Italia. Copiando de las obras dramáticas italianas que vió, escribió ocho comedias, que no sólo estaban realmente adaptadas para la representación, sino que estaban divididas en cinco partes, que llamó «jornadas», y expuso un cuento inteligible por la acción de varios personajes. Estas comedias fueron representadas primero en Nápoles (que pertenecía á España), y pronto

pasaron á España misma. Esto fué en el primer tercio del siglo XVI, cuando la política fiscal y comercial de Fernando é Isabel, junto con el descubrimiento de América y la conquista final de Granada, había sembrado la semilla del lujo y la ociosidad en el pueblo español. Pronto se difundió una perfecta manía por las comedias. Las de Torres Naharro abrieron el camino, y luego vinieron las farsas licenciosas de Castillejo, que se mofaba ingeniosamente de las innovaciones italianas. Las obras eran ejecutadas delante de una manta en un patio, y sin intentar vestir trajes apropiados hasta el siglo XVI, y todos los pueblos de España fueron en lo sucesivo visitados constantemente por actores vagabundos, con comedias adaptadas para los ignorantes y los rudos, porque la corte todavía estaba alejada de esa frivolidad. Del grupo de jefes de esas cuadrillas vagabundas de actores salió uno, Lope de Rueda, un forjador de platero de Sevilla, que escribió sus propias comedias, y, como Shakespeare, las desempeñó él mismo. Era á su modo un genio; un penetrante observador de la vida, con el verdadero ingenio español satírico y malicioso, é inventó lo que después vino á ser en las manos ó, mejor dicho, en los cerebros de sus más insignes sucesores, un medio característico para la manifestación del genio literario español, y sigue siendo hasta hoy una forma dramática popular, á saber: esas farsas intrincadas que se llaman *pasos* ó *entremeses*. Uno, por ejemplo, *La carátula,* refiere la historia de un criado rústico y tonto, que encuentra una careta; su amo le hace creer que es la faz de un ermitaño llamado Diego Suárez, que fué degollado por ladrones asesinos. El pobre criado, asustado, temiendo ser perseguido por el asesino, se hace ermitaño en la celda y traje del que ha sido asesinado, y su amo le asusta con toda clase de absurdos y cuentos insípidos, suponiendo que es el espíritu del ermitaño.

Las comedias de Lope de Rueda fueron muy populares y tuvo muchos imitadores, uno en particular, Juan de la Cueva, que en el tercer cuarto del siglo XVI introdujo en las comedias

españolas lo que después llegó á ser tan característico de ellas por lo general: el elemento fanfarrón y soldadesco que llamamos *capa y espada*, resultado natural del espíritu engendrado por las largas guerras del emperador en toda Europa y la elevación de las armas y las aventuras como el medio profesional de vivir más honrado. El drama fué desde entonces popular y próspero en toda España. En 1852 se establecieron en Madrid dos compañías permanentes de actores, representando en los patios, especialmente barridos y cuidados con este objeto. Veinte años antes de esto había nacido en Madrid un niño, hijo de un cestero, que más tarde llegó á ser uno de los genios más extraordinarios que el mundo ha visto jamás; un hombre cuya facilidad de producción era tan maravillosa que casi parecía increíble, cuyas más rápidas bagatelas están impregnadas de tanto ingenio, invención y facilidad verbal, que una semana de lo que trabajó en toda su vida bastaría para hacer la reputación duradera de otro hombre, como en realidad tres sonetos plagiados de él hicieron principalmente la fama poética del francés Scarron. Aludo á aquel á quien su amigo Cervantes llamó «prodigio de la Naturaleza», Lope de Vega Carpio. La vida de este genio, cuyo cerebro, sin esfuerzo alguno, imaginó la intriga que por espacio de siglo y medio divirtió á toda Europa y dejó profundas huellas sobre el drama hasta nuestros días, fué tan fecunda en aventuras como la de Gil Blas ó Guzmán de Alfarache. Disoluto en su juventud, inmoral aun en su edad madura, bravucón y libertino, encarcelado, desterrado y proscrito, sólo para hacerse más insolente, estando como estaba en el convencimiento de su genio, que sabía que ningún hombre pudo aniquilar; soldado en la Armada española contra Inglaterra, y aun durante esa catástrofe en los borrascosos mares del Norte capaz de escribir versos á centenares; gran épico, entre otras cosas, su vida fué, hasta que la ancianidad le hizo exteriormente decente, cuando se hizo familiar de la Inquisición y sacerdote, una historia de vicio desvergonzado. Pero por espacio de veinte años ó más antes de su muerte su genio ven-

ció. Las piezas dramáticas que él consideraba como puras niñerías, y de las cuales confesó haber escrito quinientas, le llevaron de triunfo en triunfo, y toda España, y muy pronto toda Europa, quedó asombrada con su ilimitada invención y su genio brillante. Fué uno de los espectáculos de Madrid. Cuando volvía de sus deberes sacerdotales en el hospital de caridad, hombres y mujeres se agrupaban á su alrededor para pedir su bendición y turbas asombradas le seguían. Su paseo cotidiano era una procesión, y grabados con su retrato adornaban casi todas las mansiones de la capital (1). En su vejez, desde 1625 á 1635, cuando estaba entre los sesenta y los setenta, Lope de Vega produjo como término medio setenta obras por año.

Decir que todas eran obras maestras sería absurdo, porque no se sabe que existan más de quinientas, y la mayoría de éstas no son para nosotros más que nombres; pero podemos juzgar de la excelencia de este hombre por las pocas de sus comedias que han llegado á ser refranes familiares, y por ellas podemos comprender las cualidades que hacen de su autor el dueño supremo de la escena española por espacio de cuarenta y cinco años al menos, y ante cuya habilidad dramática el mismo Cervantes se vió obligado á retirarse avergonzado y derrotado. Lope escribió un libro que se proponía instruir al pueblo «cómo hacerlo». Pero mientras establece sus reglas, confiesa audazmente que no las sigue. En realidad, Lope era por esencia creador y no crítico en ningún sentido. Escribía por instinto, como deben escribir todos los verdaderos escritores, no por reglas. Describió las modas y caracteres contemporáneos con incansable vivacidad y desenfadada verdad; sus caracteres no eran meros gramófonos que repetían discursos, sino hombres y mujeres que hacían cosas que contribuían á la historia que él había de contar. Porque contar esta historia fué el objeto de Lope, y en esto él y sus sucesores, como indicaré más adelante, diferían de Shakespeare y de su escuela,

(1) Fitzmaurice Kelly, *Taylorian Oxford Lectures*, 1902.

cuyo objeto fué la exposición dramática de la pasión y del carácter.

El drama español y el drama contemporáneo en inglés tenían esto de común, aunque no tuviesen nada más; á saber: que rompían con la tradición clásica y adoptaban una presentación más moderna y más adecuada para los coloquios; pero en los demás puntos fueron desemejantes, porque desemejante es el carácter nacional. El ensueño y la especulación, la meditación consigo mismo, la consideración acerca de las cosas vistas, son las tendencias naturales del carácter inglés. Un inglés necesita abrevarse en los manantiales que hacen girar la noria de la vida humana; necesita comprender las obras, sondear las razones, para la acción. Los españoles, como la mayoría de los pueblos semilatinos, se preocupan poco de eso. Desean ver y participar del movimiento mismo; hablar, disfrutar de la superficie de las cosas mientras puedan; en resumen, seguir las peripecias, llorar con la afligida heroína, verse reflejados en la desinteresada bravura del héroe, reir con el bufón y maldecir al villano.

Como ejemplo de esto, tomaremos una de las más famosas obras semihistóricas de Lope: *La Estrella de Sevilla*. La historia, aunque abarca muchas situaciones, es muy sencilla. Sancho IV de Castilla está visitando á Sevilla por vez primera, y se enamora de una dama llamada Estrella, hermana de Bustos Tavera, un noble joven de la ciudad (1). La dama está enamorada de un caballero llamado Sancho Ortiz, inseparable amigo de su hermano. Cuando el chambelán del rey, Arias, oye que su señor está enamorado de Estrella, indica que debe traerse á palacio al hermano de la dama, Bustos Tavera, y debe halagársele, como medio de ganar á su hermana para el rey.

Cuando Bustos Tavera se presenta delante del rey, igno-

(1) El plan de la obra está aquí extractado del *Spanish Drama*, de G. H. Lewes.

rante de la razón de su cita, se postra á los pies de su soberano y, cuando se le manda levantar, dice:

Que si el Rey se ha de tratar
Como á Santo en el altar,
Digno lugar escogí (1).

El rey, fingiendo estar asombrado de su lealtad, le dice que le hará alcalde de Sevilla, puesto que acaba de vacar y es muy anhelado. Bustos Tavera dice que otros son más merecedores del puesto que él, y lo rehusa. El rey, excesivo en sus elogios, ofrece proporcionar un magnífico partido para su hermana (la de Bustos), y da al mismo Bustos Tavera el privilegio de acceso á todas horas á la cámara real. Pero Bustos Tavera siente malestar. ¿Qué puede significar este real favor?

Sospechoso voy. Quererme
y, sin conocerme, honrarme,
más parece sobornarme
honor que favorecerme.

Arias, el mal consejero del rey, persuade á éste de que le permita sobornar á la criada de Estrella para que le dé acceso á su habitación, y el rey es al fin admitido de incógnito en la casa. Precisamente cuando está parlamentando con la sirvienta desleal, Bustos Tavera entra en casa y sorprende la conjuración tramada para comprometer á su hermana. Saca su espada, y el rey, para salvar su vida, revela quién es. Bustos Tara, en una hermosa escena, finge no creerle, pero con desenfadadas palabras afea su conducta ignominiosa. Permite al rey escapar, y con gran vergüenza y cólera Sancho vuelve á su palacio, diciendo al chambelán Arias cómo ha sido derrotado. Arias le instiga á ejecutar á Bustos Tavera; pero el rey no se atreve á hacerlo porque Bustos es popular y no ha cometido ningún crimen. Arias entonces le aconseja matar dos pájaros de un tiro, y ordenar á Sancho Ortiz, el prometido de Estrella,

(1) A continuación, el autor inserta la elegante y fiel traducción de Lewes, que nosotros suprimimos.—*N. del T.*

que asesine á su hermano Bustos Tavera, su más íntimo amigo. Ortiz es citado, y se le manda matar á una persona, á quien no se nombra, por una ofensa contra el soberano. Con mucha repugnancia y grandes protestas consiente en hacerlo así, y entonces, aterrado, lee en el papel que se le da que el hombre á quien ha de matar es su amigo, el hermano de su amada. Obligado por su promesa al rey, pero en un amago de desesperación, comete el crimen y proclama francamente su culpa. Antes de que pueda suicidarse, como intentaba, es detenido; pero se niega á salvarse, obedeciendo á las órdenes del rey. El rey, atacado de remordimientos, sabe esto, y le ordena divulgarlo todo, bajo pena de muerte. Estrella exige del rey el antiguo derecho á disponer del asesino de su hermano, y el débil rey, conmovido por su dolor y su belleza, le da las llaves de la cárcel. En vez de saciar su venganza en Ortiz, ella le ofrece su libertad, que éste se niega á aceptar; y cuando los jueces le condenan á muerte, á pesar de los esfuerzos del rey en favor suyo, éste ordena que le presenten al prisionero. Se presenta con Estrella y se postra á los pies del rey. Entonces sigue este diálogo conmovedor (1):

ALCAIDE. Ya Sancho Ortiz está aquí.
DON SANCHO. Gran señor, ¿por qué no acabas
con la muerte mis desdichas,
con tu rigor mis desgracias?
Yo maté á Bustos Tavera;
matadme, muera quien mata;
haz, señor, misericordia,
haciendo justicia.
REY. Aguarda.
¿Quién te mandó darle muerte?
DON SANCHO. Un papel.
REY. ¿De quién?
DON SANCHO. Si hablara
el papel, él lo dijera,
que es cosa evidente y clara;
mas los papeles rompidos

(1) El autor traduce fiel y elegantemente, en verso libre, este hermoso pasaje, que nosotros reproducimos del texto español.—*N. del T.*

dan confusas las palabras;
sólo sé que dí la muerte
al hombre que más amaba,
por haberlo prometido.
Mas aquí á tus pies aguarda
Estrella mi muerte heroica,
y aun no es bastante venganza

REY. Estrella, yo os he casado
con un grande de mi casa,
mozo, galán y en Castilla
príncipe y señor de salva;
y en premio desto os pedimos,
con su perdón, nuestra gracia,
que no es justo que se niegue.

ESTRELLA. Ya, señor, si estoy casada,
vaya libre Sancho Ortiz.
No ejecutes mi venganza.

DON SANCHO. ¿Al fin me das el perdón
porque su alteza te casa?

ESTRELLA. Sí, por eso te perdono.

DON SANCHO. ¿Y quedáis así vengada
de mi agravio?

ESTRELLA. Y satisfecha.

DON SANCHO. Pues porque tus esperanzas
se logren, la vida acepto,
aunque morir deseaba.

REY. Id con Dios.

FARFÁN. Mirad, señor,
que así Sevilla se agravia,
y debe morir.

REY. (*A Don Arias.*) ¿Qué haré,
que me apura y acobarda
esta gente?

DON ARIAS. Hablad.

REY. Sevilla,
matadme á mí, que fuí causa
desta muerte. Yo mandé
matalle, y aquesto basta
para su descargo.

DON SANCHO. Sólo
ese descargo aguardaba
mi honor. El rey me mandó
matarle; que yo una hazaña
tan fiera no cometiera
si el rey no me lo mandara.

El rey, conmovido por tal lealtad, ofrece permitir á Estrella y á Ortiz casarse; pero la dama se aterroriza, como es natural, ante la idea de unirse por toda la vida al asesino de su hermano. Ortiz entonces se va á la guerra con los moros, en la esperanza de que le maten, y Estrella contrae un matrimonio sin amor, confiando en morir pronto de pena.

Aunque no he podido dar más que un insignificante fragmento de una comedia de Lope, ésta es un hermoso ejemplar de su género. Se observará que los caracteres en la obra no son otras tantas personas como cualidades personificadas. Están inequívocamente marcadas con sus caracteres desde el momento en que salen á escena y son invariables. El rey es débil é impresionable; Bustos Tavera, la magnanimidad personificada; Sancho Ortiz es la lealtad constante; Arias es la tentación, y Estrella es el amor delicado. La intriga se desarrolla por medio de estas pasiones primarias personificadas. Como sabemos, las personas son arrastradas en la vida real por muchas circunstancias que complican sus primarias pasiones, y las variadas fases de una historia deben desarrollar nuevas manifestaciones del carácter. Pero esto exige la introspección, el paciente meditar y el estudio por parte del autor, lo cual no lo pudieron dar ni Lope ni su sucesor Calderón (más grande que él, según piensan algunos), ni tampoco lo deseaba su público.

Calderón, que murió en 1681, á una edad avanzada, es, ciertamente, más sutil é introspectivo que Lope. Esto se nota más especialmente en *La vida es sueño*, donde se penetra en el misterio y en la filosofía de la vida humana; siendo la intriga de la obra el envenenamiento de un príncipe encarcelado desde su nacimiento, y á quien se coloca en su sitio adecuado, en el trono, diciéndole que su solitario encarcelamiento ha sido un sueño. Cuando vuelve á ser un cruel tirano es envenenado de nuevo, y entra otra vez en la cárcel, diciéndole que su estado real ha sido un sueño. Esta tramoya es, como se recordará, semejante al incidente de Cristóbal Sly en *La fierecilla domada*;

pero era un ardid común en los antiguos cuentos orientales. Acaso la más característica de las obras de Calderón es el hermoso *Alcalde de Zalamea*, que con varias otras comedias suyas, han sido traducidas elegantemente por Eduardo Fitz-Gerald. Crespo, el jefe rústico del pueblo de Zalamea, tiene que acoger á una compañía de soldados en su pueblo, y aloja al capitán Don Alvaro en su casa. Su hijo Juan se indigna de que su padre, rico labrador, se sujete á tener soldados alojados en su casa.

JUAN. ¿Que quieras, siendo tan rico,
vivir á estos hospedajes
sujeto?
CRESPO. ¿Pues cómo puedo
excusarlos ni excusarme?
JUAN. Comprando una ejecutoria.
CRESPO. Dime, por tu vida, ¿hay alguien
que no sepa lo que soy,
si bien de limpio linaje,
hombre llano? No, por cierto:
Pues ¿qué gano yo en comprarle
una ejecutoria al rey,
si no le compro la sangre?
¿Dirán entonces que soy
mejor que ahora? Es dislate.
Pues ¿qué dirán? Que soy noble
por cinco ó seis mil reales.
Y eso es dinero y no es honra;
que honra no la compra nadie.
¿Quieres, aunque sea trivial,
un ejemplillo escucharme?
Es calvo un hombre mil años,
y al cabo dellos se hace
una cabellera. Este,
en opiniones vulgares,
¿deja de ser calvo? No,
pues que dicen al mirarle:
«¡Bien puesta la cabellera
trae fulano!» Pues ¿qué hace,
si aunque no le vean la calva,
todos que la tiene saben?
JUAN. Enmendar su vejación,
remediarse de su parte,

y redimir las molestias
del sol, del hielo y del aire.
CRESPO. Yo no quiero honor postizo,
que el defecto ha de dejarme
en casa. Villanos fueron
mis abuelos y mis padres;
sean villanos mis hijos (1).

El capitán Alvaro recompensa la hospitalidad del labrador inventando una astucia para lograr una entrevista con su linda hija; y el mayor y su hijo encuentrán al capitán en la habitación de la muchacha haciéndole primorosos cumplidos. El hijo comprende la intención, y se indigna; riñe con el capitán, que le desdeña como á un rústico, y el general, Don Lope, parece irritarse mucho de que los campesinos se atrevan á reñir con el oficial del rey. El criado del capitán, sin embargo, cuenta á tontas y á locas toda la historia del ardid, y se manda al capitán á alojarse en otra parte, quedándose el mismo general en casa de Crespo. Aquí se entabla una enérgica conversación en que Crespo demuestra que iguala en orgullo á cualquier noble. En el acto siguiente, el capitán Álvaro rapta á Isabel, la hija de Crespo, después de atar á su padre á un árbol y amordazarlo. El capitán es herido por el hijo de Crespo, y la ultrajada hija vuelve á casa de su desesperado padre, ahora severamente resuelto á la venganza de su honor herido. Se le da la noticia de que ha sido nombrado alcalde, y que el rey entró en el pueblo al día siguiente. Entretanto, él, como mayor, tiene que sentarse á juzgar á su hijo por el asesinato intentado del capitán. Aquí también hay ocasión de venganza. Va á ver al capitán herido, y en un magnífico discurso apela á su nobleza. Elocuentemente y con hermosa dignidad, dice que sólo es un rústico, pero un hombre honrado y rico. Dará todo lo que posee y dejará en su casa un mendigo, sólo con que el capitán casará á la hija cuyo honor ha comprometido. El capitán considera desdeñosamente como una broma que él, no-

(1) *El Alcalde de Zalamea*, jornada primera, escena IX.—*N. del T.*

ble, se case con la hija de un labrador; y entonces Crespo, montando en cólera, ejerce su deber como magistrado, y ordena el arresto del capitán por el rapto de su hija. Mientras está á punto de juzgar al hombre que ha destruído su felicidad, el general, Don Lope, llega y se indigna de que un oficial del rey deba someterse á un juez de pueblo. Pero Crespo es obstinado, y cuando el rey mismo llega se le somete la cuestión, y decide que aunque el capitán es culpable, el alcalde no debe sentenciar á uno de los oficiales del rey, á un noble. Esta es verdaderamente una situación dramática. El alcalde rústico, firme como una roca y digno, inclina su cabeza ante su soberano; y volviéndose, destroza una cortina para mostrar el cuerpo ensangrentado del capitán, y que el alcalde de Zalamea, con sus propias manos, ya ha hecho justicia á su ofensor. ¿Qué importa quién ejecuta la sentencia, pregunta, si el crimen está admitido y probado? Y el rey, conmovido por su entereza de carácter, le hace alcalde para toda la vida.

Aunque Crespo es uno de los caracteres mejor desarrollados del drama español, aquí se observa de nuevo la misma tendencia que hemos indicado. Los caracteres son todos personificaciones de cualidades determinadas, no seres humanos impelidos por emociones complejas. Crespo es la innata nobleza en traje rústico; Don Alvaro, el capitán, es la aristocracia disoluta; Juan, el hijo de Crespo, es la temeraria fogosidad; Isabel es la inocencia rústica, y así sucesivamente. Todos ellos hacen lo que están obligados á hacer viendo sus caracteres determinados, y la historia está elaborada, no por el desarrollo del carácter, sino por la operación de las pasiones primarias, compuestas como seres humanos. Comparad este tratamiento con el que adoptó Shakespeare y sus contemporáneos ingleses. Tomad lo que se llama el relieve cómico, primero. Los *graciosos*, en todos los dramas españoles del mejor período, del cual estoy hablando, son criados traviesos, que iban á servir de ornamento á sus amos por su ingenio astuto y vulgar. No hay diferenciación de ellos. Todos están fabricados en el mismo mol-

de, y desde el principio hasta el fin de la obra, ocurra lo que ocurra, nunca cambian. Salen cuando se requieren, y dicen sus rústicas é ingenuas cosas, y esto es todo. Pero tomad algunos de los relieves cómicos de Shakespeare, y ved la diferencia. Ved cuán infinitas son las formas de Falstaff. ¡Cuán diferente es el tono con que describe maestro Shallow, del que emplea con sus alegres compañeros de la *Cabeza de Jabalí!* ¡Cuán digno, por otra parte, cuando el nuevo rey destruye todas sus esperanzas volviéndole la espalda y enviándole á la cárcel! No sale con pullas y visajes, como pudiera hacerlo un payaso vulgar, sino que pone un semblante satisfecho á Justice Shallow, y se porta como un caballero. Y de nuevo mira á los fanfarrones ebrios, viciosos, en la *Cabeza de Jabalí*, cuando Falstaff muere. ¡Cuán tiernamente narran la muerte de Falstaff! Seguramente, uno de los pasajes más conmovedores en la escritura inglesa es la alusión de la hospedera á su parroquiano muerto. Los cascabeles y la montera están ocultos, y una rápida ojeada demuestra que el payaso es humano. Tomad á Bottom, el tejedor dedicado al teatro; su sorpresa meditabunda, y su poco deseo de contar su encantamiento temporal y su conversión en asno por las hadas. Esto no es elegancia verbal, sino el desarrollo del carácter del hombre. Su delicada sencillez en las escenas de la obra sería afectación, si no viésemos cuán atontado es el hombre. Aún más claramente, porque estriba más directamente en la historia narrada, ha de verse la personalidad de los héroes de Shakespeare. Hamlet, por ejemplo, es una criatura de variaciones, y cada nueva variación ejerce su influencia sobre el desarrollo de la historia. No está sellado de antemano con un carácter permanente, como el Segismundo de Calderón en *La vida es sueño*, ó como Sancho Ortiz en *La Estrella de Sevilla*, de Lope, sino que está impulsado por las circunstancias, como lo son los hombres vivos, y sus cambios reaccionan sobre la historia que le rodea. Mirad á Macbeth. Sabemos que Thane es un hombre débilmente ambicioso, fácilmente guiado y usurero. Ved cómo este carác-

ter se desarrolla con el influjo de su esposa, más enérgica. Ved cómo sus miedos y sus esperanzas le dirigen alternativamente; cómo va de un lado á otro en su instabilidad, mientras sentís que el resultado de la historia depende de la voluntad irresoluta, que está revelándose delante de vosotros. Luego, después que el crimen está cometido, el remordimiento, y cómo su valor natal fluctúa y se hace momentáneamente grande, cuando han de realizarse hazañas viriles al arrostrar al inglés y á sus enemigos. Así ocurre también en las comedias. La tímida y encogida Portia, bajo la influencia de su amor hacia Bassanio, impulsa toda la historia á su fin dramático, desechando su reserva virginal y apareciendo como un joven abogado, con todos los atributos exteriores de un joven, no de una mujer disfrazada. Lo que es cierto de Shakespeare es cierto en algún modo de sus contemporáneos y discípulos: Beaumont y Fletcher, Massinger, Ben Jonson y el resto de ellos. Escribían para un público que deseaban acechar las causas de acción, así como para ver la acción misma; y el carácter humano se utiliza para desarrollar la historia que tienen que contar.

Era inevitable que, cuando España, el país más poderoso y de moda en el siglo XVI, produjo un drama tan nuevo, tan abundante y tan ingenioso, que Europa trajo á España para el material dramático. Para los últimos diez años del siglo XVI y los primeros cuarenta años del siglo XVII, toda España era aficionada á las tablas; la poesía era una obsesión. El rey Felipe IV fué uno de los mayores protectores del drama que ha vivido, y en su corte la literatura, y particularmente la literatura dramática, eran las ocupaciones distinguidas. Es cierto que la influencia directa del drama español sobre Francia fué mayor que sobre Inglaterra, donde dominaba la *novelle* italiana, aunque demostraré más tarde que en un período subsiguiente la influencia se transmitió de Francia á Inglaterra por medio de Molière y sus contemporáneos. Pero ahora deseo más particularmente dirigir la atención al uso considerable hecho

por los dramaturgos ingleses de la época de Shakespeare de las historias inventadas ó adaptadas por los españoles. Como ya he indicado, la deuda estaba vinculada principalmente en las historias y tramas ó piezas de intriga; porque la caracterización era mucho más enérgica en las obras inglesas que en los originales españoles, aunque los ingleses no entrelazasen las intrigas. Es imposible indicar más que unos pocos ejemplos de esa relación, aun de los que conocemos, y un estudio diligente de la inmensa masa de material en ambos idiomas revelaría seguramente muchos otros puntos de contacto, especialmente en el período de que ahora hablaré. Acaso de todos los dramaturgos de la época de Isabel y de Jacobo es Shakespeare el que menos ha tomado directamente de los españoles. En dos ejemplos, á que aludí en un capítulo anterior, tomó sus intrigas de fuentes españolas: *The Two Gentlemen of Verona (Los dos caballeros de Verona)*, donde tomó el incidente de Fietismena de la *Diana* de Montemayor, y *The Taming of the Strum (La fierecilla domada)*, donde se aprovechó de uno de los cuentos del Conde Lucanor, que he reproducido en un capítulo anterior. Pero no cabe duda de que choca á los lectores cuántas veces introduce personajes de nombre español y con caracteres españoles en sus obras, lo cual demuestra, á lo menos, la influencia de lo español sobre la producción literaria en general. Pero más, más que esto, aunque no hay razón para creer que Shakespeare tuviese más que el barniz distinguido de algunas palabras en español, es curioso ver con cuánta frecuencia introduce esas frases en sus obras. Para tomar un solo ejemplo, el del Antiguo (en Ensign Pistol), el soldado fanfarrón que ha mascullado el español en las guerras, y entremezcla con él sus jactanciosas hazañas. En realidad es más que probable que el carácter íntegro de Pistol fué un intencionado bosquejo burlesco de un tipo que parecía representar á los españoles en aquella época, y era conocido en toda Europa, tanto en la vida real como en el grandioso drama español, á saber: el ostentoso capitán español, reclamando con altanería

la distinción personal, vano y fastuoso, pomposo y grandilocuente. Cuando Shakespeare escribió *Henry V*, ese bosquejo burlesco no podía menos de hacerse popular, porque el resentimiento contra España era aún muy vivo y el fanfarrón español era un tipo aceptado de jactancia. Está acostumbrado á amontonar cita sobre cita, á soltar juramentos inoportunos y extrañas amenazas; pero, como es natural, está representado como un abyecto cobarde, y devora el puerro de Fuellen como un nene, porque Inglaterra todavía estaba en guerra con España, y los enemigos rara vez se representan como héroes.

Pero, á mi juicio al menos, otro carácter en Shakespeare lleva señales, no sólo de ser una caricatura de las aspiraciones heroicas, de la afectación caballeresca y del lenguaje extravagante que se suponía caracterizaban á los españoles en general, sino de intentar ser un bosquejo de una persona particular. Hablo del carácter del español Don Adriano Armando en *Love's Labour's Lost* (*Trabajo de amor perdido*). Deseo fijar algo la atención en este punto, porque, que yo sepa, mi teoría es nueva, y la he formado porque he tenido acaso tan buenas ocasiones como cualquier inglés de estudiar los detalles de la persona que, á mi juicio, fué caricaturizado. Hablo de Antonio Pérez, el secretario de Estado desterrado. *Love's Labour's Lost* no puede haberse escrito antes de 1591, y Pérez no escapó de España á Francia hasta Noviembre del mismo año; de suerte que, si no estoy equivocado en mi suposición, los pasajes en que me fijo no pueden haberse introducido en la obra hasta que fué ampliada y parcialmente rehecha para una representación de corte en 1597. Pérez llegó á Inglaterra en el otoño de 1593, y mientras era muy estimado, como es natural, por el partido de la guerra de Essex, desagradó sobremanera á Burghley y á los moderados, que desconfiaban de él, así como la misma Isabel. Todos se mofaron de su afectación y envidiaron su malicioso ingenio. Lady Bacon se sintió vivamente irritada de que su hijo Francisco fuese tan amigo de él. «Un compañero orgulloso, profano, espléndido, cuyo carácter

creo verdaderamente que desaprobaría el Señor Dios»; y uno de los agentes de Antonia Bacon escribe de él en 1594: «Seguramente, como decimos, es un hombre extraño y dondequiera llama la atención... Apenas he oído hablar de él, y sin embargo, no sé cómo, comienzo á admirarle ya». Vivió á costa del conde de Essex, hasta que Enrique IV se enceló é insistió en traerle á sí en el verano de 1595. En Francia y en Inglaterra, como en España, traicionó y vendió á todos los que confiaban en él. Había sido mimado y cuidado hasta tal punto por Enrique IV y por sus amigos ingleses, que sus presunciones y sus caprichos se hicieron insoportables. Cuando se encontró con Essex en Dover disgustó y ofendió finalmente al conde, y desde entonces su estrella declinó en Inglaterra. En Francia todavía se le resistió, aunque finalmente cansó hasta Enrique IV, que le había tratado con honores casi reales. Así que si suponemos que los rasgos especiales de caricatura que identifican á Antonio Armado con Pérez fueron introducidos en la obra cuando fué revisada para la representación de corte en 1597, la razón del bosquejo satírico sobre el favorito caído de Essex se hace evidente. La corte, y sólo la corte, vería la chanza, que nadie se hubiera atrevido á hacer cuando Pérez estaba en su apogeo, tres años antes, porque entonces Pérez hubiera sacado las afiladas garras bajo su traje de terciopelo.

Nadie puede leer muchas cartas publicadas de Pérez, y las famosas *Relaciones*, escritas mientras estaba en Inglaterra, sin identificar numerosos giros afectados de lenguaje con los que se ponen en boca de D. Adriano Armado; y la descripción dada de D. Adriano por el rey de Navarra en la obra, cuadra exactamente á las semblanzas verbales que nos quedan de Antonio Pérez, sacadas de sus propios escritos y los de sus contemporáneos. «Nuestra corte, como sabéis, está hechizada», dice el rey:

> With a refined traveller of Spain,
> A man in all the world's new fashion planted,
> That hath a mint of phrases in his brain:

One who the music of his own vain tongue
Doth ravish, like enchanting harmony;
A man of complements, whom right and wrong
Have chose as umpire of their mutiny:
This child of fancy, that Armado night,
For interim to our studies, shall relate,
In high-born words, the worth of many a knight
From tawny Spain, lost in the world's debate.
How yon delight, my lord, y know not,
But, y protest, y lowe to heir hirn lie,
And y will use hirn for my minstrelsy (1).

El condestable presenta entonces al rey la carta de don Adriano, dando cuenta de la violación por parte del payaso Costard de la orden del rey de que no ha de hacer el amor en su corte. Dejando á un lado las interjecciones del payaso, la carta dice así: «Gran diputado, vicerrector del firmamento y conquistador de Navarra, Dios de la tierra de mi alma y abogado protector del cuerpo. Así es como, asediado por la melancolía color de arena, puse el humor opresor y negro en manos del más sano médico, del aire saludable; y como soy caballero, recurrí al paseo. ¿A qué hora? Poco más ó menos á las seis, cuando las bestias pastan más, los pájaros trinan mejor y los hombres se entregan á esa nutrición que se llama cena. Ese, por lo que toca al tiempo cuándo. Ahora, por lo que atañe al terreno en que, quiero decir, al terreno en que paseaba, se llama tu parque. Luego por el lugar donde, es decir, donde se efectué ese aciago y descabellado acontecimiento, que saca de mi pluma, blanca como la nieve, la tinta color de

(1) «Con un refinado viajero de España, un hombre ajustado á la nueva moda de todo el mundo, que tiene en su cerebro una fábrica de frases; un hombre que arrebata con la música de su propia lengua vana, como con una encantadora armonía; un hombre con todas las perfecciones, á quien lo recto y lo ilegítimo han escogido como árbitro de sus diferencias: este hijo de la fantasía, ese sublime Armado, en el intermedio de nuestros estudios, referirá, en escogidas palabras, las proezas de muchos caballeros de la curtida España, perdidos en el tumulto del mundo. Cómo os agradaré, señores, no lo sé; pero protesto de que me gusta oirle mentir y de que le emplearé en mi coro.»

ébano, que tú aquí ves, contemplas, miras...» Y luego continúa, en igual estilo campanudo, su relación de su captura del payaso Costard por flirtear con Jaquenetta. Esta carta, por absurda que sea su dicción, apenas es una exageración del habitual estilo epistolar de Pérez. Por ejemplo: esto es un breve extracto tomado al azar de una de sus cartas escritas á Enrique IV de Francia desde Inglaterra, diciendo que volverá á Francia porque ha dejado su alma tras sí, y sin ella no puede vivir. «Perdonadme, señor, dice, por el atrevimiento del saludo; pero el alma, señor, tiene sus amores, y emplea saludos como el cuerpo — saludos que traspasan todos los límites del respeto terreno.—Escribo también que Vuestra Majestad puede entretenerse con el idioma español, del cual decís que yo soy vuestro maestro. Seguramente, señor, habéis escogido por maestro un formidable bárbaro: bárbaro en la idea, en la palabra, en todas las cosas. Comprendo, señor, que seáis vos más bien mi maestro, y de vuestra dulce mano recibirá maravillosamente el lustre este tosco guijarro; porque los grandes artífices muestran así su maña en los materiales más bastos; hasta como las almas reales imitan los actos de Dios reparando lo que está destruído por otros, que se atreven á manifestar su siniestro poder usurpando las funciones del Omnipotente». A la hermana de Essex, lady Rich, Pérez envía un par de guantes con esta carta: «Me he condolido tanto de no tener los guantes de piel de perro que vos, señora, deseáis, que mientras no lleguen he resuelto sacrificarme en servicio vuestro y rajar un pedazo de mi propia piel, de la parte más tierna de mi cuerpo, si un armazón grosero como el mío puede tener piel alguna. Hasta tal punto puede llevar el amor y el deseo de servir á una dama, que un hombre se desuelle á sí mismo para hacer guantes para su dama. Mas en mi caso esto es igual que nada, porque hasta el alma se desollaría por la persona que ama...» Y luego Pérez continúa por espacio de dos ó tres páginas entrelazando fatigosas variaciones sobre los perros, las pieles y las almas, en una forma que el mismo don

Adriano Armado no hubiera igualado. Pero hay otra razón además de la semejanza de estilo epistolar, que parece apoyar mi creencia de que Shakespeare caricaturizó personalmente á Pérez en D. Adriano Armado. Pérez se puso varios apodos, pero tenía uno favorito, uno del que nunca se cansó desde el principio hasta el fin, y bajo el cual escribió su libro. Este mote fué *Peregrino, El Peregrino* ó *Rafael Peregrino*. Así firmó en innumerables cartas, y sus afectados juegos de vocablos con este nombre fueron incesantes. Peregrino es y ha sido siempre una palabra muy poco usada en inglés; de suerte que su introducción por Shakespeare, especialmente aplicada á D. Adriano Armado, es significativa. Los dos pedantes eruditos están discutiendo á Armado, y entre ellos describen así á Antonio Pérez:

Sir Nathaniel: Conversé este día (1) con un compañero del rey, intitulado, denominado ó llamado Don Adriano de Armado.

Holofernes: *Novi hominem tanquam te* (2): su carácter es altivo, su discurso magistral, su lengua afilada, su mirar ambicioso, su talante mayestático y su conducta general vana, ridícula y jactanciosa. Es demasiado elegante, demasiado pulido, demasiado singular, demasiado *peregrino*, si así podemos llamarlo.

Sir Nathaniel: Epíteto más singular y escogido.

Cuando Armado entra y se jacta ante los pedantes de su intimidad con el rey de Navarra (3), dice: «Debo decirte que algunas veces—te lo juro—se digna Su Gracia recostarse en mi pobre espalda y con su real dedo atusar mi excremento—mi bigote;—pero dejemos eso. Te juro que no cuento ninguna

(1) Este pedante erudito agrega al *this day* inglés, bastante significativo de por sí, el *quondam* latino, para dar más énfasis á su frase.—*N. del T.*

(2) «Conocí á un hombre como tú».

(3) No debe olvidarse que Enrique IV de Francia era rey de Navarra, y así se le había llamado hasta la muerte de Enrique III.

fábula, sino algún honor especial que Su Grandeza se digna conceder á Armado, soldado, viajero, que ha visto el mundo; pero dejemos eso á un lado».

En la época en que se representó la obra en la corte (1597), Antonio Pérez estaba tan favorecido por Enrique IV que el rey apenas le perdía de vista, y Essex se había ofendido gravemente con la ingratitud de Pérez, que prefirió quedarse en Francia; de suerte que fácilmente se comprende que un bosquejo burlesco sobre el afecto de Enrique hacia él no sería desagradable al protector de Shakespeare en aquella época. Ya han indicado los eruditos shakesperianos que el carácter del judío Shyeck pudo haber sido tomado de aquel famoso judío Dr. Ruy López, médico de la reina Isabel, que después de muchos años de favor se encenagó en la política y fué decapitado por una supuesta tentativa de envenenamiento de la reina en obsequio de los intereses de España. El conde de Essex era su decidido enemigo y fué la causa de su muerte en 1594; todo lo que presentase á un judío como López bajo un aspecto odioso debía agradar al conde y á su camarilla. López figuró seguramente en otras obras después de su muerte: en el *Judío de Malta* y *El Doctor Fausto*, de Marlowe; en *La Dama de Babilonia*, de Dekker; y en *El Juego de ajedrez*, de Middleton. *El Mercader de Venecia* fué representado por vez primera dos meses después de la ejecución de López (7 de Junio de 1594), cuando por todo el país circulaban las noticias referentes al destino del impopular judío. Todos habían sabido que López era un avaro, un hombre voraz y envenenador por profesión, y que se había conformado exteriormente con el cristianismo. Se recordará que cuando Portia, en la escena del debate, exige que Shylock se haga cristiano, él no hace escrúpulo alguno. López, en realidad, era amigo de insistir en su cristianismo, y constantemente habla en sus cartas á los agentes españoles del «gran remedio para el cristianismo» que ha de efectuarse por intermedio suyo. En el cadalso mismo hace una alusión desesperada á su amor á Cristo. Probablemente tenía esto en la

mente Shakespeare cuando pone en boca de Antonio estas palabras:

> The Devil can cite Scripture for his purpose.
> An evil sone producing holy witness
> Is like a villain with a smiling cheek,
> A goodly aple rotten at the heart (1).

Pero fuese poco ó muy influído Shakespeare por el pensamiento español ó los modelos españoles, no cabe duda de que los otros dramaturgos de su época dependieron mucho de España para sus intrigas. Esto ocurrió especialmente con Fletcher y Ben Jonson. Para demostrar cuán rápidamente llegó la literatura española á Inglaterra, diremos que *Don Quixote* fué impreso por primera vez en España en 1605, y en Bruselas en 1607. En ese mismo año de 1607, Jorge Wilkins, el dramaturgo, produjo en Londres una obra llamada *The Miseries of Infant Marriage (Las Miserias del matrimonio infantil)*, en la cual se menciona el combate con un molino, y *Tive Gallans* (*Cinco Galanes*), de Middleton, en el mismo año, también alude á eso. Ben Jonson, que conocía bien el español, se refiere constantemente á *Don Quixote* antes de que se publicase en 1712 la traducción de Skelton. *The Silent Woman* (*La Mujer silenciosa)*, por ejemplo, fué escrita en 1609, y en ella Dauphin pregunta á Fruewit cómo conoce tan bien los secretos de los artificios de las damas, y le suplica que le diga cómo ha de aprenderlos. Fruewit replica: «Sí; pero debéis dejar en vuestra habitación, por espacio de un mes, *Amadís de Gaula* y *Don Quixote*, como acostumbráis á hacer, y salir afuera, donde la cosa es corriente: ir á la corte, á los torneos, á los espectáculos públicos y algunas veces á la iglesia». En *El Alquimista* se hace alusión de nuevo á *Don Quixote*. Fletche, como es natural, conoció el *Don Quixote* tan pronto como cualquiera, porque era un buen erudito español. Lo caricaturizó en su obra *The Kinght of the Burning Pestte* (*El Caballero del Morte-*

(1) «El demonio puede citar la Escritura para sus fines. Un mal alma desembuchando textos santos es como un villano con una mejilla risueña, una manzana dorada podrida por dentro».

ro ardiente), que fué escrito antes de que la traducción de Skelton se publicase en Londres. Fletcher se inspiró mucho para sus intrigas en las *Novelas ejemplares* de Cervantes. Su *Fair Maid of the Yun (La linda muchacha de la posada)* está tomado de *La ilustre fregona; The Chances* (*Los azares)*, de *La Señora Cornelia*; *Rule a Wife and have a Wife* (*Dirigid á una esposa y tendréis una esposa*), de *El Casamiento engañoso. A very woman* (*Una verdadera mujer*), de Fletcher y Massinger, está tomada de *El Amante Liberal. Love's Pilgrimage* (*La peregrinación de amor*) está tomado de *Las dos Doncellas*. Middleton y Rowley convirtieron *La Fuerza de la Sangre* en *The Queen of Corinth* (*La Reina de Corinto*). Los mismos dramatizaron *La Gitanilla*, de Cervantes, convirtiéndola en *The Spanish Gipsy. El Young Admiral* (*El Joven Almirante*), de Shirley, está tomado del *Don Lope de Cardona*, de Lope de Vega; y la melancólica obra de Webster, *The Duchess of Amalfi (La Duquesa de Amalfi*), está tomada ó directamente de la novela italiana del mismo título, original de Bandello, ó de la dramatización de la misma llevada á cabo por Lope de Vega.

Le asombra también á uno el uso frecuente de escenas y personajes españoles en obras de los dramaturgos ingleses de la época de Isabel y de Jacobo, que, aunque no siempre puede señalárseles un origen conocido (porque al menos mil obras de sólo Lope de Vega se han perdido), indican un origen español. El *Gerónimo* y *La Tragedia española* (*Spanish Tragedy*), de Kyd, están saturados de sentimiento español; así el *Cura español* (*Spanish Curate*), de Fletcher. Ben Jonson en su *Alquimista* introduce una escena donde uno de los personajes, miembro de una partida de estafadores, se considera como un noble español, con el fin de intercalar á un joven necio y á su hermana viuda, que ha de casarse con el supuesto español por consideración á la fortuna. La escena está representada medio en español, y muy buen español que es, relativamente; y cuando el supuesto conde es introducido, la pobre é inocente dama que ha de ser engañada pregunta, cuando se le dice que ha de

ser condesa española: «¿Cómo? ¿Eso es mejor que una condesa inglesa?» Después de una expresión de sorpresa, indignado ante tan necia pregunta, el capitán, que está llevando á cabo la estafa, replica: «Preguntad á vuestro cortesano, á vuestro Mesonero de Corte, á vuestra simple modista: todos os dirán... Vuestro potro español es el mejor caballo, vuestra ropilla española el mejor traje, vuestra barba española la mejor cortada, vuestras valonas españolas el mejor adorno, vuestra pavana española el mejor baile, vuestra esencia española en un guante el mejor perfume; y por lo que atañe á vuestra pica y espada española, que hable vuestro pobre capitán». Esto dará idea del extremo á que había llegado en la corte inglesa de la primera mitad del siglo XVII la moda de las cosas españolas, y cómo los dramaturgos, entre otros, bebieron su inspiración en España. Hasta tal punto debe haber ocurrido esto, que llegaban á veces á pedir excusas ante los auditorios ingleses por saquear tantas obras á una nación entonces tan impopular como España, ó, como alternativa, se complacían en hacer despreciables los caracteres más marcadamente españoles y en halagar la vanidad inglesa demostrando cuán superior era la moralidad inglesa á la española. Por ejemplo, en *Rule a Wife and have a Wife*, de Fletcher, el prólogo excusa así el origen de la obra y su tendencia:

> Pleasure abtend ye, and abont ye sit
> The springs of mirth, of fancy, delight and wit
> To stir yon up: do nof your loolts let fall,
> Nor to remembrance our late errors call,
> Because to-day we're Spaniards all again,
> The stoy of our play, our scene, in Spain.
> The errors, too, do not for this cause hate,
> Now we present their virt, and not their State.
> Noz ladies, be not angry if yon sel
> A young, fresh beauty, wanton and too free,
> Seeltz to abuse her husban:—still, tis Spain—
> No such gross errors in *jour* Kindom reign (1).

(1) «Esperad, entreteneos y sentaos, para que os hagan levantar la alegría, la imaginación, el placer y el ingenio; no apartéis vuestras mira-

Así, pues, es evidente que en las épocas más florecientes del drama inglés las intrigas estaban tomadas casi con tanta frecuencia de fuentes españolas como italianas, y especialmente de las primeras en casos en que el origen era un drama en vez de un cuento. Debe admitirse que la tradición se fundaba en el hecho sólido de que los escritores españoles no tenían rival como inventores de intrigas y embrollos para la escena, conservadas mucho después de haber desaparecido de Inglaterra la manía de las cosas españolas. La compañía de actores españoles dirigida por Navarro visitó y representó en Inglaterra durante el reinado de Carlos I y los escritores hispanófilos de su corte, algunos de los cuales he mencionado en un capítulo anterior, y á los cuales aludiré de nuevo, conservaron vivo el culto literario del español hasta que el torrente de la gran rebelión barrió por algún tiempo todas esas vanidades de obras teatrales, y la obscuridad cayó sobre las historias españolas de intriga amorosa que habían entretenido á los ingleses por espacio de sesenta años.

MARTÍN HUME

---

das ni traigáis á la memoria nuestros antiguos errores, porque hoy son españoles otra vez, y la historia de nuestro drama y nuestra escena es en España. No por esta causa aborrezcáis los errores; ahora presentamos su ingenio y no su Estado. Ni os encolericéis, señoras, si veis á una belleza joven y fresca, disoluta y demasiado silenciosa, tratar de engañar á su marido: esto es en España; no existen en *vuestro* reino tan graves errores.»

TIEMPOS DE SIGNIFICADO TRANSLATICIO

Las terminaciones de los tiempos de los verbos, tales como se hallan catalogadas en los paradigmas de las conjugaciones, no son suficientes para satisfacer todas las necesidades de la elocución; por lo cual, esas terminaciones han recibido significaciones translaticias de que, regularmente, no tratan las gramáticas.

Pero su importancia es de tal magnitud, que á indicar cómo puede llenarse el vacío, tienden las observaciones siguientes.

I

De entre las terminaciones de los tiempos de los verbos, unas entrañan seguridad de lo expresado con ellas, y otras solamente expresan su significado como eventual ó probable.

El presente y los pretéritos llevan consigo la idea de lo seguro, y los futuros la de lo inseguro y contingente.

Los tiempos incluídos en los paradigmas del presente de indicativo son los siguientes:

Presente.—Amo, ama, amas, amamos, amáis, aman.
Pretérito imperfecto.—Amaba, amabas, amaba, amábamos, amabais, amaban.
Pretérito simple.—Amé, amaste, amó, amamos, amasteis, amaron.
Pretérito compuesto.—He amado, has amado, ha amado, etc.
Pretérito adverbial.—Hube amado, hubiste amado, hubo amado, etc.
Pluscuamperfecto.—Había amado, habías amado, había amado, etc.
Futuro simple.—Amaré, amarás, amará, amaremos, amaréis, amarán.
Futuro compuesto.—Habré amado, habrás amado, habrá amado, etc.

Indiquemos los significados de esas terminaciones y sus acepciones translaticias.

II

El presente *de indicativo* denota lo que existe, se hace ó sucede actualmente; v. gr.: *yo* SOY; *tú* ESCRIBES; LLUEVE.

Hay, pues, un presente de actualidad.

El presente de indicativo expresa, además, lo que siempre es:

> Los tres ángulos de un triángulo rectilíneo valen dos rectos.
> España y Portugal forman una península.

Hay, pues, otro presente de lo que no varía.

Los futuros tienen todos la condición de contingentes, y, por tanto, manifiestan los hechos con carácter sólo de probabilidad.

Mi hermano llegará mañana

significa que llegará, si no hay cosa que lo impida.

La cosecha será abundante

quiere decir que así es de esperar con gran probabilidad, atendiendo al estado de lozanía en que ahora aparecen los sembrados.

Y hasta cuando se trata de los acontecimientos que consideramos como necesarios, cabe concebir contingencias, si no en cuanto á la totalidad, al menos en cuanto á algunas de las circunstancias. Por ejemplo:

> El penúltimo eclipse total de sol no ocurrió exactamente á la hora calculada por los astrónomos, sino con la diferencia de algunos segundos.

Pero, como según nuestros antecedentes, hay siempre acontecimientos futuros que estimamos como ciertos, empleamos para expresar la seguridad de esta certeza las terminaciones del presente de indicativo (1), con el fin de alejar la idea

(1) Y también de los presentes simples y compuestos.

de contingencia, propia de las terminaciones de los futuros:

> Esta noche salgo para París, y el lunes próximo estoy en Viena.
> El día 12 hay eclipse de luna.

Pues bien: para dar al *futuro* la seguridad que no entrañan las terminaciones que lo expresan, se hace uso del *presente de indicativo*, no porque creamos que pueda ser actual un hecho evidentemente no ocurrido aún, sino para sustituir la probabilidad de lo que haya de acontecer con la certeza de lo que ocurre:

> El eclipse ES el lunes.
> Mañana SALGO para París.
> Si me insultara, lo MATO.

Tenemos, pues, en español (y en otras lenguas) un

futuro de certidumbre,

construído con el *presente de indicativo*, aplicado á hechos que con toda evidencia son de lo porvenir.

Muchas veces el presente sustituye al pretérito simple y al pretérito compuesto:

> Iba la mujer muy descuidada, cuando el loco se le acerca, saca una navaja de grandes dimensiones, le asesta una puñalada en el corazón, y la infeliz cae sin vida.

Hay, pues, un pretérito representado como actual, especialmente cuando el ánimo del narrador se halla vivamente impresionado por lo ocurrido.

Muchas veces hay que hablar de cosas presentes, de las cuales no tenemos certeza, sino probabilidad. En tal caso, para quitar á las terminaciones del presente la seguridad que entrañan, usamos las desinencias del futuro:

> ¿Qué hora *será*?
> Se me ha parado el reloj; pero *serán* las tres.
> Entonces ahora *estará* entrando en Córdoba la familia.
> ¿Dónde *andarán* mis guantes?
> El tiburón *acompaña* á los buques de vela.
> —¿Y á los de vapor?—No lo sé; pero *creeré* que sí.
> He recibido telegrama de Port-Said, y, sin duda, ahora *irá* ya tu hermano por el Canal.

Tenemos, pues, de este modo un

presente de probabilidad

cuando aplicamos á lo presente las terminaciones con que nos referimos á lo por venir:

Ha sacado en las oposiciones el número uno; luego no SERÁ ningún zote.

El presente se usa como imperativo:

Ahora mismo te llevas eso de aquí.
Luego me traes sellos para estas cartas.

El imperativo, por referirse á tiempo futuro, es por su índole eventual. Y para dar idea de perentoriedad y de certeza á lo que se manda, se emplean las terminaciones del presente.

III

El *pretérito imperfecto* indica la simultaneidad de dos actos; esto es, haber sido presente la acción de un verbo, coincidente con otra acción ya pasada:

Llegó mi hermano cuando yo le ESCRIBÍA;

esto es, *cuando estaba yo escribiéndole*. El pretérito imperfecto *escribía* expresa una acción que era de tiempo presente cuando llegó el hermano.

El pretérito imperfecto manifiesta la simultaneidad de dos hechos ocurridos:

Yo escribía mientras tú estudiabas.
Yo leía mientras tú jugabas.

Pero si uno de dos hechos es instantáneo, ese hecho no puede estar en pretérito imperfecto.

Para ser pretérito imperfecto es preciso que el hecho se refiera:

1.° A una duración ya terminada.
2.° No instantánea.
3.° Pero sí simultánea con un pasado conocido:

Ella estaba presente cuando al marido le pegaron un tiro.

El *pegar* el tiro fué simultáneo del *estar* presente; mas para hablar del disparo no puede usarse del pretérito imperfecto. Así, no cabe decir

oía el disparo cuando le pegaban el tiro,

sino

oyó el disparo cuando le pegaron el tiro.

El pretérito simple, pues, hace oficios de pretérito imperfecto, ó sea de simultaneidad, cuando se habla de cosas instantáneas.

El pretérito imperfecto sustituye á las locuciones condicionadas, en que se emplea la terminación *ría*. Así, en vez de decir

si no lloviese tanto me iría á pie,

se dice también

si no lloviese tanto me iba á pie,

á fin de dar la seguridad de lo pretérito á la incertidumbre propia de toda expresión condicionada, que por lo mismo de ser condicionada puede no ocurrir si falta la condición.

El pretérito imperfecto, pues, expresa la seguridad de que ocurriría un hecho condicionado.

IV

Se usa del pretérito simple para dar á lo que ha de ocurrir irremisiblemente la seguridad de que carecen las desinencias de lo futuro, que siempre indican lo contingente y eventual.

Si viésemos caer de lo alto de una torre á un infeliz, exclamaríamos llenos de horror, aun antes de que llegara al suelo:

¡se mató!

no porque creyésemos que ya estaba muerto, sino para expresar nuestra seguridad de que había de morir.

Así también, cuando un Gobierno pierde una votación de las que producen crisis total, dicen los periódicos, aun antes de que dimitan los ministros:

¡El Gobierno murió en la sesión de ayer!

***

Por el contrario, cuando creemos que una cosa ha sucedido, aunque sin estar ciertos de ello, no usamos las formas del pretérito, porque éstas entrañan la necesidad propia de todo lo que ya ha acaecido, sino el futuro compuesto, para dar á entender, no que la cosa ha de ocurrir, sino que con toda probabilidad se ha verificado ya:

¿Habrá ya muerto el general?
Ya habrá muerto;

en lugar de decir

tengo por casi seguro que ha fallecido ya.

Hay, pues, en español, un verdadero

pretérito de probabilidad,

empleando el *futuro compuesto* con aplicación á cosas que estimamos ya como sucedidas.

Bien *habrá visto* el lector (1)
en hostería ó convento
un artificioso invento
para andar el asador.

(1) En lugar de

Sin duda que el lector está harto de ver en las hosterías ó en los conventos un artificioso invento para hacer dar vueltas al asador.

Rueda de madera es
con escalones, y un perro
metido en aquel encierro
le da vueltas con los pies.

IRIARTE

En este ejemplo y en todos los de su especie, se usa el futuro compuesto para hablar de cosas que creemos pasadas, pero de cuya realización no estamos completamente ciertos. Y se usa de las formas del futuro, porque cuanto conjeturemos que ha de suceder se nos representa como contingente, y, por tanto, sólo como probable.

Pero, fuera de estos casos, el pretérito perfecto indica un futuro anterior á otro.

Cuando yo haya acabado mi carrera, ya habrás tú recibido el grado de doctor.

V

El pluscuamperfecto manifiesta que una cosa había ya ocurrido antes de ocurrir otra:

Él había llegado á París cuando yo empecé á estudiar.

Los dos hechos tienen la seguridad que entraña todo lo pasado; y si queremos no expresar una seguridad absoluta, nos es forzoso acudir á otro pretérito pluscuamperfecto acabado en

ARA ó IERA

amara, temiera, partiera,

bastante usado en poesía:

Y ¡oh mengua! ¡oh vilipendio! los que OSARAN
señores proclamarse de la tierra,
las célebres legiones
que desde el Nilo al Báltico LLEVARAN
la asolación y espanto de la guerra...

MARTÍNEZ DE LA ROSA

En prosa no se emplea tanto este otro pluscuamperfecto:

> El sobrenombre de gaditano le vino *de que en Cádiz se* DIERA PRIMERAMENTE *á conocer*.

Hace medio siglo se tuvo por mala práctica la de sustituir con los tiempos en

ara ó iera

la primera fórmula del pretérito perfecto,

amé, temí, partí,

y sólo se estimaba como correcta la sustitución del pluscuamperfecto

había amado,
había tenido,
había partido,

dándose por razón que las terminaciones

ra, ras, ra, ramos, rais, ran,
iera, ieras, iera, iéramos, ierais, ieran

debían considerarse como derivaciones inmediatas de las desinencias

ĕram, ĕrās, ĕrāt, ĕrāmŭs, ĕrātĭs, ĕrant,

del pluscuamperfecto latino.

En este sentido dijo ESPRONCEDA:

> ¡¡Cuán solitaria la Nación que un día
> POBLARA inmensa gente!!

Ahora, autores muy distinguidos no repugnan este uso, que admite la Academia.

VI

El presente de subjuntivo se usa como futuro en expresiones adverbiales con los adverbios

cuando,
así que,
no bien,
apenas...;

por ejemplo:

cuando llegue tu hermano, le pagarás;
así que llegue tu hermano, le pagarás;
no bien llegue tu hermano, págale;
en cuanto llegue tu hermano, le pagas, etc.

Hay, pues, un futuro de carácter adverbial que se construye con el llamado presente de subjuntivo.

VII

El futuro imperfecto de indicativo se usa como imperativo:

honrarás padre y madre,
no matarás.

También se usa como imperativo el presente de infinitivo:

no matar,
no levantar falso testimonio ni mentir.

VIII

Del estudio hecho de los significados directos propios de las terminaciones de los verbos y los significados translaticios á que ha habido que recurrir para satisfacer las necesidades de la elocución, resulta que los tiempos se clasifican como sigue:

PRESENTE

De actualidad	Escribo, leo.
De permanencia	España y Portugal son una península.
De probabilidad	¿Qué hora será?
De mandato.....	Ahora mismo te llevas eso de aquí.

PRETÉRITO IMPERFECTO

De simultaneidad....	Yo leía mientras tú jugabas.
De instantaneidad....	Yo estaba presente cuando sonó el disparo

PRETÉRITO

De probabilidad ..... Ya habrá muerto el General.
De presencia..... La infeliz iba descuidada, y en cuanto el loco la ve trata de agredirla.
Simple ..... Llegué, ví, vencí.
Compuesto..... He escrito un drama.
Pluscuamperfecto con HABÍA..... Ya había él pagado cuando le envié el dinero.
Pluscuamperfecto con ARA *ó* IERA ..... Las legiones que llevaran el espanto de la guerra.

FUTURO

Común ..... Iré, vendrá, lloverá.
Certidumbre..... Mañana salgo para París. / Se mató.
Imperativo..... Honrarás padre y madre. / No matarás. / No matar.
Condicional ..... Si no lloviese tanto, me iba á pie.
Compuesto..... Ya habrá recibido el grado de Doctor cuando yo haya concluído mi carrera.

Hay además (aunque malamente incluído en el indicativo) un pretérito adverbial:

Apenas hube recibido la carta, salí á pagar la deuda.

Y existe también un futuro adverbial, con el llamado presente de subjuntivo:

Cuando *llegue* tu hermano, le pagas.
No bien *llegue* tu hermano, págale.
Así que *llegue* tu hermano, le pagarás, etc.

Como se ve, los tiempos correspondientes al indicativo, contando los naturales y los translaticios, ascienden al número de veinte.

Este estudio de los tiempos merece especialísima atención.

E. Benot

RECUERDOS

El espíritu aristocrático ha dominado por mucho tiempo, mejor dijera por muchos siglos, en la Historia.

Se referían minuciosamente la vida y los hechos de los grandes personajes, de reyes, de emperadores, del conquistador, del tirano, y, por de contado, de la sociedad no tomaba la historia más que el gran oleaje de la superficie: guerras y conquistas, derrotas y victorias.

Y, sin embargo, en las razas, en los Estados, más importancia que los aparentes movimientos de la superficie tienen las masas inmensas que rellenan los abismos; la historia de una gota de agua y todas las historias de todas las gotas de agua importan más que las que oscilan en la parte superior; y es más: de gotas de agua se compone también el oleaje que vemos, como de gotas de agua se componen las inmensas corrientes submarinas.

La primera protesta contra el espíritu aristocrático de la Historia, contra las historias de unos cuantos privilegiados de la vida, la encontramos en el teatro y en las novelas, en cuentos y en leyendas.

El teatro también empieza por la tragedia, es decir, por la historia de dioses y de héroes: de los poderosos, en suma; pero luego aparece la comedia, que es la historia imaginaria de las clases inferiores ó de las clases medias, y en la vida moderna la novela representa un papel importantísimo, y la novela y el drama, que es la tragedia en que no entran reyes, aunque

por excepción entren, toman un desarrollo enorme y despiertan el mayor interés en todas las clases sociales.

Pero, al fin y al cabo, en estas formas literarias, á menos que la novela no tenga cierto carácter histórico, los personajes son imaginarios; cuando más, son tipos ó símbolos de una gran clase, y nunca han existido más que en la fantasía del novelista ó del dramaturgo.

Miles y miles, millones y millones, casi todos los seres humanos, tuvieron historia, historia propia, no historia fingida; sufrieron y gozaron, si es que gozaron, que lo que es sufrir, sufrieron de seguro; y, sin embargo, nunca tendrán historia, porque en rigor no es fácil escribir en cada siglo las historias de unos cuantos centenares de millones de seres, y además serían muy vulgares y muy aburridas; pero á ser posible escribirlas, ¡qué instructivas serían! El sér humano en acción, lo concreto en vez de lo abstracto: D. Fulano de Tal, que nació en tal parte, y vivió tantos años, y fué esto y lo otro, y que era bueno ó era malo, ó, mejor dicho, que tal año hizo tal picardía, y tal otro, sin que nadie lo supiese, tuvo un arranque sublime que le duró de tal hora á tal hora, y al fin murió de un empacho, ó de una caída, ó de un enfriamiento.

Todos estos centenares de millones de seres que se agitan unos cuantos años para ceder el puesto á otras generaciones, para algo habrán existido y algún rastro habrán dejado, y, aunque se sepa acerca de ellos muy poca cosa, todos juntos, con sus pequeñeces, y sus vulgaridades, y sus retorcimientos de horror, y sus gritos de alegría, es seguro que habrán formado una fuerza poderosísima, incontrastable, superior á todas las potencias visibles de la tierra, y que ellos habrán dado carácter á toda una civilización y habrán continuado ó habrán torcido su curso; y es claro que en esta masa los comprendo á todos: al sabio como al ignorante, al tierno de corazón como al egoísta, al laborioso como al holgazán. Es hombre, pues es gota de agua del Océano, y por su parte alícuota influye en la evolución total, ya se meza, ya oscile en lo alto de una ola,

ya se deshaga en espuma, ya viaje por un río submarino, ya se quede en una charca del abismo, pegado á la hoja de un invisible vegetal.

Por eso yo, en mi modesta esfera, al ir relatando estos insignificantes recuerdos, siempre que me encuentre con un amigo ó conocido del cual sepa la historia, y cuyo carácter me parezca curioso, referiré su historia con todas las precauciones que me inspire mi discreción cuando la discreción lo exija.

Por eso en la crónica anterior, ó creo que en la penúltima, empecé á relatar algunos sucesos de mi amigo Joaquín C., y en este artículo he de dar fin al episodio, refiriendo su boda y su muerte.

Digno de estudio y tipo notable para un novelista de la escuela moderna era mi pobre amigo, y las circunstancias de su casamiento demuestran todo lo que había en él de bueno y de malo, de noble y de disparatado.

Después de obtener la cátedra que dije, mi amigo Joaquín se marchó á desempeñarla á una capital de provincia, á la que no llamaré H porque esta letra se ha vulgarizado demasiado y ha caído muy en descrédito; pero la llamaré X, que es letra que está en auge desde los célebres rayos Roentgen.

En X vivía Joaquín con un sueldo modesto de unos diez mil reales y con lo que sacaba de algunas lecciones particulares de matemáticas: de lo que más había odiado él siempre era de lo que ganaba para vivir.

No vivía de ninguna pensión que hubiera ganado por actos humanitarios, como en la aventura del incendio que referí en otro lugar, sino de aquellas lecciones de geometría que tanto le repugnaban y que abandonaba gustoso para ir á mover la bomba en un fuego de la villa, del que salía sin la gratitud de nadie y con una tanda de golpes de los agentes del Orden público.

Apenas ganaría con todo unos catorce mil reales; pero tenía bastante, porque era modestísimo, y hasta llegó á tener sus ahorros á los pocos años.

Era compañero suyo en el profesorado un señor de alguna más edad, á quien llamaré D. Luis para mayor claridad de la narración; que nosotros los autores dramáticos la primera necesidad que sentimos es la de dar nombre á los personajes, y aun el primer problema que tenemos que resolver, no siempre sin algunas dificultades y hasta disgustos, como referiré cuando llegue el momento oportuno.

Por ahora llamemos D. Luis al amigo del héroe de este episodio.

Este D. Luis tenía una hermana, que por razones iguales á las precedentes llamaré Ramona.

Ramona, que ni siquiera se atrevía nadie á llamarla Ramoncita, pasaba ya de los cuarenta: era fea y vulgar; buena mujer, eso sí, pero con bondad que nada tenía de artística.

Cuerpo vulgar, cara vulgar, afeada por los años y por carencia de todo idealismo de espíritu; capaz de cariño, pero cariño tranquilo, cumpliendo sus deberes caseros con regularidad automática.

En suma: una buena mujer de su casa, honrada y hacendosa, pero sin ningún destello romántico ni en su envolvente material ni en su espíritu tranquilo.

Se la podía respetar y hasta llegar á profesarla cierto afecto, pero sin que inspirara á nadie gran interés; y no se lo inspiró á Joaquín tampoco.

Ramona, desde que murieron sus padres, vivió en compañía de su hermano, sirviendo á D. Luis con esmero y cariño; pero todo mesurado y regular.

Nunca había tenido novio ni había pensado jamás en casarse; que careciendo de atractivos como carecía, y siendo pobre, hubiérase creído que era empresa imposible.

Todo esto lo sé, no por observación mía directa, sino por relaciones concordantes de muchas personas, y en especial por referencias circunstanciadas del mismo Joaquín.

Yo no conocía á Ramona; es decir, no la conocía antes de

casada: la vi después dos ó tres veces, y el original concordaba admirablemente con la copia.

Sin embargo, diré, en honor á la verdad y como circunstancia atenuante de la locura de mi amigo, que su esposa Ramona me pareció simpática por lo humilde, y, conociendo la historia, casi me enternecía: parecíame que la pobre mujer estaba abrumada y hasta avergonzada de tener á Joaquín por esposo.

Por todos los poros de su desgarbado cuerpo y de su cara prosaica brotaba no sé qué efluvio de humildad que, si hubiera podido traducirse en palabras, hubiera dicho así: Ya sé que no merezco á Joaquín, que soy más vieja que él, que soy fea y él es guapo, que soy ignorante y él sabe mucho; pero ¡qué remedio, si he tenido esa suerte! No se ofendan ustedes conmigo, que no lo hice á mal hacer, y yo no puedo hacer otra cosa que agradecérselo; que nos echó su bendición el cura, y ya somos marido y mujer.

De todas maneras, ello fué que tuvieron un hijo monísimo y de mucho talento.

¿Qué fué de él? No lo sé. Le vi dos veces, le perdí de vista; tenía cinco años, y ya le enseñaba matemáticas su padre; ¡él, que tanto las había odiado! Estoy seguro que fueron aquellos los instantes más dichosos de su vida, acaso los únicos: y se murió á tiempo el pobre Joaquín, antes de que empezaran las tristezas.

***

Pero vamos á la boda.

Vamos á ver cómo se unieron aquellos dos seres tan opuestos: él, todo idealismo, todo romanticismo, todo desequilibrio, volando siempre por lo azul, acabando cada revuelo por un porrazo, mezclando las nubes diáfanas con los chichones amoratados, lo más sublime con lo más prosaico, y á veces hasta con lo más ridículo; ella, tranquila, reposada, sin elevar sus pies una pulgada del suelo, arrastrándolos más bien, pasando

sin impaciencia del puchero de la cocina á la cesta de la labor, sin haber visto nunca ningún drama ni más sangre real ó fingida que la de algún pinchazo en sus propios dedos al repasar la ropa de su hermano.

Sólo con mirar á los ojos de uno y otro aparecía el contraste.

Él tenía unos ojos negros hermosísimos y un pelo negro en ondas, que cualquier autor melenudo lo hubiera tomado á gusto para el héroe siniestro de algún drama á lo Biron.

Ella tenía unos ojos pequeños, azules y desteñidos, de esclavo resignado, y un pelo castaño tan modesto como toda su persona, liso y unido y sin la menor ondulación artística.

Se conocieron porque Joaquín iba con frecuencia á casa de D. Luis; se trataron con cierta franqueza amistosa; ni él se enamoró nunca de ella, ni ella soñó en casarse con él, y así pasaron dos años.

Pero Ramona se puso muy mala, se desmejoró la pobre todo lo que podía desmejorarse; dijeron si estaba tísica, y al llegar el verano los médicos le aconsejaron á D. Luis que llevase á su hermana á no sé qué baños.

D. Luis se resistía, porque era interrumpir por veinte días ó por un mes sus ocupaciones y sus trabajos; pero al fin cedió, y Joaquín, por uno de aquellos arranques de afecto y de simpatía, que tan funestos le fueron siempre, les dijo que él les acompañaría, ya que el balneario estaba á poca distancia de X; que él ayudaría á D. Luis á cuidar de Ramona; que él era un gran enfermero, y que había cuidado muchas veces á tísicos, virolentos y tifoideos; en fin, que no sólo era enfermero, sino que estaba convencido que hubiera hecho una perfecta hermana de la caridad.

Sus exageraciones de siempre.

En fin, que juntos se fueron los tres, D. Luis, Ramona y Joaquín, al balneario en cuestión.

***

Y el pobre Joaquín cumplió su palabra, y la cumplió con exceso.

¡Qué solícito con Ramona, qué cariñoso siempre con ella, acompañándola á todas partes, paseándose muchas veces los dos solos, porque solos los dejaba D. Luis, que se aburría en compañía de su hermana!

Cayó enferma Ramona, gravemente enferma, prolongándose con este motivo más de un mes la estancia en el balneario, y en aquella enfermedad Joaquín veló á la enferma muchísimas noches.

En suma:. que todo el mundo creyó en el balneario que eran novios, y como había no pocas familias de X, á X llevaron la inverosímil noticia, pero como cosa segura. Todo el mundo se decía: «¿Saben ustedes? Se casan Joaquín y Ramona».

Gran compromiso y suprema angustia para mi pobre amigo, dadas sus condiciones de carácter.

Se le metió en la cabeza, y ¡Dios sabe si su cabeza era dura!, que había comprometido gravemente, con su conducta y su asiduidad, la honra y el porvenir de aquella mujer. Que había sido una traición para con su amigo D. Luis. Que desentenderse de un compromiso que, aunque no existía, las apariencias abonaban como cierto, era portarse como un mal caballero. Que aunque él nunca tuvo mala intención, y jamás le había dirigido una palabra de amor á Ramona, con su ligereza había dado ocasión de que todo el mundo lo creyese. Y, en suma, tal trifulca de ideas sin verdadera base, de remordimientos que no existían, de arranques caballerescos y ridículos, de exageraciones y fantasías, se le metieron entre seso y seso á mi amigo, que, desesperado y heroico, pidió la mano de Ramona y se casó con ella.

Si esto escribiese un novelista, la crítica le acusaría de haber creado un personaje absurdo, inverosímil ó imbécil; y, sin embargo, este personaje ha existido, ha sido un sér de carne y hueso, y no era un imbécil, sino un hombre de talento, una especie de ridículo Quijote de la burguesía. Y todo lo que yo

he contado de él, y muchas cosas más que pudiera contar, no tendrán nada de artísticas, pero son fotografías de geométrica exactitud.

A mí mismo, aunque yo por entonces no pensase las cosas que ahora pienso, me parecía muchas veces que Joaquín era un sér inverosímil; y es que de la verosimilitud sólo cuidan los novelistas y los dramaturgos: por eso sus obras parecen muchas veces artificiosas, porque cuidan de justificarlo todo dentro de la lógica; y la naturaleza, ó digamos la realidad, no tiene para qué cuidarse ni de la verosimilitud ni de la lógica. Si le dice un crítico: «pero, señora Realidad, eso que usted ha hecho es inverosímil de todo punto», ella podría contestar si se dignase: «más inverosímil es usted, señor crítico, por lo imbécil, y, sin embargo, usted existe, y es obra mía, que fabrico toda clase de muñecos, y con el mismo barro un mentecato y un sabio».

Joaquín era á veces un impulsivo, no para el crimen, pero sí para muchos actos de la vida; es decir, que, ó reflexionaba demasiado, y á fuerza de reflexionar y de apurar las cosas y de sacarlas de quicio hacía disparates, ó bien no pensaba lo que hacía, y tomaba por impulso inconsciente resoluciones tan desatinadas como las primeras.

Recuerdo que una vez le habían regalado á la madre de Joaquín un precioso muñeco de porcelana, de algún valor, que encantó sobremanera á la buena señora, y que todos los que estábamos presentes, su hijo inclusive, alabamos como obra artística, refinada y espiritual.

Pero surgió una disputa: decían unos que la porcelana era maciza; sostenían otros que se componía de una capa poco espesa y que era hueca casi toda ella.

—Pronto salimos de la duda—dijo Joaquín con gran seriedad; y cogiendo el muñeco con sus fuertes manazas de gimnasta, sujetó el cuerpo como en un torniquete con la mano izquierda, y con el pulgar y el índice de la derecha cogió la cabeza y la retorció, separándola del cuerpo; y mirando impasi-

ble aquélla y éste, dijo con satisfacción, como el que acaba de resolver un problema:

—En efecto, tenían ustedes razón: es hueco.

Todo esto pasó con gran rapidez y sin que nadie pudiera impedirlo, porque nadie sospechaba la disparatada experiencia de Joaquín.

La madre lanzó un grito de espanto, increpándole con estas palabras:

—¡Estúpido, imbécil, mal intencionado! ¿qué has hecho? Tú eres un loco; bien dice tu padre que eres un loco; tus bromas son las de un malvado.

—Eso es, eso es, grite usted malvado porque le rompo la cabeza á un muñeco de barro.

—No es barro, es porcelana.

—Lo mismo da, mamá. ¿Usted no sabe que la porcelana sale también del barro?

Y aquí, con toda seriedad y haciendo alarde de sus conocimientos de ingeniero y de técnico, empezó á explicarnos á su madre y á todos cómo se fabricaban aquellos muñequitos y toda la parte técnica de la porcelana de Sèvres y de Sajonia.

—Pedantón—concluyó por llamarle su madre; y se marchó casi llorando.

Pues esto mismo hizo en la vida con su propia persona: más de una vez se rompió la propia cabeza para ver si estaba hueca.

No estaba hueca, sino rellena de una masa encefálica muy densa, pero muy revuelta.

Recuerdo, y sea éste el último recuerdo de mi pobre amigo, que una mañana fuí á buscarle para ir juntos á clase.

—No puedo—me dijo en tono misterioso y un tanto sombrío:—tengo que hacer una cosa de mucha importancia.

—¿Qué vas á hacer? ¿algún disparate?

—Puede ser: por eso no te lo digo. Y acaso hay peligro: por eso no digo que me acompañes. Hasta luego.—Y se marchó.

Y, cosa curiosa, vi que se llevaba un gran pañuelo de color, cuidadosamente doblado.

Al acabar la clase volví á su casa, porque estaba yo algo inquieto pensando qué clase de disparate habría proyectado Joaquín.

No estaba, pero decidí esperarle, y al cabo de mucho rato llegó agitado, nervioso, pálido, cubierto de sudor y anhelante.

—Pero ¿de dónde vienes? ¿qué te ha pasado?—le pregunté?

—Mira—me dijo con tono trágico; y sobre una mesa echó el pañuelo de color que le vi sacar aquella mañana. Venía atado, húmedo, y dentro traía algo blando.

—¿Qué es eso?—le dije.

—Una reliquia—me contestó él con tono solemne. Y, desatando los nudos, puso al descubierto el contenido.

Eran, al parecer, unos puñados de tierra, apelotonados á trozos, con una substancia pegajosa y que manchaba los dedos de rojo.

Miré todo aquello con recelo, é instintivamente me separé.

—Pero ¿qué traes ahí? ¿qué es esto? Parece tierra manchada de sangre.

—Tú lo has dicho. La primera sangre republicana que se ha vertido en España.

Me explicaré para que el lector me entienda.

Eran los tiempos de Narváez, si no recuerdo mal; ocurrió no sé qué motín ó revolución ó sublevación militar, y aquella mañana, fuera de la Puerta de Alcalá, cerca de la antigua Plaza de Toros, se habían fusilado unos cuantos hombres, militares y paisanos.

Ya digo que mis ideas andan aquí un poco confusas: debió ser del 49 al 50, y aun creo que era presidente del Consejo de Ministros el general Narváez.

A Joaquín, que era muy dado á la política y que se daba por muy enterado de todo, porque oía en casa de su padre, que

era progresista, muchas discusiones, se le aferró la idea de que en el fondo aquel movimiento había sido republicano, y en seguida se le ocurrió esta otra idea: la de conservar algunas gotas de aquella sangre vertida por una causa que entonces no tenía eco ninguno en España. No te quede duda, Pepe:

—Yo necesito un recuerdo de esos fusilamientos.

Y salió aquella mañana, y estuvo rondando por el sitio de la ejecución; y estuvo esperando á que se llevasen los cadáveres; y como era un chiquillo, de quien hicieron poco caso, se escurrió como pudo, recogió unos cuantos puñados de tierra empapada en sangre, los envolvió en el pañuelo, y escapó muy aprisa.

Pero le pareció que le seguían unos hombres; se imaginó que eran de la policía, y acaso lo fueran: ello fué que acabó corriendo, y él aseguraba que los hombres corrieron tras él. Vió una tienda que hacía esquina, entró por una puerta y salió por la otra, y de este modo refería que pudo escapar.

Pero buen susto pasó.

Así se lanzaba él á toda clase de aventuras, y así se lanzó á la última, que fué la de su casamiento, que he referido poco antes.

¡Pobre amigo mío! Le ví muchos años más tarde en X, ya casado y con un hijo.

En el casino dieron una velada en mi honor, y él contribuyó á organizarla brillantemente y pronunció un discurso que fué muy aplaudido. Y se enterneció, y me dió muchos abrazos, y al despedirnos al día siguiente me dijo en voz baja, con tono de profunda seguridad:

—Adiós, Pepe; es la última vez que te veo: dame otro abrazo, que será el de despedida.

—¿Qué estás diciendo?

—Nada, lo natural, lo seguro, lo matemático. Yo me moriré este año, y ya no nos veremos nunca.

—¡Qué disparates estás diciendo! ¡Cuándo llegarás á tener juicio!

—Esta vez lo tengo, y ya ves, te lo digo con toda tranquilidad; para la falta que yo hago en este mundo, bien estoy en otro cualquiera. Te aseguro que acierto.

—Sería la primera vez que acertases; y afortunadamente, no acertarás.

—Tú nunca te equivocas; pero esta vez el que ha de equivocarse eres tú. Yo sé, porque conozco mi naturaleza, que no tengo vida más que para unos pocos meses.

—Vamos, no desatines; siempre forjando dramas absurdos.

Si estás bueno, mejor que nunca, más grueso que nunca, de buen color y con muchos alientos.

En estos días que hemos estado juntos yo no he notado en ti ningún síntoma de enfermedad.

Has desplegado sin la menor fatiga la mayor actividad para preparar la velada que habéis dado en mi honor; has pronunciado un hermosísimo discurso con el reposo y serenidad de un orador de profesión.

—Es que en la cátedra me he acostumbrado á la oratoria—me interrumpió, un tanto satisfecho de mi elogio.

—Bueno; pues cuando un hombre hace todo eso y da esas pruebas de energía física é intelectual, por grande que sea tu pesimismo, has de confesar que no está para morirse.

—No importa; yo sé que me muero muy pronto.

Y nos separamos conmovidos, dándonos un estrecho abrazo.

Acertó Joaquín por vez primera en su vida.

No había transcurrido un año, cuando recibí la noticia de su muerte.

Entrego fotografiada esta figura noble, simpática, inteligente y desequilibrada al público, por si algún novelista quiere utilizarla.

Si yo fuera notario y poseyera la fe pública y firmara con firma historiada en forma de cruz, daría fe como notario y como caballero de que todo lo que precede es conforme á verdad.

José Echegaray

AMBROSIO SPÍNOLA

Arrellenado en mi sillón y envuelto por las sombras de un crepúsculo de invierno, extraña soñolencia invade mi ánimo. En la semiobscuridad de la estancia, adquieren vida los retratos que adornan las paredes, se perfilan vagamente los panoramas y se dilatan las perspectivas. Todos esos grandes capitanes y todos esos grandes estadistas cuya fisonomía reprodujeron Rubens, Van-Dyck, Ticiano y Velázquez; todos esos grandes señores de los siglos XVI y XVII, monarcas, políticos y soldados, parece como que hablan y se agitan; todos se agrandan y se mueven, como si, roto el marco que los aprisiona, quisieran escapar al antiguo teatro de sus proezas. Mendoza, Coloma, Alba, Requesens, Austria, Farnesio, Spínola... Y no lejos de ellos los perfiles y las plantas de Amberes, Ostende, Breda, Maestrich y Groninga, los grandes mapas de las provincias flamencas; la visión de la brumosa Holanda cruzada por los diques y hundida en los pantanos, con sus noches prolongadas y sus auroras boreales, en lucha constante con el mar, su azote y su libertador, ó la representación de Bélgica la industriosa, con sus grandes ciudades comerciales, sus puertos de movimiento universal, fecundada por dos grandes ríos que son vías de poderosa actividad, y defendida de las olas por las movibles dunas, con el mar del Norte por barrera y balcón, y con el Mosa por camino y muralla... Allá van en lúgubre cabalgata los guerreros; allá van á ocupar su puesto en los campos de batalla: Alba á Groninga, Austria á Namur, Far-

nesio á Amberes, Sancho Dávila á Moock, Spínola á Breda... y unos tras otros, cayendo en la porfía encarnizada, gloriosos y desengañados, siempre leales y constantes. ¡Cuánta sangre española por el Escalda! ¡Cuánta por los diques del Zuyderzée y por las tierras de Leyden! Las verdes olas del mar del Norte, al estrellarse en la costa escocesa, parece que repiten el eco lamentable de los infelices y esforzados náufragos de la *Invencible*, y al azotar los bajos de Zelanda el grito victorioso de los héroes de Duiveland y de Zierickzee!

Pero si todos esos antiguos personajes y todas esas distantes tierras reviven por el esfuerzo de la imaginación; si vagan en la sombra por mi estancia, unos tristes y caídos, otros altaneros y briosos; si con ellos me traslado á los campos de batalla ó con ellos me interno en las históricas ciudades, es porque con ellos he vivido largos años. Son viejos amigos, cuyas cuitas conozco y cuyo espíritu tengo encerrado en las páginas de viejos libros. Gran cosa en verdad que insignes maestros les inmortalizaran con su pincel. Esos retratos, por el arte sublime, permiten ahondar en la persona; pero cosa más estimable oir de los propios labios la relación y juicio de los hombres y de los tiempos en que ellos existieron. ¡Qué pintura mejor del florido y maltrecho Don Juan que aquellas sus doloridas cartas de Namur! ¡Qué retrato más fiel de la anarquía militar que las sentidas epístolas de Requesens á Felipe II! ¡Qué juicio más acabado del estado político de la monarquía española que los dictámenes y cartas de Ambrosio Spínola!... Y en verdad que el convivir y alternar con tan magníficos señores llena el alma de aquella noble tristeza que invadía al inmortal autor de *Los sueños* cuando, rendido por la edad y por las decepciones, pedía á la muerte el seguro consuelo de ambos males.

Confieso que en estos momentos de soledad y de reposo, en que, si luchan en el espacio la luz y las sombras, dispútanse el dominio del espíritu la realidad y el recuerdo, siento como nunca la vida de aquellas gentes. Hay algo que me dice haberme codeado con ellas, algo que al leer yo sus libros no me ha-

bla de cosas nuevas, y que al viajar por la España soñada—no por eso ideal—háceme evocar hombres y hechos harto conocidos. Me encuentro por ello muy á mis anchas con los amarillentos libros y legajos que me hablan de la vieja España; me encuentro bien, porque recuerdo á mis cuitados amigos y á mis ciudades muertas y á este árido y triste suelo castellano, cuya única hermosura está en el espacio. Y ahora, con un libro que me representa aquellos años y aquellas desdichas, olvido por un momento la realidad presente para buscar en la historia las grandezas militares de Ostende, la Esclusa y Breda, y las funestas arrogancias del funestísimo Conde-Duque de Olivares.

Y he aquí el libro que tengo entre mis rodillas, el libro que acabo de leer y con el que ha enriquecido nuestra bibliografía mi ilustre amigo D. Antonio Rodríguez Villa. De Ambrosio Spínola se trata en él, pero no de lo que constituye la historia externa de este caudillo, sino de cuanto atañe á los móviles y fundamentos de su política, ya en sus mandos militares, ya en sus relaciones diplomáticas. Agrupados alrededor de esta figura personajes tan salientes como la infanta Isabel Clara, Carlos de Coloma, Olivares, Nassau, el archiduque Alberto, Carlos Manuel de Saboya, claro está que el interés sube de punto, porque, gracias á ello, nos es permitido estudiar una época interesante en sí, pero sobre todo trascendental y decisiva para España, ya que al fin y á la postre la *Tregua de los doce años* influyó poderosamente, no sólo en nuestra dominación en Flandes, sino en los destinos de la nación española. Y el gran atractivo de este libro consiste precisamente en esto: en que el autor ha exhumado documentos históricos tan importantes y en tanto número, que permiten estudiar muy á fondo no sólo la fisonomía moral y los procederes de cada personaje, sino todo el curso de aquella importantísima negociación; negociación que aún es objeto de investigaciones por parte del mismo Gobierno holandés, puesto que á raíz de la publicación del libro de Rodríguez Villa á Simancas fueron

comisionados de aquel país para reproducir manuscritos, ya copiados por el docto académico español. Este es el mejor elogio de tan hermoso libro, por el que han de otorgarse al que lo escribió no sólo las palmas del mérito, sino las de la modestia, pues aun á trueque de sacrificar su personalidad literaria, no ha querido privarnos de conocer é interpretar personalmente aquellos documentos, á cuyo efecto da los de mayor interés en toda su integridad. Así resulta ésta una obra de verdadera meditación y merecedora por ello de todo encarecimiento.

Por tratarse de personaje tan significado como el Marqués de Spínola, ya era este libro de verdadera importancia, en particular para nuestra historia militar y aun para la especial de nuestra dominación en Flandes; pero por referirse principalmente á la gestión política de personajes como Lerma y Olivares, sobre todo á la de este último, sube de punto el valor documental de la biografía que ahora ve la luz. En pocos libros, sin duda alguna, se retrata tan fielmente la personalidad del Conde-Duque de Olivares, al que vanamente han tratado de reivindicar algunos eruditos. Hombre, si no falto de inteligencia y de patriotismo, cegado por el orgullo y por la emulación á tal extremo que, considerándose perito en todas las disciplinas, estimaba la discrepancia como enemiga y el éxito de los demás como propio revés; condición, por otra parte, ésta muy significada en los que como él no se tienen como delegados, sino como acaparadores del poder. Ello es que de su petulancia como de sus errores fueron muestra no sólo las campañas de Flandes, sino aquella otra no menos desdichada de Italia, grave fracaso político para el Conde-Duque y terrible contratiempo militar para España, que en ella perdió su primer caudillo.

Cuarenta y un años llevaba de guerra la nación en los Países Bajos cuando en 1607 comenzaron á buscarse por parte de los Estados de Holanda, ya independientes de hecho, como de nuestra misma quebrantada patria, los medios de llegar á un

acomodo, no fuera éste más que una tregua que permitiese algún respiro á los contendientes, ahitos ya de guerras y desastres. Para España la cosa no admitía dudas: no había dinero para mantener aquellas campañas, no podía soñar en recuperar la tierra holandesa, es decir, hacer una guerra ofensiva, y veía, en cambio, sus posesiones de Ultramar invadidas y devastadas por los navíos enemigos, sus escuadras acechadas y combatidas y su comercio notablemente mermado. Pero el orgullo español se rebelaba ante la idea de reconocer la independencia de los Estados holandeses, sin comprender que los efectos de tan prolongadas guerras tocábalos muy pesadamente el Erario español, pero más pesadamente, si cabe, las mismas provincias leales, las provincias belgas, amenazadas en sus costas y fronteras, arruinadas en el interior por los gravámenes que trae aparejados una guerra larga y estéril. Ni era esto lo más triste. Lo que mejor retrata la situación económica de España es que, no habiendo recursos, iban á estallar terribles motines militares que lo comprometían todo, y que el mismo Spínola, habiendo ya empeñado su hacienda y la de los suyos, veíase en el caso de recordarlo al Rey en estos términos: «Nadie, desde que el mundo es mundo, ha hecho lo que yo, de poner cuanto tengo y sacar lo de los parientes y amigos para V. M., sin interés de un solo maravedí... Suplico á V. M. que se sirva tomar resolución luego, porque yo no puedo estar así, y me resuelvo dar orden que se vendan las cosas que tengo en Génova de mis pasados, y los juros y cuanto me hallo, y que todo se publique y reparta á mis acreedores... porque el nombre que por gracia de Dios ha tenido siempre mi casa no lo quiero perder... El perder mi hacienda no lo estimara en nada, porque jamás la he estimado. Lo que siento es que ella no bastará á pagar la cuarta parte de lo que debo, y que para lo demás vendré á arruinar á todos. El mundo conocerá que no merecen tal recompensa mis servicios; pero, con todo esto, mande V. M. lo que fuere servido». Mas, por lo visto, en la Corte de España no se daban cuenta exacta ni del

estado del país, ni del estado de la Hacienda real, ni aun del particular, tan notablemente expuesto por el Marqués de Spínola. Así se daba el caso de que una negociación tan laboriosa y difícil como hábilmente llevada, estuviera de un momento á otro expuesta á definitivo rompimiento, á causa de los reparos y envidias de la Corte; y sin duda alguna no se llegara al ansiado término, de no revestirse de paciencia Spínola y de no secundarle eficaz y lealmente los Archiduques. Pero los apremios del dinero pudieron más que las razones, puesto que eran aquéllos tales que no ya Spínola, sino los mismos Archiduques habían empeñado todas sus joyas, como asimismo todos los ministros y consejeros, *á causa de hallarse agotado todo*. Por fin, en 9 de Abril de 1609 se ajustó la tregua, en virtud de la que se reconocía la independencia de Holanda, tregua reputada por los consejeros españoles de *gran indignidad*, pero indispensable para evitar mayores males. La emulación que despertaba la persona del Marqués púsose de manifiesto en el seno mismo del Consejo de Estado y aun en las cartas particulares que se cruzaron con este motivo, pues hombre tan significado como D. Carlos de Coloma, en escrito, si digno de su pluma, no de su gran entendimiento, calificó las negociaciones de *indignas de la majestad real*.

Los hechos vinieron á demostrar quién estaba en lo cierto, pues al expirar los doce años fijados por los contendientes, Spínola expuso nuevamente la necesidad de prolongar las treguas y, aún mejor, de que éstas fueran definitivas. Pero la muerte de Felipe III y el cambio de privado, que lo fué ahora el Conde-Duque de Olivares, imprimieron nuevos rumbos á la política, ya que Olivares, ganoso de acrecentamientos y de gloria, iba á empeñar á la nación no sólo en nueva guerra con Holanda, sino en las embrolladas cuestiones de la Valtelina, engendradoras de nuevas desastrosas luchas. Esto por un lado, el fallecimiento del archiduque Alberto por otro—y con él la reincorporación á España de las provincias flamencas—iban á producir radicales mudanzas, que se tradujeron en una polí-

tica de aventuras guerreras y de fantasías diplomáticas fatales para España.

Quedó junto á la Infanta viuda y gobernadora el Marqués de Spínola, cuya personalidad tan alto relieve acababa de adquirir en la guerra del Palatinado; y frente á éste, y como representación de aquella política, el Conde-Duque, cuya primera medida fué desentenderse de los consejos prudentes del Marqués y romper las hostilidades con los holandeses. Tanto valía como enzarzarse en una guerra europea, pues si por un lado los caudillos católicos acudían con tropas á Holanda y Alemania; Francia é Inglaterra, confederadas, socorrían con gente y dinero á nuestros enemigos. Mas ni esta consideración, ni el aflictivo estado económico, ni el estado moral de aquel ejército, combatido por los motines, pesó en el ánimo del orgulloso privado. Y en estas condiciones, aún tuvo Spínola alientos y abnegación bastantes para acometer aquella famosísima empresa de Breda, que constituye la página más hermosa de su vida, como lo es de gloria para nuestras armas. Allí midió por última vez sus armas con el célebre Mauricio de Nassau: allí alcanzó sobre éste una victoria que afectó de muerte á su mismo rival. Pero las consecuencias de este suceso, como no aprovechadas oportunamente en razón á la flaqueza propia, tampoco fueron las que se debían esperar. Y es que la carencia absoluta de recursos para sostener el ejército emparejaba mal con las altanerías de Olivares, y de sus hechuras en el Consejo de Estado. Esta fué la causa principal de que en los tres años que siguieron á la toma de Breda, últimos que permaneció Spínola en Flandes, fueran casi completamente perdidos para la causa española, pues todo se redujo á permanecer en tierra á la defensiva, y á la ofensiva en el mar, donde únicamente se obtuvieron algunas ventajas. Las deserciones y los motines eran el pan de cada día; llovían de la Corte de España reconvenciones y apremios, *pero no escudos*; negábanse á negociar los hombres de dinero, y ya en la misma Bruselas no tenían cosa que empeñar, ni crédito para el más pequeño anticipo;

dificultades que, expuestas por el Marqués al Rey, y agravadas luego con la pérdida de Groll, produjeron contestaciones y disgustos, y, por último, el regreso de Spínola. Y al llegar á este punto, es decir, á la estancia del Marqués en España, á sus conferencias con el Rey, á su voto en el Consejo de Estado y al parecer contrario del Conde-Duque, es cuando mejor puede apreciarse la política exterior del privado, sobre todo su discutida fisonomía moral, para lo cual ofrece el libro de Rodríguez Villa importantísima serie de documentos.

Reunióse el Consejo pocas semanas después de llegado el Marqués á Madrid, y en su seno defendió éste vigorosamente su dictamen, claro y preciso, como de quien tan á fondo conocía los asuntos de Flandes y, sobre todo, los negocios de la guerra. En el grave estado en que aquéllos se hallaban, el dilema era éste: ó aprovechar la ocasión propicia para negociar otra larga tregua, ó allegar elementos y recursos para emprender una campaña ofensiva — dilema que en una ú otra forma habían expuesto siempre los más ilustres capitanes, pues con ser otros los tiempos y las circunstancias, siempre se ofreció allí la alternativa de hacer la guerra *de verdad*, ó de renunciar á la posesión definitiva de las provincias. Y este dictamen de Spínola es importantísimo, como fruto de madura experiencia. Ante todo imponíase la necesidad de la tregua, «porque la experiencia de sesenta años había demostrado la imposibilidad de acabar la guerra por la fuerza»; pero aun tratando de sostener la guerra, si era defensiva no se adelantaba, y si ofensiva, íbase una campaña en la toma de una plaza, «con lo que se ganaba reputación, pero no se veía el fin de aquélla». La escasez de pagas, engendradora de motines, era tal, que aun consignando tres millones anuales para aquel ejército, debía tenerse todo él á media paga por efecto de la cuantía del atraso. Por estos motivos, y por las ventajas que ofrecerían al Estado español algunos años de reposo, siendo tantas sus atenciones y dominios, opinaba Spínola por la tregua, pero *con alguna premura*, evitando así los entorpecimientos que se ori-

ginaban en la corte por «querer dar todas las órdenes al pormenor». En suma: que el Marqués, con razones políticas y militares de gran peso, demostraba hasta la saciedad la conveniencia de pactar con el enemigo por espacio de treinta años, cuando menos.

Pues bien: á este dictamen sobrio y metódico opuso el Conde-Duque el suyo, tan artificioso y embrollado, que basta sólo leerlo en su parte sustancial para comprender la petulancia y el desenfado de su autor, puesto que á la vuelta de ridículos alardes de modestia trata de enmendar la plana á Spínola en materias de milicia, oponiendo sus ideas y proyectos á los de hombre tan experimentado y de tanto crédito. Baste decir que saca en él á colación los ejércitos romanos, cuya cifra compara con el que se pide para Flandes, poniendo en parangón las empresas, aunque no los tiempos. Y es que en el cerebro de aquellos políticos nunca acertó á caber el verdadero carácter de aquellas guerras ni la índole de las fuerzas que las sustentaban; y es que la ignorancia, el orgullo y la envidia se concertaban para empujarles á todos por el camino de la perdición... Pero el Marqués de Spínola con buenos argumentos, cifras y razones refutó á Olivares, y en réplicas y dúplicas cruzáronse papeles en que salta á la vista el pugilato mantenido por la soberbia de éste, como se pone de manifiesto que si el Conde-Duque contaba con hechuras en el Consejo, no menos con la aquiescencia del Monarca, cuyos procederes en este asunto claramente revelan su pequeñez. «Concluyo por decir—escribe con aire de maestro—que si el Marqués *se ajusta á esta disposición...*» Y «cuando esté ajustado esto, *diré lo que se me ofrece en la forma de campear y sitiar el Marqués* (sic).» ¡Dígase si caben mayores arrogancias frente al vencedor de Ostende y de Breda!

Como es de presumir, no se llegó á un acuerdo, porque ni el Conde-Duque se avino á la tregua, ni Spínola al sistema de guerra defensiva y á mantener *á media paga* á los soldados; pero como por falta de cabeza en Flandes los negocios de es-

tos países se agravaron, pujante como nunca el enemigo, amotinadas nuestras tropas y cansados é irritadísimos los ciudadanos, Olivares y el Rey hubieron de desistir de sus empeños, aunque no aquél de sus fantasías; pues á sus desaciertos políticos en el asunto de los Países Bajos unióse pronto la desdichada guerra por la sucesión del Ducado de Milán, guerra acerca de la cual discutieron también el general y el privado, y que constituyó un nuevo y vergonzoso fracaso para Olivares. Pero cuando años más adelante, en 1648, el mismo Felipe IV tuvo que renunciar en el Congreso de Munster á todo derecho sobre las provincias unidas de Holanda, cuya independencia reconoció solemnemente, justificáronse por manera más grave y lamentable los vaticinios de Spínola. ¡Triste sino el de nuestra política, cuyas características fueron casi siempre el orgullo y la imprevisión!

No transcurrieron, sin embargo, muchos meses, sin que la misma infanta Isabel Clara escribiera al Rey que era llegada ya la hora de hacer las treguas *de cualquier manera*, y en que el mismo Conde-Duque reconociera, aunque solapadamente, que la paz con los rebeldes *era necesaria*. Pero ¡en qué oportunidad! Cuando los españoles, reducidos á la mayor miseria, apenas sumaban la cifra de 3.000 infantes, y tan odiados ya que desde los mismos púlpitos católicos se les insultaba; cuando corría peligro la vida de los ministros reales en las calles de Bruselas, y escribía D. Carlos de Coloma «y yo estoy amenazado *hasta de las verduleras*», y cuando belgas y holandeses á una anhelaban concluir para siempre con el dominio español. El mismo Felipe IV, desengañado del todo, no vacilaba en escribir á Spínola que si se decidía á trasladarse á Flandes, «era preciso convenir con Francia é Inglaterra, ofreciendo á sus reyes *alguna parte del territorio...*» Mas ya por este tiempo, España se había enzarzado en la guerra de Italia, otra aventura desdichada del privado y nueva y rudísima prueba para el Marqués, cuya abnegación y cuyos talentos militares fueron sacrificados bien estéril y vergonzosamente. Porque otorgada á

Spínola con el alto mando del ejército la plenipotencia, y cuando después de afortunadas operaciones iba á coronar en Cassal una campaña difícilmente sostenida, la enemiga de Olivares logró arrebatarle los laureles de Cassal, ya próxima á rendirse, y asestarle, con la retirada de los poderes diplomáticos, un rudo golpe, al que no tardó en sucumbir. Con efecto: tras breves días de enfermedad, y á los diez de abandonar el campamento, falleció en Castelnuovo di Serivia, balbuceando estas palabras: *Honor* y *reputación*. Aquella afrenta fué como su decreto de muerte; pero fué también una gran desdicha nacional, porque en Flandes como en España, en los Consejos como en el Ejército, dejó la figura de Spínola un vacío, que si no pudo llenar el talento, tampoco lo cubrió la virtud. Pudo creer Olivares que con él había perdido un antagonista; pero no dejó de conocer el mismo Rey su yerro... reconocimiento tardío en quien, pudiendo tanto, tan poco hizo para evitarlo. Bien es cierto que en lamentos se deshizo siempre nuestra política; como si no fuera condición de los que dirigen pensar por cuenta propia y obrar sin alianzas con el destino.

Como puede juzgarse por lo apuntado, no es el libro á que nos referimos un sencillo estudio biográfico; es el estudio político-militar de una época, estudio hecho con sobriedad y rectitud en los juicios, fundamentado con numerosos documentos que hacen de él obra de indispensable consulta para los historiadores de este período, y escrito con la noble sencillez propia de este género literario. En aquellos documentos se avaloran los móviles de importantes acciones; en ellos se reflejan el espíritu puro y sereno de aquella Isabel Clara, de tan buena memoria para los belgas; la franqueza y la abnegación del incansable vencedor de Breda; la cultura y los bríos del veterano D. Carlos de Coloma, menos rendido por los años que por las adversidades; la sinceridad del bondadoso archiduque Alberto, y con la insignificancia del Monarca, el desvanecimiento y los recelos de su privado; ellos muestran bien á las claras la pendiente por donde resbalaba el poderío nacional. Y es digno de

notarse que fuera un extranjero, aunque dependiente de nuestros reyes, el que llamara la atención de éstos y de sus ministros acerca del triste final reservado á la potencia hispana. Como Farnesio, Spínola restauró nuestras armas; mas, como él, murió después de haber visto frustrados sus proyectos, y con las amarguras de un doble desengaño, la inutilidad de sus esfuerzos y la ingratitud de sus servicios. Fueron las dos grandes figuras, en pos de las que no se alzó ninguna que pudiera superarlas. Y con Spínola puede decirse que se cierra el período llamado por los militares *clásico,* el período de las grandes enseñanzas por los maestros nacionales, y sin duda el más glorioso para nuestras armas...

Conocía la figura de Spínola por la lectura de historias y biografías. Ahora, con el libro de Rodríguez Villa á la vista, adquiere para mí otro relieve. Cierro este libro, creyendo oir todavía las frases aceradas y sentidas del gran capitán; dirijo la mirada á una estampa amarillenta en que Yode reprodujo los perfiles de Rubens, y creo contemplar aún al victorioso expugnador de Ostende, maestro en el campo y en el consejo, ejemplo en el vivir y en el morir; pues, como dijo el insigne D. Francisco de Quevedo, «enseñó á morir de vergüenza á los que viven de miedo».

FRANCISCO BARADO

EL VERDADERO CRISTIANISMO SOCIAL

La religión cristiana hizo de la inmensa y estúpida estática del Paganismo una dinámica rica y variada, un alma eterna para la renovación universal; al sentirla, conocerla y amarla, el hombre se miró de pronto en el espejo de su ideal verdadero; comprendió que allí estaba la vida, y que hasta entonces no había hecho más que existir. Sin saberlo, se hizo el creador de su nueva personalidad histórica; creyó abandonar el Paganismo, y no se abandonó sino á sí propio. Muchas pruebas ha sufrido después el Cristianismo con la secularización de los Estados, con su división en sectas numerosas, con los progresos de las ciencias naturales que han destruído las ideas mitológicas y cosmogónicas que heredó del Judaísmo, con las críticas de la exégesis que han reducido á polvo toda la masa de prejuicios tradicionales que le sirvieron en toda la Edad Media de fundamentos falsos. En medio de tantos conflictos, quedó en él algo que no moría, un horizonte subsistente en el círculo vasto de sus direcciones, un fondo de verdad que sirvió de base á la conciencia moderna; fondo que atrajo como un abismo la poderosa inteligencia de Kant al recorrer el desierto de la razón en busca de un oasis para la moral comprometida por el saber, é impresionó la mente de Schopenhauer, entre las negaciones de su metafísica atea, bajo el sentimiento de la miseria del mundo; y todos, al analizar profundamente el cúmulo de aspiraciones políticas, filosóficas y morales de los tiempos modernos, podemos aplicar á los más exaltados parti-

darios de la democracia y del panteísmo el *¡defunctus, adhuc loquitur!* de la Escritura. Sí; ese Cristianismo, que declaráis muerto, habla todavía por boca de vosotros, demagogos, éticos universalistas, reformadores apasionados y turbulentos, apóstoles de la libertad, de la asociación y de los niveles que realizan vuestra concepción de la justicia. El Cristianismo ha sido en lo social, aunque de una manera oculta y desfigurada, el padre del mundo moderno.

No cabe decir otro tanto de la humanidad contemporánea. Desde el tiempo de Feuerbach el anticristianismo radical se ha puesto muy hueco, y más hueco aún desde que Nietzsche se ha dejado tan atrás á Feuerbach. Quienquiera que haya oído hablar de la filosofía de Nietzsche, se cree con derecho suficiente para desvirtuar el valor de toda la obra de Cristo; échanse al montón de las conclusiones definitivas criterios y argumentos propios para avergonzar á un principiante en el arte de discurrir. Tomando en su sentido más estrecho la idea cristiana y confundiendo esta gran religión con lo dogmático y caduco de algunas de sus manifestaciones históricas, se desbarra sobre ella con una ligereza lamentable. Así como el cardenal Richelieu no pedía más que dos renglones de una persona para mandarla ahorcar, á Nietzsche y á sus discípulos les bastan unas cuantas muestras de Cristianismo falsificado ó mal entendido para condenar el Cristianismo de plano y en absoluto.

Dada tal situación, es oportuno de cuando en cuando hacer un paréntesis en la labor crítica y demoledora que los abusos y defectos de las iglesias exigen, y salir á la defensa de los elementos permanentes de la idea cristiana en su aspecto moral y social. Esto pretendo realizar con toda brevedad en el presente artículo. Y para ello, convendrá, en primer término, que recordemos la importancia que en tal concepto tiene la relación entre lo moral y lo social, como fuente y raíz del derecho, de la armonía humana. Ahora bien, todo cuanto sobre el particular se ha expuesto, analizado y discutido por los filósofos, puede compendiarse en la siguiente proposición: *Estando*

los hombres en la obligación de vivir en sociedad como ciudadanos, no pueden tener el derecho de reglamentar sin principios fijos sus relaciones políticas y sociales, so pena de admitir el absurdo de que se da un derecho contra el deber. Pero ¿en qué consiste este deber y cuál es su verdadero nombre? Espérese ó no la respuesta, diré que no tiene más que uno, y no es nuevo, sino harto conocido y común: *sociabilidad.* En esta denominación están comprendidos todos los deberes políticos y sociales.

Las demostraciones fundamentales de mi estudio se reducen á tres principios prácticos y experimentales sumamente sencillos: *a)* sin sociabilidad no hay civilización; *b)* sin sociabilidad no hay orden; *c)* sin sociabilidad no hay progreso.

Desde luego, *sin sociabilidad no hay civilización.* ¿Qué debe entenderse, en efecto, por civilización desde el punto de vista cristiano? ¿Será simplemente *el desenvolvimiento de la actividad social y el de la vida particular*, como quería Guizot? No; este concepto es demasiado vago. Balmes, mejor inspirado en la materia, precisó con entera claridad lo que la civilización es al considerarla como la coexistencia y combinación de *la mayor inteligencia posible en el mayor número posible, de la mayor moralidad posible en el mayor número posible, y del mayor bienestar posible en el mayor número posible.* Desde este punto de vista, que es el positivo, la sociabilidad constituye el único camino por donde las civilizaciones se han deslizado en el curso de la historia. La historia, que es el registro de nacimiento y de muerte de todas ellas, nos presenta á los pueblos tanto más civilizados cuanto más sociables. Egipto superó en civilización á la India por su mayor sociabilidad, nacida de sus condiciones etnológicas y geográficas; Fenicia superó á Egipto por la misma razón, y otro tanto puede decirse de Grecia respecto á Fenicia. Si Roma llegó á dominarlas á todas, aun siéndoles inferior bajo ciertos respectos, es porque les superó en el dón de la sociabilidad, que poseyó en alto grado; supo conquistar y colonizar porque sabía organizar y admi-

nistrar; fué más poderosa porque era más sociable. Para decirlo en una palabra: la civilización no consiste tan sólo en el mayor poder físico, estético ó intelectual de una nación: consiste sobre todo en su mayor poder social, en su espíritu siempre abierto á los grandes ideales de amor, en su rigidez en el cumplimiento de los deberes cívicos, en la moralidad de sus instituciones públicas y privadas.

En segundo lugar, *sin sociabilidad no hay orden.* El orden no es, en efecto, otra cosa que el equilibrio producido en la sociedad por el establecimiento de todos los derechos. Ahora bien, estos derechos proceden en línea recta de los deberes sociales, de los que son una mera consecuencia. Así, del deber de conservación nace el derecho á la integridad física, amparado por las leyes penales; del deber de procrear nace el derecho de la familia, amparado por las leyes civiles; del deber de trabajar nace el derecho de propiedad, amparado por las leyes administrativas; del deber de instruirse nace el derecho á la instrucción gratuita sostenida por el Estado; del deber de desarrollar el sentimiento estético nace el derecho de usar de los agentes naturales; del deber de obrar bien nace el derecho á denunciar y castigar las faltas contra la moralidad pública; del deber de obedecer la legislación del Reino nace el derecho de reformarla cuando haya malos gobernantes; del deber de conocer y amar á Dios nace el derecho á la libertad de conciencia en el más amplio y cristiano concepto de la palabra. El deber sirve de este modo para determinar el derecho, y el derecho para regular la sociabilidad; porque la verdadera sociabilidad no está en el mero espíritu de asociación, de suyo caprichoso y tan natural como avasallador, sino que consiste en que cada ciudadano ocupe el lugar que le corresponda en el concierto nacional, sin que el más audaz asalte los puestos públicos ni el más protegido imponga sus opiniones á los demás.

Por último, *sin sociabilidad no hay progreso.* «Os maravilláis de que el hombre salvaje, aislado, no se muestre en esta-

do de perfección. ¿Y por qué maravillarse? Él no ha sido destinado para semejante estado» (1). Aristóteles, considerando al hombre ordenado por naturaleza á vivir en sociedad, sostenía con acierto que para vivir fuera de ella tendría que ser más que un hombre, un Dios, ó menos que un hombre, un irracional. Sin la sociedad, decía también Platón, el hombre se alejaría de su naturaleza primitiva y se haría la más imperfecta de las criaturas; con ella ha llegado á ser el más divino de los seres. La moral social debe proponerse como fin principal vivificar este ideal, para que el hombre se identifique con él y pueda alcanzar su alto destino. Sed sociables, sed morales, amad lo bueno, y en lugar de una confusión acrática veréis salir el adelanto y el perfeccionamiento del seno de las sociedades, como brota del suelo una generación de bellas plantas después de un gran cambio atmosférico. Nuestro ambiente está saturado de ideas malsanas que, convirtiendo en pretextos las palabras *justicia*, *solidaridad*, *equidad*, etc., quieren implantar en el mundo el régimen del egoísmo y la guerra de todos contra todos. Para purificar esta atmósfera de sus miasmas no hay más que un medio posible y legítimo: divulgar los preceptos de la moral social entre los hombres.

Según esto, la moral social es el fundamento necesario del desarrollo y prosperidad de la vida pública. Cumpliendo el hombre con sus deberes sociales, cumple con el fin para que Dios le ha colocado en la tierra. Sólo mediante ellos puede realizar el ideal de la reproducción en la familia, la economía en el trabajo, la verdad en la ciencia, la belleza en el arte, la moralidad en los actos, la justicia en el gobierno, la piedad en la religión, el bien público en su patria, la civilización en la humanidad. Mientras que se anteponga á todo esto las fugitivas combinaciones de la política, las variaciones de los partidos, el alucinamiento de las pasiones, el problema de la regeneración nacional continuará siendo una bella utopia. La reivindica-

(1) Romagnosi, *Genesi del Diritto Penale*, I, 9.

ción del derecho ha sido hasta aquí la causa de un progreso harto superficial; el cumplimiento del deber de ciudadano será en lo sucesivo la señal de un progreso más real y más profundo.

Viniendo ahora á nuestro tema, procede preguntar: ¿Es el Cristianismo compatible en lo social con todas las condiciones que hemos señalado para la estabilidad de la civilización, del orden y del progreso? Creo poder contestar afirmativamente á tan intrincada cuestión; y dejando á un lado toda justificación limitada, voy á señalar un plan de renovación religiosa compatible con nuestro estado de cultura. A mi parecer, ese plan no ha de salir de los moldes del Cristianismo, única fe propia de pueblos civilizados; pero, tampoco lo he ocultado: el Cristianismo á que yo aspiro no está en ninguna de sus formas estrechas, dogmáticas y caducas. Cuando esta religión osó mostrarse severa, sus enseñanzas sólo encontraron espíritus rebeldes; si quiere no ver turbada su vitalidad eterna y poderosa por enfermedades inútiles, es preciso que no pierda en adelante la fuerza de moderación que supieron darle Jesús y sus discípulos.

Indicaré, aunque rápidamente, la solución de las cuestiones principales, esto es, de las cuestiones de carácter claramente social. Tales son, sin duda, las concernientes á las relaciones entre la Iglesia y el Estado, á la tolerancia, al conocimiento de Dios, al deber intelectual que este conocimiento implica, á las obligaciones eclesiásticas, á las ventajas morales y sociales de la religión.

El Estado y la Iglesia.—Para entender sus relaciones, debemos ante todo considerar su fundamento. La verdadera sociología cristiana, villanamente calumniada por el racionalismo vulgar, tiene en este punto opiniones tan profundas y acertadas, que muchos de los racionalistas más eminentes las han hecho suyas. No trato de acumular citas y autoridades, abrumando al lector con las apariencias de una erudición que ya no es de moda. Basta á mi propósito trasladar algunas ideas

que entresaco del ensayo de Hegel sobre la filosofía de la religión (1). El testimonio no parecerá sospechoso á nadie.

Hegel reconoce que, *en general*, la religión y el fundamento del Estado son una sola y misma cosa. La religión es la libertad en la verdad, y por eso el hombre es libre ante Dios; al conformar su voluntad con la voluntad divina, no sólo no entra en conflicto con la verdad, sino que la encuentra y la realiza en sí mismo. El Estado es la libertad en el mundo, y por eso importa saber cuál es la noción de libertad que un pueblo debe tener para que las verdades divinas y las necesidades humanas se concilien. Los pueblos que no atienden á ambos extremos del problema viven en el embrutecimiento más absoluto, tanto con relación á la legislación como con relación á la creencia. Tal es lo que en substancia viene á decir Hegel, y esta misma es la doctrina cristiana sobre la cuestión. Es indudable que todo hombre tiene el derecho de adorar á Dios con libertad, según los principios de su conciencia: jamás la religión ha negado á nadie este derecho. La gran cuestión está en saber cuál es el culto legítimo y, por lo tanto, el que realmente agrada á Dios. Los racionalistas acusan á los cristianos de que, al pedir la unidad religiosa de las naciones bajo pretexto de que es conveniente á nuestro interés, abandonan la idea de derecho y apelan á la de utilidad; pero lo que aquí se debía resolver es si el hombre tiene derecho al mal y al error. Habría también que determinar cuál es la religión buena y verdadera, porque si todas son igualmente verdaderas y buenas, todas son falsas y malas, puesto que la religión, como el derecho, como la moral, queda reducida á la nada cuando se la despoja de su carácter y de su valor absolutos, cuando se la convierte en una cosa relativa sujeta á las circunstancias de lugar y de tiempo, cuando se la disuelve, en una palabra. El racionalismo, que admite que sin una moral absoluta y un derecho absoluto no hay moral natural ni derecho natural, no

(1) *Religions-Philosophie*, I, 3.

ha visto que, al hacer de la religión una cosa relativa, va á parar al nihilismo religioso, destruyendo cuanto del orden dogmático tiene poder y virtud para satisfacer las exigencias de la mente y del corazón del hombre. «Tolerar todas las religiones en la práctica es negarlas todas en teoría, es desesperar de encontrar en ellas un principio de realidad superior y consoladora. ¡Espantoso escepticismo! Al menos, la irreligiosidad nos deja el recurso de entregarnos en brazos de la ciencia, de proclamar la omnipotencia de la razón; el hipócrita tolerantismo nos quita ese recurso. Entre reconocer la verdad difundida en todas las religiones y no reconocerla en ninguna, resolvería inmediatamente: ¡proclamaría la irreligión!» (1).

Examinemos ahora el aspecto histórico fundamental de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Aquí no puedo ya acabar de conformarme con Hegel. Cree este filósofo que en la vida patriarcal y en las teocracias del antiguo Oriente no estaban todavía diferenciados ambos poderes, sino que eran exteriormente idénticos, y en el curso de las edades se separaron de una manera marcada, hasta afirmarse de nuevo como verdaderamente idénticos. Sin perjuicio de reconocer lo que este punto de vista tiene de exacto, hay que recordar que el proceso á que Hegel alude se ha resuelto casi siempre en unitarismo religioso ó en secularismo político, aun en las naciones orientales más teócratas, punto puesto ya en claro por la sociología moderna (2). Consideremos, por ejemplo, al Japón y á su Gobierno (3). El país está dividido en sesenta ó setenta pequeños Estados gobernados por reyes, que á su vez están sujetos á la doble autoridad del *Dairi* y del *Kumbo-Sama*: el primero, cabeza de la soberanía espiritual del Japón; y el segundo, de la temporal. El Dairi unió en su persona, por espacio

(1) Así me expreso en mi obra *Democracia y clericalismo*, V, 39.

(2) Véanse mis *Iglesias del Estado*, 3, 14.

(3) Creo inútil hacer observar que me refiero á la civilización japonesa anterior á la nueva era de *Merji*.

de muchos siglos, ambos oficios: pero en 1585 uno de sus generales los dividió forzosamente con él, tomando para sí la más tangible autoridad comprendida en la dignidad de Kumbo, en tanto que dejaba al que poco antes era su jefe una sombra de su antiguo poder, y tal cual era de suponer contuviese una supremacía espiritual en semejantes circunstancias. Desde este tiempo el Dairi ha sido un cero en sus propios dominios. Aunque habita un magnífico palacio y se halla rodeado de tan grande homenaje y reverencia como pudiera ofrecerse á Dios, el poder actual se ejerce por el Kumbo, que hace y deshace los reyes de los pequeños diversos Estados á su antojo (1). Esta reforma minuciosa y lenta fué una manera ingeniosa de obligar al cuerpo eclesiástico á presentar su dimisión, á fin de poseer en plena libertad el poder espiritual y temporal. Aquí, pues, vemos confirmada en parte nuestra idea fundamental, á saber: que á medida que un pueblo se civiliza va pasando en lo religioso por estos cuatro grados: *a*) sumisión de la potestad política á la eclesiástica; *b*) equilibrio de ambas potestades; *c*) sumisión de la eclesiástica á la política; *d*) separación.

El Cristianismo, como confirmaremos más adelante, ha sabido conciliar todos los extremos, afirmando la separación de lo espiritual y de lo temporal, pero no confundiendo esta separación con la de la Iglesia y el Estado, á los que considera *unidos* por razones anteriores, bien que *independientes* en sus respectivas esferas de acción. La *independencia* es en la sociología cristiana el concepto que sustituye al de *confusión* de los antiguos y al de *separación* de los modernos.

Otra cosa en que no puedo convenir con Hegel es en las causas que atribuye á las escisiones entre el Estado y la religión. Dice, por ejemplo, que una de ellas es que el Estado y la religión pueden tener leyes diferentes. El campo de la religión y el de las cosas temporales difieren, y por eso se pueden

(1) Cadell, *History of the misions of Japan and Paraguay*, I, 1.

introducir en él diferencias relativas á los principios mismos. La religión no se encierra en su dominio especial, sino que se hace sociable para el individuo, prescribiéndole reglas que, sin dejar de relacionarse de un modo íntimo con su vida religiosa, se extienden igualmente á otras esferas de su actividad. Estas prescripciones que la religión impone al individuo pueden diferir de los principios del derecho y de la moral social que están admitidos en el Estado. Esta oposición se enuncia diciendo que el objeto de la religión es la santidad, y el del Estado el derecho y la moral social.

Entre los criterios que determinan tal contraste en la vida real, se cuentan, según Hegel:

A) El criterio relativo al matrimonio, que laicamente se considera como el primer momento de la moralidad, como la primera manifestación de la voluntad colectiva, como la consecuencia necesaria del amor sexual, y que para el Estado constituye un deber social. A este deber opone la Iglesia el celibato como un estado de santidad.

B) El criterio relativo al utilitarismo, que laicamente se considera como resultado de las necesidades de la Naturaleza, como exigencia de la individualidad del hombre, y que el Estado inculca como un segundo deber social. A este deber opone la Iglesia su doctrina de que la organización comercial, industrial y económica de la vida actual es cosa indiferente, por estar en otra parte la verdadera patria.

C) El criterio relativo á la realización de la libertad general racional, que laicamente se considera como realizable sólo en el Estado, y que éste mira también como un tercer deber social. A esto opone la Iglesia un deber religioso, según el cual, el objeto final del hombre no debe ser la libertad, sino la estricta obediencia, es decir, la abdicación de su personalidad.

Con lo apuntado bastará para emitir nuestro veredicto sobre todos los conflictos que el racionalismo moderno por boca de Hegel presenta á la unión de la Iglesia y del Estado. Esos temibles conflictos se evaporan, como todos los demás, no

bien se conoce el verdadero sentir de la religión sobre los puntos mencionados, tal como los hemos explanado en otros escritos con un criterio imparcial. Para no hablar más que del primero, ¿quién no ve el desconocimiento que implica de la doctrina del Cristianismo y de la misma Iglesia romana la afirmación de que su preferencia por el celibato la pone en conflicto con los deberes de procreación y, por consiguiente, con la sociedad civil en general? Precisamente porque la Iglesia no refiere directamente á cada individuo la necesidad final que corresponde al matrimonio, tiene que predicarla con todas sus fuerzas de la multitud colectiva, dando al matrimonio relación necesaria y fuerza obligatoria respecto de la sociedad y de los encargados de su conservación y propagación. Así lo declara el cardenal Zeferino (1).

Justo é imprescindible es, sin embargo, confesar que, tratándose de pueblos que han perdido la integridad de la fe, las consideraciones de Hegel son atendibles en el sentido de que hay por obligación que transigir con todas las disparidades, dejando al Estado el cuidado de arreglarlas en conformidad con principios que no son los cristianos. Por ejemplo, en las naciones en que han penetrado y viven confusamente mezcladas diversas comuniones, la potestad civil no puede ajustarse en todos los casos á las prescripciones del derecho canónico, teniendo que celebrar los matrimonios, por regla general, con las condiciones, formas y efectos prescritos por la religión que profesan los contrayentes, mientras que los que por incredulidad ú otras causas no pueden celebrar y contraer su matrimonio de esta suerte, necesitan verificarlo en la forma puramente civil (2), produciendo semejante unión todos los efectos civiles.

Antes de dejar un asunto tan digno de nuestra consideración y de nuestro examen, es necesario detenernos todavía

(1) *Filosofía*, II, 506.

(2) Escriche, *Diccionario razonado de la legislación y jurisprudencia*, IV, 50.

un poco en determinar el verdadero sentido y la alta trascendencia del principio de la sociología cristiana, según el cual, las leyes, los magistrados, la legislación de un Estado, vienen de Dios, ó como también se dice: «obedeciendo á las leyes, á las autoridades, á los poderes constitutivos del Estado, se obedece á Dios». Por lo mismo que esta proposición es tan peligrosa y susceptible de erróneas interpretaciones, aquella religión que haya dado la más acertada será en este punto la que esté en lo verdadero. Ahora bien (y sirva esto para probar mi imparcialidad estricta): la católica, como nadie ignora, es la única que con su energía en conservar el criterio de la separación de lo espiritual y de lo temporal, conquista inmortal del Cristianismo, ha sabido evitar las funestas consecuencias que se desprenderían de aquella máxima si con ella se diese á entender que hay que obedecer á las leyes, cualesquiera que sean; al paso que debe tenerse por una prueba de la mediocridad y del espíritu antisocial del Protestantismo la obstinación con que ha hecho inseparables la libertad religiosa y la libertad política, dejando así el gobierno y la legislación al arbitrio de los gobernantes. Y aquí, á fuer de justo, he de reconocerlo: Hegel se declara contrario á ese criterio falso y absoluto de las naciones protestantes. Zahiriendo y rectificando la concepción formal de semejante relación, afirma sin distingos ni reservas que el derecho y las instituciones sociales son reglas eternas é invariables de las relaciones de los hombres entre sí, no productos arbitrarios, y que subsisten por tanto tiempo como la religión misma. Admitir, como lo hace la sociología protestante, que las leyes del Estado deben ser consideradas como leyes racionales y divinas por razón de no sé qué armonía originaria presupuesta, y que la religión no ha de contener principios que estén en contradicción con los principios reconocidos por el Estado, es admitir el más monstruoso de los criterios, y el admitirlo deja libre juego á lo arbitrario, al despotismo y á la opresión. «Esto es, dice Hegel, á lo que ha llegado particularmente Inglaterra bajo los últi-

mos reyes de la casa de los Estuardo. Se exigió la obediencia pasiva y se adoptó la doctrina de que el rey no debe dar cuenta de sus actos más que á Dios. Por ahí se supuso que el rey es también el único que conoce de una manera determinada lo que es esencial y necesario al Estado; lo que implica que su voluntad es una manifestación inmediata de Dios. Empero, al sacar las consecuencias de este principio, se obtuvo un resultado contrario. Porque la diferencia del sacerdote y del laico no existe en los protestantes. El sacerdote no tiene el privilegio de estar en posesión de la revelación divina; y un tal privilegio pertenece aún menos exclusivamente á un laico. Por consiguiente, al principio de la autoridad divina de la persona real se opuso el principio de esta misma autoridad como perteneciente á los laicos. Así es como en Inglaterra una secta protestante pretendió que se le había enseñado cómo se debe gobernar; y en conformidad con esta revelación del Señor, se revolucionó el pueblo y se decapitó al rey.»

La tolerancia: el conocimiento de Dios. — El primer deber religioso-social del hombre en su vida pública es el respeto á la fe de los demás. Este respeto no debe ser indiferencia ó transigencia culpable, sino tolerancia necesaria. Aun para los mismos creyentes sinceros, el policultismo no es más que un régimen de religiosidad tolerante; y digo tolerante, porque el creyente sistemático respeta las creencias ajenas, no porque les conceda derecho natural, legitimidad rigurosa, sino porque está convencido de que esta conducta es, en las actuales circunstancias, el único modo de perseguir como un ideal hermoso la unidad dogmática. Así, por ejemplo, el P. Mir, en su reciente obra sobre *La Religión*, afirma que «si la religión no le nace al hombre de sus entrañas, excusada cosa es mandársela con leyes y decretos, con astucia y violencia, con halagos y amenazas». Más recientemente, el P. Muiños ha dilucidado la misma cuestión con su gran talento, y resuéltola en el sentido que se acaba de indicar. Según su acertada observación, no de una vez impuso la Iglesia en la sociedad y en el gobier-

no toda la integridad de su doctrina; no de una vez, sino en el transcurso de muchos siglos, convirtió á los paganos, civilizó á los bárbaros, libertó á los esclavos. La Iglesia nunca ha transigido con las doctrinas, pero siempre ha transigido con la aplicación, en el desarrollo práctico, en la hipótesis. Solamente los Quijotes tratan de realizar en el mundo el ideal en toda su integridad, aunque sean aplastados por la realidad de las cosas en forma de molinos de viento ó de desalmados yangüeses. A esto se reduce, para el P. Muiños, la famosa distinción: *tesis*, la línea recta; *hipótesis*, el ferrocarril del prudente ingeniero: *tesis*, el ideal acariciado; *hipótesis*, la parte del ideal que permiten las circunstancias: *tesis*, los principios y las doctrinas, donde no cabe transigir; *hipótesis*, las aplicaciones prácticas, donde es imposible no transigir: *tesis*, el derecho; *hipótesis*, el hecho: *tesis*, la concepción pura, radiante, del artista y del filósofo; *hipótesis*, la obra de arte, siempre realista, siempre inferior á la idea. Hoy no puede caber duda racional acerca de la perfecta ortodoxia de esta distinción. Pío IX, igualmente que León XIII, condena las libertades modernas como derechos, pero reconoce que las circunstancias pueden obligar á tolerarlas *(imperantibus rerum adjunctis ad majora mala vitanda)*. «La Iglesia, escribe León XIII, sin dejar de defender con toda firmeza la integridad de sus celestiales enseñanzas y los principios de la justicia... se ve obligada á tolerar por algún tiempo males imposibles ó muy difíciles de evitar, sin abrir camino á males y perturbaciones más graves.» «Ciertamente, dice todavía en la *Inmortale Dei*, si la Iglesia reprueba como ilícito se den los mismos derechos á diversas religiones que á la verdadera, no por eso condena á aquellos gobernantes que, con el fin de lograr un gran bien ó de evitar un gran mal, toleran prácticamente la pluralidad de cultos en su nación. *El hombre no puede creer si no es espontáneamente.*» Imaginar que en los pasados tiempos no había más que santos, porque lo fuera un rey, es vivir en la inocencia, ó ver la historia con anteojos de colores. Ahora bien, pregunta el P. Mui-

ños, ¿estamos actualmente en el caso de la tesis ó en el caso de la hipótesis? En otros términos: ¿puede implantarse de nuevo la unidad de cultos, el extrañamiento ó persecución de los no católicos? Es indudable que no; los mismos integristas afirman que casi todos los españoles son liberales, y, por tanto, herejes; mutuamente se excomulgan los integristas y los carlistas. «Así, pues, concluye el P. Muiños, creo que es imposible la unidad dogmática hoy por hoy, que excitaría violentas represalias, que no duraría sino breves días, ó mejor dicho, no podría llevarse á cabo.»

Aunque tal es mi opinión, no por eso se entienda que admito la tolerancia religiosa en el sentido que le da el liberalismo sistemático, espíritu estacionario que no sabe avanzar, y que se apasiona por la incoherencia de relaciones religiosas y sociales. Quien conozca la lógica de la historia, deducirá seguramente consecuencias contrarias; y no es de admirar que de postulados de intransigencia hayan partido los sistemas socialistas que más ruido vienen metiendo en el mundo como expresión de los principios democráticos (1). ¿Cabe creer que los desórdenes públicos y privados pudieran producirse en una sociedad en que todos tuviesen el espíritu iluminado por la religión y venerasen la ley y los dogmas del Dios verdadero? Es evidente que el Dios verdadero tiene derecho á que se le conozca y se le adore. Analizad el fondo de las controversias sobre la cuestión político-religiosa, y hallaréis siempre que es la cuestión de saber cuál es la influencia de la idea de Dios sobre las sociedades. Hay solamente dos clases de contratiempos:

(1) Uno de los más fervorosos autores de esos sistemas decía: «Los filósofos pretenden que se ha perfeccionado la civilización adoptando la tolerancia religiosa. He aquí una mala explicación. Lo que hay es que se ha perfeccionado el orden social y degradado la civilización... Los ingleses, que ejercen una intolerancia digna del siglo duodécimo, son, á este respecto, más civilizados que nosotros... Y es que el poco bien que se encuentra en el orden civilizado, se debe única y precisamente á las disposiciones contrarias á la civilización». (Fourier: *Tratado de la asociación doméstico-agrícola.)*

a) ignorancia del verdadero Dios; *b*) falsa noción de la Divinidad. Que el primer caso trae consigo la degradación nacional más absoluta, apenas si es preciso demostrarlo sin hacer una declamación vulgar. Es un pueblo mísero, atacado de todos los males, aquel que desconoce á Dios. «La ignorancia de la Divinidad verdadera — como insinúa el siempre fresco Platón (1)—es la suma de todas las desgracias públicas... Conmover la religión es conmover el fundamento mismo de la sociedad humana.» No un platónico, no un cristiano, sino Strauss (2), después de desesperados esfuerzos para negar la eficacia y virtualidad de las religiones, presentándolas como una conjuración de sesenta siglos contra la verdad y la razón, y útiles apenas para la más baja chusma, acaba viéndose obligado á reconocer que «tanto menos dispuestos estamos á renunciar á la religión cuánto más acostumbrados estemos á considerarla como una prerrogativa de la naturaleza humana, como su principal título de nobleza. En todo caso, es cierto que el animal con no estar dotado de razón carece de esta consideración. Los pueblos que ofrecen alguna duda al viajero respecto de si han tenido alguna religión, son siempre en todos sentidos los más miserables y los más semejantes á las bestias. Además, la historia atestigua que el desarrollo de las religiones va siempre estrechamente unido con la civilización de los pueblos». Esto, por lo que hace al desconocimiento de Dios. En cuanto á un conocimiento falso, debe afirmarse algo parecido. No quiero extenderme sobre el particular en consideraciones experimentales é históricas; voy sólo á citar un bello pensamiento que compendia admirablemente cuanto yo pudiera insinuar. El filósofo Hegel, tan dedicado á la causa de la religión, ha juzgado ese desconocimiento á que aludo del siguiente modo: *Un pueblo que tiene una falsa noción de Dios tiene un mal Estado, un mal Gobierno, malas leyes.*

(1) *De legibus*, X.
(2) *Der alte und der neue Glauve*, 62.

El primer deber de un pueblo es, pues, *conocer á Dios*. Pero aquí surge la verdadera dificultad de nuestro tiempo en punto al problema religioso. La admisión de un orden de gracia anterior y superior al de la naturaleza constituye la verdadera piedra de escándalo aun para los que quieren atemperar y conservar la religión cristiana en la sociedad moderna. Como Jacob en el camino de la Mesopotamia, la sociedad moderna, fatigada por luengos años de decadencia religiosa, duerme, libre de todo cuidado, sobre la almohada de piedra de su incredulidad. Habiendo llegado las cosas á este punto, sería hacerse una ilusión infundada esperar que al despertar de esa sociedad seguirá el reconocimiento de aquella realidad suprema que llenó de dulce pavor el alma del nieto de Abraham, haciéndole exclamar con persuasión sublime: «Qué, ¿Dios está verdaderamente aquí y yo nada sabía? ¡Ah, qué terrible es este lugar, puesto que no es otra cosa que la casa de Dios y la puerta del cielo!» Hoy la cuestión se formula de otro modo: *¿Podemos conocer á Dios?*

Sí: esto es lo que se ha puesto en problema, esta es la cuestión que preocupa al mundo actual. Suele habitualmente echarse en cara á los hombres de nuestra generación el absoluto olvido en que se hallan de las cosas divinas; y este reproche, que en el fondo es justo y exacto, se convierte en improcedente cuando se achaca á ignorancia lo que tiene su fundamento en la mala voluntad, fuente de todo error. El célebre dicho de San Pablo de la Cruz, que en pleno siglo XVIII afirmó que en la época del concilio futuro habría menguado tanto entre los humanos el conocimiento de Dios, que habría necesidad de definir su existencia como dogma, ese vaticinio que nosotros hemos visto cumplido (pues el concilio Vaticano ha tenido que proclamar dogma la verdadera noción de Dios, que hasta aquí se había considerado asequible á la razón natural) manifiesta claramente la exactitud del reproche indicado.

Es cierto, indudable: desde la invasión en las conciencias del estruendoso *Kulturkampf* que arrastra y envuelve al libre-

pensamiento moderno, se han disminuído las verdades entre los hombres, al menos en el sentido de haber experimentado cien transformaciones, y perdido en cada una algo de su fuerza, tocando á la idea de Dios su lote correspondiente en el reparto de la confusión. Sería, sin embargo, un grande é injustificado error creer que nuestra edad ha retrocedido realmente desde el punto de vista intelectual en la presente materia. Los mismos que hoy niegan ó ponen en duda á la Divinidad tienen de ella en su espíritu una noción más elevada, más verdadera y más profunda que cualquier hombre religioso del pasado, fuera de aquellos de quienes se ha llegado á creer que los admitió el Hacedor como santos ó profetas á la participación de sus consejos divinales; es decir, como lo observa Fouillée (1), que si se discute hoy más que nunca la existencia propia de Dios fuera del pensamiento y del mundo, en cambio se comprende cada vez mejor lo que Dios debe ser, caso de existir. Por exagerada que esta apreciación sea, hay oculta en ella un sentido verdadero y profundo.

Cuando digo que la humanidad contemporánea tiene más derecho á conocer á Dios y que de hecho debe conocerle más que la humanidad pasada, no quiero dar á entender que no sea atea más que de nombre, ó que su ateísmo sea sólo una mala inteligencia. Lejos de eso, entiendo con Pesch (2) que el presente siglo no sólo es ateo por de fuera, cual sucedía entre los principales romanos de la época de César y de los emperadores, ó bien en el período de la revolución francesa, sino también por sistema y á sabiendas. Este es el crimen de nuestro tiempo, crimen que clama al cielo: ocuparse muy cuidadosamente de todos los problemas de importancia temporal y eludir absolutamente las verdades eternas sin las que aquellos problemas no pueden ser resueltos.

Deber intelectual que implica el conocimiento de Dios.—En-

(1) *Histoire générale de la philosophie*, conclusión.
(2) *Die Welträthsel*, II, 655.

gañaríase gravemente el que imaginara que la fe, porque se la define diciendo que es *la creencia en lo que no vemos*, debe ser extraña *á priori* y *á posteriori* á la razón. *A priori* no puede serlo, pues la psicología individual prueba que el acto mental es anterior en nosotros en el orden cronológico al acto de creer, por lo mismo que en el orden lógico le es inferior; y la psicología colectiva demuestra esto mismo en la especie humana, estableciendo que antes de que el hombre haya creído en Dios ha tenido que adorarle (1). *A posteriori* tampoco puede serlo, ó por lo menos no debe, ya que todas las grandes autoridades de la Iglesia, desde San Agustín y San Anselmo hasta Santo Tomás y Duns-Escoto, han practicado y recomendado lo contrario.

Recomendado digo, y no me arrepiento. No es sólo, en efecto, á los teólogos á quienes compete la investigación de los dogmas y el pago del tributo del *rationabile obsequium* que el Apóstol de las gentes exigía á sus fieles. En la debida proporción también éstos tienen derecho á ese beneficio de la instrucción religiosa que libra á la fe de degenerar en superstición, y que á veces hace de católicos piadosísimos herejes inconscientes. Bochornoso y justo es, en verdad, el cargo que un célebre historiador de la Iglesia dejó escapar de su pluma con tal motivo: «Conservad la apariencia de la liturgia, del ceremonial, del culto, de la adoración; predicad luego al pueblo el arrianismo, el protestantismo, el jansenismo, la herejía que mejor

(1) En esto se funda la opinión de ciertos historiadores de la religión que, como Max Müller (*Nouvelles études de mythologie*, 334), hablan de un período de primitivo escepticismo como precediendo al tiempo en que se ha podido exigir la fe ó hacer de ella una especie de virtud (ejemplo el *Rig-Veda*, I, 104, 7; II, 26, 3). En lo que no cabe duda es en que la palabra *fe*, que nos parece tan simple y elemental, falta en el vocabulario de los pueblos primitivos y de los salvajes actuales. Los Griegos mismos, más adelantados y que poseían ese vocablo, no se han referido nunca á él. Recomendaban la *eusebeia* (respeto, piedad) más bien que la *pistis* (fe). En cuanto á la creencia vaga (*oiesis*), Heráclito la llamaba *ieranousos*, una enfermedad sagrada.

os parezca: bien seguros podéis estar de que os oirá con veneración y sin percatarse de nada».

El creyente civilizado tiene el deber estricto de hacerse de un espíritu crítico capaz de darle la más perfecta ciencia y conciencia de su fe. No hay peor escepticismo que el que nace de la pereza intelectual, ni falta de fe más desoladora que la que desconfía de la razón en orden á la inquisición de las creencias. Nada tan absurdo como imaginar que la fe ciega es el producto de una razón sumisa, correspondiendo á un grado bajo de civilización. Los salvajes, según el testimonio de todos los viajeros, son los espíritus más rebeldes de ordinario á creer en dogmas y misterios (1); si creen, no es por sumisión, sino por pereza intelectual, porque prefieren declinar su razón á los mayores absurdos de sus instituciones antes que entregarse al examen de las mismas, ya que este trabajo es siempre penoso para quien, como ellos, no tiene la costumbre de hacerlo.

Muy otro es el método dogmático que nos aconsejan los sabios juiciosos y las mismas autoridades de la Iglesia docente. «Yo no creo, dice el prelado francés Fonsegrive (2), que la ciencia pueda perjudicar á la piedad. Conozco sabios muy piadosos; en otros tiempos la ciencia fué patrimonio del clero, *mester de clerezía*. No puedo creer que la inteligencia eche á perder nada. A la obediencia no la echa á perder: la obediencia no es efectiva sino cuando es inteligente, y sólo entonces es meritoria. ¡Dios me libre de servidores bien intencionados, pero imbéciles!... En cuanto al espíritu crítico, el verdadero,

(1) Léase á Dulaire, *Histoire des cultes*, I, 1. Un zulú decía ingenuamente á Callaway *(The religious system of the amazulu*, 22): «Lo que sabemos no es cosa que nos incite á buscar sus raíces; no tratamos de verlas; si alguien se pone á pensar en eso alguna vez, en seguida se da por vencido y vuelve á lo que ve con sus ojos, y ni siquiera comprende la naturaleza verdadera de lo que ve». Tal es la última palabra del escepticismo supersticioso; el escepticismo de los salvajes, tan infundado como el de la civilización, y más funesto aún.

(2) *El diario de un obispo durante el Concordato.*

lejos de ser un mal espíritu, como algunos creyentes temen, es un espíritu muy bueno; porque no consiste en no creer nada, en no admirar nada, sino que consiste en no creer sin razones valederas, en no admirar sin causa, en no obedecer más que á las autoridades».

El autor, fundado en estas razones y en muchas otras que deja de aducir para no dar extensión desmedida á su trabajo, desearía que, á semejanza de los teólogos, los fieles cristianos, con más parsimonia y cautela, aunque con igual serenidad, tratasen siempre de *comprender* el error, y no sólo de *odiarlo*. Saber con certidumbre lo que es falso es el mejor, por no decir el único, medio de poder discernir de un modo claro lo que es verdadero.

Obligaciones eclesiásticas.—El criterio que he adoptado procede de un principio que todos los representantes de la cristiandad debieran tomar en cuenta, hoy sobre todo, que reducida cada vez más la enseñanza religiosa á la predicación del templo, merced al tumulto de la secularización política y social que por momentos arrecia, se ha quitado al clero su magisterio para convertirle en rutina de catecismo en manos de profesores de instrucción primaria, mucho más atentos á salir del paso ellos mismos que á abrir paso á los discípulos en el intrincado camino de la fe. La primera obligación del clero es servir de causa directriz á la elaboración de la ciencia y conciencia de los dogmas que debe adquirir el creyente y de que he hablado más arriba. No abandonar esta tarea en las manos incapaces de los maestros seglares y procurar á un tiempo que no se tuerza á mala parte la santa libertad cristiana que para racionalizar sus creencias tienen y gozan los fieles: he aquí la reforma que me parece ineludible en la enseñanza religiosa y que creo sería coronada con los más bellos resultados.

Empero el fiel cristiano no tiene por único y exclusivo fin el creer, sino que también quiere y debe amar y obrar, para recoger en la práctica el fruto de la bondad y de la justicia. La segunda obligación del clero ha de estribar, por lo tanto,

en servirle asimismo de causa directriz en este terreno de la vida y de la acción. Y ¿cómo mejor conseguirlo que siendo él mismo espejo de moralidad é incitándole á lo bueno con el ejemplo, padre de toda virtud? Pensadores hay que han considerado como la primera cualidad del galeno la de ser bondadoso (1). Si esto ha podido exigirse del que cura las enfermedades del cuerpo, ¿con cuánta más razón no podrá exigirse al encargado de curar los males del alma? Y mientras el laico no tiene, rigurosamente hablando, más deber que el de ser moral, y la virtud no es en él precepto, sino consejo, el sacerdote, por el contrario, tiene el estricto *deber de ser virtuoso*.

Ventajas morales y sociales de la religión.—Otro aspecto ofrece la materia de que se trata, y que no se ha mencionado aún. La religión no es sólo fe, veneración, amor individual á Dios: es también actividad, organización, comunión colectiva de hombres. Este segundo aspecto de la religión, bien examinado, nos hace comprender las causas é íntimas razones de las ventajas morales y sociales que proporciona á la humanidad bajo su forma exterior de *iglesia*.

Como la morada es en cierto modo una ampliación del vestido, la Iglesia es en cierto modo una ampliación de la religión. No le basta al hombre abrigarse por la fe contra el medio social: necesita algo en que guarecerse por simpatía con los que como él creen, y en que rodearse como el miembro de una familia de los hermanos en creencia; y allí no sólo se cree, sino que se ama en común, se piensa en común, se siente en común. El salmo «¡oh! ¡cuán bueno, cuán encantador es para los hermanos el vivir juntos!» (2) ha sido el origen de todas las iglesias, de todas las grandes instituciones, de todas las gran-

(1) «La medicina—ha llegado á decir Lamartine en su *Genoveva*—es más bien la intención que el arte de curar. La ciencia del médico no tiene más que axiomas: su corazón adivina. La voluntad de curar es por sí sola una potencia que cura. Un médico debe ser bueno: esta bondad es más de la mitad de su talento.»

(2) *Salmo* 133.

des disciplinas. Establecer herencias sin los vínculos de la sangre; formar parte de una sociedad viva, guiada por disciplina y por leyes, unida en torno de un objeto y de una doctrina sostenida por el espíritu de libertad y de obediencia á la vez, tal es la aspiración permanente del hombre. Ahora bien, ¿cómo extrañar que sin ella la moralidad y la sociabilidad no tengan un sólido fundamento? ¿Cómo no comprender, en cambio, que con ella se consolide todo el orden de la moral social, considerando como mandamiento divino la conciencia directa de nuestros deberes y dando á las inclinaciones del corazón un auxilio con que luchar contra las pasiones y contra los mismos errores de la inteligencia?

El saber constituye una de las más nobles aspiraciones del hombre, es cierto. Pero, en último resultado, es una aspiración como otra cualquiera. Hace superior al hombre, pero casi siempre á costa de su desasosiego interno y de mil envidias exteriores que le atormentan. No así la moral con su saludable sencillez práctica. Como nota la señora Böhl de Faber, «el saber es algo, el genio es más; pero hacer el bien es más que ambos y la única superioridad que no crea envidiosos». La religión realiza lo que dice la ilustre novelista española. Sujetando el entendimiento humano al yugo suave de la fe espontánea, le libra de todas las ansias, de todas las congojas, de todas las inquietudes que el pensamiento y la investigación producen cuando no son humildes siervos de la Verdad y del Ideal puestos por Dios en el corazón humano. Pensar é investigar sólo es sufrir; es una vieja máxima (creo que de San Agustín, aunque no sé si fué él quien la expresó primero), tan sabia como vieja. *Quaesivit lucem, ingemuitque.*

Para la moral, todavía más que para la fe, es superior la religión á la ciencia. El mayor pecado de nuestra sociedad consiste en confundir la moralidad verdadera con la ley natural tal como la ciencia la explica; no ve que la ley natural es un principio vago, general, que no falta ni aun á los individuos malos y que necesita ser vivificado y esclarecido por los

preceptos concretos de la ética positiva. Y aquí puede hacerse observar, una vez para siempre, que semejantes preceptos nada valen si el Cristianismo no les comunica aquella fuerza divina que, ajena á las obras de los hombres, es vida de las costumbres verdaderamente fundadas sobre la piedad. Hay en la fe y en la moral cristianas una fuerza social tan grande, que sin ella no se concibe la verdadera libertad, que es el dominio sobre sí mismo bajo la égida de Dios. *Servire Deo regnare est.* Por esta razón hasta el materialista Hobbes llamaba «impío al que negase la necesidad de creer en Cristo y obedecer á su ley para poder salvarse» (1), afirmación apoyada y ampliada por el latitudinario Hales, el mismo que en cierta ocasión decía que «no dudaría en abandonar inmediatamente la Iglesia establecida si se quería exigir de él que considerase á todos los disidentes como condenados». El famoso escritor Renan (2) habla con terror de la disminución de virtud que amenazaría á nuestras sociedades si el Cristianismo llegase á perder terreno. «¿Qué seríamos sin él? ¿Quién reemplazará á esas grandes escuelas como la de San Sulpicio y á ese ministerio de abnegación de las hermanas de la caridad? ¿Cómo no asustarse de la sequedad de corazón y de las pequeñeces que invadirían el mundo?» Por esto afirma y prueba el docto filósofo Taine que «cuando se ha visto de cerca este espectáculo es cuando ha podido avalorarse la influencia del Cristianismo en las sociedades modernas; lo que introduce en ellas de pudor, dulzura y humanidad; lo que aporta de honestidad, buena fe y justicia. Ni la razón filosófica, ni la cultura artística y literaria, ni aun el honor feudal, militar ó caballeresco; ningún código, ninguna administración, ningún gobierno, bastan á suplir este servicio... Después de diez y nueve siglos, el Cristianismo obra hoy sobre dos continentes, desde el Ural hasta las Montañas Rocosas, en los mujiks rusos como en los inmi-

(1) *De Cive*, III, 2.
(2) *Les apôtres*, introducción.

grantes americanos, como obró en otro tiempo en los artesanos de Galilea, de una manera capaz de sustituir el amor propio por el amor á los demás, sin notarse el menor cambio en su esencia ni en sus manifestaciones... Siempre y en todas partes, después de diez y nueve siglos, en cuanto el Cristianismo ha sido perseguido ó escarnecido, se han degradado las costumbres públicas y privadas. En Italia durante el Renacimiento, en Inglaterra en tiempo de la Restauración, en Francia bajo la Convención y el Directorio, se ha visto al hombre hacerse pagano como en el primer siglo, pero á la vez se le ha encontrado igual que en la época de Augusto y de Tiberio; es decir, voluptuoso y duro; abusando de los otros y de sí mismo; sometido al ascendiente de un egoísmo brutal ó calculador; sensual, en fin, hasta convertirse la sociedad en un degüello ó en una orgía».

Hase hecho un cargo á la religión por tender al poder y á la dominación temporales, mientras que otros la acusan de aniquilar la generosa fibra del esfuerzo social y los ideales terrenos con su preocupación exclusiva de los intereses del otro mundo. Estos contradictorios reproches ¿tienen, sin embargo, algún fundamento? Creo haber presentado bastantes objeciones al primero en la primera parte de mi trabajo. Por lo que hace al segundo, á ese dualismo entre la vida social y religiosa, á ese pretendido dualismo que se atribuye á los creyentes de dejar el mundo para entrar en la religión, dualismo que algunos quieren que pase por cosa recibida, ultrajando las verdades más conocidas de la Historia, está tan en desacuerdo con los hechos más conocidos, que bastan pocas reflexiones para que sus mantenedores se vean forzados á admitir las razones numerosas y palpables que lo desmienten. En efecto, lo verdaderamente antisocial es poner en la tierra todas las esperanzas, y en lo temporal todo fin de vida; los individuos y los pueblos que han subordinado á su eterno destino y á una vida superior su misión en la presente no sólo han sido los más grandes, sino los más felices. «¡Cosa admirable!—decía Mon-

tesquieu (1) en un arranque de franqueza.—La religión cristiana, que parece no tener en cuenta más que la felicidad de la otra vida, hace feliz también al hombre en este mundo.» Esta afirmación se puede confirmar con analogías de mucha fuerza tomadas de las religiones en general. Hegel (2) (autor libre, ciertamente, de toda sospecha) llama la atención sobre las gigantescas obras y grandiosas concepciones de los Egipcios, sobre las colosales pirámides, esos templos de muertos, erigidos menos en su memoria que para servirles de tumba y de recinto. Herodoto (3) sostiene que los Egipcios han sido los primeros en enseñar la inmortalidad y la transmigración de las almas. Sorprendente resulta en tal sentido que, creyendo en la inmortalidad del alma los Egipcios, hayan, sin embargo, tenido tanto cuidado con sus muertos. Podría creerse que el hombre que admite la inmortalidad del alma no concede precio especial á su cuerpo. Pero precisamente los pueblos que no han creído en la inmortalidad del alma son los que no se han inquietado del cuerpo después de su muerte, ni querido conservarlo. Los honores que se tributan á los muertos dependen ante todo del pensamiento de la inmortalidad. Cuando el cuerpo cae en poder de la naturaleza, perdiendo su sujeción al alma, el hombre quiere que no sea al menos la naturaleza como tal quien ejerza su potencia y el imperio de la necesidad física sobre el cuerpo inanimado, este noble receptáculo del alma, sino que sea el mismo quien cumpla mejor ó peor esta función. Por eso procura preservarlo ó, con su libre consentimiento, devolverlo á la tierra ó destruirlo por el fuego. La manera como los Egipcios honraban los muertos y conservaban los cuerpos muestra, á no dudarlo, que consideraban al hombre como un sér colocado por encima del poder de la naturaleza. Por esta razón tendían á preservar su cuerpo contra los atentados de este poder, elevándolo así en sentido real é

(1) *Esprit des lois*, XXIV, 9.
(2) *Religions-Philosophie*, II, 1, 3.
(3) *Historias*, II, 12, 3.

ideal; prácticas sublimes á las que es preciso añadir las razones teóricas con que las religiones, y en especial la cristiana, han justificado no sólo su liturgia y ritos exteriores, sino sus dogmas más fundamentales, por ejemplo, la resurrección de los cuerpos. El cuerpo humano—decía Tertuliano á este propósito (1)—es el órgano de la vida divina y de los Santos Sacramentos; es lavado en el bautismo para que sea purificada el alma, ungido con el óleo santo para que reciba el alma la consagración de Dios; sobre el cuerpo imponen sus manos los sacerdotes para que el alma sea iluminada por el Espíritu Santo; el cuerpo se alimenta de un manjar divino en la comunión eucarística, para que el alma participe de la vida de Cristo; por el cuerpo se manifiesta el poder del alma, y con él ostenta su realeza sobre los seres inferiores, y merced á él ofrece á Dios el holocausto de la vida, dándole la prueba más completa de la caridad y el testimonio más brillante de la fe.

Ahora bien: ese cuerpo, canal de todas las bendiciones y de todas las gracias, «soldado que peleó las batallas del Señor, altar y víctima de los sacrificios más heroicos, instrumento de las conquistas más gloriosas, compañero inseparable del espíritu en sus más arduas tareas, unido con el alma en los arcanos de la humana naturaleza» (2), ¿no tendrá que participar por derecho propio de cuanto esta naturaleza comprende y abarca, sin excluir sus más groseras y materiales necesidades? Tal ha sido, en efecto, la lógica de los hombres que han entendido la religión de una manera amplia y comprensiva, sin que su entusiasmo por los negocios mundanos y su afán de comerciar con todo les haya hecho comerciar con su fe. Renán ha recordado que «los judíos saben unir la preocupación religiosa más exaltada á la más rara habilidad comercial. Las excentricidades teológicas no les privan para nada de su buen sentido en los negocios... En Inglaterra, en América, en Rusia, los sectarios más extravagantes son excelentes mercaderes».

(1) *De resurrectione carnis*, VIII.

(2) Castellote, *Conferencias científico-religiosas*, 191.

Por eso dije en otro sitio, y no sé si lo recordará el lector, que hay algo de pueril en medir el grado de prosperidad de un país por su escepticismo religioso ó en atribuir á la religión la grandeza ó el abatimiento económico de los pueblos que la profesan. Esta sinrazón trae á las mientes la anécdota de aquel racionalista que presenciaba la discusión de un católico y un protestante. El protestante alegaba contra el católico la riqueza y el poderío material de las naciones que en el siglo XVI se separaron de Roma; y como el católico titubease, el racionalista atajó la palabra al primero, replicando: «Eh, amigo mío, fijaos en que si vuestra religión es mejor que la de los católicos, porque los que la practican son más ricos, tendréis que deducir que la de los judíos es mejor que la vuestra, pues por regla general los judíos son más ricos que los protestantes». Nada más falso que el sueño de algunas personas que, queriendo concebir á la humanidad perfecta, la conciben enteramente preocupada por el bienestar material y sin fe en la vida y en la trascendencia de la vida del espíritu. Todo lo contrario. La China, que es una humanidad inferior, es un país en que se atiende con particular esmero á la industria, en que se tiene como objeto principal la ganancia, en que no se posée apenas religión, en que las esperanzas del ánimo se quedan en una región búdico-sensualista, donde no hay inmortalidad alguna ó, si la hay, es enteramente vana. Y aquí está precisamente la causa de que en aquel Imperio exista paz sin justicia, riqueza sin comodidad, culto sin amor y legalidad sin moralidad; aquí debe buscarse el secreto de la inmovilidad y del estacionamiento de aquella civilización, tan espléndida en apariencia. Por eso Draper, el más famoso quizá de los modernos enemigos de la Iglesia, parangonando esta soñolienta quietud oriental con el movimiento, el progreso y la variedad de las civilizaciones formadas por la religión cristiana, ha reconocido (1) en tal contraste «el hecho de mayor importancia

(1) *History of the intellectual development of Europe*, II, 13.

para hacernos augurar que Europa tiene ante sí un brillante porvenir. La China se adelanta hacia el término final de la vida nacional con las desoladoras doctrinas del Budismo; Europa se acerca á él por el Cristianismo. La caridad universal no puede menos de dar mejores frutos que el orgullo egoísta. Hay más que esperar para naciones animadas de sentimientos sinceramente religiosos y que, cualquiera que haya sido su historia política, han convenido en permanecer fieles á estos sentimientos, que para un pueblo que se consagra á la excesiva obtención de ventajas materiales, que ha perdido toda creencia en la existencia futura, y que vive sin Dios». A este testimonio enérgico y poco sospechoso, ¿qué puede oponerse?

El lector pensará de ello lo que quiera: sólo aventuro simples observaciones. La religión cristiana debe ser siempre la base de la educación social; y lejos de esquivarla, se debería, al contrario, afirmarla con más ahinco y más claridad que nunca. Pero ¿no sería útil y aun necesario añadir, para afianzarla entre las masas, síntesis de carácter racionalista que estuviesen más en armonía con la situación y las necesidades de los espíritus? Es una laguna que dejo al lector para que la llene, cosa que hará, seguramente, mejor que yo.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

DATOS PARA LA HISTORIA

DE LA

LEGISLACIÓN SOCIAL EN ESPAÑA

I

Si alguna vez se escribe la historia de la reforma social ó de la legislación social en España, en su fase preparatoria, indudablemente, un capítulo de la misma, muy nutrido y documentado, será el destinado á exponer la labor realizada por la *Comisión de Reformas Sociales*, institución que ha de considerarse como antecedente directo del actual *Instituto de Reformas Sociales,* que, como es sabido, desempeña entre nosotros análogas funciones á las que en otros países se atribuyen á los *Institutos del Trabajo: Office du Travail,* en Francia y Bélgica; *Officio del Lavoro*, en Italia; *Labour Department*, en Inglaterra; *Bureau of Labor*, en los Estados Unidos; *Department of Labour*, en el Canadá, etc., etc.

La Comisión de Reformas Sociales se creó por el Sr. Moret, ministro de la Gobernación entonces, por Real decreto de 5 de Diciembre de 1883. Según dicho Real decreto, la Comisión tendría á su cargo el estudio «de todas las cuestiones que directamente interesan á la mejora y bienestar de las clases obreras, tanto agrícolas como industriales, y que afectan á las relaciones entre el capital y el trabajo». «En la brillante y razonadísima exposición — dice el Sr. Buylla — que precede al

Real decreto, se afirma la necesidad de que el Gobierno se preocupe seriamente del estado de los obreros de la materia, no sólo porque es notorio lo que padecen, porque con razón reclaman el puesto que merecen entre los elementos de la vida pública; porque obstinarse en resistir sería preparar sangrientas represalias, y porque fué siempre misión del Estado prever, anticiparse á las consecuencias por el estudio de las necesidades sociales, y remover los obstáculos que se oponen á que todas las clases y todos los intereses sociales tengan su pleno y natural desenvolvimiento. Reconoce — añade — el conspicuo hombre político, en su trabajo, que la propiedad territorial se ha transformado profundamente en España durante los últimos cincuenta años por efecto de la desamortización, y que hay que completar, y aun que encauzar, aquel movimiento, para que, más que perjudicar, aproveche á las clases menesterosas. Aprecia en su verdadero sentido los clamores de los obreros, en los cuales advierte ilustración y acción reconcentrada, que los constituye en fuerza social que reclama preferente atención de parte de los poderes públicos, que deben apresurarse á preparar con prudentes y acertadas reformas cuanto contribuir pueda á darles su verdadero lugar en el concierto de los elementos sociales. Para llegar á este fin, entiende que es labor previa la que ha precedido también á la acción gubernamental en los países más adelantados: el conocimiento de la verdadera situación de las clases obreras por medio de informaciones adecuadas, dirigidas y ordenadas por personas competentes y celosas, que han de proponer después minuciosa y detalladamente la intervención que al Estado corresponde para conseguir el fin apetecido. Por eso, en el articulado del Real decreto se determina que la Comisión se ha de ocupar especialmente de los asuntos siguientes: 1.° Jurados mixtos, como medio de resolver las cuestiones entre trabajadores y fabricantes, y mantener las mejores relaciones entre capitalistas y obreros; casos en que pueden ser obligatorios; reglas para su formación y ejercicio; sanción de sus sentencias. 2.° Cajas

de retiro y de socorros para enfermos é inválidos del trabajo; medida en la cual podrán los Municipios y las Diputaciones provinciales iniciar y auxiliar esta clase de instituciones; legislación general que puede establecerse como tipo y modelo para los que voluntariamente se asocien; casos en que la suscripción puede ser obligatoria, y manera de hacerla efectiva. 3.° Trabajo de los niños y de las mujeres en las fábricas, en las minas y en los campos; máximum de las horas de trabajo, según la edad; relación entre las horas de trabajo y la asistencia á la escuela; casos en que estas medidas deberán dar lugar á sanción penal. 4.° Higiene y salubridad de los talleres, y reglas para la seguridad de los aparatos motores; casos en que puede caber responsabilidad por el siniestro ocurrido á los dueños ó encargados de la maquinaria y artefactos. 5.° Bancos agrícolas y su organización con los elementos de los antiguos Pósitos; instituciones de crédito agrícola en relación con las necesidades de los colonos y agricultores; manera de relacionar estas instituciones con el Banco Hipotecario. 6.° Reformas que podrían introducirse en las leyes de desamortización, á fin de facilitar á los colonos y trabajadores la adquisición de la tierra; manera de remediar las consecuencias que en algunas comarcas ha producido la forma en que se ha realizado la desamortización. 7.° Sociedades de socorros mutuos; Sociedades cooperativas de producción y consumo; seguros sobre la vida; legislación general sobre todas estas materias; garantías de los asociados; facilidades y estímulos que deben darse á la iniciativa individual. Y 8.° Habitaciones de obreros; higiene de los barrios habitados por las clases trabajadoras; reformas en la legislación municipal, y medios que pueden emplearse para estimular la construcción de habitaciones baratas y sanas para las clases obreras.

Preceptúa el citado Real decreto que la Comisión organice por sí misma su labor, reúna los antecedentes y redacte el programa oportuno, promueva en plazo breve un Congreso de representantes del trabajo agrícola é industrial, para tratar de

cuanto pueda contribuir á fomentar é ilustrar las relaciones entre el capital, la tierra y el trabajo. Concede, asimismo, facultades á la Comisión para abrir, en donde lo conceptúe conveniente, informaciones acerca del estado y necesidades de la clase obrera; para pedir sus opiniones por escrito á las personas residentes fuera de Madrid, ó que no puedan asociarse y concurrir á las tareas de la Comisión; para solicitar el testimonio de los delegados de las Sociedades obreras, sobre la materia que les está encomendada; para fijar las indemnizaciones que, por gastos de viaje y dietas, crea necesario señalar á los que no pudieran concurrir por su cuenta al llamamiento; para imprimir y publicar las actas é informaciones que juzgare oportuno; y, por último, se ordena que, cuando la Comisión termine los trabajos que se le encargan, los reúna en una Memoria detallada, á la cual acompañará, en forma de proyectos de ley, los que crea conveniente proponer al Gobierno, para que éste, cuando lo estime oportuno, pueda someterlos á la discusión y aprobación de las Cortes» (1).

La Comisión de Reformas Sociales se constituyó, nombrando presidente al Sr. Moret, y secretarios á los Sres. Azcárate y Balaciart.

Un Real decreto de 13 de Marzo de 1890 reorganizó la Comisión citada, facultándola para dirigir consultas á las personas que estimase conveniente acerca de las materias sometidas á su estudio.

II

La labor de la Comisión de Reformas Sociales se desarrolló lentamente, de conformidad con las indicaciones del Real decreto de creación y en consonancia con los fines que estaba llamada á realizar. Vista hoy, después que la Comisión ha desaparecido, aquella labor en conjunto, como obra cumplida, en

(1) Buylla: *El Obrero y las leyes*, págs. 288-291.

parte archivada y en parte viva, y considerada además como influjo notorio en el desarrollo harto fragmentario y perezoso de la reforma social no sólo obrera, en España, puede, á mi juicio, afirmarse que se trata de una labor compleja y, en sus detalles y pormenores, de índole y alcance muy diversos.

En efecto: de una parte, las discusiones, dictámenes y proyectos de la Comisión abarcan muchos de los diferentes problemas que poco á poco se han ido suscitando en el período que va desde 1883 á 1904, á medida que la cuestión obrera y otras de carácter social, se han acentuado ó agravado bajo la acción de las nuevas necesidades sentidas, y en relación con las nuevas aspiraciones ó reivindicaciones formuladas. Desde este interesante punto de vista, la Comisión puede decirse que ha seguido con cierta fidelidad y oportunidad la marcha ó evolución histórica del llamado problema del trabajo ú obrero, marcha que consiste en un desdoblamiento ó, más exacto, en una serie de desdoblamientos de ideas y de pretensiones prácticas, impuestos por la creciente complejidad de la vida industrial, sobre todo, y por una propaganda incesante.

Adviértese la apuntada congruencia comparando alguno de los primitivos proyectos redactados ó formulados por la Comisión con los últimos ó más recientes: verbigracia, los relativos á inválidos del trabajo y de responsabilidad industrial, ó bien los de Consejos de conciliación y Jurados mixtos al lado de otros especiales para Consejos de conciliación y para tribunales industriales, respectivamente, ambos, estos últimos, presentados á las Cortes por el Gobierno, donde quedaron en suspenso, esperando, sin duda, tiempos más favorables. Entre los primitivos proyectos y los posteriores y más recientes, hay una diferencia análoga á la que se podría señalar observando el desenvolvimiento científico y práctico de los conceptos fundamentales que sirven de base en cada momento, en todas partes, á las distintas propuestas de leyes: están, en efecto, aquellos conceptos nebulosos y confusos al principio, y más precisos, más técnicos y determinados ó, mejor quizá, más diferen-

ciados después. Todo ello porque se van aclarando los problemas, á la vez que se van distinguiendo y complicando las relaciones jurídicas que la legislación especial obrera está llamada á regular y ordenar.

De otro lado, se advierte también que la reforma legislativa de carácter social, realizada ó intentada hasta ahora por el Gobierno y por el Parlamento, tiene sus antecedentes muy directos, á veces rigurosamente inmediatos, en los trabajos, informes y propuestas de la Comisión de Reformas Sociales. El historiador de la reforma social ú obrera de España necesita, si ha de ser fiel relator de lo ocurrido, examinar con cuidado exquisito el archivo de la antigua Comisión. Es éste, como suele decirse, cantera rica que remunerará con cierta largueza el esfuerzo que se haga para explotarla.

Puede decirse que el núcleo primero más importante de nuestra legislación obrera de carácter especial está en la ley de 24 de Julio de 1873, que puede ver el lector en nota (1).

---

(1) *Ley de 24 de Julio de 1873.*—Las Cortes constituyentes, en uso de su soberanía, decretan y sancionan la siguiente ley:

Artículo 1.° Los niños y las niñas menores de diez años no serán admitidos al trabajo en ninguna fábrica, taller, fundición ó mina.

Art. 2.° No excederá de cinco horas cada día, en cualquier estación del año, el trabajo de los niños menores de trece, ni el de las niñas menores de catorce.

Art. 3.° Tampoco excederá de ocho horas el trabajo de los jóvenes de trece á quince años, ni el de las jóvenes de catorce á diez y siete.

Art. 4.° No trabajarán de noche los jóvenes menores de quince años, ni las jóvenes menores de diez y siete, en los establecimientos en que se empleen motores hidráulicos ó de vapor. Para los efectos de esta ley, la noche empieza á contarse desde las ocho y media.

Art. 5.° Los establecimientos de que habla el artículo 1.° situados á más de cuatro kilómetros de lugar poblado, y en los cuales se hallen trabajando permanentemente más de 80 obreros y obreras mayores de diez y siete años, tendrán obligación de sostener un establecimiento de instrucción primaria, cuyos gastos serán indemnizados por el Estado. En él pueden ingresar los trabajadores adultos y sus hijos menores de nueve años.

Es obligatoria la asistencia á esta escuela, durante tres horas por lo-

Pues bien: fuera de esa iniciativa interesantísima, si no en razón de los efectos prácticos eficaces producidos por la aplicación de la ley, al menos como indicación de las aspiraciones del legislador español de 1873, que aparece tan claramente orientado en el sentido que más tarde se había de seguir bajo el influjo de presiones muy complejas; fuera de esa iniciativa, repito, casi toda la reforma social posterior ha tenido un impulso más ó menos radical ó comedido y mirado, y un órgano de condensación muy específico en la Comisión de que hablo. Bastaría para demostrar lo dicho cumplidamente, fijarse en tres de los capítulos de la reforma obrera que entre nosotros han llegado á tener un cierto estado legislativo; á saber: el de accidentes del trabajo, con la ley de 30 de Enero de 1900 y el Reglamento de 28 de Julio del mismo año; el del trabajo de las mujeres y de los niños, con la ley de 13 de Marzo de 1900 y

menos, para todos los niños comprendidos entre los nueve y trece años y para todas las niñas de nueve á catorce.

Art. 6.° También están obligados estos establecimientos á tener un botiquín y á celebrar contratos de asistencia con un médico-cirujano, cuyo punto de residencia no exceda de 10 kilómetros, para atender á los accidentes desgraciados que por efecto del trabajo puedan ocurrir.

Art. 7.° La falta de cumplimiento á cualquiera de las disposiciones anteriores será castigada con una multa de 125 á 1.250 pesetas.

Art. 8.° Jurados mixtos de obreros, fabricantes, maestros de escuela y médicos, bajo la presidencia del juez municipal, cuidarán de la observancia de esta ley y de su Reglamento en la forma que en él se determina, sin perjuicio de la inspección que á las autoridades y Ministerio fiscal compete en nombre del Estado.

Art. 9.° Promulgada esta ley, no se construirá ninguno de los establecimientos de que habla el artículo 1.° sin que los planos se hayan previamente sometido al examen de un jurado mixto y hayan obtenido la aprobación de éste respecto sólo á las precauciones indispensables de higiene y seguridad de los obreros.

Art. 10. En todos los establecimientos mencionados en el artículo 1.° se fijará la presente ley y los Reglamentos que de ella se deriven.

Art. 11. El ministro de Fomento queda encargado de la ejecución de la presente ley.

Artículo transitorio. Ínterin se establecen los jurados mixtos, corresponde á los jueces municipales la inmediata inspección de los establecimientos industriales objeto de esta ley.

el Reglamento de 13 de Noviembre del propio año, y el del descanso dominical, con la ley de 3 de Marzo de 1904 y el Reglamento para su ejecución de 19 de Abril de 1905 (1).

En efecto: la materia importantísima de accidentes, que tan pronunciado relieve ha alcanzado en nuestro derecho positivo, llegando hoy á constituir ya una verdadera rama autónoma del mismo, y algo así quizá como el núcleo del futuro Código obrero, ha sido estudiada por la Comisión de Reformas Sociales en diferentes fechas y con diverso criterio. Por de pronto, lo referente á la condición del obrero inválido fué objeto de investigación en la información de 1884. Luego, en 1887, el 24 de Enero, presentó el Sr. Azcárate á la Comisión las *Bases para una ley sobre inválidos del trabajo*, en la que se hablaba de la responsabilidad de los patronos por «los daños que sufran los obreros, siempre que de su parte haya habido malicia, imprudencia temeraria, negligencia ó descuido», y del caso fortuito, aunque no del de fuerza mayor extraordinaria que no sea dado prever. Es decir, empieza aquí á dibujarse la doctrina nueva sobre que en su día habrá de cimentarse la legislación sobre accidentes: la doctrina del *riesgo profesional*. El proyecto del Sr. Azcárate, aprobado por la Comisión y remitido al Gobierno, es el antecedente inmediato del presentado por éste al Senado el 5 de Marzo de 1888. Posteriormente, en 1890, volvió la Comisión á estudiar de nuevo el problema con ocasión del *Proyecto de ley de responsabilidad industrial* formulado por el Sr. Sanromá, en el cual se procuraba establecer una distinción entre los accidentes del trabajo comunes y aquellos que puedan resultar de la misma naturaleza de una industria; en este proyecto se habla de los accidentes profesionales; fué aprobado por la Comisión, y ha de estimarse como antecedente del que sobre responsabilidad por accidentes del trabajo en las explotaciones industriales presentó el Gobierno al Congreso de los Diputados el 3 de Junio de 1894, y en el

(1) V. Instituto de Reformas Sociales, *Legislación del trabajo* (1905).

cual se acentúa la doctrina de la responsabilidad industrial y la del riesgo ó accidente profesional. Y todos estos proyectos deben considerarse como antecedentes de la ley vigente sobre accidentes del trabajo.

Del trabajo de la mujer y de los niños trató la Comisión de Reformas Sociales en 1891, pues el 14 de Abril de dicho año aprobó un proyecto de ley sobre el trabajo de la mujer, y el 24 del mismo mes otro sobre el trabajo de los niños. Por otra parte, el 5 de Octubre de 1899 el ministro de la Gobernación, Sr. Dato, remitió á informe de la Comisión citada un proyecto de ley sobre el trabajo de las mujeres y de los niños, que es el antecedente inmediato de la ley vigente acerca de tan interesante materia.

En cuanto al descanso dominical ó semanal, fué objeto de estudios, proyectos é informes diversos por parte de la Comisión de Reformas Sociales. Ya en 1890 el Sr. Santamaría, tomando como punto de partida las conclusiones ó declaraciones de la Conferencia de Berlín, celebrada, como es sabido, merced á la iniciativa del emperador de Alemania, redactó un *Dictamen preparando un proyecto de ley sobre el descanso en domingo*, dictamen que, una vez discutido por la Comisión, se convirtió en proyecto de ésta y se sometió al Gobierno, el cual presentó en 7 de Abril de 1891 el suyo á las Cortes, basado en el de la Comisión de Reformas Sociales. Otra vez hubo de ocuparse esta Comisión del problema del descanso dominical, pues el proyecto de 1891 no pasó de la categoría de tal, y fué en 1899 cuando el ministro de la Gobernación, Sr. Dato, remitió (el 5 de Octubre) á informe de la misma un *Proyecto de ley estableciendo el descanso en los domingos y días festivos;* la Comisión, nada inclinada al descanso obligatorio y general del domingo, por motivos confesionales, reprodujo como informe su dictamen de 1890. El proyecto del Sr. Dato, presentado en la legislatura de 1899 al Senado, fué aprobado por éste, pero no pasó del Congreso. La Comisión de Reformas todavía tuvo que estudiar, ó mejor, informar sobre el descanso

en domingo, con ocasión de una consulta que el ministro de la Gobernación le hizo acerca del asunto, y posteriormente con motivo de una información especial practicada sobre el descanso dominical en España.

III

Considerada ahora más en detalle la labor de la Comisión de Reformas Sociales, cabe agrupar sus trabajos en dos principales grupos, á saber: las informaciones y la preparación de las leyes.

Entre las informaciones debe mencionarse, en primer término, no sólo por ser la primera cronológicamente considerada, sino por su importancia y generalidad, y aun por sus mismos resultados, la practicada por la referida Comisión en 1884. Ella es todavía la más completa que tenemos, y á ella es necesario acudir cuando se quieren obtener determinadas indicaciones sobre la condición de la clase obrera entre nosotros.

La información de que hablo, relativa al estado y necesidades de la clase obrera española, se practicó con el auxilio de las Comisiones provinciales y locales de Reformas Sociales. Sirve de base para la información el cuestionario é instrucciones de la Comisión, del cual dice el Sr. Buylla lo siguiente (1):

«El cuestionario que está unido á estas instrucciones es una verdadera obra de arte, y comprende las siguientes cuestiones: gremios, huelgas, jurados mixtos, asociaciones, inválidos del trabajo, condiciones económicas de los obreros, industrias domésticas, condición moral de aquéllos, condición de la familia obrera, condición moral y política de la clase obrera, salarios, participación en los beneficios, horas de trabajo, trabajo de las mujeres, trabajo de los niños, cultivo de la tierra, obre-

(1) Buylla: *El obrero y las leyes*, págs. 292 293.

ros agrícolas, labriegos, propietarios, aparcería, arrendamiento de fincas rústicas, instituciones censuales, crédito territorial, crédito agrícola, bienes comunales, montes públicos, instituciones de previsión, de crédito y de seguro, beneficencia, emigración, sucesiones hereditarias, impuestos, industrias explotadas por el Estado, obras públicas.»

Para realizar la información fueron invitadas las representaciones de todos los elementos sociales: Asociaciones obreras y de todas las clases, Compañías, Círculos, Ateneos, Academias, Corporaciones oficiales, Sociedades Económicas de Amigos del País, Asociaciones benéficas, Asociaciones de ingenieros, la Prensa, etc., etc.

Tuvo la información carácter oral y escrito, habiéndose remitido á la Comisión, que llamaríamos central (la de Reformas Sociales) por las Comisiones provinciales y locales, «las contestaciones de la información escritas, las actas de la oral, los datos estadísticos reunidos y una Memoria en la que se expresaban con la debida distinción el resumen de lo referente al estado de hecho de los trabajadores, lo relativo á las corrientes de la opinión en la provincia ó localidad en cuanto á las causas de aquél y sus remedios, y el parecer de la Comisión sobre esos extremos» (1).

Reunidos en Madrid todos los datos recogidos en las distintas localidades, la Comisión los clasificó y ordenó convenientemente, publicando después la *información* en cinco grandes volúmenes y un índice-resumen que facilita la consulta de aquéllos.

Más tarde, en 24 de Julio de 1902, el ministro de la Gobernación dispuso se practicase otra información acerca de la situación de los trabajadores del campo de las provincias andaluzas y extremeñas, enviando al efecto á los gobernadores, para que éstos los hiciesen llegar á los alcaldes, los cuestionarios redactados por la Comisión de Reformas Sociales. Practi-

(1) Buylla, *loc. cit.*, 292.

cada la información y reunidos los datos recogidos en la Comisión citada, aún no se han publicado los resultados recogidos; pero, según nuestras noticias, muy pronto verá la luz pública un amplio resumen de los mismos.

IV

La labor de la Comisión de Reformas Sociales en la preparación de los informes legislativos abarca importantísimos extremos. Por de pronto, deben recordarse sus intervenciones en la elaboración de las leyes sobre accidentes del trabajo, trabajo de las mujeres y de los niños, y descanso dominical, de los que más arriba se ha hablado. Aparte de éstos, la Comisión ha estudiado, discutido y propuesto otra porción de proyectos de ley, que citaremos á continuación.

En 1891, y como consecuencia de la información practicada acerca de los Jurados mixtos de patronos y de obreros, se redactó por la Comisión de Reformas Sociales su primer proyecto de bases para establecer aquéllos en España con el carácter de instituciones de conciliación y de arbitraje, y con el de verdaderos tribunales encargados de resolver las contiendas entre el patrono y el trabajador. En el mismo año se presentaron ante la Comisión otros dos proyectos relativos al mismo asunto por los Sres. Balaciart y Castell, respectivamente. Más tarde, en 1893, la Comisión de Reformas Sociales aprobó un dictamen preparando el establecimiento de los Jurados mixtos en España. La característica de estos proyectos es que atribuye á los Jurados mixtos de empresarios y de obreros las funciones de mediación, influencia y consejo, á fin de evitar, dilucidar y en su caso resolver arbitralmente las cuestiones, diferencias y dudas que se promuevan entre individuos de una y otra clase, y además las funciones de mediación y conciliación para procurar la avenencia entre obreros y patronos en los conflictos que surjan de carácter colectivo.

Posteriormente, en 1901, volvió la Comisión á estudiar de

nuevo tan interesante problema del derecho obrero, y entonces el Sr. Moreno Rodríguez presentó un proyecto independiente y especial para establecer los *tribunales industriales* encargados de entender en la resolución de los pleitos sobre el cumplimiento del contrato de trabajo y de aprendizaje, y sobre la aplicación de la ley de accidentes, y dicho señor, con los Sres. Conde y Luque, Ugarte y Muniesa, formularon otro sobre *Consejos de conciliación*, encargados de prevenir y procurar resolver las diferencias entre patronos y obreros con motivo del contrato de arrendamiento de obras y servicios.

Aprobados estos proyectos por la Comisión de Reformas Sociales y elevados al Gobierno, los presentó á las Cortes el 27 de Octubre de 1903, pero no han sido hasta ahora aprobados por éstas (1).

(1) Según el proyecto sobre Consejos de conciliación, éstos estarán compuestos por igual número de patronos y obreros, formando el Consejo en los partidos judiciales donde hubiese tribunales industriales, según la ley (proyecto todavía) de este nombre, el Cuerpo de jurados que dicha ley establece, y donde no los hubiere, la Junta local creada por el artículo 7.° de la ley de 13 de Marzo de 1900. En el art. 8.° del proyecto de que se da cuenta, se determina que, en el caso de prepararse ó de haberse declarado una huelga, la autoridad administrativa local, el patrono ó patronos y los obreros interesados, darán conocimiento de ello por escrito en papel común al presidente del «Consejo de conciliación», expresando patronos y obreros sus pretensiones respectivas. El presidente del Consejo de conciliación deberá convocar á éste inmediatamente, ya en pleno, ya las secciones, que de ambas maneras pueda funcionar dicho Consejo. El art. 12 regula la comparecencia de las partes; el 14 establece que el Consejo procurará la conciliación, esforzándose por recabar que ni patronos ni obreros interrumpan el trabajo mientras la conciliación se tramite, determinándose en el art. 15 que «si el Consejo no pudiere obtener la avenencia, propondrá á las partes que designen personas plenamente autorizadas para contratar en su nombre». En el supuesto de que una de las partes no compareciera ni contestase, ó bien en el caso de que ninguna de las partes hubiese comparecido, se dará por intentada la conciliación, desistiéndose provisionalmente de ella. Pero si la huelga ó el desacuerdo continuasen, el Consejo, de oficio, citará nuevamente á los interesados cuando lo crea oportuno; y si éstos no compareciesen ó no hubiere avenencia, se hará constar así, y no se harán más gestiones sino á petición de ambas partes, consignada y firmada en un solo escrito. El art. 21 dis-

La Comisión de Reformas Sociales estudió también el grave problema de las *huelgas*. En virtud de una consulta del señor ministro de la Gobernación, una ponencia presentó el 26 de Junio de 1901 un proyecto de ley acerca de las coligaciones y huelgas, en el cual se autorizan aquéllas, y se declaran ilícitas las coligaciones y huelgas en que median violencia, coacción ó amenaza, ó que determinen la suspensión general de la vida económica; la interrupción de un servicio general de necesidad evidente y perentoria, ó entorpecimiento grave del funcionamiento industrial de una región (si no mediase previo aviso), ó bien si se tratase de la imposición de la admisión ó despedida de obreros determinados, y en el caso de que la interrupción ponga en peligro la vida humana ó cause pérdidas de cosechas ó cargamentos, inundación de minas ú otro daño irreparable en la propiedad.

El proyecto, después de discutido y aprobado con varias modificaciones por la Comisión, se elevó al Gobierno el 28 de Junio de 1901, habiendo servido de base al presentado por éste á las Cortes el mismo año.

---

pone que, cuando el Consejo lo estime útil, podrá consignar en acta sus opiniones sobre el caso y publicarla de oficio...; y el 23 determina que las partes y sus mandatarios consignarán por escrito el convenio definitivo y lo depositarán en el Consejo. Por último, el proyecto de ley, en el artículo 24, declara que los miembros del Consejo de conciliación, en el ejercicio de sus funciones, serán autoridades públicas. (V. *Instituto de Reformas Sociales*, obra citada, págs. 104 y 105.)

Los tribunales industriales, según el proyecto, entenderán en los pleitos entre patronos y obreros sobre cumplimiento del contrato de arrendamiento de obras y servicios y de aprendizaje, y de los que surjan en la aplicación de la ley de accidentes del trabajo. Los tribunales industriales se compondrán del juez de primera instancia, presidente, y de tres jurados y un suplente, patronos, y tres jurados y un suplente, obreros. Para ser jurado se necesita ser español, mayor de treinta años, saber leer y escribir y ser patrono ú obrero. El procedimiento ante los tribunales industriales comprende el trámite de la conciliación, y se desarrolla luego dictando sentencia el juez, previo veredicto del Jurado; se admite el recurso en la forma y en el fondo, ante el Tribunal Supremo. (V. obra citada, páginas 311 y 312.)

Otro de los asuntos sobre que la Comisión trabajó, formulando la solución legislativa correspondiente, es el relativo á la seguridad é higiene de las industrias. En efecto: aprobó en 1890 un proyecto de ley sobre industrias peligrosas é insalubres, en el cual se disponía: 1.°, la fijación de una escala general de industrias y procedimientos, desde el punto de vista de la higiene y la seguridad; 2.°, la división de las medidas de precaución en tres clases: las de carácter técnico, las que dependan de condiciones de la localidad y las de régimen interior de los establecimientos fabriles, correspondiendo las primeras á la ley de Sanidad, las segundas á las Ordenanzas municipales y las terceras á los reglamentos de fábricas, que se redactarán siempre con intervención de los obreros; 3.°, la nueva clasificación de las industrias insalubres, peligrosas é incómodas, distinguiendo las que sean perjudiciales para la población en general y las que lo sean para los obreros directamente; 4.°, la formación de una lista de aparatos y procedimientos preventivos de accidentes; 5.°, la publicación de una ley de responsabilidad industrial por accidentes (1).

Por último, la Comisión de Reformas Sociales examinó el problema jurídico que entraña la regulación del contrato de aprendizaje, siendo el resultado de semejante examen el proyecto de ley aprobado el 20 de Marzo de 1903, después de haber discutido ampliamente el presentado el 14 de Enero del mismo año por los señores Azcárate, Inchaurrandieta, Santamaría y Ugarte. Además, en el mismo año de 1903 se presentaron ante la citada Comisión las *Bases* para un proyecto de ley especial acerca de los contratos de trabajo.

V

Tal es, de una manera escueta y sin entrar en género alguno de apreciaciones críticas sobre su contenido, la labor más

(1) V. Instituto de Reformas Sociales. Ob. cit., pág. 303.

interesante y saliente de la Comisión de Reformas Sociales en la preparación de las leyes del trabajo y en la información obrera. Debe advertirse que el resumen expuesto sólo comprende las intervenciones que se han estimado más importantes en relación con la reforma social, considerada más especialmente desde el punto de vista del problema obrero y en el respecto de la preparación legislativa. La actividad de la Comisión aún ha tenido otras manifestaciones en otras esferas de la reforma social (verbigracia, emigración, protección á la infancia, etc.), y, sobre todo, en la preparación de las medidas enderezadas á facilitar la práctica de la legislación obrera ó social, pues ha sido llamada á informar y aun á redactar los reglamentos para la ejecución de ciertas leyes y á emitir no pocos dictámenes sobre problemas más ó menos difíciles, suscitados en la práctica efectiva de la legislación de que se trata.

De todos modos, con lo expuesto basta, creo yo, para justificar plenamente lo que al principio decíamos, á saber: que la labor de la Comisión de Reformas Sociales constituye un capítulo muy documentado y nutrido de la *futura historia* de la legislación social española.

Adolfo Posada

EL LIBRO Y LA BIBLIOTECA EN ESPAÑA

DURANTE LOS SIGLOS MEDIOS

Del libro en España nada hay aún escrito. Aceptadas las noticias de otros países como nociones generales de lo que respecta á esta parte importante de toda literatura, nadie se ha tomado el trabajo de reunir los datos dispersos que existen entre nosotros en este concepto, para constituir con ellos un cuerpo que en alguna cosa nos ilustre, tanto sobre los orígenes de nuestra cultura nacional, como de los manuales instrumentos que forman la base de su labor. El libro por sí solo tiene una historia propia que excita hacia él la curiosidad, cuando menos, y otra historia más interesante todavía, en lo que se refiere á su acumulación, constituyendo la biblioteca. Cuando hoy se habla de los miles y miles de volúmenes, que se acercan á millones, que se contienen en esos Museos grandiosos de libros que posee Londres, París, el Vaticano en Roma, todas las demás grandes capitales de Europa, la mayor parte de las Universidades más acreditadas en todo el continente y algunas ya de la América del Norte, todos los grandes institutos, en fin, de la educación y del saber, presumimos que siempre ha sucedido lo mismo en la cima de cada período de la civilización humana, sobre todo encantados por la ponderada relación que de algunas bibliotecas de la antigüedad nos ha dejado la historia.

Desgraciadamente, no siempre ha sido así: toda la Europa

de los siglos medios se ha declarado exhausta de estos veneros espléndidos de la civilización. Toda la antigüedad cristiana nos ha dejado la tradición de cómo el libro fué buscando, errante peregrino, el amparo de las instituciones monásticas, cómo en ellas comenzó á formarse la moderna biblioteca, y qué lento camino llevó su crecimiento y su propagación, aun después de haberse en parte secularizado después de la creación de los Estudios Generales ó Universidades. Con todo, en esto como en todo cuanto respecta á las nieblas de la remota antigüedad, se han negado hechos sobre los que una nueva investigación y examen de los documentos vivos que de ella nos quedan, admiten importantes rectificaciones. Ya empieza á admitirse la afimación de que no hubo monarca en ninguno de los Estados nacientes que han formado las actuales nacionalidades, que no supiesen escribir. Nombres que habían pasado envueltos entre la rudeza de las armas, é incapaces por su educación de haber recibido ningún principio de instrucción literaria, ya aparecen rodeados de un nimbo de cultura, que en nada amengua la robustez de sus espadas, sobre todo desde que se han encontrado sus firmas auténticas en la testificación de algunos diplomas hasta ahora poco vulgarizados. El serio conocimiento y la exploración concienzuda de estos diplomas nos han descubierto muchas cosas que nos hacen pensar en la necesidad que se siente de hacer una nueva revisión en muchos puntos de la historia que, envolviendo crasos errores, hasta aquí han pasado por verdaderos dogmas.

Desde que á principios del siglo x se fundó, bajo el rey Alfonso III de León, el monasterio de Sahagún, enriquecido desde su origen con incesantes donaciones, constituye la de los libros una parte de las más importantes de éstas. Del año 922 hay dos donaciones importantes de ellas: la una, de Donino, presbítero; la otra, de Hermenegildo, *confesor cum omnibus fratribus meis*, Argemiro, Mahemato, Donnino y otros. Ato, con sus hermanos Juliano, Pero y Vistri, hacen otra donación de libros el año 925. El año 930, Toda y Argon-

ti no sólo hacen otra donación espléndida de ellos, sino que además *Bibliotecam ibidem pater meus domnus Aldroitus dedit, ego tamen conferim.* En el año 949, Vermudo *Nunoni filius* fundó, con la advocación de Santiago apóstol, otro monasterio *in suburbio Caiense in valle de Avita*; le donó ocho cuerpos de libros, y otros tantos el año 996, Velasco Moñiz, Natalia Godo y sus hijos, al monasterio de San Salvador *in territorio Balmase locum vocabulo Bodate.* Hay que hacer notar que todos estos libros no eran litúrgicos, y que á veces en estas donaciones se intercalaban libros preciosos de la alta literatura romana.

Claro es que estas bibliotecas no podían ser muy numerosas por el alto valor de los libros, cada uno de los que representaba una verdadera fortuna. Todavía en el siglo XII el P. Flórez, al hacer la mención de la del primer arzobispo de Santiago de Compostela, D. Diego Gelmírez, historiador insigne, dejó consignado que no pasaba de quince volúmenes. Del siglo XIII, en el archivo de la Santa primada de Toledo (1) se encuentran dos inventarios que de las alhajas, muebles y libros del canónigo D. Gonzalo Palomeque se hicieron antes de que tomara posesión del obispado de Cuenca en 1273. Entre los códices que se enumeran en la copia que el P. Burriel sacó para remitirla en 1751 al duque de Huéscar, se cuenta uno que después fué á parar al Escorial entre los libros de la Reina Católica. Es un *Exemplario contra engaños del mundo, en romanz*, que el mismo Palomeque escribió «por mandado del infante D. Alfonso, fijo del muy noble rey D. Fernando». Palomeque no poseía más de una veintena de libros, y entre los documentos inéditos más curiosos que sobre este particular nos quedan de aquel tiempo, y para apreciar lo que se estimaban entonces los libros, puede citarse la *Carta que la reina Doña Violante, mujer del mismo Don Alfonso el Sabio, dirigió á fray*

(1) *Acm.* 7, i-i.—MARTÍNEZ MARINA: *Ens. hist. crit. sobre la ant. leg. de León y Castilla.* Madrid, 1808, pág. 7.

Diego Roys en 21 de Abril de 1272, para que entregase al arzobispo de Toledo, Don Sancho de Aragón, su hermano, ciertos libros que había tomado de la testamentaría de la reina Doña Mencía de Portugal, y pertenecientes al difunto D. Lope, obispo que fué de Sigüenza. Está esta carta en el mismo Archivo catedral de Toledo (1) en un papel de una cuarta de alto y ocho dedos de ancho, letra de albalaes, pequeña y bien tomada, y dice así:

«Doña Yolant, por la gracia de Dios Reyna de Castiella et de Leon a uos fray Diego roys, dottor de los freyres menores de Palencia: salut. Así como á aquel que quiero bien et en que fio. Fágouos sauer que mio hermano Don Sancho, el arçobispo, me dixo que quando finó D. Lop, obispo de Sigüença, que fiço sus testamentarios á él et á la reyna Doña Mencía et á Diego Lopez de Salcedo; et ellos que fiçiessen pagar sus mandas que él fiço: et que quando finó el obispo que se tomó la Reyna sus libros, et todas las otras cosas que eran suyas para pagar su manda, así como era derecho et guisado de lo façer. Et quando la Reyna finó, que tomastes vos aquellos libros que fueron del obispo, et vos los tenedes, et mio hermano que vos embió deçir por su carta quel' diésedes aquellos libros que vos tenedes, para pagar cosas que finca por pagar de las mandas del obispo que lo a él de façer pagar, pues testamentario es, et diçe que dixiestes vos que aquellos libros fueron de la Reyna et que los non daríades. Et, fray Diego, bien sabedes que tales libros como aquellos non serian de la Reyna, et demas que diçe mio hermano que mostrará recabdo que fueron del obispo aquellos libros. Onde vos ruego que los libros et las otras cosas que vos tenedes que fueron del obispo que lo dedes a los omes de Don Sancho, mio hermano, que vos él embia deçir por su carta, et gradir vos é. Dada en Toledo: la Reyna lo mandó jueves XXI días de Abril era de mill et CCC et diez años.—*Yo Alfonso Roys la fiz escrebir.*»

(1) *Acm.* 7, 1-2.

Aún más elocuente que estos pleitos, en materia de libros, es el propio ejemplo que ofrece el mismo rey Don Alfonso, digno émulo en España por su cultura y luces del gran Teodosio y Carlomagno. Su sabiduría alcanzó á todas las esferas de los conocimientos humanos: poeta, se hizo inmortal en las *Cantigas* y en las *Querellas*, en *El Tesoro* y en la *Vida de Alexandre*; legislador, en las *Partidas*, enciclopedia filosófico-jurídica de su tiempo, tan universal, tan extensa, tan permanente como la filosófico-teológica de la *Suma de Santo Tomás*; historiador, en la *General grand Estoria*, en *la Crónica general de Espanya* y en *La gran conquista de Ultramar*; hombre de ciencia, en el *Libro de las formas é imágenes del cielo*, en las *Tablas alfonsíes*, en el *Lapidario*, que hizo traducir del árabe siendo infante el año 1250 á su físico Rabí Yehuda Mosén, para lo que «lo ovol en Toledo escondido, que se non querie aprovechar dél, sino que á otro toviese pró»; hombre de observación, ingenio y cálculo, en los *Libros de juegos diversos, el axedrez, los dados, las tablas, el alquerque y los escaques*, en el *Libro de la montería* y otras obras. Ninguna de éstas, y sobre todo las históricas, jurídicas y astronómicas, pudo escribirse por el rey sabio ó por sus colaboradores, como Mestre Roldán, el autor del *Libro en raçon de las tafurerías*, sin el auxilio asiduo y numeroso de otros muchos libros de todo saber. Por fortuna, datos tenemos de que éstos ni fueron en el número que es lícito presumir, ni los mismos que usó fueron suyos. Para redactar la *Crónica general de España*, por ejemplo, mandó *ayuntar quantos libros pudimos aver de estorias que alguna cosa contasen de fechos de Espanya*. Estos libros el rey mismo los enumera: la *Crónica del Arzobispo D. Rodrigo* «que fiço por mandado del Rrey nuestro padre»; el *Cronicón* de maestre Lucas, obispo de Tuy; Paul Osorio; Lucano; San Isidoro, «primo de San Elefonso, el mancebo»; Idacio, obispo de Galicia; Sulpicio, obispo de Gascoña; «e de los otros escritos de los *Concilios de Toledo* e de Don Jordan, chanciller del sacro palaçio, e de Claudio Tolomeo, e de Dion, que escrebió la verda-

dera estoria de los godos, e de Pompeo Trago, e de otras estorias de Roma». Aun con constituir una biblioteca histórica tan parca, todos estos libros no eran suyos: tomó algunos prestados de los monasterios de Santa María de Náxera y Cabildo de Albelda, mediante los recibos ó cédulas respectivas, cuyos preciosos documentos, después de haber formado parte en el siglo XVII de la biblioteca selecta del Conde-Duque de Olivares, privado de Felipe IV, pasaron á la del escritor genealógico D. Luis de Salazar, y posteriormente á nuestra Real Academia de la Historia.

He aquí la primera de estas cédulas:

«Sepan quantos esta carta vieren como yo Don Alfonso, por la graçia de Dios, Rey de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaén, de Algarbes, otorgo que tengo de vos el prior é convento de Sancta María de Náxera quince libros de letura antigua que me emprestades, é los libros son aquestos: las ediciones de Donato; Statio de Tebas; el *Catálogo de los Reyes Godos,* el libro *Juzgo* dellos; Boecio, *De consolaçión;* un libro *De Justicia;* Prudencio; *Geórgicas* de Virgilio; Ovidio; *Epístolas;* la *Estoria de los Reyes e de Esidro el menor;* otro Donato; el Barbarisio; *Bucólicas* de Virgilio; *Liber illustrium virorum;* Preçiano el mayor; Boecio *Sobre los diez predicamentos;* y el *Comento* de Cicerón *Sobre el sueño de Scipión.* E otorgo de vos les enviar tanto que los haya fecho escrebir: é porque esto no venga en dubda dóvos esta mi carta sellada de mi sello. Dado en Sancto Domingo de la Calzada sábado XXII días de febrero era MCCCVIII años.—*Maestre Fernán García, arcediano de Niebra* la mandó façer por mandado del Rey.—*Pero Alonso* la fiço escrebir.»

En la carta á los monjes de Albelda se citan: «quatro libros de letra antigua que me emprestastes: é el uno dellos es el *Libro de las canciones*, é el otro el Esidoro de *Etymologías;* é el otro el libro de Lariano; *De las collaciones de los Sanctos Padres*, é el otro el *Lucan*». Los libros de los monasterios en aquel tiempo, y hasta muy entrado el siglo XV, «como con

muchos florines é trabaios non se podían auer», para que los prebendados de las iglesias pudiesen aprovecharse con su lectura en sus casas, «se arrendaban al uso de ellos cada año públicamente á dinero á quien más daba», previa la tasa de su valor y la fianza consiguiente, por si se perdían ó deterioraban; de iglesia á iglesia se prestaban de balde, y en las necesidades urgentes se empeñaban. Fray Jerónimo de San Román dice en su *Crónica* que los frailes de San Agustín, de Valladolid, empeñaron á los monjes de San Benito sus libros, para hacer algunas reparaciones en su templo. Las consultas de los libros en los monasterios ó cabildos que los poseían, hasta para los mismos frailes ó prebendados, se hacían en un lugar determinado, ó en el coro, y para que no se los llevasen se sujetaban con cadenas, quedando de estos códices ejemplares muy curiosos en nuestra Biblioteca y Archivo Histórico Nacionales. Villanueva, en su *Viaje literario*, dice que también los vió así todavía, con sus cadenas, en la biblioteca del cabildo de Gerona, en los últimos años del siglo XVIII (1). Pero los que más guardaron esta costumbre fueron *los libreros*, que al fundar las primeras Universidades se establecieron cerca de ellas. De ello trata la Ley xj. tít. 31 de la II Partida: *Como los estudios generales deben haber* ESTACIONEROS *que tengan tiendas de libros para ejemplarios;* cuyo texto dice así: «*Estacionero* ha menester que haya en todo estudio general para su cumplido, que tenga en sus *estaciones* buenos libros é legibles é verdaderos de texto é de glosa, que los *loguen* (alquilen ó arrienden) á los escolares para fazer por ellos libros de nuevo y para enmendar los que tuvieren escritos». Los títulos para establecer estas tiendas los otorgaban los rectores del estudio, mediante examen previo, así de capacidad en los que las pretendían, como de suficiencia y buena doctrina en los textos que habían de tener. El rector fijaba también la tarifa á que había de sujetarse el préstamo y sus demás condiciones.

(1) VILLANUEVA: *Viaje literario*, tomo XII, pág. 117.

A pesar de todo esto, el libro, para su multiplicación, no luchaba ya, como en los siglos anteriores, con la carestía del principal elemento de su existencia: el *papyrus* ó el pergamino. Siguióse usando éste en gran cantidad, para todos los escritos que debían quedar permanentes, y así lo dictaba una ley de Partida, y para los libros matrices y los de lujo. Pero la introducción y generalización del *papel de paño*, que debimos á los árabes, fué un gran conductor eléctrico para la propagación de toda clase de obras literarias. Los árabes, que habían multiplicado extraordinariamente sus libros en las setenta bibliotecas públicas que llegaron á abrir en la Península, dieron necesariamente preferencia al papel sobre las pieles adobadas de terneras y corderos. Establecieron fábricas de él en Córdoba, Játiva, Toledo y Ceuta, y en los siglos XIII al XV todo el del que en Castilla se hacía considerable gasto era toledano ó cebtí, así como de las fábricas de Alcoy y Zaragoza el que se consumía en Aragón y Navarra, y aun se exportaba á Francia é Inglaterra. Entre los mismos *escribas* ó *calígrafos*, que á la vez eran *encuadernadores*, ya no son frailes los que ejercen estas profesiones: hay, entre aquellos cuyos nombres han llegado hasta nosotros, algunos eclesiásticos todavía; pero estos oficios cada vez se hacen más civiles, y hubo de haber gran número de judíos conversos, y no conversos, y moros, habitantes en territorios cristianos, que debieron desempeñarlos. En tiempos de Fernando III el Santo, 1218, Diego de Campos, clérigo y chanciller de Castilla, escribió, ilustró y encuadernó, para el arzobispo D. Rodrigo, los siete libros del *Planeta* (teológico), que aún se conservan en la biblioteca del Cabildo de Toledo. El rey Don Alfonso el Sabio debió tener una caterva de escribas y calígrafos; y en el *Libro de los juegos*, él mismo se representa con corona en la cabeza y manto cuajado de castillos y leones, en actitud de dictar á uno de sus amanuenses, que le escucha de rodillas, mas con la péñola sobre el papel, siguiendo el mandato de su palabra. En 1381, Alvar Pérez de Sevilla, canónigo de la catedral de Jaén, escribía para el rey

Don Sancho IV la copia de la *Istoria de Espanya del rey don alfoõso de Castiella, que fué eleÿdo enperador de roma,* su padre, que de la biblioteca del famoso Marqués de Santillana, y por las posteriores de los Duques del Infantado y de Osuna, pára actualmente en la Biblioteca Nacional.

Ignoramos quiénes fueron los calígrafos y quiénes los encuadernadores del *Poema de Alexandre* y del *de los Reyes Magos*, primeros monumentos del romance castellano, que con encuadernación mudéjar el primero, y de cuero envesado el segundo, ambas, la artística y la tosca, del siglo XIII, posee nuestra Biblioteca Nacional, así como los de los *Documentos sobre primacía de la iglesia toledana*, encuadernados también en Toledo en el mismo estilo mudéjar, y por el mismo tiempo. Pero desde el siglo XIV se hace también alguna luz más sobre estos nombres que la distancia del tiempo y la modestia de un oficio secundario han hecho ordinariamente desaparecer. La infanta Doña Blanca, biznieta del rey Don Alfonso X, hija de Doña Beatriz de Castilla, esposa de Alfonso III de Portugal, que vino á ser *señora* del monasterio de las Huelgas de Burgos, tuvo afición á los libros y sirvióse del maestre Alfonso, converso, que solía llamarse Rabbí Abner, para el traslado caligráfico, adorno y encuadernación de varios libros de aquel instituto, en que desempeñó la alta dignidad abacial. Entre estos libros había uno, *De las batallas de Dios*, de que el Rabbí converso fué autor hebreo, traductor castellano, escriba, iluminador y encuadernador. El rey Don Alfonso, hasta nuestro tiempo llamado el último, tuvo para estos menesteres á Nicolás González, de quien en la biblioteca de Osuna había un *Ordenamiento* escrito y encuadernado de tafilete de Marruecos, en 1348. De su hijo, el rey Don Pedro de Castilla, se conocen dos: este mismo Nicolás González, *escriuan dos seus liuros,* que le escribió en gallego la *Crónica troyana* en 1350, y Jaume Conesa, «protonotari del senyor rey de Castiella», que le copió otro ejemplar en lemosín: datos que atestiguan, si no hubiese otros muchos que lo corroboraran, la extensa educación

literaria que aquel heroico é infortunado príncipe recibió en la casi orfandad de su infancia al lado de su madre Doña María de Portugal. De la época de Don Juan I, en el que el movimiento literario, precursor de los felices días de Doña Isabel la Católica, adquirió tan vasto ensanche, nos queda el nombre de Pedro de Madrigal, correspondiente al año 1381 y al de 1473, último del reinado de Don Enrique IV; el de Andrés de Mudarra, de quien se conserva el ejemplar del *Carro de las donas,* que copió y armó en Santa María de Guadalupe para el servicio del prior de este convento, Fray Juan de Guadalupe, de quien se supone es la traducción que se hizo al castellano de aquella obra tan celebrada en su tiempo, y que su autor catalán, Fray Francisco Ximénez, había dedicado á la Condesa de Prades, doña Sancha Ramírez de Arenós.

Andrés de Mudarra (*qui á domine benedicatur*) no concluía obra alguna de sus manos sin terminarla con una frase aconsonantada latina, semejante al *Jesus cum Maria—Sit nobis en via*, con que Cristóbal Colón comenzaba sus escritos. El mote de Mudarra era:

Scripsit, et scribat.
Et semper cum Domino vivat.

Pero ya en este tiempo no eran sólo los Monarcas, los Cabildos y los monasterios los que se permitían el lujo de compartir con las Universidades el monopolio de los arquitectos del libro para su peculiar servicio: pendolistas, iluminadores y encuadernadores, que todos eran y componían una misma familia. Aun no depuesta del todo la armadura militar, signo característico de las estirpes ilustres durante la larga y sangrienta noche de la Reconquista, los nobles entraron con la visera alzada en el pacífico palenque de las letras. Pedro de Valladolid, criado del Señor Rey de Navarra (D. Juan II) y oficial suyo de «pararle su tabla en que comiese y las cortinas en que oye misa», escribíale y armábale en Alcañiz, en 1436, el ejemplar de *La Consolación*, de Boecio, en castellano, que la

biblioteca del Duque de Osuna ha transferido á la Nacional. El muy excellent et religioso señor don frey Iohan fernandez de heredia, castellan de Amposta y procurador de Catalunya, se hacia escribir y aderezar las *Istorias de Paulo Osorio* por Domingo de Garcia Martin. El muy honrado caballero pero faxardo, adelantado de murcia, el libro *De verbo contra Judios* por fray Martin de Fuentsauco, bachiller de la sancta theulugia y su familiar, y el señor gomez suarez de figueroa, fijo del muy alto caballero don lorenzo suarez de figueroa, maestre que fué de la caballería de Santiago, el *Libro de Maestre Maymon de Egipto, el cordovi*, por Maestre Pedro de Toledo, fijo de Maestre iohia del castillo, el más hábil encuadernador que en aquel tiempo (1432) había en toda Castilla. Ya el Marqués de Santillana, á todo costo, se hacía traer de Florencia, París, Barcelona y Lisboa los más preciosos códices de la poesía y de la historia de Italia, Francia, la Provenza y Portugal, y Martín de Ávila, su escudero, la escribía en castellano y la adornaba por dentro con iluminaciones, y por fuera con exquisitos grabados mudéjares al hierro, con caprichosos dibujos en que hacía resaltar en relieve el capacete con barboquejo, que era el escudo de sus libros, los muchos que hacía traducir con Manzanares, como el *Arbol de las batallas*, de Honorato de Bonnor, ó que hacía copiar, como *La comparació de Cayo Julio Cesar, emperador máximo, et de Alexandre magno, rey de Macedonia*. En esta parte de los libros castellanos no le iba en zaga el Conde de Benavente, D. Rodrigo Alonso Pimentel, que en su villa de Benavente había reunido una de las más numerosas y escogidas bibliotecas que había en España, y cuyo *criado,* Manuel Rodríguez de Sevilla, le escribía sobre papel cebti y le encuadernaba en cuero colorado, sin descanso, ya la *Crónica general de España*, del ejemplar de San Pablo de Valladolid, ya el *Séneca* del que «el rey Don Juan prestó al Conde», ya la *Epistola de Lucilo*, para lo que también le prestó el que poseía *Gutierre de Quexada*, señor de Villagarcía.

Vemos en todo este cuadro, en que el libro va formando la

antorcha que ilumina los pasos de nuestra civilización, cómo por lentas etapas, á veces por cambios de civilizaciones enteras que á fuerza de siglos de incesante labor logran desmoronarse y prestar su eficacia al progreso y mejora de la humanidad, este mudo instrumento de la inteligencia del hombre se hace cada vez más fecundo; cómo dilata su esfera de acción; cómo impone sobre las sociedades humanas el dominio cada vez mayor del espíritu, perfeccionando también y produciendo mayor comodidad y menos fatiga á los esfuerzos del medio material. Por todos los reinos cristianos de la Península el progreso civil se delata en las obras de la legislación: en Castilla, por las *Partidas* y los *Ordenamientos*; en Aragón y Cataluña, con los célebres *Usatges*, que fueron en Europa el principio del derecho internacional.

Bajo Carlos III de Navarra florece la amenidad de las letras, y, mientras en Castilla y en Valencia surgen los Apolos anónimos de los poemas y de los romances nacionales del Cid y el conde Fernán González, en 1337 aquel último vástago de la casa de Evreux, que abrió el camino de aquel trono á la de Aragón, ocupado ya por la casa gloriosa de Castilla, compró varias librerías de los Padres Dominicos de Estella y la de su camarlengo Mosén Pierres de Laxaga, como para preparar con estos libros la juventud estudiosa de aquel desventurado príncipe D. Carlos de Viana, en quien tan aciagos habían de ser los destinos.

Entre los del camarlengo Laxaga preponderaban los profanos y de entretenimiento sobre los místicos y piadosos; un *Romanz de Lancelot*, el de *Ratabon e de Sancta Isabel*, otro del *Vicio de Lancelot et Bor su compaynnero*, el romanz de *Ysopert* y el romanz de *Alixandre et del Pacho*. En Zaragoza se hacían célebres las bibliotecas del rey Don Juan I de Aragón, del camarlengo Mosén Per Artés y del obispo de Etna, Fray Francisco Ximénez, autor de varias obras filosóficas y morales.

El canciller mayor de Castilla, Pero López de Ayala, y el

jefe opulento y sabio de toda una familia judía nuevamente conversa, D. Alonso de Cartagena, obispo de Burgos, sólo con las obras que produjeron con su estudio ó con su ingenio, podían alimentar este nuevo género de establecimientos públicos ó privados, sin la gran copia que para su uso particular llegaron á reunir en sus residencias. El arzobispo D. Pedro Tenorio fundaba la biblioteca del Cabildo de Toledo, su sede, con la base de las obras propias ó salidas de su pluma, y la del Cabildo de Gerona, cuyos libros y códices se encadenaban al coro, por disposición testamentaria de su fundador, el obispo Vilamaré, era erigida en 1310.

Estas bibliotecas eran cada vez más copiosas, y en las de los monasterios, hasta los de monjas, que sólo poseían libros litúrgicos y rituales, á pesar de la secularización del libro por los Estudios Generales, de los monarcas literatos y los magnates entregados á los dulces devaneos del gay saber, ya no se contaba por docenas de códices, y éstos incompletos, el caudal del tesoro bibliográfico. En el convento de San Clemente, de Toledo, se conservaba su el siglo pasado un inventario que copió el P. Burriel, y que así decía: «En el nombre de Dios é de Sancta Maria; era de mile e treçientos é sesenta é nueue años (1331 d. J. C.), viernes, veinte e çinco dias de mayo, vino visitar el dean don Vasco Ferrandez el monesterio de Sant Climent de Toledo por mandado de nuestro señor el Papa ó de nuestro señor el arçobispo, et demandol á la capiscola, doña Urraca Lopez, quenta de todos las libros que a el monesterio.

Estos son los libros que yo Urraca Lopez reçeby por mandado de mi señora la abadesa, quando me dió el offiçio. Dilos en cuenta al dean don Vasco Fernandez.—Tres *Officiales*: dos del coro é uno de la Iglesia.—Tres *Misales*: dos de la Iglesia y uno del coro.—Dos *Epistolares*: el uno de la iglesia e vno del choro.—Dos *Evangelisteros*: el vno de la Iglesia, el otro del choro.—Un *Licionario dominical* é otro *ferial*.—Un *Sentencie-ro*.=Estos libros son del choro:—Un *Dominical* e vn *Sentena-*

rio (1) en que dicen cada noche las *Dolientes* en el cabildo.—Quatro libros de *Aspicieres* y dos *Ecce ego.* (Estos son de las *responsurias* de todo el año.)—Tres libros de *Ignos* (himnos) de todo el año.—Dos *Coletarios.*—Tres *Reglas*: la vna romanzada.—Quatro libros de *Costvmbres de nvestra vida*: las unas romanzadas.—Tres cuadernos *De Corpus Christi.* (Es uno de sus liciones.)—Un libro *De Sancta Justa é Rofina.*—Tres libros de la fiesta *De la Corona.*—Dos quadernos é vn *Lecionario de la fiesta de Sancta Húrsula.*—Çinco quadernos de *Sant Climent*: vno de su vida, é otro de sus sermones é tres de su estoria.—Un libro de la fiesta de Sancta Catherina.—Estos son los libros del refitor.—Un libro de las *Jeremías.*—Un libro que dizen *Apocalipsi.—Moralia.—Job.*—La *Biblia.*—El *Humiliar.* Dos libros de *Sermones.*—El libro de *Johachin.*—La *Vida de Sant Alifonzo.*—Tres libros que leen en la colacion: el vno de los *Miraglos de Sancta Maria* que leen en el adviento; el otro en la quaresma, que dicen *Vitas Patrum*: en el tiempo de Passion leemos *Gestas Salvatoris.*—Un libro de la *Vida de Sant Benito* é seis libros de nuestra órden.—Çinco quadernos de la *Procesion.*—Un libro de *Cantica canticorum.*—Un libro que dicen *Ugonis.*—Libro *De Dialogorum.*—Libro de *Summum Bonum*» (2).—Cotéjese el número de los libros y códices de esta biblioteca con el de las que anteriormente hemos descrito, y se verá palpablemente la vasta conquista con que en todas partes se imponía su creciente desarrollo.

No he visto ninguno de los libros aquí enumerados, y desconozco la manera como el arte ha prestado su concurso á tan diversa variedad de obras. No obstante, del último siglo que comprende este período, del XIV, poseemos en nuestros establecimientos públicos ó en poder de los coleccionistas inteligentes multitud de ejemplares de códices y libros, cuyas encua-

(1) Al margen: «*Forté* ESCRITURARIO».—Burriel.

(2) Copiado de un Becerro antiguo que se guarda en el Imperial Convento de San Clemente, de Toledo.—B. N.—Mss.—Dd.—77, pág. 2.

dernaciones puede decirse que acusan el extremo apogeo á que llegó en España la arquitectura sólida del libro y su ornamentación artística en aquel espacio de tiempo en que el primor y la inspiración del genio dejó tantas huellas luminosas en cuanto ponía mano. Díganlo elocuentemente nuestras más hermosas catedrales: las de León, Burgos, Barcelona, Toledo, que son los superiores ejemplos de nuestra cultura y del grado de florecimiento á que habían llegado las artes en España del siglo XII al XIV. En la encuadernación ornamental de los libros uno mismo era en la época que describimos en todos los reinos de la Península y entre todas las gentes que lo habitaban. En la biblioteca de la Universidad de Granada se halla el *Libro de Agricultura* de Abu Otzman ben Alí Chaafar ben Loyun Attochibi, poema que fué escrito en Almería el año de la égira 749, correspondiente al 1349 de Cristo. El primor de su encuadernación mudéjar le hace tan semejante á los demás que he de citar, que para que sea completamente un libro lujoso cristiano sólo hay que cambiar los textos bajo unas mismas tapas. El Sr. D. Luis Ezpeleta, ayudante de S. M. la Reina Regente Doña María Cristina, presentó en la Exposición Histórico-Europea de Madrid de 1892 un *Pentateuco* hebreo y marginado con la pequeña Masorah, del mismo siglo XIV, de los que leían los sábados en las sinagogas los judíos. Todo el libro, al que falta la primera hoja, está escrito en caracteres cuadrados con puntos y ápices, y los escolios en caracteres rabínicos. No se sabe el punto de España donde se escribió y fué encuadernado; pero los dibujos y labores de sus tapas, ¿no revelan un mismo arte, unos mismos instrumentos y hasta unas mismas manos que los que armaron y ornamentaron el poema escrito en Almería ó los libros y códices de Toledo, Avila, Uclés, Zaragoza, que vamos á examinar? Nada puede darse mejor conservado ni labrado con mayor destreza y exquisito gusto que el *Pontifical Romano* que en la misma Exposición exhibió la Biblioteca Nacional. Es preciso examinar el libro en la mano para persuadirse de que aquel cuero labrado, apuntilla-

do, convertido en maciza red de labores geométricas, lazos y cadenetas de admirable variedad y originalidad, no está recién salido de las manos del artista y que, por el contrario, cuenta cinco siglos de existencia. Del mismo siglo XIV posee el Archivo Histórico Nacional otro *Pontifical Romano*, de mayor tamaño que aquél, y que así como el de la Biblioteca Nacional procede de Toledo, éste perteneció al cabildo de Ávila. El adorno interior del libro en orlas y letras miniadas é historiadas sobre la más nítida vitela le constituye por sí solo en una verdadera joya artística; pero lo es mucho más con el aditamento de su encuadernación. Es del mismo género y estilo que las de los libros anteriores: cuero grabado al fuego y en seco con adornos de lacerías y figuras geométricas mudéjares. Tal vez el de Toledo tuvo funda de cuero ó tela que le ha preservado de todo deterioro y conservado sus tapas en su primitivo vigor y primor, y que modernamente ha desaparecido. El de Avila no tiene señales de haber estado dotado nunca de funda ninguna. Todo el lomo está apuntillado entre sus labores, y en las tapas llevaba unas manecillas de plata sobredorada sujetas por un rosetón con su escudo de esmalte, fondo azul y plata, y un león en rojo en medio. La manecilla calada está compuesta de dos aristas de plata sobredorada unidas por un dibujo de filigrana de oro y de estilo gótico florido. Pero sin poseer ninguno de estos lujos de orfebrería, el códice que por el gusto, originalidad y riqueza de labores puede y debe ofrecerse como modelo de acabada perfección en este género de ornamentación de los libros es el *Breviarium militiæ Sancti Iacobi*, que, traído de Uclés, es en la actualidad preciosa joya del Archivo Histórico Nacional. Cada una de las tapas presenta tres orlas cuadradas en disminución, como formando el marco del cuadro central. Lazos compuestos de diversas combinaciones y dibujos, siempre bajo los mismos elementos generadores, es decir, dos líneas paralelas encerrando una central de puntos, forman la primera ancha orla y la tercera, que queda reducida á la mitad de espesor; entre ambas, y dividi-

das por tres y cinco líneas rectas, hay otra orla de dobles flores de lis, y llenando el cuadro y rompiendo las mismas orlas hasta un tercio de la superior, sobre un fondo macizo de labores menudas cuadrangulares con flores en el centro, se destaca preciosamente dibujada y repujada la artística cruz-espada de la ínclita Orden militar, también rellena toda de lacerías de la más fina combinación. Los bollos son de bronce dorado en forma de almejas y en número de cinco por cada tapa, y las manecillas, trabajadas á este tenor, del mismo metal.

Claro es que todas las encuadernaciones de los libros y códices de esta época no están dotadas del mismo artístico primor, pero sí todas de la misma solidez en la estructura del libro, en el cosido, en el acordillado, en la igualdad de las tablas sobre que se formaba su armadura y en la bondad de los cueros pintados ó envesados que se usaban para las cuberturas. El labrado de las pieles por medio del hierro caliente respondía al mayor ó menor lujo de la encuadernación; pero el mayor número de los libros salían con los cueros enteramente lisos del taller de los artistas. En cambio en esta época se extrema la aplicación de los herrajes á las pastas, ya en forma de cantoneras y bollones, cierres y broches, ya en las cerraduras, que estuvieron por mucho tiempo en gran auge. Los herrajes de latón dorado eran los más comunes, y en ellos también se ensayó diestramente la mayor ó menor habilidad artística de los que los construían. En el Archivo Histórico Nacional, tantas veces citado, existe con el nombre de *Martirologio romano* el *libro de sepelios de la catedral de Avila*, uno de los obituarios de mayor valor histórico que conocemos, pues contiene las partidas y la distribución de las sepulturas dentro de la iglesia desde el año de 1242 en adelante. La encuadernación de este libro es en tablas gruesas cubiertas de cuero colorado; en cada tapa cinco bollones de metal dorado, cantoneras de lo mismo caladas, y manecillas pendientes de tejillos de cuero también. Es un libro reciamente construído para resistir la frecuencia

del servicio continuo que había de prestar. No hay página en que muchas de sus inscripciones mortuorias no hayan sido borradas y raspadas una, dos y más veces para asentar encima de las borradas antiguas nuevas partidas, que alcanzan hasta los principios del siglo XVI. Con todo, á pesar de más de dos siglos de haber sido manoseado, traído y llevado como esta clase de libros se manejan y maltratan en las oficinas y archivos que los elaboran, el trabajo material de su construcción fué desempeñado con tal solidez desde su origen, que no muestra un cuaderno desnivelado, una hoja caída ni el lomo y la armadura viciada por el uso. Como estudio de la solidez en el arte puede presentarse como un modelo magistral.

El cambio de dinastía que sucedió á la terrible tragedia de la noche de Montiel por el triunfo de la rama bastarda sobre la legítima de D. Alfonso el del Salado, inició en todos los reinos peninsulares, en contacto con los condados de la Provenza por los límites de Aragón, un movimiento general literario como España no había tenido jamás. Príncipes, magnates y altos dignatarios de la corte y de las fronteras, caballeros, eclesiásticos, familiares de unos y otros, menestrales y pueblo, todos se dieron á cultivar con extremada lozanía de imaginación y sentimiento el arte bello de las musas, lo mismo en Castilla que en Aragón, lo mismo en Portugal que en Navarra.

Los hechos políticos y militares más extraordinarios y portentosos del siglo XV parece que se realizan bajo el clamor de las musas. Las musas presiden la paz dinástica que se alcanza bajo Enrique III el Doliente con la infanta Catalina de Lancáster. La corte de Don Juan II es una perpetua academia. La rama de Don Juan I, que pasó á reinar en Aragón desde la coronación de Fernando de Antequera, el Conde de Mayorga de nuestros *Cancioneros*, hasta las expediciones de su hijo Alonso V á Nápoles, es un apoteosis permanente de las musas. La trágica sucesión del cetro de Navarra se ejecuta entre príncipes desheredados y príncipes victoriosos por el éxito que son

todos á la vez alumnos del Pindo. La generación literaria no interrumpida, que arranca desde la batalla de Nájera hasta la de Olmedo, que sufre de los portugueses la derrota de Aljubarrota, gana á los moros la de la Higuera, y en las aguas de Pouza queda prisionera de guerra de los genoveses, napolitanos y franceses de Renato de Anjou, comprende más de trescientos nombres de poetas y trovadores castellanos, cuyas obras permanecen vivas en los *Cancioneros* originales de aquel tiempo de las bibliotecas de Palacio, Nacional, del Escorial, antigua Imperial de París, de Herberay, del Vaticano y otras. Fueron poetas el segundo de los hijos de Don Juan I, Don Fernando, que pasó á ceñir la huérfana corona del rey Don Martín de Aragón, y su nieto el rey Don Juan II de Castilla. Lo fueron del mismo modo sus otros nietos Alfonso V de Aragón, conquistador de Nápoles, y Juan II de Navarra y el príncipe primogénito de esta corona, Don Carlos de Viana; fuélo el infante Don Pedro de Portugal, el almirante Don Alfonso Henríquez, nieto del rey Don Alfonso el Noble, como hijo del infante Don Fadrique, á quien mataron en el Alcázar de Sevilla, y Lope de Stúñiga, nieto bastardo también de otro rey de Navarra, Carlos el Temerario, y el célebre infante de Aragón D. Enrique de Villena, Maestre de Calatrava. Las razas vencidas que habitaban en la Península y tomaron el agua del cristianismo por eludir las persecuciones que formulaba el instinto inspirado y el movimiento grandioso de la unidad nacional hicieron brillar así en el gay saber, como en toda ciencia, varones tan esclarecidos como Alonso de Cartagena, Pablo de Burgos, Alfonso de Zamora y Juan Alfonso de Baena. Eran poetas ministros como el condestable Don Alvaro de Luna; magnates como Don Iñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana é hijo del almirante y poeta también Don Furtado de Mendoza, en quien á la vez se representa toda la cultura, toda la política y toda la iniciativa militar del último siglo de nuestra redención, de nuestra unidad y de la reconquista. A la coronación de Fernando I asistieron con el mismo Marqués de

Santillana: Don Rodrigo Manrique, Conde de Paredes y Maestre de Santiago; Don Diego de Sandoval, Conde de Castrogeriz; y Don Karlos Darellano, señor de los Cameros y Conde de Aguilar, con Mosén Pere Vaca, García de Padilla, Pere Torrella, Johan de Dueñas y otro centenar de vates. Ferrand Pérez de Guzmán, señor de Batres, alcanza por sí solo mérito literario bastante para calificar gratamente toda una clase social, y Juan de Mena para dar su nombre á un siglo. De la nobleza aragonesa se destacan: Juan Fernández, señor de Híjar; Mosén Juan de Villalpando, señor de Estupiñan; Quilez y Osera, y Mosén Hugo de Urries, que Aragón mandó de Embajador á Inglaterra. Un aventurero castellano, Mosén Diego de Valera, que después escribió la *Crónica de España*, mereció que en Alemania se le llamara *caballero é dottor;* allí se le condecoró con el collar del Aguila, y en España con el de las Escamas. El ayo del infante Don Alonso, hermano de Enrique IV, en Castilla, Johan de Padilla, Adelantado mayor, era poeta, y poeta el del príncipe de Navarra Don Carlos de Viana, Juan de Beaumont, en cuya familia se vinculó la Condestablía de este reino. Alfonso V de Aragón tenía en su servicio por poetas á su paje Juan de Torres y á su rey de armas Ferrant de Móxica; y en el *Cancionero* que á principios del siglo XVI compiló Fernando del Castillo, de doscientos poetas de todo el siglo XV incluyó obras poéticas de los Duques de Medina-Sidonia, Alba y Alburquerque; Marqueses de Santillana, Villena, Astorga y Villafranca; Condes de Benavente, Haro, Oliva, Coruña, Feria, Paredes, Rivadeo, Castro, Ureña y Ribagorza; Vizconde de Altamira, Obispo Villaquirán de Oviedo, Almirante de Castilla y una cohorte entera de poetas caballeros.

Estos dioses del Pindo, que por vez primera llenaban del acento rítmico del habla castellana todos los espacios peninsulares del Parnaso español, no sólo dieron á luz las tiernas endechas amorosas que los *Cancioneros* custodian, sino que con otra multitud de obras prepararon y fueron como la espléndida aurora del siglo de Doña Isabel y Don Fernando,

llamados por antonomasia los Reyes Católicos. De sus augustos abuelos heredó la primera la afición á las letras y á los libros, y no era la primera dama castellana que ceñía corona que hubiera hecho de los últimos escogida colección y aun biblioteca. En sus *Generaciones y semblanzas*, Ferrán Pérez de Guzmán dice del rey Don Juan II, padre de Doña Isabel, que «placíanle mucho libros é historias». Fray Liciliano Sáez añade que sostenía en Italia correspondencia con Leonardo de Arezzo y otros escritores, á quienes mandaba copia de sus obras; y en el inventario de la biblioteca del Conde de Benavente se ve, por varios ejemplares, que solía prestar sus libros á los aficionados para que los trasladasen. Al célebre obispo de Burgos, D. Alonso de Cartagena, mandó concluir la *Caída de príncipes*, que el canciller D. Pedro López de Ayala dejó comenzada, á la vez que le hacía romanzar las *Epístolas de Séneca* y otras obras de la antigüedad clásica. Otro sabio prelado también, D. Lope de Mendoza, Arzobispo de Santiago, le enviaba del mismo modo, para lisonjear su afición, libros de pluma extraña y propia. Su primera mujer, la reina Doña María, participaba de estas inclinaciones, y Fray Gonzalo de Ocaña le romanzaba en 1442, por su mandado, las *Homilias de San Gregorio sobre el profeta Ezequiel*, y otros libros litúrgicos y piadosos.

Pero la verdadera princesa castellana amante de los libros fué, desde los principios de este siglo, la hermana mayor del rey Don Juan II, la infanta Doña María de Castilla, que casó con el rey de Aragón y Sicilia, Don Alonso V. El jefe del *Archivo histórico del reino de Valencia*, que después lo fué del *General Central*, D. Miguel Velasco y Santos, descubrió en 1872 y publicó en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* el *Inventari dels libres de la Senyora Donna María, Reina dels Sicilias e de Aragó, trobats en poder de la honorable Na Elionor Sagrá*, que murió el 7 de Septiembre de 1458. Comprende 71 números, correspondientes ó otras tantas obras de varia lectura, y cada una de ellas está descrita con su título,

principio y fin y tipo de encuadernación. Unos libros estaban escritos en vitela; otros, los más, en papel. Su armadura es del mismo modo unos *ab posts engrutades*, es decir, con cartón, porque el cartón entonces se hacía con papeles sobrepuestos y unidos con engrudo; otros, *ab posts de fust*, ó sea con tablas de madera. Las cubiertas suelen ser de cueros de colores, ó *cuyro vermell*, *vert*, *negre*, etc. Un *Saltery* de papel *sisternat* de pergamins, es decir, de cuadernos de seis hojas, del latín *sixternus* (1), estaba encuadernado *ab posts de fust cuberts de cuyro vermell ab algunes empromptes doripell*, primer ejemplar en que vemos el empleo del dorado, que tanto papel en lo sucesivo desempeña en la ornamentación artística del libro. La *Interpretatió del nom de Sent Hyeronim* está «guarnit de posts cubertes de cuyro vermell *empremptades* ab lo nom de *Ihesus* en la una part é en l'altre *Christus*». Estas cifras sobre las tapas, lo mismo que los escudos grabados en seco por medio de hierros templados, ya al simple pulso, ya por la presión de la prensa, se encuentran también en algunos libros del siglo XIV, como en el *Cartulario del príncipe Don Pedro de Aragón*, que procedente de la biblioteca heráldica é histórica de D. Luis de Salazar y Castro posee la Real Academia de la Historia, y de que antes se ha hablado. El libro de nuestro Hugo intitulado *De arra anjme*, «scrit en papel de talla de vn full comú», estaba armado «ab post de fust cubertes de cuyro vermell ab *dos gafets* (broches ó manezuelas) ab vma *altra coberta* de albadina ó aluda blancha (badana ó baldés ó piel suave)». De modo que aquí tenemos también, aunque toscamente, las fundas ó camisas de la encuadernación, que pronto veremos el papel lujoso que desempeñaron en los libros que pertenecieron á la reina Doña Isabel. Por último, en otras encuadernaciones de los libros de la reina Doña María de Aragón y de Sicilia hallamos *claus* ó *bolles*, *cubertas levadizas* de tela ó cue-

(1) *Alternus*, de dos pliegues ú hojas: *quaternus*, de cuatro; *sixternus*, de seis, etc. La voz castellana *cuaderno* las incluye todas.

ro, *cubertes pintades ab les armes de la Senyora Reyna*, como en el libro del *Abbat Isach*, titulado XXXIII. También contienen las mismas armas de la Reyna sobre sus cubertes vermells, adornadas de dos manecillas y ocho bollones el libro *De les conquestes Daragó*, escrito por Mosén Tomich, caualler. Las *Epístolas de Séneca* estaban cubiertas *de fust peloses* (terciopelo); y el *Confessional*, «scrit en romanz, en paper sisternat de pergamin, de fust cubert de cuyro vermell ras *ab platons*. El de las *Oraciones* era muy sencillo: *cubertes de post ab cuyro vermell empremptades* (labradas al estilo mudéjar) *ab dos tancadors de parche*. Finalmente, las *Flores de Sancta Maria e altres officis e oracions* se hallaban encuadernadas en cuero encarnado *empremptades ab cubertes dessus tots de damasqui violat, brodades de fill dor ab dos botons al cap de les propdites cubertas, ab algunes perles menudes, ab dos trancadors guarnyts de parche vermell brodat dor e al cap dos gafets dor obrats, en los quals gafets cinch perles grossetes ab altres menudes*. Este último libro nos da el tipo de transformación que pronto hemos de analizar en el arte de la encuadernación en Castilla, y que alternó entre nosotros con la ornamentación del estilo mudéjar durante todo el siglo XV y hasta bien entrado el XVI, hasta que en esto, como en todo, vino á imponérsenos el renacimiento italiano. No hay que decir que el tipo de las nuevas encuadernaciones sobre terciopelos, velludos, brocados, rasos y otras telas bordadas vino á nuestra patria con los nuevos libros de poesía vulgar que el rey Don Juan II y el Marqués de Santillana pidieron á Italia, Francia y Borgoña, y que en nuestros talleres si alcanzó todo el premio y riqueza de que era susceptible, careció de originalidad y fué un arte de pura imitación.

¿Cómo no había de participar la nobleza de Castilla del ejemplo que de tan alto se la daba? El rey Don Alfonso V de Aragón adoptó por divisa un libro abierto, dando á entender que la perfección del entendimiento humano consiste en el conocimiento de las ciencias y artes liberales; dormía con los li-

bros bajo la cabecera, y cuando despertaba pedía luz y se ocupaba en leer. No eran otras las casi constantes ocupaciones de su sobrino el príncipe Don Carlos de Viana, que no sólo leía y estudiaba, sino traducía por sí las *Eticas de Aristóteles*, la *Eneida de Virgilio* y otras obras á este tenor. Teniendo tanta afición á los libros, contrató con el papa Pío II la traslación á España de una biblioteca muy rica en clásicos antiguos que había en un monasterio de benedictinos, inmediato á Mesina, donde residió algún tiempo; pero aquellas negociaciones quedaron frustradas por su muerte. Otro infante de Aragón, Don Enrique, Marqués de Villena, llegó á tan sabio, que cobró en su tiempo fama de brujo. El rey Don Juan de Navarra, padre del católico Don Fernando, que no entendía el latín, rogóle la traducción de algunas obras de Virgilio, el Marqués de Santillana la de las de Cicerón y Dante, y á instancias de Mosén Pere Pardo, caballero catalán, escribió *Los trabajos de Hércules*. Rades y Andrada, en su *Chronica de Calatrava*, dice que llegó á reunir muchos libros de artes liberales, astrología, astronomía, geometría, aritmética, y de la judiciaria y nigromántica; pues en todas estas ciencias era consumado y hacía cosas maravillosas á causa de su saber. No obstante, la pasión de los libros no le quitó otras pasiones: su vida fué desasosegada por su insaciable ambición. Todo lo tuvo prestado más bien que adquirido legítimamente, hasta la dignidad maestral de Calatrava. A su muerte tenía más odios contra sí que afectos de admiración, y muchas de sus sapiencias se tenían por sospechosas y de mal ejemplo. Murió en 1434, y Fernán Gómez de Cibdad Real, en la epístola LXVI de su famoso *Centón*, escribió acerca de sus libros: «Dos carretas son cargadas de los libros que dejó, que al Rey le han traído: é porque diz que son mágicos é de artes no complideras de leer, el Rey mandó que á la posada de Fray Lope de Barrientos fuesen llevados; é Fray Lope, que más se cuida de andar al Príncipe que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar más de cien libros, que no los vió él más que el rey de Marruecos, ni más

los entiende que el Deán de Cidá Rodrigo... Muchos otros libros de valía quedaron á Fray Lope, que no serán quemados ni tornados». La quema fué en el Monasterio de Santo Domingo el Real, de Madrid, y Rades y Andrada dice que los astrólogos judiciarios trabajaron mucho por que no se ejecutase aquella sentencia; y unos añaden que después de ejecutada, al Rey le pesó, y otros que nunca se logró persuadirle para que no se quemaran. Aquel primer auto de fe contra los libros tuvo una protesta inmortal: la del poeta Juan de Mena, que llorando su pérdida, dijo en las coplas CXXXI y siguientes de sus *Trescientas:*

Aquel que tú ves estar contemplando
En el movimiento de tantas estrellas
La fuerza, la orden, la obra de aquéllas
Que rinde los cursos de cómo y de cuándo;
Y hubo noticia filósofo-fando
Del movedor y de los conmovidos,
De fuego, de rayos, de son, de tronidos,
Y supo las causas del mundo velando;
Aquel claro padre, aquel dulce fuente,
Aquel que en el cártaso monte resuena,
Es don Enrique, señor de Villena,
Honra de España é del siglo presente.
¡Oh! ínclito sabio, autor muy sçiente,
Otra y aun otra vegada yo lloro,
Porque Castilla perdió tal tesoro,
No conocido delante la gente.
Perdió los tus libros sin ser conocidos:
Y cómo en exequias, te fueron ya luego,
Unos metidos al ávido fuego,
Y otros sin orden no bien repartidos.
¡Cierto! en Atenas los libros fingidos
Que de Protágoras se reprobaron,
Con ceremonia mayor se quemaron,
Cuando al Senado le fueron leídos.

El autor de la *Crónica de Don Juan el Segundo* escribió acerca del Marqués de Villena: «Este caballero, aunque muy gran letrado, supo muy poco de lo que le convenía». ¡Común carácter de los talentos sublimes! Tener el espíritu en el cielo, y descuidar en el lodo lo que es lodo y miseria.

La dirección científica de las inclinaciones de este infante, que así se hacía sospechoso al fanatismo obscuro de su tiempo, no era la que seguían los demás aristócratas que adornaban sus armas y sus títulos con los timbres literarios, y la quema de los libros del Marqués de Villena no fué óbice para que otros grandes le emulasen en el afán de adquirirlos y acumularlos. El solo nombre del Marqués de Santillana no sólo á este respecto llena completamente su siglo creando una tradición luminosa que hasta en el nuestro no se ha extinguido con la venta y dispersión de la biblioteca que tuvo por base los códices que él reunió en sus palacios de la Finojosa y de Manzanares, de donde se trasladaron después á Guadalajara, sino que en su tiempo obscureció las demás. «Tenía grande copia de libros», dice de él sucintamente el señor de Batres en sus *Generaciones y Semblanzas*. Todos los libros florentinos que el Marqués hizo traer de Italia están adornados con preciosas orlas miniadas, y al pie de la primera página incluído en ellas el escudo heráldico de su casa, y en los ángulos su divisa literaria. Así las *Confesiones* y la *Vida cristiana*, de San Agustín; así las *Epístolas familiares* y la *Vida de Aristóteles*, de Leonardo Aretino; así el *Philostrato*, la *Vida de Dante*, la *Theseida* y la *Fiammeta*, de Messere Giovanni Boccaccio de Çerbaldo; así los libros *De officiis*, *de amicitia*, *de paradoxis* y *de senectute*, de Marco Tulio Cicerón; el *Escolano*, de Francesco Cecco d'Asculi; así la *Comedia*, *Il amoroso convivio* y *Le canzoni morali*, de Dante Alighieri; así el libro *Della vita civile*, de Matheo Palmieri; así *Los hombres ilustres* y *Los remedios contra próspera y adversa fortuna*, de Francesco Petrarcha; así la traducción toscana de todas las obras de Quintiliano, y así el *Tratado de esphera*, de Sacrobosco. Con igual lujo y gusto en orlas é iniciales de oro y colores hizo que le trajeran de Francia y Borgoña *Le liure dou gouuernement des rois e des princes*, de Egidio Romano; el *Arbre de batailles et leur origine*, de Honoré de Bonnor, y el *Breviarum*, de Fray Juan de Brujas; *La belle dame sans mercy*, de Alain Chartier; el *Catha-*

logus Pontificum Romanorum, de Fray Bernardo Guidonio; *L'ordre de la bande et escharpe rouge*, del Sieur de Launay; tres ejemplares de *Le roman de la Rose*, que comenzó Guillaume Lorris y acabó Jehan de Meung, y el *Romans en françois* de la *Mapa-Monde*. Y recogió de todas las provincias de España, Cataluña, Navarra, Aragón, Valencia, las dos Castillas y Andalucía, los códices también de mayor precio y gusto, no sólo por la novedad literaria, sino por la belleza de sus iluminaciones y la riqueza de su arquitectura. Al reintegrarse nuestra Biblioteca Nacional de esta interesante colección de códices de los siglos XIV y XV, vióse con dolor que la mayor parte habían perdido su encuadernación primitiva, que habían sido sustituídas por otras nuevas. Ya la Biblioteca poseía algunos códices procedentes de la del Marqués de Santillana, que por ventura conservaban sus pristinas envolturas artísticas; así han quedado en estos pocos ejemplares que se han salvado de semejante profanación algunos que entre el laberinto geométrico de los adornos mudéjares ostentan en relieve obtenido por los hierros, el pulso y la fantasía del encuadernador, el capacete con barboquejo que sirve de emblema á sus libros, y algunos otros que pueden obtenerse por muestra ó por exquisitos modelos del arte hispano-arábigo de aquel tiempo, ó del que dotado de todos los atractivos del lujo nos vino de Italia. De los primeros son *Los Santos Evangelios en Romance, los quales son Romanzados por el Reuerendo doctor maestre martín de luçena, el macabeo, por mandado del exçellentissimo cauallero ynigo lopez de mendoça*. Está escrito en vitela; las capitales, que debieron estar historiadas en colores, han sido cortadas todas por una mano aleve, y la encuadernación consiste en un cuero recio que cubre las tablas con que el libro se arma. Este es en folio, y cada una de las tapas encierra, en casi toda su extensión, dentro de una orla de cadeneta mudéjar, una cruz del Santo Sepulcro con el término de las cuatro puntas en martillo. La cruz ofrece casi medio centímetro de relieve, y en los recuadros, entre los brazos y la or-

la, cuatro estrellas de ocho puntas grabadas en seco al hierro templado, y el centro macizo, de adornos y lacerías. El libro tiene además manecillas de latón dorado, cuyas chapas, que descansan sobre el cuero, figuran hojas de acanto (1). El ejemplar de encuadernación italiana es el de los *Sonetti Canzoni e Triunfi*, de Petrarca, libro pequeño, en 8.°, escrito en vitela con iluminaciones, y cubierto de una rica tela de brocado de hilo de oro con bordado de hojarasca en relieve de oro y seda de colores.

A semejanza del ilustre prócer, cabeza de la casa de Mendoza, en la que radicó en breve la púrpura cardenalicia otorgada al gran cardenal de España con la silla arzobispal de Toledo y cancillería mayor de Castilla, y los títulos ducal del Infantado, condal de Tendilla y otros no menos ilustres por los claros varones en valor y saber que los llevaron, hubo otros no menos esclarecidos que protegieron y profesaron las letras y convirtieron sus Estados en verdaderas academias. Figuran, en primer lugar, los Enríquez, primos hermanos del Rey Católico, en quien se vinculó la dignidad del almirantazgo de España; los Fernández de Velasco, condes de Haro, que recibieron la condestablía, y los Alvarez de Toledo, señores de Valdecorneja, cuya casa ducal de Alba de Tormes fué durante más de dos siglos liceo de toda la cultura de las letras restauradas, centro de toda la influencia política de Castilla y hoguera donde se inflamaron las espadas victoriosas de mayor renombre. El Conde de Benavente, D. Rodrigo Alfonso de Pimentel, después de ilustrar los ocios de su Estado traduciendo en 1439 la *Primera década de Tito Livio*, juntó muchos libros, de que se conserva el inventario, publicado por Fray Liciniano Sáez, entre las notas de su libro titulado *Demostración de las monedas de Enrique III*. La condesa compartía su afición con su marido y aquella librería acopió, sin duda, la colección más numerosa é importante que por aquel tiempo hubo en España de Cróni-

(1) B. N.—Sala de Mss.—Dd. 181.

cas y libros de Historia, en cuyos estudios era aquel magnate consumado. Sus libros no alardeaban del lujo y magnificencia de los del Marqués de Santillana. Las blancas vitelas orladas de miniaturas florentinas y flamencas se suplían aquí con anchas planas de papel cebtí, cuyos cuadernos y volúmenes se armaban ya en tablas, ya en cartones, que se cubrían de cueros blancos ó de color, sin grabados ni dibujos, ó con simples parches ó pergaminos, que suponían una encuadernación sencilla y modesta. Sólo algún raro ejemplar salía de la regla común: por ejemplo, la *Margarita sacra scriptura*, cuyas tablas estaban cubiertas de *tapete* ó tapiz blanco con bollones é fevilletas de plata dorada.» En otros libros, los bollones no eran más que de latón, y hasta la *Brivia de la señora condesa* y sus libros de oraciones estaban encuadernados con cuero colorado ó *paño verde*. Otro escritor y aun polemista, que en 1430 contendía sobre materias literarias con Alonso de Palencia, era D. Álvaro de Zúñiga, Duque de Plasencia y Béjar. También ha llegado hasta nosotros el *inventario de los libros que el dicho señor tenia en la Cámara*. De esta biblioteca procede el códice original del *Regimiento de Príncipes*, que Fray Juan García de Castrojeriz, fraile menor y confesor de la reina Doña María, mujer de Don Alfonso XI, tradujo en 1340 para la instrucción del infante heredero, que fué después el rey Don Pedro I, apellidado el Cruel. La traducción se hizo á ruegos del obispo de Osuna, D. Bernabé, maestro y canciller del príncipe. En nuestro tiempo formó parte de la biblioteca del Marqués de Salamanca, y en la actualidad creemos lo posea el académico de la Historia D. Manuel Danvila. El Duque de Béjar tenía entre sus libros algunas crónicas originales. Sus encuadernaciones eran ordinarias como las de los libros del Conde de Benavente, y sólo su *libro de rezo* estaba cubierto de tapete negro con guarniciones de plata.

Varios prelados y cabildos dieron notable impulso é incremento á sus respectivas librerías; y otras corporaciones que vivían en comunidad, ó fundáronlas nuevas ó fomentaron

mucho las que tenían. A la muerte, sin embargo, de cada obispo, prebendado ó caballero que los tenía, ó se hacían mandas con ellos ó se vendían en almoneda. En 1438, el arcediano de Toledo, Vasco Ramírez de Guzmán, dejó á su confesor Juan Fernández, cura de la capilla de San Pedro, los libros de San Isidoro *De summo bono é de Sant Bernardo ad Eugenium*; á la iglesia de Torrejón de Illescas un *Speculum clericorum*, y otros á varias iglesias, y mandó en su testamento que para que no se perdiesen ni fueran sustraídos *se asgan* con una cadena. La plata que este prebendado dejó se evaluó en 1.500 florines, «é los libros otro tanto é más». Con todo, no alcanzando para todos, dispuso que á la Iglesia de Huesca se enviasen 750 maravedís «para mercar un *Psalterio*». De los libros que tenía, consignó en su testamento que en la almoneda del canónigo Alfonso de Contreras compró las partes de *Bretrio*, las *Novelas* que fueron del arzobispo D. Juan de Contreras, y los *Enriquez*, que fueron del arzobispo D. Sancho de Rojas. De esta época son también dos libros de altar y coro de la misma iglesia de Toledo, cuya lujosa encuadernación fué obra de José Esquivias, como consta en el lomo de uno de ellos. El uno es un misal escrito en vitela, con iluminaciones numerosas é historiadas en láminas, letras capitales y otros adornos. Está armado en tablas y cubiertas de cuero con relieves de ornamentación mudéjar. Tiene funda ó camisa de terciopelo carmesí, forrada de raso del mismo color, y en los bordes cordoncillo y flecos de seda y oro. Se abrocha con manecillas de plata sobredorada con preciosa hojarasca gótica, y en las chapas medallones de relieve con el escudo del cardenal Mendoza. Los tejillos de que penden las manezuelas son de tisú de oro y seda carmesí. El otro libro es un *Cantoral* en pergamino, de gran folio y con muchas ilustraciones y miniaturas dentro. Las gruesas tablas en que está armado están cubiertas de cuero negro de caballo con impresiones de dibujos varios. En cada tapa tiene cinco grandes bollones de bronce dorado, y del mismo metal son las cantoneras y adornos de los ángulos y los broches.

De estos libros y de este siglo acaso no habría templo en España que poseyese mayores riquezas que la catedral de Avila; pero, por desgracia, en el pasado han desaparecido. De su archivo todavía se han salvado algunos códices, que forman ahora parte del Histórico Nacional. Algunos ostentan encuadernaciones de estilo mudéjar de las más bellas y ricas en decorado que de este género existen, y sólo citaremos un *Apparatus super clementinas*, de Juan Andrés, porque ofrece la particularidad en los grabados de los adornos de las tapas, de llevar orlas ó macizos en algunos cuarterones, de un hierro que no contiene sino la Y gótica de rabo rameado, inicial del nombre de la reina Doña Isabel, que debió ser la donante de estos libros á la iglesia que guardaba las cenizas del príncipe Don Juan. No fué, sin embargo, Avila el lugar escogido por la Reina Católica para la custodia de sus libros, de que fué también espléndida coleccionadora, habiendo llegado á reunirlos de los que pertenecieron al rey Don Alfonso X el Sabio, de Castilla, y al rey Don Alonso V el Animoso, de Aragón; de su padre el rey Don Juan II, y de su ministro el condestable D. Alvaro de Luna; de D. Enrique de Villena, de su confesor Fray Hernando de Talavera, y de otros augustos ó casi augustos literatos. En 1477 fundó la biblioteca de San Juan de los Reyes, en Toledo, en la que mandó poner esta inscripción:

FERDINANDUS ET ELISABET SEMPER AA. SEMPERQUE INVICTI IN HOC SUO CŒNOBIO CONSTRUENTES BIBLIOTHECAM CONGREGAVERUNT DE REGIONIBUS LIBROS PRETIOSSISSIMOS. ÆDIFICAVERUNT DOMUM SAPIENTIÆ.—«*Quo juxta portas stans clamitat: si quis est parvulus incipiens, veniat ad me ut comedat panem intellectus*». Prov. 8-5.

En esta biblioteca, conforme reza la inscripción transcrita, se reunieron los libros más preciosos que se pudieron recoger por personas peritas encargadas de esta misión, de toda España, de Roma, Italia y Francia. El *Códice Smaragdyno*, ó del abad Smaragdo, contenía ciento doce martirios de santos; el *Códice Pasionario*, de forma máxima, sesenta y tres martirios

y vidas de otros tantos héroes cristianos, de las cuales muy pocas se hallaban repetidas en el de Smaragdo. Allí estaba el antiguo *Misal* de Sahagún, enviado á D. Bernardo, electo arzobispo de Toledo, por San Hugo, abad de Cluny. Allí los dos tomos del *Leccionario*, en vitela, de hermosa letra cuadrada del siglo XIV, del tiempo de D. Gonzalo Palomeque (1366), del que posteriormente se tomaban las copias, ó con el que se confrontaban las que se hacían en otros lugares. En otro *Breviario*, también del siglo XIV, había una tabla de los días de Pascua, desde el año 1366 hasta el de 1520. Cada uno de estos libros, y otros muchos de que el P. Burriel dió noticia al P. Rábago en el siglo XVIII, se consideraba como una joya de subido precio, así por la pureza y corrección de sus ediciones maestras, como por el lujo de sus ilustraciones y envolturas. De toda ciencia, eclesiástica y profana, había otros cuatrocientos códices que formaban la base de esta biblioteca, que al comienzo del siglo próximo pasado fué devastada, saqueada y dispersa por los franceses.

Pero ya hemos dicho que, á pesar de las bibliotecas que fundó Doña Isabel, como la de San Juan de los Reyes, y posteriormente la de la capilla de los Reyes de la catedral de Granada, de las que fomentó, como la de Avila, y del sinnúmero de libros de altar, de coro, litúrgicos y sagrados que repartió incesantemente en las iglesias que dejaba consagradas en los pueblos moros del reino de Granada que conquistó: en Loja, Ronda, Málaga, Baza, Guadix, Alhama y otra multitud de pueblos de inferior categoría, siempre se reservó para su uso privado una gran cantidad de los que más estimaba, además de los cuerpos jurídicos é históricos que llevaba siempre en su recámara, y de los que tenía para la educación del príncipe Don Juan y de las infantas Doña Isabel, Doña Juana y Doña Catalina. Los libros reservados para su uso se entregaron en 1480, para su custodia en el alcázar de Segovia, á su camarero Juan de Velázquez, á quien sucedió en 1503 Rodrigo de Tordesillas, en cuyo año se hizo el inventario que aún existe en

Simancas, y cuya portada dice: *Libro de las cosas que están en el tesoro de los alcázares de la cibdad de Segovia en poder de Rodrigo de Tordesillas, vecino y regidor de la dicha cibdad de Segovia; el qual hiço Gaspar Griçio, secretario del rey Don Fernando é de la reina Doña Isabel, nuestros señores, por mandado de la dicha reina, nuestra señora, é vió é pasó por inventario todas las joyas é cosas que en el dicho tesoro se hallaron, en el mes de Noviembre del año de nuestro Señor Jeshu-Christo de mil é quinientos tres* (1). Entre este tesoro, y considerados como joyas efectivas de él, y lo son, se hallan enumerados y descritos los libros de la incomparable reina. A otro camarero de la misma señora, Sancho de Paredes, estaban confiados los de la recámara y estudio de sus augustos hijos, y del mismo modo se hizo de ellos inventario en 1501, que también existe en el archivo de Simancas. No obstante, Clemencín observó, con su acierto é ilustración admirable, que en estos dos documentos no constan todos los libros de que hay noticia cierta que fueron poseídos por la Reina, entre ellos la multitud de los que le dedicaron los grandes escritores de su tiempo. Aun sin éstos, sábese á ciencia cierta que Doña Isabel tenía en mucho aprecio la *Crónica de Don Juan II*, que estaba siempre, por disposición suya, en su cámara, como una santa reliquia de su amor filial. De este original auténtico, el Dr. Lorenzo Galíndez de Carvajal sacó la copia, escrupulosamente contrastada, que sirvió para la edición de 1517, dedicándola al emperador Carlos V. Este libro, sin embargo, no consta en los inventarios de que hemos hecho relación.

Nada explica mejor el gusto y aprecio con que la Reina Católica miraba estos dulces compañeros de la vida que presentar un somero cuadro de lo que eran los libros de su cámara y personal servicio, conforme los describen estos mismos inventarios. Los dividiremos, para mayor comodidad, en tres

(1) Archivo General de Simancas.—Sala XI.—*Patronato Real.*—Alacena IV, leg. I.—Testamentos Reales.

grupos: *libros de rezos y de lecturas piadosas*; *libros familiares*, *de derecho y de historia*, y *libros clásicos*. En el primer grupo se agota toda la magnificencia y riqueza que en aquel tiempo pudo emplearse en la ornamentación del libro. Se impone como primero en todos estos libros en orden de clasificación la *Santa Biblia* que la Reina manejaba, y que se describe así: «Un libro, de *marca mayor*, en latín, en *pergamino* (1), de *mano*, ques una Bribia, que tiene unas *tablas forradas* de *cuero colorado*, é tiene en cada *canto* una *rosa* con un *bollon* de plata dorada, é falta al un *cabo* una rosa dellas; de manera que son siete rosas, é encima de cada una tabla tiene quatro *floresitas de plata* dorada é las tres dellas tienen *un clavico*, donde se prendian *las cerraduras*». A la Biblia sigue «Un Salterio con una *funda* de *brocado carmesí*, con dos *manos* é dos *charnelas* de *laton forradas*; y al Salterio, el Libro de Sedechías, que en la primera plana tiene pintado un escudo con un castillo colorado y un capelo dorado encima y dos ángeles que lo soportan, y debajo otro escudo», con una *camisa* de *terciopelo carmesí*, forrado de *tafetán colorado* sin *cerraduras*. El Breviario de la Reina tenía «*funda de terciopelo carmesí*, forrado en *cetín carmesí*, con seis *botones* é *borlas* é *caireles de oro hilado*. Tiene por *cerraduras* dos *tejillos* de terciopelo verde con dos *cabos de plata dorada*; é tiene una *sortija* en cada una, é de *los clavos* para cerrarse falta el uno, con un *registro* de seda labrado de *gusanillo* verde é blanco é negro con sus *trenzas*».

Entran en seguida los *libros de horas*, que son varios. Dice el *Inventario de Segovia*: Un Libro de horas, con una *funda de cetin* carmesí, forrada de lo mismo, é dos *escudicos de oro de martillo* y unas *trenzas* por *registro*, con cuatro *borlas* é cuatro *botones* é un *cairel de oro hilado*. Juzgaron que tiene

(1) Todas las palabras técnicas irán de cursiva; algunas necesitan explicación, que el lector fácilmente les dará: *pergamino* aquí es *vitela*; *de mano*, por *manuscrito*, etc.

de oro dos ochavas de oro de veinte quilates». Este libro se halla actualmente en la cámara de S. M. la Reina Regente, y fué exhibido en la instalación de la Real Casa en la *Exposición histórico-europea* de 1892, con el número 157 del *Catálogo*. Por bajo de la funda descrita, que se halla muy deteriorada, pero que aun así es intangible para todo mal conato de restauración, asoma la preciosa encuadernación de cuero labrado al hierro con dibujos mudéjares en seco. El escudo de oro con las armas de Castilla es esmaltado. Y sigue el *Inventario*: «Otro LIBRO DE HORAS, con su *funda* de *terciopelo carmesí* forrada de cetin carmesí é con quatro *botones* y sus *fluecos* é *caireles* de oro hilado: que tiene clavadas en las *tablas* un *manojo de flechas* que son cinco flechas y en la otra pieza de plata dorada *dos yugos con sus coyundas* de la dicha plata dorada».—«Libro chequito, *de mano*, en *pergamino*, que tiene las *cubiertas de oro de martillo*, *esmaltadas* por de fuera de un lazo blanco é los *cabos* de rosicler é verde é azul: que tiene *dos escudos de armas*, é un *lomo labrado de bulto*, de *facion de roquezuelas encharneladas* las dichas *cubiertas* con dos *pernitos de oro* que sale del *otro hilo* de dicho oro que ase todas *las hojas* del dicho *pergamino* y las dichas *cubiertas*. Tiene por dentro (1) dos *estorias*, en la una la Salutacion de nuestra señora, *esmaltada* de rosicler é azul é verde con un *letrero de letras negras* á la redonda, y en la otra nuestro señor puesto en la Cruz y al pie de la dicha cruz nuestra señora é san Iuan, *esmaltado* todo de rosicler é verde é azul é negro con *otro letrero* á la redonda. Pesó todo junto una onza é tres ochavas, é quatro granos de ley de veinte é dos quilates, que estaba tasado el oro en una onza é dos ochavos é seis granos, é la fechura en medio castellano».—A estos monumentos del arte, del lujo y de la opulencia, hay que agregar: 1.° LOS OFICIOS DE SANTIAGO, patrón de España, *emprentados* en castellano, con *cubierta* de *damasco azul*, y en ella tres *florecitas* é tres *charnelas* de plata dorada *con que se cerra-*

(1) Es decir, formando *las guardas*.

ba.—2.° El LUCERO DE LA VIDA CRISTIANA, con una *funda* de *villudo billotado* carmesí con cuatro *borlas* y *botones* y *caireles* de oro hilado é seda azul *sin cerraduras*: tenía clavados *cuatro escudos* de plata dorada, «donde se ponian las cerraduras».—3.° El REMEDIO DEL ÁNIMA, «con *cubiertas* coloradas é la *cerradura* de plata dorada».—4.° La ESTORIA DE LOS SANCTOS, en lenguaje francés, «con una *camisa* de *damasco de grana*, forrada de *tafetan colorado*, sin *cerraduras*».—Es preciso hacer constar que las armaduras de estos libros están hechas sobre tabla, y que todos los que llevan las *fundas* ó *camisas* que se han descrito, por bajo tienen sus verdaderas encuadernaciones de cuero de color *datilado* ordinariamente, y preciosamente trabajos con hierros sueltos de estilo mudéjar, y llenos, por lo tanto, de los más varios y caprichosos dibujos de ornamentación. Así, en la influencia que de Italia ejercieron los libros lujosos que de allí trajeron Don Juan II y el Marqués de Santillana, se conciliaron en este tiempo el arte nacional y secular, que había nacido del contacto con los árabes de la Península y de las modificaciones que nos trajeron de la otra península mediterránea. Bien que allí tampoco éstas eran completamente originales. Venecianos y genoveses importaron de Oriente el gusto de las encuadernaciones persas y damasquinas, y de Venecia se propagaron á los artistas florentinos y lombardos. En cuanto á las fundas, cajas y estuches para guardar los libros, transportarlos y conservar su encuadernación, también los moros de España nos dieron las enseñanzas. Todo moro procuraba llevar siempre consigo en la escarcela su *Korán*, encerrado dentro de una *bolsa* de cuero, camuza, tisúes, terciopelo ó brocado, y en estas *bolsas*, de las que en la *Exposición histórico-europea* se han presentado algunos ejemplares tan apreciables como la que llevaba el mismo rey Boabdil, último de Granada, se echaba el resto del lujo y del buen gusto.

En la recámara de la Reina Católica, además de los libros litúrgicos, religiosos y morales, los había también, como antes se ha dicho, ó porque conservaban recuerdos gratos á la augus-

ta señora, ó porque servían de perenne dirección al difícil oficio de su imperio. De los que escribió y fueron personales y propios del rey Don Alfonso el Sabio, conservaba siempre algunos tan á la vista como la CRÓNICA DEL REY DON IUAN, su padre; los preferidos de esta procedencia eran: EL EJEMPLARIO, Ó DIÁLOGO DE CALILA Y DINA; las DIFERENCIAS DEL JUEGO DE AJEDREZ, que ahora están en el Escorial, y el TRATADO DE ASTROLOGÍA DE ARISTÓTELES, cuyo último códice tenía una *cubierta de damasco verde* con cuatro *charnelas* de plata dorada, y carecía de *cerradura*. De los libros que fueron de su padre conservaba EL LIBRO QUE FIZO EL ARZOBISPO DE SANTIAGO, DON LOPE, AL SEÑOR REY DON IUAN. Era Don Lope de Mendoza, según lo describe Fernán Pérez de Guzmán en sus GENERACIONES Y SEMBLANZAS, un hombre más espléndido que sabio, «que tenía magníficamente su estado, ansí en su capilla, como en su cámara é mesa, é vestíase muy primorosamente, ansí que sus guarniciones y arreos ningún perlado de su tiempo se igualó con él». Murió en 1445, y el libro que escribió y regaló al Rey trascendía en todo al juicio formulado por el señor de Batres. En el INVENTARIO de Simancas se describe así: «En la primera hoja tiene las armas reales y tres veneras doradas que tienen otras armas de los Mendozas en medio. *Coberturas de damasco azul* forrado de *tafetán colorado*; é tienen encima un *lazo bordado de aljófar menudo* (perlas pequeñas) con quatro *flores* de la misma aljófar, é la media flor de un lado está caída». Otro libro tenía también en su cámara la Reina de don Álvaro de Luna, EL LIBRO DE LAS VIRTUOSAS É CLARAS MUJERES, de que los bibliófilos españoles han hecho recientemente una edición, encomendada á la ilustración del Sr. Menéndez y Pelayo. Hizo este libro el mismo Condestable, y el ejemplar que le perteneció y después tuvo la reina Doña Isabel estaba cubierto «con una *camisa de carmesí pelo*, forrada de *tafetán azul*; é tiene de cada parte *un cuadro* de plata dorada y esmaltado grande, en que está *un escudo leonado*, *las armas de Luna* é quatro *veneras* de plata dorada á *los cantones*; é á la otra

parte está *una venera suelta* (de la orden de Santiago); é tiene las *charnelas* é *manos* de las *cerraduras* de la mesma plata con unas *veneras* é *cruces* en dos *tejillos* blancos é dorados».

Otros libros había en este grupo en la cámara de la Reina, que se hace necesario mencionar. Es el primero un ejemplar de las *Siete Partidas*, del rey Don Alfonso el Sabio, que es uno de los libros más preciosos y ricos de que se puede formar idea. El *Inventario de Paredes*, en Simancas, lo describe así: «Tiene *sus fechos* de plata dorada, que van asidos en unos *tejillos* de plata tirada dorada, que tiene en la una parte una F y en la otra una Y de la dicha plata, con la *cubierta* de *aceituni morado*». Por esta descripción no hay modo de imaginarse la forma y ornamentación de este códice; pero el Sr. Escudero de la Peña lo describió más extensamente en el tomo VII del *Museo Español de Antigüedades*, en el cual reprodujo en impresión policroma las letras esmaltadas y coronadas de las cifras del Rey y de la Reina; las *charnelas* y los *tejillos* historiados con las flechas y el yugo heráldico en esmalte de las armas y empresas de aquellos gloriosos príncipes. «Este precioso volumen—escribe el Sr. Escudero,—que se guarda hoy en el estante reservado de nuestra Biblioteca Nacional, es un códice en gran folio que contiene desde la segunda á la séptima de las *Siete Partidas* de Don Alfonso el Sabio, gallardamente escritas, al parecer en el siglo xv. La F y la Y, esmaltadas y coronadas, ocupan la primera el centro de la tapa superior del códice, y la segunda igual lugar de la otra tapa. Estas letras, lo mismo que los broches de que salen las manezuelas, están clavadas sobre la funda ó camisa de terciopelo morado, con labores estampadas á fuego, que envuelve toda la cubierta del libro. No hemos obtenido permiso, ni aun nos hemos atrevido á demandarlo, para levantar la funda de terciopelo que, como indicado dejamos, está sujeta con clavos de las letras y broches, fuertemente remachados. Estos broches son ocho, colocados dos de ellos en los lados de las tapas opuestos al lomo, y uno en cada uno de los otros lados menores de las tapas mis-

mas. En todos los de la tapa superior se ven los yugos, y en los de la inferior las flechas, divisas ambas tan conocidas como propias de los monarcas conquistadores de Granada. Las manezuelas que salen de estos broches son de correa, cubiertas de hiladillo ó brocado de oro, y terminan con otros broches dorados, en los cuales, con esmalte negro, se ha dibujado un grupo que parece representar á San Miguel debelando á uno de los ángeles malos, dibujado en figura monstruosa, aunque con algunos rasgos humanos. De estos broches, colocados á las extremidades de las manezuelas, sólo conserva el códice cuatro, uno de ellos completamente desprendido. Por lo que se columbra de las tapas que hay debajo de la camisa ó funda de terciopelo, son aquéllas de piel color de granate obscuro, con menuda y delicada labor de gusto mudéjar» (1).

A este grupo de libros hay que añadir todavía un REGIMIENTO DE PRÍNCIPES con su *funda* de *terciopelo* carmesí, forrada de *cetin* carmesí, con sus *caireles* de oro hilado y grana, que tiene por cima por *cerraduras* dos *tejillos* de *brocado* de raso negro y los *cabos* de plata dorada, hechos de unos *troncos* y por bajo lisos. «Tiene quatro *escudos* de las armas reales, sin granada, con sus coronas *de bulto* encima; en cada una de las dichas *tablas* clavados cinco *manojos de flechas*, todo de la dicha plata dorada, y tienen los *cabos* de los *tejillos* dos *cordoncitos* y dos *borlas* de oro hilado é seda negra. E tiene mas una *funda* de damasco negro, vieja é rota, metido en una *bolsa* grande de *cuero de venado*.» Una INFORMACIÓN DE LOS REYES É PRÍNCIPES, con *camisa* de damasco azul y *bollones* dorados, y un libro DE LOS OFICIOS DE LOS NOBLES con *cobertura* de raso carmesí viejo, é dos *manos* chequitas, é unos *clavos* en que entran, todo de plata dorada, pueden entre otros códices completar esta parte de los libros de la cámara particular de la Reina Católica, á los que, después de la conquista de la ciudad alhamerita, se juntó otro LIBRO EN QUE ESTÁN COPILADAS

(1) MUSEO ESPAÑOL DE ANTIGÜEDADES, tomo VII, pág. 490.

LAS BULAS É TODO LO QUE SE HIZO EN LOS PATRONATOS DE LOS OBISPADOS É BENEFICIOS DE GRANADA, que ahora pára en el *Archivo de Simancas*. Este libro está enriquecido «*con quatro sellos de plata dorada*, los tres medianos y el uno grande con una Y y una F de la dicha plata, coronadas; con quatro *divisas* de flechas de la dicha plata en cada parte: *forrado* todo en *cetí* carmesí, metido en una caja forrada de tafetán colorado». Este códice, así como el de las *Partidas*, fueron presentados en la *Exposición histórico-europea* de Madrid. Todas las piezas de plata sobredorada son de alto relieve y las letras de las cifras F é Y están enlazadas, al contrario de las de las *Partidas*, que están sueltas y no hay más que una sola cifra en cada tapa. En la superior del códice de las *Instituciones canónicas de Granada* hay además una chapa de plata dorada, con la inscripción ó título del libro en latín y en tres líneas.

Los autores clásicos predilectos de la reina Isabel, si hemos de colegirlos por los ejemplares en sus obras que llevaba consigo en su recámara, fueron principalmente *Jenofonte*, *Vegecio* y el español *Séneca*. El ejemplar del primero, en que la Reina leía, tenía «unas *fojas doradas*, é quatro *charnelas* de plata dorada en que solían estar las *manos* del libro.» El VEGECIO: DE RE MILITARE también tenía *charnelas* é *clavos* de plata, y el SÉNECA dividido en dos volúmenes ó partes, cada cual tenía su encuadernación. La primera tenía «unas *coberturas* de *cuero colorado*, é en la una *tabla* dos *florecitas* de plata dorada é con sus *cubos*, en que solían entrar las *cerraduras de hierro;* é en la otra *tabla* están, en logar de *charnelas*, tres *clavitos* de plata dorada, é cada *cerradura* con cinco *tachoncillos* de latón; é las *cerraduras* no tienen *cabos*». En la segunda parte las piezas de plata y latón eran iguales; pero la *cobertura* era de *cuero azul*. Con estos libros conservaba Doña Isabel otro que le dió Diego Arias, y era de la ENEIDA DE VIRGILIO, glosado un pedazo, de D. Enrique de Villena. El adorno consistía «en unas *coberturas* de *tabla*, guarnecidas de *carmesí aceituní de pelo*, con unas *flocaduras* alderredor, de seda verde y oro, *bordadas*

en la una parte de las armas de Diego Arias, é con unos *tejillos verdes de cobre dorado*».

En muchos de los libros que quedan descritos, se observa el deterioro del uso, en muchos faltan piezas, y esto demuestra que los libros de la cámara de la Reina Católica no eran una impedimenta del lujo, y que su augusta poseedora alternaba con la distracción y la instrucción de la lectura las ocupaciones del trono en la paz y en la guerra y las de los cuidados domésticos, en los cuales la excelsa señora entendía tan prolijamente como la mujer del último pechero. Se sabe, además, que cosía, que bordaba y que de los productos salidos de su labor manual enriquecía con dádivas frecuentes iglesias y monasterios. ¿No es este el mayor elogio que puede hacerse de una mujer tan superior?

No todos los libros que poseyó abundaban en las ricas preseas del monumental ornato de los que quedan mencionados. Registrando los Inventarios de Simancas, hallamos muchos con las encuadernaciones más sencillas y modestas. Las reglas de San Francisco, El tratado de gramática que fiço Antonio de Lebrixa para su Alteza, el Arte del mismo Lebrixa, en que estudiaba el príncipe Don Juan; el ejemplar de las *Siete Partidas*, que servía para la consulta en el despacho con los ministros y consejeros, estaban forrados sencillamente en *pergamino*. El libro de La visión de Isaías tenía unas *coberturas viejas*; el de Los Profetas, las *tablas quebradas*; y otro que contenía la Cuarta Partida, conservaba una *tabla de cuero negro* é faltábale otra»; la Declaración de las omelias é de los evangelios é de los abtos de los apóstoles tenian las *tablas* quebradas, que no tienen sino dos pedazos dellas, é *desguarnecido*». El príncipe Don Juan, que era el ídolo de su madre, escribía el latín con notable fuerza y cultura de lenguaje, y dirigió al Rey, su padre, un cuadernillo de sus *Epistolas*, escritas de su mano. Se forró en cuero azul con unas *cintas* para cerrarlo, y costó la encuadernación dos reales. La misma economía se observaba en la adquisición de los libros

para su educación; dos reales costaron también las Éticas de Aristóteles, de escritura de molde, y poco más el Vocabulista de Alonso de Palencia; el Comento de las Éticas emprentadas en Barcelona en 1478, cuatro reales, y cinco el Comento de las Políticas, impresas también en la misma capital del Principado.

Esto quiere decir que cuando la reina Doña Isabel dotaba todavía de costosos códices soberbiamente ilustrados y ricamente encuadernados las bibliotecas fundadas por su magnificencia en Toledo, Ávila y Granada, constituía en su alcázar de Segovia ó llevaba consigo en su recámara la colección más selecta de libros que de aquella época en parte alguna se conoce, y repartía por entonces en los pueblos moros recién conquistados y poblados de cristianos los libros litúrgicos para las iglesias, los áulicos para las escuelas de romance y los clásicos para los estudios de la gramática; ya se había operado en la historia del libro la más profunda de sus revoluciones: la invención de la imprenta, que del mismo modo había de influir en breve en la manera y número y propagación de sus ejemplares, que en su arquitectura y en su ornamentación. Con todo, los efectos de este cambio no se dejaron sentir de una manera determinante, lo mismo en otras partes que en España, hasta el siglo subsiguiente.

Juan Pérez de Guzmán

UNA APUESTA DE MILLONARIOS

A los diez y siete años de edad estaba yo empleado en la casa de un corredor de minas de San Francisco, y, sin alabarme, me encontraba muy al corriente del manejo de capitales.

Solo en el mundo, no debía contar para salir adelante sino con mis esfuerzos personales y mi buena reputación; bastábanme, por lo demás, estos dos apoyos para ponerme en el camino de la fortuna, y tenía confianza en el porvenir.

Como por lo general disponía de las tardes de los sábados, las aprovechaba para dar paseos por la bahía en bote de vela. Un día me aventuré demasiado lejos y fuí arrastrado hasta alta mar. Llegaba la noche, y comenzaba á perder toda esperanza; la buena suerte quiso que me recogiera un *brick* que navegaba con rumbo á Londres. El viaje fué largo y penoso; me hicieron pagar el pasaje empleándome en el servicio del puente. Cuando tomé tierra en suelo inglés, mi traje era un puro harapo; por toda fortuna tenía un dollar en el bolsillo, que me permitió no morirme de hambre el primer día; el día siguiente lo pasé sin comer y sin abrigo.

El tercer día, á eso de las diez de la mañana, extenuado y muriendo de hambre, me arrastraba penosamente por Portland-Place, cuando me crucé con un niño que iba de la mano de su aya; á dos pasos de mí dejó caer en el arroyo una magnífica pera á la que no había dado más que un mordisco. La vista de aquella fruta manchada de barro excitó mis ansias; la de-

voraba con los ojos, se me hizo la boca agua y mi estómago dejó oir en aquel instante un llamamiento desesperado. Me moría de ganas de coger la pera, pero siempre que hacía un movimiento para agacharme me encontraba con la mirada indiscreta de un transeunte; entonces, avergonzado, hacía como si ni siquiera pensase en semejante pera. Se prolongó mi suplicio de tal modo que, por último, hube de renunciar á coger la fruta.

En el momento en que mi desesperación había llegado al colmo, y en el que iba á transigir con el sentimiento de vergüenza que me retenía, se abrió á mi espalda una ventana, y me sentí llamado por un señor, que me dijo:

—Haga el favor de subir por aquí.

Un criado de gran librea me introdujo en una suntuosa habitación, en la que estaban sentados dos señores de cierta edad. Despidieron al criado y me hicieron sentar; acababan de almorzar; la vista de los restos del festín me torturó más aún que la pera de hacía un momento. Me era imposible apartar los ojos de aquella mesa apetitosa. Sin embargo, como no me invitaban á probar aquellos manjares, hube de hacer, á la fuerza, contra tripas corazón.

Antes de mi llegada había ocurrido seguramente algo entre aquellos dos señores que se me escapaba en aquel momento, pero cuya explicación debía tener más adelante. Los dos hermanos habían tenido probablemente una acalorada discusión algunos días antes, y para resolver la cuestión hicieron una considerable apuesta, como todo buen inglés que se respeta.

Tal vez os acordaréis de que el Banco de Inglaterra emitió dos billetes de un millón de libras esterlinas caba uno, que debían servir para una transacción internacional; por una razón cualquiera, solamente se había puesto en circulación uno de los billetes; el otro permanecía en los sótanos del Banco. Ahora bien: precisamente los dos hermanos discutían sobre la manera que tendría de arreglárselas un extranjero honrado y lis-

to á la vez, que desembarcara en Londres sin un solo amigo, sin otro recurso que aquel billete de un millón de libras, y que, por añadidura, no pudiese justificar la procedencia de semejante fortuna.

El hermano A apostó que aquel extranjero se moriría de hambre; el hermano B sostuvo lo contrario; el hermano A afirmó que no podría presentar el billete en ningún Banco, sin ser inmediatamente detenido. La discusión se acaloraba por momentos, cuando, para terminar, el hermano B apostó 20.000 libras á que tal sujeto podría perfectamente vivir un mes con el crédito del billete de un millón de libras, y exhibirle en todas partes, sin que le detuvieran. El hermano A aceptó la apuesta; el hermano B se dirigió inmediatamente al Banco para comprar el famoso billete: como verdadero inglés, se agarró á la apuesta.

Después dictó un a carta á su secretario, el cual la escribió con su más hermosa letra; hecho esto, los dos hermanos se pasaron un día en la ventana, tratando de descubrir el hombre interesante á quien podrían confiar la carta.

Vieron desfilar muchos transeuntes que les parecieron honrados, pero no bastante inteligentes; en otras fisonomías leían lo contrario: inteligencia, pero no bastante honradez. Necesitábase además que el individuo en cuestión fuese un extranjero pobre y abandonado. En resumen, yo les parecí el único capaz de llenar todas estas condiciones; me eligieron por *unanimidad*, y me juzgaron digno de cumplir la misión. Y he aquí por qué me encontraba en presencia de aquellos dos señores, devanándome los sesos para descubrir lo que podían querer de mí.

Empezaron por preguntarme quién era, lo que hacía: pronto les puse al corriente de mi historia. Me declararon, por último, que yo era el hombre que buscaban. Muy contento, les pregunté en qué consistiría mi misión: uno de ellos me entregó un sobre, diciendo que en él encontraría todas las instrucciones necesarias. Hice ademán de abrirlo, pero me rogó que no lo abriese.

—Llévese este sobre—me dijo;—consérvele cuidadosamente, y obre con sangre fría, sin precipitación.

Intrigadísimo, hubiera querido poner en claro el asunto antes de dejarles: se negaron á ello.

Me fuí, pues, muy ofuscado, persuadido de que querían gastar conmigo una broma de mal género. Pero, después de todo, mi triste situación no me permitía amoscarme y vengarme de las afrentas de un capitalista.

¡Cómo hubiera querido encontrar al salir la pera abandonada! Pero había desaparecido. Perdida aquella buena presa, los arañazos de mi estómago aumentaban mi rencor contra aquellos dos hombres.

En cuanto me encontré algo lejos de su casa, abrí el famoso sobre: ¡con gran sorpresa mía, contenía dinero! Mi cólera se apaciguó inmediatamente, os lo aseguro.

En un abrir y cerrar de ojos me metí aquel billete de Banco en el bolsillo del chaleco, y me puse en busca del *restaurant* más próximo para calmar el hambre.

Devoré cuanto me pusieron. Cuando me sentí completamente satisfecho, saqué el billete de mi bolsillo y lo desplegué. ¡Cuál sería mi estupor al descubrir que representaba cinco millones de dollars! Era para volverse loco. Quedé fascinado y sumido en éxtasis ante aquel billete durante varios minutos, antes de reanudar el curso de mis ideas. Aún estoy viendo la fisonomía del dueño del *restaurant*: estaba petrificado, absorto, con los brazos colgando y las piernas paralizadas. Al reaccionar, tomé el único partido posible en mi situación, y le tendí al desgaire mi billete, diciendo:

—Hágame el favor de cambiarlo.

Saliendo de su estupor, se confundió en excusas por no poder cambiar el billete. Por lo demás, no se atrevió á tocarlo, declarándome que se contentaría con mirarle con admiración, que la vista de aquella maravilla deleitaba sus ojos, pero que nunca se permitiría él, pobre gusano, poner la mano en aquel objeto sagrado, por miedo de profanarle.

Insistí á mi vez:

—Tenga la bondad de cambiármele, porque no tengo otro.

Me respondió que esto no tenía la menor importancia, que aquella bagatela se arreglaría en la próxima ocasión.

Fué inútil que le dijera que tal vez me ausentaría... que...

No me dejó hablar; me aseguró que no le preocupaba su dinero, y hasta me declaró que ponía su establecimiento á mi disposición y que me abriría una cuenta de crédito ilimitado. Añadió que, si la cosa me agradaba, podía evidentemente darme el gusto de burlarme del público vistiéndome de harapos; pero que me consideraba como un perfecto caballero, como un millonario de alto rango.

En aquel momento entró un parroquiano; el dueño me indicó que ocultase el billete; me despidió en la puerta con una porción de «salamalecks». Lo que me incumbía era volver á la casa de los dos hermanos para reparar el error que acababan de cometer antes de que la policía procediese á buscarme. Lo puse al punto en práctica. Pero confieso que me sentía nervioso, inquieto, aunque en el fondo no tuviese nada que censurarme. Adivinaba perfectamente que mis dos donantes, al notar que me habían confiado un billete de un millón de libras por un billete de una libra, estarían furiosos contra mí en vez de estarlo contra ellos mismos, únicos responsables de la equivocación. Sin embargo, me tranquilicé al acercarme á la casa, porque observé que todo parecía tranquilo: aún no habían debido darse cuenta de su error. Llamé, me abrió un criado, al que dije que quería ver á sus señores.

—No están—me respondió en el tono que todos conocemos á los criados en semejantes casos;—los señores se han marchado.

—¿Marchado? Pero ¿á dónde?

—De viaje.

—¿A qué sitio?

—Al continente, según creo.

—¿Al continente?

—Sí, señor.

—¿En qué dirección? ¿por qué puerto?

—No sé nada.

—¿Cuándo volverán?

—Me han dicho que dentro de un mes.

—¡Un mes! Es espantoso. Indíqueme usted el medio de escribirles dos letras: es preciso.

—Me pide usted demasiado, porque no tengo la menor idea del lugar en que se encuentran.

—¿No podré siquiera ver á algún pariente? Es urgente.

—Toda su familia se marchó antes que ellos, según creo, á Egipto y la India.

—Amigo mío, es imposible. Seguramente estarán de vuelta antes de la noche. Dígales que he venido, y que volveré para arreglarlo todo; sobre todo, que no estén inquietos.

—Se lo diré si vuelven, pero no les espero. Me advirtieron, por lo demás, que usted volvería á preguntar por ellos, y me encargaron que le dijera que todo iba bien, que volverían en el momento requerido y esperarían su visita.

Después de esto nada tenía que hacer. ¡Qué enigmático era todo aquello! Era cosa de perder el juicio. Dicen que estarán aquí en el momento requerido. ¿Qué querrán decir con ello? Tal vez me lo indicará su carta; es verdad, me he olvidado de leerla.

La saqué, y leí lo siguiente:

«Me parece usted un hombre honrado é inteligente; seguramente es usted un extranjero desprovisto de recursos. Adjunta encontrará usted cierta suma. Se la presto por un mes, sin interés. Vuelva de aquí á treinta días. He hecho una apuesta respecto de usted. Si la gano, le procuraré la mejor posición que esté en mi poder proporcionarle; bastará para esto que sepa usted desempeñar sus funciones.»

Esta carta no llevaba ni firma, ni dirección, ni fecha. Era para mí un enigma indescifrable: no veía nada en él. No tenía la menor idea del giro que tomaría aquella broma, y me pre-

guntaba si me querría favorecer ó perjudicar. Me metí en un parque próximo, y me senté en un banco para meditar sobre mi situación.

Después de una hora de reflexión me encontraba como al principio.

¿Qué me querían aquellos dos señores? ¿Favorecerme ó perjudicarme? Imposible adivinarlo. Indudablemente se divertían á mi costa con un fin determinado. Lo admito; ¿pero cómo penetrar en sus designios? ¿Y aquella apuesta en que yo intervenía? ¡Misterio, como todo lo demás! Si pido al Banco de Inglaterra que ponga este billete en la cuenta de la persona á que pertenece, el Banco lo hará seguramente, porque conoce al poseedor del billete; pero no dejará de preguntarme cómo está en mis manos; si digo la verdad, me encerrarán en una casa de locos; si invento cualquiera cosa, me meterán en la cárcel. De todos modos, que trate de entregar el billete ó de tomar dinero exhibiéndole, el resultado será el mismo: ¡bonita situación! estoy condenado á llevar el comprometedor depósito hasta la vuelta de esos dos individuos, quiera que no. Mi pasajera fortuna no me será de más utilidad que un puñado de cenizas; velaré sobre mi tesoro sin apartar de él la vista, mendigando penosamente mi vida.

Me es imposible desembarazarme de este dinero: ningún hombre honrado querría tomarlo para sacarme de este mal paso.

Mis dos individuos no arriesgan nada; porque, aun admitiendo que yo pierda ó rompa su billete de Banco, pueden inmediatamente detener el pago, y el Banco les facilitará el asunto. Mientras tanto, voy á pasar un mes odioso, sin el menor provecho de mi parte, á menos que no consiga hacerle ganar la apuesta y merezca la excelente pensión á que alude. ¡Cómo me alegraría que así sucediese! Las personas de ese género deben tener la llave de las posiciones más envidiables.

Reflexionando bien sobre mi situación, concluí por hacer castillos en el aire. Sin duda alguna me darían el buen sueldo,

que empezaría á cobrar desde el mes próximo, y en adelante todo iría bien para mí. Por el momento me veía reducido á vagar por las calles.

La vista de una sastrería me sugirió la idea de trocar mis harapos por un terno presentable.

No podía hacerlo, porque no poseía más que un millón de libras esterlinas. Y ardía en deseos, pero tuve valor para seguir adelante sin pararme; la tentación me hizo volver: pasé y volví á pasar por delante de la tienda tal vez más de seis veces. No pudiendo resistir, entré y pregunté si tenían algún traje barato. El dependiente á quien me dirigí no me respondió, y me indicó que me dirigiera al mostrador próximo; de éste me enviaron un poco más lejos, siempre con un ademán y sin dirigirme la palabra.

El último dependiente me dijo al fin: — Soy con usted en un momento.—Cuando hubo terminado lo que estaba haciendo, me llevó al fondo del almacén, se detuvo ante un montón de trajes usados, eligió el menos malo y me lo dió á probar: no me estaba bien; pero como me parecía casi nuevo, me decidí por él. Cuando cogí el terno, pregunté tímidamente al empleado:

—¿Tendría usted inconveniente en que no le pagase hasta dentro de unos días? No llevo suelto.

El dependiente me respondió con el mayor sarcasmo:

—Ya sospechaba que no tendría usted dinero: los parroquianos como usted no acostumbran á llevar grandes cantidades.

Herido en lo vivo, repliqué:

—Amigo mío, no debería usted juzgar á los extranjeros por el traje que llevan: puedo perfectamente pagar este terno. Quería solamente evitarle la molestia de cambiarme un billete de consideración.

Cambió de cara sensiblemente, y me dijo con seriedad:

—Me permitiré hacerle observar que no le incumbe á usted el suponernos incapaces de cambiar un billete de Banco. Podemos hacerlo perfectamente.

Le entregué el billete, diciendo:

—Me alegro mucho; sírvase excusarme.

Recibió el dinero con una sonrisa, una de esas sonrisas amplias y beatíficas que alargan la boca hasta las orejas, y evocan inmediatamente el recuerdo de esos círculos que se forman en las aguas cuando se tiran piedras á un estanque.

En el momento de examinar el billete, la sonrisa se fijó en su rostro, y palideció inmediatamente: se hubiera dicho que uno de esos torrentes de lava que se encuentran en los flancos del Vesubio acababa de solidificarse en su cara. Jamás vi hombre tan completamente petrificado: permanecía estúpido, inmóvil, en éxtasis ante el billete.

El dueño del almacén se acercó para ver lo que sucedía, y dijo:

—¿Qué pasa? ¿Qué le sucede á usted?

—Nada—respondí;—espero, sencillamente, el cambio.

—Vamos, despache usted, Tod; acabe usted de dar el cambio.

—Fácil es decirlo — contestó Tod: — mire usted el billete que me presenta.

El dueño examinó el billete, silbó entre dientes, arqueó las cejas y se dirigió al montón de los trajes usados; se puso á manosearlos arreglándolos, y hablándose á sí mismo con aire muy agitado:

—¡Atreverse á vender semejante disfraz á un archimillonario! Tod está loco de remate, palabra. Nunca ha hecho otra más gorda. Me hace perder mi mejor parroquia, porque es incapaz de atraer al público, con mayor razón á un millonario. Voy á tratar de reparar la cosa. Caballero, le ruego á usted que tire lejos ese terno. Hágame el honor de probarse esta camisa y este traje. Es lo que necesita usted: un rico traje, paño excelente, de buen gusto, corte de última moda. Este traje me lo encargó un príncipe — usted le conocerá, sin duda,—su alteza serenísima el Hospodar de Alifax. No se lo llevó, y me encargó un traje de luto, por haber muerto su madre. Pero

poco importa; mire usted, el pantalón le está á usted muy bien, el chaleco lo mismo; en cuanto á la americana, es sencillamente una maravilla. El conjunto es perfecto; dígame usted mismo, caballero, si se puede soñar con un terno más admirable.

Me declaré satisfecho.

—Por supuesto, caballero, que usted toma este terno como una bagatela, si puedo expresarme así; pero ya verá usted lo restante del equipo. Permítame que le tome medida. ¡Tod! tinta, una pluma y el cuaderno. Escribe: largo de la pierna, 32; entrepierna, 26..., etc.

Antes de que hubiera podido decir una palabra, me había tomado todas las medidas, y encargaba para mí trajes de sociedad, ternos de mañana, cazadoras de casa, camisas; en una palabra, un equipo completo.

Concluí, sin embargo, por decirle:

—Pero he de decir á usted que no puedo pagarle, á menos que no consienta usted en esperar á que le satisfaga la cuenta *indefinidamente,* ó que me cambie usted el billete.

—¡Esperar indefinidamente! Qué bromista es usted, caballero. Esperaré, si es preciso, eternamente. Tod, recoja todo esto, y envíelo sin perder un segundo al domicilio del señor, que tendrá á bien decirle dónde vive. No le importe hacer esperar á esos otros parroquianos que acaban de entrar, y póngase exclusivamente á las órdenes del señor.

—Estoy ahora mudándome — dije; — ya le daré mi nueva dirección.

—Perfectamente, caballero; como le plazca. Por aquí. Hasta la vista, caballero, hasta la vista.

Como se puede pensar, saqué partido de la situación, y continué comprando todo lo que necesitaba, tratando de cambiar el billete. Al cabo de una semana estaba equipado de nuevo muy elegantemente, y me había instalado en un suntuoso hotel de Hanovre Square. Comía en él; pero en cuanto á almorzar, permanecí fiel al humilde establecimiento de Harris,

en donde tomé mi primer almuerzo á cuenta del famoso billete de un millón de libras.

Me había convertido en el *clou* del restaurant, y le dí una gran fama; corrió como un reguero de pólvora el rumor de que el individuo que llevaba un millón de libras en su chaleco era el pensionista asiduo del establecimiento: esto bastó para transformarle, de una modesta casa de comidas, que vivía penosamente al día, en un restaurant al que afluían los parroquianos.

Harris me estaba tan agradecido, que convenció á sus parroquianos para que me prestasen dinero; apresuráronse todos á hacerlo, de tal manera, que recibí sumas considerables, y pude vivir á mis anchas.

Tenía, sin embargo, miedo de concluir por dar un enorme batacazo, porque, en el camino emprendido, era preciso poder atravesar el torrente de dificultades, ó ahogarse irrevocablemente. No hay nada como el peligro de un desastre inminente, para dar á las cosas y á las situaciones más grotescas un carácter serio y sobrio, que llega á veces hasta lo trágico. Por la noche, en la obscuridad, no miraba más que al lado trágico de mi posición: tenía pesadillas, me lamentaba, me agitaba y no podía dormir. Pero en pleno día, mis ideas se distraían y me paseaba alegremente, embriagado en cierto modo por mi felicidad tan imprevista.

Esto era, por lo demás, muy natural, porque me sentía en camino de convertirme en una de las notoriedades de la metrópoli, y mi éxito comenzaba á trastornarme la cabeza.

Era imposible ojear un periódico inglés, escocés ó irlandés, sin tropezar con un artículo relativo á los hechos y gastos del archimillonario que lleva un millón de libras en el bolsillo de su chaleco. Al principio me citaron en lo último, en la columna de la crónica local; pero, poco á poco, me antepusieron á los caballeros y los barones; de tal manera fué aumentando de día en día mi notoriedad, que acabé por llegar al sumo de las grandezas, y tenía la preeminencia sobre los duques y los altos

miembros del clero; solamente la familia real y el primado de Inglaterra figuraban antes que yo en los «Ecos de sociedad». Pero, obsérvese bien que todo esto no era sino pura notoriedad; yo aspiraba á más, necesitaba una fama universal. El golpe decisivo lo dió *Punch*, que me caricaturizó, y en un instante vi mi humilde y perecedera notoriedad transformarse en una gloria inalterable; acababa de recibir el «espaldarazo», ya era un hombre «llegado». Se podía bromear á cuenta mía, pero con respeto y sin grosería; se reían de mi aventura, pero á nadie se le hubiera ocurrido burlarse de mí.

Punch me representó bajo el tipo de un vagabundo cubierto de harapos, conversando con un ujier del Tribunal de Londres.

Puede imaginarse mi emoción. Yo, pobre diablo, en el que nadie se fijaba ayer, me convertía súbitamente en el punto de mira universal; imposible decir una palabra sin que se repitiese de boca en boca; imposible mover una pierna sin oir á mi alrededor: «Miradle, ése es, va por allí». Mientras comía, me miraban como á un animal raro; en la Ópera, mil gemelos estaban fijos en mi palco. En una palabra, nadaba literalmente en medio de la gloria, y esto de la noche á la mañana.

A pesar de todo, no había renunciado por completo á mi ropa vieja, y de cuando en cuando salía con mi lamentable indumentaria de los primeros días á hacer compras y exponerme á los bufidos de los comerciantes. Entonces me daba el gusto de dejar estupefactas á las gentes con mi billete de un millón.

Pero esto no duró, porque los periódicos ilustrados me dieron tan fielmente á conocer, que me fué imposible salir sin ser reconocido y seguido por la multitud; en cuanto intentaba hacer la menor compra, me ofrecían á rédito el almacén entero aun antes de que hubiese tenido tiempo de exhibir mi billete.

En éstas, me pareció conveniente ir á cumplir con mis deberes de buen patriota, presentándome al ministro de Améri-

ca. Me acogió con la mayor bondad, me censuró por no haber ido á verle antes, añadiendo muy amablemente que la mejor manera de reparar mi olvido era que fuese á comer á su casa aquella misma noche; tenía precisamente una gran reunión, y me rogó con insistencia que ocupase el puesto de uno de sus invitados indispuesto á última hora. Acepté y conversamos; le recordé que mi padre y él habían sido compañeros de colegio en su infancia, que se encontraron después en la Universidad de Java y conservaron relaciones íntimas hasta la muerte de mi padre.

En recuerdo de esta amistad, me dijo que su casa me estaba completamente abierta, y que le causaría un placer yendo todas las veces que pudiera.

En el fondo me complacía en extremo tan buena hospitalidad, porque la protección del ministro podía serme de gran ayuda el día en que cambiase el viento y viniera la catástrofe.

En el punto en que estaba, no podía decentemente confesarme á él, poniéndole al corriente de mi situación: no hubiera vacilado en hacerlo algunos días antes; pero entonces me sentía muy comprometido, y además, ¿por qué aventurar una revelación tan importante á un amigo de la víspera?

Pensándolo bien, mi porvenir no me parecía tan incierto; hasta entonces mis deudas eran moderadas y no excedían de mis honorarios. Naturalmente, no conocía aún á cuánto ascenderían tales honorarios; pero tenía motivos para suponer que, si hacía ganar la apuesta á mi bienhechor, me aseguraría una buena posición, con tal, por de contado, de que estuviese á la altura de mi tarea.

Yo estaba seguro de esta última condición, y podía responder de mi competencia: ganaría seguramente la apuesta, porque siempre tuve buena suerte.

Calculaba mis honorarios en una cifra variable de 600 á 1.000 libras al año; admitamos 600 libras por el primer año, con aumento progresivo proporcionado á mi mérito. Por el

momento, mis deudas equivalían á mi sueldo del primer año, porque, aun cuando todo el mundo hubiese rivalizado en apresuramiento para prestarme dinero, pude restringir mis empréstitos á 300 libras; las otras 300 libras representaban el importe de mis adquisiciones y el fondo de reserva necesario para mi subsistencia durante el primer año. Estaba resuelto á no sobrepasar mis honorarios del segundo año durante las últimas semanas del mes; mas para esto necesitaba estar sobre aviso, mostrarme prudente y económico.

A fines de mes mi bienhechor debía volver de su viaje; todo iría bien para mí en aquel momento: repartiría entre mis acreedores el importe de mi sueldo de los dos años, y tomaría inmediatamente posesión de mis funciones.

MARK TWAIN

(Concluirá.

CRÓNICA LITERARIA

La Quimera, novela por D.ª Emilia Pardo Bazán.

El asunto.—Si no nuevo, porque hemos convenido en que la novedad no es cosa de este mundo, el asunto de la novela de la Sra. Pardo Bazán, *La Quimera*, es, por lo menos, original y poco usado. Ese asunto pertenece al campo de la psiquis anormal. De ordinario, la novela se inspira en las pasiones y sentimientos corrientes, especialmente en el amor, origen y clave de toda poesía. Y cuando el novelista tiene puntos y ribetes de sociólogo, y quiere desarrollar en su obra el elemento épico y buscar la poesía grave y á veces trágica de los hechos colectivos, entonces suele también partir de hechos, de conflictos, de problemas comunes. La lucha de clases, las contiendas religiosas, la competencia por el mando entre hombres ó grupos y, sobre todo, el problema de la miseria y la crisis de las costumbres, suelen ser los temas predilectos de la novela sociológica.

La preferencia por estos asuntos es natural. La novela es un reflejo de la vida, y ha de reflejar, por tanto, con mayor frecuencia lo que más abundante se da en la realidad, aquello de donde nacen casi siempre los cuidados de los hombres, y no los estados raros y excepcionales del espíritu. Uno de estos estados excepcionales es el que nos presenta la Sra. Pardo Bazán en su novela.

«Quise estudiar—dice la autora—un aspecto del alma contemporánea, una forma de nuestro malestar, el *alta aspiración*, que se diferencia de la ambición antigua (por más que tenga

precedentes en psicologías definidas por la Historia). La ambición propiamente dicha era más concreta y positiva en su objeto que esta dolorosa inquietud, en la cual domina un exaltado idealismo. Es enfermedad noble y una de las que mejor patentizan nuestra superioridad de origen, acreditando las profundas verdades de la teología, el dogma de la caída y la significación del terrible árbol y su fruto. El mal de aspirar lo he representado en un artista que no me atrevo á llamar genial, porque no hubo tiempo de que desenvolviese sus aptitudes, si es que en tanto grado las poseía, pero en cuya organización sensible, afinada quizás por los gérmenes del padecimiento que le malogró la aspiración, revestía caracteres de extraña vehemencia.»

A juzgar por otro párrafo del prólogo, la Sra. Pardo Bazán no cree que ese mal de aspirar, como elegantemente lo llama, sea, como antes he dicho y á mí me parece que es, un estado raro, sino general y que se presenta bajo muy diversas formas.

«Mientras obsesionaba mi imaginación *La Quimera*—dice, —la veía apoderada de infinitas almas, ya revistiendo forma sentimental (como en Clara Ayamonte), ya imponiéndose á las colectividades en el anhelo de una sociedad nueva, exenta de dolor y pletórica de justicia; y conocí que el deseo está desencadenado, que la conformidad ha desaparecido, que los espíritus queman aprisa la nutrición y contraen la tisis del alma, y que ese daño sólo tendría un remedio: trasladar la aspiración á regiones y objetos que colmasen la medida.»

Un poco larga es la cita, pero era necesaria. En esos párrafos de la ilustre autora está explicado el pensamiento fundamental de su novela, y ellos pueden servir de guía segura para la interpretación del carácter del protagonista.

De lo copiado se deduce que el mal de aspirar, tal como lo concibe la Sra. Pardo Bazán, es una de las formas del mal del siglo, de la incertidumbre y el desasosiego, nacidos de la falta de normas fuertes é inquebrantables de vida, que encaucen los

sentimientos y aten las voluntades. El final del último párrafo copiado indica cuál es, á juicio de la Sra. Pardo Bazán, el remedio: el retorno á la fe religiosa. La metafísica de la novela no puede aparecer más clara.

Por los párrafos trasladados antes, vemos también que Silvio Lago, el personaje principal de *La Quimera,* no es un hijo de la fantasía, sino un personaje real, cuyo nombre en el mundo no parece difícil de adivinar. Esto da mucha luz sobre la concepción artística de esta figura, que á no estar tomada de un modelo real ofrecería algunas anomalías, como luego veremos.

Cierre otra observación esta indicación preliminar acerca del asunto de *La Quimera.* Del prólogo de la Sra. Pardo Bazán, en los párrafos copiados, se deduce que considera la alta aspiración como una enfermedad moral generalizada en nuestro tiempo. ¿Pugna esto con el carácter excepcional y aun anormal que yo atribuyo á la psiquis del protagonista? Tal vez no. Desde luego, el mal de aspirar sólo se da en individuos superiores desde algún punto de vista. Entre sus formas, acaso una de las más raras es esa ansia vehemente del artista de engendrar algo grande, imperecedero, casi inasequible, por cuanto excede de las facultades ordinarias. El éxito, la gloria, el lucro preocupan más á la mayoría de los artistas que los glaucos ojos de *La Quimera.* Por eso el caso de Silvio Lago me parece un caso excepcional.

La ejecución.—Por lo mismo que es excepcional el asunto, le falta algo para interesar á la generalidad del público: le falta la comunidad del sentir, aquello que hace que lo semejante comprenda á su semejante. Pero este algo lo ha suplido la autora con un arte exquisito y una extraordinaria fuerza plástica en la pintura de la realidad exterior que envuelve el drama secreto de *La Quimera.* El que no comprenda el martirio de la obsesión artística de Lago, se deleitará con la honda poesía bucólica del paisaje campestre y de las costumbres aldeanas, cuadro en el cual vemos aparecer al personaje en las

primeras páginas del libro, y le vemos despedirse de la vida en las últimas; se deleitará con la elegante y ligera descripción, más indulgente que satírica, de las costumbres de la sociedad distinguida; con esbozos psicológicos tan atractivos como los de las dos mujeres que descuellan en la novela, Clara y Espina: figura doliente de amor la una; figura de frivolidad y corrupción encantadora la otra.

Para la parte más selecta del público, lo principal será, con todo, el desvelo espiritual de Silvio, el hechizo mortal de *La Quimera*. La autora ha querido presentar ese sentimiento, esa alta aspiración, libre de la escoria con que suelen ir mezcladas en el mundo todas las cosas nobles y bellas. En la calentura del artista se mezclan, con el anhelo del ideal, otras cosas mucho más bajas y prosaicas: la vanidad, que le pide aplauso; el interés, que reclama oro. Al pintarnos á Silvio Lago avanzando fácilmente por el camino de la fama, retratista mimado de damas hermosas, en vías de hacer fortuna, la Sra. Pardo Bazán ha querido separar la lucha con la Quimera de todos los demás estímulos, dejar al personaje frente á frente con el adorable y temible monstruo. A diferencia de los bohemios de *L'Œuvre*, de Zola, que luchan por la vida al par que por el ideal, este enamorado de la Quimera se agita en una esfera más distinguida; su lucha es más espiritual, más noble, pero tal vez resulta menos humana, menos propia para hacer brotar las aguas generosas de la simpatía, por lo mismo que es excepcional y rara y se aparta de los cuidados ordinarios de los hombres. El dolor de Silvio es, digámoslo así, un dolor de lujo.

Como ejecución, *La Quimera* es una de las mejores novelas de la Sra. Pardo Bazán. Tiene una asombrosa variedad. Están reunidos en ella casi todos los subgéneros ó especies de la novela. Hay allí novela psicológica, novela naturalista, novela pastoril ó bucólica, novela aristocrática. La trabazón de los diferentes elementos artísticos es perfecta. La acción parece que se desenvuelve sola, por impulso interior, sin apelar á nin-

gún efectismo aparente. Y á la variedad de medios antes apuntada, se une el interés de las digresiones artísticas á que da motivo el viaje del pintor Silvio peregrinando por varios museos de Europa, donde se guardan preciadas reliquias de belleza. El estilo, lleno de expresión, suelto, elegante y claro, tiene una cálida nota de intimidad y de sentimiento hondo en muchos pasajes. *La Quimera* es de esas obras definitivas en que el artista muestra la plenitud de sus facultades, juntando la lozanía de la imaginación con el dominio de la técnica y la selección depurada del gusto.

El protagonista.—¿Quién es Silvio Lago, el protagonista de *La Quimera*? La autora nos da á entender en el prólogo que fué un personaje real, y esto es una preciosa clave para entenderle. Hay, en efecto, una radical antinomia en este personaje, una contradicción sentimental. Se ve que es un personaje tratado con simpatía por el autor; un personaje sobre el cual arroja un indulgente velo de amistad. Y, sin embargo, ese personaje es antipático en lo referente á la vida del sentimiento. Se le ve penetrado de un egoísmo brutal. El aliento de brasa de la Quimera le ha secado el alma; es ingrato, grosero y desconsiderado con las mujeres que le aman. No tiene corazón más que para su ensueño de artista, para su ambición de una pintura fuerte, varonil, creadora. Su vida, su corazón, sus afectos están ligados á la Quimera, como á una querida viciosa que le absorbe y le deprava. Su historia podría decirse que es la historia de un amancebamiento, de un *collage* con la ilusión artística, no de un amor sereno, sosegado é idealista. Y aquel es el peor de los *collages*; porque como la ilusión no se consigue, no hastía ni se gasta.

En este problema ó este caso de psicología estética ha introducido la Sra. Pardo Bazán un elemento fuertemente realista; mejor dicho, un elemento físico, patológico, porque real es también *La Quimera*, y real el ensueño, aunque sea con un linaje de realidad subjetiva y psicológica. ¿Se trata de un acierto genial del novelador? ¿Es simplemente copia de la rea-

lidad este rasgo del personaje, puesto que Silvio fué un sér real? El hecho es que nos encontramos con un personaje de dos claves: una clave espiritual y una clave patológica. El pintor Silvio es un enfermo, un dispépsico, que acaba en tuberculoso. El mal de aspirar de Silvio, las contradicciones que hay en su conducta, sus manías, sus arranques de brutalidad y sus deliquios por la Quimera, lo mismo pueden explicarse por motivos espirituales que por las perturbaciones del aparato digestivo y del respiratorio, que acaban con el desdichado artista. Es más poética y más noble la explicación espiritual, pero bajo ella está el *substratum* fisiológico; y el lector, si es aficionado á la psicofísica, puede establecer fácilmente una relación de causa á efecto.

Los medios.—La acción de *La Quimera* se desenvuelve en Galicia, en Madrid, en París, en Flandes. Esta variedad de medios proporciona á la autora ocasión de hacer bellas descripciones, llenas de delicadeza y sagacidad estética unas, como las de las obras maestras de los príncipes de la pintura que contempla Silvio durante su excursión por Bélgica y Holanda; impregnadas las otras de un fuerte y jugoso aroma bucólico, como las de los campos de Galicia. Entre ellas, la escena de la comida de los trabajadores, al final de la novela, es un cuadro geórgico de un vigor y un colorido extraordinarios.

Más interesante (para el estudio de la novela) es el examen de los medios sociales. Siendo ésta una novela psicológica, claro es que lo principal en ella no puede ser la pintura de determinados medios sociales. Y en este punto hay quizás en *La Quimera* menos variedad que en la descripción de los sucesivos medios exteriores por donde la acción corre y se desenlaza. El medio social que pinta con preferencia la autora es la sociedad distinguida y elegante, en la cual introduce á Silvio su habilidad de retratista.

La imagen de este medio está fijada en el libro con la misma visión perspicaz y clara de la realidad con que han solido retratar esa misma clase social los novelistas franceses moder-

nos aficionados á la novela aristocrática. Pero es fácil advertir que en la pintura de esta sociedad brillante y frívola que envuelve el ensueño artístico de Silvio en una nube de gasas y perfumes, ha puesto la Sra. Pardo Bazán un mínimum de intención satírica y una gran cantidad de benévola indulgencia. Se observa quizás en la autora cierto espíritu de clase, cierta debilidad de un espíritu distinguido hacia lo que es en la vida social distinguido y selecto, aunque muchas veces sea frívolo y vano; fenómeno muy frecuente en la literatura.

En cambio llama la atención la omisión casi completa de otro medio especial, de la bohemia artística, rasgo que bastaría por sí solo para distinguir hondamente la concepción de *La Quimera* de la de *L'Œuvre*, de Zola.

En la novela de la Sra. Pardo Bazán aparecen, sí, dos ó tres bohemios, pero son aves de paso, figuras insignificantes que la novelista pinta poniendo en la pintura un grano de desprecio. No se podrá acusar seguramente á la Sra. Pardo Bazán de excesivas simpatías hacia la bohemia del arte. Esta omisión hace que la figura de Silvio resulte más solitaria y más descabalada en aquel medio social elegante en que le vemos moverse en casi toda la novela.

La posición de Silvio en ese medio social que no es el suyo, da margen para una observación psicológica interesante. Hay cierto paralelismo entre los sentimientos de Silvio hacia aquella sociedad, y los de ésta hacia el pintor. En ese sentimiento mutuo hay desdén y atracción. Las damas á quienes retrata Silvio le miran sin duda como á un hombre de condición inferior, como á un sujeto ordinario en quien reconocen sin embargo cierta secreta superioridad, el *quid divinum* del arte. Y él á su vez, aunque atraído por el brillo de aquella sociedad elegante y por el perfume de su distinción exterior, se venga de la inferioridad de su origen y de su condición con un desdén en que hay cierta dosis de admiración secreta y el despecho de no saber desdeñar de veras, como aquel maestro (Sorolla?) que no rinde culto á las elegancias mundanas.

Personajes secundarios.—Aparte de las nobles y simpáticas figuras de Minia, la célebre compositora de música, y su madre, la baronesa de Dumbría, que protegen á Silvio y le ayudan á dar los primeros pasos en su carrera de retratista á la moda, dos figuras, ambas femeninas, se destacan del tropel de personajes de la novela.

Son Clara Ayamonte y Espina Porcel. El contraste es vivísimo entre ambas. Clara es la enamorada mística, la mujer que nos ama con ternura apasionada y profunda, en que hay algo de maternal, y tal vez no es amada, y muere de su amor; Espina Porcel es la seducción femenina armada de todas las perversidades, la mujer que nos enloquece, á quien tal vez amamos ó por la cual podemos sentir un capricho más fuerte que el amor. Clara Ayamonte da la nota sentimental de la novela. Sin ella, el amor estaría ausente de *La Quimera* y resultaría esta obra un poco fría, algo intelectualista, escasa de sentimiento. El retrato de Espina es maravilloso. En Espina, el vicio y la perversidad se vuelven arte, aparecen tan quintesenciados que se salen del grave reino de la Ética para entrar en el caprichoso y fantástico de las perversiones estéticas, que con su gracia desarman y dejan suspenso al moralista.

Acción y desenlace.—A pesar de ser *La Quimera* una novela extensa (cerca de seiscientas páginas), la acción es sencilla, y no peca de prolijidad en los pormenores. Silvio Lago, el pintor, viene de Buenos Aires á España con la ilusión de hacerse un gran artista. En su habilidad para el pastel, que le hace en poco tiempo, gracias á la protección de Minia, el retratista de moda entre las señoras elegantes, busca sólo un medio de vida que le permita dedicarse á la otra pintura, á la grande, á la fuerte, á aquella en que estampa el genio su garra de león. Su vida gira alrededor de este ensueño, que no le deja corresponder al amor de la poética y sentimental Clara Ayamonte, y al fin, miñado por la tuberculosis, muere sin realizarlo.

En las últimas páginas de la novela asistimos á la conversión de Silvio. Su mal de aspirar, que le hizo insensible y

egoísta para cuanto no fuese la obsesión de su Quimera, se torna entonces hacia aquel místico cordero de Van-Eyck que vió en Gante, y este final esparce sobre aquella tormentosa vida un destello postrero de apaciguamiento, de serenidad mística.

A la novela precede, con el título exacto de sinfonía, porque eso es, una sinfonía literaria, una preparación del sentimiento, un capricho clásico: *La muerte de la Quimera,* tragicomedia para marionetas. Los personajes clásicos, Belerofonte, la infanta Casandra, Yobates, la Quimera mitológica, nos preparan para ver la reaparición del monstruo, devorador de espíritus, entre los personajes modernos. Mas cuando el héroe Belerofonte mata á la Quimera, una helada lluvia de sensatez cae sobre las almas y anega en ellas el sentimiento. Ya Belerofonte no ama á Casandra. Ya Casandra no ama al héroe que acaba de matar al monstruo. Con la Quimera ha muerto la ilusión, ha muerto la alegría humana; la Quimera era necesaria. Este final contrasta vivamente con la conversión de Silvio. Diríase que en el principio y el fin de la novela de la Sra. Pardo Bazán el espíritu clásico y el espíritu cristiano riñen ruda batalla, ó al menos aparecen frente á frente con sus soluciones opuestas al problema de la vida.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Lingüística: La lengua universal.=Costumbres: La nueva juventud universitaria alemana.=Historia: Una república de mujeres.=Literatura: Un siglo de literatura femenina en los Estados Unidos.=Religión: Las religiones de Tolstoi.=Impresiones y notas: Utilidad del bostezo.—Una Pompeya mejicana.—La semana de cinco días (quintada).—Las lecturas de Tolstoi.

LINGÜÍSTICA

La lengua universal.—José Castells trata en *L'Italia Moderna* el tantas veces discutido problema de la lengua universal, reconociendo lo general y generoso de esta aspiración y las dificultades de realizarla, no menores que las existentes para llegar á la abolición de la guerra y á la desaparición de las fronteras internacionales.

Para facilitar la solución, se dice que los fieles de la lengua universal no aspiran á que esta lengua sustituya á todas las demás en todas las clases sociales, sino sólo á que sirva de medio de comunicación entre la gente culta de los diversos países; pero esta limitación es ilusoria, porque si realmente se pudiera llegar á establecer la lengua universal, es seguro que en un plazo más ó menos largo entrarían á participar de sus grandes beneficios todas las clases sociales, y el problema, por lo tanto, no se simplifica por esa premeditada limitación que se impone á su alcance.

Las esperanzas de los reformadores se fundan en algunos pequeños éxitos que parecen prometer la victoria á la causa

de la lengua universal: así citan el caso de la telegrafía con su alfabeto internacional, el álgebra y la música con su colección de signos por todos comprendidos igualmente, el sistema métrico con su nomenclatura de uso común, las señales marítimas usadas por la marina mercante y la militar de todos los países, la jerga cosmopolita del turismo y el léxico técnico del lenguaje científico, resultado de acuerdos adoptados en los Congresos correspondientes. Todos estos ensayos y triunfos parciales parecen asegurar el triunfo definitivo; pero hay que notar que la esencia de una lengua no está en el léxico, en las palabras aisladas, sino en las fórmas que esas palabras revisten por las leyes gramaticales de cada idioma y bajo la rígida disciplina de su sintaxis, como lo demuestra magistralmente Federico Müller; de modo que la propagación de un número cualquiera de vocablos exóticos en un organismo lingüístico no produce efecto alguno de fusión ni de confusión. Por eso, los hechos referidos no han alterado la esencia de ninguna lengua, conservándose intacto el carácter esencial de cada una de ellas.

Examinando las soluciones posibles del problema, se ve que éstas son tres: adopción, como lengua universal, de una lengua ya muerta, de una lengua viva ó de una lengua artificial, fruto de una convención. En el primer caso, ninguna lengua más adecuada que el latín para resolver el problema: ha sido la más extendida de todas, y ha servido durante siglos y siglos de medio de comunicación único entre los sabios de todos los países cultos; la escuela, la teología, la jurisprudencia y la medicina la adoptaron, y todavía viven quienes han sostenido sus tesis en latín, escrito en latín sus recetas, sus sentencias, sus edictos y sus certificaciones, y recitado sus oraciones en latín. ¿Qué más podía apetecerse? El latín, sin embargo, no ha prevalecido; y los esfuerzos generosos del *Præco latinus* de Filadelfia y de la *Vox urbis* de Roma, para demostrar que el latín era apto para la expresión de la vida moderna, han resultado tan plausibles como estériles. Un sabio inglés, hablando en latín en un

Congreso de Roma, no fué entendido por los italianos, por la deformación que su pronunciación imprimía á las palabras. El experimento del latín como lengua universal ha sido hecho por la historia en inmejorables condiciones, y el fracaso de esta tentativa es evidente.

Desechada la solución de la resurrección de una lengua muerta, muchos han pensado en utilizar una de las vivas como lengua universal. El francés pudo algún tiempo tener esta pretensión: hablada por todas las personas bien educadas, popularizada por su seductora literatura, adoptada por la diplomacia, apta para la expresión de todas las ideas, flexible y desenvuelta, ninguna otra parecía más á propósito para ser por todos elegida; pero las envidias y recelos de los demás pueblos, y las discordancias entre su pronunciación y su escritura, han impedido su triunfo. El inglés, por su parte, con el enorme desarrollo adquirido por el imperio británico y por su comercio colosal, podía también aspirar á la elección, teniendo á su favor, aparte de las ventajas políticas y comerciales, la difusión de su enseñanza, lo fácil de su gramática y la diversidad misma de las raíces de su léxico, que arrancan á la vez del solar teutónico y del grecolatino; nada de eso ha bastado, sin embargo, para asegurarle el papel de lengua universal, contribuyendo muy directamente á su fracaso las dificultades que ofrecen su pronunciación y su escritura, no sólo á los extranjeros, sino á los mismos londonenses; en Inglaterra nadie se avergüenza de decir su apellido dictando una por una las letras de que se compone, y los regentes de las imprentas son los encargados de puntuar y ortografiar los escritos. ¡Ay si se estampasen, tal como se escribieron, los originales de los escritores más eminentes! Nada más frecuente en los extranjeros á quienes se les ocurre ir á Inglaterra después de haber hecho serios y profundos estudios en la lengua de Shakspeare, que quedarse sin entender ni ser entendidos por los camareros del vapor, del ferrocarril ó de las fondas. ¿Cómo, pues, ha de servir el inglés de lengua universal en tales condiciones?

Max Müller afirma que «una lengua artificial puede ser mucho más regular, perfecta y fácil de aprender que cualquiera de las lenguas naturales de que dispone la humanidad», afirmación que no necesita demostrarse para ser evidente, y en la que se fundan todas las tentativas de creación de que da cuenta la *Historia de la lengua universal* de Conturat y Leau.

Muchísimas han sido éstas: sin hablar de las indicaciones hechas por Descartes y Leibnitz, ya en 1653 dió á luz su *Logo-pandecteision* T. Urquhart, y en 1661, su *Ars signorum* Dalgarno, teniendo mejor fortuna que estos ensayos el *Lenguaje filosófico* de Wilkins, que llegó á interesar á Carlos II hasta el punto de intentar su aprendizaje; luego parece olvidada esta cuestión, hasta que en la *Enciclopedia metódica*, en 1775, se encuentra el proyecto de una *Lengua nueva*, formulado por Faiguet, al que siguió, en 1795, el de la *Lengua universal* de Delormel, el de la *Pasigrafía* de Maimieux, en 1797, y el de la *Pasifrasía* de Wolke, en el mismo año.

Ninguno de estos intentos tuvo éxito, y el problema pareció olvidado hasta el segundo tercio del pasado siglo; desde entonces hasta el presente, se han publicado los siguientes proyectos, más ó menos afortunados, de lengua universal:

1836. Grosselin.—*Langue universelle.*
1839. Schipfer.—*Communicationssprache.*
1844. Vidal.—*Langue universelle et analytique.*
1852. Letellier.—*Langue universelle.*
1855. Sotos Ochando.—*Langue universelle.*
1858. Rudelle.—*Pantos dimou-glossa.*
1859. Paic.—*Pasigraphie.*
1862. Bellaviti.—*Lingua universale.*
1863. Mas.—*Idéographie.*
1866. Sudre.—*Solrésol.*
1868. Bachmaier.—*Pasigraphie.*
» Pirro.—UNIVERSALSPRACHE.
» Bolyai.—*Weltsprache.*

1876. Damm.—*Pasigraphie.*
1877. Reimann.—*Langue internationale étymologique.*
1879. Schleyer.—*Volapük.*
1883. *Volk e Fuchs.*—*Welstprache.*
1884. Baranovski.—*Idéographie.*
1885. Steiner.—*Pasilingua.*
» Courtonne.—*Languo internationale néo-latine.*
1886. Verheggen.—*Nal bino.*
» Menet.—*Langue universelle.*
» Bauer.—*Spelin.*
1887. Zamenhof.—*Esperanto.*
» De Max.—*Bopal.*
» Eichhorn.—*Welstprache.*
» Maldant.—*Chabé aban.*
1888. Henderson.—*Lingua.*
» Bernhard.—*Lingua franca nuova.*
» Lauda.—*Kosmos.*
1889. Stempfl.—*Myrana.*
» Henderson.—*Anglo-Franca.*
» Lott.—*Mundolingua.*
» Dyer.—*Lingualumina.*
1890. Rosa.—*Nov latin.*
» Henderson.—*Latinesche.*
1892. Liptay.—*Langue catholique.*
1893. Guardiola.—*Orba.*
» Dormoy.—*Balta.*
» Mill.—*Antivolapük.*
» Heintzeler.—*Universala.*
» Fieweger.—*Dil.*
1894. Stempfl.—*Communia.*
1895. Beermann.—*Novilatin.*
1896. Arnim.—*Veltparl.*
1897. Puchner.—*Nuove-Roman.*
1898. Marchand.—*Dilpok.*
1899. Bollack.—*Langue bleue.*

1900. Kürschner.—*Lingua komun.*
» Nicolas.—*Spokil.*
1901. Isly.—*Linguum islianum.*
» Hilbe.—*Zahlensprache.*
1902. Fröhlich.—*Reform-Latein.*
» Rosenberger.—*Idiom neutral.*
» Haag.—*Graphische Sprache.*
1903. Dietrich.—*Völkerverkethsprache.*
» Rieger.—*Zifferngrammatik.*
» Hõsserich.—*Tal.*
» Peano.—*Latino sine flexione.*
» Molenaar.—*Panromán.*

De todas estas tentativas, la que tuvo mayor éxito, haciendo creer á muchos en el triunfo definitivo, fué la del *Volapük*, gracias á la habilísima propaganda de que fué objeto y á la sencillez de su estructura gramatical; el Volapük llegó á contar con muchos millares de adeptos entusiastas en todas las naciones y en todas las clases cultas de la sociedad, y produciendo toda una literatura, novelas, poesías, artículos, periódicos, revistas y obras de todo género, su naufragio, sin embargo, fué inevitable, y hoy apenas se habla del Volapük, que, á pesar de no tener más antigüedad que la de 1879, es totalmente desconocido de la nueva generación.

Análoga suerte aguarda al *Esperanto,* que es la lengua artificial que ha seguido al Volapük en el favor del público por causas semejantes; el *Esperanto* tiene una ortografía fonética y una gramática comprendida en diez y seis reglas que se aprenden en media hora; ha recogido en su léxico todas las voces cuyo significado es conocido en todo el mundo *(telégrafo, wagón, teatro,* etc.), y en lo demás sus raíces son preferentemente latinas; esto hace simpático el Esperanto á los novolatinos, pero dificulta su difusión entre los germanos y eslavos; su positiva simplicidad es también flaqueza positiva, y el ahorro de tiempo que supone su aprendizaje es ahorro de educación

y, por consiguiente, enflaquecimiento de los órganos y de las funciones.

En una fiesta en que se celebraban las bodas de oro de un ilustre químico, un sabio dejó escapar en su brindis estas palabras: «Y tal vez nuestros nietos asistirán en un laboratorio al trabajo de la procreación de un hombre por medios electrotécnicos». Una señora que asistía á la fiesta interrumpió al orador, sin ruborizarse, diciendo: «Prefiero el sistema antiguo», y fué entusiásticamente aplaudida. Castelli prefiere también el sistema antiguo en materia de lenguas, por los mismos motivos de racionalidad, de edonismo y de estética que motivaron la interrupción de la señora, y sobre todo por creer que no es posible sustituir la obra de la naturaleza con un subrogado filosófico y filológico, que no responde además á ninguna necesidad real que no esté satisfecha por medios puramente naturales.

COSTUMBRES

La nueva juventud universitaria alemana.—La juventud de las Universidades alemanas—dice Alfredo Moulet en *La Renaissance Latine,* revista cuya desaparición lamentamos, siquiera su fusión con *La Revue* nos sirva, en parte, de compensación—está repartida entre dos campos de importancia numérica casi igual: el de las Asociaciones (*Korporationen* y *Vereinen*) y el de los estudiantes no incorporados, agrupados libremente.

Entre las *Korporationen* las más eminentes son los *Korps*, cuerpos: el *Cuerpo* es la personificación del principio aristocrático; los príncipes, nobles y ricos hallan allí el ambiente adecuado á su rango y condición, y los altos empleos de la administración y de la diplomacia les están reservados; el que no ha pertenecido á un *Korps*, ni siquiera los pretende, por regla general; el *Korps* es un factor de inmovilidad universitaria,

religiosa y social, inflexible. Después vienen las *Landmannschaften*, de reclutamiento más heterogéneo, y que rinden culto á los tres principios de la patria, el honor y la amistad, siendo antisemitas; y, por último, las *Burschenschaften*, creadas por Fichte, que representan el fanatismo del patriotismo. Estos tres tipos de asociaciones tienen análoga organización, y se las llama *de colores*, porque llevan gorras y cintas de determinado color, que les sirven de distintivo. Todos sus miembros tienen que pasar por 6, 8 ó 10 pruebas ó *Mensuren*, y se obligan á responder á toda provocación y á provocar á duelo á quien les insulte ú ofenda, de cualquier modo que sea.

Las *Vereine* ó Uniones no llevan colores, salvo en sus reuniones privadas semanales (*Kneipe*); generalmente están formadas por Facultades ó Escuelas, y se consagran al canto y á la gimnasia; no están sujetas á *Mensuren,* pero practican el duelo. Con ellas tienen cierta conexión las *Verbindungen* ó Ligas, cuyo lazo de unión está formado por la religión que profesan ó los estudios especiales que cultivan, habiendo *Verbindungen* confesionales, literarias, filológicas, etc.; también practican el duelo y rechazan las *Mensuren.*

El joven estudiante (*Fusch*, zorro) que penetra en la Universidad se encuentra casi siempre afiliado á uno de estos grupos, por razones independientes de su voluntad; su nacimiento, su fortuna, sus tradiciones, su carrera, sus opiniones, le amarran á una asociación; su incorporación es como el juramento solemne de que atravesará la Universidad sin cambiar de opiniones, la ciencia sin instruirse, y que volverá á la vida social fortificado en su primitiva fe religiosa, social y política, por la disciplina férrea del *Cuerpo.*

La *Korporation* no es sólo un círculo de juergas obligatorias; es una secta con su culto y sus dogmas; el estudiante que quiere separarse de ella tiene que solicitarlo en forma del *Konvent;* no puede juntarse con los camaradas de otros grupos, y jamás transige en las cuestiones de etiqueta y de preferencia. En manos del *Fuchsmajor*, veterano experto, se inicia el *Fuchs*

en los usos y costumbres de la *Korporation;* se le enseña el modo de saludar, de quitarse la gorra ó de ponerse en pie, y no puede hacerlo de otra manera; su gabán ó su chaqueta tiene que ajustarse á la forma y á las medidas decretadas por el *Cuerpo*, y el cuello de su camisa tiene que ser del tipo aceptado. La cultura universitaria no entra para nada en estas preocupaciones: las clases y los exámenes nada significan ante los imperiosos cuidados que exigen los asuntos de la *Korporation;* ya pensará en eso el *Fuchs* cuando haya dado y recibido las estocadas reglamentarias. No puede jugar sino á los juegos admitidos por su *Korps*, y montará á caballo ó se dedicará á remar, según sea uno ú otro el sport decretado. Todas las semanas se embriagará obligatoriamente en la *Kneipe*, y no se podrá marchar antes de que el presidente haya levantado la sesión y algún antiguo (*Bursche*, mozo) haya dado el ejemplo de irse. En las fiestas patrióticas y universitarias la asistencia es de rigor. Todo está reglamentado y previsto: si el *Korps* estima que no debe usarse paraguas, hay que recibir los chaparrones imperturbablemente; si el *Korps* ordena que nadie se siente en los bancos de tal paseo, ningún *Fuchs* se sentará en ellos. Cuando el *Fuchs* se ha mostrado digno de ello y ha tenido los duelos reglamentarios, y sufrido ciertas novatadas de dudoso gusto, se le promueve á la dignidad de *Bursche* (mozo). Pero ni aun entonces recobra su libertad individual, sacrificada siempre al espíritu del *Cuerpo* á que pertenece. Este espíritu de cuerpo es tan puntilloso y quisquilloso, que echa á perder las mejores iniciativas, y desluce las fiestas más brillantes por pueriles cuestiones de etiqueta. De ahí la decadencia y el descrédito de estas *Korporationen*, que han tenido sus días de gloria y han respondido á un ideal digno de aplauso.

Los estudiantes que no quieren someterse al yugo de las Asociaciones y prefieren á todo su libertad y su independencia, viven aislados y sueltos, sufriendo las rechiflas y las persecuciones de los incorporados, que los llaman *Finken* (pinzones), *Wilde* (salvajes), *Bummler* (gandules), *Kameele* (camellos), et-

cétera, considerándolos como estudiantes de orden inferior, faltos de derechos, despreciables é indignos de los honores mortuorios. Muchos ceden al fin y se afilian á una Asociación; pero otros saben resistirse valientemente, creando una corriente reformista que acabará por abrirse paso y prevalecer.

Bismarck mismo, en 1887, se declaraba partidario de una reforma en la organización de los *Korps*, criticando las exageraciones de la vida corporativa; alababa la educación exterior y las buenas formas sociales que las Corporaciones sabían dar á sus miembros; pero se lamentaba de la exageración con que se atendía á esa educación externa, en detrimento de la cultura práctica del incorporado. Sus esfuerzos, sin embargo, fueron vanos, y nada se corrigió por entonces, fracasando las tentativas de resistencia que los estudiantes sueltos hicieron intentando organizarse para la defensa de sus intereses comunes. La oposición violenta de las Corporaciones, la posición social de sus antiguos miembros (*alte Herren*), la parcialidad de las autoridades académicas, junto con el individualismo mal comprendido de los estudiantes sueltos, fueron las causas del fracaso de aquellas tentativas.

Pero llegó un momento, en Enero de 1896, en que con ocasión de las fiestas del 25.° aniversario del imperio alemán las arrogantes *Korporationen* de Leipzig invitaron á los no incorporados, diciéndoles desdeñosamente que tenían reservados sus puestos según el sitio disponible; la indignación de los independientes fué tan grande, que se decidieron á reunirse; y tomando como título de gloria el mote de *Finken* con que sus adversarios les zaherían, fundaron la *Leipziger Finkenschaft* (Sociedad de los Pinzones de Leipzig), eligiendo un comité de presidencia (*Praesidium*), que hizo fijar en el tablón de edictos el 17 de Enero el aviso de su reconocimiento oficial por las autoridades.

Así nació la *Finkenschaft*, en son de protesta contra los *Korps*. Definido el Finke como «estudiante que no está en relación oficial con ninguna Corporación de ninguna Universi-

dad», quedaban por resolver varias cuestiones: ¿se podía admitir en la *Finkenschaft* á los extranjeros? Hijos de la *alma mater*, como todo estudiante, tenían derecho á una representación oficial, y su puesto estaba indicado en la nueva agrupación. ¿Y los judíos? Rechazados por todas las Asociaciones, despreciados y perseguidos, los judíos no tenían más refugio que sus sociedades confesionales; la cuestión se discutió acaloradamente, pero la mayoría votó por que los judíos fuesen admitidos. Por último, ¿qué valor tenía el *Praesidium* ó junta directiva de la *Finkenschaft*? O ésta era una Sociedad nueva, y entonces era una *Verein* más, ó no formaba sociedad, y entonces su junta no tenía razón de ser; y como no faltaban *Finken* que querían estar desligados de todo compromiso y negaban que la *Finkenschaft* los representara, hubo que buscar una fórmula para que las autoridades académicas concedieran al *Praesidium* de la *Finkenschaft* el derecho de hablar en nombre de los estudiantes no incorporados; la fórmula fué la siguiente: «el *Praesidium* de los *Finken* lleva la voz, no de todos los *Finken*, sino de los intereses de todos los Finken», como el diputado agrario ó socialista representa, no á todos los agricultores ó socialistas, sino los intereses comunes y generales de unos ú otros.

El movimiento irradió de Leipzig á toda Alemania, organizándose los *Finken* en Koenigsberg, en Halle, en el Instituto técnico de Cöthen, en la Escuela Superior de Comercio de Leipzig y en Berlín, celebrándose un Congreso en Wittenberg en Junio de 1900, seguido en Julio de otro en Berlín, y quedando organizada la federación de todos los grupos bajo el nombre de *Deutsche freie Studentenschaft* (estudiantería libre alemana), que celebró su primera asamblea el 5 de Enero de 1901, en Weimar, con brillante éxito.

El principio fundamental de la *Finkenschaft* es la igualdad de todos los estudiantes ante la Universidad y la renovación del ideal universitario. El objetivo inmediato es acabar con el duelo, en el que la juventud universitaria pierde lo mejor de

su actividad y de su valor. La tarea es difícil, porque hay que luchar con la tradición, con la rutina, que no concibe al estudiante sin la espada, ni la espada sin la estocada y la cicatriz; el mismo emperador Guillermo alienta á la juventud á perseverar en el manejo de la espada, y es difícil marchar contra corriente tan decidida; por eso los *Finken* se limitan á combatir el duelo á pistola.

El objetivo más alto que persigue la *Finkenschaft* es la evolución de la educación universitaria. La especialización es hoy una necesidad; pero á medida que se abisma en un fin particular el hombre se aisla, pierde el sentido del conjunto, y falsea su espíritu; la *Finkenschaft* puede reaccionar contra este error de educación, y acabará por triunfar en su campaña.

HISTORIA

Una república de mujeres.—Si Jorge de Dubor no afirmara seriamente en la *Revue Bleue* que se trata de una verdadera historia, se creería que eran un cuento ó una novela los hechos referentes á la insurrección de Wlasta, sacados de la crónica tcheque de Dalemila, que vamos á contar.

Muerto el rey Crocus, su hija y sucesora Libussa se rodeó de una guardia de honor exclusivamente femenina, cuyo mando confió á su amiga Wlasta. Obligada á casarse, lo hizo con Przemislao, rico labrador que dejó el arado por la corona, y que quedó viudo y al frente del reino de Bohemia en 735. Wlasta temió, como era natural, que la licenciaran á ella y á su guardia, y como se había aficionado al papel político que Libussa la había encomendado, reunió á sus compañeras en la colina de Widowlé, no lejos de Praga, las pintó lo insípido y cobarde de la existencia que tendrían que soportar al volver á sus hogares, y de tal modo las inflamó, que todas juraron obedecerla como jefe y seguirla donde las llevara. Wlasta las condujo á la rica granja del pastor Motel, al pie

de la colina, y por la noche las jóvenes guerreras se lanzaron sobre la granja, derribaron sus puertas, degollaron á sus habitantes sorprendidos, y tomaron posesión de la magnífica finca, rodeada de fecundos campos y de numerosos rebaños. Wlasta hizo construir un fuerte en la colina de Widowlé para asegurar su posesión, organizó militarmente sus tropas, y habiéndose apoderado del castillo de Diewin, las dividió en dos fracciones, una de las cuales, al mando de Zbigniewa, quedó en Widowlé, y otra, al de la misma Wlasta, se estableció en Diewin.

Fortificadas ambas posiciones, Wlasta ejercitó á sus tropas en la lucha, la carrera, los torneos y los festines, haciendo frecuentes salidas y dando golpes de mano para apoderarse de los hombres de los alrededores y degollarlos ó dedicarlos como siervos á los trabajos de los fuertes y de las labores del campo. Aquellas razzias excitaron la indignación pública, y Przemislao, que al principio no había tomado en serio aquella rebelión, se decidió á mandar contra Wlasta algunas tropas, al mando de Samoslao; mientras éste, llegado á Diewin, se ocupaba en establecer su campo, Wlasta hizo con sus amazonas una violenta salida, cayó de improviso sobre sus enemigos é hizo en ellos una espantosa carnicería, matando de un hachazo al mismo Samoslao, y volviendo al castillo con un rico botín de guerra.

El invierno, que se echó encima, impidió á Przemislao tomar nuevas medidas de represión; pero, en Mayo, la astuta Wlasta hizo correr el rumor de haber hecho un armisticio y de que los hombres podían venir ya libremente á Diewin. Los parientes y amigos de las amazonas, por afecto unos y por curiosidad otros, acudieron á Diewin y fueron bien recibidos por las amazonas, que les dijeron estaban hartas de Wlasta y querían desembarazarse de ella; les excitaron á que en el mayor número posible vinieran una noche y se ocultaran en los fosos del castillo hasta que ellas les abrieran las puertas, y todos cayeron en el engaño. La noche de la cita acudieron, en efecto,

un centenar de jóvenes, y mientras esperaban ocultos la señal convenida, Wlasta con sus amazonas cayeron sobre ellos, y sólo cinco pudieron salvarse.

Tales aventuras atraían á Wlasta numerosas reclutas que reforzaban sus huestes y aumentaban su audacia, hasta el punto de pensar en dictar nuevas leyes que asegurasen la vida del pequeño Estado y la preponderancia de la mujer, á cuyo efecto hizo aprobar en una asamblea las siguientes disposiciones: «1.ª Cuando nazca en Bohemia un niño varón, se le cortará el pulgar de la mano derecha y se le sacará el ojo derecho para que no pueda servirse del sable ni del arco. 2.ª Si es niña, se le quemará el seno derecho para que nada la estorbe en el manejo de las armas. 3.ª Se prohibe á los hombres, so pena de muerte, llevar armas de ninguna clase; podrán montar á caballo, pero con las dos piernas al lado izquierdo de la cabalgadura; el que monte de otro modo será castigado de muerte. 4.ª Los hombres ararán y ejecutarán todos los trabajos serviles; sólo las mujeres llevarán armas y combatirán. 5.ª Las jóvenes elegirán por marido á quien más les agrade; el que rechace su elección será castigado con pena de muerte».

Tamaña osadía exasperó á los tcheques, y Przemislao se resolvió á intervenir. Mandó un heraldo á Wlasta rogándola le enviase una de sus amazonas para una importante comunicación; Wlasta envió á Kimbogna y Dobronila, y el rey las dijo que siendo viejo y estando cansado del trono, y no pudiendo abdicar en su hijo Nezamislao por no tener más que catorce años, había pensado en Wlasta, cuyo valor admiraba, rogándola aceptara el poder y mandara sus amazonas á posesionarse del palacio. Wlasta cayó en la red y envió 50 guerreras al mando de Dobroslava y Rodslava; el rey las obsequió con un gran festín, al fin del cual 100 jóvenes armados invadieron la sala y degollaron á las desprevenidas amazonas, cuyos cuerpos, cortados en pedazos, fueron pasto de los perros y los buitres.

Wlasta, irritada, juró vengarse. Pocos días después supo

que Cztiradao, oficial del rey, tenía que ir con una escolta de 20 hombres á una ciudad próxima, y, resuelta á inmolarlos, mandó á su encuentro á la valiente Szarka con 50 compañeras; apostadas en un bosque, cerca del cual tenía que pasar Cztiradao, Szarka se hizo atar pies y manos y se extendió así atada al borde del camino con un cuerno de caza y un frasco de aguamiel al lado; en cuanto sintió venir á Cztiradao, empezó á lanzar gemidos, y, atraídos los jinetes, les rogó que la desataran y les contó que, habiendo salido de caza con su padre, se había extraviado y había sido víctima de las amazonas de Wlasta, que la habían atado para llevársela, cuando el ruido de la cabalgata de Cztiradao las había hecho huir. Todos creyeron la historia, aceptaron gustosos una copa de aguamiel (que estaba narcotizada) y se tendieron en la hierba, postrados por el narcótico; Szarka tocó el cuerno; sus compañeras acudieron, cayeron sobre los soldados, les mutilaron horriblemente y los degollaron, llevándose á su jefe prisionero; Wlasta levantó un patíbulo, y le hizo morir allí lentamente, rompiéndole, uno á uno, todos los miembros.

Tan inútil crueldad le enajenó la amistad de una de sus más leales auxiliares, Zbigniewa, que había dejado por ella á su marido y á sus hijos, y que, llena de remordimientos, volvió al seno de su familia, seguida por otra de sus camaradas. Przemislao, por su parte, resuelto á terminar con aquella tragicomedia de República femenina, reunió un ejército en Wissegrad y marchó contra el castillo de Widowlé, mandado entonces por Miloscina; sus ataques fueron rechazados con bravura y con notables pérdidas, y tuvo que apelar al recurso de una falsa retirada, con la que logró hacer salir del castillo á las amazonas, volviendo de pronto sobre ellas y empeñando un sangriento combate de dudoso resultado; la muerte de Miloscina había, sin embargo, desconcertado á las amazonas; pero Strazna, que tomó el mando, se resistió en el fuerte, esperando los socorros de Wlasta, que no tardaron en llegar; se entabló un combate feroz y sin cuartel, que duró varios días, y en

el que al fin perecieron, tras heroica resistencia, Wlasta y sus amazonas, terminando así aquella pequeña República de mujeres, que había durado siete años.

LITERATURA

Un siglo de literatura femenina en los Estados Unidos. La era nacional americana comienza en 1812, después de su segunda y decisiva guerra con Europa. En la hora de tregua que siguió á la obtención de la autonomía, es notoria la influencia de la inspiración femenina, como dice María Kryscriska en *La Revue*. Miss Sedgwick, calificada de «clásica» por Irving, rivaliza con Fenimore Cooper: su *Redwood* fué reimpreso en Inglaterra y traducido en Francia; su *Hope Leslie*, historia de los primeros tiempos de la civilización, y el *The Linwoods*, que evoca los días revolucionarios, hicieron llorar á su editor cuando corregía las pruebas.

El libro de mayor resonancia de aquella época fué la célebre *Uncle Tom's Cabin* (La cabaña del tío Tom), de la señora Harriet Beecher Stowe; de esta hermosa obra, del *Old Town Folks* y del *The Minister Wooing*, de la misma autora, salió la escuela realista americana, rica en descripciones locales, y en la que sobresalieron Alicia Brown, Isabel Stoddart, Harriett Prescott Spofford é Isabel Stuart.

Después de las ruinas de la guerra de Secesión, y tras un período de mortal agonía, Yankilandia se rehace y se desenvuelve del modo maravilloso que todavía nos tiene pasmados. La hora de la poesía vuelve á sonar, y las mujeres no son las últimas en ocupar su puesto. María Wilkins, con su *Madelon*, descuella entre todas, mereciendo especialísima mención.

Madelon Hauteville, joven vigorosa, vibrante y resuelta, ocupada en dirigir la casa de sus padres y de sus hermanos, es cortejada por dos primos: Felipe, rico y enclenque, y Juan, pobre y buen mozo, heredero único de Felipe si éste llega á

morir sin sucesión; Madelon rechaza á Felipe y se siente atraída por Juan; pero mientras Felipe la adora como un ídolo, Juan, algo voluble, hace también la corte á la hija del pastor, la rubia Dorotea Fair.

En una casa de reunión los jóvenes de la aldea se disponen á bailar, pero el único músico del lugar se ha herido en una mano y no puede tocar el violín. ¿Cómo bailar sin música? Si Madelon quisiera silbar, todo quedaría arreglado, pues Madelon es una famosa silbadora, allí donde todos saben silbar algo. Pero ¿querrá? Juan se encarga de la comisión, y Madelon acepta, encantada de complacer á Juan, aunque algo inquieta por los rumores que habían llegado hasta ella de los amores de Juan y Dorotea. Madelon acude al baile, y, gracias á su complacencia, las danzas comienzan, y poco después llega Juan del brazo de Dorotea, deliciosamente engalanada. Madelon siente la herida en el corazón, pero sigue silbando, sin dar á conocer su despecho; y mientras Juan y Dorotea bailan con las demás parejas, ella desempeña su papel de música como si nada pasara por su alma. La llegada casual de un violinista la releva del compromiso, y entonces sólo piensa en regresar á su casa para ocultar allí su vergüenza y su dolor.

—Toma mi puñal, le dice su hermano, para que te defiendas si tienes algún mal encuentro en el camino.—Madelon lo coge, sin darse cuenta de lo que hace, y emprende la marcha. Las palabras acariciadoras de Juan cuando fué á buscarla, resuenan en sus oídos como una burla, y la rabia de verse burlada enciende su sangre. De pronto, junto á ella, en la sombra, surge la silueta de Juan, de aquel Juan infiel y traidor, que la coge entre sus brazos, intentando besarla. Como un rayo, sin reflexionar un instante, Madelon saca el puñal que la dió su hermano y lo hunde en el pecho del asaltante nocturno, que cae envuelto en su sangre. Madelon, como despertando de un sueño horrible, se inclina desesperada sobre el herido, convertida en la amante que tiembla por la vida de su amado; sólo entonces reconoce, al resplandor de la nieve,

que se había engañado: era Felipe, y no Juan. Felipe se siente morir, y de una muerte dichosa al saber que Madelon había creído matar á Juan; pero he aquí á Juan mismo, que aparece de pronto, y comprendiéndolo todo de una ojeada, hace huir á Madelon, quedándose con el herido.

Al día siguiente sus hermanos la cuentan que se ha cometido un horrible crimen, que Juan ha asesinado á su primo Felipe para heredarle. Madelon protesta, y jura que es ella quien ha matado á Felipe; pero nadie la cree, y su padre y sus hermanos la tratan de loca, irritados de que quiera así deshonrar su nombre por salvar á su amante. Acude á casa del juez, y el juez la rechaza porque el criminal ha confesado. Va á ver á la madre de Juan, y ésta la da agua con azúcar para que se calme, compadeciéndola. Sus hermanos y su padre la encierran, y ella logra escaparse y se presenta en la cárcel; Juan está resuelto, y permanece inflexible, declarándose autor del crimen. Madelon acude á Felipe, moribundo, y éste se obstina en callar. Por último, recurre á su rival Dorotea y consigue convencerla y arrancarla de su casa para llevarla á ver á Juan; éste no se conmueve, y no ha de ser la fútil Dorotea, por la que sólo sintió un capricho fugaz, quien le ha de hacer cambiar de resolución. Madelon, firme siempre, vuelve á Felipe, y éste consiente en salvar á Juan y declarar que fué él mismo quien intentó suicidarse, á condición de que Madelon se case con él. Madelon consiente en todo y exige á su vez á Juan que se case con Dorotea; pero Dorotea se niega; Madelon no puede ocultar á Felipe que no le ama, y Felipe muere, y Juan y Madelon se casan.

El número de escritoras distinguidas es considerable: Margarita Deland, con la delicadeza de sus obras; Adelina Withney, miss Luisa Alcott, autora de los *Hospital Sketches;* la espiritual croniquera Kate Douglas, Wiggin Riggs, é Isabel Stuart Phelps Ward, con su *Madona of the tubs,* son desopilantes y tiernas á la vez; la señora Frances Hodgson Burnett, de cuyo *Little Lord Fauntleroy* ha sacado el Teatro libre de

París *Le Petit Lord,* es una escritora llena á la vez de *humour,* de ternura, de gracia y de fuerza; María Abigaïl Dodge escribe tajantes estudios. Para dar idea de la importancia que tienen las escritoras, baste decir que en un solo número de la *Atlantic Monthly* figuran Alicia Brown, Sarah Orne Harriet Prescott, Fanny Kemble, Alicia Lena y Carolina Franklin; y en otro de la *Century Illustrated* aparecen: Berta Runkle, con una novela; Beatriz Hanscom, con un poema humorístico; Amelia Gare Mason, con un ensayo sobre «La decadencia del hombre»; Teresa Garrison, con un poema; María Knowles y Ruth Mac Enery, con fantasías, y Laura Richard y Lilia Hamilton, con cuentos. Esto en cuanto al Norte.

En el Sur tardó más el florecimiento de la literatura. En el *Harper's* de 1887 encontramos por primera vez, al lado de notables escritores, firmas de mujeres ilustres. Miss Gracia King es autora de *El señor Motte de Mamá* y de *La señora Lareveillère;* Carlos Craddock, pseudónimo de María Noaille, es la autora de obras de tanta fuerza como *Where the Battle was fought* y de *The Star of the walley;* miss Mac Clelland pinta las costumbres de Virginia, su país natal; la señora Frances Courtenay Taylor nos da en *On Both Sides* sus impresiones del Viejo Continente, visto con catalejo americano; miss Julia Magruder escribe el *Accross the Chapm;* Amelia Rives, en su novela *According to St. John*, presenta el París moderno, con sus tipos y costumbres, tal como se le sueña en América; y Gertrudis Atherton nos da en su última producción *The Splendid Idle Forties* una colección de cuentos, género en que sobresalen los yankis, en los que resucita la vida californiana del tiempo de las guerras civiles.

La poesía occidental se ha inaugurado en el valle del Ohío con las dos hermanas Alicia y Febea Cary, cuyas recepciones dominicales eran muy buscadas, y con las dos precoces hermanas Davidson, muertas casi al salir de la infancia, y cuyos volúmenes de versos son un encanto; también forman otra pareja poética el matrimonio Piatt con sus poemas guerreros, gé-

nero cultivado á la vez por las señoras Preston, del Norte, y Dorr, del Sur; Celia Taxter es la poetisa del mar, Elena Hunt de la melancolía, y Emilia Dickinson del hogar.

Como se ve, la poesía moderna ha tenido en el suelo americano rico florecimiento: sueño fantástico, tierno y visionario, en Edgardo Poe; mirada curiosa, ávidamente lanzada sobre la belleza de las cosas, en Irving; armoniosa lamentación de alma nostálgica, en Longfellow; júbilo de vida real, en Holmes; y suprahumanidad, en Ralph Emerson; en todas sus fases ha tenido lucida interpretación en el bello sexo.

RELIGIÓN

Las religiones.—*La Revue*, de París, publica un artículo de Tolstoi, que constituye la introducción inédita de una obra del insigne escritor ruso, no escrita todavía, y que por llevar firma tan venerable merece ser no extractada, sino traducida, como lo hacemos, íntegramente:

«Bajo el epígrafe de *Religiones*, se halla en las enciclopedias que hay, según unos, mil religiones; según otros, dos mil. Si se toman las obras de los sabios que tratan de las religiones, también se encuentra en ellas la descripción de un millar de religiones, más maravillosa cada una que las demás. Si se escucha hablar á las gentes, se oye también que existen en el mundo millares de religiones, que ni siquiera se pueden contar todas, y que todas son diferentes. Se escucha lo que dicen las gentes, y se queda uno asombrado. Unos—la gran mayoría—dicen que, de las mil religiones, novecientas noventa y nueve son falsas, y que sólo hay una verdadera, que es á la que pertenecen. Otros dicen: esas mil religiones difieren unas de otras; luego todas son embustes, y no hay ni siquiera una sola verdadera.

¿Es preciso que sea así? Dios, al crear á los hombres, ¿ha querido eso y que los hombres vivan así? ¿Es preciso que los hombres se dividan en mil religiones, cada una de las cuales

enseña á su modo lo que los hombres deben tener por bueno ó por malo, y lo que será de ellos después de su muerte? ¿Es preciso que cada religión critique y odie á las demás? ¿Es forzoso eso y existe? Está escrito, es verdad, en las enciclopedias y en los libros de los sabios, y las gentes dicen lo mismo. Pero ¿es eso la verdad? Ocurre á menudo que el diablo habla por medio de los hombres y les hace decir lo que quiere; frecuentemente los hombres se engañan; se equivocan y dicen que no son culpables, que es Dios quien ha arreglado así las cosas. ¿No es eso lo que ocurre en las cuestiones religiosas? Todas las religiones enseñan que hay un Dios que ama á los hombres y se apiada de ellos. ¿Cómo es eso? Dios ama á los hombres y los compadece, y los ha colocado en un mundo tan embarullado que tiene mil religiones, de las que cada una se glorifica á sí misma y destruye las demás. ¡El hombre debe lograr su salvación, ser agradable al Señor, y Dios le pone expresamente en un laberinto de donde no puede salir! El hombre ha nacido en la religión india, mahometana, cristiana, hebraica; ha empezado á pensar en su alma, y por todas partes ve novecientas noventa y nueve religiones, cada una de las cuales afirma, como la suya, que es la única verdadera y que todas las demás son falsas. ¿Qué debe hacer? No le queda más que un recurso: decirse que todas las religiones son invenciones, que todas son falsas, y vivir á la buena de Dios. Si Dios ha colocado al hombre en semejante situación, no sólo no le quiere, sino que, lejos de ser un padre para el hombre, es su principal enemigo. Satanás no hubiera podido inventar nada mejor para perder al hombre.

O la religión no es en efecto más que un engaño, y cuanto más pronto la rechace el hombre tanto mejor será para él. Esto es lo que muchos piensan ahora y lo que causa la perdición de las almas humanas. Pero son los únicos que lo piensan, pues no todos piensan así; no son más que una centésima los de esa opinión, y por eso no es terrible, pues si la mayoría se pusiera á pensar de ese modo, los hombres se degollarían

unos á otros, porque sin la fe el hombre no es más que un animal. La mayor parte de los hombres no viven sino porque en ellos está la fe. A la sombra de los que tienen fe—la mayoría—pueden existir los incrédulos; pero que todos sean incrédulos y vivan, eso es lo imposible, pues la religión es lo único que une á los hombres. Luego la religión es necesaria.

Y si la religión es necesaria, ¿por qué entonces no es una? ¿Por qué existen actualmente miles de religiones? Eso es lo que yo me decía mientras no buscaba á Dios; y en cuanto he comenzado á buscarle, me he dicho que la religión existe en todos y que es una. Y cuanto más he conocido las demás religiones, más claramente he comprendido que todo lo que se encuentra en las enciclopedias y en los tratados sabios, y todo lo que se dice de la existencia de millares de religiones, no es más que un vasto error. Dios no ha desconcertado jamás á los hombres con religiones diferentes, pues no hay dos desemejantes. Desde que los hombres existen hubo siempre una religión—siempre la misma,—y esa religión está encerrada en los libros religiosos de todos los pueblos y luego en el corazón de cada hombre. Moisés ha dicho: «No busque Israel la religión ni en la montaña ni en el mar, ni en el cielo ni en la tierra, sino sólo en su corazón». Y lo que se dice de la existencia de miles de religiones no es más que engaño é ignorancia. El engaño consiste en dar á las supersticiones el nombre de religiones, y la ignorancia consiste en dar nombres diferentes á la misma religión expresada diversamente.

Hay diversas doctrinas religiosas, pero la religión es una: la fe en lo que es el hombre, por qué vive, cómo debe vivir y lo que debe esperar después de la muerte.

Decir que las diversas doctrinas religiosas son religiones diferentes, es lo mismo que decir de un hombre que habla lengua distinta de la nuestra, que no expresa las mismas cosas que nosotros. Decir que las religiones son diferentes porque se expresan en formas diferentes, es lo mismo que decir que el sentido de las palabras es diferente si se expresan en

lenguas diferentes. Y yo no puedo decir eso, porque sé que un indio ó un chino vive, según Dios, con amor, simplicidad y sumisión, según la doctrina de su religión, y que un cristiano vive del mismo modo según la suya. Así, debo decir que su religión es la misma, pero que la expresan de modos diferentes, lo que diré del sentido de las palabras pronunciadas en ruso ó en francés. Si veo que un francés, después de haber dicho á otro francés cierta palabra, recibe de éste unas tijeras, y que un ruso, después de haber dicho á otro ruso cierta palabra, recibe también unas tijeras, deduciré que han pronunciado la misma palabra, pero con sonidos diferentes. Pues lo mismo sucede con las religiones. Si se prescinde del engaño, resulta evidente que la religión fué y será siempre única, así como nunca ha cambiado la situación del hombre, nacido para morir, que vive entre seres semejantes á él, con sus pasiones, su lubricidad, su amor al bien y á la verdad. (El engaño y la ignorancia que hacen creer en la existencia de miles de religiones diferentes, se parecen al error de que darían prueba los hombres si dijeran que hay miles de globos terrestres y de cielos diversos. Los profanos que no piensan ni leen lo que otros hombres han pensado respecto de la tierra en que vivimos y del cielo que está sobre nosotros, se representan cada cual á su modo la tierra y el cielo. Uno dice: la tierra descansa sobre tres ballenas; otro: sobre un eje; otro: sobre agua. Del mismo modo, cada uno verá el cielo á su manera: uno dirá que es sólido y único; otro, que hay siete; otro, que hay cincuenta. Así, cada uno expresará sus supersticiones, y pueden hallarse millones; esas son las religiones que enumeran las enciclopedias. Pero además de esas fábulas sobre la constitución del cielo y de la tierra, existen hipótesis razonables sobre la formación de la tierra, del cielo, de los movimientos del sol, de la luna y de las estrellas, de la esfera celeste y de la formación de los eclipses. Apenas se encuentran sistemas astronómicos razonables; desde que el mundo existe apenas se cuentan cinco ó seis: los chinos tuvieron

uno, los caldeos otro, los egipcios el tercero, los griegos el cuarto, y el quinto existe ahora entre nosotros en Europa. No se podría confundir estos sistemas con las supersticiones relativas á la tierra y al cielo, porque esos sistemas permiten calcular y predecir más ó menos exactamente los eclipses de luna y de sol, y que todos, á pesar de sus diferencias, se paran en que predicen para el mismo tiempo los fenómenos celestes.)

De modo que existen miles de supersticiones y varias doctrinas, pero no hay más que una fe en todas esas doctrinas. Es falso decir que hay gran número de religiones diversas, miles y más; hay millares de supersticiones, y no miles de religiones; en cuanto á las doctrinas no hay millares, ni siquiera decenas, y todas se refieren á una sola religión, pero expresada de diversos modos. Existen actualmente en el mundo entero seis doctrinas religiosas profesadas por la gran mayoría de los hombres: 1.ª La doctrina china de Confucio. 2.ª La doctrina de Lao-Tsé. 3.ª La doctrina de los profetas brahmanes. 4.ª La doctrina hebraica. 5.ª La doctrina cristiana.—Cada doctrina está contenida en libros fundamentales: la china, en el libro de Confucio, ó los reunidos por él, y en el libro de Lao-Tsé; en la doctrina india hay los libros de los Vedas, la de los profetas brahmanes y la que los completa, la doctrina de Buda; la doctrina hebraica tiene el Antiguo Testamento, y la cristiana el Evangelio. El Corán de Mahoma no es fundamental, porque está basado á la vez en la Biblia y en el Evangelio. Tales son todas las doctrinas religiosas existentes (si se exceptúan las que no fueron ó no son profesadas sino por una pequeñísima minoría, como la doctrina de los Parsis ó de Zoroastro y la de los egipcios) que se reparten todos los hombres. Se estima actualmente en 1.500 millones la población del globo. En este número se cuentan 500 millones discípulos de Confucio, 100 millones de laotseístas, 300 millones de cristianos, 170 millones de mahometanos, 160 millones de brahmanistas y 270 millones de budistas; los demás no pertenecen á estas religiones. ¿En qué consisten estas tres religiones principales?

Religiones orientales basadas en las doctrinas de los brahmanes y de los viejos chinos, seis siglos antes de Jesucristo.	Religiones occidentales basadas en la doctrina egipcia y persa.
Buda.	Profetas judíos.
Lao-Tsé.	Zenón.
Confucio.	Sócrates.

Todo esto, después de quinientos años, se une en Cristo.

En Oriente, el brahmañismo, el budismo, el laotseísmo se transforman en el fanatismo de los pontífices, y continúan viviendo alejándose del cristianismo. El confucismo sin el sacerdocio permanece puro, y es un cristianismo no del todo desarrollado. Lo mismo pasa en Occidente: el hebraísmo evoluciona hacia el fanatismo del sacerdocio, y los estoicos—Zenón, Sócrates, Epicteto, Marco Aurelio—sin el sacerdocio permanecen puros y cerca del cristianismo, del que son como el embrión. El cristianismo une, explica y define todas las religiones antiguas; pero tras él nadie aparece; ningún profeta define ni explica su doctrina. Todo lo que aparece en este sentido no son más que figuras y aplicaciones del cristianismo, como la Iglesia, el Espíritu Santo, el mahometismo. De modo que todas las doctrinas que existen actualmente, todas, en lo que tienen de verdaderas, se encuentran en el cristianismo.

Estas doctrinas son las siguientes: 1.ª El brahmanismo, definido por Buda y representado por el budismo. 2.ª El budismo, que ha evolucionado hacia el cristianismo. 3.ª El laotsismo, incluído también en el cristianismo. 4.ª El confucismo, especie de cristianismo aproximado. 5.ª El judaísmo transformado en cristianismo. 6.ª El cristianismo de la Iglesia, que tiene sus raíces en el verdadero cristianismo, y que se separa de él por la mentira. 7.ª El mahometismo, que hace lo mismo. 8.ª El estoicismo y la filosofía, que no son sino el cristianismo incompleto.

Excepto una centésima parte de la humanidad, que profesa religiones extrañas á nosotros, que no conocemos (por eso no

podemos hablar de ellas), toda la humanidad entra en estos diversos grupos, y profesa siempre la misma verdad, la que en su última forma fué expresada por Cristo. Entre los siglos v y vi a. J. C., toda la humanidad subió «un nuevo escalón de la conciencia»; es probable que antes hubiera subido otros; pero nos son desconocidos, y por eso no podemos hablar de ellos. El grado que precede al cristianismo nos es bien conocido, y podemos y debemos hablar de él. El sentido general de la conciencia revelada era que es falso reconocer la vida como algo personal, pues el sentido de la vida es otro: 1.° Según Buda, la resumía á la vida. 2.° Según Lao-Tsé, la supresión de los deseos. 3.° Según Confucio, el servicio al Estado. 4.° Según los profetas, la preparación del reino de Dios. 5.° Según Sócrates, el desprecio del cuerpo y la cultura del espíritu.

Estas cinco doctrinas son las que trataré de exponer, según su sentido: 1.° La de Buda. 2.° La de Lao-Tsé. 3.° La de Confucio. 4.° La de los profetas. 5.° La de los estoicos. Exponer las doctrinas embusteras de los brahmanes, del falso cristianismo y del mahometismo me parece inútil. El examen de lo verdadero nos mostrará lo falso.

IMPRESIONES Y NOTAS

Utilidad del bostezo.—Según declara en la *Revista de Medicina Moderna* un médico belga, el bostezo es una función espontánea del organismo sumamente saludable, por ejercer benéfica influencia en las afecciones de la laringe y en la trompa de Eustaquio.

El bostezo, en efecto, según las investigaciones llevadas á cabo por los especialistas oto-rino-laringólogos, es la forma más natural del ejercicio respiratorio, haciendo entrar en juego todos los músculos respiratorios del cuello y del pecho. Por eso es de recomendar á toda persona, y singularmente á los

tardos de oído y á los asmáticos, que bostecen ampliamente, estirando todos los miembros ó desperezándose mañana y tarde, á fin de ventilar los pulmones y tonificar los músculos y canales del aparato respiratorio.

Esta nueva gimnasia del bostezo ejerce positiva influencia en el alivio de las afecciones de la garganta y del oído, habiendo obtenido gran mejoría en sus afecciones los enfermos sometidos á este tratamiento. Para obligar á los enfermos á bostezar se emplea la sugestión y la imitación, ó bien una serie de aspiraciones fuertes con la boca bien abierta para provocar el bostezo; la operación se repite seis ó siete veces, y si va seguida de la deglución, mucho mejor, pues así se asegura por completo la penetración del aire en la trompa de Eustaquio. El que quiera convencerse de la verdad de este tratamiento no tiene más que fijarse en los sonidos que percibe antes y después de bostezar, y observará que después del bostezo oye mucho mejor todos los ruidos y sonidos del espacio circundante.

*
* *

Una Pompeya mejicana.—Según leemos en la *Revista de Obras Públicas*, en Méjico, cerca de Oaxaca, en la colonia del monte Albano, se acaban de descubrir los restos de una ciudad prehistórica que debió ser grande y rica, á juzgar por el número y magnificencia de los monumentos que se han descubierto: casas de construcción extraña, templos, palacios, mausoleos, baños y un obelisco semejante á los del antiguo Egipto, cubierto de numerosas inscripciones.

Esta ciudad, á juzgar por las apariencias, debió tener un fin trágico, semejante al de Pompeya: el número considerable de esqueletos, la gran diversidad de actitudes en que se encuentran, el desorden de los utensilios domésticos y las materias de que todo está cubierto hacen presumir que aquella antigua ciudad debió ser sorprendida por una catástrofe en plena actividad, siendo lo más probable que la causa de su destrucción fuera un volcán.

La disposición interior de las casas, la ornamentación de las fachadas y el plano mismo de la ciudad, tal como puede apreciarse por las ruinas hasta el presente descubiertas, recuerdan con sorprendente fidelidad las descripciones que de las antiguas ciudades de los bordes del Nilo hace el egiptólogo Maspero. Entre los objetos descubiertos hay fragmentos de bajorrelieves de basalto, con guerreros y sacerdotes en extrañas actitudes litúrgicas, y gran número de adornos de jaspe esculpidos con arte tanto más admirable, cuanto que, desconocido por entonces el uso del hierro, hubieron de emplearse para tales labores instrumentos que dificultaban el trabajo extraordinariamente.

Las ruinas del monte Albano se hallan á pocos kilómetros de las de Mitle, y unas y otras parecen pertenecer á aquella brillante y misteriosa civilización azteca que tantos puntos de semejanza ofrece con la egipcia de los tiempos faraónicos. De esperar es que este nuevo hallazgo sirva para la reconstitución de la historia de Méjico antes de la conquista de Cortés.

*
* *

La semana de cinco días (la quíntada).—León Bollack aboga en *La Revue* de París por la sustitución de la actual semana de siete días por la *quíntada* ó semana de cinco días (1), mitad de la *década* establecida por la gran Revolución.

La *semana* no tiene realmente otro fundamento que el religioso, que prescribió el descanso del sábado en los tiempos hebraicos, y del domingo en los cristianos; pues si bien es cierto que el período de siete días tiene cierta relación con las

(1) Claro es que *semana de cinco* días es un solemne disparate; pues *semana*, de *septimana*, quiere decir período de *siete* días, y decir *semana de cinco* es lo mismo que decir *siete de cinco;* pero como el uso vulgar no se pára en etimologías, cabe emplear el término *semana* en el sentido corriente de período de tiempo de trabajo comprendido entre dos reposos, y así puede decirse «semana de cinco días», como se dice «herradura de plata».

fases de la luna, esta relación es sólo aproximada, siendo la semana una división arbitraria del tiempo. Las únicas dos divisiones científicas de las usuales del tiempo son: *el día*, que corresponde al movimiento de rotación de la tierra; y *el año*, que corresponde al movimiento de traslación. Ni los meses ni las semanas tienen fundamento científico serio. ¿Por qué en lugar de partir los trescientos sesenta y cinco días del año en períodos de siete días, no repartirlo en períodos de cinco, lo cual permitiría simplificar la nomenclatura cronológica y saber en el acto cuáles eran los días festivos, que serían todos los que acabaran en cinco ó en cero?

Todo esto parece pueril á primera vista; pero hay que notar que esta nueva división responde á una aspiración casi unánime de los pueblos civilizados. Los pueblos incultos trabajan sin descanso; pero los cultos necesitan interrumpir su labor cotidiana, y de ahí la institución del reposo semanal. La cuestión es la siguiente: ¿es preferible el trabajo de seis días con un descanso en el séptimo, ó el trabajo de cuatro días con un reposo en el quinto?

Los pedagogos han establecido el descanso del jueves (de medio día antes, y del día entero hoy en Francia y en otras naciones), porque la experiencia les ha demostrado que no se puede pedir á los niños un esfuerzo cerebral de seis días seguidos. En muchas casas de comercio francesas y en todas las inglesas se cierra á la una de la tarde del sábado para dar mayor descanso al personal. La clase obrera aspira á la semana de cuarenta horas de trabajo, y los famosos tres ochos son la expresión de la necesidad más sentida cada vez de aminorar las horas destinadas al trabajo, no sólo para la higiene del cuerpo y del espíritu de cada individuo, sino para la higiene misma del cuerpo social, necesitado de limitar el exceso de producción para que todos puedan vivir.

En la discusión del problema del trabajo se olvida casi siempre la *calidad*, para no pensar sino en la *cantidad*. Los industriales norteamericanos han demostrado cumplidamente

que al cabo de cierto número de horas el trabajo hecho *no paga* ya al obrero, y que es un buen negocio pedir á los obreros que empleen el máximum de su esfuerzo, aunque se reduzca el tiempo de su tarea. El trabajo que hoy se ejecuta es sin disputa más concentrado, más fatigoso, más «vibrante» que el realizado por nuestros antepasados; nuestros nervios, en más constante tensión y movimiento, necesitan descansos más frecuentes: para dar satisfacción á estas exigencias del moderno vivir, nada más práctico que sustituir á la semana la quintada.

***

Las lecturas de Tolstoi.—Desde el mes de Mayo último, el conde de Tolstoi ha suprimido por completo en sus lecturas los periódicos y las revistas de todo género. Asustado del tiempo que nos lleva la lectura de la prensa periódica, robándonos las mejores de nuestras horas y privándonos de consagrar á tareas más provechosas nuestro tiempo, se ha trazado una regla de lectura, y diariamente se dedica á repasar las obras de Confucio, Sócrates, Cicerón, Marco Aurelio, Epicteto, Montesquieu, Rousseau, Lessing, Kant, Lichtenberg, Schopenhauer, Emerson, Channing, Parker y Ruskin. Está escandalizado del olvido en que tenemos los más ricos tesoros de nuestra literatura, y dice que la lectura de los periódicos hace más estragos en la humanidad que la más cruenta guerra, pues si la guerra mata millares de hombres, los periódicos acabarán por matar toda cultura seria, moral é intelectual.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La Sociología: carácter científico de su enseñanza, por Ernesto Quesada. Buenos Aires, 1905; 43 páginas en 4.° mayor, sin indicación de precio.

De la fecundidad literaria de este autor, pasmosa verdaderamente, he hecho ya indicaciones alguna vez. Joven aún, tiene publicada á estas horas una larguísima lista de libros sobre los asuntos más diversos. Yo no conozco sino algunos. Pero si, como es de suponer, la textura de los demás es parecida á la de éstos, puede asegurarse que la cantidad de trabajo empleada por el Sr. Quesada sólo hasta hoy es enorme. Sumada toda ella, daría una cifra muy subida de kilográmetros, pero de kilográmetros de consumo cerebral.

El folleto publicado recientemente no hace sino corroborar este juicio. Su factura es análoga á la de los otros libros á que acabo de aludir. Se trata de un folleto, hasta cierto punto, de mera ocasión, que, á juzgar por los datos exteriores, ha tenido que ser escrito rápida y no sé si también precipitadamente. Pues se le conoce poco que es así. Se ve que su autor no lo ha improvisado, que no ha hecho á todas prisas la preparación para escribirlo, sino que ésta la tenía ya de antes trabajada y sedimentada.

El caso es que la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires acordó en 1898 crear una cátedra de Sociología. Encargado del desempeño de esta cátedra el suplente de Historia, Dr. Antonio Dellepiane, por no haber sido designado profesor titular, dicho profesor suplente dictó la materia durante el año 1899, formulando el programa de la misma. Pero la asignatura no volvió á enseñarse en los cursos siguientes, hasta que el año pasado, 1904, fué nombrado primer profesor titular de la nueva cátedra el Sr. Quesada, juez de primera instancia en lo civil, de Buenos Aires, y el cual había sido profesor de la misma Universidad veinte años antes, pero luego abandonó esta carrera.

El 1.° de Abril último inauguró el profesor Quesada sus enseñanzas de Sociología, y la conferencia inaugural se ha publicado luego, primeramente en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, y después en un folleto aparte que lleva por título el que más arriba queda indicado.

El objeto de la conferencia no es otro sino justificar los títulos que la Sociología tiene para poder y deber ser enseñada como disciplina propiamente científica, contra la opinión de aquellos que no quieren reconocerle el carácter de ciencia. Entre ellos está el antiguo decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, D. Miguel Cané, quien siendo decano todavía, y precisamente en el discurso que pronunció en el acto de trasmitir el cargo al decano entrante después del nombramiento del Sr. Quesada como titular de la cátedra de Sociología, hubo de decir de ésta, entre otras cosas, que «sus títulos eran más pretenciosos que reales, más caprichosos que científicos», y que «no es una ciencia con líneas fijas é inmutables, sino un conjunto de hipótesis ó de constataciones empíricas; y decir *Sociología* en el mismo sentido que se dice *Algebra* ó *Mecánica* es imposible, porque de la una á las otras hay una distancia enorme».

El Sr. Quesada toma pie cabalmente de estas palabras para combatir las afirmaciones vertidas en ellas, y para defender, por el contrario, los fueros de la Sociología y su perfecto derecho, según él, á existir como ciencia y como enseñanza universitaria, tan digna de cultivo y tan legítimamente fundada como cualquier otra. Tal es la esencia y tales los propósitos de su disertación. Pero la desenvuelve de tal manera, con tal abundancia de doctrina, de puntos de vista, de sugestiones, de referencias científicas y bibliográficas, que mejor que un escrito polémico ha venido á resultar una monografía muy recomendable para poderse enterar, en resumen breve, del concepto, problemas principales y literatura de la moderna disciplina sociológica.

P. Dorado

INDICE

Págs.

Influencia española sobre la literatura inglesa, por Martín Hume . 5

Tiempos de significado translaticio, por E. Benot..... 32

Recuerdos, por José Echegaray..... 42

Ambrosio Spínola, por Francisco Barado..... 54

El verdadero Cristianismo social, por Edmundo González-Blanco. 66

Datos para la historia de la legislación social en España, por Adolfo Posada..... 95

El libro y la biblioteca en España durante los siglos medios, por Juan Pérez de Guzmán..... 111

Una apuesta de millonarios, por Mark Twain..... 153

Crónica literaria (La Quimera, novela por D.ª Emilia Pardo Bazán), por E. Gómez de Baquero..... 167

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 176

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 206

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 17. NUM. 203.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

NOVIEMBRE 1905

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, núm. 22.—Teléfono 2.000
10.639

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

UNA APUESTA DE MILLONARIOS

(CONCLUSIÓN)

La comida fué de las más brillantes y comportaba catorce convidados: el duque y la duquesa de Shoreditch; su hija, lady Ana Gracia Leonor Celeste de Bohun; el conde y la condesa de Newgate; el vizconde Cheapside; lord y lady Blatherskite; otros invitados menos selectos. En fin, el ministro, su mujer y su hija y una amiga de su hija, llamada Portia Langham, deliciosa joven de veintidós años, de la que me enamoré en menos de dos minutos; debo confesar que le inspiré la misma pasión (esto, por lo demás, saltaba á la vista).

Mientras que todo el mundo estaba reunido en el salón y cambiaba cortesías en espera de la comida, un criado anunció: el Sr. Lloyd Hastings.

Después de haber saludado á los dueños de la casa, Hastings me vió y vino derecho á mí, tendiéndome la mano; pero se paró en seco en el momento de estrechar la mía, y me dijo con tono muy embarazado:

—Perdone usted caballero, creía conocerle.

—Y sí me conoce usted perfectamente, antiguo amigo.

—No, que yo sepa. ¿Sería usted, por casualidad, el... el...?

—¡El fenómeno del famoso billete! Usted lo ha dicho; no tema usted llamarme por mi apodo: estoy acostumbrado á ello.

—¡Qué agradable sorpresa! He visto dos ó tres veces su nombre con la añadidura de ese apodo, pero no se me podía ocurrir que fuese usted el Henry Adams á que aludían. Hace apenas seis meses que era usted un empleado de la casa de Blake Hopkins, de San Francisco, y trabajaba usted horas suplementarias por la noche para ayudarme á poner en orden y examinar la contabilidad de la Gould Curry Extension. Y ahora es usted en Londres un colosal millonario y una gran celebridad. Hay que preguntarse si nos encontramos en pleno cuento de *Las mil y una noches*. Querido amigo, creo soñar; no le asombre á usted que necesite algunos instantes para reponerme de mi estupefacción.

—Tan asombrado estoy yo como usted, Llogd, y tampoco lo entiendo yo.

—Es portentoso; ¡y decir que hace precisamente hoy tres meses que comíamos juntos en el tugurio de los mineros!

—Se engaña usted, fué en What Cheer.

—Ah, sí, perfectamente, en el What Cheer: nos encontramos allí á las dos de la mañana; tomamos una chuleta y café para reponernos de una labor penosa de seis horas pasadas sobre las cuentas de la Extensión; hasta traté de convencerle á usted para que me siguiera á Londres, prometiéndole obtenerle un permiso y sufragar los gastos de viaje; le garantizaba una parte de los beneficios si nuestro negocio salía bien. Usted me mandó á paseo, prediciéndome un fiasco completo y alegando que no quería correr el riesgo de dejar la presa por la sombra.

Y ahora nos vemos, sin embargo, aquí. Es cosa de no creerlo. Dígame lo que le ha traído á Londres, y qué circunstancia le ha puesto tan brillantemente el pie en el estribo.

—¡Oh! un simple hecho de la casualidad. Es una novela larga de contar, casi un problema. Le pondré al corriente de todo esto, pero no ahora.

—¿Cuándo?

—A fines de este mes.

—¿De manera que tendré que esperar todavía quince días? Es una dura prueba para mi curiosidad. Vaya, prométame usted el relato para de aquí á ocho días.

—Imposible. Ya verá usted por qué. Y á propósito, ¿cómo van sus negocios?

Su fisonomía cambió en el acto, y me dijo con un profundo suspiro:

—Era usted un verdadero profeta, Hal, un verdadero profeta. ¡Ojalá no hubiera venido aquí! Prefiero callarme en este asunto.

—Al contrario, confíeme su decepción. Venga usted á mi casa esta noche, después de esta recepción, y cuénteme lo que le sucede.

—¿De veras? ¿Cree usted...?—y diciendo esto, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Sí; quiero que no me oculte usted nada.

—¡Ah! gracias. Todavía encuentro un alma compasiva, un corazón generoso que se interesa por mis asuntos. Debería darle gracias de rodillas.

Cogió mi mano y la estrechó fuertemente.

Parecía muy confortado y decidido á estar muy alegre durante la comida; esta comida se hizo esperar. Sucedió lo que es inevitable con el deplorable y abrumador sistema inglés, que pone ante todo la cuestión de preeminencias; no se comió por no quebrantar el protocolo. Por lo demás, los ingleses toman siempre la precaución de comer en su casa cuando se les invita á una comida, porque desconfían; deberían advertírselo á los extranjeros que caen en el garlito.

Naturalmente, aquella comida fantástica no fué una sorpresa para ninguno de nosotros, que conocíamos las laudables costumbres inglesas; pero á Hastings, que no estaba iniciado en este género de invitaciones, le pareció la broma de muy mal gusto.

Ofrecimos nuestros brazos á las encantadoras convidadas para dirigirnos al comedor; allí comenzaron las discusiones.

El duque de Shoreditch reclamó para sí la preeminencia y la presidencia de la mesa, alegando su calidad de delegado del rey; debía estar antes que un ministro que no representaba, después de todo, más que á la nación.

Yo no cedí, plenamente decidido á mantener mis derechos; en todos los periódicos mundanos figuraba yo entre los duques, exceptuados los de la familia real. Tenía, pues, la preeminencia sobre el duque de Shoreditch, y me apresuré á hacerlo presente.

La discusión duró tanto y tan bien, que fué imposible resolver la cuestión; ambos habíamos empleado argumentos de prueba: él, tratando de invocar sin razón su nacimiento y su descendencia directa de Guillermo el Conquistador; yo, declarándome muy próximo pariente de Adam (como mi nombre lo atestiguaba); él, después de todo, no pertenecía más que á una rama colateral muy reciente.

En fin de cuentas, volvimos al salón sin haber comido, con el mismo ceremonial de hacía un momento; allí nos esperaba un *lunch* para tomarle de pie; pudimos atrapar sardinas y algunas fresas, y comerlas sin ocuparnos esta vez de la etiqueta y de la preeminencia; en semejante caso el procedimiento empleado es muy sencillo: para cortar las tergiversaciones, los dos invitados de mayor categoría lanzan al aire un shilling; el que gana tiene derecho á la fresa, el otro coge el shilling; los dos siguientes hacen lo mismo; los otros le imitan, hasta acabar.

Trajeron en seguida unas mesas, y nos pusimos á jugar; la puesta era de 50 céntimos. Los ingleses no consideran el juego como una simple distracción: es preciso que ganen ó que pierdan algo (poco importa qué); sin esto no tocarían jamás una carta.

La partida fué de las más agradables, á lo menos para miss Langham y para mí; su presencia me turbaba de tal modo, que no dí pie con bola en el juego; y lo mismo le pasaba á ella. No sabíamos más que una cosa: que estábamos en el col-

mo de la felicidad, en el séptimo cielo, y que no queríamos descender de él.

Tuve el valor de confesarle mi amor; sí, tuve esa fuerza de voluntad. Al oir mi declaración enrojeció hasta la raíz del pelo, pero me respondió radiante que también ella me amaba.

¡Qué deliciosa velada! Fuí muy leal y recto para con la joven, y le declaré que no poseía un céntimo aparte del famoso billete de un millón de libras, del que tanto había oído hablar. Añadí, naturalmente, que aquel billete no me pertenecía: mi confesión no hizo más que picar su curiosidad; me pidió que le contase mi historia, sin omitir un detalle: mi relación la hizo reir extraordinariamente.

Yo me pregunto lo que podía parecerle tan risible en mi aventura. A cada nuevo detalle su hilaridad aumentaba, y hube varias veces de interrumpir mi relación para permitirle cobrar aliento.

Aquella risa se hacía inquietante. He oído á muchas gentes reir de buena gana, pero nunca al oir una historia tan triste y aventuras tan desagradables para el protagonista de ellas.

A pesar de todo la quería con locura, muy complacido de ver que sabía tomarlo todo por el buen lado: una mujer de tan feliz temple de carácter me sería de las más preciosas, tal como marchaban mis asuntos.

Le dije, naturalmente, que ya había gastado por adelantado dos años de mis honorarios; me respondió que le era igual, con tal de que supiese moderar mis gastos y no empeñase mi tercer año de sueldo.

Parecía, sin embargo, un poco preocupada, y me preguntó si no me engañaba, y si estaba bien seguro de la cifra de los honorarios que debía cobrar el primer año. Esta pregunta, aunque llena de buen sentido, me dió un poco que pensar sobre mi situación, pero me sugirió al mismo tiempo esta feliz respuesta:

—Portia, mi querida Portia, ¿consentiría usted en acompa-

ñarme el día en que deba tener una entrevista con mis dos bienhechores?

Vaciló un momento; después me respondió:

—¿Por qué no, si mi presencia puede animarle ó servirle de algo en lo que sea? Sin embargo, eso no estaría muy bien; ¿qué dice usted?

—Ese es también mi parecer, en el fondo; pero, ya ve usted, esta entrevista debe tener tal importancia para nuestro porvenir, que...

—Entendido, iré con usted; tanto peor para el «qué dirán»—me respondió, en un arranque sublime de entusiasmo.—¡Sería tan dichosa en poder servirle!

—¿Servirme, querida mía? Usted es quien desempeñará el papel principal en esa entrevista. Usted es tan bonita, tan deliciosa, tan encantadora, que su sola presencia va á hacer que se dupliquen mis honorarios; delante de usted, mis dos viejos archimillonarios no se atreverán á regatear mis servicios.

¡Ah! ¡cómo se iluminó su bonito cutis, y qué alegría brilló en sus ojos cuando me respondió!:

—¡Adulador! En todo lo que acaba usted de decirme no hay palabra de verdad. Iré de todos modos con usted, aunque no fuese más que para probarle que no todo el mundo me ve con los mismos ojos que usted.

Estas palabras me animaron de tal manera y disiparon tan completamente mis dudas, que en mi fuero interno calculaba mis honorarios del primer año en un número de doce mil libras. No comuniqué á Portia mis esperanzas bien fundadas, prefiriendo prepararle esta buena sorpresa.

Al volver á mi casa, parecía caminar sobre las nubes; Hastings hablaba, pero en pura pérdida, porque no le respondí una sola palabra. Cuando entramos en mi saloncito, se extasió ante lo cómodo y lujoso de mi instalación.

—¡Oh amigo mío, deje que me detenga para admirar á mi gusto su palacio, porque lo es verdaderamente! Nada falta aquí: desde la chimenea alegre y hospitalaria, hasta la mesa

apetitosa y copiosamente servida. La vista de este interior suntuoso no me revela solamente la extensión de sus riquezas; me penetra hasta la medula de los huesos, hasta lo más íntimo de mi sér, convenciéndome de mi pobreza, de mi ínfima y harto real miseria.

¡Que el diablo se lo lleve con su cumplimiento! Me sacó de mi letargo, y me recordó de pronto que todo aquel suntuoso edificio estaba edificado sobre terreno huero, sobre una capa de tierra de apenas un centímetro de espesor, y minada por un cráter.

Comprendí que soñaba, completamente perdido en las nubes.

Sí; he aquí la triste realidad de mi situación: deudas, nada más que deudas; ni un céntimo propio; una deliciosa joven me ofrece su corazón, tesoro incomparable; yo, por mi parte, no puedo presentar sino honorarios más que problemáticos. Esto ha concluído; estoy arruinado, perdido para siempre.

—Pero Henri—añadió mi amigo,—una simple partícula de su renta diaria bastaría para...

—¿De mi renta diaria? Mire, sentémonos frente á esta botella de añejo whisky, y hablemos; pero, tal vez tendrá usted hambre. Siéntese usted de todos modos.

—No tengo hambre, y tengo poco apetito estos días; pero quiero beber con usted, y hasta le aseguro que le acompañaré dignamente en ello.

—Entendido, soy suyo. Empecemos; mas para ponernos de buen humor cuénteme su historia.

—¿Contarle mi historia? ¿Otra vez?

—¿Cómo otra vez? ¿Qué quiere usted decir?

—Le pregunto si quiere usted oirla otra vez.

—Usted bromea.

—Decididamente, me inquieta usted. Parece, en efecto, que duda usted de que le he contado toda mi historia al venir aquí.

—¿Usted?

—Sí, yo.

—Que me ahorquen si he entendido una palabra.

—Tú estás loco. ¿Qué es lo que te pasa desde tu recepción en casa del ministro?

Pronto como el relámpago le respondí con esta confesión:

—Pues me pasa la más deliciosa joven que he visto en mi vida; y lo que es más, aun su corazón me pertenece.

Al oir esta revelación saltó sobre mí, me cogió las manos y las sacudió hasta casi romperme los huesos; esta vez me perdonó el que no hubiese escuchado su historia mientras caminábamos juntos.

Como buen amigo resignado, se sentó y volvió á empezar la relación; he aquí, en dos palabras, la exposición de sus vicisitudes: había venido á Inglaterra para lanzar un negocio que creía excelente: se trataba de colocar acciones por cuenta de los propietarios de la mina conocida con el nombre de «Gould Curry Extension». Estas acciones representaban un capital de un millón de dollars; todo lo que obtuviera de más le pertenecería.

Tomándose un trabajo enorme, poniendo en juego todos los expedientes honrados y no honrados, se había gastado cuanto poseía, sin poder encontrar un solo capitalista decidido á acoger sus proposiciones. Y para colmo de desgracia, tenía que dar cuenta de su misión á fines de mes. Estaba completamente arruinado.

De repente se puso á dar saltos, y exclamó:

—Solamente usted puede sacarme de este abismo. Solamente usted puede salvar mi situación. ¿Lo quiere usted? Dígamelo, respóndame pronto.

—Dígame cómo.

—Déme un millón y mi pasaje para América; á cambio le dejaré todas las acciones de la mina. ¿Lo acepta usted?

Al oir esta proposición sentí que la sangre se me helaba en las venas, y estuve á punto de decirle:

—Usted no sabe que yo soy un pobre diablo sin un céntimo y lleno de deudas.

Sin embargo, me contuve y traté de dominar mi emoción; como un capitalista seguro de sí mismo, le respondí con un aplomo imperturbable:

—Pues bien, sí, le salvaré.

—¡Oh! Mil gracias, mi querido amigo; ha asegurado usted mi felicidad. Si pudiera...

—Déjeme usted concluir. Le salvaré, pero á mi manera; porque quiero que ahora no tenga usted que correr el menor riesgo. No tengo necesidad de comprar minas; prefiero, por el contrario, dejar en circulación mis capitales; mi crédito será mayor en Londres. He aquí lo que voy á hacer: conozco la mina de que me habla usted, y me consta su inmenso valor; puedo, pues, responder de ella con los ojos cerrados. Va usted á vender en quince días por valor de tres millones de acciones al contado, sirviéndose de mi nombre; después de esto haremos la repartición de las acciones.

Mi idea le sonrió de tal manera, que se puso á bailar locamente, hasta el punto de que, en su alegría, hubiera roto cuanto se encontraba á su alcance si no le hubiese sujetado.

Se calmó, por fin, y dijo:

—¡Servirme de su nombre! ¿Es posible? Estos ricos londinenses van á precipitarse á mi casa para buscar acciones. Mi fortuna está ya hecha; pero tenga usted la seguridad de que no olvidaré jamás que le debo mi felicidad: se lo juro.

En menos de veinticuatro horas, todos los ricachos de Londres vinieron á verme; yo les recibí, diciéndoles:

—Es verdad, le he permitido que tome mi nombre. Le conozco y estimo su mina en su justo valor, que vale diez veces más de lo que pide.

Mientras tanto, pasaba yo las veladas en casa del ministro, al lado de mi querida Portia; no le hablé de la mina, queriendo darle una sorpresa. Hablábamos de amor, del porvenir, de la

felicidad, de la carrera, de los honorarios; en una palabra, formando mil proyectos.

No es posible figurarse lo que todo aquello interesaba á la mujer del ministro y á su hija: ambas se ingeniaban para desviar la atención del ministro é impedir que interrumpiera mi relación.

Las dos damas eran encantadoras.

A fines de mes, yo tenía un millón de dollars repartido entre los Bancos de Londres y los del Condado. Hastings estaba entusiasmado como yo. Correctamente vestido, me hice conducir en un coche á la casa de Portland Place, y me aseguré, por una inspección rápida del exterior del hotel, que mis dos individuos estaban de vuelta; desde allí volví á casa del ministro para buscar á mi querida Portia; nos dirigimos en coche á Portland Place, y hablamos de honorarios durante todo el camino. Esta cuestión candente daba á su belleza un carácter particular. Al verla tan febril y al mismo tiempo tan irresistible, no pude menos de decirle:

—Es usted tan encantadora, querida mía, que no se atreverán á ofrecerme menos de 3.000 dollars al año.

—No sueñe usted, Enrique—repitió ella.

—Déjeme usted hacer y fíese de mí; con unos ojos como los suyos, todo irá bien, se lo aseguro.

A pesar de mi afirmación, ella no estaba convencida, y tuve que darla valor durante el trayecto. Ella no cesó de decirme:

—No olvidemos, Enrique, que si pide usted demasiado no le darán nada. ¿Qué será entonces de nosotros sin ningún recurso, sin posibilidad de ganar nuestra vida?

Fuimos recibidos por el mismo criado que me abrió la puerta hacía un mes, y me encontré en presencia de los dos mismos individuos. Miraron con sorpresa á la encantadora criatura que me acompañaba, pero les dije sin vacilar:

—Esta joven, señores, es mi futuro sostén, mi compañera en la vida.

Después presenté á aquellos señores á Portia, declinando sus nombres y cualidades.

Me hicieron sentar muy amablemente y redoblaron sus atenciones para con Portia.

Tomé la palabra, y dije:

—Señores, vengo á darles cuenta de mi misión.

—Le oiremos con el mayor gusto—contestó mi bienhechor, —porque estamos deseando saber quién de nosotros dos, mi hermano Abel ó yo, ha ganado la apuesta. Si me ha hecho usted ganar, tendrá cuanto dependa de mí. ¿Tiene usted el billete de un millón de libras?

—Aquí lo tiene usted—respondí entregándoselo.

—He ganado—exclamó dando un golpecito á Abel.—¿Qué dices, hermano?

—Digo que efectivamente es el mismo billete y que pierdo 20.000 libras. No lo hubiera nunca creído.

—No es eso todo, señores—añadí.—Tengo que contarles una historia muy larga. Volveré para narrarles mis altos hechos durante este mes. Merece la pena, se lo aseguro. Mientras tanto, miren esto.

—¿Cómo? ¿Un certificado de depósito de 200.000 libras y á nombre de usted?

—Sí, y á mi nombre. He ganado esta fortuna, sirviéndome durante treinta días de la pequeña suma que me prestó. Y cosa curiosa: no me he servido de ella sino para comprar diversas bagatelas y para pedir cambio, sin resultado.

—Eso es estupendo. Es usted un hombre de primer orden. ¿Es verdad lo que usted dice?

—Absolutamente cierto, y voy á probarlo.

También Portia no volvía de su asombro, y con los ojos muy abiertos me preguntó:

—¿Es verdaderamente de usted ese dinero, Enrique? ¿Entonces me estaba usted contando una novela?

—Convengo en ello, querida mía, pero supongo que me perdonará.

Ella hizo un mohín y me respondió:

—No tan fácil: es usted un mal sujeto al haberse burlado de mí de esa manera.

—Vamos, mi querida Portia, no se incomode; he querido bromear, y nada más. Ahora, vámonos.

—No, no; espere—me dijo mi bienhechor.—Se olvida usted de la posición que le he prometido.

—Sí, es verdad. Se lo agradezco con todo mi corazón, pero verdaderamente no la necesito.

—Recuerde que le ofrezco cuanto puedo poner á su disposición.

—Le repito las más expresivas gracias; pero sus ofrecimientos, aun los más generosos, no podrían tentarme.

—Enrique, me sorprende usted. Apenas da usted gracias á su bienhechor; déjeme, al menos, hacerlo por usted y demostrarle nuestra gratitud.

—Perfectamente, querida; delego en usted mis poderes; ¿qué va usted á hacer?

Se levantó, se dirigió al caballero anciano, se sentó en sus rodillas, le echó los brazos al cuello y le besó en plena boca. En el mismo instante, los dos hermanos soltaron la carcajada. Yo quedé petrificado, como se puede imaginar. Portia gritó con su bonito y claro timbre:

—Papá, le dice á usted que no tiene nada que ofrecerle bastante bueno como posición. Es un bofetón para mí.

—¿Cómo? ¿Le llama usted papá?—exclamé.

—Ya lo creo; le presento á usted á mi papá, un papaíto al que adoro. Ahora comprenderá por qué me reía tanto cuando, sin conocerme, me contó usted en casa del ministro lo que le preocupaba la combinación de mi padre y del tío Abel.

Al oir estas palabras, hablé, decidido á ir recto al asunto:

—Ahora, mi querido señor, permítame que retire lo que acabo de decir. Hay una situación que acepto de usted inmediatamente.

—¿Cuál?

—La de yerno suyo.

—Muy bien, muy bien. Pero debo hacerle observar que, como no ha desempeñado nunca las funciones de yerno, se va usted á ver muy comprometido para presentarme certificados *ad hoc*.

—No importa: tómeme usted á prueba, aunque no sea más que por treinta ó cuarenta años. Después de esto...

—Pues bien, sea. Convenido. Le concedo este pequeño favor. Llévese á Portia: es suya.

Inútil es decir lo felices que éramos. Portia y yo nos sentíamos transportados al séptimo cielo. Cuando se conocieron en Londres mi historia y mis peregrinaciones con mi famoso billete de Banco, no se habló de otra cosa. Se bromeó de lo lindo á nuestra costa.

Mi suegro llevó el valioso billete al Banco de Inglaterra, el cual, con una atención muy delicada, lo anuló y se lo regaló á mi suegro. El día de nuestra boda el padre de Portia nos lo regaló; desde entonces lo tenemos cuidadosamente colocado en un marco en nuestra alcoba, y puedo asegurar que venero á este pedazo de papel, que me valió mi querida Portia.

Sin él, en efecto, tal vez no me hubiera quedado en Londres, no me habrían admitido en la recepción del ministro y, por consiguiente, no hubiera visto á Portia.

Así es que no ceso de repetir á mis amigos:

—¿Ven ustedes este billete de un millón de libras? No me ha servido más que para hacer una sola compra en mi vida; pero por esta compra no he pagado siquiera ni la décima parte de su valor real.

MARK TWAIN

EL DISCURSO DE APERTURA DE LOS TRIBUNALES

Y LA MEMORIA DEL FISCAL DEL SUPREMO

Un año más. Casi lo único que cabría decir es esto. Con regularidad y exactitud cronométricas, que rara vez encontramos para cosas y servicios de verdadero fuste y sustancia, se publican anualmente el discurso y la Memoria leídos por el ministro de Gracia y Justicia y por el fiscal del Tribunal Supremo en el «solemne» acto de la apertura de los tribunales, celebrada siempre (á menos de ser día festivo) el 15 de Setiembre. Son unos documentos que dicen y repiten año tras año la misma cantilena. Los que los leemos nos lo sabemos ya, podría decirse, de memoria. Obedecen á una sola pauta casi invariablemente. En la imprenta en que se tiran podrían muy bien dejar hechas las cajas de un año para otro y para todos.

Sin embargo, parece que no nos resignamos á prescindir de ellos. Ocurre aquí lo que en otra multitud de cosas y relaciones, cuyo limitadísimo valor conocemos bien, pero de las cuales, por causas distintas, sobre todo psicológicas, no nos es dado desprendernos. «De igual manera que el paladar tiene sus hábitos—escribía un reputado periodista, á propósito precisamente de nuestra última apertura de tribunales,—y el estómago sus rutinas, y no pueden pasar ó pasan muy mal las Navidades sin turrón, y el día del Santo sin rosquillas, y el de la Virgen sin melones, y el 1.° de Noviembre sin buñuelos de viento, así también los cerebros españoles necesitan á día fijo su ración de teoría sobre la justicia, como el 1.° de Octubre su

plato de instrucción pública, de espíritu municipal cuando hay elecciones de concejales, y de sinceridad electoral cuando de representantes en Cortes» (1).

Hay así un día al año que podríamos denominar el de la fiesta ó feria de la justicia. Ese día es preciso consagrárselo á ésta por entero y en exclusivo. En todo el resto del año no nos ocuparemos ni preocuparemos de función social semejante, á la que hemos convenido en considerar como fundamental y trascendentalísima, pero frente á la cual nos conducimos de ordinario, á pesar de ello, como si careciese de toda importancia. ¿No lo demuestra el hecho de que los principales agitadores de la vida nacional, en sus manifestaciones más aparatosas y ruidosas, como son los partidos políticos y la prensa diaria, no tienen nunca nada que decir de nuestra administración de justicia, salvo las resobadas frases de lisonja que á menudo se suelen repetir, sin fijarnos en el alcance ni en la verdad de las mismas? ¿Se recuerda de algún partido político que haya hecho «campaña»—es la palabra consagrada—para mover la opinión é interesarla en reformas de esta índole? ¿No se les ve siempre mudos á todos sobre los asuntos de justicia, como si en lo tocante á esto viviésemos en una situación inmejorable? De lo único que se les oye hablar, por ejemplo, en las Cortes, es de algún abuso de que ellos ó sus allegados hayan sido ó se crean víctimas. Fuera de esto, silencio absoluto. En los planes, programas y proyectos de gobierno que de vez en cuando echan á volar los partidos, ya desde el poder, ya desde la oposición, tampoco se encuentra casi nunca incluído ningún extremo referente á la administración de justicia; no hay lugar en ellos sino para los dos ó tres tópicos de la temporada: política hidráulica, saneamiento de la moneda, leyes sociales... Y los periódicos, por su parte, siguen la mis-

(1) *Mudanza que es un progreso*, artículo de D. Manuel Troyano, publicado como *Crónica política* en el periódico *A B C* correspondiente al 17 de Setiembre último.

ma ruta: jamás tratan sino de lo que está en feria, pero en feria acompañada de organillo y exhibición, que es lo que representa para ellos la actualidad. Rara vez clavan los ojos en las instituciones de curso permanente y silencioso para estudiarlas y poner de relieve su funcionamiento de todos los días, el cual supone á menudo una causa continua de malestar y daños. Si de enseñanza, por ejemplo, no se ocupan sino el día de la fiesta correspondiente, el 1.° de Octubre, cuando la enseñanza se convierte en tema de la actualidad de un instante, que vuelve periódicamente todos los años, otro tanto pasa con la justicia. También aquí esperan, para enterarse de que hay tribunales en España, á que llegue el 15 de Setiembre, día en que los mismos dan fe de su existencia con una solemnidad tan aparatosa como estéril. Quitando el cebo morbígeno del crimen dramático y sonado, y quitando la crónica diaria de tribunales, ó insulsa ó también venenosa, ¿qué atención prestan los periódicos á la por ellos calificada de «augusta» función de administrar justicia, como no sea los artículos y sueltos que consagran al discurso de apertura y á la Memoria leída por el fiscal del Tribunal Supremo en igual ocasión?

La rutina y la pereza mental se denuncian bien claramente en estos hechos. Ellos de por sí son harto rutinarios; su repetición monótona y monocrona no parece tener más razón que la repetición misma; por pura *vis inertiæ* se suceden unas aperturas á otras, como se suceden también por motivo análogo, y sin que haya necesidad alguna que las exija, las ferias y las fiestas anuales, que en algún tiempo tuvieron fundamento para existir. Son cosas éstas que en medio de su periódico ritmo están denunciando irregularidad de vida é inferioridad, por tanto, ya que implican congestión é hipertrofia de un momento, seguidas de anemia é inactividad habituales: formas de vivir muy propias de etapas sociales é históricas que generalmente han quedado ya atrás en su curso los que se denominan pueblos civilizados. Nosotros todavía les hacemos mucho los honores. Nos vestimos muy majamente un solo día al año, y

andamos desnudos ó harapientos en el resto de él. Pensamos en la enseñanza únicamente el 1.° de Octubre, y en la justicia el 15 de Setiembre. No es una verdad aún, sino tan sólo un *desideratum*, lo que á propósito de esto último escribía el periodista antes recordado; esto es, «que para que la atención de las gentes se fije en la materia jurídica y piense y hable de ella, no es indispensable ya que teatralmente y en párrafos sonoros plantee un ministro sus problemas». No debiera ser indispensable esto, porque, efectivamente, esos «problemas está planteándolos de continuo la realidad, y no hay día ni momento en que con oportunidad completa no puedan ser tratados», ya que «el caudal de pensamientos que cada cual posee sobre el asunto no necesita esperar al 15 de Setiembre para ser vertido en público». Sin embargo, lo cierto es que, si dejamos aparte el día ese, la versión aludida no se verifica apenas en ningún otro; como si se deja aparte el 1.° de Octubre ó alguna otra coyuntura ruidosa, no hay tampoco época del año en que los periódicos hablen y estudien persistentemente el problema de la enseñanza.

¿Se habrá hecho cargo de tal estado de cosas el ministro de Gracia y Justicia, proponiéndose con su discurso contribuir á darlo por terminado? Posible sería. Yo no conozco al Sr. González de la Peña, ni tengo informes suficientes para juzgarlo. Pero leyendo su obra, no me vienen á la mente más que estas dos hipótesis: ó es un hombre muy socarrón, ó muy ignorante, y no sé si dijera poco aprensivo. Si ha tomado en serio su papel de ministro y le parece que cumple como tal ofreciendo al país desde el sitio que ocupa un discurso como el que acaba de leer en el acto de la apertura de los tribunales, acto al que dan las gentes un carácter de solemnidad oficial, y por consiguiente no poca significación, todas las censuras que se le han dirigido serían pocas. Los periódicos le han tratado bastante mal. Pero aún se habrían quedado cortos. El discurso, que realmente no merece ser así nombrado, no es sólo, según han dicho de él, «sobrio de retórica y sencillo de pensamiento»; hay que

decir, por ser ello verdad, que se halla completamente desprovisto de este último. Ni siquiera cabe aplicarle la calificación de recurso para salir del paso. No llega ni aun aquí. Eso es lo que han sido muchos de los discursos pronunciados en circunstancias análogas por los antecesores del ministro actual ó por los presidentes del Supremo que hicieran sus veces. Y por ello se les criticaba, con razón. ¿Qué habría que decir, por lo tanto, del discurso del Sr. González de la Peña, que es, á mi juicio, harto peor que los peores, con haberlos habido bien malos? De no estar hecho en broma, hay que condenarlo en absoluto.

Grave cosa sería aquí la burla, sobre todo para los que la sufrieran; pero á mí no me parece ni imposible ni inexplicable. Las solemnidades esas, que vienen á reducirse más que á otra cosa á carnavaladas verdaderas, hijas legítimas de las pintarrajeadas fiestas salvajes y nada diferentes apenas de estas últimas, merecen ser combatidas por más de un concepto, y siempre será poco cuanto se haga por desacreditarlas y por sustituirlas con un hacer ordinario, lo más regularmente elevado y noble que sea posible. ¿Estará colocado en semejante disposición de espíritu el Sr. González de la Peña, y su discurso de apertura será la expresión de estos propósitos? Yo no lo aseguro, porque no lo sé; mas tampoco me atrevería á negarlo. Son esos discursos una cosa perfectamente inútil por todos conceptos, sin finalidad ni aplicación, solamente debidos á la rutina; y la manera acaso mejor de acabar con ellos y con la infecunda molestia que envuelven es hacerlos lo peor posible. Concluirán las gentes por no darse por enteradas de ellos y no saber siquiera que se pronuncian. Los periódicos les harán el vacío. Los discursos morirán, y morirán con ellos las inútiles aperturas solemnes para las que se escriben. ¿Quién nos dice que al preparar el suyo de este año el actual ministro de Gracia y Justicia no tuviera previstos tales efectos y no haya querido cooperar á su realización? Esto, al cabo, explicaría y hasta disculparía la vacuidad y la ñoñez del trabajo. Porque, de no ser así, ¿habrá quien defienda su confección y

quien no se crea autorizado para calificarlo de la manera más dura y al propio tiempo más despectiva? El escrito de que se trata, de no ser un acto de fina socarronería, muestra de un espíritu irónico y sagaz que ve de largo las cosas y va en persecución de un resultado lejano sin que se percate de ello casi nadie, parece que no puede explicarse sino como la obra de la más vulgar y desahogada medianía, que ni siquiera se ha hecho cargo de las exigencias, miramientos y respetos al público que lleva consigo el cargo de ministro.

Bien debe saber, por otra parte, el que hoy tenemos lo que ha ocurrido con sus predecesores. Pocos de ellos dejaron de formular en sus discursos un programa abundantísimo de reformas legislativas que se proponían acometer y llevar á cabo. Pero ninguna de ellas llegó á colmo, entre otras razones, por la consabida de la instabilidad ministerial. ¿Presumirá el señor González de la Peña que con él no va á regir esta ley, y que su larga permanencia en el cargo le va á consentir desarrollar todo el pensamiento reformista que nos dice tener? Trataríase entonces de una credulidad demasiado cándida y optimista, impropia de un gobernante. Al Sr. González de la Peña no le caería bien, sólo por esto, la investidura de ministro. Por eso sospecho que el programa aludido, única cosa que contiene el discurso, aunque de muy mala manera, como simple indicación y enumeración, más bien que como programa verdaderamente orgánico, envuelve también su buena dosis de ironía burlona. O este extremo, ó el anterior: no creo que quepa ahora ningún otro.

***

La Memoria del fiscal del Supremo es bastante mejor que el discurso del ministro de Gracia y Justicia. No es privativo de este año el fenómeno, sino que se viene observando casi todos los años. Los ministros ó presidentes del Supremo encargados del discurso no suelen procurar más—salvo alguna rara excepción—que salir de su compromiso; los fiscales, por el contrario, toman regularmente á pechos su misión. Revelan

ser, sin disputa, más trabajadores. Del conjunto de las Memorias hasta el presente publicadas puede sacarse no poco provecho (si bien hay que añadir que no todo el que se debiera) para conocer la situación de España en punto á la administración de justicia, sobre todo á la criminal. Al revés, de todos los discursos juntos no se puede obtener apenas una sola idea ni un solo dato fructíferos. Los discursos no guardan entre sí relación alguna, hallándose desligados é independientes unos de otros, mientras que las Memorias se completan mutuamente y entre todas constituyen un cuadro de no escaso interés sobre la situación de España en una de las más importantes fases de su vida social. Y al señalar la diferencia entre las dos clases de trabajos, no se olvida que los discursos han de ser originales y, por así decirlo, improvisados, en tanto que los autores de las Memorias disponen para confeccionarlas de un caudal de observaciones, indicaciones y noticias que les ofrecen ya reunidas los fiscales de las Audiencias, no sólo con sus respectivas Memorias anuales, sino también con las consultas y dudas que elevan á menudo á su superior jerárquico, el fiscal del Supremo, acerca de la aplicación más acertada de las leyes y acerca de otros mil particulares relacionados con el funcionamiento de los tribunales y juzgados. Pero aun teniendo en cuenta todo esto, forzoso es convenir en que los discursos y sus autores quedan bastante por debajo de las Memorias fiscales con los suyos. Estas últimas son útiles, y aquéllos no.

Por eso las Memorias pueden y deben conservarse, á pesar de que se supriman los discursos y, con los discursos, la ceremonia de apertura en que son leídos. Las Memorias no necesitan estar ligadas con estas aperturas. No responden, como con los discursos sucede, á la finalidad de la ceremonia y el aparato solemne. Tienen más sólida base. Se fundan en la necesidad, de vez en vez más apremiante y más consciamente sentida, de que los pueblos se conozcan á sí mismos, que hagan frecuente y, si es posible, permanente examen de conciencia, y que reúnan el más abundante número de informaciones y de

datos, para que, apoyándose en ellos, se orienten los gobernantes y sepan los derroteros que conviene tomar. Ni siquiera es necesario que tales trabajos se hagan y publiquen á plazo fijo y en fechas de antemano determinadas. Pueden ver la luz cuando mejor convenga y siempre que haya motivos para ello, es decir, cuando lo exijan los acontecimientos, ya por su novedad, ya por su abundancia, ya por cambios de legislación, ó de sistema de enjuiciar ó de organización de tribunales, ya por mudanzas de personas y, por consiguiente, de criterios, ya por vicios antes no aparentes ó no apreciados... Las Memorias serán así á modo de fotografías instantáneas, donde pueda verse y examinarse á sí misma la nación cuando le convenga y por su propio interés, condición previa indispensable para una marcha y una vida avisadas y regulares.

La Memoria escrita este año por el Sr. Ruiz Valarino se parece mucho á las anteriores de otros fiscales y á la suya propia de 1902. Ni desmerece de ellas ni tampoco las aventaja gran cosa. Representa no poco esfuerzo, cosa que siempre es de estimar; si bien hay que advertir que este esfuerzo es, en su mayor parte, puramente mecánico, de compilación de noticias y observaciones dadas y hechas por otros. Pero esto es justamente lo que, á juicio mío, ofrece mayor valor de todo lo que en la Memoria se contiene. Porque en cuanto el autor se olvida de este su modesto pero provechoso papel, y se empeña en hacer pinitos doctrinales, como para demostrar que es un hombre de estudio, enterado de las corrientes científicas que andan por el mundo, pierde la brújula y desbarra. Lo que entonces pone de manifiesto es justamente lo contrario de lo que parece se propone: enseña la oreja del *dilettante*, que, si dice lo que sabe, no siempre sabe bien lo que dice. Le pasa lo que al neófito, á quien le falta tiempo para dárselas de enterado, sólo porque acaba de leer atropelladamente una cosa, sin saber el crédito que debe atribuir á la fuente de su información, á menudo anticuada y no de fiar. No ocurre esto muchas veces, pero ocurre algunas. Así, v. g., la primera afirmación

que el Sr. Ruiz Valarino estampa en su Memoria después del preámbulo, tratando de la criminalidad, es ésta: «Es fenómeno observado por cuantos se ocupan en las ciencias penales, que la criminalidad aumenta en todos los países civilizados, lo mismo en el número que en la gravedad de los delitos». Lo que no es exacto en ninguno de sus extremos. Ni la criminalidad aumenta en todos los países civilizados, ni los que se ocupan de ciencias penales observan, por consiguiente, tal aumento, ni este último, caso de que existiera con carácter general, ó allí donde existe, se refiere al mismo tiempo al número y á la gravedad de los delitos. Más bien está ocurriendo lo contrario.

No voy yo ahora á tratar aquí directamente de este problema, ni hay para qué. Pero quiero decir dos palabras para que mi censura no se suponga tan gratuita como lo es la afirmación que combato. Y empezaré asegurando que lo que saben hoy cuantos se ocupan en el estudio de las ciencias penales es que la criminalidad por antonomasia así llamada, la que registran como tal las estadísticas, sobre todo las oficiales, está en disminución en los países civilizados. En Inglaterra, por ejemplo, sépalo el Sr. Ruiz Valarino como lo saben los cultivadores asiduos, y no saltuarios ó de ocasión, de las ciencias penales, el fenómeno es patente desde hace ya bastantes años. Y es además constante, por lo que ha habido que cerrar no pocas prisiones, á causa de su inutilidad (1). En Francia ha empezado á manifestarse también, sin interrupción, desde hace ya algunos años. Las últimas estadísticas de este país lo acusan todas ellas, y los penalistas, por su parte, no se descuidan en comen-

(1) No hace mucho que, dando cuenta de *La organización de la justicia penal en Inglaterra*, decía el coronel sir Howard Vincent, diputado de este país y antiguo director de la policía metropolitana de Londres y de asuntos criminales en el Ministerio inglés, que en dicho país «el crimen está disminuyendo cada año más; tanto, que ha habido que suprimir muchas prisiones» (V. *La cultura latina*, revista internacional que se publica en la Habana, t. I, número de Enero-Abril de 1905, p. 93). Es éste, por lo demás, un hecho que, en cuanto á Inglaterra respecta, conocen multitud de gentes y que ningún amante de los problemas penales ignora.

tarlo y hacerlo notar. Los demás países no han entrado hasta ahora tan resueltamente como los anteriores por este camino, pero parece que á él se van aproximando. Y en cuanto á la gravedad de los delitos, si alguna particularidad tocante á la materia se conoce hoy positivamente, quizá no haya ninguna tan segura é incontrovertible como la de que el delito se está trasformando con rapidez, siendo de día en día más abandonadas las antiguas formas violentas y brutales, para ser sustituídas por las formas fraudulentas y astutas, con lo que paralelamente va también mermando la cifra de los crímenes y la de los delitos y creciendo en cambio la de las faltas ó contravenciones. Estas trasformaciones las han puesto también de relieve los estudiosos en multitud de documentos, libros y artículos, para cuya confección han aprovechado los datos de las estadísticas oficiales. Si el señor fiscal del Supremo los hubiese conocido, es bien seguro que no habría escrito las palabras que quedan copiadas. Pues, aun cuando las posiciones y los puntos de vista adoptados para interpretar los hechos de referencia, para apreciar su valor y averiguar sus causas sean variables, en lo que á los hechos mismos toca, es decir, en lo relativo á su existencia, no hay discusión. Por eso me parece que el Sr. Ruiz Valarino ha hecho muy aventuradamente el aserto á que vengo aludiendo, sin enterarse cuanto debía de su exactitud. Yo supongo que el tropezón obedece á haber bebido en fuentes ya antiguas (y es de notar que, en materias de esta índole, los informes envejecen pronto), ó á haberse fiado de alguna otra construída con ligereza.

Esto de que acabo de hablar no es más que un ejemplo. Lo que al fiscal le ha ocurrido en lo concerniente al aumento de la criminalidad, le ha sucedido también en sus apreciaciones sobre algunos otros puntos doctrinales en que ha querido asimismo echar su cuarto á espadas, como son el relativo á las relaciones de la delincuencia con la civilización, el del anarquismo y quizá algún otro. Pero ya se comprende, y yo lo dejo también apuntado, que no voy á ir discutiendo una por una las tesis del autor,

y muchísimo menos esas de índole general, las cuales tienen sitios más propios que el presente para ser sometidas á examen. Ellas mismas, por lo demás, no constituyen parte esencial del cuerpo de la obra, sino accesorios más bien, afirmaciones incidentales y secundarias. Si yo he llamado la atención sobre las mismas, mi objeto no ha sido otro sino el de advertir que los autores de documentos como la Memoria de que se trata se hallan obligados, ya que no por otras razones, por su cargo, á ser muy circunspectos en lo que dicen, no arriesgándose á dar como positivo y seguro lo que no les consta que tenga tal carácter.

Volvamos ahora los ojos á la sustancia verdadera de la Memoria ó, lo que es lo mismo, á la parte relativa á la administración de justicia en España durante el año judicial últimamente trascurrido. Por este aspecto es bastante completa. El autor la ha escrito, según dice, con el propósito de contribuir al mejor éxito de las modificaciones judiciales que, al parecer, se avecinan, modificaciones desde hace mucho tiempo acariciadas por el actual presidente del Consejo de Ministros, Sr. Montero Ríos, y para cuya implantación se cuenta que ha llevado al Sr. González de la Peña al Ministerio de Gracia y Justicia. En efecto, desde las primeras páginas de la Memoria se lee lo siguiente: «El ansia con que desde hace tiempo se solicita la reforma de nuestra organización judicial y de los procedimientos, así criminales como civiles, parece que en breve va á ser satisfecha (1). Llamado, pues, á inmediata trasformación nuestro actual estado de derecho, quisiera yo encaminar este documento á fines útiles, si por ventura llegase en oportunidad de que las indicaciones que contenga pudieran ser tenidas en cuenta. Con esta mira me he trazado un plan que, sin separarse en ab-

(1) «Entre todos los problemas pendientes—dice también el ministro en su discurso, en lugar preferente, á la cabeza de todas las demás reformas legales que promete—sobresalen por su importancia las reformas autorizadas por el art. 17 de la ley de Presupuestos de 1900, que se refieren, como es sabido, á la reorganización de los tribunales y á la consiguiente adaptación de las leyes procesales civil y criminal.»

soluto de los moldes y estructura tradicionales, porque esto no sería dable sin dejar incumplido el mandato del legislador, se adapte á las vicisitudes del porvenir, cualesquiera que éstas sean. A este efecto expondré á grandes rasgos las condiciones en que se encuentra la sociedad española con respecto á la criminalidad, modo de ser de nuestros tribunales en lo tocante á la represión de los delitos y eficacia de la pena, examinando después algunas cuestiones prácticas que surgen del estudio de las Memorias de los fiscales, y cerrando mi trabajo con breves indicaciones relativas á asuntos contenciosos y á materia civil».

Aquí tienen expuesta los lectores, con las mismas palabras del Sr. Ruiz Valarino, la traza de la Memoria y los designios de su autor. Se habla en ella de toda la administración de justicia; pero á la que se consagra casi todo el interés y el espacio, como siempre lo hacen estas publicaciones, es á la justicia criminal, siguiéndola á través de todos los instantes ó etapas de su desenvolvimiento. Así es que, luego de bosquejar un ligero cuadro, nada lisonjero por cierto, de la actual situación de cosas en España por lo que á la criminalidad y á sus causas se refiere, conforme resulta de las Memorias enviadas por los fiscales de las Audiencias, el Sr. Ruiz Valarino va examinando uno por uno los distintos momentos constitutivos del proceso penal, como son el sumario, el juicio oral, el Jurado y el cumplimiento de la condena, fijándose, por lo que al sumario respecta, en los varios elementos que en el mismo intervienen, á saber: el juez instructor, el ministerio fiscal, el procesamiento, los testigos, la policía, la prisión preventiva y los sobreseimientos. Sobre estas diversas materias, y sobre algunas más todavía que el autor incluye bajo un epígrafe general titulado *Cuestiones prácticas,* expone el señor fiscal sus juicios y lanza no pocas apreciaciones que bien merecerían algún examen, aunque fuese rápido. Pero el miedo á que resulte excesivamente largo este artículo me lo veda. Varias, por lo demás, son idénticas ó muy semejantes á las incluídas en Memorias de años anteriores, y de ellas se dijo algo á su debido tiempo en

este mismo sitio. Me concretaré, por lo tanto, á señalar lo que me parezca más saliente.

Lo más saliente, por su significación y su trascendencia, es que vamos de mal en peor. Aquellos que dicen á menudo, pero tan sólo porque se les antoja, no porque tengan razones fundadas para ello, que nuestra situación en este orden, como en tantos otros, es bastante llevadera, pueden ver desmentido su optimismo en las páginas del trabajo que venimos examinando, donde se asegura, con hechos, justamente lo contrario (p. 19), y donde se añade que las Memorias de los fiscales de Audiencia, que sirven de base á la del Supremo y que reflejan los resultados de una observación personal directa, respiran un ambiente pesimista (p. 52). En ese trabajo pueden ver que si la criminalidad sigue la marcha ascendente que año tras año se ha venido advirtiendo en ella desde que se forman estadísticas, el funcionamiento de la máquina encargada de ponerle diques no merece grandes elogios. Los jueces dictan autos de procesamiento «con cierta ligereza y bastante facilidad» (p. 45), del propio modo que también, en muchos casos en que por precepto de ley corresponde poner al procesado en libertad provisional, suelen hacer ésta ilusoria exigiendo para concederla una fianza exorbitante que «está muy por encima de los medios de fortuna con que el procesado cuenta», de lo que resulta que la libertad provisional mentada viene á quedar sustituída, gracias á este abuso del juez instructor, «por un auto de prisión indefinida» (pp. 57-58). De otro lado, los testigos no pueden ofrecerse como modelos de veracidad, pues «si por ventura en los primeros momentos, exentos de compromisos y de solicitaciones, cogidos de sorpresa, no suelen mentir, andando el tiempo, en el mismo sumario ó en el juicio, sentimientos de piedad ó complacencias debidas á causas menos honrosas y disculpables, les impulsan á desdecirse, trocando en dudas las convicciones de fiscales y jueces...» (p. 50). Y tampoco es mejor el juicio que merece la policía. «Los fiscales de las Audiencias no se muestran muy satisfechos del auxilio

que la policía presta, ni del respeto que á la generalidad de las gentes inspira», y así si se registra el hecho de ser relativamente numerosos los delitos de atentado contra los agentes de la autoridad, conviene saber que, según el Sr. Ruiz Valarino, «estos agentes no siempre están exentos de culpa, por su escasa cultura» (pp. 13, 53 y 55). El Jurado sigue también funcionando mal, y mal funcionan asimismo las prisiones, cuyo «vicioso régimen penitenciario desmoraliza al recluso y le predispone á nuevas trasgresiones de la ley» (p. 20). Por eso enumera el autor esta última causa entre las generadoras de la delincuencia entre nosotros. Lo cual, sea dicho á manera de paréntesis, merecía fijar la atención de todos, y especialmente de los que gobiernan, porque ello significa el reconocimiento oficial de que uno de los más poderosos resortes de la administración de justicia, que debería servir de antídoto eficaz contra el delito, viene á ser precisamente un medio para fomentarlo. Es un remedio contraproducente, que además resulta muy costoso para la nación. Me parece que era ya hora de fijarnos en esto para cambiar de rumbo. El que al presente seguimos no puede ser más desacertado, á lo que parece.

Toques y pinceladas como las que acabo de citar abundan en la Memoria del Sr. Ruiz Valarino. Las principales, sin embargo, son aquellas de que dejo hecha expresa mención, las cuales, como se comprende, merecerían un largo comento si la ocasión y el sitio fuesen favorables para ello. De nuestras cárceles y presidios, sobre todo de su régimen y sus resultados, habría que decir mucho. La medida del daño social que están causando se halla tan colmada que rebosa, y la ven rezumar y desbordarse hasta los más preocupados y más ciegos. Tocante al Jurado y á las reflexiones que la institución en general y su modo de funcionamiento en España sugieren al fiscal del Supremo, sería bueno también observar multitud de cosas, no olvidando al hacerlo ni su comparación con la administración de justicia por parte de los jueces togados, cuyas aptitudes de toda clase y cuyo grado de amor al oficio sería menester lla-

mar á capítulo, ni la investigación de las fundamentales raíces de los vicios que al Jurado se achacan, tales como la repugnancia de los ciudadanos á formar parte del llamado tribunal popular, la incultura de los mismos, sus inclinaciones á absolver á los reos de cierta clase de delitos, y en cambio á condenar á los de otra clase, etc.

Mas no hay otro remedio que dejarlo para otra vez. Internarse ahora en esas cuestiones sería lo mismo que querer alargar el presente artículo, que desde sus comienzos me propuse no adquiriera desmedidas proporciones, como me ha acontecido con otros que escribí en ocasión análoga.

P. Dorado

INFLUENCIA ESPAÑOLA SOBRE LA LITERATURA INGLESA

X

EL TEATRO ESPAÑOL Y LA ESCENA INGLESA DESPUÉS DE LA RESTAURACIÓN

(CONCLUSIÓN)

En los capítulos anteriores he trazado la evolución de las letras españolas, demostrando la maravillosa fecundidad de idea é invención, la altanería y casi desdeñosa abundancia de recursos literarios que en ciertos períodos poseyó este interesante pueblo. Por las circunstancias de su historia y de su topografía, había estado más aislado de influencias exteriores que otros pueblos europeos. Había conservado los antiguos caracteres más tiempo que la mayoría de las naciones continentales; la idea caballeresca que en los siglos XIV, XV y XVI se había apoderado de sus imaginaciones, y las largas guerras y complicadas aventuras en remotos países, habían hecho á los españoles en el siglo XVI y XVII pomposos, altivos y concentrados en sí, con sublimes ideales de honor y religión, aunque con interiores reglas reales de conducta personal que otros. Su traje se ajustaba á sus profesiones. Después de la muerte de Felipe II, en 1598, su traje, que antes había sido magnífico, se hizo extravagante y ridículo en su exagerada magnificencia. Acaso ninguna corte iba más suntuosamente ataviada que la de Felipe III, bajo el gobierno de Lerma. Grandes golas

flotantes, enormes calzas, terciopelo, raso, ropa de oro en tejos y resplandecientes baratijas en todos los puntos visibles; enormes espadas, con adamascadas guarniciones y vainas adornadas de joyas: todo esto, á más de la natural majestad del porte y de la pomposa altanería, hizo al español, en los días florecientes de su período literario dramático, cuando escribían Lope de Vega, Calderón, Alarcón y Tirso de Molina, diferente de los otros europeos, tanto en el talante como en los modales.

Estaba ya en plena decadencia, pero los habitantes difícilmente reconocían este hecho. La afirmación de la superioridad y la tradición de la fuerza predominante eran todavía tan permanentes y enérgicas, que inculcaban la convicción en contra del hecho evidente de que España era un gigante retoño sin raíces propias. Jacobo I, en uno de sus accesos de relajamiento constitucional, dijo á Gondomar, en 1618, que sabía bien que el rey de España era mayor que todos los demás príncipes cristianos juntos; y, sin embargo, en aquella misma época, Felipe III, viéndose á punto de quedar sin recursos, tenía que enviar oficiales á pedir de puerta en puerta en la capital para las contribuciones, además de los impuestos opresores y desperdiciados, para mantenerse y mantener á su familia. Hemos visto cómo esta tradición de la preponderancia española había difundido por toda Europa la idea de que todo lo español era mejor que lo de otros países. En 1612 y 1615 ocurrieron acontecimientos que dieron enorme ímpetu á la moda, propagada en Europa, de España y de las cosas españolas. El desposorio del heredero de España, después Felipe IV, con la hija de Enrique IV de Francia, y el matrimonio simultáneo de Luis XIII, rey de Francia, con Ana de Austria, hija de Felipe III, llevó á millares de nobles franceses á la frontera y á España, y envió magnates españoles á París. Ana de Austria mantuvo durante toda su vida una corte española con actores y autores españoles, y por espacio de los siguientes cuarenta años al menos, hasta que el predo-

minio de la influencia francesa en Europa se adquirió bajo Luis XIV, todo lo español hizo furor en Francia, y el traje español fué la moda. No sólo se adoptó el galante porte español, sino que su nombre (galantería) y otros muchos términos españoles se naturalizaron en Francia. Los juegos, los bailes, las voces de cariño, los manjares favoritos, todos tenían nombres españoles. Cervantes, escribiendo en 1617, dice: «Ningún hombre ó mujer en Francia deja de aprender castellano». En realidad, los españoles eran considerados en Francia en el siglo XVII como los ingleses en el XIX; es decir, eran satirizados, se caricaturizaba su traje y su porte y se zahería su conducta; pero eran imitados en traje y modales tan fielmente como podían hacerlo los franceses.

Se ha indicado en el último capítulo cómo las intrigas de los españoles habían sido utilizadas por los dramaturgos de la época de Isabel y de Jacobo, y cómo bajo el influjo del matrimonio propuesto de Carlos, príncipe de Gales, con la infanta, los hispanófilos ingleses habían traducido muchas obras al inglés, y en cierto grado habían introducido modas españolas. Pero esta influencia directa de Inglaterra no fué de larga duración. Lord Bristol, que había sido embajador en España cuando se firmó el tratado de matrimonio, tradujo *Mejor está que estaba*, de Calderón, con el título de *Better'tis than it was*, y *Peor está que estaba*, con el título de *Worse and Worse*; pero las comedias inglesas han desaparecido. La misma divertida obra de lord Bristol de *No siempre lo peor es cierto*, de Calderón, sir Ricardo Tanshawe, gran erudito español y agregado de Carlos I, tradujo *Querer por sólo querer (Love for Love's Sake)*, de Antonio de Mendoza, cuando estaba en la cárcel después de la batalla de Worcester; y otras varias traducciones y adaptaciones de esta clase se hicieron directas, en tiempo de Carlos I, del drama español. Los principales rasgos característicos de todos esos dramas y lo que realmente era de invención española, fué la urdimbre de la intriga: habitaciones con puertas ocultas, escaleras secretas con facilidades para

el cambio de una personalidad por otra, los cambios en dos ó más parejas de amantes. Todo esto fué desconocido al drama clásico; y hasta hoy, cuando vemos lo que se llama una farsa enmarañada—ahora *pasada de moda*—que depende de la fortuita aparición y desaparición de los personajes por muchas puertas y el encubrimiento de los caracteres en sitios inconvenientes, puede decirse con confianza que su iniciativa original vino de España. Indiqué en mi capítulo anterior que Juan Navarra y su compañía de actores españoles fueron populares en Londres en 1635, y el 23 de Diciembre de aquel año recibieron 10 libras por representar delante del rey. Pero todos los esfuerzos de los ingleses que simpatizaban con España por introducir el drama español directamente en Inglaterra, fueron ahogados por el torrente de la gran rebelión y la prohibición de todas las obras teatrales y todas las demás bagatelas por espacio de los siguientes veinte años y más.

Entretanto, durante ese período, Francia se saturó de modas españolas. Bajo Richelieu, durante la regencia de Ana de Austria y durante la juventud de Luis XIV, especialmente después que él, á su vez, se casó con una princesa española, y el balandrón *espadachín*, con sus grandes calzas de algodón, su vasta gola y su sombrero de plumas, fué el modelo copiado por los soldados y los jóvenes aristócratas, todo como puede reconocerse en la resurrección del gusto llevada á cabo por Dumas en los *Tres Mosqueteros* y en las novelas de Stanley Weyman del mismo período. No era extraño que la estirada tiesura del drama clásico fuese en cierto modo suplantada en Francia por el drama de intriga y por las tragedias históricas que brotaban de los escritores españoles de aquella época con la inagotable abundancia y frescura de un manantial de montaña.

El jefe en Francia, para popularizar el nuevo gusto, fué un dramaturgo de una fertilidad de producción que casi rivalizaba con la del mismo Lope: Hardy, que tomó intrigas completas de dramas españoles. Pero hasta que un hombre de verda-

dero genio en Francia, Pierre Corneille, puso sus ojos en los dramas españoles y los transformó algo para ajustarlos al gusto francés y á la tradición, el movimiento no se hizo bastante poderoso para penetrar en toda Europa por medio de Francia. Mientras las obras españolas se habían traducido simplemente ó se habían copiado sus intrigas, seguían siendo necesariamente exóticas porque la idea del honor, del amor, de la conducta, de la moralidad y de la religión eran distintas en España que en Francia ó Inglaterra; y muchos de los puntillos y escrúpulos alrededor de los cuales giraba la acción eran incomprensibles para los habitantes de otras nacionalidades. Pero en 1636 Pierre Corneille, dramaturgo ya famoso de la escuela clásica, presentó su gran drama *Le Cid*. Sus escritos estaban ya profundamente imbuídos del gusto español predominante por el lenguaje campanudo é hinchado, especialmente en la tragedia. Por otra parte, había introducido en otras de sus comedias dos caracteres tomados directamente del drama español: el fanfarrón mercenario capitán Matamoros, y el Pícaro. Era, por lo tanto, un hombre adecuado para unir en sus escritos el espíritu romántico y caballeresco de España con las tradiciones clásicas que todavía eran poderosas en Francia. Corneille fué recomendado por un oficial español de la comitiva de Ana de Austria para leer una obra de un escritor español de segunda fila, Guillén de Castro, llamada *Las mocedades del Cid*, pieza semi-histórica fundada en un antiguo poema. El resultado fué de la mayor importancia para el porvenir del arte dramático, porque *Le Cid* de Corneille demostró que los dramas españoles en manos de un escritor de genio podían, sin perder su vigor, naturalizarse y adaptarse al gusto de otros países. El *Cid* de Corneille lo conocen todos, y todavía se representa en la *Comedie Française*. A su primera aparición en los últimos días de 1636 fué un triunfo asombroso, y su popularidad en Francia nunca ha decaído. A los españoles, y en realidad á los ingleses, paréceles artificial y afectado en sumo grado; pero esa fué una concesión al antiguo gusto francés. El lenguaje

es menos natural y terso que en español; pero, dígase lo que se quiera, es un gran drama histórico, plagado de soberbias situaciones; y ni siquiera su bárbara transformación de nombres españoles en francés, como *Shimene* por *Ximena* y Don *Diegue* por *Diego*, pueden empañar su esplendor.

Corneille, como era natural, fué violentamente atacado por sus contemporáneos, por apartarse, aun en el grado en que lo hizo, de las tradiciones clásicas, é injertar el romanticismo moderno en la tramoya del drama griego y romano; pero el romanticismo español estaba en el ambiente, y, aunque los juristas protestasen, el público deseaba cierto grado de naturalidad, y Corneille triunfó. Dió otro paso hacia adelante en 1544, y escribió una comedia que conmovió á todo París y que se titulaba *Le Menteur*. En el prólogo de ella dice que, habiendo escalado las cumbres de la tragedia, no intentaría bajar á la comedia sin una mano que le guiase; de manera que ha tomado por modelo á Lope de Vega. El hecho curioso, sin embargo, es que realmente no siguió en todo á Lope de Vega. La comedia de la cual está sacado *Le Menteur* se titula *La verdad sospechosa*, y el protagonista es un joven que acaba de volver del colegio á su casa, que es tan dado á mentir que cuando dice la verdad nadie le cree. Las complicaciones que produce en sí mismo con su enfermedad son infinitas: se compromete á casarse primero con una dama y luego con otra; equivocaciones, apuros y toda clase de molestias é intrigas son el resultado, y es una de las comedias españolas más intrincadas, así como de las más divertidas. Sin embargo, no es de Lope de Vega, sino de Alarcón. En el libro de donde Corneille la tomó estaba incluída entre las obras de Lope, y hasta 1660, cuando Corneille la vió correctamente atribuída á Alarcón, no corrigió su error, lo cual lo hizo escrupulosamente en ediciones posteriores. La parte divertida de esto es que cuando en el siglo XVIII Sir Richard Steele tradujo la comedia al inglés bajo el título de *The hiying horer*, la atribuyó á Lope de Vega (Sire de Vega, como le llama), olvidando el hecho de

que ocho años antes se había reconocido su procedencia real. La adaptación de *La verdad sospechosa* hecha por Corneille hace franceses á los personajes y el lugar de la escena París, y suprime algunas escenas que hubieran chocado con sus tradiciones. Pero debilita considerablemente la pieza como drama, y particularmente alterando el desenlace. Los dramas españoles, escritos en su mayoría por eclesiásticos, como recordaremos, participaban con todos los demás escritos españoles de la tendencia al didactismo que he trazado desde el nacimiento de la literatura, y cuando se representa el vicio es castigado casi invariablemente. En la obra de Alarcón el mentiroso se casa con la muchacha falsa, y la que ama se casa á su vista con otro hombre, como resultado de sus falsedades. Pero la tradición francesa era que sólo las tragedias debían terminar desgraciadamente y todas las comedias debían acabar con felicidad; de suerte que Corneille hace á su mentiroso triunfar al fin.

Corneille escribió otra obra tomada del español, llamada *Don Sanche d'Aragon*; pero su fama se basa en el *Cid* y en *Le Menteur*, y á estos dos productos de su genio debemos la perpetuación del espíritu español en el teatro moderno. Pero hubo un hombre mayor que Corneille, que fué el conductor por el cual se transmitió la corriente. Juan Bautista Poquelin Molière nos dice él mismo que se decidió á escribir obras, y se se hizo actor por la lectura del *Cid*. Ya cuando él estaba en su apogeo, la fuerza española en la literatura estaba en decadencia. Como un bosque en otoño, las letras españolas estaban desvaneciéndose en una llamarada de gloria. Calderón y Quevedo escribían todavía, y medio centenar de poetas y dramaturgos más, dirigidos por el mismo rey Felipe, tenían á todo Madrid en ociosa diversión, tan ingeniosa como inútil. Pero Molière, mejorando la instrucción de Corneille, dejó á un lado las gastadas tradiciones y las permanentes huellas exóticas en los personajes é intrigas de dramas españoles; adaptaron las intrigas á las circunstancias francesas, y funda-

ron un drama moderno en que el lenguaje y los personajes eran los de la vida cotidiana parisiense. Él, como la mayoría de los genios, tomó donde quiso; y el origen de cada parte de su obra es difícil de señalarlo. No se contentaba, como otros hombres inferiores, con adaptar una obra española entera, sino que tomó aquí una situación, allí un carácter y en otra parte una intriga; pero, además, sus grandes comedias, en las cuales se basa toda su fama, están más ó menos fundadas en originales españoles. *Tartuffe,* por ejemplo, que Colley Cabber convirtió en el *Nonjuron* en Inglaterra, no se hubiera escrito si el autor no hubiera visto *El perro del hortelano*, de Lope, en que una dama está enamorada de su secretario y es demasiado altiva para casarse con él y demasiado celosa para dejarle casarse con otra.

Le medecin malgrè lui (*The Mock Doctor*, como se titula la versión de Fielding) debe su origen al *Acero de Madrid*, de Lope, donde un enamorado se disfraza de médico para satisfacer sus amorosas pretensiones. *L'Amour Medecin*, otra de las obras de Molière, se cree generalmente que ha sido tomada del *Pédant Joné*, de Cyrano de Bergerac; pero probablemente no sabría Molière que el famoso poeta de la prodigiosa nariz, Cyrano de Bergerac, había plagiado la intriga del *Robo de Elena*, de Lope.

Lo que hizo Molière en la manera de copiar lo imitaron sus rivales y discípulos. Sería inútil para mí enumerar las muchas imitaciones conocidas por los dramaturgos franceses del siglo XVII de autores españoles; y, como es natural, hay una infinidad de ejemplos que no tienen antecedentes. Bastará indicar algunos ejemplos de cómo y en qué forma se transmitió la influencia á Inglaterra. Al regreso de Carlos II á Inglaterra de su prolongado destierro en 1660, encontró un pueblo dispuesto una vez más para la alegría. La reacción contra la estupidez y la austeridad puritana tenía que efectuarse forzosamente, y Carlos II vino en lo alto de la ola. Con él, y alrededor de él, había cortesanos, muchos de los cuales habían vivido, como él

mismo, en países extranjeros varios años. Acompañábanle concubinas extranjeras; él mismo era medio francés, amigo de las diversiones frívolas, lo mismo que Felipe IV. No era, pues, extraño que un público hambriento de obras teatrales hubiese saludado su venida con una gran explosión para la restauración del teatro. No tuvieron que esperar mucho, ni fué tardía la moda de la obra teatral, como puede verse por las vivaces confesiones de Mr. Pepys.

Los desterrados ingleses que habían vivido en París, habían vuelto á Molière y á sus comedias encantadoras; pero ¡ah! el arte de escribir versos prosaicos se había perdido en Inglaterra. No hubo más Beaumont y Fletchers, ni más Shakespeares, y el fácil verso prosaico del drama español y de Molière habían de suplantarse en Inglaterra por dramas en prosa, con poemas líricos intercalados. Antes de que la adaptación indirecta de la intriga española, por medio de la francesa, se hubiese puesto de moda bajo el dominio de Carlos II — porque transcurrió algún tiempo antes de que Dryden y sus discípulos hiciesen su obra y formasen el gusto de la corte y del público — hízose una adaptación directa de una obra española, que obtuvo un éxito, á lo que ahora nos parece, desproporcionado á sus méritos. Pero, sea como quiera, fué prácticamente una reintroducción ante el agitado público inglés de esa comedia española de intriga, que desde entonces hasta hoy nunca ha abandonado la escena inglesa: la comedia de fines contrarios, de personajes equivocados y de amantes apurados que últimamente salen del apuro con satisfacción de todos. Esta obra, que fué saludada como una obra de genio por todos los hombres, se titulaba *The Adventures of Five Hours (Las aventuras de cinco horas)*. El autor era un caballero de Essex, llamado Samuel Tuke, que había sido jefe realista durante la guerra civil, y después había vivido en el extranjero. Indudablemente sabía el español, y á juzgar por el prólogo, que citaré ahora, el rey parece haberle dicho cuánto disfrutó de la obra española en la cual se fundó *Las aventuras de cinco horas*, y re-

comendó á Tuke que la tradujese. Tuke era en esa época (1662) anciano, y había intentado retirarse para vivir tranquilamente en el país; pero en obediencia á la insinuación del rey, adaptó la obra del español, dícese que con asistencia del conde de Bristol, que, como ya he dicho, había traducido tres de las comedias de Lope. *Las aventuras de las cinco*, de Lope, fué representado por vez primera en la corte de Whitehall en 1663, y después en el teatro del Duque, Campos de la Posada de Lincoln, donde tuvo entonces la inaudita serie de trece noches consecutivas. Pepys, como es natural, vino á verla; y la primera vez que la lee declara «que es la mejor obra que he leído jamás en mi vida»; y algunos días después da el asombroso juicio de que «*Las aventuras de cinco horas* hacen que *Otelo* parezca una cosa insignificante». Otros críticos, y acaso más competentes que Samuel Pepys, declararon que la obra era el mejor modelo de la comedia de intriga que se había visto en Inglaterra.

Es bastante complicada, en conciencia. Narra extensamente la historia de un noble español, joven, ardiente, apasionado, gravado por la tutela de una hermana casadera, á quien ha prometido á un noble oficial español, que ha estado mucho tiempo ausente en las guerras flamencas, y nunca ha visto á su futura esposa. Ella, estando secretamente prometida á otro hombre, confiesa su destino á su amiga, quien dice que su apuro es todavía más grave, puesto que está desesperadamente enamorada de un hombre cuyo nombre no sabe, y sólo vió por un momento, cuando la rescató de una emboscada y captura por los bandidos en Flandes. Por una serie de las más complicadas equivocaciones, las dos damas son tomadas una por otra; y después de una infinidad de aventuras é intrigas, cada una logra eventualmente el marido que quiere. Leyéndola ahora en inglés, la obra parece no mucho mejor, sino peor, que docenas de obras de Lope y de Calderón; pero el público de Londres de aquella época estaba poco cansado y no era crítico, y la obra se aceptó como una obra de genio. Debo confesar que perso-

nalmente no he sido capaz de satisfacerme con el original español de esta famosa obra. Todos los textos y autoridades que se han escrito sobre el asunto dicen que la obra de Tuke es una adaptación de los *Empeños de seis horas*, de Coello. Autoridades y textos tienen, sin embargo, una costumbre algo equivocada de copiarse unos á otros sobre muchos puntos sin mucha investigación, y así una equivocación puede equivocar á muchos. He sido incapaz de lograr los *Empeños de seis horas*, de Coello, de suerte que no sé si la obra de Tuke se le asemeja; pero sé que Tuke mismo repite más de una vez que tradujo la obra de una de las comedias de Calderón. Veo, por otra parte, que el catálogo del Museo Británico, como para hacer la confusión peor confundida, dice que *Las aventuras de cinco horas* está adaptado de *El escondido y la tapada*, de Calderón; pero una escrupulosa lectura de ambas obras no indica, á mi juicio, ninguna relación entre ellas. Esto es lo que sir Samuel Tuke (fué creado barón poco después que se representó la comedia) escribía en su prefacio á la tercera edición impresa de la obra. Después de excusar el traje en que se presenta la obra, continúa: «Esto se refiere sólo al traje, porque seguramente la intriga no necesita disculpa. Fué tomada de D. Pedro Calderón, un celebrado autor de España, la nación en el mundo que es más afortunada en la fuerza y delicadeza de sus invenciones: y me la recomendó Su Sagrada Majestad como un excelente proyecto, de cuyo discernimiento no ha de dudarse, como no han de desobedecerse sus mandatos; y, por consiguiente, parecería una gran presunción en mí oponer mis sentimientos al sufragio real de Su Majestad. Pero como los secretarios de Estado firman sus nombres á los mandatos de su príncipe, así en el margen de la página me tomo la osadía de suscribir mi opinión de que ésta es incomparablemente la mejor comedia que he encontrado».

En el prólogo hablado, cuando la comedia se representó en el Teatro del Duque, el autor hace una declaración semejante después de disculpar la novedad del estilo de escribir:

They're in the rigth, for y make bold to say,
The English stage ne'er had so new a play.
The dress, the author, and the scene are new.
This ze have seen be fore, ye say!'tis true.
But tell me, gentlemen, uho ever sam
A deep intrigue confined to five hours'law?
Such as for close contrivauce yields to none,
A modest man may praise what's nof his own.
Tis true the dress is his, which he subwits
Yo those who are, and those who would be wits.
Ne'or spare Lien, gentlemen, to speallk the truth,
He las a per'lons censurer deen in's youth;
And now grown bald with age, doting on praise,
He thinks to get a periwig of bays.
Yeach him what'tis in this discerning age,
To bring his neavy genuis on the stage,
Where you have seen such nimtle wits appear,
Yhat passed so soon, one searce can say they're here.
Of their designs, who would subvert the State.
You'll wonder much, if it should prove his lot,
To take all England with a Spanish plot.
But, if through his ill-conduct or hard fate,
Yhis foreign plot, like that of eighty-eight,
Should suffer shipwreck in your narrow seas,
You'ill give your modern poet writ of eax.
For, beg the example of the King of Spain,
He resolves ne'er to tronble you again (1).

(1) «Estaban en lo recto, porque me atrevo á decir que la escena inglesa nunca ha tenido tal comedia. El vestuario, el autor y la escena son nuevos. Esto lo hemos visto antes; decid: ¿esto es cierto? Pero decidme, caballeros, ¿quién vió jamás una intriga complicada limitada á la ley de cinco horas? Como un plan tan cerrado no se concede á nadie, un hombre modesto puede alabar lo que no es suyo propio. Es cierto que el vestuario es suyo, que somete á los que son y á los que pudieran ser graciosos. Nunca le eximáis, caballeros, de decir la verdad: ha sido en su juventud un censor peligroso, y ahora se ha hecho árido con la edad, y, apasionado del aplauso, piensa en lograr una peluca de laurel. Enseñadle lo que es en esta edad madura llevar su pesado genio á la escena, donde habéis visto presentarse tan agudos ingenios, que pasaron tan pronto, que apenas puede sino decir que estuvieron aqui. Sin embargo, después de nuestros antiguos descubrimientos de sus proyectos, que trastornarían el Estado, nos extrañaremos mucho de que haga suerte, arrebatando á toda Inglaterra con una intriga española. Pero si por su mala conducta ó fiero destino esta intriga extranjera, como la de ochenta y ocho, sufriría naufragio en vues-

El éxito de Tuke impulsó á otros en el mismo terreno, pero no á todos podían serles asequibles las comedias españolas directamente ó podían comprenderlas. Probablemente Dryden leía español, y casi seguramente varias de sus comedias estaban inspiradas por Lope de Vega, ó directamente ó por medio del traductor francés. La *Evening hore* (*Amor vespertino*), de Dryden, por ejemplo, está tomado del *Astrólogo fingido*, de Calderón, por medio de la traducción de Tomas, el hermano de Corneille. Para complacer á la corte silenciosa de Carlos II, Dryden produjo comedias con arreglo á los procedimientos españoles en que el heroísmo fanfarrón é imposible del personaje principal, el valor y las proezas, la campanuda elocuencia de los caracteres excedieron á los originales y se hicieron supremamente ridículos, mientras que su grosería estaba copiada del chiste satírico que encubría la inspiración, tanto en español como en francés. Dryden pudo hacer, é hizo, cosas infinitamente mejores que escribir comedias *potboiling* (1) en prosa, que agradaban á un rey vicioso y á su corte. Pero, mal ó bien escritas, la urdimbre de estas comedias de Dryden y sus discípulos es puramente española. El absurdo del estilo hinchado, natural en España cuando se vertía al inglés, era evidente aun entonces á hombres dotados de un penetrante sentido del humorismo; y la famosa parodia de Buckingham, de las tentativas de Dryden para aclimatar la dicción española, así como la intriga española, hizo reir á toda la corte. Se llamó *The rehearsal* (*El ensayo*), y el poeta mismo es llevado á escena para dirigir el ensayo de su obra. Se le hace aparecer prodigiosamente vano y fatuo, y emitir la opinión de que cuanto más extravagante, mejor es una obra. Todos los recursos del malicioso ingenio de Buckingham se agotaron para ridiculizar un estilo que sólo el genio de Corneille y la rígida tradi-

tros mares limitados, daréis á vuestro moderno poeta patente de invención. Porque por el ejemplo del Rey de España, se resuelve á no molestaros nunca más.»

(1) Literalmente: hervidas en olla.—*N. del T.*

ción clásica de la escena francesa podían hacer tolerable aun en Francia.

Pero cuando Dryden se contentó con tomar su tono de Molière, como hizo Wycherley, entonces las cosas fueron mejores y más naturales; y con *Sir Martin Mar-all*, de Dryden, tomado de *L'Etourdi*, y *Plain Dealer*, de Wycherley, tomado de *Le misanthrope*, la comedia inglesa moderna de costumbres puede decirse que ha comenzado. Es imposible hacer remontar todas las obras desde la Restauración hasta la época de Ana á fuentes españolas, pero no es mucho decir que apenas una de ellas estaba exenta de signos de inspiración española. Muchas, como es natural, pueden remontarse, tales como las que he mencionado: *Gentleman*, *Daneing-Master*, de Wycherley, á *Maestro de danzar*, de Calderón; *The Parson's Wedding*, de Killigerew, fué *La dama duende*, de Calderón; *Lying hower*, de Sir Ricardo Steel, es *La verdad sospechosa*, de Lope, á través de *Le Menteur*, de Corneille. En realidad, á fines del siglo XVII el poder francés y la cultura francesa, la moda francesa y la literatura francesa habían triunfado sobre la española. La inagotable ingenuidad de las intrigas españolas era íntegramente aprovechada, pero las obras que resultaban eran ahora francesas y no españolas.

La muerte en 1700 del último rey español de la Casa de Austria y el advenimiento de un rey francés después que varios años de guerra civil é invasión extranjera habían pasado sobre España, revelaron finalmente al mundo la completa decadencia de las genuinas letras españolas. La escena inglesa, floreciente y excelente, tomó su ímpetu de Francia, ignorando que la invención que la animaba era española, despojada de la exageración española y del heroísmo verbal que habían brotado del desarrollo de las letras españolas, tal como he tratado de presentarlo ante el lector. El inmortal *Don Quijote* y las novelas picarescas — especialmente *Gil Blas* — todavía mantenían vivo en Inglaterra el recuerdo de la tradición española, y dejaban permanentemente su huella sobre la forma

de la ficción inglesa; pero con esta excepción, el alba del siglo XVIII vió la desaparición de la influencia consciente de los modelos españoles y de los sistemas de pensamiento en Inglaterra. La tradición del apotegma ó sentencia moral sobrevivió enérgicamente y era española hasta la medula, aunque pocos reconocían ya este hecho; la comedia de intriga con atavío inglés dependía más que nunca de la sustitución de una persona por otra, los apuros y salidas de los enamorados y la existencia de una multiplicidad de puertas y de convenientes sitios secretos. El público se reía y aplaudía el divertido embrollo, sin pensar que era todo puramente español, aunque hubiese llegado á Inglaterra con traje francés.

Se dice que un sonido emitido repercute en el espacio por toda la eternidad. Es indudable que una influencia literaria, como un signo hereditario, dura siglos después que el recuerdo de su origen se ha borrado de la memoria de los hombres. El historiador filosófico-literario trata de remontar á su nacimiento las diversas corrientes que, combinadas, forman el gran río de una literatura nacional. Pero el historiador no puede hacer más que transmitir insinuaciones y señalar direcciones. No hay posibilidad de que un estudiante adquiera conocimiento real de las influencias que han dominado en la literatura de su país, si no ve por sí mismo las obras maestras de ella y luego estudia, en cuanto sus circunstancias lo permitan, las grandes literaturas que se han desarrollado antes de ella y simultáneamente con ella. Algunas veces me he inclinado á pensar que los libros de texto son la ruina del conocimiento preciso. No diré, con todo, tanto como eso, porque los libros de texto, usados como deben usarse, simplemente como postes indicadores, son útiles; pero el mal uso de los libros de texto, y particularmente los libros de texto literarios, por estudiantes que creen que sustituyen al estudio de los originales, es un mal indudable, y no hace más (que yo sepa) que producir la ligera superficialidad que es el signo distintivo de la llamada educación moderna.

Una vez más en la historia de España, un período de decadencia social y política ha sido caracterizado por un irresistible torrente de producción literaria pomposa. En la corte poética, artística y teatral de Felipe IV, las artes se elevaron á su lozano apogeo. Todo hombre que aspiraba á la cultura escribía versos, sátiras, folletos políticos, novelas ó dramas, nacidos un día para morir al siguiente. Los literatos desarrapados y hambrientos, reales ó supuestos; el estudiante fingido, que, con su cuchara de madera atravesada en su tricornio, vivía de las raciones de sopa y pan dadas á las puertas del monasterio; la cuadrilla de ociosos, que se apiñaban en la iglesia y colmaban las casas religiosas, y la multitud abigarrada de capitanes, aventureros, espadachines, estafadores y lacayos, que vagaban sin rumbo por la Calle Mayor de Madrid todo el día y engrosaban la Parada de Embusteros en las gradas de San Felipe: todos éstos, así como los grandes nobles, trataban de atraer la atención sobre sí mismos escribiendo algo. En estas circunstancias, como es natural, el «conceptismo» ó enfuismo, como se llamaba en inglés, fué predominante; la afectación y la extravagancia reinaban de nuevo como soberanas, como lo habían hecho en las antiguas novelas de caballería, y con un resultado semejante. Si un hombre no tenía el ingenio suficiente para aventajar con sus escritos á sus camaradas, al menos podía aterrar y asombrar á las gentes con lo que reputaba como oscuridad sin igual. Góngora, realmente gran poeta, había seguido á Guevara, y había puesto de moda lo que llamaba el estilo culto. Lope de Vega declamó violentamente contra el absurdo, y él mismo pecó tan malamente como cualquiera. Quevedo se reía y mofaba, lo llamaba con los bárbaros nombres de *Latiniparla* y *Cultigracia* y demás; pero si se hace un esfuerzo por leer en el original cualquiera de las sátiras sociales de Quevedo, el lector se encontrará embrollado en una red de preciosismo casi imposible de seguir lucidamente. Y así como Velázquez y Murillo redujeron primero á Manzanedo y Claudio Coello y luego á infinidad de emborronadores que

saqueaban sencillamente los buenos cuadros, así los gigantes literarios españoles, con su excesiva facilidad y fertilidad, llevaron las letras españolas al desprecio completo; y lo que había sido un jardín primorosamente cultivado fué, á fines del siglo XVII, una espesa selva virgen cubierta de cizaña.

Por espacio de varios años, la Guerra de Sucesión devastó á España, y cuando, al fin, el rey francés Felipe V se encontró sentado en el trono (1713), contemplaba un país en el cual la industria, la literatura y el arte estaban aparentemente muertos. La decadencia social y política y la corrupción habían hecho á las clases altas impotentes para regenerar las instituciones; y en todos los órdenes de la vida el ímpetu hacia el renacimiento había de venir de fuera. ¿De dónde vendría sino de Francia, el país natal de la nueva dinastía? Los ministros de Hacienda franceses y los interventores tomaron á su cargo el erario de la nación; ingenieros franceses proyectaron y construyeron productivas obras públicas, y las empresas y capitales franceses rehabilitaron florecientes industrias, creadas por el trabajo francés. Cuando el rey y la corte vestían á la moda francesa y leían libros franceses, no es extraño que la literatura española, que una vez más comenzó á levantar su cabeza abatida, buscase allende los Pirineos la inspiración que había de darle nueva vida. Porque en la lucha de civilizaciones, en esa larga serie de guerras entre España y Francia bajo Luis XIV, en que, al fin, las pomposas aspiraciones españolas á la supremacía habían sido ahogadas, la cultura francesa había adquirido la forma española, así como el poder militar francés había triunfado sobre los ejércitos un día invencibles de España; y no sólo España, sino todo el Cristianismo, estaba recibiendo ahora su civilización impregnada de influencia francesa.

Hemos visto cómo, en un período posterior, los escritores franceses habían tomado mucho, especialmente en intriga é incidente, de las novelas y dramas españoles. Hemos visto cómo, por espacio de los primeros cuarenta años del siglo XVII, el tra-

dicional porte y tono español habían dominado en la sociedad y la literatura de Francia; pero hemos visto también cómo, por vez primera en manos de Corneille, las clásicas tradiciones francesas habían modificado algo las intrigas españolas y su tratamiento, y cómo, en segundo lugar, bajo el influjo del genio modernizador de Molière, las intrigas y los personajes mismos se habían naturalizado y se habían hecho franceses. El ímpetu que ahora llegaba á España desde Francia había perdido, por consiguiente, casi todos los rasgos de origen español, y todavía estaba impregnado de las tradiciones clásicas griegas que, á consecuencia de los más recientes antecedentes orientales de la literatura española que he descrito, eran completamente extraños y antagonísticos á los gustos españoles. Felipe V hizo lo que pudo por crear una nueva literatura española genuina. Fundó la Real Academia Española, á imitación de la *Academie Française,* y la Real Academia de la Historia y otras corporaciones semejantes la siguieron. Pero la misma constitución de estas Academias, con arreglo á la de sus modelos franceses, hizo inevitable que el tipo de excelencia erigido por ellas fuese clásico.

Hubo, verdad es, españoles que lucharon contra esta corriente en literatura, como otros lo hicieron contra la introducción de modas francesas en el traje y las costumbres; pero la gran masa del público español no leía apenas, y la cultura casi estaba limitada á las clases altas, que, naturalmente, seguían á las Academias oficiales y á la corte, y adoptaban gustosamente el nuevo tono importado de Francia. Pero, por otra parte, la tendencia literaria española era naturalmente demasiado vigorosa para ser destruída de una vez, y antes de fines del siglo XVIII las antiguas tradiciones habían comenzado de nuevo á levantar la cabeza, con nueva fuerza en sí, porque encarnaban la resistencia ofrecida por la Iglesia y todos los elementos conservadores de la nación á las ideas iconoclastas de la Revolución francesa. El primer nombre que brilla nítidamente en esta resurrección española es el de Moratín el viejo

(Nicolás Moratín), poeta lírico y épico, cuyas obras son realmente en su espíritu más españolas que francesas. Sus comedias son inferiores á las de su hijo; pero *Guzmán el Bueno* y *La Petimetra*, y especialmente su épica *Fiesta de toros en Madrid*, marcan el primer despertar de las letras españolas de la pesadilla francesa. Tomás Iriarte, el poeta, dió poco después otro paso hacia adelante con una resurrección del antiguo didactismo español en verso en sus famosas *Fábulas literarias*, que, aunque evidentemente se debieron en gran parte á la inspiración inmediata de La Fontaine, son completamente españolas en tratamiento y asunto. Su famosa fábula de *El burro flautista*, que inculca la moral de que un escritor puede tener éxito una vez por casualidad, pero sólo pueden tener éxito permanentemente por la obra paciente, puede citarse aquí entera para demostrar cuán distinto es el estilo en manos de un original español del de los fabulistas franceses:

Esta fabulilla,
salga bien ó mal,
me ha ocurrido ahora
por casualidad.
Cerca de unos prados
que hay en mi lugar,
pasaba un borrico
por casualidad.
Una flauta en ellos
halló, que un zagal
se dejó olvidada
por casualidad.
Acercóse á olerla
el dicho animal,
y dió un resoplido
por casualidad.
En la flauta el aire
se hubo de colar,
y sonó la flauta
por casualidad.
¡Oh!, dijo el borrico,
qué bien sé tocar.
Y digan que es mala
la música asnal.

Sin reglas del arte,
borriquitos hay
que una vez aciertan
por casualidad.

En el último tercio del siglo XVIII y los primeros años del XIX España produjo un grupo digno de escritores serios que, aunque españoles en el estilo, estaban todos más ó menos impregnados de espíritu francés, y la mayoría de ellos imbuídos de la tendencia especulativa de la Revolución francesa, y en consecuencia malquistos por la Iglesia y los conservadores españoles: Mayans y Siscar, gran crítico y editor de obrasmaestras españolas; el Padre Flórez, historiador de las glorias católicas; Forner, otro notable crítico y editor; Sempere, el economista político; el Padre Feijóo, crítico; el gran Jovellanos, y, sobre todo, el Padre Isla, el humorista y reformador, dotado de copioso ingenio que se redujo á nada; y el regenerador de la escena española, Leandro Moratín.

Pero otra vez España fué despojada de las artes de la paz por un azote de guerra tan terrible que envolvió en la sombra todas las demás calamidades que la afligieron. Por espacio de cinco años los ejércitos hostiles hicieron del país español el campo de batalla en el cual había de decidirse por espacio de cien años el destino del mundo. No sólo esto, sino que lo que llamamos en Inglaterra la Guerra Peninsular (1808 á 1813) hizo odiarse acerbamente á los españoles entre sí. Para un partido, y el más numeroso, todo lo que era francés en el grado más insignificante, era anatematizado. *Afrancesado* era un término de oprobio peor que el de asesino, y, por grandes que fuesen los méritos de los hombres literarios, si compartían con el invasor las ideas que éste representaba para el espíritu público, la deshonra, el destierro ó la persecución era su destino cuando la dominación francesa cayó. Esto es lo que ocurrió á Moratín. Sus *Orígenes del teatro español*, obra de inmensa investigación y profunda crítica, reproduciendo las obras principales de la escena española, había sido de incalculable valor

para los eruditos. Sus famosas comedias *El sí de las niñas* y *La Mojigata* todavía se representan; pero Moratín estaba, á pesar de su genuina naturaleza española, deshonrado con el nombre de *afrancesado*, y murió en la pobreza y en el destierro. Muy distinto fué al principio el destino de los literatos ilustres que se oponían á los franceses y abogaban por las instituciones parlamentarias y liberales, como Jovellanos y el Padre Isla. Eran los ídolos del populacho, y sus escritos eran aplaudidos, no sólo por sus propios paisanos, sino en Inglaterra, donde eran muy leídos. Con la restauración de Fernando VII y la fuga de todos los hombres de ideas progresivas se introdujo una nueva influencia española en Inglaterra y Francia, adonde acudían la mayoría de los reformadores, influencia que subsiguientemente tuvo por complemento una curiosa reacción sobre la misma España. Por espacio de varios años, con breves intervalos hasta la muerte de Fernando y la desaparición para siempre del antiguo régimen, las mejores inteligencias de España estuvieron en el destierro. El conde de Toreno, el historiador de la Revolución; Quintana y Espronceda, los poetas; el duque de Rivas, Zorrilla y otros mil pasaron el destierro en ocupaciones ó prácticas de literatura en su patria adoptiva. Cuando la muerte del tirano permitió al fin á estos hombres volver á su país, y el Gobierno de la nueva reina se vió obligado á acudir al partido progresivo sólo para sostenerse contra el carlismo, las opiniones literarias de los jefes liberales se pusieron de moda en España. El régimen de Fernando había aniquilado la literatura en el país, y los desterrados habían traído consigo el espíritu que se les había imbuído del estudio de Byron, Scott, Hugo y Schiller. El resultado fué que por espacio de varios años la literatura de España fué principalmente imitativa. Espronceda copió á Byron casi servilmente. Sir Walter Scott fué el modelo para la novela histórica nacional, que se hizo entonces popular en España. Víctor Hugo, en su prólogo á *Hernani*, nota que el romanticismo es «el liberalismo en literatura», y es posible trastrocar

la frase diciendo que por espacio de cuarenta años casi, desde 1830 á 1868, el liberalismo en política significó en España el romanticismo en literatura, el antiguo romanticismo español, filtrado por un medio extranjero, y de tal manera transformado que casi era irrecognoscible, reintroducido desde fuera en el país de su nacimiento. Como de costumbre en España, los resultados mejores y más característicos se observaron en el teatro. El duque de Rivas produjo algunos dramas históricos, dignos de los buenos tiempos de la escena española, tales como *La Fuerza del Sino* y *El Faro de Malta*. Bretón de los Herreros todavía se representa con su *Marcela*, *Un tercero en discordia*, *Muérete, y verás*, y otros dramas románticos; mientras que Zorrilla, con *El Zapatero y el Rey* y *Don Juan Tenorio*, melodramas románticos ambos, vigorosos, pero sombríos, exhibió inconfundiblemente su propio genio literario, su conocimiento de las antiguas leyendas españolas y su fiel estudio de la moderna escuela francesa de Dumas.

Pero la presencia de los liberales españoles en Inglaterra y Francia por espacio de tantos años, surtió en la literatura efectos de carácter más amplio que la introducción, á su regreso á España, de la afición á la poesía byroniana y á la novela nacional de Scott. El interés y la simpatía, excitados en Europa por los acontecimientos dramáticos ocurridos en España durante la primera mitad del siglo XIX, á más de las obras de los desterrados en Inglaterra y Francia, revivieron la idea caballeresca de España que había predominado en Europa en el siglo XVII. Novelas con ambiente español, cuentos de aventuras de un amor imposible y tragedias siniestras, en un país igualmente imposible, donde los hombres gastaban almilla y calzas, y daban serenatas á sus damas mientras asesinaban á sus rivales, estaban de moda en Inglaterra. Pero fué en Francia donde realmente arraigó la gran resurrección romántica. El padre de Víctor Hugo había sido general en España, y allí nació el poeta. Hugo estaba saturado de la tradición literaria española, y de su pluma salieron en sus épocas de vigor obras

y obras en que se prodigaba el pintoresco color local español. Las leyendas españolas y los románticos episodios históricos se ponían á contribución, y los caracteres que habían sido tradicionalmente los de los españoles doscientos años antes, se presentaban de nuevo como si se diesen todavía en la vida real. La consecuencia se observa aún hoy, cuando muchos ingleses, y más especialmente franceses ignorantes, persisten en la superstición de que el traje y las costumbres modernas acaban en los Pirineos, y que al cruzar la frontera el viajero penetra en el siglo XVII.

La corriente de la época vino con Alejandro Dumas. Era mulato, con sangre española en sus venas, apasionado como un español de antaño, y la escuela romántica de ficción y drama ejerció influjo en Francia bajo su pluma vívida, y desde aquí se propagó á Inglaterra. *Los Tres Mosqueteros*, *Montecristo* y toda la serie de historias siniestras, fanfarronas, pomposas y los dramas sacados de ella, son españolas rancias hasta la medula de los huesos y completamente ajenas al carácter francés en general, porque el gascón, aunque gran balandrón, ama más realmente su comodidad que la aventura fanfarrona. Pero la escuela cumplió su cometido. Era excitante, era rápida y abundante de invención, y de Francia pasó á Inglaterra. Los numerosos cuentos de G. W. R. James que divertían á nuestros padres en su juventud están sacados del mismo molde, y aunque infinitamente superiores á éstos, las *Fortunes de Nigel* y *Quintin Durward* tienen una descendencia española tan directa como ellos, á través de un medio francés. No sólo fueron así dominadas Inglaterra y Francia, sino que la influencia fué de nuevo transmitida á España por las obras de Dumas y su escuela, y una resurrección de la antigua opinión francesa del carácter español se puso de moda en la misma España. No había nada natural en el gusto. El fanfarrón extravagante y jactancioso que los franceses adoptaron como tipo español nunca fué cierto en la naturaleza, si se exceptúa quizás el caso de los aventureros soldados españoles en el si-

glo XVI, y seguramente en los últimos doscientos años está muy distante de la realidad.

Como todas las cosas artificiales, la concepción francesa de España fué efímera, especialmente en la misma España, donde se dejaba sentir su realidad; pero tarda en morir, á causa de la persistencia de los viajeros en conservar la ficción y repetir lo que otras personas les han dicho, en vez de juzgar por sí mismos. En la misma España, la escuela romántica de ficción está muerta por ahora. Las obras de ficción más leídas, aparte de las novelas histórico-políticas, algo ligeras, pero interesantes, de Pérez Galdós, son las novelas de costumbres provincianas, representando la vida provincial sobreviviente de algunos años ha; la reproducción de leyendas, cuentos y poesía provinciana, y, en realidad, el provincialismo en general. Pero la tendencia discernible más recientemente es la tendencia hacia el didactismo sólido, casi siempre en la forma de traducciones de obras científicas ó filosóficas inglesas y alemanas. España ha entrado de nuevo en uno de sus períodos de sobria reticencia. La excentricidad y la volubilidad florida no están por ahora de moda en la literatura; y, para juzgar de la pasada historia literaria del país, podemos examinar una producción que mejora y se aumenta de obras sólidas y buenas en historia, ciencia y drama serio, para ser sucedida gradualmente por la sátira mordaz, la fertilidad de invención, el exceso de producción, la exuberancia y después la decadencia. Pero eso no ocurre todavía, porque el renacimiento de la buena literatura está comenzando aún y tardará algunos años en llegar á su apogeo. En el momento actual no puede decirse que la literatura española ejerza influencia alguna en Inglaterra.

He trazado con brevedad en estas páginas el desarrollo de la literatura castellana desde su nacimiento, y he hecho lo que pude por demostrar que en ciertos períodos de su historia ejerció enérgica y saludable influencia sobre nuestra propia literatura. El proverbio didáctico y la máxima sentenciosa de los judíos de Córdoba han dejado su huella para bien sobre el

pensamiento y la forma literaria de todo el mundo civilizado; las literaturas de la historia y del viaje llevan aún hoy huellas indelebles de las crónicas españolas é historias de aventuras personales que de aquí brotaron. La poesía de todo el mundo lleva en sí el tinte del sacrificio caballeresco y de la sencillez pastoral, como una protesta contra la lucha sórdida por la existencia cotidiana y la corrupción absorbente de las grandes ciudades; y este espíritu, cuando estaba feneciendo en otras partes, revivía en España por las novelas altruísticas de *Amadís de Gaula* y sus centenares de imitadores. Las novelas de Fielding y Smollett y de Dickens subsisten aún para demostrarnos que los cuentos picarescos nacidos en España han dejado su progenie en nuestra historia; y el drama de costumbres imitado del francés, con las historias fanfarronas de aventuras, á las cuales tantos novelistas ingleses dedican sus energías, demuestran que el tipo español tradicional del siglo XVI todavía sobrevive, gracias á la alegría violenta y á la vitalidad que atrae siempre á la juventud.

La literatura española, en su sentido más elevado, puede estar muerta, sin esperanzas de resurrección, como dicen algunos críticos, aunque yo, personalmente, no creo que sea así; pero, aun cuando así fuese, puede aducir todavía que han estampado su sello indeleble sobre todas las literaturas europeas del presente y del futuro. El objeto de esta breve revista ha sido trazar su influencia, especialmente, sobre el desarrollo de las letras inglesas é indicar las huellas que sobreviven todavía. Si he conseguido interesar á cierto número de mis lectores, hasta el punto de inducirles á estudiar en el original las obras maestras de esta literatura sublime y vigorosa, tanto tiempo desdeñada por mis compatriotas, mis esfuerzos habrán sido copiosamente recompensados.

MARTÍN HUME

FIN

RECUERDOS

Como el tiempo que media entre el año 62 y el 68 lo encuentro escaso de recuerdos, he de suplir esta falta describiendo tipos y caracteres de las personas á quienes conocí en este período, y aun de personas á quienes conocí en años anteriores.

Así dediqué el artículo anterior, á manera de episodio, á trazar el contorno moral, si vale la palabra, de uno de mis más íntimos amigos.

Igual estudio haré en este artículo de otro amigo, no tan íntimo como Joaquín, amigo este último que siempre fué muy cariñoso para conmigo, aunque al fin y al cabo reñimos, y no por culpa mía. Él diría, si viviese, que tampoco fué por culpa suya; pero, en todo caso, fué por culpa de su carácter, suspicaz, receloso y esquinado.

Le llamaremos, por darle algún nombre, D. Pedro.

No había sido compañero mío: entre los dos mediaban muchos años, lo menos veinticinco; de suerte que nunca pudimos tener gran intimidad, pero sí amistad muy afectuosa y muy leal, como yo le demostré en más de una ocasión.

Y era D. Pedro un tipo digno de estudio.

Era un espíritu receloso y desconfiado. De una lógica digna de un matemático, si bien era capaz de sentimientos afectuosos, siempre subordinaba su sentimiento á la lógica, á la razón, á los hechos.

Fué persona digna y honrada; de sentimientos caballeres-

cos exagerados; y uniéndose á ellos una alta idea de su dignidad, resultaba á veces intratable.

Tipo opuesto, completamente opuesto al de mi amigo Joaquín; y los resultados eran desastrosos.

Aquél, de puro romanticismo, de puro desequilibrio, no hacía más que desatinos en la vida; éste, mesurado, prudente, reflexivo, por exagerar la nota reflexiva hacía aún más disparates que el otro, y por de contado menos simpáticos.

Por el contraste, por puro contraste de recuerdos, voy á referir este episodio de D. Pedro, el cual llega hasta tiempos posteriores á la revolución de Septiembre, después de haber referido el episodio de Joaquín, que se refiere principalmente á recuerdos de mi juventud.

D. Pedro había sido magistrado, lo cual cuadraba muy bien á su carácter, y era por estos años del 62 al 68 magistrado cesante. Su edad sería, como antes indiqué, de unos sesenta años; pero se conservaba fuerte, de figura gallarda y erguida, revelando aplomo y energía.

Era algo bromista, pero con mucha dignidad, y le molestaba que con dignidad no se recibiesen sus bromas.

La clave de su carácter ya la indiqué antes.

Si no excluía el sentimiento del todo, lo relegaba á segundo término, para casos muy excepcionales.

No admitía más que hechos concretos; por insignificantes que fuesen, él los acogía con interés.

De esos hechos partía y á ellos les aplicaba su lógica, que era en parte lógica matemática, porque él á las matemáticas les había tenido afición, y en parte lógica jurídica.

Para él las cosas y las personas eran, ó bien un problema de álgebra, ó un pleito, ó una causa criminal; por lo regular, esto último.

En todos los actos de la vida, sobre todo si á él le interesaban, ponía ante sí al amigo, al pariente, á la propia mujer, á los propios hijos, como si fueran reos acusados de algo, y les oponía una serie de hechos y deducía consecuencias y dictaba

las sentencias correspondientes, y no había consideración, humana ni divina, que le hiciese variar de opinión ó que torciese su conducta.

Muchas veces disputé yo con él durante aquellos seis años, que fueron los de nuestra mayor intimidad, y le dije esto mismo, con mucho más calor que el que ahora empleo, y hasta llegábamos á punto de reñir; pero al fin concluía él riéndose, porque me tenía afecto y, á pesar de los años que entre uno y otro mediaban, cierto linaje de respeto.

Este respeto no se fundaba en el sentimiento, sino en la razón.

Diré por qué me respetaba.

***

Resultó D. Pedro pariente de un bolsista, aunque él no fué nunca jugador, ni entraba en sus ideas esta clase de empresas aleatorias, ni tenía tampoco capitales que arriesgar en la Bolsa ni en ninguna otra empresa.

Vivía modestamente de su cesantía; y aunque tenía parientes poderosos, jamás quiso recibir nada de ellos.

Se negociaba entonces en la Bolsa sobre dos valores: la Deuda consolidada y la que llamaban la Deuda diferida, sujeta á condiciones especiales por la ley de su creación.

Le decía su pariente:—Yo creo que las cotizaciones de ambas Deudas no están en armonía. Como ambas han de llegar á igualarse, y han de llegar, por lo tanto, á la misma cotización, sospecho que la ley de crecimiento de la Deuda diferida no es la que debe ser; pero no sé calcular, porque es cuestión muy complicada, la relación matemática entre ambas cotizaciones en cada año y en cada semestre, hasta que llegue la época de la nivelación.

Esto excitó la curiosidad de D. Pedro, y sin tener en ello interés alguno material, sólo por tratarse de un problema, y por aficiones especulativas, se propuso resolverlo.

Y durante un año estuvo sin salir por las noches de casa, llenando de números pliegos y pliegos de papel, por métodos extraños y casi infantiles que él inventó, pero rigorosamente exactos. Sólo que, como él sabía muy poca Aritmética, tenía que acudir á los procedimientos más ramplones y más pesados. En fin, tras doce meses de una labor de benedictino, resolvió el problema, y estaba muy satisfecho con su triunfo, y de él me habló un día encareciendo las dificultades y regocijándose en forma modesta de su perspicacia y de su ingenio.

Yo lo alabé, como merecía ser alabado.

—Dada su ignorancia de usted — le dije, entre bromas y veras,—ha hecho usted una cosa de mucho mérito; pero lo que usted ha conseguido en trescientas sesenta y cinco noches, y cuajando de cifras unas cuantas manos de papel, se puede hacer en unas cuantas horas, y en un pliego de papel no más.

—¿A que no?

—¿A que sí?

Y me trajo los datos, y al día siguiente, sin tener yo á la vista su trabajo, le presenté los resultados del mío, que coincidían exactamente con los suyos.

Ni, en rigor, el problema tenía mérito de ninguna clase.

Él quedó asombrado, y desde entonces me miró con cierto respeto, y hasta con cierta ternura paternal, que en él eran dos cosas que habían de ir á la par siempre.

*
* *

Mi buen amigo estaba separado de su mujer en forma amistosa, pero definitiva y total. Separación por incompatibilidad de carácter. Y, en efecto, era un hombre con el cual había que reñir al fin y al cabo. Riñó con su mujer, y se separó de ella para siempre; y ella, desde lejos, le temía como al mismo diablo, y eso que D. Pedro no era brutal en sus procederes.

Riñó con sus hijos cuando llegaron á la mayor edad, porque no le podían sufrir, y se fueron con su madre.

Yo creo que la última persona con quien riñó en éste mundo fué conmigo; pero al fin reñimos fuertemente. Él, creyendo en un desengaño más, que fué su única creencia la de las traiciones y los desengaños. Yo, conservándole vivo afecto porque su fondo era noble, pero mandándole á todos los diablos, y porque al fin y al cabo no tenía yo obligación de sufrir una chinche enorme, siquiera revistiese la forma de magistrado cesante.

Nada más curioso que oirle el proceso contra su mujer.

Él me habló muchas veces de este asunto, y yo nunca le dí la razón.

Su capítulo de cargos era el de siempre: una serie de hechos menudos é insignificantes, trabados por la argamasa poderosísima de una lógica inflexible y convertidos en masa aplastante, bajo la cual, en efecto, aplastó á su esposa. Ello es que aunque hubiera tenido razón en el fondo, que creo que no la tenía, las pruebas para cualquier mortal de buen sentido hubieran sido á lo más indicios, cuando en él llegaban á formidables piezas de convicción.

—Mire usted—me dijo un día — lo que era aquella mujer.

Estaba yo en la sala, ella en su gabinete, y yo la observaba, y ví que se acercaba al balcón y levantaba las cortinillas, y después de un rato se sentó en su mesa y se puso á escribir; yo entré de pronto, y ella ocultó el papel y se puso en pie, con aire indiferente, muy bien fingido. La mujer que sabe fingir con tanta perfección no es buena ni es de fiar. Es traicionera. Esto es tan evidente como uno de esos teoremas de Matemáticas que usted estudia. «¿Qué hacías?», le pregunté repetidas veces. Y ella, tendiéndose en el sofá con indolencia, me contestó, siempre con sus más amables sonrisas: «Ya lo ves, nada, no hacía nada, Perico; ¿y tú?»

Yo entonces fuí al balcón, levanté la cortinilla: pasaba un caballero elegante y de buena presencia, á quien yo no conocía. Era evidente que estaba parado y que al verme echó á andar.

—Pero ¿le vió usted parado?—le pregunté yo.

—No, pero andaba como el que en aquel momento arranca á andar. «¿Te has asomado al balcón?», le pregunté. Y ella, en tono indiferente, me dijo que no. Mentira clarísima, porque yo la había visto asomarse.

Una mujer que miente con esa frescura no es buena, amigo D. Pepe, no es buena. Y si no es buena, es mala; y si es mala, hay que alejarla. Pero hay más.

—¿Qué más hay?—le pregunté, porque su tono autoritario ejercía en mí cierta influencia.

Y él siguió:

—Hay más. Ella tendida en el sofá, y yo en pie ante ella.

—Como un juez, ó como un magistrado, como lo que ha sido usted toda su vida.

—Usted lo dice, amigo D. Pepe: como un juez. Y le pregunté: «¿Estabas escribiendo?» Y ella, en tono indiferente, pero de una indiferencia magistral, me replicó: «No, no escribía».

Yo fuí—siguió diciendo D. Pedro—á la mesa, y con poquísimo trabajo encontré la carta que ella había empezado. Y ella siempre tendida en el sofá.

Cogí la carta, me acerqué á ella y se la puse ante los ojos.

—Y ¿á quién dirigía la carta? Y ¿qué decía en ella?—le pregunté, dispuesto á dar la razón á D. Pedro por primera vez en la vida; porque la ventana, la mentira, el caballero que pasa y la carta iban tomando ante mis ojos caracteres de pruebas más que de indicios.

—La carta, guardada la tengo todavía—replicó D. Pedro; —se la puedo enseñar á usted cuando quiera: verá usted qué letra tan bonita tenía mi mujer—dijo con gran espíritu de justicia y de imparcialidad.—La carta la sé de memoria; no tenía más que tres ó cuatro líneas, y decía así: «Querida Rita: Te escribo á escondidas de Pedro, porque no consigo que se le pase el enojo que tiene contra ti...»

—Pero ¿quién era Rita?—le pregunté.

—Era una prima de mi mujer con quien le tenía prohibido que se tratase, porque Rita me era antipática, y su trato no convenía á ninguna señora, casada ni soltera, no porque hubiera dado ningún escándalo ni porque hubiera nada concreto contra ella, sino por la ligereza de su carácter y por su afán de divertirse.

—¡Toma, toma!—dije yo.—¡Yo creía otra cosa!

—Pues ¿qué más, amigo D. Pepe? Sólo con esto que le he dicho á usted, ¿no le parece bastante, después de otras muchas escenas parecidas á ésta, para tomar la determinación que tomé, es decir, para que nos separásemos, como nos separamos?

—Si como magistrado ha sido usted tan severo, no envidio á los que han caído entre sus garras. D. Pedro: todo eso que usted me ha contado es un conjunto de nimiedades.

—Mintió al decirme que no se había asomado á la ventana.

—Porque le tenía miedo á usted.

—Pasaba un caballero por la calle, que antes debió estar parado.

—Alguien había de pasar; y parado, usted no le vió.

—Mintió al decirme que no había escrito.

—Pero si usted debía tener aterrada á la pobre mujer, ¿cómo no había de estar mintiendo de continuo? Y, además, la carta nada prueba; mejor dicho, prueba que estaba usted viendo visiones. No veo que sea un crimen escribir á una prima.

—Crimen de desobediencia. Le tenía prohibido que la tratase.

—Y ¿así estaban ustedes siempre?

—Casi siempre.

—Pues le digo á usted, D. Pedro, que sería usted irresistible.

—Que no me mientan, que no me engañen, que no me descubran á cada paso una naturaleza astuta, traicionera, sin dignidad y sin rectitud. No me resiste el que no puede resistirme. ¿He reñido alguna vez con usted?—me preguntó en tono afectuoso.

—Hasta ahora, no, gracias á mi prudencia; pero no estoy seguro de que no riñamos alguna vez.

Y, en efecto, reñimos estrepitosamente algunos años más tarde.

***

D. Pedro tenía una obsesión: la de que elementos poderosos de la sociedad le habían perseguido constantemente durante su carrera, proponiéndose que muriera en la desesperación y el abandono.

Y, según él, no es que padeciese manía persecutoria; es que se fundaba en hechos reales y positivos.

Todo arrancaba de algo muy grave que le ocurrió cuando era todavía muy joven y practicaba como abogado en una capital de provincia, que llamaremos Y.

Practicaba, como digo, en compañía de un hermano suyo de mucha más edad, y que tenía gran reputación como inteligencia y como rectitud; una verdadera autoridad en materia jurídica.

Pues sucedió que otro abogado, que siguiendo mi costumbre designaré con un nombre, por ejemplo el de D. Elías, para claridad de la explicación, se vió complicado, no sé de qué manera, porque estos pormenores no los recuerdo, en el asunto escandaloso de un testamento falso; asunto que hizo gran ruido por la cuantía de la herencia, que era de muchos millones, y por la posición elevada de los personajes.

Este D. Elías, que, según afirmaba D. Pedro, era un grandísimo tunante y hombre de mucha travesura, quiso dar un golpe de efecto convocando á los principales abogados de Y á una junta ó consulta, y obteniendo por sorpresa, conflicto ó sugestión un dictamen favorable á lo que él pretendía.

A esta junta citó á D. Pedro, no por la importancia que él personalmente tuviera, sino por el apellido que llevaba: en suma, por ser hermano de su hermano, y porque, suponiendo que era joven, podría dominarle fácilmente.

Todos los presentes pudieron salvarse del compromiso con frases ambiguas y opiniones que á nada les comprometiesen.

Pero D. Elías se empeñó en que hablase D. Pedro, suponiendo que, por ser el más joven, sería el menos receloso. Y aunque mi amigo procuró también eludir el compromiso, tanto le obligaron, que llegó á irritarse, y para hacerles entender que con él no se jugaba, dijo en términos concretos y claros:

—En mi opinión, el testamento es falso, absolutamente falso; y me fundo en las siguientes razones.—Y aquí D. Pedro me explicó detenidamente el asunto, del cual ya no me acuerdo.

Según D. Pedro me decía, su discurso produjo verdadero espanto, y fué el grito de «sálvese el que pueda». Todos se marcharon diciéndose unos á otros: «Tiene razón, evidentemente tiene razón». Y D. Elías se quedó solo, colérico, furioso contra D. Pedro, al cual lanzó una mirada, que éste no olvidó nunca, preñada de odio y venganza.

Y, en efecto, se vengó.

Pasaron muchos años; D. Pedro entró en la magistratura y fué nombrado juez no sé de dónde; y el diablo, que todo lo enreda, hizo que aquel D. Elías girase una especie de visita de inspección, por orden de la Audiencia, á varios Juzgados, y entre otros al de D. Pedro.

El resultado cualquiera lo adivina, y en cualquier drama resultaría lo que en la realidad resultó.

Que D. Elías empapeló á D. Pedro, que le suspendieron á éste y que le sometieron á un expediente, que duró más de un año, y eso que fué muy aprisa, porque D. Pedro, con su carácter enérgico, no dejó descansar á nadie hasta llegar á la solución definitiva.

El resultado fué el que debió ser: favorable á D. Pedro, que desvaneció todos los cargos, y que quedó limpio administrativamente, tan limpio como limpia era su conciencia, porque D. Pedro fué siempre una persona digna y honrada, todo

un caballero á la antigua usanza española, y tan escrupuloso en materia de intereses, que rayaba en la exageración, si es que cabe exageración en la delicadeza.

Y, sin embargo, ¡qué injusta y qué cruel es la sociedad algunas veces! Siempre estuvo pesando sobre D. Pedro aquella acusación, mejor dicho, aquella calumnia en forma de expediente.

Le absolvió la justicia de sus iguales con toda clase de pronunciamientos favorables, que él me leyó en repetidas ocasiones: siempre que se le exacerbaba la melancolía.

Sus amigos íntimos, con sentencia y sin sentencia, tuvieron fe en su honradez; pero el público, al cual llegaba su nombre, no porque su nombre tuviera grandes resonancias, sino por la alta posición de sus parientes, se empeñó en tildarle y en ver en él manchas que no existían.

—Sí, D. Pedro—me dijo más de una persona;—ya, ya le conozco: es primo de D. Fulano de Tal, fué juez y tuvo un expediente muy feo.

Cuando se habla de ciertos expedientes, se les llama feos, y debiera llamárseles infames.

Cristo también tuvo, no diré un expediente, porque la civilización no había llegado á las alturas á que hoy llega, pero sí una causa muy fea; tan fea, que le azotaron y murió en cruz entre dos ladrones.

Y cuando yo salía á la defensa de D. Pedro, proclamando que había sido absuelto, me oponían los defensores de la moral este argumento sin réplica: D. Pedro tiene parientes poderosos, sobre todo su primo el que está casado con doña Rita, y esos parientes consiguieron echar tierra al asunto; y ¿cómo se demuestra que no le echaron tierra, que grandes influencias no trabajaron por él, que contra toda justicia le absolvieron?

Que un hombre es culpable puede demostrarse en ocasiones casi matemáticamente; que un hombre es inocente es muy difícil de probar.

En todo caso, podrá demostrarse que no cometió el delito A ni el delito B ni el delito C, pero quedan todas las demás letras del abecedario.

Así es que toda su vida, en ciertos círculos, sobre todo en los círculos oficiales de la magistratura, D. Pedro fué el juez del expediente de Y.

Y á los que se interesaban por él se les decía siempre:

—Tuvo un expediente.

Por más que D. Pedro fuera exagerado, y en la supuesta conjura que contra él se formó se equivocase de todo en todo y concluyera por padecer delirio de persecución, es lo cierto que sus delirios y sus exageraciones habían partido de hechos positivos y de amarguras que le habían envenenado el pensamiento y la sangre.

***

Entre los dramas de su existencia, que él refería con más lujo de detalles que una novela moderna de género realista, había uno verdaderamente curioso, que pinta á la vez su rectitud, su imprudencia y su exageración.

Hubo un tiempo en su vida en que estuvo en buenas relaciones con su primo el gran personaje y con su prima doña Rita, aquella señora á la cual no quería que escribiese su mujer.

Frecuentaba la casa, y de tiempo en tiempo llevaba á su mujer á los grandes bailes y fiestas que doña Rita y su primo solían dar.

Pero ya hemos visto cuál era y en qué condiciones de suspicacia el carácter observador de D. Pedro.

Y observó ó creyó observar que la conducta de doña Rita era sospechosa; en una palabra, imaginó que doña Rita tenía un amante, ó varios amantes, ó que estaba á punto de tenerlos, y aquí de la rectitud feroz y hasta imprudente del antiguo juez.

Despertó en él uno de aquellos personajes de nuestro teatro

clásico, que en materia de honras, de amistad y de espíritu caballeresco llegaban hasta lo absurdo.

Ello fué, según él mismo me refirió varias veces, que apurando á su conciencia y consultando su deber, se decidió á hablar con su primo y á comunicarle sus dudas, y aun á darle consejos que el otro no le había pedido.

Le aconsejó que suspendiera bailes y reuniones, que pusiera freno á las aficiones mundanales de doña Rita, que la vigilara estrechamente y que se la llevara de Madrid hasta que los años y las severidades del esposo la hubieran hecho más juiciosa.

Las noticias, las sospechas y los consejos le sentaron muy mal al primo, y aún le sentaron peor á doña Rita cuando su marido le refirió, porque se la refirió íntegra, la conversación que había tenido con D. Pedro.

A esto siguieron escenas violentas, recriminaciones á don Pedro, que no era muy suave de carácter ni acostumbraba á morderse la lengua; y, en fin, un rompimiento estrepitoso y definitivo entre D. Pedro y la familia de su primo, con lo cual perdió para toda su vida la protección valiosa y eficaz de aquella poderosísima familia.

Y él decía que no le pesaba; porque ¿qué hubiera pensado yo de mí mismo—me repetía muchas veces—si por conservar un protector poderoso me hubiera hecho cómplice y encubridor de liviandades y de infamias?

Hasta aquí, tuviera ó no razón D. Pedro, que posible es que no la tuviera, ó acaso que la exagerara, todo esto entra en el orden natural.

Pero aquí empieza la parte novelesca, mejor dicho, la parte fantástica, y aquí apuntan ya las manías persecutorias de mi pobre amigo.

Porque se empeñó en que á sus antiguos enemigos se habían unido los nuevos, á D. Elías y comparsa su prima doña Rita y sus amantes, y que entre todos habían formado una sociedad para perseguirle, para cerrarle todos los caminos, para

agotar todos sus recursos, para separarle de su mujer y de sus hijos, para hacerle morir en la miseria y en el abandono.

Yo nunca creí en esta conjura, y así se lo dije muchas veces á D. Pedro; pero no había medio de convencerle, y llegaba su delirio hasta tal punto, que hasta una vez se encaró conmigo y me dijo:

—No me niegue usted la evidencia; porque en cada paso que doy por la vida me los encuentro á esos enemigos ocultos; porque hasta estoy seguro que al ver que usted es tan buen amigo mío se habrán acercado á usted, directa ó indirectamente, y habrán procurado atraerle á usted hasta conseguir que me retire usted su amistad.

Yo no pude menos de echarme á reir.

Y él, interpretando mi risa á su manera, dijo con acento convencido:

—Se ríe usted: algo hay de lo que yo sospechaba; sólo que usted me conoce bastante para no creerles.

—Pero, D. Pedro—le dije,—si está usted más loco que una espuerta de gatos, según la comparación de mi abuela. Si yo no conozco á doña Rita, ni á su primo de usted, ni á D. Elías, ni les he visto jamás, y, á no ser por lo que usted me cuenta, hasta ignoraría la existencia de todos esos socios de la conjura.

—Bueno; pues se habrán valido de alguna persona intermedia.—Y de pronto:—¡Ah! Usted conoce á D. Fulano, á quien, en efecto, yo conocía. Pues ese—continuó diciendo—es amigo íntimo de D. Mengano, que yo sospecho que fué amante de Rita.

—Vamos, D. Pedro; abandone usted la magistratura y dedíquese á escribir melodramas.

Por entonces, y durante muchos años, hasta el año 72, seguimos siendo buenos amigos, creyendo él en mi lealtad y hasta en mi talento desde que le resolví en horas el problema de la Deuda diferida, y creyendo yo con igual firmeza en su honradez y en su locura.

De mi buena amistad le dí por entonces una prueba que

no debió olvidar nunca, pero, sin embargo, olvidó. Pero esto queda para el artículo próximo, en que acabaré de describir á D. Pedro, personaje digno de una novela; y lo describiré con entera verdad, sin adornos literarios ni dramáticos, sin poner nada de mi cosecha, como vulgarmente se dice: citando hechos escuetos en estilo llano y vulgar.

José Echegaray

PSICOLOGÍA DEL SENTIMIENTO ANÁRQUICO

Acaban de caer las últimas paletadas de tierra sobre el féretro que encierra los restos de la Democracia Política y del Liberalismo Romántico. Los antiguos socialistas, los amigos de la unión y, más aún, los partidarios del progreso que sueñan debe realizar la Democracia Social, combaten, en efecto, por causas autoritarias, por una concepción diferente del Individualismo, que hasta hoy reinó en nuestras leyes con imperio casi despótico. El Socialismo, que no es otra cosa más que el despotismo ó tiranía mal explicada y peor aplicada á la organización de la Sociedad, es, sin embargo, la doctrina más recibida ya y más extendida en este siglo de libertad; y los que tanto se glorían de haber roto las cadenas que en tiempos añejos aprisionaron á la raza humana en no sé qué degradante esclavitud, no se avergonzarían, á estas alturas de Civilización, de echar sobre sus cabezas la utópica coyunda del régimen socialista. Por si esto no bastase, sobre ambas filosofías se ha levantado otra nueva, azote de nuestras sociedades, porque tiende á romper sus lazos y á quitar un freno potente á ese animal feroz que se llama el hombre, cuando se le debería contener con otros diez más. Esta Filosofía, no creo necesario nombrarla, es la que tiene por ideal la supresión de todo Gobierno (verdadera *An-arquía),* la ausencia de todo poder político, reemplazado por relaciones enteramente sociales sobre el cambio y el contrato. Tal sustentan, en efecto, como verdaderamente positivo é indestructible dentro de sus principios,

los secuaces de ese sistema tan extendido y poderoso, que, tomando nombre de destrucción, quieren ser llamados *anarquistas*.

Por lo demás, la doctrina anarquista, tal como se nos muestra en sus representantes, no aparece de ningún modo como teoría que pueda formularse en forma precisa y concreta. *Anarquismo* es un término vago, indeterminado y bastante mal definido. El primero que lo empleó con cierto doctrinarismo radical fué Proudhon, que intentaba fundir en una sola concepción el Socialismo y el Gubernamentalismo. «¿Cuál es, preguntaba (1), la forma de gòbierno á que debemos dar la preferencia?—Pero ¿podéis preguntar tal cosa?, me observa uno de mis jóvenes lectores. Vos sois republicano.—Soy republicano seguramente; pero esta palabra es muy indeterminada. *Res-publica*, *res populi* significan la cosa ó causa del pueblo, de la comunidad; por lo tanto, puede llamarse republicano todo el que ame las cosas que nos son comunes ó los intereses populares bajo cualquier forma de gobierno.—De modo que sois demócrata (2).—No.—Pero ¿vais acaso á ser monárquico?—No.—¿Liberal?—Dios me libre.—¿Aristócrata, entonces?—De ninguna manera.—¿Preferís, pues, un gobierno mixto?—Menos aún.—Decidme, por gracia: ¿qué es lo que sois?—*Soy anarquista.*» Semejantes palabras sirven para orientar el juicio, pero no ofrecen punto alguno por donde se pueda empezar la discusión científica.

Tucker fué más concreto. En la página 112 de su *Instead of a Book*, al discurrir sobre la etimología de la palabra, mostró

---

(1) *Qu'est ce que la Propieté?*, 295.

(2) Esta distinción entre la República y la Democracia, que se halla también en May (*Democracy in Europe*, I, 1), es más bien una cuestión de nacionalidades que de régimen. Por Democracia se tiene la fe en el progreso y en la evolución, y, en general, toda reforma de las franquicias y derechos populares; y como República, ese sabio nos presenta las revoluciones extravagantes y las apasionadas luchas que han conmovido la Sociedad en nuestro continente.

inclinarse á una adhesión clara á su significación de «lo opuesto á la *arque*», que equivale á «principio», «supremacía», «mandato», «poder», y á restringir un tanto la significación de «lo opuesto al *arcos*», esto es, á la persona política, al jefe ó soberano. Concedía de buen grado á los puritanos aquel rabioso anarquista y superficialísimo sociólogo que el vocablo Anarquía, considerado etimológicamente, puede tener varias significaciones. Pero al mismo tiempo observaba que con razón se había venido haciendo uso de la voz Anarquía como expresión filosófica, y de la locución Anarquismo como designación de una dirección filosófica, para expresar lo contrario de la soberanía, de la superioridad, de la autoridad, y que, «con arreglo al derecho de posesión» (¡empiécese á ver cómo se eliminan los odiados «derechos» económicos, sustituyéndolos por un derecho posesivo de conveniencia en el acto mismo de buscar una expresión para bautizar el sistema!), se conservará fija esta significación, al extremo de que cualquiera otro empleo que se dé á la palabra se considerará inadecuado y dará origen á errores.

A esta idea rinde asimismo parias el príncipe ruso Kropotkin, tan renombrado en estos últimos tiempos. He aquí lo que dice (1): «Cuando con una hijuela de la *Internationale* se formó un partido que no reconocía autoridad ni siquiera dentro de esta asociación, como tampoco reconocía ninguna otra autoridad, este partido se llamó primeramente federalista y luego anti-autoritario ó enemigo del Estado. Evitóse entonces el darle la denominación de anarquista. La palabra An-arquía (así se escribía en aquel tiempo) parecía á las gentes que enlazaba demasiado al partido con los prosélitos de Proudhon, cuyas ideas reformadoras combatía la *Internationale*. Pero precisamente por eso, por engendrar la confusión, se complacían los adversarios en designarlo de este modo; además de que se hacía posible la afirmación, resultante ya del nombre

(1) *Paroles d'un Revolté*, 104.

mismo de los anarquistas, de que lo que buscaban era el desorden y el caos, sin pensar en nada más. El partido anarquista no tardó en aceptar la denominación que se le había dado. Primeramente se hacía uso del guión, que separaba la partícula *An* de *arquía*, fundándose en que la voz *An-arquía*, de procedencia griega, escrita en esta forma, significa ausencia de soberanía, de Gobierno, y no desorden; pero bien pronto se resolvió que debía ahorrarse al corrector una fatiga inútil y al lector el conocimiento del griego, y se comenzó á emplear el nombre tal como sonaba.» Con su brutal y antipática franqueza, Kropotkin ha sabido sintetizar en dos palabras los rasgos múltiples y variados del Anarquismo: renegar de todo lo pasado y convencer sin restricciones á los proletarios de que deben concluir violentamente y por cualquier medio con el orden social. Parece aquí oportuno recordar estos hermosos versos del poeta:

> Aspira á ser partido, y su doctrina
> es el odio, la fiebre y el espanto;
> pretende redimirnos, y entretanto
> lo puede conseguir, nos asesina.

Pero aunque el Anarquismo como sentimiento, como fe, tiene rasgos característicos en que nos es dable apoyarnos, considerado científicamente es una verdadera maraña de teorías semejante á la que alguna vez forman los ratones entrelazando los rabos hasta no poderlos ya desenmarañar. Esta confusión de ideas y pareceres es la que hace tan difícil la determinación de los verdaderos caracteres del Anarquismo para los que emprenden su análisis sin la preparación necesaria. Eltzbacher (1) ha demostrado esta dificultad en una de sus tentativas de sistematización del Anarquismo y sus especies analizando las diferentes definiciones que de él se han dado, todas las cuales le parecen oscuras, incompletas ó erróneas. Pero los

(1) *Der Anarchismus*, XI, 1.

reparos que opone son frecuentemente sofísticos y carecen de importancia para el sociólogo. No pretendo amenguar ni un punto el peso de tales reparos, y en efecto, el lector los tendrá por formidables mientras se represente, á la manera de Eltzbacher, al Anarquismo como á una institución y vea en sus representantes otros tantos oráculos infalibles, cuyos menores detalles de opinión y criterio hay que respetar para caracterizar escrupulosamente el conjunto del sistema. El expositor alemán, aunque es jurista, no ha sido nunca sociólogo: de otro modo, jamás se le hubiera ocurrido tan peregrina limitación. Para él, si se quiere saber lo que es el Anarquismo, es preciso leer, estudiar de cerca los autores anarquistas, á fin de sorprender en sus obras algo que revele más ó menos lo que es la idea anarquista en sí, á fin de sacar la unidad de la concepción de entre la variedad de juicios de sus mantenedores. Para mí, por el contrario, no merecen tales autores que se les haga ese honor, ni los tengo por causas, y sí por efectos, de la Anarquía Contemporánea. Sus elucubraciones no son producto del Sentimiento Anárquico, sino un oleaje turbio é inquieto de toda suerte de ocurrencias subjetivas. Como *sentimiento* hay que mirar el Anarquismo si se han de determinar sus caracteres en un sentido verdaderamente sociológico, y no como ambiente formado por unos cuantos publicistas que entienden un poco de cuestiones económicas ó políticas, y de todas ellas hablan y escriben, aprovechando para adquirir notoriedad la armonía que existe entre su espíritu vulgar y el espíritu de la gran masa de quien son superfetaciones. Por eso, en el presente trabajo he tratado de hacer un análisis de sentimientos, de ideales, de aspiraciones en el cual no tendrán los hombres casi ningún lugar.

En otra cosa difiero de Eltzbacher: y es en que en vez de rehuir la crítica de las concepciones que forman el fondo del Anarquismo Contemporáneo, la considero compatible con la determinación fría é imparcial de sus caracteres, viniendo á ser mi disertación no sólo un *análisis*, sino también un *examen* de he-

chos é ideas. Ciertamente que sería lisonjero no tener que establecer más que clasificaciones generales; pero no van así las cosas en el mundo. Las sociedades humanas viven ó mueren, según las doctrinas de los que las dirigen, y no es posible apreciar el sentido de estas doctrinas sin atacar ó aprobar al mismo tiempo los escritos que las explican y los ideales que las sancionan. Al cabo de miles ó centenares de años nos es fácil juzgar sin apasionamiento á los pensadores de Grecia ó á los metafísicos de la India; pero ¿nos sucederá lo mismo con corrientes sociales que no son ya una lejanía simpática, sino un yugo brutal que pesa con abrumadora pesadez sobre nuestras cabezas? ¿Podremos aplicar á tales corrientes, sin culpable tolerancia rayana en indiferencia, aquel socorrido lema que, con mucha menos razón que imparcialidad, estampó Eltzbacher en la portada de su libro: *Ni afirmo ni niego, expongo*?

En nuestra sociedad, la Anarquía es algo sobrepuesto y como pegadizo, y no algo que encarne en sus entrañas. Si se hubiesen de analizar sus caracteres por el método analítico riguroso de la Ciencia Experimental, habría que empezar por mirarla como uno de esos tumores que destruyen el cuerpo al mismo tiempo que viven de él, pero que no tienen razón de ser en la economía orgánica y funcional del cuerpo mismo. Por sí no puede vivir ya. Si á veces parece hasta dominar, se debe sólo á la debilidad de ciertas clases ó de ciertos pueblos, á las paralizaciones de un estado social de rutina, de incultura y de ambición. ¡Aquí, aquí se oculta la verdadera, la amarga Anarquía! Nuestra Sociedad la lleva en el corazón, como Luis XVIII llevaba á toda la Francia en el suyo. Está preñada de ambición, de incultura, de rutina; y como la mujer preñada, siente invencibles deseos de comer cosas repugnantes. Este es el único sentido en que puede proclamarse la Anarquía connatural en ella.

Como lo que sobre todo me propongo es facilitar en España el estudio del Anarquismo Extranjero, no he dedicado al examen del Nacional más que el espacio estrictamente necesa-

rio. Tengo, por dicha, demasiado patriotismo para ensañarme en el último, y prefiero despacharme á mi gusto con los anarquistas transpirenaicos. Quizá á alguno escandalice mi actitud; pero no lo puedo remediar. Afianzando mis convicciones, lo que es derecho y deber de todo publicista, véome obligado á mezclar características y críticas, como hacía el inolvidable Strauss en el terreno teológico. El único mérito que distingue á mi trabajo es el de estar lleno de verdad, el de ser el primero que no miente por hipócritas consideraciones y que da el verdadero olor del Anarquismo. Preciso es una vez siquiera tomar las cosas como son; no escribo, no, una obra de arte, sino de lucha. Me sucede lo que á Jacobus (1): al arrojar al combate una ardiente convicción, sé que el combate no es una justa literaria ó política y sí una guerra á muerte. En mis trabajos sobre el Anarquismo se encontrará la pasión; la pasión de lo útil es la vida y la fuerza. El enemigo es potente, peligroso y terrible: ¿sería posible atacarle sin ardor y sin odio? Por otra parte, no trato de defenderme. Mi exposición me defenderá.

Esto es lo que tenía que decir á modo de preparación. Y ahora, hechas las anteriores declaraciones con tanta franqueza, sólo me resta suplicar una cosa: que no se me acuse de pesimista al extremo de suponer que niego en absoluto la utilidad de la idea anarquista para las evoluciones sociales del porvenir. Hoy por hoy creo su influencia funesta; pero ¿quién sabe lo que darán de sí sus mismas monstruosidades, si los anarquistas se deciden con sus recursos á cooperar en la obra de Civilización y regeneración de la parte más sana y más noble de la Humanidad? ¡Recordemos aquella prostituta egipcia que construyó la pirámide de Rodopis con el producto de sus vicios!

Sería, por otra parte, frívolo y pedantesco limitarse á combatir la Anarquía con la sola arma del ridículo. No podemos

(1) *L'Eglise et la Morale*, prefacio.

chancearnos con esta realidad, con esta siega y destrozo de nuestros jardines plantados en el corazón del mundo. Emerson (1) dice con gran verdad: «Ninguna pintura de la vida puede ser veraz si no admite los hechos odiosos». Y tampoco ocultaré que desde ciertos respectos presenta un homeopático, pero indudable, fondo de verdad y de iniciativa. Evolución de las instituciones sociales por el esfuerzo individual, y complemento de esta obra por la revolución: he aquí la parte de acierto que cabe conceder á los procedimientos anarquistas. Mientras la «propaganda por los hechos», es decir, la serie de actos violentos por los que se quiere llegar al fin, sean aplicaciones de un principio y no simples venganzas, la anarquía tendrá, sobre el quietismo social, toda la superioridad de lo dinámico sobre lo estático é inerte (2). Una casa, como un barco, debe estar siempre habitada para que no se deteriore. Un Estado, como una sociedad, necesita hospedar en su seno los elementos más extraños, recibir las corrientes más peligrosas, si no ha de perder su consistencia y su vigor. Los efectos de la Civilización se manifiestan en las revoluciones, lo mismo que en una batería los efectos de la electricidad. En nuestras sociedades los quietistas y los tímidos mueren... ó acaban por hacerse anarquistas.

He aquí por qué no trataré con demasiada aspereza á los

(1) *The Conduct of Life*, 17.

(2) No deja de haber algún vislumbre de verdad en lo que en su *An Enquiry Concerning Political Justice and its Influence on General Virtuc and Happines*, 548, escribia Godwin diciendo: «La Anarquía es un mal temible, pero el Despotismo es más temible aún: cuando la Anarquía ha herido á centenares de individuos, el Despotismo ha sacrificado á millones y millones de hombres, no consiguiendo otra cosa que perpetuar la ignorancia, los vicios y la miseria. La Anarquía es un mal de corta duración, mientras que el despotismo es casi inmortal. No cabe duda de que se trata de una terrible medicina para calmar todas las pasiones agitadas de un pueblo hasta el instante en que sus efectos sustituyan la soberanía á la razón; pero cuanto más terrible es una medicina, más seguro es su resultado». Esto recuerda el dicho de Shakespeare en su *Hamlet:* «Los males desesperados, ó son incurables, ó se curan con desesperados remedios».

nuevos revolucionarios. En la antigüedad, el judío llamaba al pagano *kéléb,* perro; pero Jesucristo, más benévolo, mitigó esta expresión sustituyéndola por el diminutivo κυνάρια ó *perrillo*. Los primeros anarquistas fueron perros, monstruos, fieras á quienes había que extirpar de raíz; pero actualmente se les va ya mirando y tratando con más lenitud, como *perrillos* muy propensos á la rabia, y no seré yo quien extreme sobre esos infelices todo género de rigores antes de que la sociedad les eche la pastilla. Hasta creo que esta sociedad, con su calma alemana, acabará por perdonarles; pero no olvidemos una cosa: en algunos idiomas, y precisamente entre ellos se cuenta el alemán, la misma palabra *vergeben* se emplea para decir perdonar y envenenar.

Basta de preámbulos. Si queremos juzgar con la equidad debida cómo la idea anarquista se desarrolla según la disposición de espíritu de los que á ella se acogen, no pretendamos buscarla cerca de los publicistas de la anarquía, aunque nos parezcan degenerados, pues en ellos se encuentra tan desnaturalizada como en los centenares de agitadores y de malhechores que á sí propios se denuncian por sus actos. Tomémosla en los obreros inteligentes, de carácter exaltado, pero dulces y generosos, que, repugnando el crimen, participan, sin embargo, de las doctrinas de las cuales es el crimen una aplicación. Consideremos el caso típico de un hombre sincero, ni excepcional por su talento, ni exagerado por su bondad (1). Podrían escribirse volúmenes enteros relatando casos de esta índole bastante conocidos de aquellos á quienes el espíritu de obser-

(1) Utilizo aquí notas tomadas por Desjardins durante el curso de un proceso reciente. El anarquista L., condenado por una propaganda en la prensa, está hoy preso en Santa Pelagia. Uno de los jurados que le condenaron dijo al salir: «en suma, no hay más que un buen camino: el bienestar ganado por el trabajo». Esta conclusión ingeniosa de un honrado negociante, añade Desjardins, merece ser retenida. La palabra *bienestar* debía encontrarse necesariamente en la frase. (Véase la *Revue Bleue* del 23 de Diciembre de 1893.)

vación lleva á las fábricas y talleres para ver y analizar tanta miseria moral.

El compañero L.—dice Desjardins—tiene hoy cerca de treinta años. No ha conocido padre ni madre. Su abuela le crió y le llevó á la escuela de los hermanos de la Doctrina Cristiana. Allí fué buen alumno, muy aplicado. Pero la instrucción que se le dió le comunicó un placer tan intenso por la vida intelectual, con un orgullo tan grande de la sabiduría, que el trabajo manual le pareció desde entonces repugnante. Lo consideraba degradante. La Religión hubiese podido enseñarle la resignación; pero habiendo ejercido de acólito, vió—dice—«la Religión entre bastidores», y renegó de ella. Al salir de la escuela fué admitido en una fábrica de aserrar. Ganaba 1,50 pesetas por una jornada de once horas (1). No era robusto; bien pronto fué una víctima del taller. «He sufrido—dice—la explotación en todas sus formas; he arrastrado una existencia de bestia de carga bajo un calor abrasador. ¿Qué crimen hemos cometido, me preguntaba á mí mismo, para vernos condenados á estos trabajos forzados? Hay una clase parásita que se nutre de nuestro trabajo. El *rico*, que no produce nada, tiene por suya toda la tierra. ¿Cuál es la causa de esta desigualdad monstruosa?» (2).

Por otra parte, L. se esforzaba siempre en aprender; siguió los cursos de la Escuela de Artes y Oficios; hasta inventó un sistema de motor de gas; sólo le faltaron recursos para conseguir una patente de invención. No pudo, por la misma razón, estudiar Medicina; recogió algunas ideas de esta Ciencia en los libros y se preparó á estudiar su propia *máquina* con pertinaz atención. «Se dice que estoy atacado de la tuberculosis; estoy en el tránsito del segundo al tercer período. Exa-

(1) No garantizamos más que la fidelidad de las notas de Desjardins, no la exactitud de los testimonios recogidos por el tribunal.

(2) Aquí debe intercalarse, según Desjardins, aunque el compañero L. no haya hablado de esto, la lectura de algún escrito de propaganda, de algún periódico ó algún libro de Proudhon ó Kropotkin.

mino con tranquilidad mi estado. Sabré saltar á pies juntillas en el vacío, que es una cosa muy agradable.»

De aquí saca pretextos para considerarse por su inteligencia y su cultura superior á su estado. La Ciencia le embriaga; las conquistas del progreso material le deslumbran. «Ved—exclama—la marcha del progreso científico; el vapor, la electricidad, etc.» Está plenamente convencido de que se adelanta á su tiempo; si sus propias ideas no están muy difundidas, se debe á que los cerebros estrechos son refractarios. ¿Cómo atenerse todavía á las supersticiones antiguas de la Ley y del Patriotismo de 1893? Entre tanto progreso, ¿sólo el progreso social ha de quedar estacionado? ¡Y esto en una época en que la Ciencia proporciona á los hombres todos los medios de ser felices! «Escuchemos á la gran piedad humana: la Patria, ídolo monstruoso, es causa de que hombres jóvenes que podían trabajar y ser útiles, sean agostados en flor; de que padres ancianos, mujeres y niños se vean privados de su sustento y condenados á la miseria. ¡Deshonremos la guerra!»

No sólo es desinteresado el compañero L., sino que se siente héroe por concebir tan sublimes ideas, y de buen grado se sacrificaría por ellas. Ha aceptado la gerencia de un periódico anarquista, sin retribución alguna, para sufrir los meses de prisión impuestos á sus compañeros. Moriría gustosamente por la causa, consolado con la mística esperanza de que la futura revolución, de la cual es insignificante obrero, está muy próxima. «¿No oís sus bramidos?—exclama.—Todavía no es más que un lago sereno; ya se encrespará como el mar y arrasará todos vuestros diques.»

Hagamos constar los hechos honradamente. No siempre presentan los anarquistas ese tipo medio en la génesis de su carácter. Algunos son puramente exaltados. Otros son muy sensibles. No es la compasión para consigo mismos, sino para con los demás, lo que ha hecho de ellos unos insurrectos. El citado Desjardins dice haber conocido uno que entró en la secta por haber visto á un maestro de taller pegar á un mu-

chacho y romperle un brazo. Este hecho sencillo le reveló de pronto «la monstruosidad de la autoridad». Sabido es que Fourier creyó por razones análogas debe negar el menor elogio á la Sociedad de su tiempo. Siendo dependiente de comercio, como viera en épocas de carestía acaparar á su amo el trigo, negarse á venderlo y consentir que padeciese hambre el pueblo, con el fin de obtener mayores ganancias, sintió su corazón conmovido y su entendimiento indignado contra un estado social en el que tales cosas podían suceder. Bien decía Balmes (1) que para comprender á fondo los escritos de alguno era muy conveniente conocer antes su biografía.

Podría ahora multiplicar los ejemplos de esta clase si hubiera tiempo para ello. En el terreno teológico, tomaría á Paulus y demostraría que su manía por la explicación psicológica de los milagros evangélicos, más que de un Racionalismo Subjetivo ó de un Naturalismo Arraigado, provino de las impresiones domésticas de su infancia. Siendo aún niño perdió á su madre, y fué tanto el dolor del viudo, que no hallaba consuelo alguno; por lo cual sus facultades mentales se debilitaron en extremo, creyendo hallarse en medio de una sociedad de espíritus cuya reina era su difunta mujer. Llegó á tanto su locura, que el Consistorio de Leombery se vió precisado á prohibirle el ejercicio de sus funciones de diácono por padecer «absurdas y fantasmagóricas visiones». Paulus había creído en su infancia en las visiones de su padre; mas cuando llegó á hacer uso de sus facultades fué tal la aversión que tomó á toda aparición y visión sobrenatural, que durante toda su vida constituyó uno de los rasgos más salientes de su carácter (2).

Sería fácil continuar todavía estas observaciones biográficas, que bastan para justificar ciertas *vocaciones* anarquistas. Si no nos extraña la conducta de los que, como los personajes de los cuentos de Maupassant, renuncian á contraer matrimo-

(1) *El Criterio*, XI, 3, 6.
(2) Valbuena, *Egipto y Asiria Resucitados*, I, 39.

nio en su vida porque la mujer de un íntimo amigo recién casado le indujo á hacer traición á éste, ó se proponen no salir nunca de la ciudad é ir al campo porque una vez que lo hicieron les sucedió un percance cualquiera; si estos procederes no los encontramos raros, ¿cómo hemos de pasmarnos ante el que, generalizando un hecho malo de un semejante suyo, cobra odio á la sociedad entera? Hay que hojear también las Memorias (1) de Kropotkin (aunque en vez de hojearlas convendría más estudiarlas), para encontrar, bajo diferentes formas, los sentimentalismos cursis que han convertido en anarquistas á los hombres más eminentes.

En la Psicología Social del Sentimiento Anárquico deben ahora distinguirse y analizarse dos factores: *a*) ambición; *b*) egocentrismo. En el análisis del último entra el de otros muchos factores cuyo papel y resultados, según los individuos, los medios y las razas, pertenecen á un orden de cuestiones que no trato de examinar, por lo menos en los detalles.

Acerca del primero, con la envidia cualificada tenemos suficientes datos. La ostentación de grandes riquezas y el modo de gastarlas pone un objeto de sufrimiento más ante todos los que ya de por sí padecen, lo cual es ponerlo ante la mayoría de los hombres, porque padecen la mayoría. Nuestra desgracia se funda más en la felicidad de otros que en los propios dolores y miserias. Arrebatad al rico esa felicidad que el pobre le atribuye, y veréis á éste, momentos antes protestando contra el poderoso pujante, fraternizar con el poderoso caído, como Roquelaure corrió á abrazar con efusión al que creyó que le igualaba en fealdad. Y es que el anarquista está enfermo y atormentado, no por la conquista de la felicidad colectiva, sino por la conquista de la desgracia colectiva; á trueque de lanzar lejos de sí el fantasma del propietario, del burgués, del capitalista, pasa gustoso por todo, hasta por la mutilación de su personalidad y el truncamiento de sus esperanzas. El envi-

(1) *Autour d'une Vie,* I, 3; II, 7; III, 4; IV, 5; V, 2; VI, 5.

dioso permite que le dejen tuerto con tal de ver á su vecino ciego, y el socialista ó el anarquista consienten la igualdad en la pobreza, ya que en la riqueza la igualdad es imposible.

¿Y no veis vosotros ahora otra consecuencia? Que hasta «mi derecho» llegue á no tener ya ningún sentido, es la última pérdida que puede sufrir el demócrata y el socialista, porque el Socialismo y la Democracia no existen más que si se toma á pechos la imposición del *yo*, en vez de ser, como se supone, aspiraciones colectivas é igualitarias. «Escuchad—dice Baroja (1)—á esos socialistas y demócratas cuando razonan en el seno de la confianza: todos sus argumentos giran alrededor de su *yo*, como un satélite alrededor de un planeta. ¿Por qué *yo* he de estar aquí fastidiado, mientras que...? ¿Por qué *yo*, que soy...? Desconfío de los demócratas y socialistas pobres; creo que si fueran ricos no serían demócratas... Quisiera ver á muchos amigos socialistas en posiciones elevadas, para demostrarles que serían más tiranos, más insoportables, pero mucho más, que los de ahora, si ocuparan sus puestos... ¡El advenedizo! ¡Y en España, en donde todos nos sentimos dictadores! Hay que ver la soberbia de un tabernero convertido en agente de policía para comprenderlo. Aquí, el guardia de un jardín es tan déspota como un *Zar;* un portero se da más tono que el propietario; un cocinero de casa grande le mira á uno por encima del hombro, y, si á mano viene, su señor saluda con finura; al director de un periódico de importancia no se le puede comparar más que con Dios... ¿Un Gobierno Popular? ¡Sería encantador! Sé por experiencia cómo las gastan los demócratas. Fuí una vez á una Alcaldía á pedir una cosa justa, y el teniente alcalde, un socialista y furibundo republicano, después de someterme á un interrogatorio humillante, me mandó á paseo, sin oirme. Se va á pagar la contribución ó á tomar la cédula: le hacen á uno estar en la escalera, se pierde todo el día y, si se atreve á hacer alguien la más mínima observación

(1) *Contra la Democracia* (en la *Revista Nueva*, I, 328).

al escribiente, se le hace esperar hasta lo último, si es que no le echan á la calle. Se quiere encontrar un expediente en una oficina:—¿Se puede ver á...?—se le pregunta al portero, saludándole atentamente; y cuando no contesta con un bufido, vuelve tranquilamente la espalda, sin hacer caso. Está lloviendo y se está ensuciando la escalera... La portera gruñe... ¡Es un encanto!... Será útil para los demócratas y socialistas el gobierno del pueblo; pero para los demás, para nosotros, que somos tan plebeyos como ellos y tan obreros como ellos, si debemos desear algo es que manden los aristócratas, porque en el poder tendrán menos impaciencias, menos apetitos y formas más corteses.» No he podido resistir al placer de citar este trozo del escritor español, á pesar de algunas chanzas superfluas.

Por no desviarme de mi método de observación, y no detenerme en reparos y dificultades sino brevemente y de pasada, no insisto en los múltiples aspectos del egocentrismo como causa de los sentimientos anárquicos. Carácter distintivo del Anarquismo, común á todas las escuelas que lo profesan, es considerar al individuo como verdadero objeto principal y fin supremo de toda vida social, á cuyo servicio y utilidad todos los demás seres han ido predestinados por la fatalidad ó el progreso. Cuán vanas son esas arrogantes fantasías antropocéntricas lo demuestra bien un estudio imparcial de la Sociedad, basado en el Empirismo y en la Antropología.

He analizado los caracteres psicológico-individuales del Anarquismo, valiéndome de recursos puramente empíricos, sin echar mano de ninguna consideración de Patología Criminal. Por más que reconozca el interés del libro de Lombroso rotulado *Gli Anarchici*, tengo que aconsejar una reserva suma á cuantos le hayan consultado ó le consulten aún, y no me es dable eximirme de la penosa obligación de presentarle como la producción de un *dilettanti*. Nosotros pensamos y hablamos con más moderación que el jurista italiano, porque no tenemos para qué entrar en el examen de hipótesis sin base real todavía, y que han dado lugar á debates muy apasionados. Es tan

difícil escribir la Patología del Sentimiento Anárquico, como la Patología de la Prostitución. Por eso he procurado, en lo que precede, evitar por punto general las controversias sobre asuntos que hoy se discuten, para inspirarme en los datos definitivamente adquridos por la observación psicológica y por la experiencia social.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

LAS GUERRAS SECULARES DE OPINIÓN CONTRA ESPAÑA

Y LAS DESMEMBRACIONES DE ESTA MONARQUÍA

I [1]

Las últimas lecciones de la historia han sido por desventura demasiado dolorosas para que nuestro país no despierte á la luz de la realidad. Vivíamos de una ficción afrentosa, que los extranjeros cruelmente han desenmascarado. El despertar de este largo sueño ha sido por extremo luctuoso, y dudo de que todavía nos preparemos á la corrección. La hora que ha señalado las recientes catástrofes que sufrimos con la pérdida total de nuestras colonias, parecía indicar el momento preciso en que nos apresuráramos á sacudir los empirismos de la ignorancia, y en que la ciencia de los estadistas debía hablar, más que para alimentar esperanzas apetecidas, para imprimir dirección para nuevos destinos; pero en vez de oir la voz elocuente de los hombres de Estado que sacasen al país, á fuerza de la imposición de duros sacrificios, de la atonía de su conciencia embotada y de la atonía de su inacción paralítica, sólo se han escuchado los acentos de los ejecutores testamentarios, que, po-

(1) Este artículo ha permanecido en cartera, sin publicar, desde 1898. Razonado bajo principios de una observación permanente, su interés es permanente también, á pesar de las modificaciones accidentales de los momentos políticos por que atraviesan nuestras relaciones del exterior, en medio del enigma de Marruecos, que ofrece á la seguridad de España los mismos problemas que ofrecía á la del Japón la influencia rusa en Corea.—*P. de G.*

niendo á pública subasta el ya corto caudal de los bienes relictos, últimos vestigios del desamortizado mayorazgo, no abrigan más plan que reconcentrarse en la modestia del hogar reducido y degradado que nos queda, á administrar pacíficamente, mientras se nos permita, lo poco que nos han dejado, no sin temer con miedo invencible la repentina aparición de algún nuevo pleito que todavía nos exija desmembraciones aún más bochornosas y que encarnen más en el menguado territorio de la patria, y el grito de los pretorianos que alegan como servicios las derrotas, y tratan de ahogar entre sus brazos eso poco que queda de nuestra mal defendida nacionalidad.

En estos funestos empirismos, que siempre han subyugado la corriente de la opinión irreflexiva, que carece de instrucción para juzgar por sí y de discernimiento para saber distinguir las mentiras de los charlatanes de la austera razón de los hombres experimentados y doctos, siempre se ha caído en España en todas las repetidas crisis de su historia. Yo recuerdo los charlatanes del primer tercio del siglo XVII, que quisieron imprimir movimiento al gobierno del joven Felipe IV, á fin de separarlo desde el principio de su reinado del único estadista que había salido del aciago oscurantismo en que se encerró el funesto Gobierno de su padre y antecesor Felipe III. Yo recuerdo los charlatanes de la minoridad de Carlos II y de todo su reinado, que, contra el parecer de los pocos estadistas que quedaron del aciago final del reinado de Felipe IV, entregaron á España, atada de pies y manos, á las vengativas represalias, largamente halagadas, de aquella Francia tenida virilmente de la rienda por Fernando el Católico, por Carlos V, por Felipe II, durante todo el siglo XVI y un tercio del XVII, y por el Ministerio de D. Gaspar de Guzmán durante más de veinte años, hasta el mediar de aquel siglo. Yo recuerdo los charlatanes del reinado de Carlos IV, que entregaron otra vez á España, atada de pies y manos, como un siglo antes á las codicias de Luis XIV, á las nuevas y arteras codicias de Napoleón. Y ahora que hallo á la patria vencida, y peor que ven-

cida, profundamente amenazada, yo tiemblo por sus destinos futuros, porque hasta ahora sólo he oído en los ámbitos de la opinión la voz de los charlatanes contumaces, que sin el menor arbitrio de salvación, ni para los peligros que nos cercan ni para resolver los problemas que se nos presentan, nos aturden con su eterna vocinglería, y nos abren los abismos en que puede zozobrar hasta el edificio político de nuestra nacionalidad.

Por no hacer la monótona repetición de unos mismos hechos, tantas veces y con tan desastrosos frutos renovados, yo sólo recordaré una sola de las crisis á que antes me he referido: la crisis de los principios del reinado de Felipe IV, cuando toda la Europa, que tenía la fiebre de nuestra ruina, se preparaba á la ruptura de las treguas de Holanda, aquel paladium de nuestra caída, desde los mismos tiempos de Carlos V, para que se renovaran las guerras del Continente, en que entonces por la dilatación de nuestros dominios y de nuestra influencia interveníamos, á fin de coaligarse entre sí y arrojarse sobre nosotros para devorarnos: unos, los alemanes, so pretexto de las cuestiones religiosas; otros, los franceses, para atajar el progreso del poder de la casa de Austria, á la que se imputaba el designio del imperio universal; otros, los ingleses, para disputarnos las colonias colosales que poseíamos, inculpándonos de su usurpación; otros, italianos y belgas, á nombre de su autonomía é independencia, y hasta los que querían compartir con nosotros el dominio de los continentes americanos por nosotros descubiertos y por nosotros civilizados, protestando del régimen de crueldad que habíamos adoptado contra los indios á título de humanidad y de sentimientos caritativos.

Mientras los hombres de Estado, como D. Baltasar de Zúñiga, hacían la balanza de nuestras fuerzas nacionales, y el conde de Miranda tomaba y contrastaba con el nuestro *el peso de todo el mundo*, y D. Diego de Saavedra Fajardo, desde Ratisbona, enviaba á Madrid el cuadro de *el Estado presente de Europa*, los charlatanes y vocingleros, por voz de D. Mateo

de Lisón y Biedma, señor del lugar de Algarinejo, veinticuatro de la ciudad de Granada, y aun procurador de Cortes en las que se celebraron en 1621, presentaba al rey y su ministro, primero doce discursos y luego otros doce, con que traía fanatizada la opinión sobre todos los problemas *de la restauración de la Monarquía*. En ellos, y en los ocho que á su semejanza imprimió D. Sancho de Moncada, se trataba de los empeños de la Real Hacienda, de la repoblación de los lugares despoblados, de las cobranzas de tributos, de la elección de gobernadores, corregidores y jueces, de la entrada de las mercaderías fabricadas en los reinos extraños, de los estancos y monopolios, de los arrendadores de las rentas públicas, de los bienes eclesiásticos, de las demasías de los trajes, cuellos y coches, de las necesidades del reino y sus remedios, de la distribución del servicio de millones, de la limitación y pagas del servicio militar, de la fundación de erarios, y, porque no quedara punto sin tocar, hasta de que la elección del que hubiere de ser privado y consejero del rey hubiérase de hacer por elección y á consulta del reino.

Mientras Lisón y Biedma y Moncada, el arzobispo Albanell y Navarrete, y otros empíricos por el estilo, se deshacían en escribir libros ó en presentar memoriales para *el gobierno de la Monarquía*, y en levantar prematuras pasiones y malquerencias contra los que á nombre del rey la gobernaban; mientras el brazo militar reclamaba nuevas guerras, los hombres de Estado contemplaban la nube que sobre España se cernía en Europa, y consultaban los medios defensivos con que contaba una Monarquía cuyos dominios, estando extendidos por todo el orbe civilizado ó descubierto, se hallaban sin escuadras con que atender á la hostilidad que se nos preparaba en todos los mares; los Estados más remotos, sin fortificaciones ni defensas; las fortificaciones que existían, sin guarniciones ni armamentos; los ejércitos, deshechos con la pérdida del hábito de la guerra y con la muerte de los últimos generales, que, cual el conde de Fuentes, habían mantenido en Europa el prestigio militar

de los Gonzalo de Córdoba y de los duque de Alba; el ejército, sin cabezas ni cabos; y para hacer la situación más obscura, el erario exhausto, las rentas anticipadas por gran número de años, los hacendistas abrumados de créditos contra el Estado, los pueblos empobrecidos y afligidos con los tributos, las provincias despobladas, abandonado el cultivo de los campos, arruinadas de todo punto las industrias seculares, y el comercio sostenido por las importaciones de América, en manos de los negociantes y de las naves extranjeras, pues en nuestros puertos de los dos mares, el pabellón de nuestros reinos no cubría ni buques ni mercancías.

Indudablemente, los arbitristas se hallaban animados de deseos generosos que implicaban fervoroso amor á los intereses de la patria. Pero aquella crisis de aquel tiempo, con no ser, á pesar de todo, tan grave como la que en la actualidad nos preocupa, no era por medio de arbitrios parciales é insuficientes por los que podía salvarse. La aglomeración de los problemas vitales era extraordinaria. Atender unos y desatender otros era comprometerlos todos, y Felipe IV y su ministro el conde de Olivares no hubieran llegado á los triunfos de 1626 y á la normalidad casi continua en que vivieron hasta 1635, en que nos provocó de nuevo Francia á la guerra, sin que el talento comprensivo de un gran estadista, lleno de libros y lleno de ideas, con todo el cuadro de la historia patria delante y con la fiel balanza de todos los intereses que había que defender en la mano, pudiera dilatar sus concepciones por la vasta esfera del conjunto, en un tiempo en que enfrente de las ligas contra España en que entraron los reyes de Francia, Inglaterra, Dinamarca y Suecia, la república de Venecia, el duque de Saboya y otros potentados de Italia, el conde palatino del Rhin, el duque de Weimar, el marqués de Brandeburgo, las ciudades anseáticas, el círculo inferior de Sajonia y todos los luteranos de Alemania y los Estados rebeldes de Holanda, y de la agresión casi simultánea de Italia por la Valtelina, el Genovesado y el estado de Milán, quedando amenazada Nápoles,

de España, por Cádiz, por las costas de Lisboa y la Coruña; de Flandes, por todas las fronteras de Francia, de la Helvecia y de Alemania, adonde confluían coligados los ejércitos de franceses, ingleses, daneses, suecos y todos los príncipes germánicos; del mar de la India, acosado por el lado de Ormuz; del Mediterráneo, por Orán, sublevado, y por todas las costas del Tirreno y del Adriático, hubo que improvisar guarniciones numerosas para defender las fronteras de Aragón y Cataluña, presidiar á Perpiñán, Barcelona y Valencia con las costas de Murcia y Cartagena, poner en pie de guerra las de Granada y Málaga, socorrer á Gibraltar y Cádiz, dotar de tropas fieles á Lisboa y Galicia, formar un cordón militar en el señorío de Vizcaya y provincia de Guipúzcoa, fortificar los pasos y ciudadelas de Navarra, reforzar las Terceras, Canarias y Baleares y todas las fronteras en África, proteger los dominios del Nuevo Mundo con las escuadras del mar del Sur y acudir á Flandes con 70.000 hombres, con otros 70.000 á la Lombardía, con 12.000 al Genovesado, con 20.000 á las islas de Cerdeña, Ibiza y Menorca, guardar las costas y fronteras de Nápoles con 30.000 infantes y 4.000 caballos, socorrer con otros 3.000 á Sicilia, artillar todas las plazas marítimas de la Península, dando el gobierno marítimo militar de Galicia á D. Pedro de Toledo Osorio, marqués de Villafranca, el de Gibraltar al duque de Arcos y á D. Luis Bravo de Acuña, y el de Murcia al marqués de los Vélez, el de Portugal al marqués de la Hinojosa, á D. Fernando Girón el de Cádiz, el de Málaga á D. Pedro Pacheco, á D. Juan de Velasco y Castañeda el de las Cuatro Villas, á D. Francisco de Irizazábal el de Canarias, el de las Terceras á D. Iñigo de Mosquera, y así todos los demás gobiernos militares; á la vez que se armaban dos grandes escuadras en los dos mares que bañan la Península y se reforzaban con 20 galeones las costas de Flandes y con 56 las del Brasil, y se estacionaban 52 galeones en Lisboa, ocho en Génova, 12 en el mar del Sur y otros tantos en el Plata, en Nueva España y en Santo Domingo, y se ponían por cabos de to-

das estas fuerzas los generales más insignes por mar y tierra que hasta entonces se habían distinguido. Con todos estos arbitrios, que el tiempo y los sucesos de la guerra fueron agotando en más de veinte años de una hostilidad continua y sin tregua, y tan obstinada que hubo día en que á la vez se lidiaron por nuestras armas diez y ocho acciones de guerra en los más distantes campos de batalla, y así en mar como en tierra, la lucha pudo sostenerse sin que decayera el ánimo de aquel rey ni de aquel ministro, hasta que á la conflagración de todos los potentados del mundo, en cuyas alianzas alguna vez sufrimos las decepciones del Pontificado, por cuyo principio moral habíamos admitido el reto de toda Europa, y aun las del Imperio, por el honor de cuya casa reinante manteníamos la contienda hasta la muerte, se unieron las conspiraciones interiores de la Península, atizadas desde las fronteras enemigas con los espíritus siempre entre nosotros dispuestos á todos los peligros de la imprevisión, y se marcó el momento crítico de nuestra derrota definitiva. Fuenterrabía tratando de abrir el paso á los franceses por San Sebastián á Navarra, y por Navarra á todo el curso del Ebro; Portugal rebelado; Cataluña fraternizando con la invasión y aun con la anexión francesa; el duque de Medina Sidonia, en Andalucía, en inteligencia con el de Braganza en Portugal para hacerse señor independiente de Huelva, Córdoba y Sevilla; el duque de Híjar en inteligencia con los bearneses para hacerse señor independiente de Aragón; en Flandes, Valdteins traicionando al emperador y al rey de España para alzarse con la corona de los Países Bajos, Sicilia y Nápoles, inundadas de revoluciones populares para dar al duque de Guisa la corona de la antigua Partenope, fueron hechos ya que abrieron en la Península misma el portillo de nuestra propia destrucción, y á cuya imposición formidable no pudieron hacer instantáneamente el contrapeso de la fuerza, ni los menguados medios de que, agotada, disponía España, ni la hostilidad doméstica que habían logrado levantar contra el gran ministro de Felipe IV dos mujeres extranjeras: en el tálamo real,

la reina Doña Isabel de Borbón, hermana del rival de su marido, Luis XIII; y la duquesa de Mantua, expulsada por el pueblo rebelde del gobierno supremo de Portugal.

Los arbitristas, sin embargo, no aceptaron la parte de responsabilidad en los fracasos, y no habiéndose visto atendidos al principio del reinado de Felipe, conservaron vivas sus quejas durante los veinte años largos de aquella contienda á muerte de los extranjeros contra nuestro país, y cuando alimentando todas las hostilidades contra el único estadista que conservaba á la patria su integridad y su prestigio, lograron precipitarle de su cumbre bajo el peso de la coalición común dentro y fuera de España, todavía se mantenían en el error de sus ineficaces paliativos de administración y economía, cuando, en realidad, el triunfo al parecer alcanzado no había sido sino la última derrota que sufría la preponderancia de España en el continente, la brecha abierta á las desmembraciones territoriales de nuestro poder en Europa, la sujeción de nuestra soberanía á la absorción de nuestra rival secular, la Francia, y la extinción de una dinastía que nos había dado en la historia el papel de aquel imperio que llegó á superar al romano en dilatación y en pujanza, y por cuya pérdida debíamos renunciar á toda idea de recuperarlo jamás. Triunfaron, en complicidad con la enemistad extranjera, los odios parciales, y se enajenó la patria.

¿Qué influyó en esta caída que, sin embargo, la generación viva estimó como una salvación y una victoria? La superposición de la ignorancia, de la temeridad y de la inexperiencia al influjo de los hombres sabios y experimentados. Mientras prosperó la doctrina, y el consejero y el ministro y el gobernador y el soldado se amamantaron en el saber y en la historia, la nación tuvo la conciencia de su poder y su fuerza, y así pudo una nacionalidad aún no compacta, y que apenas llegaba á diez millones de habitantes, dominar tantos Estados de herencia, á incorporarse tantos territorios de conquista, á inundar victoriosamente todos los mares, á imperar vigorosa-

mente en todos los continentes, á refrenar con autoridad y prestigio razas y pueblos próximos y distantes, sometiéndolos al yugo de nuestra subordinación, y á hacer pesar sobre todo el planeta culto y bárbaro, con un valor de uno por diez y aun uno por veinte, la representación moral de cada uno de nuestros gobernantes ó de cada uno de nuestros soldados. Cuando la noción de todo saber se perdió en las clases dirigentes; cuando para llegar á todas las posiciones bastó la cuna, el favor ó las cualidades subalternas, que nunca llegan á la categoría de las virtudes eminentes, entonces languideció todo el espíritu que había formado una leyenda de nuestro genio y un prestigio de nuestra fuerza; entonces los poderosos de Europa nos contaron y vieron que éramos pocos y nos hallábamos demasiado diseminados, y lo que no alcanzaron las emulaciones de Carlos VIII y de Luis XII con Fernando de Aragón, de Francisco I y de Enrique II con Carlos V, de Carlos IX y los dos Enriques III y IV con Felipe II, ni la rivalidad de Isabel de Inglaterra contra este mismo soberano, llegaron á lograrlo monarcas de menor proporción entre sí coaligados, como Jacobo I de Inglaterra y Luis XIII, y los rebeldes de Holanda y de Alemania, que no tuvieron los primeros otro valor que el de la palanca con que los empujó Inglaterra en nuestro daño, y los segundos el de las deslealtades con que Francia auxilió siempre á todos los enemigos de España.

Pero los principios de hostilidad que por consecuencia de tantas luchas se fundaron casi en fórmulas preceptivas bajo críticas que llegaron á razonarse y admitirse en calidad de cosa juzgada, á pesar de la falacia que envolvían, quedaron subsistentes y de tal modo arraigadas en el espíritu de las razas y de los pueblos rivales, que las sucesivas etapas de nuestra creciente decadencia siempre han procedido de ellos; de estos principios han emanado nuestros periódicos desmembramientos; y todavía, cuando ya no nos queda nada de que se nos despoje, como no sea la entidad íntegra de nuestra existencia nacional, todavía esos principios siguen medrando en

los sentimientos agresivos de nuestros adversarios seculares, sin que por nuestra parte nos queramos dar por entendidos de la substancia y razón de esos principios, ni durante tres siglos hayamos hecho nada todavía para impugnarlos. ¡Gran error de todos nuestros estadistas! ¡No consultar la historia! ¿Cómo, si no hemos defendido el honor de la nuestra, pretendemos tener conciencia nacional, ni salvar victoriosamente las crisis ominosas que de tiempo en tiempo hacen más inminente nuestra ruina?

Volvamos el pensamiento atrás; y si queremos salvar los escollos del presente y dominar los del porvenir, pidamos fuentes de inspiración á los antecedentes del pasado, que hemos dado al olvido. Pensemos con nuestro pensamiento nacional; sintamos con nuestro sentimiento nacional; cultivemos los intereses sagrados de nuestro interés nacional, y sacudiendo el dédalo de ideas y sugestiones extranjeras que nos envuelven, propongámonos volver al tipo legendario de nuestra nacionalidad, con tal exclusión de dignidad y de aprecio de nosotros mismos, que podamos repetir cada día la anécdota de nuestra Reina Católica con aquel embajador que para negociar asuntos de Castilla en Francia le dió su consejero el Dr. Oropesa el Viejo. Aunque cumplió bien con su embajada, volvió á Castilla vestido con traje francés, de tal modo que lo parecía; y si fué bien recibido por el buen despacho, al ofrecerse otros negocios, la reina Isabel pidió le señalasen por escrito personas aptas para hacer elección. Le presentaron al mismo, y por tres veces lo tachó, y diciendo Oropesa á la reina:—*Mire V. A. que lo hizo bien en Francia y lo hará en todas ocasiones*,—Doña Isabel respondió:—*Doctor, yo quiero que mi embajador sea castellano* FASTA EL ZAPATO (1).

Desde la caída de Olivares, España ha ido renunciando

(1) FRAY FRANCISCO DE OSUNA: *Norte de los Estados*, fol. 105.—*Traducción que ha hecho el* DR. SEÑONQUI, *en lengua castellana, de un tratado que compuso en latina* GUILLERMO VANDEVOY, fol. 50.

poco á poco á su fisonomía nacional. Hace tres siglos somos un país traducido al francés, y hemos olvidado toda nuestra historia. Ha llegado el momento, ya que no lo consiguieron nuestros padres, que por lograr la independencia y el engrandecimiento de la patria sostuvieron la guerra devastadora que empezó en Madrid y Bailén, en Zaragoza y Gerona, ó de ser un departamento más de Francia, ó de aceptar todos los sacrificios y todos los empeños de la propia defensa para volver á dar su entidad política á nuestra nacionalidad.

Veamos cómo la hemos ido perdiendo en esta guerra secular de opinión que ha durado tres siglos sin defendernos, y que ha causado todas nuestras desmembraciones y desventuras nacionales.

II

Desde la constitución definitiva de las nacionalidades modernas que han formado en el continente europeo la balanza de su equilibrio y el propulsor de su civilización, ninguno de los pueblos que salieron emancipados de las tinieblas de la Edad Media concitó contra sí mayor número de rivalidades y mayor serie de agresiones que la monarquía de España, unificada por la fusión de las coronas de Aragón y Castilla, y las conquistas sucesivas de Granada y de Navarra, con que quedó cerrada la Península dentro del estrecho molde de sus fronteras naturales. Aragón trajo al nuevo Estado sus feudos italianos, debidos al derecho de la sangre y sostenidos con el filo de la espada. Francia nos cedió el Rosellón. En Africa la necesidad de fronteras de defensa nos compelió á conquistas civilizadoras, puesto que estrechaban su expansión á los mahometanos, y acosaba á sus corsarios de Oriente y de Levante, asegurando la libertad del comercio en el Mediterráneo, y el Consejo político de procurar otras fronteras morales de seguridad contra las emulaciones eventuales de nuestros más próximos vecinos inspiró á los Reyes Católicos á enlazar sus hi-

jos en Portugal, para asumir todo el derecho de probabilidad sobre la completa fusión política de todos los Estados peninsulares, después con el Imperio, no tanto por el rango de honor, sino por la alianza virtual de la sangre en las orillas del Rhin y por las provincias que descansan sobre las del mar del Norte, y, por último, con Inglaterra, que podía proporcionarnos la alianza de los mares.

Mientras la acción política y militar de los Estados de la Península Ibérica se circunscribió á empujar los últimos dominios de los agarenos hasta obligarles á repasar el Estrecho que triunfantes cruzaron siete siglos antes, ni Francia, distraída en puntualizar sus límites geográficos con Italia, Suiza y Alemania, en expulsar á Inglaterra de sus últimas provincias continentales y en estrechar las fronteras de bátavos y flamencos, ni Inglaterra, en continua hostilidad con Francia, se sintieron amenazadas del nuevo poder que entre nosotros se organizaba y constituía. Inglaterra ejercía en Portugal el ascendiente secular de sus antiguas relaciones políticas y comerciales; Francia se resguardaba tras la hercúlea muralla del Pirineo, y con influjo directo en Navarra y el país vascongado, con pasos franqueables sobre Aragón y Cataluña, nada parecía temer por entonces de la nueva nación que se desenvolvía dentro de fronteras limitadas por un valladar inaccesible de montañas y el doble y dilatado foso de uno y otro mar.

Las conquistas de Fernando el Católico en Nápoles dieron el grito de alarma á los reyes de Francia, que ambicionaban la posesión de reino tan floreciente. Las conquistas de Pedro Navarro y Cisneros en el Africa septentrional le hicieron temer más que al turco, por la preponderancia del Mediterráneo, y los descubrimientos de Cristóbal Colón en el Nuevo Mundo y las maravillas que en toda Europa se refirieron de las riquezas de aquel continente virgen despertaron contra nosotros las codicias de todos los pueblos navegantes del Oeste y del Septentrión. Toda esta suma de grandezas improvisadas é imprevistas fueron la tea que atizó contra España, desde

el principio de la constitución de su nacionalidad, el fuego de largas emulaciones, emulaciones que ya no se disfrazaron entre las dos coronas de Francia y de Aragón, emulaciones que crecieron de punto, cuando sonriéndonos aún más la fortuna propicia, en el momento en que con la muerte del príncipe Don Juan parecía huérfano de dirección el nuevo trono, vino á encarnar nuestra soberanía en aquel vástago augusto del Imperio, que nos traía por feudo patrimonial toda la baja Alemania y la Holanda, y por suprema dignidad la corona de Carlomagno y de Othón el Grande, de Enrique el Santo y de Federico Barbarroja, de Rodolfo de Hapsburgo y de Federico de Austria, de Carlos de Luxemburgo y de Alberto el Magnánimo.

Francia sintióse herida en su seguridad, Inglaterra frustrada en sus esperanzas de unir en cabeza de Catalina de Aragón la corona de España á la de Alfredo el Grande y San Eduardo, pusiéronse frente á frente los tres monarcas que formaron el triunvirato del equilibrio del mundo; estérilmente se trabajó por levantar contra el hijo de la reina loca revueltas populares en Castilla, revueltas populares en Valencia y todo género de dificultades entre las dos cortes que vinieron á confluir en Castilla, la corte germánica del emperador y la corte castellana del rey. Las luchas rivales después del vencimiento y de la prisión de Pavía, del Tratado de París y de los rehenes de los príncipes de la corona de Francia llegaron hasta el reto personal, en que no sólo pretendió el honor de medir su espada cuerpo á cuerpo con el César el rey de Francia, sino el de Inglaterra. Se hicieron contra el emperador y contra España ligas de hostilidad hasta con el turco. Pero Carlos contaba con el auxilio de una nación embriagada con el prestigio de sus éxitos y vigorizada con el sentimiento de su fuerza. Por todas partes triunfó; por todas partes batió á sus enemigos; por todas partes se le anexionaron nuevos imperios; y aunque él renunció en sus auxiliares muchos frutos de sus conquistas, su poder se hizo tan grande, que unos por adulación y por

temor otros le atribuyeron la idea del imperio universal.

Desde aquel punto comenzó, al par que la de las armas, la guerra de la opinión. Saludado su advenimiento á la corona de España y su elección para la corona del imperio con las apologías que en latín y alemán, flamenco é italiano vomitaron las prensas de Maguncia y Nuremberg, de Viena y de Amberes, de Nápoles y de Roma (1), en París y aun en Londres comenzaron á la vez las publicaciones de su descrédito. No hubo una efemérides en la vida del emperador, desde la victoria del Sr. Emmerik sobre el señor de Sedán, Roberto de la Mark, que costó á Francia la pérdida de Tournais y de Saint Amant, hasta la derrota y prisión del rey Francisco en el Parque de Pavía y el cerco y saco de Roma, en que las prensas de París, y alguna vez las de Londres, no produjesen narraciones adulteradas de los sucesos, con infamantes epítetos al César y á los españoles. El desafío de Francisco I, al que se unió el del rey de Inglaterra, no sólo se falsificó en hojas volantes y folletos, sino que, mientras el emperador, que después de la consulta al anciano duque del Infantado, hizo escribir á Fortun García de Ercilla, padre del poeta insigne de las guerras de Chile y uno de los primeros jurisconsultos de España, una alegación política y en derecho, nunca quiso darla á la estampa, se entregó á venales escritores de Italia para que de sus difamaciones hicieran el escarnio público del emperador. Esta lucha fué continua, y los archivos bibliográficos del tiempo guardan como documentos doblemente curiosos por su rareza y por su contenido muchos papeles, ya con nombre de autor, ya anónimos, ya con pie de imprenta, ya sin él, ya con fecha de publicación, ya remitidos á su notoria antigüedad por la letra gótica en que se hallan impresos, con títulos como el de *Defaicte des espaignoz*, *Cry de la guerre ouverte entre le roy*

(1) *Coronatio Caroli Hispaniarum regis in Romanorum regis, auctores* Hartmano Mauro.—Norimbergæ, 1523.—*Pro divo Carolo ipsi nominis quinto apologetici libri duo.*—Maguntiæ, 1527.—*Le trivmphe du couronament de l'Empereur Charles V.*—Anvers, 1520.—Etc., etc.

de France et l'empereur, *Double d'une lettre escripte à ung secretaire alemant sur les querelles et differens entre l'empereur et le roy*, *Triumphus habitus in Anglia in adventu Caroli imperatoris*, *La deffiance faicte à l'empereur Charles par le roy de France et le roy d'Angleterre*, *La triomphe de la paix de Cambray*, *Histoire de la bataille navalle faicte par les Dieppois et les flamens*, y otros de esta contextura.

Con todo, hay que reconocer que así en estos papeles como en los que se publicaron bajo el reinado de Felipe II, y á los que el rey prohibió contestar á los publicistas de España, el odio de la rivalidad no había fraguado todavía un plan definitivo de hostilidad perpetua y de agresión contra España. La guerra de la opinión era entonces como las alianzas para la guerra y la suerte de la guerra misma: hostilidades de ocasión con todos los caracteres violentos de la lucha, pero los cuales se amortiguaban conforme las paces se negociaban, y con ellas se restablecían las relaciones de la amistad. Así al lado de las difamaciones más airadas, en las que no se reconocía como inviolable la persona sagrada del monarca enemigo y en que se hería en sus más firmes cimientos la reputación de sus ministros, de sus generales, de sus soldados y hasta de sus pueblos, venían las relaciones festejadas de los conciertos políticos, de las paces negociadas, de los matrimonios concertados, de las vistas de los soberanos, del paso por el territorio del adversario, y en estos papeles se convertían en himnos los vituperios de los días de la enemistad. Estos temperamentos permanecen casi uniformes por la mayor parte del siglo XVI, bajo los dos reinados de Carlos V y de Felipe II, hasta que en 1588 apareció después del desastre de la Invencible el papel titulado *Advertissement certain contenant les pertes aduenues en l'armée d'Espagne*. Ya tardaron poco en aparecer las sátiras y las censuras del menosprecio; ya el atrevimiento de los escritores políticos no titubeó en denunciarnos como desleales en el papel de 1590 que se tituló *Le masque de la ligue et de l'Hespagnol decouvert;* ya, por último, el abogado Arnauld en 1591

no tuvo por qué disfrazar sus sentimientos contra España en otro papel que intituló *L'anti-espagnol*.

Estaba próxima la hora de que aquellas rivalidades que habían sostenido durante todo el siglo que terminaba, primero las guerras de la ambición por las provincias de Italia, después las guerras de rivalidad personal por la investidura del imperio y la supremacía de influjo y de poder en Europa, más tarde las guerras de las disidencias religiosas, y por último, y ligadas con todas éstas, las de la separación é independencia de Holanda, tras la tregua que Felipe II suscribió casi en su lecho de muerte para no dejar embarazado su grande imperio á su sucesor con tantos problemas tan superiores á las facultades que, aunque padre, en Felipe III reconocía, tregua que miserablemente se perdió en el vacío, pues ni fué aprovechada para restaurar en la metrópoli los elementos propios de su sustentación y riqueza que de todo punto se habían perdido, ni para organizar la administración general de tantos Estados que se hallaba totalmente desmoralizada, ni para fortalecer y restaurar el edificio militar de su defensa en dilatación tan confusa y dispersa de dominios y en la extenuación en que las largas guerras todo lo habían dejado, surgieron inesperadas complicaciones con Inglaterra, que fueron el más firme y constante acicate de nuestra ruina sucesiva, pues de Inglaterra brotó el plan de destrucción que había de llevar á su eclipse á aquel imperio tan poderoso.

Todavía durante el primer tercio del siglo XVII la hostilidad universal contra España, ya por el peso intrínseco de su poder, ya por haber sido y ser en realidad la cabeza de la casa de Austria, ni había logrado la unidad de un plan uniforme ni había recibido el impulso de una dirección determinada. Francia nos hostilizó en todas las fronteras para ensanchar las suyas, ocupando los huecos que pudiera practicar en el muro de nuestro poder. En Italia el Papa, Venecia, Saboya y los demás potentados minaban nuestro terreno para engrandecerse á sí propios. En Holanda y Flandes se dejaba sentir al mismo

tiempo el influjo de Inglaterra, obstinada en buscarnos nuevos enemigos que nos debilitasen así en el mar como en las Indias, á la vez que su protectorado le conquistaba más que la alianza perpetua, la servidumbre absoluta de fieles vasallos; la de Francia, avara de incorporarse provincias que consideraba como propias, ya por las viejas tradiciones de su pasado imperio, ya por la fraternidad del habla y el medio parentesco de la sangre; la de Alemania, que en la expulsión de nuestra dominación en los Países Bajos cifraba la adquisición de nuevos prosélitos para sus confesiones disidentes, para ahondar sus diferencias con Roma y el mundo católico y para fundar en esta fuerza sus libertades.

Las ligas se hacían y deshacían, pero á España nunca faltaban enemigos por todas partes; y la leyenda de sus pasadas glorias la daba tal suma de autoridad, que aunque cada día era menor el número de las fuerzas nacionales con que podíamos sostener tantas contiendas, bastaba nuestro prestigio y nuestro oro para seguir alistando bajo nuestras banderas los soldados ó los aventureros de todas las naciones para componer con elementos tan heterogéneos ejércitos capaces de la resistencia hasta el heroísmo en las ciudades y fortalezas, del empuje y del avance hasta el sacrificio en la campaña y del arrojo y de la temeridad para el asalto de los fuertes y de las plazas del enemigo y para la ocupación y conquista de villas, ciudades y aun provincias enteras. Bajo el reinado de Felipe III estos ejércitos, ya casi sin generales, pues el último de todos, el conde de Fuentes, gobernador de Milán, murió en 1610, con el auxilio de estos soldados mercenarios se ganaron diez y siete plazas en Flandes, entre ellas, bajo el mando de Ambrosio de Spínola, italiano, la de Ostende, cuyo sitio duró tres años, y que fué apellidada nueva Troya por su heroica resistencia.

El plan formal de destrucción del poder de España en Europa, en el mundo, brotó del genio de un pensador inglés ilustre, el estadista y filósofo Francisco Bacon de Verulano; lo

completó en Alemania y Suecia otro pensador y tratadista eminente, Samuel Puffendorf; y después de adicionarlo con las querellas de Francia, un obscuro abogado de Auxerre, Christophe Balthazar, que manchó su ancianidad abjurando la religión católica en que había nacido, adoptólo servilmente en la esfera de los hechos el cardenal de Richelieu durante el reinado de Luis XIII, de donde quedó por tradición de constante empeño y conducta á Francia en todas las vicisitudes del tiempo y de las instituciones, propagándose á las demás naciones rivales de la española, hasta inspirar las últimas acusaciones que en las Cámaras americanas han resonado para justificar los recientes despojos que los Estados Unidos han cometido contra nuestro antiguo poder, totalmente extinguido ya.

En medio de las guerras seculares de opinión, que siempre contra nosotros precedieron á las guerras sangrientas de la espada y á las desmembraciones onerosas de los pactos internacionales, este plan surgió en 1624, un año después que España inhábilmente repudió los pretendidos matrimonios del príncipe de Gales, que fué Carlos I de Inglaterra, con aquella infanta doña María, hermana del rey Felipe IV, por quien, temerarios, vinieron á Madrid en 1623 el príncipe heredero de la Gran Bretaña y el favorito de su padre y primer ministro de Inglaterra, el duque de Buckingham. Bacon indicó entonces al rey Jacobo I el camino de la venganza de aquel desaire, escribiendo sus *Considerations politiques pour entreprendre la guerre contra l'Espagne*, que fué como el decálogo de la destrucción de nuestro imperio. Ahondó el terreno más tarde Samuel Puffendorf en su *Introduction à l'histoire des principaux Etats, tels qu'ils sont aujourd'hui dans l'Europe,* y finalmente Maistre Christophe Balthazard en 1625 añadió sus dos opúsculos *Des usurpations des Rois d'Espagne sur le Couronne de France*, y *Du commencement, progrès et déclin de la Monarchie française et droits des rois de France sur l'Empire*, en que á la vez que fijó los puntos permanentes de la política de Francia contra España, hasta reducirla á la órbita de su absorción,

abrió primero á Luis XIII y Richelieu y después á Luis XIV y Mazzarino, la ancha puerta por donde antes de terminar aquel siglo, y teniendo ya segura para el nieto de este último monarca la sucesión de Carlos II en España, pudo el cortesano Gregorio Leti escribir aquel libro de *La Monarchia Universale del Re Luigi XIV, con i veri mezi per abbatterla*, que había servido durante el siglo anterior de argumento para la hostilidad de Francisco I contra Carlos V, «*de peur que par son agrandissement il ne l'englontit avec le reste de l'Europe*», como á su vez pretendieron así los apologistas lisonjeros del emperador en Italia y en España, como los que lo fueron de su augusto hijo Felipe II.

Ni Bacon ni Puffendorf fueron jamás impugnados por escritores españoles. Lo fué Balthazard por el italiano Giulio Cerrio, que publicó su *Riposta per verita* en la Mirandola en 1626, mientras en España, al número de los arbitristas de remedios empíricos que hemos citado antes, se unía nada menos que el nombre de D. Francisco de Quevedo para proponer... *¡La política de Dios, el gobierno de Cristo y la tirania de Satanás!*... y desde París otro escritor español, que se ocultó bajo el pseudónimo del Doctor Carlos García, daba á la estampa *La oposición y conjunción de los dos grandes luminares de la tierra*, adelantándose un siglo á la revolución de los tiempos y á la servidumbre y desmembración de su patria, al tratar de borrar *La antipatia de españoles y franceses*, á pesar de reconocerles, después de vivir muchos años en Francia, distintos en el alma, en el razonar, en el sentir, en el obrar, en el vestir, en el comer, en el andar y hasta en el hablar; pero, al cabo, el Doctor Carlos García no tenía las pretensiones de Quevedo; se justificaba de su obra protestando de que se había inspirado para escribirla más en causas morales que políticas, é imbuído en el espíritu religioso de su tiempo, no penetraba en el fondo sustancial de aquellas rivalidades de raza, de imperio y de poder, sino en que de tan constante enemistad resultaba «la multiplicación de las herejías en Europa».

Escritores políticos en impugnación á los de Francia no los hubo hasta 1635. Entonces el Conde-Duque por vez primera abrió la mano á la opinión en España; pero tuvo que llamar en su auxilio al obispo de Iprés, Cornelio Jansenio, y á los escritores italianos el Marqués Virgilio Malvezzi y Ludovico Copiaria Carmerineo; pues D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, que bajo el pseudónimo de *Gerardo Hispano* tomó parte en la contienda con su libro *Francia engañada*, *Francia respondida*; D. Martín Goblet, que desde los Estados de Flandes se propuso responder á los *Manifiestos del Rey de Francia*, y otros escritores que entraron de lleno en las nuevas guerras de opinión, ó se redujeron á la discusión del momento ó no encarnaron bien en el fondo de los intereses que se debatían, y en Madrid, y en el mismo palacio del rey Felipe IV, tan minado se hallaba el terreno contra la causa de España, que aunque el rey de Francia era el que nos había declarado la guerra en su manifiesto de 6 de Junio, con tales esperanzas de batirnos, acosarnos y aun invadirnos en la misma Península, que hasta había batido moneda para que tuviera curso común, así en su reino como *en lo que fuera conquistando de España*, y en la que bajo el busto del rey se leía el lema *regnat ubique*; cuando otra vez D. Francisco de Quevedo tomó la pluma para escribir su *Carta al Serenísimo, muy alto y muy poderoso Luis XIII, rey christianísimo*, que dió á la imprenta, inmediatamente salió D. Juan de Jáuregui, caballerizo de la reina, con otro papel titulado *Memorial al Rey, nuestro señor*, en el que, aprobando *la modestia* de España en sus escritos contra Francia, impugnaba como atentatorio é irreverente á la autoridad inviolable de los Reyes el de Quevedo y pedía un examen previo para los demás que se escribiesen de aquel género, «antes que se divulgasen».

Regidas por estos criterios de obstrucción las contiendas de la opinión en los asuntos políticos en que se han debatido, desde tan larga fecha, los intereses más vitales de España, los intereses de su integridad, de su soberanía, de su autoridad y

de su poder, no es extraño que hasta aquí hayan permanecido ignorados los planes de destrucción contra nuestro imperio formados por Bacon, reforzados por Puffendorf y dilatados por Balthazard en la esfera de la especulación política, aplicados á los hechos por los reyes Luis XIII y Luis XIV y sus respectivos ministros, sostenidos en perpetuo vigor bajo el reinado de tutelas de Felipe V y de Fernando VI, más vigorizados todavía bajo el régimen del pacto de familia de Carlos III y de Carlos IV, apenas debilitados mutuamente durante la guerra del Rosellón, de nuevo restaurados en la práctica por el primer Bonaparte en el Consulado y en el Imperio otra vez y más enérgicamente desarrollados en una nota diplomática del ministro Champagny, considerados siempre en vigor bajo la Monarquía restaurada, bajo la Monarquía representativa y bajo el segundo Imperio; y cuando de Francia nada tenemos de protestar como un hecho constantemente consentido y hasta impuesto en el orden de las relaciones internacionales del continente y en las políticas de vecindad, esos planes se desenvuelven de nuevo en las guerras de opinión sostenidas en América contra el gobierno de nuestras colonias; pasa de las columnas de los periódicos y de las discusiones de las Asambleas al texto de documentos solemnes, como los mensajes de Cleveland y Mac-Kinley, y constituyen la base moral de la guerra por las armas que nos despoja de todas nuestras últimas posesiones ultramarinas.

Esos planes, aun reduciéndonos al estrecho círculo de nuestras fronteras peninsulares y de nuestras provincias adyacentes, aun no cesan en la conjuración contra nuestra existencia política: resucitan en las sentencias y discursos de los ministros de la Corona de Inglaterra; palpitan en el fondo de los que nos amenazan con intervenciones, ya económicas, ya de la fuerza armada; subsisten en los que proyectan la ocupación de territorios que ó no tenemos defendidos ó parecen estratégicos para las codicias de los demás, y forman el conjunto de las últimas definiciones de nuestra suerte cuando se presentan

los horizontes de un porvenir probable, sirviendo esta Monarquía, que agoniza, á las compensaciones de los contendientes de los intereses futuros por prenda de la paz.

¿Deben aún sernos desconocidos los planes de destrucción de nuestro imperio que meditó en Inglaterra Bacon hace tres siglos, que amplió en Alemania Puffendorf poco después y que adoptó Balthazard á las ambiciones y rivalidades de Francia casi contemporáneamente? El enlace de estos planes con nuestra decadencia y desmembración; su repercusión á los proyectos napoleónicos al prepararse para la invasión de la Península y al encender la guerra en que tuvimos por aliada á Inglaterra, la cual, mientras al parecer nos ayudaba á redimir de la servidumbre del corso el solar de la patria, promovía las insurrecciones de nuestros dominios americanos, y, finalmente, su última manifestación como preámbulo á las catástrofes coloniales que acabamos de sufrir y á las sentencias que aún contra nosotros se pronuncian, ¿no deben despertar ya de su letargo la conciencia nacional, que nadie ilustra, que nadie mueve, que nadie ilumina con rayos espléndidos de luz?

III

Careciendo de herederos directos la reina Isabel de Inglaterra al morir en El Escorial el rey, su rival, Felipe II, el de Escocia, Jacobo VI, hijo de la desgraciada María Stuart, trató de indagar las intenciones de Felipe III acerca de los derechos á la herencia de la corona qne había de quedar pronto huérfana en las islas hiperbóreas. Lord Maxwel, conde de Morton, y lord Lewinstone fueron los agentes enviados á la Corte de España con instancia que suscribían tres magnates católicos de Escocia: el conde de Huntley, el conde de Arsol y lord Claudio Hamilton, hijo del duque de Chastellerault, y tres presbiterianos: el conde de Crowford, el conde de Montrose y lord Forbes, los cuales, á cambio del auxilio que el rey Felipe prestase al rey Jacobo para ascender al trono de la reina Isa-

bel, ofrecían darle en rehenes al príncipe primogénito, que se educaría en España y se pondría bajo el patrocinio de nuestro monarca; la ocupación por tropas españolas de algunas plazas *de la banda de Irlanda* y la devolución de las que los ingleses tenían ocupadas en los Países Bajos; y, finalmente, dejaba á voluntad de Felipe el matrimonio del príncipe, ya con alguna princesa de la casa de Austria, ya con la de Saboya. Pero cuando había nombrados ya embajadores por una y otra parte para ultimar esta negociación en Madrid, Edimburgo y Roma, murió la reina Isabel, nombrando en su testamento sucesor al mismo rey Jacobo, que tomó el numérico de I en Inglaterra, con lo que quedaron interrumpidas estas negociaciones desde que el escocés se presentó en Berwick el mismo día que Isabel recibía sepultura en la abadía de Westminster.

La reunión en una sola cabeza de las tres coronas en que se dividía el reino de la Gran Bretaña dió desde entonces á esta Monarquía otra muy distinta consideración en la balanza política de Europa, y Enrique IV de Francia envióle desde el primer instante una embajada que confió á Maximiliano de Bethune, duque de Sully, para proponer la alianza entre los dos tronos, dirigida á contener el insultante poder de España. Su primera proposición fué la de un doble matrimonio del príncipe de Gales con la princesa Isabel de Borbón y del Delfín de Francia con lady Isabel; mas cuando halló en el rey Jacobo una abierta resistencia, no tardó en averiguar las relaciones entabladas con España, mediante los 80.000 ducados que empleó en procurarse hábiles confidentes, y desde luego trató de hacerlas caer en la más celosa desconfianza, aprovechando unas fiestas de Greenwich para informar al rey Jacobo de que el rey Felipe había ofrecido la mano de la infanta doña Ana para el Delfín, aunque el rey Enrique prefería el enlace con la casa de Escocia. La embajada española que llevó á Wintchester el conde de Villamediana, y que fué recibida con inusitada ostentación, aseguró más al astuto embajador francés de la inteligencia entre Felipe y Jacobo, la cual amenazaba á Fran-

cia con una nueva alianza de familia entre Inglaterra y España, no menos peligrosa á su quietud y seguridad que la que un siglo antes se había hecho entre España y el Imperio, y ya no se perdonó en París medio para obstruirla de todo punto.

En realidad, las bases de esta alianza existían sobre el matrimonio del príncipe de Gales con la infanta doña Ana María, aunque ésta no tenía á la sazón más que nueve años; el de lady Isabel con uno de los archiduques hijos del emperador Rodolfo, y el del príncipe Carlos con una princesa de Saboya, hija de la infanta Catalina y del duque Carlos Manuel. A Inglaterra se ofrecía que en la sucesión del rey Felipe, á falta de varones, y recíprocamente en la del rey Jacobo, el varón que heredase de cualquiera de las dos ramas tomaría el dictado de rey de España y de Inglaterra, uniendo en una sola Monarquía todos sus Estados respectivos. Por dote de la infanta doña Ana se renunciarían en ella los Estados de Flandes, por carecer de sucesión los archiduques gobernadores. En cambio, en los dominios británicos se contendría la propaganda protestante, restableciendo en todo su vigor la Iglesia católica; Inglaterra concedería á España grandes privilegios comerciales, protegería nuestro comercio en el mar del Norte y aseguraría nuestra navegación en el vasto derrotero de las Indias, ya infestado por las expediciones piráticas de ingleses y holandeses. La opinión en Inglaterra se enamoró de tal modo de estos proyectos, que el mismo duque de Sully no podía menos de escribir á Enrique IV desde Londres: «*La Reine et la majeure partie du conceil et de la nation, heretiques comme catholiques, désirent, quoique par des motifs differents, que le Prince se marie avec une Princesse d'Espagne*» (1).

La habilidad de Enrique IV y la astucia de Sully destruyeron todas estas inteligencias. El rey Enrique trabajó en

(1) *Œconomies royales ou memoires de Sully.*—Rawson Gardiner: *Prince Charles and the Spanish marriage.*—Pérez de Guzmán: *Un matrimonio de Estado.*

Valladolid junto al rey Felipe hasta conseguir el doble matrimonio de la infanta Doña Ana con el Delfín Luis XIII y de la princesa Doña Isabel de Borbón con el príncipe Felipe IV, ayudándole en su empresa Roma, revuelta por la diplomacia y el episcopado francés, y Bruselas, agitada por los celos de la infanta gobernadora Doña Isabel Clara Eugenia. Estos manejos causaron mucho enojo en Londres, mas los templó la muerte prematura del Príncipe de Gales; y aunque lady Isabel casó con el Conde Palatino del Rhin, todavía en Inglaterra no se agostaron las esperanzas puestas en una unión de familia con España, toda vez que el príncipe Carlos, que quedaba por primogénito de la Corona, no alcanzaba la edad para casarle, y que al rey Felipe III quedaba otra hija, la infanta Doña María, también en la niñez más inocente. En este nuevo enlace se cifraron las largas del porvenir que á la vez sustentaban en Londres el rey Jacobo, tan apasionado de España, que hasta había escrito en lengua francesa un poema heroico á la batalla victoriosa de 1571 contra los turcos en Lepanto (1), y el embajador de España, Conde de Gondomar, que había logrado en el palacio de Whitehall la misma familiaridad que le dispensaba toda la altiva nobleza de Londres. Aquellas esperanzas se nutrieron por muchos años; el príncipe Carlos llegó á apasionarse de la idea de aquel matrimonio y aun de su augusta prometida, conocida por retrato; el Duque de Buckingham, favorito del Rey, y todos los ministros las fomentaban, y sustraídas á los celos de Francia, á pesar de su vigilante espionaje y de sus bien remuneradas confidencias, podrían haber llegado al victorioso resultado final en la mayor reserva si el romántico viaje del príncipe Carlos á Madrid, para conocer la prenda de sus amores y concertar en persona con Buckingham los esponsales de rey á rey y de ministro á ministro, no hubiera descubierto un plan que levantó, para deshacerlo, todos los obstáculos imaginables.

(1) Giulio Cerrio: *Risposta per veritá*, pág. 66.

Francia volvió á poner en movimiento al Pontífice para que dificultara las dispensaciones; enganchó á Alemania para proponer un enlace imperial para la infanta Doña María; agitó á la Infanta de Bruselas para que á su vez moviese al bávaro que se había incorporado los bienes palatinos del yerno del rey Jacobo; levantó en Madrid las religiones; hizo pesar sobre el ánimo del rey Felipe y de su ministro el Conde-Duque el influjo de las egregias damas que en las Descalzas Reales cubrían con el velo monástico los lutos y el decoro de la viudez; inspiró las consultas desfavorables de consejos y ministros, teólogos y jurisconsultos, y aunque la masa sana del pueblo y los espíritus independientes veían con satisfacción una alianza que por un lado robustecía de nuevo el poder de España en todos sus dominios y por otro podía producir una reacción en Inglaterra favorable á los intereses católicos, las intrigas de Francia pudieron más que el voto de la infanta halagada del príncipe inglés, de los grandes que le rindieron sus homenajes, del pueblo que se adhirió á aquella romántica leyenda del amor, y al despedir al Príncipe para su retorno á Inglaterra, sin su prometida, aunque con muchas promesas, aquel matrimonio, esencialmente político, que indudablemente habría variado en Europa el curso de los sucesos y en la misma Inglaterra el fuego de sus revoluciones domésticas, quedó deshecho.

Si la ira de Inglaterra fué profunda después de tan desnudo y cruel desaire, en España la opinión popular y la opinión ilustrada quedó escandalizada y absorta. Salieron á luz, ya impresos, ya en copias manuscritas, muchos papeles de políticos expertos en que se recordaba que el tener á Inglaterra por enemiga era para nosotros causa de muchas desdichas nacionales; que desde la alianza de Enrique VIII con Francisco I y ambos con el turco y los disidentes de Alemania, la Europa no había tenido paz, y que en aquella serie de guerras interminables, las fuerzas de España, que tuvieron que acudir á salvar á Italia y á defender la Alemania de la invasión del turco, y de acudir á la defensa de Holanda y Zelanda, junto

con la falta de comercios, arruinaron á España. Por su parte, los ingleses multiplicaban de todos modos su hostilidad y sus quejas. Un papel impreso en Londres con el raro título de *Secret Owole* decía: «Somos el único obstáculo que tiene España para apoderarse de Europa y del mundo. Somos una nación que le ha hecho infinitas afrentas, así en batallas públicas como en acometer é invadir sus fronteras, con irreparable deshonra de España, quitando la máscara á sus fuerzas, que en hecho de verdad son sombras y quimeras, pues su grandeza consiste en llenar el mundo de imaginaria potencia». Y mientras, solicitado á la vez por Francia y los holandeses y los protestantes alemanes, el rey Jacobo, al fin, se prestaba á entrar en aquella universal conflagración que contra nosotros se tejió en la asamblea de Aviñón, y de que formaban parte Francia, Dinamarca, Holanda, Suecia, Saboya, Venecia y los príncipes protestantes de Alemania, para la libertad de Italia, la Valtelina y el Palatinado, lord Francis Bacon, barón de Verulano, el filósofo insigne de Inglaterra, que tantos motivos de gratitud tenía hacia aquel rey que le había elevado á la pairia, le había sacado de sus prisiones y le había restituído al Parlamento, de donde había sido arrojado bajo la acusación de su corrupción y de sus prevaricaciones, escribió y dió inmediatamente á las prensas de Londres sus *Consideraciones políticas sobre la guerra contra España*, que, á la vez que sinceraba á aquella corona de la necesidad de la guerra, marcaba los puntos por donde acometerla y los objetivos á que dirigirla, y otra *Disertación sobre la verdadera grandeza de la Gran Bretaña,* destinada á vigorizar la conciencia nacional de Inglaterra en el sentimiento viril de su propia fuerza contra las preocupaciones que aun el pueblo británico alimentaba acerca del poder ostentoso é invencible de España. El primero de estos opúsculos, de carácter universal, traducido inmediatamente al francés por el consejero Maugars, fué reproducido el mismo año de 1624 en París, y desde París, vulgarizado por todas las potencias que habían entrado en la liga contra Es-

paña y hasta por Roma, á cuyo Pontífice Urbano VIII se le acusó entonces de que también contribuía con 300.000 ducados al sostenimiento de los ejércitos que reunían para acabar con la potencia de España en Europa.

Bacon comenzaba presentando ante las perspectivas del príncipe Carlos las probabilidades de un nuevo imperio. «V. M., decía, tiene un nombre de emperador. Un Carlos fué el primer emperador de Francia. Un Carlos fué el primer emperador de España. ¿Por qué la Gran Bretaña no lo ha de tener á su vez?» Pero, entrando desde luego en materia, justificaba la razón, por parte de Inglaterra, de aquella guerra contra España, hasta como una apelación al tribunal de la justicia de Dios, por estar Inglaterra de lleno dentro de las tres causas capitales que hacen la guerra justa y necesaria: primero, un motivo de queja y después dos de legítima defensa: la recuperación del Palatinado, patrimonio de una hija de la Corona británica; el temor justificado de una insurrección dentro de los Estados de la Gran Bretaña, y el no menos justificable de la perturbación de la Iglesia nacional y de las creencias religiosas del pueblo inglés. La primera de estas cuestiones lord Bacon la consideraba de derecho, y de defensa las siguientes. De la primera de estas causas estaban presentes el hecho del despojo del Conde Palatino, el hecho de la distribución de sus Estados y el hecho de la proscripción de sus derechos, sobre los que se habían seguido tantas negociaciones infructuosas. El temor de una agresión y una insurrección en los Estados de la Corona se patentizaba con la pretendida invasión de 1588 y los auxilios repetidamente prestados á los rebeldes de Irlanda. El temor de una perturbación en la Iglesia nacional y en las creencias religiosas del pueblo británico se justificaba del mismo modo por el sostenimiento de tantos seminarios católicos para nacionales de Irlanda y de Escocia en Roma, en Lovaina, en Bruselas, en Valladolid, en Salamanca, en Sevilla y en otras partes de los dominios de España, y en las gestiones y en las conspiraciones sin tregua contra la

inviolabilidad de lo que constituía la religión del Estado, de que el mismo Rey era el jefe.

Esta guerra, una vez declarada, no compelía á la limitación de sólo el Palatinado y los territorios amenazados por las armas ó la influencia de España. Era una guerra que interesaba del mismo modo á Inglaterra, á Escocia y á Irlanda que á los demás países, como la Holanda, los Países Bajos y el Principado del Rhin, donde la influencia de Inglaterra fuese contrastada, *además de abrir á sus armas la esfera de su hostilidad por donde quiera que España tuviese dominios, alianzas é intereses.* Así Bacon decía: «Cuando yo hablo de la guerra para la recuperación del Palatinado, no entiendo que la guerra se limite á este país únicamente, sino donde quiera que el enemigo posea alguna cosa». Y como creyese existir en toda Inglaterra un partido numeroso que aun pudiera desconfiar del resultado de una guerra con España, y que en esta opinión estaban conformes muchos de los hombres políticos de aquel país que asistían al consejo privado del Rey ó tenían asiento en las Cámaras, sin negar que emprender una guerra contra España era una cosa digna de consideración y que necesitaba grandes preparativos y una extremada diligencia, terminaba por afirmar que «*el español no es gigante, como se nos ha querido hacer creer*», y que «*los que pensaban que España era más poderosa que Inglaterra no eran hombres de Estado*».

De cualquier modo, las naciones no deben pensar en su fuerza cuando tienen afrentas que vengar y derechos que defender, ó cuando se ven amenazados en su seguridad y en su integridad. «España, añadía, por dos veces se ha esforzado para apoderarse del reino de Inglaterra: una vez por el matrimonio de la reina María y otra por la conquista en 1588, con fuerzas de mar y tierra que no cederían á las que hoy tiene. Mas en 1588 nos ha dado muy buenos avisos sobre sus intenciones. Viendo que la guerra de los Países Bajos iba para largo y que estaba fomentada y entretenida por los socorros de los ingleses, no halló otro medio para concluirla que dar un asalto á

Inglaterra que sirviera á los holandeses de puerta falsa. ¿Quién nos asegura que no se repita lo mismo? De modo que nosotros estamos en constante peligro de ser agredidos, y si consintiésemos la ruina de los holandeses, nos encontraríamos desnudos y desmantelados. Debemos, pues, defendernos por nosotros mismos, agrediendo á quien nos amenaza, y debemos á la vez ayudar á los holandeses para no vernos el mejor día con la guerra dentro de Irlanda y aun en la misma Inglaterra.»

«*Por fortuna, la inanidad de la potencia de España, Inglaterra es quien la ha descubierto, y puesto patente su vulnerabilidad por todos lados y su inconsistencia para mantener sus propias empresas.*»

«Por dos veces los españoles han tratado de invadir la Irlanda: una en 1580, bajo la bandera del Papa, cuando fueron derrotados por lord Grey, y otra vez en nombre propio, cuando cayeron en Montjoy. *Desde la primera de estas aventuras, Inglaterra ha probado á España en todos los campos de su propia defensa, y en todos ha flaqueado*: en 1582, en la retirada de Gante por John Norris, contra todas las fuerzas del príncipe de Parma; en 1585, en las expediciones de Drake y Carlile á las Indias orientales; en 1587, en las expediciones al Brasil y hasta el estrecho de Magallanes. *Todos estos sucesos nos han dado á conocer que España está muy débil y que es tardía en sus movimientos.* Además, nuestras naves se han paseado desde Cádiz hasta Cascaes, *quemando el mostacho* al rey de España; y aunque armó contra nosotros en 1588 la pavorosa expedición de la *Invencible*, se deshizo entre las tempestades y el valor de nuestras naves. En 1596 se hizo la segunda invasión en tierra de España, desolando á Cádiz; en 1600 sostuvimos la batalla naval de New-Port; en 1601, por tierra, en Irlanda, la de Kuisah y en los Países Bajos hemos tenido encuentros victoriosos con sus armas en Gravelinas, en Dieux de Normandía, en Bretaña y en Ostende. Drake y John Hawkins han sido el terror de las Indias occidentales, y *su flaqueza es tanta, que en los últimos ochenta años no ha logrado ganar un palmo de tie-*

rra en ninguna parte. Inglaterra nada tiene que temer de España: la ha tratado en todas partes, y en todas la ha encontrado debilitada. Entretanto que España se ha enflaquecido, Francia con su nueva dinastía, Inglaterra con las reformas de la reina Isabel, Holanda con su libertad, Dinamarca y todos los Estados del Norte con el constante ejercicio de las armas, *suman una fuerza poderosa de agresión y defensa que, coaligada, logrará expulsar á España de todos los dominios que ha usurpado. España hasta carece de confederados que le sean leales*».

Extendidas las ideas de Bacon por todo el Continente, Samuel Puffendorf completó las opiniones del descrédito, compendiando en nuestro daño las vertidas durante todo el siglo antecedente, en una crítica histórico-filosófica de nuestro estado. Para ello no necesitó de pretextos políticos como Bacon: bastáronle los odios sectarios de la cuna en que nació en el seno de un ministro soberano. No había país en el orbe donde ejerciéramos dominación, ó hubiera siquiera recibido la huella de nuestro paso, que *no nos profesara el más inextinguible aborrecimiento.* El descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo no es para él más que una usurpación que hicimos á los ingleses, entre quienes Madoc, el hijo del viejo Guisvert, príncipe de Gales, y los demás supuestos navegantes que precedieron á Colón en su exploración por el Atlántico, eran los dueños legítimos del hemisferio hasta entonces desconocido y desde entonces patentizado, á pesar de todos los sacrificios de España, de toda la temeraria constancia de Colón y de todas las bulas y donaciones *ridículas* del Pontificado. La colonización de España para aquellos indígenas fué más bien un retroceso que un adelanto, en las vías de su civilización. A América no llevó España sino su crueldad y su avaricia. Allí nos cebamos en la matanza horrible de millares de millares de hombres, imponiendo á los que quedaron nuestro yugo insoportable; y en Méjico y en el Perú encontramos pueblos civilizados, no feroces ni bárbaros, como se ha pretendido, y cuyas leyes é instituciones na-

tivas, por los vestigios que de ellas han quedado, eran más libres y estaban más adelantadas que las de Europa. Puffendorf se lamentaba de que, en el tiempo que él escribía, aquellas vastas regiones dominadas por los españoles estuvieran casi desiertas «á causa de la crueldad y de la barbarie de los españoles, que habían exterminado la mayor parte de sus habitantes». Nuestra codicia era insaciable. Los españoles establecidos en la capital de Méjico, enriquecidos con el trabajo del indio y sus descendencias, del negro esclavo y de sus mezclas, vivían como potentados, opulentos, rodeados de comodidades, soberbios con su autoridad, imperiosos hasta la tiranía; y de estos españoles así constituídos, que habitaban la capital de Méjico, había dentro de los muros de ella *hasta diez y ocho mil carrozas.*

A pesar de tantas riquezas, que en parte refluían á la Península, el oro de América sólo servía para enriquecer á Europa, pues en España ni aun los mendigos se dedicaban á trabajos ni profesiones lucrativas. Entregados á la indolencia y la vagancia, la población había disminuído, los campos quedado estériles y consumidos los pocos hombres hábiles en las continuas guerras. Este gran reino había llegado á tal extenuación de fuerzas, que ni podía sostenerse á sí mismo ni defenderse de sus enemigos, ofreciendo por todas partes sus lados vulnerables. Su principal deficiencia consistía en sus armadas. Ni tenía barcos, ni quien los tripulase, siendo el poder naval el único que podía salvar el cuarteado edificio de su imperio extendido por todas las latitudes del planeta. Por todas partes observaba Puffendorf cómo brotaban los enemigos de un imperio que empezaba á *desmoronarse;* pero sus más temibles adversarios son la Francia, que le acecha en los Países Bajos y en Italia; Inglaterra, que le cierra el paso de las Indias que codicia; é Italia, que si algún día logra levantar la cabeza, no parará hasta hacerse la dueña y árbitra del Mediterráneo. Respecto á la resistencia de España, Puffendorf no abrigaba grande confianza: agotados sus ejércitos, extinguidas sus escuadras, entregados sus presidios y fortalezas á la guarnición de fuer-

zas de avalancha y mercenarias, sólo mantenía á España la leyenda de su antiguo poder, que al primer golpe rudo que sufriera se convertiría en ruinas. Faltó á Puffendorf, aunque alemán y luterano, azuzar las fuerzas, en Europa coaligadas, para que destruyeran nuestro imperio, como ya aconsejó Bacon; pero bastaba que levantase el velo que cubría un cuerpo enfermo plagado de lacerias.

Mas en la corriente del filósofo inglés revelóse en Francia el abogado del rey en Auxerre, Maistre Christophe Balthazard. Su *Traité des usurpations des Rois d'Espagne sur la couronne de France depuis Charles VIII*, escrita y publicada en París en 1625, y su *Commencement, progrès et declin de la Monarchie française et drois des rois de France sur l'Empire*, sin ser obras de Estado como la de Bacon, fueron, indudablemente, inspiradas por las corrientes de la política dominante en aquel tiempo en la corte de Luis XIII, á quien el primero de los dos opúsculos está dedicado. Francia, según este autor, tenía derechos: primero, á Sicilia, Nápoles y Milán; segundo, al Brabante y al Artois, como partes que habían sido del antiguo reino de la Lorena; tercero, al condado de Rosellón; cuarto, al reino de Navarra, y finalmente, al imperio. Estos territorios todos, que á la sazón estaban incorporados ó á los Estados ó á las provincias ó á las posesiones de España, eran otras tantas usurpaciones de nuestros monarcas, que la Francia se creía en el deber de rescatar á cualquier precio, en todo momento y por todos los medios ó de las armas ó de la negociación. Francia no tenía otras alegaciones contra nosotros para entrar en la confabulación común que ella misma había estimulado. Así ponía bajo el disfraz del derecho las sugestiones de la ambición, y entre tantas pasiones hostiles el pensamiento sagaz que alimentaba, no sólo de engrandecerse con los despojos de nuestra corona, sino de limitar y degradar nuestro poder hasta reducirnos á una provincia adscrita al imperio en que soñaba, de no lograr imponérnoslo materialmente y de todo punto por una total absorción.

Contra esta confabulación, Felipe IV y su ministro el Conde-Duque opuso una viril resistencia, para la que en ningún lugar de Europa, con estas propagandas de descrédito y con estas guerras de opinión, se nos creía preparados; y tan alto colocaron el valor y la fama restaurada de España, que en aquella campaña primera, que duró de 1623 á 1626, con pretexto de la Valtelina y el Palatinado, todos los éxitos se sumaron en otras tantas victorias. No así en la posterior, que comenzó en 1635 y no acabó hasta 1659, en la cual, aunque la resistencia fué heroica é ilustres las campañas del duque de Feria, del marqués de Leganés y del cardenal Infante, su indefinida prolongación hasta el punto de que, cuando los franceses acometieron la temeraria tentativa de Fuenterrabía, cuando surgieron las insurrecciones de Portugal y de Cataluña y se descubrieron las conspiraciones de los grandes, ya no teníamos ni generales, ni escuadras, ni ejércitos, ni armamentos, ni dinero, constituye la maravilla de cómo pudimos atender á tantos incendios á un tiempo. Desde este momento comienzan los tratados y las desmembraciones de la Monarquía española. Primero el de Westfalia, á que siguió el de los Pirineos; mas por el primero hubo que ratificar el reconocimiento de la independencia de Holanda, y por el segundo ceder á Francia la supremacía sostenida en Europa desde Fernando el Católico, con la mano de la infanta María Teresa para Luis XIV, y la devolución del Rosellón juntamente con la Cerdeña. Ya desde 1628 se nos había desposeído en Oriente de Malaca y Ceilán, Java y otras islas, y en 1648 del Brabante y otras partes de Flandes. Desde Westfalia hasta Utrech Luis XIV, durante el reinado de Carlos II y de su minoridad, pasando por la paz de Nimega en 1678, nos fueron arrebatados muchos otros territorios, y al cabo, tras de la guerra de Sucesión, no sólo nos vimos expulsados de casi todos los dominios continentales fuera de la Península, sino que allá mismo y en los territorios adyacentes, Inglaterra nos ocupó á Gibraltar y á Mahón en las Baleares.

Todavía estas pérdidas, con ser de tamaña importancia, pudieran quedar silenciosamente sufridas si al advenimiento de una nueva dinastía de la casa de Francia á la corona de España, la subordinación con que nos legó á aquella monarquía no hubiera virtualmente equivalido casi á una total renuncia de nuestra personalidad internacional y de nuestra independencia. La corte de España no estaba en Madrid sino nominalmente. La corte de España, el centro de nuestro gobierno y de nuestras relaciones exteriores, estuvo realmente en Versalles bajo los dos últimos Luises que sucedieron en el trono al Rey Sol.

¡Qué de degradaciones! ¡Bacon en realidad había triunfado! Lo que no perdimos de nuestra fisonomía propia en el tratado de Utrech acabamos de perderlo bajo Carlos III en el *Pacto de familia*; y aunque á poco sobrevino la revolución de Francia, que debiera haber roto la coyunda servil que á su guillotinada monarquía nos ligaba, todavía la revolución nos pidió, y tuvimos que darle, á Santo Domingo, la Luisiana y la Trinidad, y no contento con manejarnos como súbditos esclavizados el astro triunfal de Napoleón, llegó el momento en que las ideas de Bacon debían restablecerse en todo su rigor, y entonces, antes de invadirnos, creyó Bonaparte leernos la última sentencia de nuestros destinos en aquella *Memoria* inolvidable del ministro Champagny, duque de Cadora, y en aquel programa de bases que por medio de D. Eugenio Izquierdo envió en los primeros días de Marzo de 1808 á Carlos IV y á su ministro el Príncipe de la Paz, en que pedía la anexión á Francia de las provincias del Ebro á cambio de ciertas compensaciones en Portugal. La suerte de la guerra que estalló después y duró cinco años no consintió estas desmembraciones en el suelo de la Península; pero ¿por ventura no se inauguraron desde 1810 las de Méjico, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Guatemala, Honduras, Nicaragua y San Salvador?

El plan devastador de España formulado por Bacon está

vivo todavía. Desde 1895, en las Cámaras y en la prensa de los Estados Unidos no se ha hablado respecto á España otro lenguaje que el del filósofo inglés del reinado de Jacobo I y Carlos I; que el del ilustre tratadista del Derecho natural, Puffendorf; que el del abogado francés de Auxerre, Balthazard; que el de los tratados de los Pirineos, de Nimega y de Utrech; que el de la *Memoria* de Champagny de 1808 y el del conde de Rayneval y el mariscal Soult en 1839 á nuestro embajador en París, el duque de Frías; que el de M. Thiers en la Cámara de los Diputados de Francia al discutirse los matrimonios españoles, y que el que el marqués de Salisbury ha extremado al hacer la crítica de las naciones decayentes; Mr. Leroy-Beaulieu al hacer el cuadro de las Haciendas averiadas, y el presidente Mac-Kinley al anunciar la guerra con España, que nos ha costado el resto de nuestras posesiones americanas, el imperio total colonial de las Filipinas y algunos territorios de las Marianas.

¿Han enmudecido así, después de tantas desmembraciones, las guerras de la opinión que contra nosotros se iniciaron desde los días del imperio de Carlos V en su rivalidad con Francisco I de Francia, y que de caída en caída nos ha llevado á tantas degradaciones? No ha cesado, por desgracia, y sus gritos de alarma por todas partes nos asedian. Si hemos de salvar lo que de nuestra nacionalidad nos resta, preciso es que no permanezcamos por más tiempo ó sordos ó ignorantes ó indiferentes ante esos clamores del juicio.

Confusa y grave es la situación en que nos encontramos; pero aún tenemos vida, aún podemos luchar, aún podemos salvarnos, no con tópicos anodinos, sino con actitudes enérgicas y enérgicas resoluciones. Tres peligros gravísimos nos agobian: la contienda civil, la intervención económica, la intervención armada. Cuatro problemas dificilísimos tenemos delante: la defensa de lo que nos queda, el pago de lo que debemos, el fomento de la riqueza nacional para fundar en él el fomento de los recursos del Estado, la imperiosa necesidad de

reorganizar urgentemente nuestras instituciones armadas por mar y por tierra. ¿Seremos juiciosos? ¿Seremos hombres de Estado? ¿Resistiremos al empeño de tamaña lucha y de tan necesarios sacrificios? Sin ellos, ni se alejarán los peligros ni se resolverán los problemas. Sin ellos, estamos perdidos.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

MADRID EN 1833

(RECUERDOS DEL PASADO)

LOS CONVENTOS DE RELIGIOSAS

Si era, con verdad, crecido el número de Conventos de religiosos en el interior de la Villa, fundados casi todos desde que á ella trasladó Felipe II la Corte, abandonando para siempre á Toledo, y lo era también el de los que, á pesar de las demoliciones verificadas durante la dominación francesa, perduraban en 1833 todavía,—no resultaba mucho menor, por cierto, el de religiosas, subsistiendo en la fecha señalada treinta y tres, algunos de los cuales en pie y en su propio y originario destino permanecen, sumando entonces, con los de varones, no menos de setenta y una casas de religión, de todos órdenes y categorías, repartidas con preferencia por lo principal y más céntrico y poblado de la Corte.

Procuré ya notar cómo á los dos lados de la *Casa de Correos*, que tantos años hace viene, mal que bien, sirviendo para Ministerio de la Gobernación,—en la *Puerta del Sol* gallardeaban *San Felipe el Real*, con sus características covachuelas y sus famosas *gradas* en la parte á la *calle Mayor* correspondiente, y á la opuesta de la *Carrera de San Jerónimo Nuestra Señora de la Soledad y Victoria*, cuya memoria guarda aún la calle de este último nombre, que hasta la *de la Cruz* se abre camino; y si en la *de Alcalá* se hacía preciso recorrer larga distancia para encontrar, donde se levantan hoy con el *Teatro de Apolo* las casas que dan vuelta hasta la *de las Infantas*, el *Convento*

del Carmen Descalzo, que era, como los anteriores, de religiosos,—en la propia calle existían, en las casas de Fornos, el *Convento de Nuestra Señora de la Piedad*, vulgarmente llamado *las Vallecas*, poco más abajo el de *Las Calatravas*, y frente por frente del *Carmen Descalzo* referido el de *las Baronesas*, en los jardines del Marqués de Casa-Riera, contándose así en la *calle de Alcalá* cuatro edificios conventuales, tres de ellos de religiosas.

Bernardas eran las monjas de *Nuestra Señora de la Piedad*, y procedían de la cercana villa de Vallecas, donde el maestresala del desdichado Enrique IV, Alvar Garcidiez de Rivadeneyra, había originariamente fundado en 1473 el Convento. De allí, por causas no indicadas, trájolas á Madrid el Cardenal Siliceo, arzobispo de Toledo, de orden de quien fué para ellas construída la nueva casa, la cual, dada la magnificencia de que dió pruebas siempre aquel insigne prelado, debía ser suntuosa. La iglesia, restaurada ó, por mejor decir, reformada al gusto pseudo-clásico del siglo XVIII, con grandes pilastrones y salientes cornisones del estilo jónico, estaba adornada con frescos, así en las pechinas como en el medio punto, debidos al pincel del pintor y arquitecto madrileño D. Alejandro González Velázquez, teniente-director en pintura y arquitectura de la Real Academia de San Fernando, de quien fueron también las trazas de la reforma del templo y las del retablo mayor y altares colaterales, en uno de los cuales, el del lado del Evangelio, había un *San Sebastián* y una *Concepción* en el remate, pintados por Juan Carreño de Miranda.

Así permanecía aún en 1833 el Convento, cuyo edificio al exterior no tenía nada de bello; después de la traslación de las monjas, que hoy están en el número 6 de la *calle de Isabel la Católica*, fué sucesivamente destinado á instrucción de quintos y de milicianos, á colegio electoral, á *Museo filarmónico*, á *Bolsa de Comercio*, *Teatro lírico*, *Colegio de enseñanza* y *Almacén de plomos*, hasta que, totalmente derribado, han sido construídas en el solar todas aquellas casas que des-

de la estrecha *calle de la Aduana* van por la *de Peligros* (1) á volver á la *de Alcalá*, en una de las cuales está el *Café de Fornos*, mientras ha tratado de mejorar otra su fachada con el establecimiento del *Hotel Santa Cruz*, que ha quebrantado la unidad arquitectónica de aquellos edificios hermanos.

Tampoco existe ya el Convento á las *Comendadoras de Calatrava* erigido al lado de su iglesia, que todavía permanece en pie, y donde celebran con gran solemnidad y pompa sus ceremonias y funciones las Órdenes militares de Calatrava y de Montesa, como asiste la que hoy se llama *crema* los domingos á la misa de una, y van los jóvenes á ver entrar y salir, y á requebrar á las muchachas, de igual forma que durante el siglo XVII lo hacían en el atrio del *Convento de Nuestra Señora de la Soledad y Victoria*, establecido en la *Carrera de San Jerónimo*. Tuvieron su casa original las *Calatravas* en Almonacid de Zorita, y de allí, en 1623, se trasladaron á la Corte, donde les fueron edificados la iglesia y el Convento. Á aquélla, interior y exteriormente restaurada á expensas del rey Don Francisco de Asís, bajo la dirección del arquitecto D. Juan de Madrazo, da carácter la linterna del crucero; las esculturas del retablo mayor son de mano de D. Pablo González Velázquez, padre del reformador de las *Vallecas*, habiendo pintado para una de sus capillas Francisco Ignacio Ruiz de la Iglesia un

(1) Era ésta una muy estrecha callejuela, de que no pocos se acordarán, pues no hace muchos años que empezó á modificarse, la cual tomó nombre de una imagen de *Nuestra Señora de los Peligros*, de poco más de tercia de alto, traída por el doctor Herrera de Jaén, y á la que dió semejante advocación por los trabajos de que le había librado, logrando fuera colocada en la iglesia del Convento. Otros cuentan la trajo un cautivo y «que hizo el milagro de salvar una niña, quien había caído en un pozo en relación con una tarjea; decíase que los milagros fueron tres, porque la niña no murió del golpe, ni se ahogó, ni fué arrastrada á la tarjea; la madre exclamó: ¡Virgen mía *de los Peligros!*, nombre que quedó á la imagen y á las calles Ancha y Angosta». «Por haber sacado del convento de las Vallecas á una monja profesa, dieron garrote en 1569 á don Justo de Valdivielso» (Fernández de los Ríos, *Guía de Madrid*, página 118).

San Juan de la Cruz, que no sé si existe. En el solar del *Convento*, demolido durante la época revolucionaria, se levantan las casas 23 y 25 de la citada *calle*, donde se hallan instalados el *Banco Argentino* y los salones destinados por los Sres. Amaré á Exposición de Bellas Artes.

Frente al *Carmen Descalzo* estaban las carmelitas recoletas de *Las Baronesas*, cuya fundación hizo en 1650 la baronesa D.ª Beatriz Silveira, de cuya categoría nobiliaria tomaron el apelativo. La iglesia, que era regular, entre otras pinturas del Greco y de Balluerca, tenía en el crucero, al lado de la Epístola, una de Lucas Jordán con el *Arcángel San Rafael guiando á Tobías*; mas derribada aquella casa y vendido el solar, que llegaba hasta la antigua *calle de la Greda*, hoy *de los Madrazo*, se halla éste convertido, cual apunté arriba, en el extenso jardín del Palacio del Marqués de Casa-Riera.

Aunque con edificio nuevo y aristocrática iglesia, cuyo aspecto nada tiene de particular, en el número 11 del *Paseo de Recoletos*, y, poco más ó menos, donde estuvieron antes y desde su fundación, permanecen las religiosas franciscas de *San Pascual*; el duque de Medina de Río Seco, Almirante de Castilla, fué en 1683 fundador de esta casa, la cual estaba en terrenos inmediatos al palacio del dicho duque, y todos hemos conocido su antigua y pequeña iglesia, cuya demolición exigía la regularización del paseo. Asegúrase que el Almirante dotó el Convento «con exquisitas pinturas de los mejores profesores», entre las cuales las había de Jordán, del Ticiano y de D. Blas del Prado, «que formaban una de las más preciosas colecciones», y que, «á pesar de haber sido despojado de la mayor parte de ellas», «habían quedado bastantes dignas de verse, como son la *Concepción* del Altar mayor, del Españoleto, y algunas otras». Juan Carreño de Miranda pintó para el remate del Altar mayor mencionado el santo titular en aquella iglesia, en cuyo presbiterio estaba el sepulcro del Almirante.

Entrando en la *Carrera de San Jerónimo* por el *Prado*, demás del *Convento de Capuchinos del Prado* ó de *San Antonio*

de Padua, de el del *Espíritu Santo*, cuyo emplazamiento ocupa el *Palacio del Congreso*; del *Hospital de los Italianos* y del *Convento de la Victoria*, edificios de los que ya ninguno existe,—en las casas que hacen frente al *Congreso* y vuelven á la *Plaza de las Cortes*, á la *calle del Prado* y á la *de Santa Catalina*, que conserva el nombre, estuvo el *Convento de Santa Catalina de Sena*, cuya fundación primitiva corresponde al año 1510, pero que fué á este sitio trasladado por el duque de Lerma, teniendo su principal fachada por la *calle del Prado*. Derribado por los franceses el edificio, en el que había esculturas de D. Manuel Virués, las monjas dominicas se establecieron en la *calle de Cabestreros*, donde en 1833 estaban, y donde continúan al presente.

Las casas de los números 36, 38 y 40, con vuelta á la *calle del Baño* ó *de Ventura de la Vega*, ocupan, con otras inmediatas, el solar del *Convento de San Bernardo;* fueron *monjas de Pinto* llamadas las religiosas, porque en Pinto fué la comunidad fundada en 1529, viniendo á Madrid en 1588. «Era, dice Mesonero Romanos, un edificio muy poco notable, y su iglesia, pobre y desnuda de adornos; pero con su jardín accesorio, comprendía 66.770 pies entre la *Carrera de San Jerónimo* y la *calle del Baño*», teniendo por aquélla, enfrente, el *Hospital pontificio y regio de San Pedro de los Italianos*. Derribado en 1837 el *Convento*, para el cual trabajaron los pintores Francisco Camilo y Mateo Cerezo y el escultor D. José Salvador Carmona, fueron en su solar construídas, bajo la dirección, me parece, del insigne arquitecto D. Manuel Aníbal Alvarez, las tres casas de la *Carrera*, pareciendo que la comunidad ha debido refundirse en alguna otra de su orden.

Reedificado el año 1829, en la *calle del Prado*, estaba el *Convento de Santa Ana,* de carmelitas, el cual había sido fundado por San Juan de la Cruz el año de 1586, siendo su solar el de la actual *Plaza de Santa Ana*, pues aquel primitivo edificio, con su iglesia, en la cual había obras de los pintores D. Alejandro y D. Antonio González Velázquez, Ruiz

de la Iglesia, Juan Carreño de Miranda y Ruiz González, y esculturas de D. Juan Pascual de Mena, fué el año 1810 convertido en plaza por los franceses, colocando en su centro una fuente con el hermoso grupo en bronce del emperador Carlos V, que labró León Leoni para el *Jardín de San Pablo* en el Buen Retiro y se conserva en el *Museo* del Prado; las monjas hoy se hallan en el número 32 de la *calle de Torrijos*.

Del mísero *Convento de la Magdalena*, en la *calle de Atocha*, donde edificó el Sr. Ceriola varias casas particulares, sólo he de consignar fué en su origen establecido á la *Parroquia de San Pedro* por el limosnero de Felipe II, Luis Manrique; que eran agustinas, y que en 1579 se trasladaron á la *calle de Atocha*, donde han permanecido hasta que, hacia 1837, fué derruído el edificio, el cual nada tenía de notable, conforme se asegura. En esta misma calle estaba el *Beaterio de San José*, de la orden tercera de San Francisco, para el cual hizo una efigie del titular D. Juan Pascual de Mena; fué fundación del año 1638, hecha en la *calle del Mesón de Paredes*, y su iglesia, labrada en 1768, nada de interés contenía, existiendo hoy la comunidad en la *calle de Sagasti*.

Dando por su importancia nombre á la vía en que se halla, y señalado en ella con el número 48, subsiste el *Convento de Santa Isabel*, de agustinas descalzas, cuyo origen es del año 1589, fecha en la cual tuvieron su casa en la *calle del Príncipe*, de donde, en 1617, la reina doña Margarita, mujer de Felipe III, las trasladó á lo que había sido casa de campo del célebre Antonio Pérez, secretario de Felipe II, labrando el *Convento* y la iglesia, la cual fué terminada en 1665 y renovada en el siglo XVIII. Contenía «pinturas buenas, y aunque fueron extraídas muchas en tiempo de los franceses»,—cosa que, si bien nada tendría de particular, no está ni mucho menos comprobado,—en 1833 quedaban «la *Concepción* del altar mayor, y el *Nacimiento*, ambas del Españoleto, con algunas otras de Claudio Coello, de Mateo Cerezo y otros, pues para esta casa trabajaron además González Velázquez, Benito Manuel de Agüe-

ro y D. Antonio Palomino. Unido al Convento, está el *Colegio de niñas* que en 1595 fundó Felipe II con la denominación de *Casa-recogimiento de Santa Isabel,* cuyo patronato corresponde á la Corona.

Humilde de fábrica, pero famoso y célebre por haber hallado en él descanso eterno los restos mortales del Manco inmortal de Lepanto, y en él profesado una hija natural del mismo y otra, también natural, del Fénix de los ingenios,—en la que se llamó *calle de Cantarránas*, hoy de *Lope de Vega*, señalado con el número 18, existe el *Convento de Trinitarias descalzas*, que, bajo la advocación de *San Ildefonso*, fué en 1609 fundado por doña Juana Gaitán, hija de D. Julián Romero. Poseían las religiosas un lienzo en uno de los altares inmediatos al crucero, pintado por Alonso del Arco, representando *San Felipe de Neri*, y un *San Agustín* de Jiménez Donoso; y cuantas tentativas se han hecho para descubrir en él la sepultura de Cervantes han sido infructuosas, por desgracia.

Exigencias de la vida moderna han obligado á derribar no ha mucho el *Convento de la Concepción de Nuestra Señora*, abriendo hermosa calle que pone en comunicación la *de la Colegiata*, antes *del Burro*, con la *de la Concepción Jerónima*, apelativo que recibió ésta por hallarse en ella la indicada casa de religión, de monjas jerónimas. Notable porque su fundación fué debida en 1504 á la piedad de aquella ilustre dama D.ª Beatriz Galindo, *la Latina*, camarera mayor y maestra de Isabel la Católica,—construídos fueron el convento y su iglesia en 1509, fecha en la cual se trasladaron allí las religiosas desde el *Hospital*, también fundado por la *Latina* en la *calle de Toledo*, esquina á la *Plaza de la Cebada*. Pequeña era la iglesia, cuya arquitectura de transición la hacía estimable; y si poseía pinturas de Vicencio Carducho, cual lo era *El Martirio de San Esteban*, y de D. José del Castillo en el retablo mayor, hacíanla sobrado interesante los sepulcros de doña Beatriz Galindo y de su esposo el artillero madrileño Francisco Ramírez, los cuales, con las hermosas estatuas yacentes

y los bellos relieves plateresc6s que los adornan, eran joyas verdaderamente inestimables en Madrid, donde son, en realidad, las únicas que de aquel estilo se conservan. Edificado el nuevo *Convento* en el número 31 de la *calle de Lista*, á su iglesia han sido ambos sepulcros trasladados, no con el mejor acuerdo, así porque no fué aquel el lugar que para su enterramiento escogieron los fundadores, como porque, constituyendo los sepulcros indicados verdaderos monumentos arqueológicos, han debido ser depositados, por lo menos, en el *Museo* especial en que están otros varios sepulcros de diversas procedencias, y las estatuas orantes de los que se han perdido al ser derribadas las iglesias donde estuvieron.

Iguales causas que las que han obligado á demoler esta casa de religión, han hecho sea recientemente derribada la de la fudación de la misma D.ª Beatriz Galindo y Francisco Ramírez *el Artillero*, en la *calle de Toledo*, esquina á la *Plaza de la Cebada*, desapareciendo así el *Convento de la Concepción Francisca*, que fué para esto destinado en 1512, y el *Hospital* contiguo *de la Latina*, cuya portada y cuya escalera eran lo único que en Madrid existía de aquel estilo arquitectónico que tantas maravillas dejaba vinculadas en España, si bien serán una y otra armadas de nuevo, cual se afirma, en el edificio á que hayan de trasladarse definitivamente las religiosas, hoy albergadas en el *Convento de las Descalzas Reales*.

Subsiste en la *Plaza del Conde de Miranda* el *Convento del Corpus Christi*, vulgarmente llamado *Las Carboneras*, formando uno de los frentes de la indicada plaza. Lleva de antiguo este nombre singular, según se dice, porque fué en una carbonera hallada una imagen de la Concepción, que en él se venera, siendo también sus religiosas, que son jerónimas, designadas con el nombre de *las carboneras*. El Convento data del año 1607, en que la condesa del Castellar, D.ª Beatriz Ramírez de Mendoza, hubo de fundarle en casas propias del mayorazgo de los Ramírez. La iglesia, bajo el punto de vista arquitectónico, no brinda grande interés; pero posee de Vicencio Cardu-

cho el cuadro de *la Santa Cena* en el retablo del altar mayor, otros dos pequeños en los intercolumnios, y algunos santos de los pedestales, siendo del divino Morales un *Ecce-Homo* que hay en uno de los altares colaterales, y de Francisco Herrera el Mozo los cuadros de *San José*, *Santa Ana*, *San Agustín*, *San Martín* y *el Salvador* en el retablo próximo al coro.

En la *calle Mayor*, frente al Ayuntamiento, permaneció en pie hasta el año de 1840, en que fué derribado, el edificio del *Convento de monjas de Constantinopla*, con su iglesia correspondiente. Era de religiosas franciscas, cuya comunidad había sido trasladada en 1551 desde el lugar de Rejas, tres leguas de Madrid, á aquel trozo de la principal *calle Mayor*, que en 1833 se llamaba *de la Almudena*, por la *Parroquia* de esta advocación que estuvo más abajo. Era la iglesia espaciosa y clara; y aunque como labrada en 1628 no podía reputarse de interés, demás de la efigie de *Nuestra Señora*, que estaba en el altar mayor y se decía traída de Constantinopla (por lo que el Convento tuvo la denominación vulgar con que era conocido), junto al coro tenía dos santos de la Orden de San Francisco y de Santo Domingo, respectivamente, pintados por Vicencio Carducho; otros dos cuadros de *San Luis obispo* y *Santa Clara*, de Isidoro Arredondo, en los altares de los costados; una *Concepción* de Herrera el Mozo en la *Capilla del Cristo*, y de Ruiz de la Iglesia *la Virgen* y *San Juan* en el altar del Cristo. La comunidad subsiste establecida en el camino de Carabanchel Bajo.

De bernardas descalzas es el *Convento del Sacramento*, situado al final de la calle de tal nombre y cerca del edificio de *Los Consejos*. Fundóle próximo á éste, que era la suntuosa morada suya, el magnífico D. Cristóbal Gómez de Sandoval, Duque de Uceda, el año 1615; y si bien de la casa de religión nada puede decirse, porque su exterior es harto modesto y su interior no habrá de ser más suntuoso,—la iglesia, convertida hoy en *Parroquia de Santa María*, es, en cambio, una de las más hermosas de la Corte. Fué construída á mediados del si-

glo XVIII por los planos de Andrés Esteban, y su fachada es monumental, aunque poco bella, teniendo pequeña lonja y atrio holgado; los frescos de sus bóvedas son obra de los hermanos Luis y Alejandro Gómez Velázquez, artistas madrileños, quienes se repartían el trabajo, pintando aquél las figuras y los adornos éste. El retablo del altar mayor, muy posterior, contiene un gran lienzo de *San Benito y San Bernardo adorando el Santísimo*, obra de D. Gregorio Ferro.

Al lado de la antigua *Parroquia de Santiago*, que fué en 1811 reedificada, hacia aquel año derribóse, de orden de José Napoleón, el *Convento de Santa Clara*, de monjas franciscanas, el cual había sido fundado en 1460 por D.ª Catalina Núñez, viuda de Alonso Alvarez de Toledo, tesorero de Enrique IV. Queda aún recuerdo de este *Convento* en la *calle* á que dió nombre (1), y que desde la de *Santiago* va á la *Plaza de Oriente*, habiendo en él pinturas de Andrés Pérez Polanco y de Pedro de Valpuesta, y esculturas de D. José Zazo y Mayo. Las monjas en tiempo de Fernando VII se habían hecho construir nueva casa en la calle *Ancha de San Bernardo*, esquina á la que se dijo *calle de San Miguel* y *San José*, hoy *de Daoiz*, y edificio en el cual, no sin frecuentes obras y reparos, está la *Escuela Normal* establecida.

En la plazuela de su nombre levántase el *Real Monasterio de la Encarnación*, de religiosas agustinas, debido á la piadosa munificencia de la reina Doña Margarita de Austria, mujer de Felipe III, poniéndose el 9 de Junio de 1611 la primera piedra del edificio, que construyó la reina á sus expensas por los planos y bajo la dirección del maestro Juan Gómez de Mora. Parte del Convento fué demolida al mediar del siglo XIX, saliendo de él las monjas para repartirse en otras casas, siendo luego reconstruída cuando á él tornaron aquéllas. «La iglesia, que es preciosa por su forma y por sus riquísimos adornos», y una «de las más ricas y ostentosas de Madrid», fué totalmente re-

(1) En el piso segundo de la casa núm. 3 se suicidó Larra.

formada por el insigne D. Ventura Rodríguez, y es del orden jónico, cual el retablo mayor, labrado en mármoles, y en el que se ostenta el cuadro de *La Anunciación*, de Vicencio Carducho, y dos ángeles de mármol de D. Juan Pascual de Mena. En él existían, además, pinturas de Pantoja de la Cruz, el Españoleto, Bartolomé Román, Antonio del Castillo Saavedra, Bayeu, D. Juan de Vanderhamen y de los hermanos Alejandro, Antonio y Luis González Velázquez; y esculturas de Gregorio Hernández, D. Antonio Primo, D. Felipe de Castro, el citado Mena, D. Francisco Gutiérrez y D. Manuel Alvarez, siendo de reparar en la Sacristía la *Parábola de las nupcias*, debida al pincel de Bartolomé Román, ya mencionado.

Cruzando por delante del solar en que al fin se ha convertido el que fué palacio del duque de Alburquerque, marqués de Cabraita, donde, hasta 1893, estuvo la *Biblioteca Nacional* aposentada, y saliendo á la *Cuesta de Santo Domingo*,—en la manzana que divide la curva *calle de Campomanes* tuvo su emplazamiento el célebre *Convento de Santo Domingo el Real*, uno de los más notables é históricos de la Villa, que fué en 1869 derribado. Había sido fundado para religiosos por el propio Santo Domingo de Guzmán en 1218, no lejos de la *Puerta de Balnadú*, nombre arábigo corrompido, con cuya significación verdadera no hay quien acierte, y los reyes de Castilla, especialmente San Fernando, le habían otorgado grandes mercedes, donándole el hijo de doña Berenguela extensa huerta, que tuvo nombre de *Huerta de la Reina* y más tarde *de la Priora*, denominación esta última conservada en la estrecha calleja que va casi desde la *Plaza de Isabel II* á la de *Santa Catalina de los Donados*.

«Sobre los vulgares edificios que encubrían el del *Convento* y habían hecho variar su primitiva entrada—he escrito antes de ahora,—descollaba gallardo el ábside poligonal de la iglesia». «Labrado en rojizo ladrillo..., adornaban sus caras dos órdenes de estrechos arquillos, decorativos y lanceteados, inscriptos graciosamente en otros polilobulados..., de manera que

en él resplandecía, simpático y atractivo, el aspecto de aquellas fábricas toledanas mudejares, aún en la ciudad del Tajo subsistentes». «Obra de alârifes mudejares, con efecto, como la antigua *Parroquia de San Pedro,* hoy dolorosamente deformada y embadurnada, fruto simulaba ser ya de la mitad del siglo XIV, época en la que reinaba el desventurado príncipe en Montiel asesinado; si no era obra de los días en que doña Constanza de Castilla, nieta del rey don Pedro, rigió como Priora aquella santa casa, que tanto procuró favorecer en vida el legítimo sucesor de Alfonso XI.»

«A consecuencia sin duda de la guerra famosa de las Comunidades, durante la cual» se asegura buscaron allí amparo y salvación las doncellas principales de la Villa, dando con ello pretexto para que el *Convento* fuera sin piedad incendiado,—hubo de experimentar graves reformas el edificio, adulterado luego en el siglo XVI, en el que, según se asegura, Juan de Herrera construyó el coro de orden de Felipe II, en memoria de haber sido en aquel sitio enterrado el príncipe don Carlos, su hijo, siendo aún más sensibles las obras por las monjas ejecutadas en el siglo XVII. Después de ellas, no era la iglesia, que aún recuerdo, sino uno de tantos ejemplares, fríos, del estilo pseudo-clásico, tan abundante en Madrid; pero en el interior del Convento se conservaban memorias de grande interés histórico, y entre ellas, los restos mortales del calumniado rey don Pedro, hoy ya inhumados en la *Capilla de los Reyes* de la catedral de Sevilla, no sin vicisitudes y profanaciones dolorosas (1).

Habían, á lo que parece, permanecido olvidados en la extremeña Puebla de Alcocer, y próximamente hacia el año 1447, según varios escritores, resolvíase con piadoso cariño doña Constanza á trasladarlos al *Convento*, por ella á la sazón regi-

(1) Los lectores que lo desearen, pueden servirse consultar el artículo que, con el título de *Los restos mortales del Rey Don Pedro de Castilla y sus vicisitudes*, publicamos en el tomo X de la tercera época de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos,* pág. 105 y siguientes.

do, construyéndoles al propósito digno enterramiento. «Fama es que el sepulcro existió largo tiempo delante del altar mayor de la iglesia, ostentando en el lecho la estatua yacente del hijo de Alfonso XI», el cual fué, no sé con qué motivo, pues nadie hay que lo indique, «reemplazado en 1504 por el que con regio esplendor construían los Reyes Católicos en sustitución del primero, y de cuya magnificencia puede juzgarse, cuando aquellos ilustres príncipes, que tanto empeño pusieron en reivindicar la memoria de don Pedro, nombraban para guarda mayor del sepulcro á un vecino de Madrid, llamado Pedro Hurtado, *catando* (decían los reyes) *que soys fijodalgo y noble*».

Sobre este segundo mausoleo, que también desapareció en las reformas posteriores del siglo XVII, se levantaba hermosa estatua orante, que hoy figura mutilada en el *Museo Arqueológico Nacional*, refiriéndose á ella un manuscrito español dedicado á Felipe III siendo príncipe, y que con la signatura Add., Mss. 17.905, figura en la biblioteca del *Museo Británico*. Dicho manuscrito expresa: «En Madrid, en Sancto Domingo el Real, está el bulto del bravo rey don Pedro, único de este nombre en Castilla, sculpido en mármol de alabastro, hincado de rodillas, y el rostro airado, armado de todas armas, *hasta las espuelas calçadas,* sino es la cabeça, que tiene puesta en ella su corona Real dorada» (1). Con motivo de las malhadadas reformas de 1612, y según Quintana afirma, fué de nuevo arrancado de su sitio este segundo sepulcro, que desapareció como el primero, trasladándose la hermosa estatua orante á una hornacina del lado del Evangelio, ocasión en la cual, y por no caber en el hueco, le fueron despiadadamente seccionadas las piernas para que quedase allí colocada.

Luego, en circunstancias no conocidas, fué de allí arrojada también la escultura con los restos del desdichado príncipe, y una y otros paraban al fin en los subterráneos del *Convento*,

(1) *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo I (1871), pág. 256.

de donde eran sacados en 1845 por indicación de la Comisión Central de Monumentos, y trasladados al coro, donde se hizo modesto enterramiento, «colocándose, no sin buen consejo..., al lado del enterramiento de la piadosa doña Constanza», lugar en que hasta 1869 permanecieron, y de donde los operarios que derribaban el edificio sacaban la arquilla que las reliquias mortales del monarca guardaban, para profanarlas, pasando éstas con la estatua al *Museo Arqueológico Nacional*, donde los huesos del rey estuvieron hasta ser llevados á Sevilla en 1877.

Por iniciativa de la misma doña Constanza, en 1442, habían sido trasladados á la iglesia de este *Convento* desde Soria, donde en prisión había fallecido, los despojos de su padre el llamado infante don Juan, siendo sepultado en decoroso sepulcro, por completo perdido, sobre el cual aparecía la estatua yacente de aquel hijo bastardo del rey don Pedro, la cual estaba «muy bien esculpida, y con grillos en los pies», declarando la inscripción correspondiente, que era, sin embargo, posterior al fallecimiento de doña Constanza, en «letra de negro sobre el yeso, y parece antigua»:

AQUÍ YACE EL MUY EXCELENTE SEÑOR DON JUAN, HIJO DEL MUY ALTO REY DON PEDRO, CUYAS ANIMAS NUESTRO SEÑOR AYA, E TRES FIJOS SUYOS. SU VIDA E FIN FUE EN PRI SIONES EN LA CIUDAD DE SORIA. FUE ENTER RADO POR MANDADO DEL REY DON ENRRI QUE EN SAN PEDRO DE LA MISMA CIUDAD. TRASLADÓLOS A XXIV. DE DEZIEMBRE DE XLII AQUI EN ESTA SEPULTURA SOROR DOÑA COSTANZA SU HIJA PRIORA DESTE MONESTE RIO, CUYA ANIMA NUESTRO SEÑOR AYA.

Con los restos del rey don Pedro, fueron los del padre de doña Constanza al *Museo* referido, y con ellos han sido sepultados en Sevilla; pero no eran éstos los únicos que el *Convento* guardaba, pues bajo el sepulcro de aquella señora, trasladado también al *Museo*, donde se conserva, estaban ya reducidos á polvo los de la misma, y cerca de la puerta de la Sala Capitular

en un nicho, cuya inscripción, pintada y dorada, declaraba que allí estaba «la mui alta i poderosa señora la infanta doña Costanza yja del rei don Fernando, hermana del rei don Alfonso el XI, tia del rei don Pedro», apareció «colocado verticalmente en un hueco abierto en el macizo de la pared... un pequeño ataúd de pino y en él el cadáver momificado de una niña» de poco más de dos años, con vestidos y paños labrados de seda. En el muro frontero, «sin lucillo funerario ni labor alguna», se hacía constar en un lienzo que allí yacía «la mui alta i poderosa señora la infanta doña Berenguela, hija del rei don Alonso intitulado el emperador»; pero los restos, ó sea el cadáver momificado, «con tocado curiosísimo y envuelto en lujosos ropajes de seda», estaban en otro espacio, ocupado por el órgano más tarde, siendo lástima que aquellas telas no fueran recogidas y conservadas.

Por estas reliquias puede, pues, juzgarse de la importancia del Convento y de la predilección que por él mostraron los monarcas. En su iglesia se conservaban, de Vicente Carducho, el cuadro de *Santo Domingo in Soriano*, y los del retablo de la *Concepción*; en el primer altar del lado de la Epístola un *San Agustín* de Antonio Ricci, y el cuadro de *Jesús*, *María y José* en su retablo, con la *Encarnación* en el remate y otras historias, de Eugenio Caxés, habiendo pintado un altar para la canonización de Santa Rosa de Lima D. Francisco Pérez Sierra.

Contiguo á esta santa casa se hallaba en 1833 la de *Santa María de los Ángeles*, ó *Los Ángeles* simplemente, cuyo recuerdo guarda la calle denominada *Costanilla de los Angeles*, que antes se dijo *Subida* y *Bajada de los Angeles* con relación al Convento de este título, afirmando algún escritor que en aquel cerro, que llega hasta la confluencia de la *calle de Preciados*, la *de las Veneras*, la *Costanilla* y la *Plaza de Santo Domingo*, celebraban la Pascua de los carneros los mahometanos, y que en su falda hubo dos ó tres pozos que servían entonces de baño á los indigentes, y de los cuales parece conservar recuerdo la

empinada *calle de los Caños*. Era de religiosas franciscas el Convento, el cual había sido en 1564 fundado por doña Leonor de Mascareñas, dama venida á España con la emperatriz doña Isabel, y aya que fué de Felipe II y del príncipe don Carlos; en él hubieron de ampararse las monjas de *Santo Domingo el Real* cuando el incendio de 1617, y «en él se aposentó la Santa madre Teresa de Jesús en algunas ocasiones en que permaneció en esta Villa, según expresa ella misma».

Era el edificio de su iglesia poco notable; pero en la hornacina de la puerta del templo figuraba una buena escultura en piedra de *Nuestra Señora*, labrada por Juan Revenga, y que se ha perdido como tantas obras de naturaleza análoga, y de más ó menos mérito, que había en los Conventos demolidos. Francisco Ricci pintó en el retablo llamado *de la Trinidad* el *Misterio de la Epifanía* y el *de la Presentación en el templo*, con la *Trinidad* en el remate, un *Ecce-Homo* en la puerta del Sagrario, y á los lados del altar *San Lucas* y *Santa Lucía*; cerca de él estaba el cuadro de *San Pascual Bailón*, de D. José García Hidalgo, y D. Francisco Pérez Sierra pintó varios cuadros de santos para la capilla que fundó allí D. Diego de Torres. Convento é iglesia fueron en 1838 derribados, y construídas en su solar varias casas particulares.

Borrada ya, como en otros muchos, la memoria de su advocación,—inmediato á la antigua y demolida *Parroquia de San Martín*, en la *Plaza* á que ha dado nombre, en pie permanece todavía el llamado *Convento de las Descalzas Reales*, colocado bajo el patrocinio de *Nuestra Señora de la Consolación*, el cual es de religiosas franciscas de Santa Clara, y á cuyas abadesas concedió Felipe V la grandeza de España perpetua. Era el edificio primitivo de grande extensión y capacidad, y fué palacio cuya construcción llevan unos á los días de don Juan II, y nada menos que á los de Alfonso VI otros, no faltando quien asegure, sin más abonados fiadores, fué allí donde se celebraron en 1339 las primeras Cortes del reino. En él había venido al mundo, cual se afirma, la princesa doña Juana de

Austria, madre del desventurado rey don Sebastián, é hija del emperador Carlos V, quien le hizo donación del edificio; y cuando viuda ya del príncipe don Juan de Portugal, y siendo gobernadora de los reinos en que entonces se dividía España, ideó la fundación del Convento, transformando el palacio,—por consejo de San Francisco de Borja, trajo las fundadoras del Convento de Santa Clara de Gandía, instalándolas el año 1559 en el edificio construído por el maestro Antonio Sillero.

No creo oportuno detenerme á recordar aquí lo que es conocido de aquella casa, la cual el maestro Juan López de Hoyos minuciosamente describe. Muchas reformas ostensibles ha experimentado que la adulteran y deforman, subsistiendo triunfalmente, á pesar de las mismas, la graciosa y sencilla puerta del Renacimiento, que da á la portería del Convento entrada, y que siendo vulgar en otras poblaciones es aquí única y merecedora de muy particular estima por lo tanto, como al interior han de quedar por aventura huellas frecuentes de aquel estilo, entre las cuales no han de ser olvidados los batientes repintados de la puerta que facilita el ingreso á la clausura, los cuales llevan en los cuarterones bellos bustos en relieve. Por la detenida descripción que de ella hace López de Hoyos puede formarse idea de la iglesia primitiva, reformada el año 1756 por el arquitecto D. Diego Villanueva, tal como se encuentra, en cuya reforma fué discretamente respetado el altar mayor, obra del arquitecto, escultor y pintor Gaspar Becerra, si bien fueron pintados los frescos por los hermanos González Velázquez.

Sobre la puerta de una capilla, en el presbiterio, está el retrato de la fundadora doña Juana de Austria, debido al pincel de Pantoja de la Cruz, así como el retrato de enfrente, que es el de la emperatriz de Alemania, doña María, en traje de religiosa; en la marmórea capilla á que da ingreso la puerta mencionada se halla el sepulcro de la piadosa hija de Carlos V, cuya estatua orante es obra del famoso Pompeyo Leoni; y en

el coro se halla el de su hermana la emperatriz de Alemania, quien vivió y murió en esta santa casa, en la cual fué provisionalmente sepultada el año 1567 la reina doña Isabel de Valois, tercera mujer de Felipe II. Conservan las monjas en la clausura, según se dice, una pintura del beato Nicolás Factor, que era confesor de aquellas religiosas por nombramiento del hijo y sucesor de Carlos V.

Llamado está á desaparecer tan insigne *Convento* para el ensanche, embellecimiento y urbanización de aquél, uno de los más céntricos sitios de Madrid, afeado por las tantas veces repintadas tapias del vetusto edificio, sobre todo por la estrecha calle del *Postigo de San Martín,* como ha ocurrido recientemente con el extremo de la *de Capellanes*, y como habrá de acontecer con las *Monjas de Don Juan de Alarcón*, cuya casa, desde la *calle de Valverde*, vuelve á la *de la Puebla,* para proseguir por la *del Barco.*

Título tuvo este Convento de *Nuestra Señora de la Concepción*, y es de mercenarias descalzas. Fundación hecha en 1606 por cierta dama burgalesa, viuda de don Juan de Aristi y Zúñiga, llamada doña María de Miranda, fallecida antes de que estuviese la obra terminada, tuvo á su cargo ésta el sacerdote D. Juan Pacheco de Alarcón, confesor de dicha señora, de quien recibió el dictado con que es la casa vulgarmente conocida. Tomaron de ella solemne posesión las religiosas en 1609, dándose en 1656 término á la construcción de la iglesia, que es de capacidad relativa, para la cual hizo el capitán lorquino Juan de Toledo, no sólo el cuadro grande de *La Concepción de Nuestra Señora*, que está en el retablo del altar mayor, sino todas las pinturas del mismo y las del colateral del lado del Evangelio, al mismo tiempo que el madrileño Montero de Rojas pintaba *El Sueño de San José* del colateral del lado de la Epístola, y que el licenciado D. Diego González de la Vega ejecutaba los de la *Vida de la Virgen* para el claustro. De D. Antonio Palomino son algunos de los cuadros del altar del Cristo, y otros del que hay enfrente, y de Ruiz

de la Iglesia la *Santa Penitente*, de la Sacristía, poseyendo las monjas gran número de tapices historiados, y ya muy deteriorados algunos, los cuales son colgados en el atrio y en el interior del templo en ciertas solemnidades.

En las casas que haciendo frente á la *calle de Peligros* en la *del Caballero de Gracia* tan saladamente personificada por Felipe Pérez, vuelven á la *del Clavel* para doblar por la de *San Miguel*, y que eran de la propiedad de aquel caballero modenés *Jácome* ó *Jacobo de Gratiis*, por quien se dió á esta vía nombre,—estuvo hasta el año de 1838, en que fué demolido, el *Convento de San José*, de recoletas de la Concepción, llamadas por el vulgo *Monjas del Caballero de Gracia*. Habían ocupado aquel local primero los clérigos menores del *Espíritu Santo*, y á su traslación, á él pasaron en 1603 las religiosas. Nada de notable tenía la iglesia como edificio; pero en cambio, de mano de Claudio Coello eran los siete lienzos del retablo mayor, en que aparecian *Jesús*, *María y José*, *San Juan Bautista* y *San Juan Evangelista*, *San Miguel*, *San Francisco*, *San Antonio de Padua* y *San Bernardino de Sena*, y de la de Carreño de Miranda figuraban en los retablos de los lados *San Francisco predicando á las aves* y *San Antonio á los peces*, habiendo pintado en la capilla de los pies de la iglesia Jiménez Donoso un *San Nicolás de Bari*, y en el presbiterio estaba «el sepulcro del arzobispo de Santo Domingo, D. Bernardino de Almansa», descollando en el crucero los de D. Juan de Solórzano y Pereira, y doña Juana Paniaga, su mujer, cuyos bustos orantes figuran hoy en el *Museo Arqueológico Nacional*, llamando principalmente la atención por su gallardía y su perfecta ejecución el de Solórzano, caballero del hábito de Santiago, notable jurisconsulto y escritor de Jurisprudencia de Indias, estatuas ambas ejecutadas por D. Sebastián Herrera Barnuevo, á la par pintor, escultor y arquitecto.

Bajo la advocación de *San Fernando*, que un tiempo también fué apelativo de la calle, en 1833 existía al extremo de la *de la Libertad* un edificio conventual de feo aspecto, donde

años después de 1676 tuvieron morada las monjas mercenarias calzadas que en dicha fecha estableció frente al *Convento de la Merced* la marquesa de Aguilafuente. Ni el convento ni la iglesia, que estaba reducida á insignificante capilla, fueron terminados, existiendo en aquél, con el retrato de la fundadora, algún otro cuadro de Alonso del Arco. En esta disposición perduraron ambos edificios hasta 1869, en que fueron de allí desalojadas las religiosas para trasladarse á los *Cuatro Caminos*, donde subsisten; compró el marqués de Villamejor convento é iglesia, donde se hizo el *Teatro de la Alhambra*, hoy *Teatro Moderno*, donde tuvo por la *calle del Arco de Santa María* su escuela de equitación Perelli, y donde se ha hecho el *Pasaje de la Alhambra*, que pone en comunicación la citada calle con la *de Colmenares*, para salir á la *de las Infantas*.

Siguiendo la prolongación que ha tenido la *calle de la Libertad* por lo que fué *Cuartel del Soldado* hasta la *de Góngora*, en ésta subsiste, con el blasón real mutilado en 1868, el *Convento de Nuestra Señora de la Concepción*, que es de religiosas mercenarias descalzas, vulgarmente llamadas *las Góngoras*, y cuya huerta, en su mayor parte, hace más de veinte años se ha convertido en casas particulares. Es fundación de Felipe IV, hecha con motivo del nacimiento de Carlos II, por lo que lleva título de real, inaugurándose en 1665, fecha en que pasaron á él como fundadoras, después de varias peripecias y por complacencia del monarca, doña María de Mendoza, y las religiosas del Beaterio creado por ella en la *calle de San Opropio*, el cual se arruinó en 1661. Llámase *de Góngora*, porque estuvo de la fundación encargado por el rey, D. Juan Jiménez de Góngora, ministro del Consejo de Castilla, y estaba en cierta especie de plazuela que se decía aún en 1833 *del duque de Frías*, tomando después la calle, que es corta, nombre del convento, el cual nada ofrece de notable, habiendo pintado para su iglesia una *Santa Teresa* el incorrecto granadino José de Cieza, y siendo toda la escultura del retablo mayor obra de D. Juan Pascual de Mena.

Desaparecer por ser el sitio urbanizado, y convertirse en barriada populosa y aun aristocrática, á la cual sirve como de principal arteria la *calle de Argensola*, que pone aquélla en comunicación con la *del Barquillo*, hemos visto todos el llamado *Convento de las Teresas*, que era de carmelitas descalzas. Llevaba el calificativo de *real*, y tenía la advocación de *Santa Teresa*, conservada en la calle que va de la *Plaza de Santa Bárbara* á la ya referida *de Argensola*. Ocupaba con su huerta, no la casa del príncipe de Stigliano ó de Astillano, duque de Medina de las Torres y nieto del conde-duque de Olivares, D. Nicolás Gaspar Felipe de Guzmán y Caraffa, de quien fué fundación, y como supone Mesonero Romanos, sino los terrenos adquiridos al propósito en el que se decía entonces *Jardín del Príncipe de Parma*, inaugurándose en Septiembre de 1684, ocasión en la cual dijo el cardenal Portocarrero la primera misa. Por esta fundación, que el de Astillano hizo juntamente con su mujer, doña María Álvarez de Toledo, y que en 1689 pasó al patronato de Carlos II, quedó cerrada la comunicación de las calles *del Barquillo*, que antes iba recta casi por donde va la *de Argensola*, y la de la que conducía al altillo que se llamó luego *de las Salesas*, y fué restablecida en la *calle de Fernando VI*, nombre con el cual ha sido últimamente bautizado el trozo de la *del Barquillo* que sube á la *de Hortaleza*.

Tenía su principal fachada el *Convento* al final de la *calle de San Antón*, después denominada *de Pelayo*, en el trozo inferior de la nueva, dedicada á la memoria del insigne vate don Ramón de Campoamor, y casi al desembocar de la que era entonces corta calleja de *Santa Teresa*, desde la *Plaza de Santa Bárbara*. El edificio conventual, como todos los de su clase, y mucho más, supuesta la fecha de su fundación, carecía de importancia y de mérito, si bien la iglesia, que no fué hasta 1719 terminada, era de capacidad y del estilo á la sazón predominante. En ella pintó Bernabé García las pechinas, así como un crucifijo que hubo sobre la parte interior de la puerta del templo, y un cuadro ovalado con *El Divino Pastor* en el comul-

gatorio, teniendo además un cuadro de D. Nicolás García de Miranda con *San Joaquín*, *Santa Ana* y *la Virgen*, en un altar colateral, y del amanerado D. Pablo Pernicharo el cuadro grande de *San Elías* y *San Eliseo*. Lo más notable, sin embargo, de la iglesia, era «un famoso cuadro de Julio Romano, copia del célebre de *La Transfiguración*, de Rafael de Urbino, el que fué donado con otras pinturas á esta santa casa por su fundador, y estaba tasado en diez mil doblones, siendo lástima que por su mala colocación en el remate del altar mayor esté obscurecida una alhaja tan estimable», que hoy se halla en el Museo Nacional de Pintura.

De muy subido valor y de importancia no dudosa son asimismo los hermosos *paños de colgadura*, bordados, que con el nombre de *Tapices de las Teresas*, y ya incompletos, ostenta hoy el *Museo Arqueológico Nacional* en uno de sus salones, paños que llevan reunidos el blasón de las casas de Guzmán y de Stigliano, y fueron donados también por el fundador á las monjas, según consta al folio 68 de la escritura de Patronato, donde se lee: «una tapicería bordada de realce, de oro y plata, que se compone de nueve paños de cinco varas y media de caída y un dosel, cuerpo y cielo, con escudo de armas y cinco goteras, y es cada uno de dichos paños con cuatro columnas, todas bordadas de relieve, con sus emparrados en forma de galería con diferentes páxaros y flores, y en lo baxo un corredor, y enmedio dél un León, y en los demás, diferentes animales del tamaño natural» (1). La comunidad se halla hoy establecida en el número 55 de la *calle de Ponzano*.

Cerca de aquella santa casa, en dirección á Recoletos, álzase el suntuoso edificio que, erigido á todo coste por la reina do-

(1) Los lectores que desearen mayor número de noticias respecto de estos ricos paños de colgaduras pueden servirse, con provecho, consultar al propósito el interesante artículo que con el título de *Las Colgaduras del Convento de las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa*, en Madrid, publicó nuestro antiguo amigo D. Vicente Vignau en el tomo de 1900 de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, págs. 32 á 36.

ña María Bárbara de Braganza y su esposo Fernando VI para *Monasterio Real de la Visitación de Nuestra Señora*, de la Orden de San Francisco de Sales, ha sido, desde la Revolución de 1868, destinado á *Palacio de Justicia*. Lícito me será prescindir aquí de todo intento de descripción, que considero superflua, siendo como es conocido el monumento, vulgarmente denominado *las Salesas reales*, como antes le dijeron *viejas*, y cuya iglesia de *Santa Bárbara* tiene carácter parroquial al presente. En conjunto comprendía, con el monasterio, la iglesia, el jardín y la huerta, el inmenso espacio de 750.523 pies, sin contar otras posesiones contiguas que le fueron agregadas, constando invirtieron en tan grandiosa fundación los reyes la enorme suma de 20.750.000 pesetas, ó sean 83 millones de reales. Dirigieron la óbra los arquitectos Carlier y Moradillo, y, habiéndose puesto la primera piedra en 1750, quedó en 1757 terminada.

Tomó gran parte en la decoración de aquella espléndida fábrica el escultor D. Juan Domingo Olivieri, de cuya mano, entre otros muchos, es el estimable bajorrelieve de mármol blanco que representa *La Visitación de Nuestra Señora*, y figura al exterior, sobre la puerta de ingreso de la iglesia, en cuya cúpula pintaron los hermanos González Velázquez la *Vida de la Virgen*, así como los *Evangelistas* de las pechinas y las medallas al claro obscuro de la bóveda de la Capilla mayor y del cuerpo del templo, que es en realidad uno de los más hermosos de la Villa. Del napolitano Giacuinto son el *San Francisco de Sales* y la *Santa Juana Chantal* que figuran en uno de los altares, un *Calvario* que pintó para la Sacristía; *La Virgen con el Señor muerto en los brazos*, para el relicario; *La Sacra Familia* y otros cuadros para el claustro y el refectorio: otros son de José Castillo, y de Flipart el *San Fernando* de uno de los altares colaterales. D. José Zazo labró, de tamaño natural, las efigies de *San Francisco de Sales* y de *Santa Juana Francisca Fremiot*, contribuyendo á enriquecer la iglesia el sepulcro de Fernando VI, obra de D. Francisco Gutiérrez, inventada por

Sabatini y comenzada por D. Juan León, autor del de la reina doña Bárbara. A estas obras, y dando en el templo nota vibrante de la época presente, que tan singular contraste hace con las pasadas, hay que agregar el *Sepulcro del general D. Leopoldo O'Donnell*, trazada por el genial arquitecto y mi buen amigo el malogrado Arturo Mélida, no ha mucho fallecido.

Poseía el Monasterio, por donativo de aquella reina, gran número de alhajas de diamantes, oro y plata, y dos hermosas custodias de oro, que fueron sacrílegamente robadas á fines del siglo XVIII y fundidas por los ladrones en una casa de la calle de Hortaleza, según consta en la causa criminal correspondiente, que por acaso hallé entre las *Célebres* trasladadas al *Archivo General Central* de Alcalá de Henares.

Cuenta Fernández de los Ríos que el año de 1869, y con el patriótico deseo de conservar cual monumento histórico, de tan subido como glorioso interés para la Villa, la humilde puerta que el *Parque de Artillería de Monteleón* tenía á la que se dijo *calle de San José*, frente á la de *San Pedro de la Nueva*—puerta en la cual fué alevosamente muerto el heroico Velarde,—catorce días antes del aniversario, logró, en fuerza de su carácter activo y en tan corto tiempo, «hacer los derribos del Convento de las Maravillas, de las casas de las calles *del Dos de Mayo* (San Pedro la Nueva) y San Andrés, de los restos del palacio de Monteleón» y las demás obras indispensables para transformar en plaza aquel sitio, dejando en el centro, cual memorable trofeo, la humilde puerta, que aún, con reparos y repintes continuos, sobrelleva afligida y vergonzosa la existencia. Fué, pues, en aquella ocasión cuando desapareció el edificio conventual del que pomposamente se denominaba *Monasterio Real de San Antón*, de carmelitas recoletas, designado con el apelativo *Las Maravillas*, nombre éste perpetuado en el del barrio, habiéndose trasladado las religiosas al número 11 de la *calle del Príncipe de Vergara*, donde permanecen.

Fué en 1612 su origen una de aquellas casas que se deno-

minaban *Recogimientos*, la cual estaba en la *calle de Hortaleza*, pasando luego en 1616 á la *de la Palma Alta*, donde cierto piadoso caballero había á sus expensas edificado muy modesta iglesia con título de *San Antón*, para venerar en ella una imagen de la Virgen encontrada por él mismo cerca de Villaescusa, en Sierra Morena, de donde la había traído. Los cronistas de Madrid refieren que «el título de *Las Maravillas* le tomó (el Convento) de una Imagen de nuestra Señora que primero se veneró en el lugar de Rodoviejas, cerca de Salamanca, y después de varias vueltas vino á Madrid á poder de Ana María del Carpio, que la tenía en su casa con toda veneración; pero la Madre de Dios eran tantos los prodigios que hacía, que el Vicario mandó la diese á algún lugar pío, y, echando suertes, cayó á éste, y se llevó á él en 10 de Febrero de 1627» (1).

Tanto crecieron la devoción y la fama de tan milagrosa imagen, y tantas fueron las *maravillas* por ella hechas, que, movido de religioso amor Felipe IV, labró de nuevo y engrandeció en 1646 la iglesia, tomando el Patronato del Convento, que se titula *Real* por esta causa. La iglesia, para el fin á que fué destinada, era espaciosa y fué renovada en el siglo XVIII, en cuyo tiempo, y por dirección del arquitecto D. Miguel Fernández, se labró con ricos mármoles el altar mayor, donde está la maravillosa imagen, acompañada por las bellas estatuas de estuco de *San Elías* y *Santa Teresa*, obra del notable escultor D. Francisco Gutiérrez. En la actualidad el templo es parroquial, y tiene la advocación de *San Justo y Pastor*, con feligresía dilatada.

A no larga distancia de este *Convento*, si bien ya en la *calle Ancha de San Bernardo*, frente al arruinado templo de Monserrat, subsiste, con el número 82, el de las *Salesas nuevas*, fundado en 1798 por doña Manuela de Centurión, mar-

(1) Álvarez y Baena, *Compendio histórico de las grandezas de la coronada Villa de Madrid*, pág. 154.

quesa de Villena. La iglesia es proporcionada al objeto y no falta de suntuosidad, pues los altares son de mármol, asegurándose ser del Greco un crucifijo que hay en la Sacristía. Suprimida la casa en 1836, trasladáronse las monjas al otro Convento salesiano, estableciéndose con carácter provisional en éste la Universidad Central, si bien, luego que tal institución docente ocupó el del Noviciado, volvieron las religiosas á su casa, donde continúan. Situado en la Plazuela á que ha dado nombre, hacia el extremo de la *calle de Amaniel*, de mucha mayor riqueza es que el precedente, sin duda alguna, el *Convento Real de Señoras Comendadoras de Santiago*, erigido de orden de Felipe IV, el año 1650, «de la hacienda que para ello dexaron los Señores Don Iñigo Zapata de Cárdenas, Presidente del Concejo de Órdenes, y Doña Isabel de Avellaneda, su muger», según consigna Alvarez Baena, quien añade en tono ponderativo que «la Iglesia en lo exterior de la fachada con sus torres, y pórtico, y en lo interior, toda es de lo mejor de Madrid; la figura es de Cruz Griega con las extremidades en semicírculo, y cúpula en el medio», sobre cuyos machones colocó el escultor Roberto Michel las estatuas de *San Joaquín* y *San José*, ostentando en el altar mayor el cuadro que para él pintó el Greco: *Santiago á caballo* matando moros en la famosa *batalla de Clavijo*. De mano del Greco es también, según los autores, el cuadrito de la puerta del Sagrario, y en la Sacristía figuran las estatuas de los reyes y grandes maestres de la Orden.

Título llevó de otro Convento de religiosas la irregular plazoleta que de la *calle de los Reyes* conduce á la de *San Bernardino*, y se llama hoy *del Conde de Toreno*; es el indicado el de *las Capuchinas*, cuya advocación de la *Concepción de Nuestra Señora* nadie recuerda, procediendo las monjas de la casa establecida el año 1617 en la *calle del Mesón de Paredes*. Aquí vinieron ya diez años más tarde, y aunque nada de notable tiene como fábrica la iglesia, en su retablo mayor figura un lienzo grande, pintado por Vicente Carducho, con el *Santo Cristo de Burgos*, *San Francisco* y *Santa Clara*, y en los otros

altares, un *Cristo desnudo abrazado á la Cruz* y un *San Antonio de Padua*, de Juan Carreño de Miranda, siendo de Antonio Pereda, la *Adoración de los Reyes* en el altar del lado de la Epístola, el *Nacimiento de Jesús* en el de enfrente y *El Salvador*, de tamaño natural, en otro, con *La Encarnación* encima.

Recientemente derribado para el ensanche de la *calle del Pez*, en ésta, volviendo á las *de San Roque* y *de la Madera*, existió el famoso *Monasterio de la Encarnación*, de monjas benitas, por nadie sino por *San Plácido* conocido. Fundóle en 1623 doña Teresa Valle de la Cerda, quien tomó en él el hábito, «arrimado á la iglesia de *San Plácido*, anexo de San Martín», y hoy *Parroquia de Nuestra Señora de Covadonga*. Como propio tuvieron las religiosas el templo, el cual había sido construído por los planos del agustino recoleto fray Lorenzo de San Nicolás, siendo, «á juicio de algunos, como dice Mesonero Romanos, de lo más notable de Madrid, por su estilo clásico y belleza de ornato».

Aunque no deja de haber disculpable exageración en esto, es lo cierto que le autorizaron y enriquecieron grandemente Claudio Coello, pintando el cuadro del altar mayor, con *La Encarnación del Hijo de Dios*, una *Gloria* en lo alto, abajo los *Profetas* y *Sibilas* que de misterio tan sublime habían escrito, y en los pedestales del retablo *El Nacimiento* y *La Epifanía*, con los lienzos de los colaterales; Francisco Ricci, decorando al fresco las pechinas y las medallas, y pintando *La Concepción* en la bóveda del presbiterio, así como las cuatro figuras de la Orden benedictina, y la bóveda de la *Capilla del Cristo*; Pereyra, con las cuatro esculturas de otros tantos santos de la Orden en los pilares de la cúpula; Juan Martín Cabezalero, con los *Pasajes de la Pasión de Jesucristo*, pintados al fresco en la bóveda y en los muros de la *Capilla del Sepulcro*, situada á los pies de la iglesia, en cuyo arco de entrada también había puesto mano Claudio Coello; Pérez Sierra, pintando al temple toda la capilla; y, por último, el gran Velázquez, con un *Crucifijo* para la Sacristía.

Nada de esto, con ser tan interesante, dió renombre al Convento; obtúvolo por las anécdotas que acerca de él y de su comunidad corrieron, utilizadas por el inolvidable Narciso Serra en su precioso drama *El reloj de San Plácido*. «El recuerdo histórico-anecdótico—dice Mesonero Romanos—consiste particularmente en cierta aventura galante del rey don Felipe IV, el que, según parece, prendado de una de las monjas de esta casa, llamada *Margarita* (á quien había visto por intervención de don Jerónimo de Villanueva, protonotario de Aragón y patrono del Convento, que tenía sus casas contiguas á él), siguió este galanteo profano en tal sitio y entre tales personas, á pesar de un piadoso ardid de la prelada, que dispuso sorprender al rey exponiendo, como difunta, de cuerpo presente á la religiosa; terminó este escandaloso suceso no sin haber dado motivo á un notable proceso por la Inquisición, que fué hasta Roma, aunque de allí se hizo desaparecer, y de que resultó castigado el protonotario.» «Dícese también—añade—que á costa del rey y á demanda de la abadesa se colocó en la torre de esta casa *el relóx* que aún hoy conserva, y que con el tañido de su campana recuerde el clamoreo de difuntos, en memoria de aquel suceso.» Hoy las benedictinas de *San Plácido* se hallan instaladas en el nuevo *Monasterio de las Salesas*, número 14 del *Paseo de Santa Engracia*.

La última de las casas de religiosas existentes en Madrid el año de 1833 era el de la *Congregación de las Hijas de la Caridad*, fundada en Francia por San Vicente de Paúl y establecida en su iglesia de la *calle de San Agustín* desde los días de Carlos IV, resultando ser, cual he dicho, el de treinta y tres el número de Conventos de monjas que, con inclusión de éste, existían á la sazón en la coronada Villa. De ellos, en el pasado siglo XIX y en el presente, han desaparecido ya, por unas ú otras causas, el de *Santa Clara*, el de *Santo Domingo el Real*, el de las *Monjas de Constantinopla*, los de la *Concepción Jerónima* y *Concepción Francisca*, el de *Santa Catalina*, el de *Las Vallecas*, el de *Las Calatravas*, el de *Las Baronesas*, *La Magdalena*, *Los*

Angeles, *Santa Ana*, las *Monjas de Pinto*, las del *Caballero de Gracia*, las *Maravillas*, *San Fernando*, *San Pascual*, *Las Teresas*, el *Beaterio de San José*, el *Convento de San Plácido* y no recuerdo si algún otro; en cambio existen hoy en Madrid establecidos cuarenta y cinco Conventos, es decir, doce más que en 1833, aunque los tiempos parecía no estaban ya para tales cosas.

Los indicados Conventos son por orden alfabético:

1. *Adoratrices*, calle del Duque de Osuna, núm. 5.
2. *Agustinas de la Encarnación*, Plaza de la Encarnación, número 1.
3. *Agustinas del Beato Orozco*, calle de Goya, núm. 41.
4. *Benedictinas de San Plácido*, Paseo de Santa Engracia, núm. 14, Convento de las Salesas.
5. *Bernardas del Santísimo Sacramento*, calle del Sacramento, núm. 7.
6. *Bernardas de la Piedad* (*Las Vallecas*), calle de Isabel la Católica, núm. 6.
7. *Capuchinas*, Plaza del Conde de Toreno, núm. 2.
8. *Carmelitas de Santa Ana*, calle de Torrijos, núm. 32.
9. *Carmelitas de Nuestra Señora de las Maravillas*, calle del Príncipe de Vergara, núm. 11.
10. *Carmelitas de Santa Teresa*, calle de Ponzano, número 55.
11. *Carmelitas Terciarias*, Plaza de San Francisco, número 2.
12. *Concepcionistas del Caballero de Gracia*, en Vallehermoso.
13. *Concepcionistas de la Latina*, en las Descalzas Reales, Plaza de las Descalzas, núm. 3.
14. *Descalzas Reales*, en el sitio indicado.
15. *Divina Pastora* (Terciarias de San Francisco), Paseo de Santa Engracia, núm. 112.
16. *Dominicas de Santo Domingo el Real*, calle de Claudio Coello, núm. 114.

17. *Dominicas de Santa Catalina*, Mesón de Paredes, número 39.

18. *Esclavas del Sagrado Corazón*, Paseo del Obelisco, número 6.

19. *Escolapias*, calle de Don Evaristo, núm. 24.

20. *Franciscas de San Pascual*, Paseo de Recoletos, número 11.

21. *Franciscas de San José*, calle de Sagasti, núm. 3.

22. *Franciscas de Constantinopla*, Camino de Carabanchel Bajo.

23. *Hermanas de la Caridad*, Noviciado, calle de Jesús, número 3.

24. *Hermanas de la Esperanza*, calle de San Bernardo, número 99.

25. *Hermanitas de los Pobres*, calle de Almagro, núm. 1.

26. *Hijas de Cristo*, calle de Sagunto, núm. 4.

27. *Hijas de María Inmaculada*, Fuencarral, 113.

28. *Jerónimas de la Concepción*, calle de Lista, núm. 31.

29. *Jerónimas del Corpus Christi* (Carboneras), Plaza del Conde de Miranda.

30. *Mercedarias de Don Juan de Alarcón*, calle de la Puebla, núm. 1.

31. *Mercedarias de Góngora*, calle de Góngora, núm. 3.

32. *Mercedarias de San Fernando*, Cuatro Caminos.

33. *Oblatas del Santísimo Redentor*, calle de Canarias, número 3.

34. *Reparadoras de María*, calle de Fomento, núm. 13.

35. *Sagrado Corazón*, calle del Caballero de Gracia, número 38.

36. *Sagrado Corazón*, calle de Leganitos, núm. 44.

37. *Salesas Reales*, Paseo de Santa Engracia, núm. 14.

38. *Salesas Nuevas*, calle de San Bernardo, núm. 82.

39. *Santa Isabel*, calle de Santa Isabel, núm. 48.

40. *Servitas*, calle de San Leonardo, núm. 7.

41. *Siervas de Jesús*, calle de Fuencarral, núm. 117.

42. *Siervas de María,* Plaza de Chamberí, núm. 11.

43. *Trinitarias*, calle de Lope de Vega, núm. 18.

44. *Trinitarias Terciarias*, calle del Marqués de Urquijo, número 16.

45. *Ursulinas,* calle del Príncipe de Vergara, núm. 24.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

CRÓNICA LITERARIA

Las dos escuelas de la novela aristocrática: *Queralt, hombre de mundo*, por D. Fernando Antón del Olmet.—*Frivolidad*, por D. Antonio de Hoyos.

Pido permiso al lector para usar la palabra escuela con cierta latitud, con una latitud, sin duda, exagerada. La novela aristocrática no tiene todavía en España producción bastante para que en ella hayan podido formarse verdaderas escuelas, sino más bien tendencias ó modos de concebir ese género y la finalidad del mismo. Y todavía el nombre de escuela podría impugnarse atendiendo á que las dos tendencias diversas que voy á poner frente á frente, más que verdaderas escuelas literarias diferenciadas por una modalidad artística, por un modo especial de hacer, son escuelas diferentes en cuanto al modo de considerar el asunto y de apreciar su finalidad, casi escuelas morales.

Una cuestión preliminar se impone. ¿Hay una novela aristocrática en España? Tenemos desde luego un grupo de obras en que están descritas las costumbres de la sociedad elegante. *Pequeñeces*, del P. Coloma; *Lully Arjona* y *La conquista de la Elegancia*, de A. Danvila; en parte, *La Quimera*, de la señora Pardo Bazán; *Cuestión de ambiente*, *Mors in vita* y *Frivolidad*, de Antonio de Hoyos; *Queralt*, *hombre de mundo*, de Fernando Antón del Olmet, revelan que esta especie de novelas, sin ser abundante en nuestra literatura contemporánea, no carece de representación en ella.

Primero la Sra. Pardo Bazán y luego D. Antonio de Ho-

yos han hecho á este propósito una distinción que contribuye á fijar el concepto de lo que llamo novela aristocrática, para usar una denominación clara, aunque no sea del todo exacta, pues la claridad y la exactitud no siempre son compañeras. Hay que distinguir—dicen ambos escritores—entre la aristocracia propiamente dicha, por la cual entienden la aristocracia de la sangre, la aristocracia nobiliaria, y la buena sociedad, el gran mundo, la sociedad elegante, la que llaman «la sociedad» por antonomasia los cronistas de salones. Esta última es una clase mezclada como todas las clases modernas, que son clases abiertas, y no sólo abiertas, sino en continuo movimiento de exósmosis y endósmosis. En ella se codean hijos de zapateros ó de contratistas enriquecidos con descendientes de los godos. Esta sociedad, esta aristocracia de la elegancia y la riqueza, ó solamente de la elegancia, es la que sirve de asunto á la novela aristocrática. En cuanto á la aristocracia nobiliaria, no tiene, en España al menos, novela especial. Es una víctima del cambio de los tiempos y de la mudanza en las instituciones. Al perder su antigua misión social, ha perdido su carácter y ha sido sustituída en la cumbre de la sociedad por esa otra aristocracia heterogénea y brillante de que forman parte muchos individuos de la antigua. En resumen: ha dejado de ser una clase y de presentar un tipo de costumbres, y por sí sola no ofrecería interés bastante para ser asunto de una novela. A lo sumo podría inspirar alguna de esas ñoñas y aduladoras historias de *chateau*, que se escriben en Francia y que hacen las delicias de los tenderos de ultramarinos, poniéndoles en contacto con nobles que no parecen hechos de la misma arcilla que los demás humanos, y que por lo mismo pueden entusiasmar á un público vulgar y sencillo, al modo que los héroes del romanticismo entusiasmaban á las muchachas sentimentales que no habían conocido más que á mancebos de comercio y oficiales quintos de Administración.

La novela aristocrática tiene, pues, por asunto general la sociedad distinguida, el gran mundo, que en casi todas partes

está compuesto de la misma manera: de aristócratas de rancia nobleza y de nobles de nuevo cuño, de ricos á quienes les da por la vida elegante; de cierto número de individuos que sobresalen en las profesiones más distinguidas, como la milicia, la política, la literatura y las bellas artes, y de ejemplares más ó menos numerosos de un tipo difícil de definir: el del profesional de la elegancia, que no es rico, ni noble, ni se ha distinguido por nada en la vida, y que, sin embargo, gracias á su exterioridad elegante y á su dón de gentes, logra incorporarse á la sociedad aristocrática, y desempeña en ella buen papel.

Este medio social ofrece un asunto interesante para la novela. Tratándose de la novela española, tiene desde luego la ventaja de ser más nuevo, de estar menos gastado que las costumbres de la clase media, que han sido la fuente de observación preferida por nuestros novelistas. No creo yo, ni quiero decir con esto, que la novela aristocrática llegue nunca á superar ni á igualar á la novela de la clase media en importancia. La novela es un reflejo de la sociedad, y en las sociedades modernas la clase media ó las clases medias son las preponderantes, porque la organización y las ideas sociales tienden á nivelar, á elevar al pueblo, á no permitir que se remonten mucho las clases superiores, á un término medio en todo. En la clase media es donde se verifica esa fusión de elementos sociales diversos, que suben unos de las capas inferiores, que descienden otros de alturas históricas y tradicionales que van desmoronándose. Y esto ocurre porque la clase media no es una clase, sino una serie de subclases y divisiones sociales que no tienen barreras entre sí, sino que se pasa de una á otra por gradaciones casi insensibles.

Aparte de la relativa novedad de la novela aristocrática entre nosotros, hay otros motivos de índole más permanente y más esencial para que ese género tenga atractivos. La naturaleza de su asunto le da cierto tinte distinguido. Las buenas maneras, aunque pertenezcan á un grado inferior de la esté-

tica, algún valor estético tienen. La visión de una vida elegante, holgada, ajena á los cuidados bajos y apremiantes de la lucha por la existencia, que son como un grillete puesto al ideal, tiene que ser grata al lector, sobre todo en una época en que es muy viva el ansia de los goces materiales y muy tentador el apetito de la riqueza.

No lo achaquemos todo, sin embargo, á las condiciones de los tiempos en que vivimos. Los filósofos antiguos proclamaron ya la dignidad del ocio. Si el ocio se estimaba necesario para filosofar, ¿cómo no ha de serlo para pasar agradablemente la vida? La ociosidad es madre de todos los vicios, dice la ética sencilla y ruda de los refranes. Si suavizamos el vocabulario austero y seco del moralista, y donde dice vicios ponemos devaneos, fantasías, refinamientos y caprichos del deleite, tendremos explicado el encanto de la novela aristocrática, que para la parte más vulgar de sus lectores será como ventana abierta á un mundo ideal, poblado de seres de especie superior emancipados de los más prosaicos cuidados del vivir. Y para los que conozcan mejor la espuma social, siempre será reflejo de una realidad interesante.

***

Dos novelas recientes, *Queralt, hombre de mundo*, por don Fernando Antón del Olmet, y *Frivolidad*, por D. Antonio de Hoyos, se nos ofrecen como ejemplos de las dos escuelas ó maneras de concebir la novela del gran mundo. La primera de ellas es la que podríamos llamar escuela moralista, que se duele de la liviandad y los vicios de la sociedad elegante y aspira á corregirlos. La segunda, que podemos llamar escuela objetiva ó estética, se contenta con describir las costumbres de esa sociedad, buscando lo que hay de ameno y entretenido en ellas, sin indignarse demasiado ante las flaquezas humanas que descubre; antes bien, contemplándolas con sonriente indulgencia.

Claro es que esta diferencia, en el modo de ver el asunto de la novela aristocrática, no ha venido á señalarse á última hora en las de los señores Antón y Hoyos. En las obras anteriores del mismo género se distinguía ya claramente. El libro famoso del P. Coloma, *Pequeñeces*, puede tomarse como tipo de la novela aristocrática de tendencia moralista. En cambio, las de D. Alfonso Danvila, por ejemplo, ó *La Quimera*, de la Sra. Pardo Bazán (en la parte que tiene de novela aristocrática), son del tipo estético ú objetivo.

En su novela *Queralt, hombre de mundo* aspira el Sr. Antón á un fin muy noble y levantado, superior, sin duda, á los que ordinariamente persiguen los autores de novelas. Quiere contribuir á la regeneración de España, mostrando los vicios é imperfecciones de la sociedad para inclinarla á corregirse. Pretende, pues, nada menos que la reforma de las costumbres. Es, en resumen, ó así se nos presenta, un moralista que se vale de la novela como medio de acción y propaganda.

El Sr. de Antón no quiere corregir sólo á la aristocracia, sino también á otras clases sociales ó á otras gentes. Su novela *Queralt, hombre de mundo* es la primera de una trilogía, cuyas partes segunda y tercera serán *Queralt, hombre de letras* y *Queralt, hombre de Estado*. Pero el hecho de que se empiece por la aristocracia indica la grande estimación que profesa á esta clase social y el elevado concepto que tiene de su influencia en la sociedad española. Con esto se confirma una vez más el hecho de que los más severos satíricos de la aristocracia suelan ser apasionados de ella, que la quisieran ver rodeada nuevamente de sus esplendores antiguos.

El Queralt, héroe de la novela, es un noble provinciano de ilustre casa, que viene á Madrid á cubrirse como grande de España. Es hombre de gran cultura, poseído de ardiente patriotismo, y deseoso de que la clase á que pertenece contribuya al bien público. En la corte, la ligereza de costumbres, los vicios y el extranjerismo de las personas con quienes trata en los altos círculos sociales le producen muy desagrada-

ble impresión, y no perdona medio de manifestarlo. Es de sospechar que las damas y caballeros á quienes Queralt explicaba frecuentemente su culto á la tradición española y el ridículo de hablar, pensar y vivir en francés siendo españoles, llegarían á considerarle como un terrible moralista, y huirían acaso de sus sermones. Entretanto, Queralt hace el amor á una señora casada, tiene por ella un desafío, mata á su adversario, que es un espadachín (ya sabemos que en las novelas los espadachines han de morir fatalmente en los duelos); pero la dama no se lo agradece, cree que la ha puesto en ridículo, y Queralt, desalentado por aquel fracaso sentimental, está á punto de retirarse á sus tierras, si bien luego muda de opinión, y en vista de su derrota en el gran mundo determina luchar en el campo de las letras.

Tiene la novela del Sr. Antón pasajes de excelente estilo, junto á otros algo descuidados; pero su mérito principal está en la viveza de la descripción del medio social. Tanto colorido tiene esa pintura, que muchos han creído ver en los personajes de esta novela retratos de personas de carne y hueso, y el mismo autor ha debido de temer que le hicieran este reproche, puesto que se adelanta á sincerarse de él en el prólogo.

Lo que perjudica á esta novela es la misma tesis del autor y su punto de vista moral, que no sale bien parado de la novela. No acaba de convencerse el lector, ó, por lo menos, yo no me he convencido, de que sea tan grave y tan peligroso para el porvenir de España el que unas cuantas señoras y unos cuantos caballeros mezclen en su conversación más ó menos frases francesas, se hagan planchar la ropa en Londres y vivan esclavos de las modas británicas ó parisienses. Porque es de advertir que, aunque la novela pinta verdaderos vicios, lo que en sus páginas sobresale es la sátira contra el extranjerismo de la aristocracia, cosa, en verdad, de poco momento y que no justifica la indignación del novelista ó del personaje (Queralt) que interpreta sus sentimientos. Por otra parte, á este personaje le faltan algunos puntos de moral para que le siente

bien el papel de reformador de costumbres, que ha asumido. El adulterio es el pecado principal de aquella sociedad frívola que le rodea, y resulta que también él se enamora de una señora casada y quiere adulterar como todos. La diferencia está en que Queralt toma muy en serio estos desfallecimientos de su ética, mientras que los demás toman en broma los suyos y no les dan importancia. Queral, en esto y en otras cosas, es un romántico que disculpa sus flaquezas por el poder irresistible de la pasión. El desengaño amoroso que padece influye sin duda mucho en su desaliento y en su severa condenación de aquella sociedad corrompida en que no le ha sido dable alcanzar su parte de adulterio. No faltarán lectores maliciosos que piensen que si la bella Mara hubiese sido más tierna para con Queralt, los juicios de éste acerca de aquel mundo elegante en que se siente forastero hubieran sido mucho más suaves y benignos.

Algunos defectos de forma hay también en la novela del Sr. Antón. El afán de demostrar que algunas de las cosas que dicen en francés ó castellano afrancesado los elegantes se puede decir de cuatro ó cinco maneras en español castizo, le lleva á abusar un poco de las listas de sustantivos y verbos aplicables á un mismo objeto ó acción. Una novela no necesita ser un diccionario de sinónimos, ni es bueno que lo sea. Ese mismo afán de purismo hace que sean más notados los galicismos que se le han escapado al autor (en realidad no son muchos), aparte de los que él pone irónicamente en boca de sus personajes ó de los que usa deliberadamente al remedarlos.

Pero todos estos pecados son veniales y no impiden que *Queralt, hombre de mundo* sea una novela entretenida y bien escrita. Muy posible es que el Sr. Antón no consiga reformar la sociedad, pero al menos ha escrito un libro agradable y ha demostrado que tiene condiciones de novelista.

*
* *

El Sr. de Hoyos, autor de *Frivolidad*, no aspira evidentemente á la reforma de las costumbres. Los lemas que ha puesto á su libro son una profesión de fe de objetivismo. Piensa con Sthendal que la novela es un espejo, y con Schopenhauer que el poeta es el espejo de la humanidad. Y todavía va más lejos, puesto que copia la atrevida sentencia del Sar Josefin Peladan, según la cual las mujeres honradas no tienen novela. Centenares de heroínas sentimentales de novelas románticas y de folletines espeluznantes se levantarán de sus tumbas de papel impreso para protestar de tan ofensivo axioma. Tenga ó no razón el Sar Peladan, el novelista que en este punto le siga no ha de ser muy exigente respecto á la virtud de sus personajes femeninos.

La acción de la novela es muy sencilla. Lina Monreal, la heroína de *Frivolidad*, es una dama que se ha elevado á la altura de la sociedad elegante después de haber conocido las estrecheces y el aburrimiento de la vida modesta. Cuando el novelista nos la da á conocer frisa en los cuarenta años, y quiere aprovechar el otoño apetecible y espléndido aún de sus gracias para coronar sus ensueños de ambición, consiguiendo la grandeza de España y haciendo ministro á su marido. Estos móviles, no enteramente frívolos, inducen á la interesante Lina á escuchar con benignidad las protestas de amor de cierto personaje político elegante y mundano á quien el novelista bautiza con el nombre de Fernando Santa Ana y á preferirle al joven Adolfo Luna, que está perdidamente enamorado de ella y se suicida al recibir aquel cruel desengaño.

Adolfo Luna es un personaje muy bien observado. Es uno de esos elegantes profesionales de quienes antes se habla, que no son ricos, ni nobles, ni han hecho nada que les distinga, y, sin embargo, figuran en el gran mundo. Véase lo que dice de él una de las heroínas de la novela, la graciosa María Montaraz:

«En cuanto tenga automóvil, se haga del polo, del Club y se líe contigo... ¡chic hasta la medula! Cursis son los que he-

mos conocido siempre en otras trincas, frecuentando otro mundo, que conocimos á su padre, á su abuelo, el duque de Tal ó el marqués de Cual, un señor que usa unos escudos muy grandes y que desciende de Maricastaña; pero un chico recién llegado, sin amistades hechas, sin que nadie sepa quién es, ni de dónde sale, ni si el dinero es suyo ó no (¡con tal que lo gaste!), ese tiene todas las condiciones para ser elegante.»

Frivolidad es la consagración del Sr. Hoyos como novelista. Sus dos novelas anteriores eran simples ensayos, con algunos pasajes afortunados, y nada más. Pero este nuevo libro es una de las más amenas y animadas descripciones de la sociedad elegante que han visto la luz en estos últimos años. El diálogo es movido y vivo; en las descripciones hay trozos de excelente estilo; las mujeres de la novela están retratadas con primor; la acción se desenvuelve ligera y fácil, como conviene al asunto. Es, en suma, un libro interesante, que se lee sin cansancio.

***

Comparando ambas novelas, se advierte que las dos diversas maneras de considerar el asunto, á que corresponden esas obras no determinan variaciones de monta en el procedimiento artístico. En ambas la acción es poco importante, y lo principal es la pintura del medio social: son novelas de costumbres. Ambas procuran reproducir escrupulosamente la realidad: son novelas realistas. Pero en la del Sr. Antón el autor adopta un tono demasiado grave para la índole del asunto, y eso no sé si se lo agradecerán los lectores. En aquel medio ligero, frívolo, elegante, que describe el autor, la indignación parece fuera de lugar, *deplacé,* como dirían las mundanas á quienes trata tan severamente el novelista.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Feminismo: La mentira femenina.=Costumbres: Los primistas y las subastas de muebles.=Una parisién en los harems de Constantinopla.=Historia: Los chichisbeos del 700.—El amor entre los griegos antes de Sócrates.=Literatura: La evolución del género histórico.=Impresiones y notas: Ligas antiduelistas.—Cosas de España.—El matonismo.—El decasílabo romano y su suerte en Europa.—Un poema de Ibsen.—La unidad de origen del lenguaje.—El calor, el sudor y la sed.—Los sentidos artísticos.

FEMINISMO

La mentira femenina.—Tema esencial de la novela sentimental, la mayor parte de las novelas de este género no existirían—dice Camilo Mauclair en *La Revue*—si se dejara de admitir el gusto innato de sus heroínas por la mentira; es un axioma, un misterio que no se discute, el de que la mujer es embustera de nacimiento. Falta saber si en esto somos juguete de una enorme ilusión.

La cuestión de la ineidad de la mentira en la mujer no afecta á su mérito; si se llegara á demostrar, resultaría ser una nota característica que no se la podría criticar, como la ferocidad en el tigre, la pasividad en el carnero ó la fidelidad en el perro; pero nada hay más distante de esa demostración.

La mentira en la mujer está ligada con su condición social de sierva primitiva; objeto de placer é instrumento de procreación, la mujer ha tenido que acudir á la astucia para ser menos desgraciada, y así se ha formado lentamente la herencia de la mentira. Las religiones después, atacando el principio nocivo del deseo, han realzado la castidad como una fuer-

za, mientras el hombre, más refinado en sus gustos, exigía que el objeto pasivo de sus espasmos de placer compartiera con él esa voluptuosidad, y la mujer ha recabado así su primer arma. El duelo dió comienzo, y el drama hizo grandes progresos con los siglos en la esfera moral, pero sin dar un paso en la social; la astucia sigue siendo el único medio de obtener ciertas concesiones en el gineceo ó en el harem, y la psicología de la mujer se modela por la costumbre de no pedir ni obtener nada sino por medios indirectos y extraviados.

Sér receptivo por excelencia, la mujer lleva la huella de su servidumbre, y todos sus sentimientos, forzados á tomar forma indirecta, difieren de los nuestros, predominando en ellos la imaginación por el desequilibrio entre los deseos contenidos y las satisfacciones defraudadas. El hombre cometió dos graves faltas: una, la de hacer de la mujer una esclava; y otra, la de no preocuparse de lo que esa esclava podría pensar, por creer que jamás llegaría á ser libre. La astucia y la imaginación forman la psicología de la mujer reclusa, como la de todos los prisioneros. Las religiones siguen siendo sus enemigas, y ni el paganismo griego siquiera, con su culto público del amor, otorgó á la mujer el derecho de darse libremente, á menos de confesarse cortesana.

La intervención del catolicismo complica todavía la cuestión con su mezcla de doctrinas evangélicas y mosaicas. Jesús perdona el adulterio, aconseja la libre elección y convierte á la esclava-ídolo en compañera; es el fin de la mentira; pero el Antiguo Testamento mantiene la desconfianza respecto á la mujer y proclama la ineidad de su mentira por el pecado original; el matrimonio es lícito, la castidad preferible; la carne es vil, la mujer peligrosa y demoníaca; es la forma de Satanás y la embustera eterna.

Así el error primitivo quedaba formidablemente confirmado por la fe religiosa, y la suerte de la mujer quedaba decidida hasta una época imprevisible, estando condenada á mentir. La evolución de las costumbres nada significa; la mujer en la

Edad Media, con el culto caballeresco y las cortes de amor, sigue siendo la esclava-ídolo, desarrollándose su poder privado, pero sin conquistar oficialmente terreno alguno social. Del Concilio de Trento acá tampoco se observa ningún cambio esencial, pues si la mujer ha llegado á adquirir un poder enorme, ha sido en el orden íntimo y nada más. La mentira ha sido siempre su palanca indispensable, y el hombre, convencido de que la mujer es embustera por naturaleza, se ha resignado con el hecho y ha seguido ignorando su psicología, sin ocurrírsele que aquella mentira era el resultado directo de su modo secular de tratar socialmente á la mujer. El antiguo egoísmo de la propiedad, la utilidad de guardar un bien precioso, de alentar al objeto del placer á procrear soldados y obreros, las concesiones debidas al modelamiento de las costumbres y al deseo de asegurarse la vibración recíproca de la mujer poseída, el consentimiento de hacer de una esclava un ídolo, la idea de la fatalidad de la mentira original certificada por la Escritura, todo eso, revuelto, lo encontramos todavía en las impulsiones del hombre de hoy.

La mujer no ha nacido embustera, ni la mentira es un instinto, sino el resultado de la contrariación de un instinto; la mujer se ha hecho embustera por la ley de la acomodación al medio ambiente. Claro es que al hablar de «mentira femenina» se trata de la pretensión instintiva en la mujer de disponer á su arbitrio de su cuerpo y de su alma, y de los disimulos que requiere la negativa del hombre á esa pretensión.

El examen de los ejemplos de mentiras femeninas más conocidos muestra que son obra del hombre y de sus exigencias, pudiéndose reducir á algunas categorías generales. La exigencia de la fidelidad en una joven educada en la ignorancia de toda fisiología conduce á obligarla á un dón exclusivo de sí misma, cuyo sentido y valor desconoce; una mentira trae otra, y la sociedad no admite que se pueda reparar la primera por medio de la más franca sinceridad, sino mintiendo de nuevo. Es el caso más elemental y corriente, y todos los de-

más, bien analizados, se reducen á éste. Se ve bien que la supuesta ineidad de la mentira femenina es un error, muy difícil de desarraigar.

COSTUMBRES

Los primistas y las subastas de muebles.—Si la lucha por la vida reviste caracteres ardientes en todas las manifestaciones de la competencia comercial, jamás es más áspera y violenta que en las compras y ventas de ocasión; todo un mundo especial vive de ellas: desde el tratante en monerías de gran curiosidad y alto precio, príncipe de la reventa, hasta los modestos traperos, que demuestran diariamente que hasta el más ínfimo desecho tiene su valor. Malepeyre dedica en *La Grande Revue* un artículo al estudio de este asunto, que no carece de interés.

La ley—dice—tenía que reglamentar este comercio de ocasión, dada la intervención que el Estado tiene que ejercer en las ejecuciones por embargo, particiones, quiebras, productos de robos, objetos perdidos, etc.; la ley de Ventoso, del año IX, confió á unos funcionarios especiales, los comisarios *priseurs*, el cuidado y el derecho exclusivo de proceder á las ventas mobiliarias por subasta, para asegurar la libertad de la subasta, la sinceridad del contrato y la policía de los lugares en que se efectúa. Pero pronto se entabló una lucha curiosa y sin cuartel, en los grandes centros de París sobre todo, entre los comisarios y los revendedores. El vendedor (directo ó acreedor) desea que el objeto subastado alcance el mayor precio, y el comprador quiere adquirirlo á menor coste del que tiene en la plaza; el Tesoro, por su parte, percibe el 2,50 por 100 del importe de la venta, y claro es que el interés del Estado está en que la subasta llegue á las mayores pujas. Todos estos intereses son sencillos y claros; pero los del revendedor se complican con otras consideraciones.

Es evidente que toda persona que compra en la subasta pública es un cliente perdido para el revendedor, y que la presencia del público pujador en las subastas hace subir los objetos vendidos, obligando al renovero á pujarlos á su vez si quiere quedarse con ellos, y disminuyendo así sus ganancias. De aquí el empeño de los renoveros en tratar de apartar de la venta al público, empleando para ello todo género de recursos. En el hotel Drouot es verdaderamente difícil á un particular asistir á una venta cuando no está organizada por comerciantes; pero en las ventas á domicilio los transeuntes harían subir mucho las subastas si grupos compactos de hombres y mujeres no ocupasen la puerta de la casa ó de la tienda, aislando del público al funcionario encargado de la venta. En las subastas diarias del Monte de Piedad, la puerta estaba obstruída por cuatro mocetones entre los que era forzoso pasar, y que, si olfateaban un competidor, simulaban una disputa, cuyas costas pagaban el sombrero y las costillas, á veces, del atrevido curioso; hoy ya no existe ese obstáculo, pero las primeras gradas de la sala están ocupadas por treinta ó cuarenta individuos de ambos sexos que parece que no os miran, pero que os ven, os pesan y os miden las intenciones, clasificándoos en el acto como tonto que va allí en busca de gangas, como competidor temible ó como simple curioso. Si el desconocido hace una puja, en seguida lanzan ellos otra ligeramente más elevada para tantearle; y si el imprudente se encapricha por una alhaja que le ha tentado, puede estar seguro de tenerla que pagar mucho más cara que en cualquier joyería de moda; la coalición de los renoveros arriesga poco, porque, si se les adjudica aquella alhaja, se reparten las pérdidas entre todos por medio de la *revisión*.

¿Cómo operan los revendedores? Muy sencillamente: diez renoveros, por ejemplo, asisten á una venta, y deciden no hacerse la competencia para poder adquirir las cosas al menor precio; terminada la venta, van juntos á una taberna próxima, y allí pròceden á la *revisión*: cada objeto vuelve á poner-

se en venta entre ellos; el que más puja queda dueño definitivo, y paga á los demás la diferencia entre el precio de adquisición en la subasta oficial y el de venta en la subasta clandestina, que es lo que constituye la *prima* ó beneficio de los coaligados, distribuído á prorrata de las pujas hechas. Los renoveros son también á veces víctimas de sus procedimientos, pues los hay que viven á costa de los otros, quedándose rara vez con los objetos, y casi siempre con el producto de las primas: á pícaro, pícaro y medio.

Es difícil precisar la importancia del perjuicio que causan anualmente al Tesoro y al público las artimañas de la reventa. En París, sobre unos 40 millones de francos que producen las ventas públicas oficiales, se estima que la revisión envilece los precios en un quinto próximamente, ó sean 8 millones; pero hay que notar que muchos objetos son adjudicados á personas que no se someten á la revisión; calculando en 30 millones el producto de las ventas revisadas, los 6 millones que forman la quinta parte de ese total es probablemente la suma que da en París la revisión. Son 6 millones arrebatados anualmente á las deudores embargados, á los herederos y á los acreedores, y un impuesto de más de 300.000 francos que dejan de percibir el Estado y el Ayuntamiento de París. Como la *revisión* se practica también corrientemente en provincias, estas sumas aumentan extraordinariamente, sin poderse fijar, ni aun aproximadamente, la cuantía á que ascienden.

El Código penal castiga estas «trabas de la libertad de subastas»; pero, además de ser bastante difícil coger á los coaligados en flagrante delito, la Corporación de los comisarios tiene que contar con ellos para dar salida á todos los lotes; el público sería incapaz de absorber los miles de cosas que salen á subasta, y el renovero entra con todo y de todo saca partido, desempeñando en cierto modo una función económica necesaria en el mecanismo social.

HISTORIA

Los CHICHISBEOS DEL 700.—Una de las costumbres más ridículas de la nobleza italiana del siglo XVIII—dice Marenduzzo en la *Rivista d'Italia*—fué la del caballero sirviente, grotesca expresión de aquella vida artificiosa y corrompida, que, manifestándose en el arte y en la literatura, invadía hasta la intimidad del hogar, deshaciendo la familia y falseando el amor. Aquella moda, transformada en costumbre formal de las clases señoriles, hasta el punto de figurar en los contratos matrimoniales el nombre del futuro cortejo, era el indicio más evidente de la decrepitud á que había llegado aquella sociedad.

Por antigua costumbre de la vida aristocrática, se había establecido como dogma que el amor no podía ni debía buscarse en el matrimonio; así lo declararon las Cortes de Amor, y así lo practicaba la caballería: con estas ideas y la gran libertad de comercio entre ambos sexos que dejó en Italia la ocupación francesa de fines del siglo XVII, no es extraño que á principios del XVIII apareciera el tipo inverosímil del *chichisbeo* (1) ó cortejo, fruto maduro del *alcobista* y del *amigo de la casa* de la sociedad francesa. Cuando el galanteo vedó al marido salir con su mujer para no parecer «basto ó mal criado»; cuando toda dama debía tener un amante para no parecer ridícula, y hubiera sido una vergüenza y una humillación para una bella señora comparecer en público sin su caballero sirviente; cuando el sentimiento del honor fué pospuesto, como el vestido, á los caprichos de la moda, entonces el chichisbeo llegó á ser un personaje indispensable, señalado hasta con su nombre en los contratos de bodas, y no siendo á veces único, pues había damas que no se contentaban con menos de cuatro.

(1) Marenduzzo, apoyado en Díez y Littré, hacer venir *chichisbeo* de las palabras francesas *chiche* (pequeño) y *beau* (hermoso), lo que daría para *chichisbeo* la equivalencia de *hermosito;* pero esta etimología nos parece muy dudosa.

Aunque algunos vieran en el chichisbeísmo un sistema inmoral, en sus principios era admitida la institución como cosa inocente: «¿Y qué?—dice Flaminio, el caballero de la comedia goldoniana,—¿perjudican acaso su reputación con decir que D. Rodrigo la sirve? Yo sirvo á doña Virginia y usted sirve á mi mujer; ¿qué mal hay en eso?» Ninguno, si esos individuos hubieran sido, como supone Foscolo, «individuos admirablemente compuestos de cualidades negativas» ó, mejor, eunucos, como malignamente indica Goudard, ó bien si su servicio se hubiera limitado á trotar, como los pinta Gozzi, por las calles de Venecia con los bolsillos llenos de cajitas, frasquitos y alfileres, peines y cintas, prontos á cualquier señal de la dama para servirla. Pero el chichisbeo tenía la obligación de acompañar á la señora en todas partes, hasta junto al lecho galoneado, no estándole vedado entrar en la habitación de la chichisbea ni aun en las horas menos propias; sería preciso suponer que los hombres hubieran sido de estuco y las mujeres de piedra para creer que tan íntimos lazos pudieran contenerse dentro de los límites de una honesta y discreta servidumbre.

Nada de hipocresía, ni de suspiros reprimidos, ni de afectos secretos; lo que antes era delito, entonces, por la moda, se convirtió en arte, en estudio, en cortesía galante, en una «coquetería del espíritu». No todos, sin embargo, se dejaban engañar por la falsa especiosidad de ciertos argumentos: el abogado Constantini, en sus cartas críticas, escribía á un amigo de Génova que le quería hacer tomar vejigas por linternas: «que no haya afecto recíproco entre el sirviente y la servida, y que este afecto no sea de la misma raza del que se cambia en amor, y que este amor no sea del temple del que produce deseos, y que estos deseos no sean de los que originan apretones de manos, languideces de miradas, suspiros, abandonos, besos, etc., etc., cuénteselo á su tía, que por aquí no cuela». Y con su notoria complacencia descubre algunas particularidades íntimas de aquella costumbre, que, habiendo invadido á Italia desde 1707, había echado en 1718 tales raíces

en Génova, que había degenerado en descarado vicio. «Les prestáis la mano para vestirse—añade,—y me imagino que cerraréis los ojos para no ver, porque hay ciertas frutas que son como la manzana prohibida del Paraíso, *pulchra oculis et bona ad vescendum;* y si la sola vista de aquélla indujo á Eva, la vista de éstas no puede excitar los deseos de un hombre de carne y hueso; pasáis de aquí á tenerlas el espejo mientras se arregla la cabeza, y entretanto os sirve ella de espejo á vosotros; me imagino que bajáis los ojos para que se impriman sus facciones en vuestra fantasía; pero no se puede menos de ver ciertos descuidos: aquella flor no está bien puesta, hay que darla una mano; aquella cinta del pecho está demasiado alta, conviene mostrar el sitio donde debe estar, y si se toca es un accidente, hay que figurarse que se ha tocado un leño; el talle no está bastante oprimido y hay que ayudar á la doncella, y, mientras ésta aprieta los cordones, se debe apretar con los dedos el talle de la señora; esto, en otro caso, sería abrazar, pero en éste es pura oficiosidad; el zapato no asienta bien, y el caballero, con una rodilla en tierra y sobre la otra la pierna de la señora, apoya las manos en las caderas de ésta, aprieta entre el costado y el codo, y ya está hecha la tarea; si sale de casa en coche, se está frente á frente, se habla siempre, se la da el brazo ó se la toma del brazo; y después de muchos años de tan estrechas confianzas, ¿me queréis hacer creer que es lo mismo que si estuviesen una junto á otra dos piedras?»

Como hombre experimentado, se declara herético «en cuanto á que los chichisbeos se dediquen al servicio de una dama por puro acto caballeresco», porque ve siempre elegidas á las jóvenes y bellas, nunca á las viejas ni á las feas, y que precisamente las viejas, que son las que más necesitan de asistencia, son las más abandonadas; y hasta era frecuente el caso del chichisbeo que, después de haber prestado largos y devotos servicios á la madre, se pasaba, cuando ésta comenzaba á envejecer, al servicio de la hija recién casada.

No todas las señoras tenían el valor de alabar la absoluta inocencia del chichisbeísmo, y una dama, en un momento de franca expansión, no tuvo escrúpulo de confesar que hacía algunos favores á su chichisbeo, «pero de la cintura arriba»; á lo que un anciano caballero replicó francamente que «muchas llevan la cintura al uso de Arlequín».

Los hombres se complacían en mostrar al público, pavoneándose, los regalos de las señoras, tales como sellos, cadenitas de pelo, y una especie de anillos que se llevaban como dijes de reloj y que tenían un significado bastante lisonjero, pues todo anillo significaba una batalla vencida. En Venecia, como refiere Molmenti, empezaron damas y caballeros á jugar y á enamoricarse en ciertas casitas ó estancias llamadas *casinos*, que se tomaban en alquiler; provistos de cómodos lechos, de cuartos para baños, de cuadros lascivos, de mesas con estampas obscenas ó libros escandalosos, eran teatro de orgías, de las que se alejaba hasta á los criados.

La elección del chichisbeo podía hacerse de pleno acuerdo por los dos cónyuges, para que fuese del gusto de la mujer y de la misma condición y edad del marido ó algo más joven. Como la señora no podía hacer nada sin su chichisbeo, y éste tenía que ayudarla á vestirse, entraba en la habitación de la señora por la mañana sin hacerse anunciar (privilegio que de ordinario no gozaba el marido), abría las ventanas, servía por sí mismo á la señora el chocolate ó el café en la cama, asistía á su tocado presentándola sucesivamente el blanco, el rojo, la caja de los lunares, la pomada para los labios, etc.; si la dama, nota Goudard, le pide un alfiler para cubrirse el cuello con lo alto de la camisa, nunca lo encuentra, aunque los haya á miles en la estancia. Concluída de vestir, entre diez y once de la mañana, la acompaña á misa, trotando gravemente junto á su litera y siguiéndola con asiduas miradas y placenteros discursos; cerca del templo se adelanta unos pasos, llega jadeante á la puerta para levantar la cortina y tocar con el dedo el agua bendita y ofrecerla á la señora, que le da las gracias con una

pequeña inclinación y una dulce sonrisa. Durante la misa, en las veladas, en el teatro, en todos los lugares públicos, el chichisbeo se coloca detrás de su silletín ó en la silla de al lado, custodia el abanico y los guantes, y cuando la señora sale va precedida del chichisbeo, cogida de la mano ó de la muñeca hasta la litera, y acompañada hasta su casa con el mismo ceremonial. Al paseo la acompaña también en carroza, y como ésta no tiene más que dos asientos, van solos. A la mesa se sienta junto á ella, y cuando hace labor está siempre á su lado para hacerle el tiempo menos fastidioso.

Las horas mejores eran las de la conversación, la cual, comenzando con un beso afectuoso en la mano, proseguía teniéndose mutuamente cogidos de la mano, hablándose en secreto, al oído, con estudiadas expresiones de afecto, que se pretendía platónico. Las conversaciones más gratas eran las que tenían entre sí en la soledad de una habitación, ocultos á la vista de los demás por los cortinajes de la misma ó de la antecámara. El marido no debía sentirse celoso aunque entre su mujer y el chichisbeo hubiera billetitos y recados secretos, ni aunque en su conversación se cruzaran miradas fijas y lánguidas; el marido que hiciera una observación corría riesgo de que su mujer le intimase el divorcio, asegurando la dote y corriendo los gastos del proceso á cargo del chichisbeo. Pero los maridos de entonces no se preocupaban demasiado y acababan por creer que era una satisfacción de amor propio el ver envidiado por tantos su propio bien. El chichisbeo intervenía en todos los asuntos de la casa, mandaba á la servidumbre y la mantenía en el respeto debido á la señora.

El chichisbeo podía estar también á cargo de un eclesiástico, á pesar de que los ascetas del tiempo no dejaban de amenazar con las penas del infierno; entre las muchas figuras de *petits abbés* que eran entonces adorno indispensable de todo salón y de toda fiesta, no era difícil tropezar con el abate chichisbeo, que se distinguía de los demás eclesiásticos por su cabellera bien cuidada, su mantelina de seda, sus zapatos con he-

billas de oro y talones rojos; esbelto y ligero, pasaba coqueteando á diestro y siniestro, se abandonaba á la voluptuosidad del minueto con ligereza sin par, y servía devotamente á la chichisbea, no aspirando más que «á ser dueño del corazón de una mujer y á concederla en cambio el pleno dominio de sí mismo». Una viajera que tuvo que detenerse en Savona por el mal tiempo, hizo buscar un piano para entretenerse; y habiéndoselo ofrecido un fraile, le preguntó si había en aquella ciudad conversaciones y citas. «Pocas—respondió el fraile,—porque en la población hay carestía de hombres, y de aquí la necesidad de tomarnos á los frailes por chichisbeos; el obispo ha gruñido, ha usado de su autoridad para evitarlo, pero en vano; porque, después de todo, fuerza es que las damas sean servidas». La misma viajera refiere que en Génova, en las vísperas de las grandes solemnidades, los confesores acompañaban en la ciudad á los chichisbeos para que el alma de las bellas penitentes quedaran en aquellos días santos en el estado de quietud que prepara al arrepentimiento y á la contrición; luego, pasada la fiesta, tornaban á buscarlos para volverlos á llevar á la servidumbre galante. «Pero aun durante los ejercicios espirituales se admitían excepciones, y algunas señoras eran visitadas en los conventos, donde se recogían para mejor entregarse á sus devociones, por sus caballeros sirvientes y no por sus maridos. Razón tenía Pantalon para exclamar melancólicamente en *La familia del anticuario*: «Mujeres caprichosas, maridos sin seso, fuerza es que todo ande al revés».

Y tan al revés anduvo en efecto aquella sociedad, que hizo necesaria la revolución para echar los cimientos de una nueva era, reconstruyendo la familia y acabando de una vez con todas aquellas costumbres que hoy nos parecen inverosímiles.

***

El amor entre los griegos antes de Sócrates.—Es interesante el erudito trabajo que, con el título que precede, pu-

blica en *L'Italia Moderna* G. Zonta, movido por el deseo de escrutar esta región casi inexplorada de la historia interna del gran pueblo heleno.

Ordinariamente se dice que el amor entre los griegos fué casi siempre sensual, y hasta contra naturaleza, sin determinar cuándo y dónde pudo aplicarse ese calificativo. Dejando á un lado el laberinto de los mitos, el eco de los antiguos cantos resuena en el lamento de una muchacha en Aristófanes. «¡Ay! ¿por qué sufro tanto? No está aquí mi amante; sola estoy»; expresión sincera de una mezcla de respeto y de deseo, que fué y es siempre el substratum común de toda manifestación poética amorosa del pueblo.

El canto popular amoroso vibra ya en Homero, en cuyas obras se encuentra la más perfecta reproducción del amor de aquellos tiempos, expresado como corresponde al fermentar de la vida caballeresca y aventurera; esto es, dulce y alegre, con profundo sentimiento del pudor natural. Así el más bello epíteto para Penélope, para Andrómaca, para las esposas ilíacas, es el de «casta», y el más honroso calificativo del prudente Ulises es el de presentarlo como «ansioso de volver á ver á su esposa»; el poeta, por el contrario, no perdona ocasión de censurar á Clitemnestra, «la mujer inicua», reprendiendo á Elena aun después de vuelta al tálamo nupcial, y haciendo que «la diosa del arco amiga» asaetee á la mujer de Clesio Horménides por su infidelidad. Toda la *Ilíada* es una demostración indirecta de los males que produce el amor no legítimo, y toda la *Odisea* muestra las suaves satisfacciones é infinitas dulzuras del amor marital, custodiado y defendido de amenazas y horrores. No menos maravillosamente bello es el sentimiento de amor que el poeta agita en el alma virginal de la joven Nausicaa.

Pero el amor legítimo del buen tiempo antiguo, á través del realismo que se infiltraba en las estirpes griegas, en los cien años que probablemente separan á Homero de Hesiodo, empezó á perder su gentil perfume de ingenua virginidad. Y en

verdad que como Pausanias admite en Platón dos amores, y como existen dos Afroditas, así puede decirse que en toda la literatura griega hay dos corrientes de la idea del Eros: una, tan alta como la que más, apoyándose en la idea confusa de la fuerza, equivale al concepto de una fuerza demónica trascendental que llega hasta la divinidad, pasando á través de las ideas del saber, de la filosofía, del amor general; otra, partiendo de un amor humano legítimo, se rebaja hasta convertirse en la expresión de la mayor degeneración erótica.

Saliendo de las ruinas monárquicas de la edad épica el ideal democrático con la arrogancia vital que reavivó la raza griega en todas sus estirpes, el concepto teórico y práctico del amor evolucionó á compás de la vida pública y privada. Los hombres que en la epopeya griega combaten por el honor contaminado de una familia, y por ende de una raza, como Héctor, Ulises, Alcinoo, no tienen otra aspiración, terminada la lucha, que volver á ver á sus mujeres; y es natural que concibiesen el amor de otro modo que los hombres nuevos que afirmaban su libertad y su individualidad tan prepotentemente en la política, en las fiestas y en los juegos. Así el amor se convierte en el deseo, no de una persona bella, sino, además, inteligente.

Entre los jónicos la mujer siguió siendo siempre la señora de la casa, sin salir del gineceo, y ocupada, como en los tiempos homéricos, en hilar y tejer purpúrea lana; de aquí que poco á poco el hombre se fuera alejando de aquella mujer, anacronismo viviente, y sin dejar de honrarla, buscara, para satisfacer su nueva necesidad de amar, algo que no fuera la fría estatua encargada de custodiar el fuego del hogar doméstico; y de aquí la aparición de la hetaira. Estas mujeres, que asociaban á las gracias naturales del cuerpo una inteligencia y una cultura exquisita, afinada en sus frecuentes relaciones sociales, eran las llamadas á satisfacer la nueva refinada evolución del espíritu jónico; el último fruto de este extraño connubio fueron los amores de Pericles y Aspasia.

Pero es de notar la gran diferencia que hay entre el amor legítimo y el hetáirico: el primero es una especie de amistad, y el segundo se funda en la fascinación de los sentidos. ¡Qué distancia del amor homérico al estremecimiento pasional de Arquíloco! Es natural que, llegado el amor á no representar sino la voluptuosidad, y no siendo la mujer sino un instrumento de placer, uno y otra fueran ó mal mirados ó despreciados, como lo que sólo representa una pasión momentánea. Así se explica la famosa sátira de Simónides contra las mujeres, y el desprecio con que Solón las trata en sus leyes. Este desprecio llega á ser un lugar común, y Focílides refuerza la sátira de Simónides, é Hipócrates escribe el conocido epigrama: «Dos días dulces da la mujer: el del casamiento y el del entierro». Para acabar la evolución degenerativa del amor, el joven ático, en constante comunión de juegos y de afectos con otros jóvenes, concluye por engolfarse en la mayor perversión entregándose al amor contra naturaleza, cantado por Anacreonte y considerado como cosa natural por Platón.

Mientras así se envilecía el amor y se despreciaba á la mujer entre los jónicos y áticos, muy otras eran las ideas y costumbres de los eólicos. De espíritu caballeresco y heroico, ágil de fantasía y de estro, inclinado al canto que resuena dulcemente en los oídos y en el corazón, á la molicie, á la lujuria, el alma eólica representa la curiosa ficción de un blando y sensual sentimiento erótico, con una fuerza pasional jamás alcanzada por los jónicos; de esta fusión sale un concepto y una expresión del amor que funde en sí la molicie y la pasionalidad de un modo estupendo, favorecido por la misma condición de la mujer eólica: libre como el hombre, inclinada á la molicie y al arte, de espíritu y cultura refinados. Esta diferencia tan radical entre la mujer jónica y la eólica, se evidencia en la muchacha lesbia poetisa, cuya más alta y genuina encarnación es Safo. A su vibrante pasionalidad puede contraponerse la delicadeza y lánguida voluptuosidad del sentimiento amoroso de Alceo. Recogiendo los pocos fragmentos que quedan de los

poetas eólicos con las noticias de los demás autores, puede deducirse que, mientras en los jónicos la mujer y el ideal del amor fué decayendo y degenerando, entre los eólicos la expresión del amor fué la resultante de la fusión de sentimientos muelles y sensuales, pero apasionados, con cierta delicadeza caballeresca ó romántica.

Los dorios ofrecen otro ideal de amor. Para este fuerte pueblo, la mujer no fué ya aquel insulso instrumento de procreación de los jónicos y áticos, ni el refinado instrumento de placer de los eolios, sino la digna matrona, tan culta como el hombre, tan fuerte como el guerrero, tan atrevida como el héroe, que compartía con el hombre los cuidados caseros, y con él guiaba los destinos de la patria; de donde los atenienses decían que entre los espartanos el Gobierno era mujeril, *gunaicracia*. Así el amor tomó entre los dorios una expresión especial, en la que se unían, con la serenidad y la fuerza, un profundo respeto, una veneración, un sentido virginal, que recuerda, á veces, á Homero. Mientras entre los jónicos la sátira de Simónides era acogida con gran favor y se convertían en ritornelo popular los conocidos versos: «Júpiter dió á los hombres, como su mayor mal, la mujer», á orillas del Eurotas por el contrario, Alcman, el inventor del canto amoroso, juntaba y contraponía á la exaltación de los seres divinos los loores de las vírgenes del coro, comparables á los dioses inmortales en su pureza y belleza; y Teógnides, el dórico errante por las diversas tribus dorias, declaraba que «nada es más dulce que una buena mujer, y yo soy de ello testimonio»; «ninguna cosa hay mejor entre los hombres que el padre y que la madre», decía en otra parte; odiaba á «la mujer galante», y añadía: «no es conveniente una esposa joven para un hombre viejo, porque no obedece al remo como una nave, ni el ancla la puede detener; rompiendo las cuerdas, encuentra frecuentemente otro refugio por la noche».

No sorprende en una raza que comprendía el amor tan seria y tan honestamente como los dorios encontrar la figura de

Telesila: las mujeres espartanas fueron famosas por su fortaleza; pero el heroísmo de la joven argira, que arma á las mujeres y las conduce contra Cleómenes, que había sitiado á Argos, y lo mata, supera todos los más bellos episodios de la antigüedad clásica. Es lástima que apenas quede nada de las poesías de Telesila para poder comparar sus sentimientos con los de Safo; entonces se hubiera visto en ésta una poetisa deshaciéndose de amor, y en aquélla una heroína.

El respeto dórico á la mujer se propagó por las colonias de Sicilia, y es hecho típico la formación y difusión entre los sicilianos de la leyenda de Stesícoro, dejado ciego por Elena, por haberla ultrajado en uno de sus cantos. En la Magna Grecia, por el contrario, sea porque el poeta que la representa era de procedencia jónica, sea porque las costumbres atenienses tuvieran allí mayor influencia, encontramos acoplada la expresión del amor á la mujer con la del amor á los muchachos. De la Magna Grecia, sin embargo, pero de la estirpe doria, debía surgir el genio que suscitara y favoreciera entre los áticos la regeneración del amor; Pitágoras trató de santificar el amor de la mujer en la casa, introduciendo mayor sentido de moralidad en el concepto del amor en las diversas razas helénicas; de aquí brotó en la práctica una idea de la mujer y del amor legítimo superior al mismo concepto homérico, llegando en el terreno de la especulación filosófica á tocar las altas cimas que Platón debía definitivamente alcanzar y conquistar, no habiendo duda de que la influencia de la doctrina pitagórica, iniciándose en Aspasia y preparándose por Sócrates, tuvo en Platón su definitivo intérprete, como nuevo verbo del Eros. Es bastante significativa la respuesta de la sabia y casta Tearcos, la mujer de Pitágoras, al que la preguntaba en qué hubiera querido ser famosa: «En hilar bien y en custodiar el tálamo».

COSTUMBRES

Una parisién en los harems de Constantinopla.—Helia, una parisién, ha vivido largo tiempo en Constantinopla, ha penetrado en la vida íntima de aquella sociedad, ha observado atentamente aquel mundo desconocido y ha publicado sus impresiones en *La Grande Revue*, de París.

Hay—dice—en cuestiones orientales palabras que llevan tras de sí todo un séquito de imágenes é ideas; tal sucede con la palabra *harem*: para la generalidad de los extranjeros el harem resume el Oriente, evocando las voluptuosidades y los placeres en medio de jardines de flores humanas, en una atmósfera en que la embriaguez de los sentidos se respira con los perfumes exhalados á la vez por las carnes vibrantes y los braserillos encendidos. En la realidad moderna, el harem no tiene tales seducciones. Es sencillamente la parte de la habitación común reservada á las mujeres de la familia, esposa, hijas, madre, hermanas y tías no casadas. La casa turca, rica ó pobre, conserva en principio su antigua división en *selamlik* y en *harem*, aquél para el hombre y éste para la mujer.

La evolución íntima del mundo turco se revela en el cuadro en que se desarrolla la vida de familia: franqueado el patio, con su color oriental y suntuoso, los salones están amueblados «á la franca» con sillones y sofás, en que triunfan á la vez *Liberty*, el nuevo arte, y Pompadour; en ciertos detalles, sin embargo, se observa que en el turco occidental persiste la raza primitiva: muchos almohadones y tapices, sillas volantes y muebles pequeños, y ninguno ó muy pocos muebles grandes; la impresión de instabilidad se desprende del alma y de la vida musulmanas; el mañana es Aláh; nada en estas moradas tiene recuerdo ni historia; las cosas familiares son mudas. Sólo una pieza conserva puro su carácter oriental: la de los *mussafirs* ó huéspedes; por modesta que sea una familia, jamás cierra sus puertas á quien le pide hospitalidad; allí se ven

lechos dignos de un sátrapa, ora montones de blandos colchones envueltos en fundas de satín, ora camas europeas de bronce cincelado cubiertas de colchas de seda de Brussa; grandes bolsas bordadas encierran trajes de noche, chaquetas de seda y cintas de gasa; las babuchas esperan; las paredes están cubiertas de tapices brillantes; mesitas orientales sostienen jarroncitos y vasos de oro y plata, bombones y cigarrillos, y el suelo entero está algodonado de alfombras y cojines desparramados para el *kieff* ó dulce *farniente* de todas las horas. En medio de todo este lujo en que vive la familia turca, no hay que buscar nada del verdadero confort. La cocina forma un departamento especial; hoy el servicio de boca se confía por un tanto alzado á un jefe independiente, que muy de tarde en tarde rinde cuentas vagas al amo ó al intendente de la casa; me acuerdo—dice Helia—de mi asombro, en los primeros tiempos de mi residencia, al ver que una taza de té ó de chocolate era objeto de negociaciones tan largas como laboriosas».

La transformación de la vida turca data del día en que la esposa única ha transformado la tribu en familia. La poligamia no existe de hecho en Turquía, y los musulmanes sinceros reconocen que han ganado en el cambio, pues si las muchas esposas eran fuente de placer, lo eran también de gastos y responsabilidades enormes, pues había que atender á todas ellas y á todos sus hijos. Hoy pueden explotarle las queridas levantinas ó europeas, de que no se priva el turco; pero no tienen sobre él ningún derecho. Las mujeres turcas comprenden tan bien la diferencia, que no hacen caso de que sus maridos tengan ó no queridas, y de lo único que se preocupan es de que no tengan otras esposas: de ahí que no se cuiden de sus rivales europeas, sino de las musulmanas. En esta materia todas están de acuerdo y se entienden perfectamente, y su feminismo especial llega á espantosas profundidades.

Aunque no tiene más que una esposa, todos los bienes y trabajos del turco actual bastan apenas para sostenerla; todos los ingresos de la casa se convierten en alhajas y mobiliario, pro-

piedad personal de la *hanum* (señora), que tiene la *libre* administración de sus bienes sin intervención del marido y sin tener que aportar su parte para los gastos de la casa. El turco no posee nada y vive al día; goza de las apariencias del dominio, pero la mujer es la que posee la realidad del poder. Son dos mundos aparte, el de los hombres y el de las mujeres, con su vida y placeres especiales, que no se confunden ni se penetran jamás.

Las mujeres turcas practican entre sí la más hábil solidaridad, y su táctica consiste en tener al hombre alejado del mundo femenino; en los mejores matrimonios el marido ignora casi todo de la vida del harem; terminado su tocado con ayuda de la *hanum* y de las esclavas, le acompañan con respeto hasta la escalera, y hasta la noche, que vuelve de sus negocios, la mujer queda dueña absoluta de la casa, y mientras él no sabe nada de lo que hace su mujer, ella sabe todo lo que hace su marido, teniendo al efecto una excelente policía particular, completada por la de sus amigas, á quienes presta el mismo servicio.

Las mujeres allí hacen y deshacen las carreras y son las dispensadoras del favor; embajadores y ministros deben frecuentemente su alta posición á las intrigas, amistades é inteligencia de sus mujeres. Desde el fondo de su casa, la dama turca sabe todo lo que pasa en el Imperio y conoce las cosas más secretas por su lado menudo. Su modo de información es especial y reemplaza con ventaja á la prensa. A la hora de las comidas en las casas ricas se presentan las amigas humildes de la *hanum*, antiguas nodrizas, bañeras, esposas de empleados ó protegidos de la casa, y todas son recibidas por igual, pues en el Islam no hay castas ni clases, ni condiciones sociales, siendo esencialmente igualitarios: unas son peinadoras, otras cantan, otras venden perfumes ó alhajas; todas son acogidas con benevolencia, y como entran y salen diariamente en todas las casas, por ellas se sabe todo y se comunica todo, siendo los hilos de todas las intrigas y confidencias.

En este mundo tan unido empieza, sin embargo, á dibujarse una escisión, por la educación europea que reciben la mayor parte de los señoritas ricas, que las separa de las mujeres de ayer y las aísla del ambiente oriental. La educación de las hijas es el lujo del padre, que se envanece de ello y no omite gasto para darla institutrices francesas, alemanas ó inglesas, muy bien acogidas y tratadas en Turquía. El niño turco es un alumno mediano, pero su memoria es notable: una muchacha de quince años habla pasaderamente tres ó cuatro lenguas, canta, dibuja, toca el piano, el laúd y la mandolina, conoce la historia y la geografía general y sabe perfectamente la literatura contemporánea. Este grupo intelectual no es todavía muy numeroso; pero forma ya un núcleo de sociedad que difiere totalmente del de ayer y que ejercerá positiva influencia en el mañana, que ya les preocupa hondamente.

Al acercarse á los diez y ocho años la mujer, se hacen diligencias para casarla. Los preliminares son los mismos para toda clase de enlaces, y en ellos sólo las mujeres intervienen: las parientas de los solteros les hablan de las jóvenes casaderas, y reciben el encargo de visitarlas. Frecuentemente se presenta en una casa una señora desconocida que desea ver á las señoritas de la casa; la costumbre exige que se la reciba ceremoniosamente y que las señoritas sean llamadas al salón para servir el café á la visitante; ésta tiene el derecho de examinarlas á su gusto y hasta de hacerlas abrir la boca para enterarse de sus dientes. Una vez hecha la elección, los padres acogen ó no la petición del pretendiente; pero es raro que casen á su hija contra su voluntad ó que la hija se resista al deseo de su familia; ni una palabra, sin embargo, se habla entre la hija y los padres, de estas cosas, hasta el día del matrimonio, pues sería faltar á las conveniencias sociales; una nodriza ó una amiga comunica los retratos y alaba los méritos del pretendiente hasta triunfar de las vacilaciones de la joven, y entonces es cuando la unión queda resuelta; se señala el día del *nika* ó desposorios, y el cadí con cuatro testigos se presenta en el selam-

lik del padre de la novia, recibe el consentimiento del novio y luego sube al harem y, á través de la puerta ó de una cortina, pregunta á la novia si consiente en tomar á Fulano por esposo; y así quedan desposados. Pero la novia continúa todavía algunos meses en casa de sus padres, mientras preparan su ajuar y su casa, y las fiestas de la boda se celebran el día en que es conducida á su nueva morada.

Helia refiere los detalles de una boda á la que asistió en un gran yali del Bósforo. Unos veinte coches con un contenar de damas habían acompañado por la mañana á la novia desde una aldea vecina, y otro centenar de invitados les esperaban; al entrar en la casa, su marido vino á saludarla, y la condujo á un salón donde se levantaba un trono con su dosel; allí se sentó la novia, y allí tenía que estar todo el día, expuesta como un ídolo á las miradas de todos; el marido la preguntó su nombre, que hasta entonces se supone que le es desconocido, y la pidió permiso para levantar su velo en cambio de un regalo, alhajas ó un cheque, que la ofrece. Es la primera vez que se ven cara á cara, y en seguida se retira el marido, atravesando por entre las invitadas, que aquel día están sin velo ante él, repartiendo entre ellas moneditas, que se disputan por ser presagio de felicidad; hasta la noche no vuelve á ver á su mujer. Esta era linda y estaba vestida, á la turca, de brocado de Damasco sembrado de medias lunas y estrellas de plata, con una diadema de oro claveteada de diamantes, un velo de muselina de seda sobre los hombros y una lluvia de hilos plateados á los costados. Inmóvil en su trono, ante ella desfilaban las invitadas y las curiosas, pues la puerta no se cierra á nadie, y lo mismo entran y se sientan allí las mendigas que las aristócratas. El selamlik estaba convertido en *buffet*, donde se sirvió de almorzar tres ó cuatro veces á cuarenta ó cincuenta damas, y en el harem estaban expuestos el ajuar y los regalos. La cámara nupcial estaba tendida de satín azul, resplandeciente de plata, y la fiesta duró hasta la puesta del sol. Como el harem es una escuela de realismo, y la lengua turca no gasta reticen-

cias ni eufemismos, la novia no entra en la nueva vida ignorante; pero si antes se dedicaba á dar la ilusión de goces á los que era extraña, hoy, sometiéndose al yugo, entrega su cuerpo, mientras su corazón suele estar preso en algún amor ideal, soñado en sus lecturas.

LITERATURA

La evolución del género histórico.—La tendencia esencial de nuestra literatura—dice en *La Revue* Jorge Pellissier—ha sido durante la última mitad del siglo XIX asimilar el arte á la ciencia: en eso consiste lo que se llama naturalismo.

En el período clásico hubo ya un naturalismo con vistas á las ciencias abstractas que hizo prevalecer la verdad racional sobre la realidad contingente; el naturalismo moderno procede á su vez de las ciencias de observación, y para representar la vida, seres ó cosas, toma su método. La diferencia entre ambas formas de naturalismo es capital, pero las dos coinciden en excluir del arte la personalidad del escritor, haciendo obra impersonal.

El teatro mismo, con ser eminentemente ficticio, rechazó todas las conveniencias para atenerse en lo posible á la realidad. En la novela, los dos maestros del naturalismo son Flaubert y Zola: el primero, para *Salammbó*, pedía informes á Túnez sobre ciertas enfermedades de las serpientes, y para *Un corazón sencillo* conservaba tres semanas sobre su mesa un papagayo disecado, diciendo á Jorge Sand que «el gran arte debe ser científico»; el segundo reproducía en un manifiesto célebre la *Introducción á la medicina experimental* de Claudio Bernard, reemplazando la palabra «médico» por la de «novelista», y declarando que el novelista debe obrar sobre los caracteres y las pasiones como el fisiólogo sobre los cuerpos. En la poesía misma, al lirismo romántico sucedió una escuela téc-

nico-descriptiva; después de Teófilo Gautier, para quien la poesía no es más que una pintura, y de Leconte de Lisle, que tiene por objetivo «unir estrechamente el arte y la ciencia, sin confundirlos», los parnasianos se dedicaron al análisis reflejo y sagaz del corazón ó á la representación expresa del mundo sensible.

Esta evolución de la literatura hacia la ciencia no podía expulsar de la obra literaria el yo del artista, por mucho que fuera el empeño de lograrlo. No hay teatro en que la vida se exprese como es, y entre los novelistas llamados naturalistas, muchos no eran realmente más que impresionistas, lo que no es lo mismo, sino más bien lo contrario. Los maestros mismos del naturalismo desmintieron como escritores su teoría de la impersonalidad científica, pues Flaubert no siempre pudo reprimir su yo, y Zola, que nunca pudo defenderse de la acusación de alterar la naturaleza, fué en sus últimos tiempos una especie de vidente y apóstol; y en poesía, ¿qué significa la aparición del simbolismo sino una reintegración del yo? Los parnasianos habían transcrito directamente las cosas con precisión mecánica; los simbolistas, al expresar «el alma de las cosas», expresaron su propia alma.

Hay un género, sin embargo, en el que el espíritu científico ha ido predominando cada vez más sobre el arte, hasta el punto de suprimir de él completamente la persona del escritor: el género histórico. En otro tiempo la historia, cuando no era obra de pura retórica, era obra de moral. Los clásicos, teniendo por objeto la verdad *humana*, prescindían de los rasgos particulares de tal ó cuál época; el romanticismo, por el contrario, se caracteriza por el sentido de lo relativo, que es el sentido mismo de la historia; pues el verdadero oficio del historiador, como dice Agustín Thierry, consiste en *distinguir*. Durante la primera mitad del siglo XIX la historia, sin dejar de ser un arte, se convirtió en una ciencia, y el arte de los Thierry y los Michelet se consagró á la fiel representación del pasado.

Hasta ese arte, sin embargo, con que los Michelet y los Thierry pretendían ilustrar la historia, lo han proscrito los historiadores modernos, y la historia no es hoy sino una obra de erudición á la que la objetividad científica nada deja de literario. Los progresos de la erudición reducen cada vez más la latitud que la falta de documentos dejaba al historiador, disminuyendo su campo épico y legendario; y como la historia tiene por objeto lo verdadero y no lo bello, de ahí que haya sufrido más que ningún otro género literario la influencia del espíritu científico. El historiador no es de ningún país ni de ningún tiempo; no tiene preferencias ni antipatías, ninguna pasión que le solicite ni turbe su juicio en su modo mismo de exponer; hace abnegación de su yo, y en eso precisamente difieren la obra científica de la artística; cuanto más se preocupa la historia de la exactitud documental, tanto más invade el sabio los dominios propios del artista.

Los tres principales historiadores de la segunda mitad del siglo XIX, Taine, Renán y Fustel de Coulanges, aplicaron á su labor métodos más severos que sus antepasados; á la escuela histórica moderna le parecen, sin embargo, sospechosos por no ser bastante objetivos y estar preocupados por una doctrina personal. La filosofía moral de Taine tiene por fondo el desprecio y el miedo al hombre; el historiador, en él, está puesto al servicio del pesimista. Renán, por su parte, nunca consideró la historia sino como una de esas ciencias hipotéticas que se hacen y se deshacen sin cesar, siendo, según él, lo esencial en el historiador escribir una obra en que todas las partes se armonicen, método esencialmente subjetivo propio del artista. Fustel de Coulanges, á su vez, es menos literato, pero tiene miras sistemáticas que le hacen, por ejemplo, reducir el elemento tudesco en los orígenes del sistema feudal.

En nuestros días los estudios históricos están más florecientes que nunca. Pero, tal como hoy se entiende, la historia excluye la persona del historiador; repudia la sensibilidad y la imaginación como fuentes de error; suprime lo pintoresco y lo

dramático; prescinde de síntesis, conjuntos y conclusiones de largo alcance, y no admite en la forma más cualidades que las de la prosa científica. Allí no queda sitio para el *genio* del escritor, para su personalidad: la historia se convierte así en una obra colectiva, casi anónima.

¿Debemos pensar que este divorcio entre el arte y la ciencia histórica sea irrevocable? La historia tiende á dejar de ser arte, pero nunca podrá ser una ciencia en el verdadero sentido de la palabra, como no pueden serlo la moral ni la crítica; por mucho desarrollo que haya tomado el análisis técnico, la moral sigue siendo materia de impresiones y conjeturas; por mucho rigor que afecte en su método, la crítica es incapaz de llegar á la certeza: ambas tienen por sujeto al hombre, sér esencialmente movible y cambiante. Del mismo modo que la moral y la crítica, la historia repudia y reniega en vano de ese elemento subjetivo é hipotético que hace de ella un arte.

La historia no puede compararse, como quieren muchos, con la zoología, sino con la psicología, que también tiende á convertirse, bajo el nombre de psicofísica, en una ciencia, pero que no ha logrado abolir el arte psicológico de los novelistas y dramaturgos. Por muchos progresos que hagan los estudios psicológicos, no dejarán los personajes de Racine ó los de Balzac de ser admirables ejemplares de psicología viviente.

La historia sin duda tiene por objeto lo verdadero y no lo bello. Lo que se trata de saber es si la verdad histórica puede prescindir de la viva. Al introducir la vida en la historia se expone uno á muchos errores; pero, por otra parte, limitar la historia á la notación seca y desnuda de los hechos auténticos es propiamente matarla. Si el erudito, al elaborar la materia histórica, realiza una labor necesaria y meritoria, reservemos el nombre de historiador para el que sepa sacar de la labor del erudito la verdad viva.

IMPRESIONES Y NOTAS

Ligas antiduelistas.—El origen de la primera liga antiduelista, que fué la austriaca, fué el hecho siguiente: según el Barón de Albi, el marqués Tacoli, brillante oficial del Imperio, provocado á duelo, tuvo el valor de negarse, fundado en sus principios religiosos; pero, acto continuo, fué destituído y alejado de la corte, lo mismo que el conde Ledochowski, que aprobó la conducta del marqués, su amigo. El incidente causó gran impresión, y los oficiales castigados recibieron numerosas cartas de felicitación, entre ellas las de varios príncipes y altos personajes y las de todo el episcopado; la prensa simpatizó con el movimiento, y de esta corriente de opinión nació la idea de fundar la Liga antiduelista.

De Austria se propagó en seguida la corriente al vecino Imperio alemán, siendo el príncipe Carlos de Lœvenstein el designado para organizar la Liga de Alemania y celebrándose en Octubre de 1901, en Leipzig, la primera asamblea antiduelista, en la que se acordó crear, como en Austria, los *Tribunales de honor,* habiendo contribuído no poco al éxito un incidente tan ruidoso como el austriaco: tres jóvenes se presentaron á examen de oficiales en una escuela militar, y á la pregunta de «qué conducta observarían si fueran provocados á duelo», contestaron que «no se batirían en duelo porque se lo vedaban sus creencias, lo cual no les impediría batirse, como los demás, en defensa de la patria»; los profesores, al oir esta respuesta, borraron los nombres de los aspirantes de las listas de admisibles, y el suceso tuvo tal resonancia, que el emperador Guillermo hubo de intervenir, ordenando la admisión de los examinados y el castigo de los examinadores.

En Inglaterra la Liga es innecesaria, porque el duelo está allí abolido por completo, pudiéndose afirmar que desde el advenimiento de la difunta reina Victoria la costumbre del desafío ha desaparecido del Reino Unido; allí funciona, desde

1843, un Tribunal de honor, creado por el príncipe Alberto y encargado, no de regular las condiciones de los desafíos, sino la de dirimirlos por medio de sentencias arbitrales.

Entre los demás países castigados por la plaga del duelo, las Ligas antiduelistas se han organizado y funcionan con aplauso, lo mismo en Francia y Polonia, donde la costumbre del desafío está generalizada, que en Bélgica, donde son contadísimos los casos de duelo ni aun en el ejército. Italia es una de las naciones en que mayor desarrollo han adquirido las Ligas antiduelistas, y en Hungría, uno de los países en que más arraigado se halla el hábito de los duelos, se ha organizado también, con innegables resultados, la Liga correspondiente. De aplaudir es el empeño del Barón de Albi para instituirla en España, pues aquí, como dice con muchísima razón, los desafíos pueden dividirse en dos clases: los que acaban en el comedor y los que terminan con derramamiento de sangre; con los primeros debe acabarse, por ser una comedia ridícula, indigna de personas serias, y con los segundos lo mismo, por lo que tienen de drama trágico, poco en consonancia con una sociedad civilizada.

*
* *

Cosas de España.—Con el título de *Propos d'Espagne* y la firma de Emilio Martinenche, ha publicado la casa Hachette, de París, un libro de impresiones, en el que, como en todos los estudios semejantes, se encuentra algo estimable en medio de todo un bosque de futilidades y de apreciaciones superficiales.

España es todavía para Europa, como dice Nemi en *La Nuova Antologia*, un país desconocido, por el escaso número de escritores españoles que revelen al extranjero una fisonomía caracterizada por el sello de la raza: de ahí la facilidad con que los extranjeros pueden penetrar en España como en tierra inexplorada y recoger impresiones, que en lo que tienen de directas y originales suelen ser exactas, pero en lo que tienen

de sugeridas é inspiradas pecan ordinariamente de exageradas y erróneas.

Las notas artísticas é históricas sobre Tarragona, Sagunto, Itálica, Salamanca, Avila, Zamora, Toledo y Sevilla están recogidas con acierto y escritas con entusiasmo. Las bibliotecas de España le parecen bosques vírgenes, en los que apenas hay trazado algún sendero, faltando casi siempre los catálogos; no deja esto de agradar á Martinenche, por las sorpresas que tal estado de cosas proporciona y los tesoros que así se descubren, ó se cree descubrir; así ha encontrado en Valladolid bellísimos códices miniados, y ha descubierto que en Sevilla se halla la historia heroica de nuestra colonización, y en Salamanca los más ricos caudales del misticismo y de la casuística española.

La conclusión del libro de Martinenche es que España necesita conocerse á sí misma, y en esto sí que tiene plenísima razón: aquí hay político conspicuo que no sabe quién es Menéndez Pelayo, y que no se ha enterado de quién es Echegaray hasta que le han vuelto á hacer ministro.

*
* *

El matonismo.—El proceso en que la Audiencia de Barcelona condenó hace unos meses á muerte al Nelo, sugiere á la *Revista Penitenciaria* un artículo sobre el matonismo; pues el Nelo era el encargado de «conservar el orden» en el Eden-Concert, y «esa conservación del orden» se reducía á la intervención del Nelo cuando alguno se negaba á pagar ó armaba alguna bronca en el local.

El matón no se define por sí mismo, sino en concomitancia con el medio en que aparece: como en los sitios sombríos se produce cierta flora particular, así en las umbrías sociales hay eflorescencias delincuentes y viciosas que espontáneamente se disipan con la luz. De esa especie es el matón: es un parásito, y los parásitos no sólo se propagan donde existe el caldo de

cultivo de la caridad, sino más todavía donde existe la corrupción; todo lo inmoral y, sobre todo, las industrias inmorales sirven para fomentar el parasitismo.

El *guapo de playa* malagueño, que no consiente á los pescadores sacar el copo si no le dan su parte, y el *guapo de muelle*, á quien tributan los barqueros porque les ceda una clientela que no es suya, son tipos matonescos; pero donde más descaradamente se presenta el matonismo es en su intervención en lo prohibido ó meramente tolerado; el matón baratero ó que «cobra el barato» en el juego, y el *pincho* de las casas de tolerancia, para quien la mujer es tributo, son los dos tipos más genuinos y más extendidos de matones. Pero donde se halla desarrollado el matonismo, necesariamente tiene que existir un medio inmoral adecuado á su florecimiento: los dos grandes centros de matonismo señalados en Sevilla por nuestra clásica novela picaresca fueron el Corral de los Olmos y el de los Naranjos, centros de prostitución y tafurería. De modo que la plaga de matonismo existente en Barcelona no debe consistir sólo en la existencia de matones, sino en la de los corrales, porque el corral se ha hecho para la fauna corralera, y de esta fauna salen las inmundicias. Ya dijo Lacassagne que el criminal no era más que el microbio, que la sociedad es el caldo de cultivo y que las sociedades tienen los delincuentes que merecen. Hay que examinar la sociedad en sus suciedades para apreciar un crimen. Cuando el agricultor no escarda sus campos, añade el articulista, las plantas silvestres ganan el terreno y la vida á las plantas alimentadoras, como cuando una sociedad se perturba en luchas intestinas, como ha ocurrido en todas nuestras guerras civiles, los caminos se llenan de partidas bandoleras. Sólo el cuidado del agricultor mantiene la limpieza de los campos, y sólo la vigilancia de la autoridad mantiene la seguridad de los caminos, las calles y los centros de población.

Otro modo de suciedad y corrupción que en los organismos sociales permite que se reproduzcan ciertos parásitos es el

que produce los *chantages*. En una sociedad enteramente sana, el *chantage* no tiene cabida, ni menos desarrollo; el *chantage* ha sustituído á la intimidación clásica de «¡la bolsa ó la vida!», convertida en esta otra de tipo modernista: «¡la bolsa ó el honor!» No hay que reconvenir á los matones por sus guapezas ó alardes de bravura ó de cinismo, sino á la sociedad, por la cobardía con que tolera la explotación que de sus debilidades y vicios hacen los miserables parásitos que la roen las entrañas.

*
* *

El decasílabo romano y su suerte en Europa.—Así se titula un libro reciente de Walter Thomas, ensayo interesante y erudito de métrica comparada, del que resulta la apreciación de la fortuna que ha tenido este tipo de verso y el gran papel que ha hecho y hace en las diversas literaturas modernas.

Según el informe que del libro hace en la *Revue Universelle* C. Coquelin, el decasílabo es el verso de la *Chanson de Roland*, y con algunas transformaciones el verso del Dante, del Petrarca, del Ariosto, del Tasso, de Alfieri y de Leopardi; es el verso de Camoens, de Chaucer, de Spenser, de Shakspeare, de Milton, de Pope, de Byron, de Shelley, de Tennyson, como lo es de Lessing, de Goethe y de Schiller y de tantos otros poetas ilustres. El decasílabo tipo tiene diez sílabas contadas, con un acento tónico en la cuarta y en la décima, con un reposo ó cesura después de la cuarta sílaba, terminando con una rima ó una asonancia.

Este tipo de verso, según el autor, aparece por vez primera en Francia, y aunque el ejemplo más antiguo que de él se tiene (el poema sobre Boecio del siglo x) es de lengua de oc, lo probable es que haya surgido primero en lengua de oil; pero en Francia el decasílabo es suplantado por el alejandrino, que es más pleno y se corta mejor. El endecasílabo italiano, según dice Coquelin que demuestra Thomas, ó el verso

maggiori de la *Divina Comedia*, no es más que el mismo decasílabo aumentado después de la última sílaba acentuada, con una rima femenina y suplementaria que á veces falta (*verso tronco*). El verso libre, blanco ó no rimado, hace su aparición en esta forma en la *Sofonisbe* de Trissino.

En Inglaterra el decasílabo penetra en la poesía desde el siglo XIV, pero se halla en lucha con el vetusto verso germánico fundado en la acentuación; Chaucer lo emplea y Spenser lo usa en estrofas; el decasílabo libre (*blank line*) se implanta en el teatro, y la versificación de Shakspeare evoluciona del verso rimado al verso libre, que es el que triunfa con Milton en la epopeya. Coleridge, en el siglo XIX, resucita la antigua métrica fundada en la acentuación, y los dos sistemas subsisten frente á frente, no sin influencia recíproca en la poesía contemporánea.

En España el verso de *arte mayor* tiene el mismo origen que el decasílabo francés (traduzco literalmente (1) á Coquelin), y el endecasílabo español no es más que una imitación del italiano. En Alemania el decasílabo aparece en el siglo XV, pero no triunfa hasta el XVIII, en forma de verso libre, imitado del verso dramático y épico inglés, ó en la forma del endecasílabo, imitado del italiano; el principio del silabismo deja, sin embargo, espacio al de la acentuación de la antigua versificación germánica, y lo constante no es el número de sílabas, sino el de sílabas acentuadas. En el término de su evolución el decasílabo romano, esencialmente silábico en su origen, se ha

(1) Hacemos esta advertencia para que conste bien que en modo alguno podemos compartir las opiniones de Thomas y Coquelin, ni en este punto ni en el del concepto que han formado del endecasílabo italiano y español. Decir que el endecasílabo es el mismo decasílabo con una sílaba más es una perogrullada, pero es también decir algo parecido á aquello de «media vuelta á la izquierda es lo mismo que media vuelta á la derecha, sólo que es todo lo contrario». El endecasílabo español y el italiano son enteramente distintos del decasílabo por el número de sílabas, por el tono y por el movimiento.

convertido, á consecuencia de diversos cambios (abandono de la rima, movilidad del corte y admisión de pies trisílabos), en un pentámetro yámbico no rimado.

*
* *

Un poema de Ibsen.—*La Revue*, de París, publica la primera traducción francesa de un poema de Ibsen titulado *En el Museo (En la galería de cuadros* es el título literal), en el que se presenta el primer estado de alma del poeta escandinavo y los prodromos de su evolución hacia la estética realista. El poeta visita el Museo de Dresde, y ante aquellas obras maestras reviven su fe y su esperanza; el espectáculo de la vida eterna, fijado para siempre en sus obras por el genio, disipa sus dudas y le devuelve la confianza en sí mismo. *La Noche*, del Correggio, es la que opera este cambio. Luego se siente impresionado á la vez por un cuadro de Rafael y un lienzo holandés, cuyo contraste le lleva á expresar la teoría estética de que lo importante en el dominio del Arte no es la idea, sino la forma. Empujado de sala en sala por la afluencia de los curiosos, críticos y aficionados, simples ecos de los juicios ajenos, puros admiradores de marcos, encuentra al fin la calma en la sala de la escuela española; he aquí lo que dice el poeta:

«Pero en el interior de la sala, donde la luz del día cae amortiguada á través de la cintrada ventana, donde las sublimes obras maestras de España están expuestas, empardecidas por la pátina de los siglos, allí no resuena ese estrépito de críticos; allí arde solamente la llama de los juicios artísticos, tan silenciosa como el cirio que ante la cruz invita al recogimiento en una habitación de católico. Porque enfrente de la sublime mujer celestial de Murillo está pensativa una artista en la muda contemplación de los recuerdos de su pasado, y su alma vuela como una paloma: la seguiremos sobre las alas ligeras del verso; veamos si lleva el ramo de oliva de la paz».

Aquella artista ha sufrido una crisis análoga á la del poeta,

la que todo artista atraviesa una vez en su vida, y de la que sale diciendo:

«Entonces mi destino se fijó, mis aspiraciones se calmaron, y la vida se extendió ante mí rica y luminosa; sí, mi vocación era revestir cada una de las imágenes de mi alma con una espléndida poesía de colores. Un espíritu de paz recorrió todo mi sér; lo que quiero lo concibo ahora plenamente, y en mi sueño de artista es ante todo la Virgen de Murillo lo que representa mi ideal. Así como en un momento de inspiración Murillo ha fijado en un cuadro sus visiones poéticas, yo quiero con la mano creadora qne me ha tocado en suerte expresar por medio de los colores los resplandores de mi espíritu».

Ibsen se compara con aquella artista que encuentra su consuelo ante la hermosa creación de Murillo, y siente su impotencia, reconociendo que su inspiración es «una burbuja de jabón»; de los esplendores de la primavera sólo quedan en otoño hojas marchitas y secas. «Una hoja marchita, un resto de recuerdo: eso es todo, y la vida no da más.»

*
* *

La unidad de origen del lenguaje.—La cuestión del origen del lenguaje ha sido siempre una de las que por la misma dificultad de su solución han apasionado más á los sabios de todos los tiempos. Alfredo Trombetti ha publicado recientemente un libro que sirve de prefacio á su obra magna, *Nexos genealógicos entre las lenguas del mundo antiguo*, cuyas conclusiones recoge Nemi en la *Nuova Antologia*.

Trombetti se proponía establecer el nexo genealógico, más ó menos remoto, entre las lenguas semíticas y las indoeuropeas, si tal nexo existía; y como las lenguas camíticas eran afines de las semíticas, escogió el egiptiocopto como representante del semítico, y de las dos ramas del grupo camítico, el bérbere y el cuschita, pasó al bantú para completar sus estudios. No encontrando relación inmediata entre las lenguas in-

doeuropeas y las africanas (camitas y semitas), se puso á investigar con qué familia estaría ligada la indoeuropea más directamente, y encontró la solución en las lenguas ugrofínnicas ó urálicas; de éstas se pasa al indochino y al monkmer, y por éstas se encuentra el enlace con las malayopolinésicas de la Oceanía.

Trombetti llega á sentar las conclusiones siguientes: el lenguaje humano ha tenido un origen común, y arrancando de un punto determinado del globo se ha difundido por todas las regiones, diversificándose hasta constituir los actuales idiomas y dialectos hablados por la humanidad; la aparición del hombre y del lenguaje data por lo menos de 30.000 años, y cuando más de 50.000, y el centro originario ó cuna de la humanidad debió ser la Eurasia.

***

El calor, el sudor y la sed.—«Hace calor» y «tengo sed» son dos expresiones que suelen ir juntas, como dice Kohn d'Abrest en *La Grande Revue*, de París. ¿Qué es la sed? La necesidad de beber. Y esta sensación ¿es siempre real y es tan viva como nos parece, ó hay exageración en la cosa? Eso es lo que importa saber, para no beber más de lo preciso, pues si ingerimos mayor cantidad de líquido que la realmente necesaria, hay que eliminarla forzosamente; y como para esta eliminación son insuficientes los riñones, tenemos que someternos á todas las molestias del sudor.

Porque el sudor es, en efecto, el vicario, el sustituto del riñón, y el papel de la transpiración, como agente de eliminación del exceso de agua, de cloruros, de ácidos grasos, de carbonatos alcalinos y de los demás principios inútiles del organismo, es de la mayor importancia; por eso conviene favorecerlo, pero también sin exceso ni exageración. Todos transpiramos constantemente en diversos grados: el primero es la *transpiración insensible*, estado normal de la piel, en el que se evapora por término medio un litro diario; después viene el

humedecimiento, que pone la piel húmeda; y por último, el *sudor* propiamente dicho, que sale en gotitas, y cuya evacuación puede pasar de dos litros diarios. Las causas del sudor son físicas y psíquicas: la aplicación sobre la piel ó la ingestión de substancias alcolohídricas, como la pilocarpina, la estricnina, la picrotoxina y la nicotina, excitan el sudor; otras, como la atropina, que dilata las pupilas, lo suprimen; el mentol, que enfría la piel, se emplea también para contener el sudor; el calor seco, los ejercicios violentos y las bebidas abundantes aumentan la transpiración; el paludismo produce sudores excesivos, y el miedo provoca sudores fríos.

Entre las causas que producen el sudor, están en primer término el calor y las bebidas, y gracias á la evaporación se mantiene el cuerpo á la temperarura costante de 37 grados. Como en verano se suda más, hay que beber también más para reponer las pérdidas; pero si bebemos demasiado, aumentamos el sudor; y si el sudor aumenta, hay que beber de nuevo; y así nos encontramos en un círculo vicioso: beber porque se suda y sudar porque se bebe. El remedio es sencillo: no bebamos durante los calores del verano sino lo estrictamente necesario; aguantémonos lo que podamos, y quedémonos siempre con algo de sed.

*
* *

Los sentidos artísticos.—De los diversos órganos de que disponemos para percibir las sensaciones, los únicos que tienen carácter artístico, según afirma Combarieu en la *Revue musicale,* son el ojo y el oído, por ser los únicos que son susceptibles de recibir impresiones de orden artístico (1). La ley de la evolución musical ha sido el paso de lo simple á lo compuesto; al principio el hombre no percibía con distinción

(1) No estaría de más añadir á estos sentidos el del tacto, que, siquiera en forma menos delicada, es susceptible de percibir impresiones artísticas, las únicas que se hallan al alcance de los ciegos sordomudos.

los sonidos diversos que emanaban de la naturaleza ó de sí mismo, y sólo al cabo de muchos siglos y tras numerosas investigaciones y análisis, se ha llegado á constituir la actual gama musical, con sus tonos, semitonos, octavas y timbres tan variados.

Lo mismo ha sucedido con el color: el hombre primitivo no distinguió seguramente más que lo claro y lo obscuro, percibiendo más bien los grados de intensidad de la luz que los de su calidad. Ni en la Biblia, ni en Homero, ni en el Corán se cita el color azul. Los primeros colores que se percibieron distintamente fueron el rojo y el amarillo, y poco á poco el espíritu analítico del hombre fué distinguiendo todos los demás, con sus diversos matices y gradaciones, que ponen hoy á disposición del colorista preciosos recursos. La fábrica pontificia del Vaticano, que es el más importante taller de mosaico del mundo, tiene una colección de 28.000 piedras de matices diferentes.

FERNANDO ARAUJO

INDICE

Págs.

Una apuesta de millonarios, por Mark Twain..... 5

El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del fiscal del Supremo, por P. Dorado..... 18

Influencia española sobre la literatura inglesa, por Martín Hume. 33

Recuerdos, por José Echegaray..... 58

Psicología del sentimiento anárquico, por Edmundo González-Blanco..... 72

Las guerras seculares de opinión contra España y las desmembraciones de esta Monarquía, por Juan Pérez de Guzmán..... 88

Madrid en 1833.—Los conventos de religiosas, por Rodrigo Amador de los Ríos..... 125

Crónica literaria (Las dos escuelas de la novela aristocrática: *Queralt, hombre de mundo*, por D. Fernando Antón del Olmet.—*Frivolidad*, por D. Antonio de Hoyos), por E. Gómez de Baquero..... 156

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 165

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne.—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver. 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil. 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen. 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legisláción, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.

Campe. — Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa, 8 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas. — Los Orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas. —La Edad Clásica, 6 pesetas.— —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

Tolstoy. —El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Waliszewsky. — Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

MISCELÁNEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

Baudelaire.—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Lemonnier. — La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Stead.—El Gobierno de New-York, 3 pesetas.

Stendhal.—El Amor, 3 pesetas.— Curiosidades amatorias, 3 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 ptas.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenio Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas. — César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nom-

bre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas. La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas. Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyuski.—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla Negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Tolstoy.—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas. El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne; 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas. El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.

Huxley.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

Tolstoy.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 17. NUM. 204.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

DICIEMBRE 1905

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, núm. 22.—Teléfono 2.000
10.695

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

SOBRE LA ERUDICIÓN Y LA CRÍTICA

El ensayo que *Sobre la lectura é interpretación del Quijote* publiqué en el número de esta misma Revista correspondiente al mes de Abril parece ha escandalizado á ciertos señores, ó han hecho, por lo menos, como que se escandalizaban. Ahí es nada el faltar al ingenioso hidalgo D. Miguel de Cervantes Saavedra. Suponiendo, por supuesto, que yo le hubiese faltado y no sea más profundo venerador de su genio—en lo que éste tenga de venerable—que todos sus serviles aduladores é idólatras.

Es fuerte cosa, en verdad, eso de que personas que si á mano viene alardean de independencia de criterio y de hallarse libres de muchas que llaman supersticiones, pretendan erigir sobre las ruinas del respeto á las creencias religiosas generales en el país una especie de religión literaria, mil veces más odiosa que todo lo que de más odioso pudieran tener esas creencias. La superstición literaria, que arranca acaso de cierta especie de religión de la literatura que desde el Renacimiento ha venido fraguándose, esa superstición es más despreciable que las más bajas supersticiones á la antigua usanza. No se me alcanza por qué el Dante, Shakespeare ó Cervantes han de ser más intangibles que uno cualquiera de los santos que la Iglesia católica ha elevado á sus altares, y por qué los mismos que se permiten cualquier chocarrería contra éstos se revuelven contra el que se atreva á tocar á la canonización literaria de que aquéllos gozan.

Si mi ensayo sobre la lectura y la interpretación del *Quijote* ha escandalizado á los fanáticos de esa ridícula religión literaria, también ha escandalizado á algunos de ellos mi obra *Vida de Don Quijote y Sancho,* á que dicho ensayo podría servir de prólogo. Hay quien me ha reprochado las libertades que dice me tomo en ella con la obra de Cervantes—que es de cualquiera que la lea y la sienta tanto como de Cervantes—y con Cervantes mismo. Y es lo curioso del caso que trayendo y llevando yo en mi obra á San Ignacio de Loyola, mi paisano—por el que siento más admiración que todos los jesuítas juntos,—me he encontrado con fervoroso católico, pero más fervoroso fiel de la iglesia literaria castiza, á quien le han desagradado más los que llama mis desacatos á Cervantes que no los que tiene, sin ellos serlo, por desacatos á San Ignacio. Lo cual no me extraña, pues he conocido obispo que huía con más ahinco de caer en solecismos que de caer en herejías. Y en la herejía misma lo que más odiaba era su exotismo, el creerla poco castiza.

Todo esto es más que lamentable, y prueba cómo el espíritu ama la esclavitud y cuando se sale de la una se va á la otra. Gentes que se imaginan haber conquistado su libertad de conciencia caen en la más vergonzosa idolatría en punto á literatura. Cuando me encuentro con alguna de estas personas, al momento se me viene á las mientes el caso tan conocido de aquel literato español que, reuniendo á sus hijos en torno á su lecho de muerte, les dijo antes de irse para siempre de este mundo: «Hijos míos, no quiero morirme sin desquitarme de un grave peso que he llevado á cuestas toda mi vida... Tengo que revelaros un secreto... ¡me carga el Dante!» Aunque empleando un verbo más enérgico y más expresivo que cargar, y verbo que aquí no puede estamparse. Y no empezaremos á ver claro en literatura ni á gustar de veras de las bellezas de los clásicos mientras todos aquellos á quienes el Dante les carga no lo confiesen valientemente en público. A mí no me carga Cervantes, ni mucho menos, sino que lo venero más y mejor

que sus ridículos idólatras; pero me carga Quevedo, pongo por caso de clásico cargante, y no puedo soportar sus chistes corticales y sus insoportables juegos de palabras. Y hay en España muchas personas que se tienen por cultas, y por tales pasan entre los demás, á quienes les carga Cervantes, aunque nunca tanto como en Portugal Camoens, que es perfectamente insoportable, y á quien, si no fuese por un mal entendido patriotismo, declararían los portugueses cultos inferior á muchos otros escritores portugueses, sobre todo contemporáneos.

No me cargan ni el Dante ni Cervantes; pero me cargan, y mucho, los dantófilos y cervantófilos y toda casta de apostilladores y monaguillos de genios pasados. Creyendo y queriendo servir á la mayor gloria de los dioses literarios á que sirven, no hacen sino trabajar por hacerlos cargantes, y hasta aborrecibles. De su labor suelen salir esos santones de la literatura tan echados á perder como salen los santos después de haber pasado por el *Año Cristiano*.

Un buen amigo mío, y persona á quien de veras estimo, Mr. Camille Pitollet, joven de ingenio despierto y vivo, al dar cuenta, en el número de la *Revue Critique d'Histoire et de Littérature* correspondiente al 9 de Septiembre de este año, de mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, se desentiende casi por entero de esta mi obra, y la trama con mi ya citado ensayo, considerándolo como una especie de prólogo de la susodicha obra. Y este artículo de M. Pitollet ha de darme ocasión á decir unas cuantas cosas respecto á los eruditos y los críticos, y muy en particular á los que nos gastamos, ó mejor dicho, se gastan ellos, por España.

Empieza M. Pitollet por hacer notar á sus lectores que no tengo nada de humorista, arrancándome con ello una de las más dulces ilusiones de mi vida y uno de los títulos que más á mi satisfacción empezaba á ganar, y me larga, en cambio, un epíteto que siempre me ha sido odioso, aunque declarando que es el que me da «la jeunesse universitaire espagnole»: el epíteto cargantísimo de *sabio*. Mi amigo Pitollet debe de ignorar

sin duda que he protestado más de una vez, y con todas las fuerzas de mi alma, de que se me aplique ese motajo tan feo de *sabio*, y que jamás de mi vida he hecho profesión de tal. Y él, que me conoce, y ha leído el ensayo y el libro de que aquí vengo hablando, ha podido verlo. En España, en cuanto alguien sabe alguna cosa—y yo sé varias, debo confesarlo con la modestia que me caracteriza—le cuelgan eso de sabio, y para ser tenido por poeta, pongo por otro mote, es menester no saber nada. Si en unos versos se dice algo que exige esfuerzo de atención y provoca á meditar, son versos de pensador, pero no de poeta. Los poetas no deben pensar.

Y entrando luego M. Pitollet en el contenido de mi ensayo, hace resaltar aquellas mis palabras de que la erudición suele ser—no digo que lo sea siempre — «una forma mal disfrazada de pereza espiritual», y los sabios «una casta de hombres insoportables». Y esto me da pie para desarrollar ambas proposiciones.

Y me servirá, además, para establecer á qué especie de eruditos me refiero, porque, como diré luego, los hay muy simpáticos y muy dignos de respeto, como el propio M. Pitollet—que es más que un erudito,—y los hay perfectamente inaguantables, y son los que por aquí predominan.

Se dice, y yo no hago sino repetirlo aquí, se dice que hay momentos en la vida de la cultura de un pueblo en que éste debe detenerse á hacer un inventario de sus adquisiciones, á seleccionarlas y ordenarlas antes de proseguir su camino. Los tales son períodos críticos, alejandrinos, vamos al decir, y ¡desgraciado del que, cuando todos se aplican á la tarea de restablecer el texto de las antiguas odas y trazar su genealogía, se sale con una nueva que no sea mero eco de las que se está estudiando!

Se dice que un caminante debe detenerse de vez en cuando en su camino para echar una mirada al ya recorrido, y contemplándolo así, desde lejos, sin divisar sus asperezas y sí sus amenidades, cobrar bríos para proseguirlo.

Se dice que de cuando en cuando conviene hacer examen de conciencia, arrepentirse de los pecados que se cometieron é indagar sus causas, corroborarse en las virtudes, y así, apurada la conciencia, volver á pecar con más tranquilidad y con menos peso á cuestas.

En torno á mi mesa de trabajo voy apilando todos los papeles, cartas, recortes de diarios, revistas, folletos y libros que recibo, y de cuando en cuando tengo que hacer una limpia, rompiendo no pocos y dejando muchos menos, para que, á menos bulto, me quede más claridad.

Y, por lo visto, Europa, y también España, están atravesando uno de esos enojosos y hórridos períodos críticos ó alejandrinos, ó más bien estamos empezando, no más, á salir de él, á Dios gracias. Porque las obras de literatura refleja abundan tanto cuanto escasean las de literatura directa, contando en aquella categoría no pocas obras que parecen entrar en esta otra, así como tampoco faltan las que con apariencia de críticas son de primera materia poética.

En general, la literatura, lo técnico, lo del oficio, ahoga á la poesía, y como son literatos los que forman el ambiente literario de un pueblo, el resultado es desconsolador.

Si en la oficina en que están unos cuantos eruditos y críticos literarios trabajando sobre Homero entrase un nuevo Homero cantando nuevas y tan hermosas canciones como las que cantó el divino ciego, ó quien fuera el que las cantase, ó aun si resucitado el mismo Homero les viniese cantando lo que hoy pasa en el mundo, le echarían con cajas destempladas por importuno y superficial. Los que se queman las cejas sobre los textos de Calderón, no pierden su tiempo en acudir hoy al teatro, y si un nuevo Calderón surgiese al lado de ellos, no se percatarían de tal cosa. Un Calderón tiene que haber sido pasado siempre, y si hoy nace otro genio del teatro como él, no adquiere valor alguno hasta que, una vez muerto y enterrado, es pasto su espíritu de los cuervos de la erudición, que viven de los muertos.

Hablaba yo con entusiasmo de poesía, y de un poeta contemporáneo, Carducci, á un joven filólogo italiano, y me replicó: «¡Oh, no! no me interesan sino las cosas positivas». Para este desgraciado, la crítica literaria es más positiva que la literatura misma, y el mayor valor de un poeta consiste en procurar primera materia de erudición filológica y literaria á los que lo estudien.

Conozco quien cree que el principal y más noble destino de los libros es el de ser catalogados, opinión que coincide con la que los avaros profesan respecto al valor del dinero.

En otra ocasión, otro amigo mío, muy aficionado á leer historias de la filosofía y de la literatura, me decía: «¿Los poetas y los filósofos? ¡bah! dicen lo que les da la gana». Y replicándole yo: «¿Y los historiadores de filosofía y poesía?», me contestó: «Esos ya no, esos no dicen lo que les da la gana, sino que cuentan lo que dijeron los otros, los poetas y filósofos, y estudian por qué lo dijeron». De donde deduje que para él, uno que acierta á historiar el pensamiento de Hegel es superior á Hegel mismo. Y así sucede, sobre todo desde que se hace crítica psicológica y sociológica y no sé cuántos enredos más, que los pobres poetas y filósofos no son sino la materia prima para las elucubraciones de los críticos y eruditos que los estudian, los cuales, á su vez, aparentan creer que por nada del mundo trocarían su papel de críticos por el de criticados. Es algo así como un zoólogo que cae en éxtasis ante un animalucho raro y le colma de estudios y monografías, pero por nada del mundo se cambiaría por el animalucho á que estudia. A nadie le gusta ser un precioso caso de estudio.

Mas en el fondo no es esto, sino que el erudito no perdona al ingenio que es objeto de su erudición el no poder ser él á su vez un ingenio á quien eruditos estudien y no eruditos admiren sencilla y sinceramente.

Claro está, y lo he advertido ya de antemano, que al hablar así de los eruditos no me refiero á todos ellos, sino á aquella variedad de la especie—variedad que, por desgracia, es la

que más conozco—que se distingue por su desprecio y desdén—creo fingidos—hacia las obras de imaginación, que estiman poco positivas. Los otros, los eruditos modestos y concienzudos, que si bien penetrados del valor de su propia obra, no desconocen el valor de las obras de los demás, y hasta reconocen el mérito de las síntesis apriorísticas, fantásticas y sin base histórica, estos otros eruditos merecen el respeto y á las veces hasta la admiración de toda persona culta.

La labor paciente y abnegada de ir recogiendo datos y noticias, de aquilatarlos y apurarlos, de concordarlos y resucitar así poco á poco el pasado, es una labor que ha sido mil veces pregonada como virtud, y no es menester pregonarla como tal una vez más aquí. Es la erudición, por otra parte, un fructuosísimo ejercicio espiritual, una verdadera ascesis, por ser acaso la mejor escuela de humildad. El erudito se adiestra á respetar el hecho, el más menudo hecho, el hechillo al parecer más insignificante, y todos los que se han entregado á labores de erudición conocen los pesares amarguísimos por que pasa el ánimo cuando, en virtud de un dato minúsculo, de una fecha, de un nombre, hay que renunciar á toda una ingeniosa y acaso brillante teoría pacientemente elaborada. Aquí es donde se pone á prueba el amor propio y se mortifica el espíritu; aquí es donde se ha menester de espíritu de sacrificio. El ejercicio de la erudición enseña, más que el de otras actividades humanas, lo que vale la humildad. «La verdad puede más que la razón», decía Sófocles, y este glorioso lema es el lema de todo buen erudito.

Se comprende, por otra parte, que gustemos poco de los trabajos de erudición los que no estamos del todo bien avenidos con la realidad de las cosas presentes y pasadas, y quisiéramos que el mundo fuese, no como es, sino como á nosotros se nos antoja que debiera ser; los que proclamamos los fueros de la imaginación frente á los de la lógica y hasta contra los de ésta; los que buscamos, en fin, en las bellas artes una liberación de los tres tiranos del espíritu: la lógica, el tiempo y el espacio.

M. Pitollet, después de decir que el método por mí preconizado no es sino un método de excepción, y que, generalizado, sería el peor de los métodos, añade refiriéndose á mí: «De ce que lui, esprit original, est capable, dans certains cas, d'en tirer de bons fruits, il n'en est pas moins évident de toute évidence que, pour la généralité, elle donnerait des résultats déplorables et justifierait le fameux mot de Cujas à propos des Bartolistes: *Verbosi in re facili, in difficili muti, in angusta diffusi*». A lo cual no tengo que contestar sino una sola cosa, y es que todos los métodos son, en rigor, de excepción, y que yo no hice en mi Ensayo sino defender y proclamar mi propio método, sin pretender que otros lo adopten, pues creo que cada cual debe tener el suyo, aunque luego ocurra que los métodos de muchas personas, de la mayoría, coincidan entre sí. Cada uno tiene su método, como cada uno tiene su locura; sólo que estimamos cuerdo á aquel cuya locura coincide con la de la mayoría.

Y añade mi buen amigo que el *Quijote* que en mi obra comento no es sino un *Quijote* de mi invención, lo cual es perfectamente cierto, agregando estas palabras: «Or, une fois ouverte à la fantaisie des glossateurs, la voie n'a plus d'issues à prévoir et nous nous lançons à corps perdu dans l'anarchisme intellectuel médiéval». Y yo digo: ¡bendito y bienaventurado anarquismo intelectual medioeval!, ¡qué falta nos estás haciendo!, ¡qué falta nos estás haciendo para reparar en lo posible los estragos de este racionalismo de monografistas, especialistas y ratones de archivos!, ¡qué falta nos estás haciendo para que volvamos á soñar la vida y este sueño nos lleve á la muerte liberadora!

Dice luego M. Pitollet que yo, que lleno de sarcasmos á los masoretas cervantistas, me he impuesto la tarea *assez factice* de comparar constantemente la vida de Don Quijote con la de San Ignacio de Loyola, tal y como la ha contado Rivadeneira; «mauvais exemple—agrega—donné à ces pseudo-érudits, amoureux d'enseignements ésotériques et de comparai-

sons forcées». Mentira parece que un hombre tan perspicaz y tan vivo como M. Pitollet, y que por mi ensayo, mi obra *Vida de Don Quijote y Sancho* y mis demás trabajos conoce mi método y mi espíritu, haya llegado á sospechar siquiera que yo pretenda que el bueno de Cervantes pensara en San Ignacio al componer su *Quijote*. No; ni yo he escrito semejante cosa, ni se me ocurre pensar en si fué ó no así. Constantemente, al comentar el *Quijote*, dejo á Cervantes fuera y no me interesa ni poco ni mucho lo que este buen hidalgo pensara al escribir su obra, ni lo que quiso decir en ella, si es que quiso decir algo más de lo que á las claras y á primera vista se lee allí. No, no es eso. Yo veo semejanzas entre la vida de Don Quijote y la de San Ignacio, por lo menos entre la de mi Don Quijote y la de mi San Ignacio; y de lo demás se me da un bledo, porque no he pretendido hacer una obra de erudición ni de exégesis esotérica, ni ese es el camino.

La nota crítica de M. Pitollet en la *Revue Critique d'Histoire et de Littérature*, nota que le agradezco muy de veras, sería una nota mucho más adecuada á la índole de mi obra, creo yo, si hubiera empezado por donde concluye. Pues concluye en decir: «En somme, j'estime que le vrai titre du volume devrait être: *Vida de Don Quijote y Sancho según la volvió á pensar Miguel de Unamuno*»; agregando: «c'est un livre unique et qui ne devra pas faire école en Espagne». Pues bueno—digo yo ahora;—en efecto: es la vida del Ingenioso Hidalgo, según la he vuelto á pensar, en virtud de un perfectísimo derecho que tenemos á apoderarnos de un ente de ficción, que es ya de todos, á arrancarle de monopolios y á trasformarlo á nuestro albedrío. Así se hizo en la Edad Media con los héroes de la antigüedad helénica y romana, y así han hecho todos los místicos y teólogos con los personajes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Y llamar á esto, como alguien le llama, platear el oro, es una ocurrencia de espíritu mezquino, incapaz de parir un solo personaje de ficción con vida, á pesar de sus esfuerzos por lograrlo.

Sí: mi obra no es sino un pretexto para ir entretejiendo mis propias ocurrencias y divagaciones, y podría haberlas enfilado todas con otro hilo cualquiera: el de *La vida es sueño*, de Calderón, pongo por caso. No la escribí con ocasión del Centenario, del ridículo Centenario; y si coincidió su publicación con la celebración de éste, fué algo á mi pesar y en virtud de flaqueza mía, de que me arrepiento. Como decía mi amigo el señor Altamira en las once líneas que dedicó á mi obra en su artículo «Los libros del Centenario», inserto en la revista *España* (23 de Junio), de Buenos Aires: «No se trata en ella de decirnos lo que es el *Quijote*, sino lo que le parece que es ó debe ser al Sr. Unamuno; es decir, se trata del espíritu de Unamuno declarado con ocasión del *Quijote*». Esto segundo es perfectamente exacto; lo primero no lo es tanto, porque no se trata allí de lo que me parece que es ó debe ser el *Quijote*, el libro, sino de las enseñanzas que saco de la contemplación de la vida de Don Quijote, el hombre, considerado aparte del libro en que se nos cuenta esa vida; y hasta suponiendo que el narrador de ella no haya sido siempre fiel á la verdad ideal al contárnosla. Repito que es Don Quijote mismo, el hombre, el que me atrae, y no el *Quijote*, no el libro.

Todo ello, como se ve, está á la mayor distancia posible de los trabajos de erudición, para los que me siento con poca aptitud y con menor deseo. Teniendo como tengo seres vivos en torno mío, me interesan poco los fósiles y me noto con poquísimas aficiones á la paleontología.

Y en la paleontología misma es evidente que hará mayores y más sorprendentes descubrimientos el que conozca bien la zoología, quiero decir, el modo de ser y de vivir de los *zoos*, de los vivientes, de los animales que hoy respiran y viven. Y es por esto por lo que no me explico que pueden trabajar con fruto en el estudio de los poetas muertos y enterrados y reducidos á esqueleto hace siglos, los que no se interesan ni poco ni mucho en los poetas que hoy viven y beben y comen y respiran y cantan. Estos eruditos de poesía antigua—conozco al-

gunos—á quienes les molestan los cantos vivos de los poetas vivos, son pobres desgraciados á quienes molesta que entren personas vivas, de carne y sangre, en el museo en que están clasificando sus esqueletos. No tratan sino con éstos. Y como á los vivos no les ven el esqueleto porque la tierra de los siglos no les ha comido aún la carne, no saben cómo clasificarlos y los declaran absurdos y fantásticos y muy inferiores á los pasados. Un hombre no adquiere valor á sus ojos sino cuando, muerto y enterrado, empiezan á blanquearle los huesos descarnados. Estudian esqueletos, huesos de poesía—cuando son eruditos de poesía pretérita—y no sienten la carne, el calor de humanidad que se fué para los no también poetas, con la época en que esos huesos se formaron dentro de la carne. Creyendo admirar al genio antiguo, son incapaces de ver nacer el genio de mañana. Fuera de su museo, en medio del campo, apenas ven: el recuerdo del esqueleto del mamut les impide ver un elefante vivo. ¿A qué especie pertenece esto?, se preguntan ante un animal vivo. Y apenas transigen sino con algún caballejo famélico y escuálido á quien su flacura y pocas carnes hacen que se le señale á flor de pellejo la osamenta. Y de aquí el fenómeno, nada raro, de que los eruditos de literatura exalten á los escritores arcaizantes, que tejen sus escritos con reminiscencias clásicas y contrahacen la hechura y el aire y el tono de los escritores cuyos huesos blanquean.

Y luego estos eruditos paleontólogos y los críticos de su escuela y sus semejantes todos forman una especie de cofradía internacional, se comentan los unos á los otros y se celebran mutuamente sus danzas de la muerte. Constituyen una especie de orden, algo así como una masonería que tiene en los archivos sus logias.

Agréguese á todo esto esa ridícula leyenda del profesor alemán, especialista, paciente investigador, que se confina de por vida á no explorar durante toda ella sino este ó el otro rincón de los conocimientos humanos, que intenta agotar una materia, y para agotarla la reduce. Claro está que esto también

tiene su defensa y que cabe ver el Universo todo reflejado en una gotá de agua, y estudiando un coleóptero ó una sola obra de un solo autor, ó un único suceso histórico, puede llegarse á una concepción total y unitaria del Universo y de la vida; pero la tal leyenda es una de las más funestas leyendas que puede darse.

Cuando acabé mi carrera, doctorándome en Filosofía y Letras, se me presentó desde luego, como á todos nos ha sucedido, el problema de aprovechar mis estudios; y como mis aficiones eran por entonces, y siguen hoy siendo, á todo, pero muy en especial á la filosofía y la poesía—hermanas gemelas, —me preparé á hacer oposiciones, y las hice primero á una cátedra de psicología, lógica y ética, y luego á una de metafísica. Pero dado mi criterio de entonces en la materia, y dada, sobre todo, la independencia de juicio que ya por aquella época era mi dote espiritual, fracasé, y no pude sino fracasar, en ambas oposiciones. Quiero decir que me quedé sin ninguna de ambas cátedras. Y entonces decidí, aprovechando mis aficiones á las lenguas, opositar á latín y griego. Y después de dos infructuosas oposiciones á cátedras de latín, logré al cabo ganar una cátedra de lengua griega ante un tribunal presidido por mi maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que es un elocuente poeta y lleva alma de tal á sus trabajos de reconstrucción erudita del espíritu de los tiempos pasados. En el mismo tribunal figuraba otro hombre de refinado gusto y de espíritu delicado: D. Juan Valera.

Y apenas obtuve la cátedra me encontré con un profesor eruditísimo, el cual me espetó una larga arenga para persuadirme de que dedicara mi vida á ser un helenista, y no sé si á desenterrar y publicar yo no sé qué manuscritos griegos que dicen hay en el Monasterio del Escorial. Quería ya acotarme el campo y decirme: ¡de aquí no se pasa! Pero yo, que sabía muy bien que no es de helenistas de lo que España más necesita, no le he hecho caso alguno, y de ello estoy cada vez más satisfecho. Sé más que el suficiente griego para poner á aque-

llos de mis alumnos que gusten de él en disposición de valerse por sí mismos y de hacer progresos en la lengua de Platón, y puedo ponerles al corriente de lo que se sabe de más importante respecto á literatura griega. Fuera de esto, no me creo obligado á hurtarme de los que estimo sagrados deberes para con mi patria, engolfándome en eruditas disquisiciones sobre este ó el otro punto de filología ó de literatura helénica, lo cual sería pasadero si no hubiese aquí labores más urgentes que acometer.

En un país hecho, en que cada uno está en su puesto y la máquina social marcha á compás y en toda regla, puede un ciudadano dedicarse á esas curiosas investigaciones; pero aquí hay demasiada gente que se dedica al tresillo, para que los que sentimos ansias de renovación espiritual vayamos á enfrascarnos en otra especie de tresillo. No; mi sueldo sale del trabajo de mis conciudadanos, es España la que por mediación del Estado me da el pan que mis hijos comen, y sé bien cuáles son mis deberes para con mi patria. Y no son precisamente los de que me esfuerce por que mi nombre sea citado en la masonería internacional de la erudición como el nombre de un sabio helenista que ha puesto en claro tal ó cuál punto oscuro de filología ó de historia de la literatura griega, ó que ha publicado esta ó la otra edición crítica de este ó de aquel autor, ó ha desenterrado un códice hasta ahora desconocido. No, no me ha dado Dios mis capacidades para eso.

Además de que el enfrascarse y engolfarse en tales estudios suele ser no pocas veces un acto de cobardía, una manera de desertar de un puesto de debida lucha, una traición á la patria. Es, á lo sumo y en el mejor caso, algo así como seguir en un laboratorio buscando el modo de hallar una sustancia que extinga momentáneamente los incendios, mientras se está quemando la casa, no ya del vecino, sino la propia, hurtándose así de llevar un balde de agua á ella.

Al terminar Fitzmaurice Kelly su excelente *Historia de la Literatura española*, y después de haber citado junto á Menén-

dez Pelayo y Menéndez Pidal á oscuros eruditos que podrían bien figurar en una Historia de la historia de la Literatura española, pero no en una Historia de la Literatura misma, acaba diciendo: «Sería un espectáculo verdaderamente extraño si la pintoresca é imprevisora España, que sigue siendo para no pocos espíritus más ó menos críticos la encarnación de un temerario romanticismo, fuera á producir una casta de escritores de género alemán, absorbidos en los detalles complicados y la observación microscópica. Pero como el genio de una nación no es más susceptible de transformación rápida que el temperamento de un individuo, no habría que sorprenderse si no se cumpliese esta desviación».

No, no habrá que sorprenderse, á Dios gracias. Pidamos y esperemos que en nuestra pintoresca é imprevisora España no cunda mucho esa casta de escritores de género alemán absorbidos en los detalles complicados y la observación microscópica. Puede abrigarse ese temor leyendo la parte que Fitzmaurice Kelly dedica á la literatura española contemporánea, donde unos cuantos eruditos nada literatos y algunos escritores oscuros han echado fuera á Salvador Rueda, á Marquina, á Baroja—éste acaso tiene el pecado de ser vasco, pues á los vascos nos trata un tantico desdeñosamente el autor,—á Jiménez, Martínez Ruiz (*Azorín*), Valle Inclán, Benavente y otros así. Verdad es que de esta expulsión de literatos de verdad por eruditos no creo haya que culpar al autor inglés, hombre de fino gusto, sino á los eruditos españoles que le han servido de guías.

Y ahora entra aquí una de mis proposiciones que más parece haber chocado á M. Pitollet, y es aquella de que la erudición suele ser en muchos casos una forma mal disfrazada de pereza espiritual, ó, como he escrito en mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, un opio para adormecer inquietudes íntimas del espíritu. Conozco un erudito de los buenos, erudito en el mejor sentido de la palabra, y, sobre todo y ante todo, hombre cordial y juicioso, que en cierta ocasión me confesaba haberse

entregado á la erudición para acallar desasosiegos, dudas y congojas de índole religiosa. Y es cosa que puede observar cualquiera con cuánta frecuencia los eruditos, engolfados en averiguar lo que pensó Fulano ó Zutano, ó cómo expresó lo que pensara, no se cuidan del valor objetivo de ese pensamiento que investigan. Escriben una doctísima monografía sobre la doctrina acerca de la Trinidad en este ó el otro oscuro teólogo, y ni por un momento les inquietan los terribles problemas que de la consideración del dogma de la Trinidad surgen. Todo se les convierte en curiosidades paleontológicas, y no oyen, á través de los siglos, bramar de dolor ó de amor al mastodonte.

Sí; la erudición suele ser con frecuencia una manera de huir de encarar la mirada de la Esfinge, poniéndose á contarle las cerdas del rabo. Se sume un hombre en la rebusca de curiosas noticias de pasados y luengos tiempos, por no encontrarse cara á cara con su conciencia que le pregunta por su propio destino y por su origen. Sé de un sujeto que, huyendo de la inquietud religiosa y temeroso de errar sin tino si se salía de la impuesta fe ortodoxa de sus padres, se dedicó á eruditísimas investigaciones sobre la liturgia. Y esto sí que es contarle las cerdas del rabo á la Esfinge.

Y ahora paso á tratar de otra cosa, y es de esa legión de hispanistas ó hispanófilos extranjeros que, salvo raras y muy honrosas excepciones, no hacen sino despreciarnos á los españoles de hoy, en complicidad con algunos de nuestros paleontólogos de la literatura patria. Para la mayor parte de esos señores que en tierras de Francia, Alemania, Inglaterra, los Estados Unidos, etc., escriben, no de nuestras cosas, sino de las cosas de nuestros tatarabuelos, España acabó en el siglo XVII ó el XVIII á lo sumo. Los vivos no existimos para ellos sino en cuanto poseedores de los cachivaches que heredamos de nuestros mayores.

Habitamos en unas interesantísimas ruinas, y se nos tilda de bárbaros cuando en una cruda noche de invierno arranca-

mos de ellas unas piedras para levantar una choza en que guarecernos. Debemos limitarnos á ser porteros de Museo. ¡Al cuerno con ellos!

En la cátedra de Lengua y Literatura castellanas de una Universidad extranjera se estaba leyendo, traduciendo y comentando, no hace mucho, ¿á que no lo adivina el lector? las *Cartas marruecas*, de Cadalso, que ni tú, lector, ni yo, conocemos ni pensamos conocer; una obra perfectamente muerta del todo. Y menos mal que se corren algunas veces hasta Becquer, Campoamor, Alarcón, Valera y aun á algún otro contemporáneo vivo, sobre todo si le asoman los huesos á flor de piel. Pero por lo general se atienen á la paleontología. Y para fósil ahí está Cadalso, de cuya existencia histórica no estoy, por lo demás, muy seguro ni pienso tomarme el trabajo de asegurarme de ella. Tengo en derredor muchos vivos que me interesan; para distraerme en desenterrar muertos que murieron del todo y para siempre y sin remedio.

Dejemos á esos buenos señores que escriban la historia literaria de España, y, por nuestra parte, procuremos hacerla, hacer esa historia. Y dejemos nuestros huesos literarios á los eruditos de pasado mañana. Y Dios nos libre de que alguno de éstos tenga que desenterrárnoslos.

Pero, aún peores que los eruditos propiamente dichos, es decir, los investigadores de primera mano, los rebuscadores, aunque sólo sea de fragmentos de muelas de fósiles, peores que ellos son los meros aficionados á la erudición, los escritores que van á citas siempre que pueden y barajan nombres, vengan ó no á pelo.

Me da lástima esas personas que á cada paso se sienten obligadas á apoyar sus propias aserciones, aserciones de ordinario que no pasan de serlo de sentido común, en palabras de este ó del otro. Es un abismo de modestia que descubre otro abismo, no de modestia ya. Y es fuerte cosa eso de que las ocurrencias de un ingenio no hayan de tener importancia sino cuando son citadas por otro ingenio cualquiera. Un escritor

suele no empezar á tener importancia sino cuando sus ideas, sus imágenes ó sus desahogos y ocurrencias entran en los escritos de otro escritor cualquiera. Si bien hay casos en que con el trasplante ganan.

Y esto me lleva, así como de pasada, á justificar el llamado plagio, que por lo común me parece más natural y más legítimo que no la cita. Porque así como no debe llamarse padre de un hombre al que se limitó á engendrarlo y hacerle venir al mundo, sino al que le crió, educó y puso en condiciones de que pudiese valerse por sí mismo, colocándole en el puesto que mejor le correspondía en el mundo, así no debe llamarse padre de una idea ó una imagen al que primero la concibió, sino al que ha sabido colocarla en el puesto que entre las demás imágenes ó ideas le corresponde en el mundo imaginacional ó ideal. A más de un sujeto se le ocurre una idea cuyo alcance y valor ignora, y otro que los comprende se la recoge, la prohija y le da lugar en un complejo de ideas, en un poema si es una imagen. Y así hay personas que con ideas propias hacen una obra vulgar, y otras que con ideas ajenas la hacen originalísima y muy propia.

Y ahora dejo á los eruditos para decir algo de otra especie afine: la de los críticos.

Un poeta insigne, un grandísimo poeta, uno de los poetas más grandes que ha tenido Italia, Carducci, autor de maravillosos trabajos de erudición y de crítica, decía en el discurso que en 8 de Agosto de 1873 pronunció á la *Lega per l'istruzione del popolo*, estas palabras: «Abbiam levato la critica á un grado superiore, tra la scienza e l'arte; ne abbiam fatto quasi un'arte nuova, che sta da se e per se, la critica per la critica. Non solo siam vecchi, ma vogliam parer tali: a vent'anni cominciamo a scriver critica».

Y siguen las cosas tan mal ó peor que en 1873. Seguimos empeñados en hacer de la crítica un grado superior, entre la ciencia y el arte, una arte nueva que se mantiene de sí y por sí, la crítica por la crítica; seguimos, no sólo siendo viejos,

sino queriéndolo parecer, y comenzando por escribir á los veinte años crítica. Y desde que se puso en moda la crítica psicológica y otras garambainas, apenas se lee una crítica de un poeta hecha por otro poeta, crítica efusiva, poética, de entusiasmo ó de indignación.

Cualquiera diría que cuando un poeta arranca de las entrañas de su espíritu un canto chorreando vida, no ha hecho sino dar á los críticos una pieza de estudio para que investiguen cómo se formó, cuáles son sus antecedentes, y hagan la historia clínica del poeta que la produjo. Con razón decía Kierkegaard—permítaseme hacer lo que soporto mal que otros lo hagan, en gracia á las pocas veces que lo hago,—con razón decía Kierkegaard, después de haber comparado á los poetas con los desgraciados que se asaban á fuego lento en el toro de Falaris, y cuyos quejidos se trasformaban á los oídos del tirano en dulce música, que un crítico se parece á un poeta pelo á pelo, sólo que ni tiene tormentos en el corazón ni música en los labios.

Hay críticos verdaderamente horrendos, y el prototipo de ellos es acaso Max Nordau; el cual me hace el efecto de un ciego de nacimiento que juzgando por el tacto hace crítica de pintura. Cuando un cuadro le presenta una superficie lisa y fina, lo declara sano y razonable y bello; y cuando se le presenta rugoso y áspero á los dedos, lo reputa una extravagancia. Y si oye que este cuadro es alabado, declara loco de atar al que lo pintó, y no menos locos á los que lo alaban.

Y nada diré de eso de haber querido entrometer en la crítica artística y literaria esa horrible quisicosa que han dado en llamar sociología, y que, de ordinario, es el compendio más antiartístico y más iliterario de todas las patochadas que pueden ocurrírsele á un hombre cuando habla de las cosas que hacen los demás hombres.

Hay quien sostiene que un buen tabernero no debe beber vino; mas lo que parece, por lo menos, obligado en un buen tabernero es que no se emborrache. Y así, un buen crítico ó

un buen profesor de literatura no debe emborracharse tampoco con la poesía ajena que administra á sus lectores ó discípulos. Si se entusiasma ante una oda, y en vez de hacer un docto análisis de ella rompiera en otra oda, como un pájaro responde con su canto al canto de otro pájaro, entonces los compañeros de oficio tendrían derecho á despreciarle. Por algo se dice que eso de la crítica es un sacerdocio, y el sacerdote no es un profeta, ni debe serlo, so pena de dejar de ser, por el hecho mismo, sacerdote. El sacerdote interpreta y aplica las profecías del profeta, pero en el fondo de su corazón le desprecia, lo mismo que un buen abogado debe sentir muy poco aprecio al legislador, que sería acaso incapaz de defender á un sujeto ante los tribunales. Dios habla por boca de un profeta como por boca de ganso, ó por boca de la burra de Balaam, y es poco envidiable el ser ganso ó burra. Un poeta dice lo que le da la gana, y un crítico no, pues la crítica es algo científico. Un buen crítico, un buen verdadero crítico, es decir, un crítico ungido y tonsurado como tal, y, sobre todo, un crítico que no sea más que crítico, debe sentir el más compasivo desdén hacia los infelices que le sirven de ranas ó conejillos de Indias. Porque un poeta entona un canto como lo entona un ruiseñor, pero suele ser tan incapaz de explicarse el génesis y el sentido de ese canto y su significación en la vida como el ruiseñor mismo.

Se ha hecho de la crítica, como decía Carducci, una arte nueva que se mantiene de sí y por sí, la crítica por la crítica. Lo natural sería que un hombre que se sintiese con facultades poéticas, pero sin acertar con los medios de manifestarlas, gozando con lo que otros hombres cantan y haciéndolo suyo por el goce, se dedicase á llamar la atención de los distraídos sobre esos cantos. Hay personas que son ante todo y sobre todo lectores, y su entusiasmo por lo que al leerlo se lo despierta les lleva á escribir sobre ello, como uno que descubre una hermosa vista llama á su compañero, le tira del brazo, y mostrándosela le dice: ¡mira eso! El entusiasmo estético es comunica-

tivo, y nuestro goce de una obra de arte se acrecienta y agranda cuando logramos compartirlo con otros. De aquí nace el buen crítico, el que es poeta á su vez, cante ó no poesía. El goce de la poesía es algo activo, y el que se penetra de la hermosura de un poema puede ser por ello mismo tan poeta como el que lo compuso.

Pero hay críticos que no han ido de la poesía así sentida y gozada á la crítica, sino que han venido de la crítica, de la crítica en sí y por sí, de la crítica por la crítica, á criticar poesía. Su vocación fué la de críticos, aun sin haber gustado poesía alguna, y lo mismo podían criticar poemas que suertes de toreo. Tienen la aptitud genérica de la crítica; nacieron con el consabido escalpelo bajo el sobaco. Su vocación ingénita es la de críticos, una vocación que sospecho debe de ser gemela de la vocación de sociólogo. El crítico y el sociólogo tienen muchos toques de hermandad.

Pero lo que debe desear todo poeta es ser respondido por otro poeta, pues al poeta sólo le siente el que lo es también. Como entender, le entiende cualquiera; pero concordar con él y al son de sus cantos, sentir que vibran y cantan las cuerdas del propio corazón, esto sólo otro poeta. Y tal es el encanto que tienen las críticas que Marquina, pongo por ejemplo, suele publicar de vez en cuando; son críticas de poeta. Pues Marquina lo es, y verdadero, bastando para que así le llamemos su último ramillete de cantos, las *Elegías*, henchido de una poesía íntima, profunda, recogida y espiritual, en contraste con la elocuencia rimada que aquí pasa por poesía de ordinario.

*
* *

Al concluir de leer este ensayo no faltará contador de las cerdas del rabo de la Esfinge—es alusión personal—que diga con un desdeñoso mohín descendente: ¡bah! cosas de artículo de revista. Porque es de saber que para alguno de esos infladores de la ridícula leyenda del profesor alemán susomentada,

esto de los artículos de revista, y mayormente de una revista que ni es académica ni tiene Consejo de redacción formado por doctores en Facultades, ni menos es revista de especialidad alguna, los artículos de las tales revistas son para el aludido algo perteneciente á un género inferior, algo á que no debe descender un profesor que se estime. En estos artículos dice uno lo que le da la gana.

Y aquí está el mal, en decir uno lo que le da la gana, en no apoyarlo en documentos, citas, noticias ó testimonios de fuera. Esto no es más que capricho, esto no es sino aquello de

allá van versos donde va mi gusto,

esto no es sino pura arbitrariedad. Cuando se hace una de esas labores que un amigo mío llama objetivas—¡insigne pedantería!;—cuando se lleva á cabo un trabajo bien documentado, en que cada una de las aseveraciones va garantida y corroborada por bien establecidas pruebas objetivas—volvamos á lo objetivo,—entonces esa labor, ese trabajo, merecen la consideración de los eruditos y críticos sesudos. Pero cuando uno va dejando caer al buen tun tun y según se le ocurren, á la buena de Dios, las ocurrencias que le brotan, como maleza en el campo, en la mollera, entonces no merece se le tome en serio. Porque, ¡vamos á ver!, ¿qué valor tienen esas ocurrencias? Pues ni más ni menos que el valor que tenga el que las engendró. ¿Y vamos á reconocer valor á un hombre? ¡No y mil veces no! Los hombres no valemos nada; lo único que vale son los libros y, á lo sumo, las ideas. Los hombres no nos interesan; lo único que nos interesa es lo que dicen. Don Quijote, aquel singular hombre, aquel hombre acabado y entero, aquel hombre de fe y de esperanza, no nos interesa; lo interesante es el *Quijote*, el libro que para relatar la vida de aquel hombre escribió Cervantes, y son interesantes los giros de lenguaje con que éste la relató. Un hombre dice lo que le da la gana, y esto que dijo sólo tiene valor cuando lo repite ó lo analiza otro, porque este otro ni lo repite ni lo analiza como le da la

gana, sino que lo hace objetivamente—¡y dale al objetivo!,—sujetándose á lo que el otro dijo. Y si lo comenta como le da la gana, entonces *¡vade retro!*, porque no hizo sino una sustitución personal, poniéndose él en el lugar del que primero dijo lo que le dió la gana. Al comentar yo como lo he hecho la vida de Don Quijote y Sancho, habrá quien diga: «Esto es como querer decirle á Cervantes: bueno, tú ya has dicho lo que querías decir; ahora me toca á mí».

Y así es. Y luego le toca á otro, y á otro, y á todos, y cada cual tiene tanto derecho como Cervantes ó como yo á decir lo que le dé la gana; y si así se arma una algarabía en que nadie se entiende y volvemos al bendito y bienaventurado anarquismo intelectual medioeval, tanto mejor. Pues esa es la manera de empezar á entendernos de veras.

Y aquí concluyo. Concluyo con una conclusión poco consoladora, y es que en el fondo de esa actitud de los eruditos y críticos á que me he referido no hay sino una cosa, y es un profundo embotamiento del sentido de la dignidad personal. No estiman al hombre por el hombre mismo, por lo que es en sí. Y así no aciertan á ver tras de los libros los hombres, sino que sólo ven tras de los hombres los libros. Tienen amasadas las almas con tipos de imprenta ó con caracteres paleográficos.

Miguel de Unamuno

EL PRESUPUESTO DE LA EDUCACIÓN NACIONAL

I

LOS IDEALES EDUCATIVOS EN EL ESTADO, LA NACIÓN Y EL INDIVIDUO

En una nación que no siente la necesidad de saber para vivir, la obra capital del Estado consiste en convencerla de esa ineludible necesidad; pero para convencer y persuadir á nuestra sociedad de que la base fundamental de nuestra restauración han de dárnosla precisamente ideales educativos, que arraiguen en tendencias educativas, debe sentirlos primeramente el Estado, nuestro Estado, que, aunque inculto, es más culto que la nación; ha de sentirlos él y quererlos *entrañablemente*. Los lugares históricos á que vulgarmente se apela para convertir en *tesis demostrable* lo que es *viva síntesis* de aspiración *entrañable* y *cordial*, no pueden ser más ramplones. El convencimiento íntimo no brota del ejemplo, sino de la necesidad íntima. Quien no siente hambre de saber, no puede mendigar el pan de la cultura, ni esforzarse para ganarlo en laboriosísimas jornadas. Y si el Estado y los Gobiernos en que encarna, formados generalmente de *profesionales* hábiles para confeccionar programas fascinadores, pero poco sinceros y perseverantes en su obra, cuando han de realizarla, no tienen esa fe interior en el poder de la educación y la cultura; si, lejos de tenerla, la consideran como un peligro para su propia exis-

tencia, ¿á qué extrañar que el problema de la educación se plantee mal? ¿Puede hacerlo el pueblo? Eso sería pedir á un niño la fórmula del binomio de Newton, ó el desarrollo de las ecuaciones de Abel, sin haber estudiado Algebra ni análisis matemático. ¿Pueden hacerlo los políticos? No; porque sería pretender el suicidio de su vida pública, por aquello de *cría cuervos que te sacarán los ojos*. ¿Quién puede hacerlo? Los que hoy lo hacen con su palabra y con su pluma, recabando la independencia de la palabra y de la pluma, que en ninfas Egerias de ministros de ocasión los convierte, ó en soldados mercenarios de una efímera etapa política, que construyen hoy lo que otros soldados mercenarios, con salario igual ó menor, han de destruir mañana. La pluma y la palabra de apóstoles verdaderamente libres, llenos de fe interior y de unción nacional, ha de forjar, puede forjar, un credo educativo, en el cual comulguen todos los redentores de la *ignorancia* y de la *maldad* española. Porque no han de ser solamente ideales instructivos, lo que hay que alimentar é infundir en nuestras generaciones nuevas. Poco importa que sepamos más que los *viejos*, si moralmente valemos menos los *jóvenes*. El *saber* más debe ser un ideal condicionado para *ser* más, para *vivir* y *convivir* mejor en la patria española y en la patria universal.

El Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes debe llamarse y debiera ser el de la Educación Nacional. Ciencia, Religión y Arte han de ser sus secciones: ciencia, religión y arte que aten la voluntad de 20 millones de españoles, en libre amor de convivencia, con cenestesia de patriotismo, sin desatarla jamás del *tronco humano*, de donde arranca su origen; ciencia, religión y arte individual y socialmente entendidas, en cuanto son generadoras de felicidad presente y de poder perdurable; ciencia, religión y arte unidas en tolerante armonía, hecha con amor y libertad por trabajo perseverante; religión en sentido ético y no dogmático; religión como tendencia emocional solidarista: fuerza emersiva del corazón, de la voluntad y de la mente hacia el reino de los ideales, patria celestial

de cada patria; lluvia benéfica de caridad sobre la tierra que nos sustenta; lluvia de paz, de bienestar, de amor.

Una política pedagógica razonable exige no el asalariamiento de los pedagogos españoles por los políticos profesionales españoles, no. Exige convertir en políticos los que hoy son meramente pedagogos. No es la predicación de la cultura sermón de fiesta rural oído con delectación, pero sin provecho alguno para el alma, no. Es la buena nueva para la España nueva, y la sentencia de muerte para la vieja España. Es obra evangelizadora, obra de apostolado perseverante, tenaz. Obra que exige espíritu, cruento sacrificio, abnegación, energía; obra forjada con el jugo de los ideales íntimos, no con el sórdido cebo de un salario lucrativo. Obra de almas libres, no de burocracia servil. Como dice Carlos Kingsley: «la mejor recompensa de toda buena acción, es el deber de hacer otra más buena». Este ideal de patriótica santidad se impone á los obreros de nuestro *Kulturkampf* político y social. La vida espiritual, que les da energías para no cejar en su obra, ha de dárselas también para deleitarse en ella. Las obras del espíritu sólo con moneda espiritual se pagan. Aquellos que para la vida del alma reclaman el pan del cuerpo, solamente ó primordialmente, no la tienen, y al no tenerla en sí mismos, no pueden engendrarla en los demás. El espíritu se hace solamente con espíritu.

¿Qué hizo el Estado después del 98 en materia de educación? ¿Cambió nuestros ideales educativos en cuanto de sí dependía hacerlo? ¿Qué hicieron nuestros apóstoles de la cultura? Dispersarse antes de definir el nuevo símbolo de la fe. Predicar una buena nueva falseada ó fragmentaria.

«Ten fe en ti mismo. ¿No sientes vibrar tu corazón al pronunciar esta palabra? Ocupa el lugar que la Providencia, la sociedad, tu tiempo ó las circunstancias te han asignado. Eso hicieron siempre los hombres verdaderamente grandes. Al entregarse con un abandono filial al genio de su tiempo, demostraron que este genio, que tal fe les inspiraba, reinaba en su

corazón, movía su voluntad, se enseñoreaba de su persona. Hombres como ellos, nosotros, debemos entregarnos como ellos al destino, sin miedo, sin temor, no como enfermos ó convalecientes, sino como guías bienhechores de nuestro pueblo, redentores suyos. Cedamos á la impulsión de la omnipotencia divina. Marchemos de las tinieblas á la luz, del caos á un mundo mejor.» Son palabras de Emerson. Palabras que convierten á cada español en apóstol de sí mismo, y que echan las bases de una cooperación de todas las fuerzas nacionales á los ideales educativos. El individuo y el Estado, la sociedad y la nación, han de trabajar juntos en esta obra.

El individuo español le pide al Estado cultura, como le pide pan y no trabajo. El individuo quiere cultura hecha, pero no da tierra para hacerla. Por eso, hasta hoy, lo único que hizo el Estado fué barajar decretos en la *Gaceta* y transferir un crédito del Presupuesto municipal al suyo. (Eso significó el pago á los maestros por el Estado.) Aumentar los salarios de éstos, sin averiguar antes si lo merecían; formar planes de instrucción primaria, secundaria y superior... ¡Arquitectura burocrática muy ostentosa, fascinadora! ¿Y los obreros? La voluntad de la nación no pudo hablar en el Parlamento, porque allí se manifiesta pocas veces; pero se hizo ostensible en Congresos pedagógicos, en Asambleas universitarias, cuyas decisiones no hallaron eco en las esferas gubernativas, porque los asambleístas y congresistas estaban muy lejos del poder.

Es indudable que este ideal arraigó, pero en muy pocas almas. La obra del Estado y la del individuo debe consistir en alimentarlo bien, con el alma, con el cuerpo primero, con el bolso después. El alma y el cuerpo de la nación pueden hacer capital, convertir éste en dinero; pero el dinero por sí, que de las entrañas de la nación sale, no engendrará jamás riqueza mental, ambiente de cultura, para que el ideal pedagógico nacional se alimente y crezca. La vocación abnegada ha de poder siempre mucho más que el salario. Aquélla es fuerza vital, principio y fundamento de toda organización pedagógica.

Esta ha de ser su savia. ¡Vocación y dinero! Pero primeramente vocación, que hace dinero, como la fuerza vital hace savia. Es tan necesaria la misión apostólica de los representantes de la mentalidad española, como las ansias de nueva fe en turbas que escuchen el nuevo credo y la buena fe del Estado para dejar predicarlo. Mientras los Ministerios de la regeneración no se transformen de políticos en técnicos y no se trate de emancipar nuestra educación nacional de espíritu de secta radical ó reaccionaria, ni habrá ambiente jurídico ni ambiente nacional para nuestros ideales educativos.

II

EL PRESUPUESTO ACTUAL DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES

El promedio de lo que anualmente gastaba España en Instrucción pública y Bellas Artes durante el quinquenio de 1893-1899, anterior al *desastre*, era la suma insignificante de doce millones de pesetas, sin contar los ingresos que por Instrucción pública obtenía el Estado, que podrían calcularse en unos siete millones por lo menos. El promedio de lo gastado en el quinquenio 1900-1905, en el cual se creó el Ministerio de Instrucción pública, fué la cantidad de 32,69. Durante el quinquenio 1881-1886 se gastaban ya cerca de diez millones. Desde entonces la población aumentó en dos, sin que el incremento haya sido proporcional en los gastos de Instrucción. Cualquiera creerá que el tránsito brusco de 12 millones á 35 en el presupuesto de Instrucción, significa que en la derrota hemos aprendido una lección de moral cívica inestimable. Nada más falso. Un Ministerio de nueva creación como éste, con un presupuesto de 17 ó 18 millones (partida igual á la que en Hacienda se dedica á carabineros del reino), ¿podrá subsistir sin irrisión de los que desde fuera nos miran, y sin indignación de los que desde dentro padecen situaciones políticas sin fe en la

educación española? Era necesario inflarlo súbitamente. ¿Cómo? Obligando á los Municipios á ingresar los créditos que consignaban para instrucción primaria en las cajas del Tesoro. Pero el Estado, al obligar á esto á los Municipios, no se obligó también á sí mismo. Un Estado con Gobiernos preocupados por la enseñanza tenía el deber, por lo menos, de dar ejemplo al municipalismo español y á la sociedad española de que, sobre todos los poderes y sobre todos los individuos, pesa por igual el sacrificio por la educación y por la cultura. Los Municipios depositaron en las cajas del Tesoro 23 millones. ¿Cuánto depositó de su presupuesto de gastos el Tesoro?

El flamante Ministerio de Instrucción pública se creó con retazos del antiguo Ministerio de Fomento. Hoy están conglomerados en su presupuesto créditos tan diferentes como los de la enseñanza, las obras públicas de carácter civil, los trabajos estadísticos y de pesas y medidas, la reparación de obras artísticas, etc., etc. Hecho el presupuesto con fines y métodos burocráticos, es muy difícil conocer con verdadera exactitud, cómo se emplea la suma de **45,64** millones á que asciende el que aún hoy está vigente (el de 1904). Llamándose este Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, todo lo que adecuadamente no le pertenezca no debe figurar en su presupuesto. En las doce secciones en que se divide éste, cada una de las cuales, menos la última, comprende dos capítulos (Personal y Material), la burocracia central y provincial, el Instituto Geográfico y Estadístico (reclamado hoy por el resucitado Ministerio de Fomento) y las dependencias, absorben **4.206.334,40** pesetas. Las subvenciones de todo género otorgadas por este centro suman 968.900 pesetas, y las construcciones civiles 2.302.250. Hay que deducir, por consiguiente, de los 45,65 millones de pesetas á que asciende el importe total del presupuesto, estas partidas, y determinar lo que el Estado ingresa por Instrucción, para poder conocer exactamente el sacrificio que hace por ella.

Un Ministerio de Educación, cortado á la moderna, debiera

ser, ante todo y sobre todo, técnico. Y al tener un sentido esencialmente práctico y científico, debiera reflejarse en los créditos consignados para personal y material, procurando ponderarlos convenientemente. Los gastos de personal en este Ministerio absorben el 79,50 por 100 de los 45,65 millones, y los de material no llegan al 21 por 100. **36,29** millones se gastan en personal y **8,90** en material. El personal de instrucción primaria, secundaria y superior cobra **29,93** millones. El material tiene una consignación de **4,12** solamente. El personal de nuestras Bibliotecas, Archivos y Museos tiene una consignación de un millón de pesetas; las suscripciones, impresiones de obras y adquisiciones de material científico, de 178.500. Aun considerado el material aisladamente, la distribución no es equitativa, ni mucho menos. El material científico y de experimentación de nuestras Universidades tiene asignadas 181.550 pesetas. La adquisición de libros y revistas para las Bibliotecas universitarias, 12.500 pesetas (menos de la que gasta el Ateneo de Madrid en suscripciones); á la enseñanza clínica se destinan 272.500, crédito que en su mayoría está asignado al Hospital de San Carlos, y que contribuye á pagar la Diputación de Madrid. El crédito para material de oficina de nuestras Universidades es tres veces mayor, en cambio, que el consignado para la adquisición de libros y revistas de dichos centros. En nuestros Institutos llamados técnicos la consignación para material no llega á cuarenta mil duros; y de esta cantidad los directores de cada establecimiento disponen de un 50 por 100 para gastos de administración. ¿Se quiere enseñanza práctica, intuitiva, experimental, que haga innecesario el libro de texto? La Universidad, el Instituto y la Escuela son un taller donde el sabio, el maestro, el investigador deben trabajar. Sin herramientas se fomentará el charlatanismo académico, pero no la enseñanza práctica y la investigación científica. Un hombre con el cerebro atiborrado de teorías, pero sin laboratorio, llega á hacerse esclavo de ellas, les presta toda su fe con toda su alma, se transforma de in-

vestigador en crédulo primero, y en dogmático después. Es natural que Estado tan reaccionario como el español fomente el *memorismo*, el *dogmatismo* y la *pereza* en estos centros de la cultura y del saber nacional.

Si alguna enseñanza se debe llamar con todo el rigor del sentido técnica, es la que debiera trasmitirse en nuestras Escuelas de Artes é Industrias y en nuestras Escuelas de Comercio. El personal de las mismas, que no se recluta ni entre nuestros obreros ni entre nuestros hombres de negocios, tiene una consignación de millón y medio de pesetas, y poco más de trescientas mil el material. La enseñanza de las bellas artes, la profesional y las carreras especiales acusan los mismos defectos de un teorismo escolástico, funesto para el que aprende y para el que enseña, para el discípulo y para el maestro. Una enseñanza hecha con este criterio no puede dar buenos resultados jamás.

Otro vicio capitalísimo de la organización actual del Ministerio de Instrucción pública, vicio de origen, es la burocracia, el funcionarismo, que se infiltra en todos nuestros organismos docentes. La Administración central, con sus 157 individuos, incluso el ministro, recaba para sí anualmente cerca de un millón de pesetas, poco menos que en el presupuesto de Instrucción pública de Francia se consigna para igual servicio (exactamente, 1,24 millones). El presupuesto de Instrucción pública de Francia es cinco veces mayor que el nuestro. El sueldo medio de cada individuo de nuestra Administración central es de 5.329,90 pesetas, bastante mayor que el de los catedráticos de Instituto y de Universidad. Es claro: hecho un presupuesto por la burocracia, ¿no había de ser la más favorecida?

En nuestras Universidades, la burocracia y las dependencias consumen cerca de medio millón de pesetas, poco menos que los gastos de material científico y ordinario. La burocracia de nuestros Institutos técnicos es más cara aún, puesto que cuesta 524.100 pesetas, y es casi tres veces mayor que lo consignado para material científico. Y así respecto de las demás.

Las Escuelas de Artes é Industrias, cuya partida de material científico apenas pasa de 200.000 pesetas (parte del Estado), consumen en oficinas y dependencias 136.000. Nuestros Archivos, Bibliotecas y Museos, que para suscripciones, impresiones de obras y adquisición de material científico disponen de 178.500 pesetas, tienen para oficinas y dependencias 120.300. Así, la burocracia central y la de nuestros Centros docentes absorben del presupuesto de Instrucción cerca de dos millones y medio. Si á esto se añade lo que cuesta el Instituto Geográfico, cuya labor pudiera y debiera ser hecha por los Centros docentes españoles á mutua inteligencia y cooperación, desde la última escuela hasta la Universidad Central, tendremos que el funcionarismo consume **4,21** millones por año, algo más que el presupuesto de nuestra enseñanza secundaria ó superior.

LOS INGRESOS

Lo que anualmente ingresa el Estado por Instrucción pública es lo siguiente:

	Millones de pesetas.
Partida de los Municipios para primera enseñanza	23,89
Asignación de las Diputaciones para personal y material de enseñanza	2,03
Ingresos de las Universidades (anuario de 1904)	3,24
» de los Institutos	4,22
» de las Escuelas Normales	0,33
» » » de Artes é Industrias	0,06
» » » de Comercio	0,15
» » » superiores y especiales	0,24
» » » de Veterinaria	0,12
Consignación de las Diputaciones provinciales para personal de Institutos, excepto los de Madrid	3,14
TOTAL de ingresos del Estado por Instrucción pública	37,42
Presupuesto vigente de gastos	45,64
Diferencia	8,22

El gasto líquido del Estado en Instrucción pública y Bellas Artes es de **8,22** millones de pesetas. Como la burocracia, las subvenciones y las construcciones civiles representan un gasto de 7,48 millones, resulta en realidad que lo que el Estado dedica á fines propios y directos de la enseñanza y educación nacional es la suma de ¡¡¡**740.000** pesetas!!!

Esta disección del presupuesto actual de Instrucción pública demuestra la farsa y la mentira, la falta de fe del Estado español en nuestros problemas educativos. ¡750.000 pesetas para educación pública, y 35 millones para cruces pensionadas y retirados del Ejército y de la Marina! ¡Buena distribución de fondos!

III

EUROPEIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA PRIMARIA

El aspecto económico de una reforma pedagógica de nuestra primera enseñanza ha de estudiarse bajo tres puntos de vista: 1.° ¿Cuánto debemos gastar en instrucción primaria para merecer el nombre de pueblo europeo?—2.° ¿Qué número de maestros debemos tener en relación con nuestra población?—3.° ¿Cuál debe ser el censo de nuestra población escolar en relación con el de los demás países cultos?

En dos categorías podemos dividir los Estados europeos para hacer el estudio de los presupuestos de primera enseñanza: 1.° Estados que gastan más de 5 pesetas por habitante. Y 2.° Estados que gastan menos de 5. Entre los que gastan más de 5 hay 18, que son, rigurosamente hablando, los más cultos. El promedio de lo que estos 18 Estados gastan es de **6,88** pesetas oro por habitante. Entre los que gastan menos de 5 hay 9. El promedio de lo gastado por habitante (España se incluye en este grupo) es de 2,57 pesetas. Lo que España gasta es 1,38 pesetas, poco más que Finlandia y Rusia, menos que Rumanía. Para que España pudiera figurar en la primera categoría, el presupuesto de instrucción primaria debiera ser de

130,72 millones; y en la segunda, en la de los menos cultos, de 46,93. Para figurar en el promedio del primer grupo, entre Alemania, Francia, Inglaterra, Suiza, etc., habría que dedicar á instrucción primaria cada año 105 millones más de los que ahora se gastan. Para figurar en la segunda, habría que aumentarlo en 20 millones. Como en todo hay que proceder por evolución cooperativa del Estado, el Municipio y la sociedad, en el orden de la enseñanza, el Estado por sí debiera aumentar los gastos de instrucción primaria en **siete millones**, obligando á una carga igual al Municipio y á los particulares. Conquistando el primer promedio, la perseverancia obligaría á luchar por el segundo.

¿Qué número de maestros debemos tener? En las estadísticas comparadas que sobre educación se publican se establece generalmente una relación entre el número de profesores de un país y la población total del mismo. Entre los 25 primeros países del mundo culto, el promedio de la comparación nos da un profesor por cada 286 habitantes, tipo algo menor que el de la Colonia del Cabo, y un poco mayor que el de Austria y Australia. España ocupa, en la escala de 50 países en que se compara el número de maestros con el de la población, el lugar trigésimocuarto, con un maestro por cada 713 habitantes. Los últimos lugares corresponden á países hispano-americanos, con un maestro por cada 2.849 habitantes. El número total de maestros en España es de 26.098. Calculando su población actual en 19 millones de habitantes, para que tuviese un número de maestros igual al de los 25 primeros países del mundo culto, debiera elevarse aquél á **66.434**. Hay que dotar á España de **40.336** maestros más. Y como esto no puede hacerse rápidamente, aun suponiendo buenos los 26.000 existentes, la reforma de nuestra enseñanza primaria requiere como condición indispensable la de nuestras Escuelas Normales, condicionándolas para crear un personal bueno, á la europea. La dotación de nuestras Escuelas Normales, aun siendo tan modesta como la de Hungría, no debiera costar menos de dos millones y me-

dio de pesetas. Como actualmente cuestan aproximadamente un millón, habrá que aumentar esta partida del presupuesto en uno y medio ó en dos, si con la reorganización de las Escuelas Normales se emprendía también la de la inspección de enseñanza, tan necesitada de mejora como lo es la Escuela Normal y la Escuela Elemental.

¿Qué inscripción escolar debe existir? La población escolar de los primeros veinticinco países del mundo culto, en relación con la población total, representa un 17,26 por 100 de ésta. El tanto por ciento de Gran Bretaña es de 17,44, y el de Alemania de 18,08. Según este coeficiente, la población matriculada en nuestras escuelas debiera de ser de 3.279.400 niños y adultos, en vez de 2.205.327. Hay que aumentar la inscripción escolar en un millón de alumnos próximamente. Si pudiésemos registrar un 20,70 por 100 ó un 20,32, como Suiza y los Estados Unidos, nuestra población debiera ser de 3.800.000 inscriptos, en vez de los actuales, ocupando entonces un lugar entre Francia y Austria por la población total inscripta. ¿Cómo lograr que el número de alumnos de nuestras escuelas se duplique? Dando á la escuela una eficiencia social que hoy no tiene; haciendo que penetre en el hogar, ya que éste la rehusa; creando esas instituciones circumescolares y postescolares sobre la base de solidaridad y mutualismo; haciendo de la escuela germen de una sociedad democrática, donde todas las clases se rocen y aprendan juntas á vivir; depositando en ella el manantial vivo de patriotismo y la simiente del espíritu de corporación, que hace las sociedades fuertes y duraderas.

La España urbana y la España rural, en esto de la enseñanza primaria, están á la misma altura. Ambas se muestran desdeñosas para la instrucción primaria. Hay en las 49 capitales de provincia 1.640 escuelas, cuyo servicio importa poco más de dos millones y medio. Con arreglo á la ley del 57, debiera haber 3.073 escuelas, dotadas con 626 millones de pesetas. Madrid gasta en instrucción primaria 668.100 pesetas, y debiera gastar millón y medio. Tiene 289 escuelas, y debiera

tener 545. Barcelona posee 193 escuelas, con una población igual á Madrid, y gasta 323.755,50 pesetas. Valencia, Murcia, Málaga y Sevilla adolecen del mismo mal. ¿No será tal vez ésta una de las causas de la criminalidad urbana y del espíritu anárquico é indisciplinado de las poblaciones españolas?

La lucha contra el analfabetismo.—En 1860 había en España cerca de doce millones de analfabetos. En 1900, este número se sostiene; pero habiendo aumentado en cuarenta años la población en tres millones, el coeficiente de analfabetismo disminuyó. El número de analfabetos entre la población española de más de seis años de edad, en 1900 era de 10.048.407, lo que representa el 54 por 100 de la población total.

El número de niños comprendidos dentro de la edad escolar (entre seis y catorce años) era en 1900 de dos millones y medio. Según este cálculo, el analfabetismo de los adultos es de siete millones y medio, y este número coincide con el de españoles profesionalmente inclasificados. La lucha contra el analfabetismo implica la educación de nuestros adultos, problema admirablemente estudiado por Buisson en Inglaterra, y cuyas medidas serían necesarias en gran parte para España. Hoy cuesta la educación é instrucción de nuestros adultos menos de millón y medio. Organizado convenientemente este servicio, no debería bajar de *cinco millones*.

IV

REORGANIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA SECUNDARIA

La enseñanza secundaria atraviesa hoy en España un período de honda crisis, aún más honda que la padecida por la Universidad. La enseñanza oficial en nuestros Institutos técnicos está declarada en bancarrota. El número de alumnos que hacen estudios de enseñanza secundaria es próximamente igual que el de hace veinte años. Véase en comprobación el siguiente cuadro:

Cursos.	Enseñanza oficial.	Privada.	Libre.	Número total de alumnos.
1867-1868...	Alumnos 18.903	6.385	3.410	26.698
1878-1879...	Id. 12.734	14.290	4.476	31.500
1901-1902...	Id. 9.289	17.000	6.008	32.297

Nuestras aulas oficiales, en un transcurso de treinta y ocho á cuarenta años, se diezmaron en la mitad. En cambio las de la enseñanza privada se triplicaron y las de la enseñanza libre se doblaron. La enseñanza privada, laica y congregacionista, la enseñanza *industrial*, bajo dos formas, es la rémora más grande para toda reforma seria y fecunda de la educación secundaria. Acaso el ideal sería llegar al monopolio, como sucede en Prusia, pues monopolizarse deben por el Estado, no sólo aquellos artículos de venta segura, como el tabaco, sino también aquellos que, dada su naturaleza, deben estar muy lejos de la codicia individual, para que no se desvirtúen. La educación secundaria, que debe ser donde se nutra el alma de la juventud de *cultura general*, y donde se la den medios para que por sí se oriente en la vida ó en la Universidad, es hoy no más que una antesala de ésta. El Instituto técnico no es nacional, ni mucho menos. Su personal docente, aun á pesar de la *oposición*, carece de solidaridad mental, pues procede de muchos campos. El personal escolar es hijo de nuestra mesocracia. Las aulas del Instituto están cerradas para el pueblo. La mujer y el sacerdote, que son y seguirán siendo por mucho tiempo los elementos destructores del espíritu del progreso en la sociedad española, se forman en seminarios medioevales y en conventos monjiles, de donde arranca precisamente la tendencia á convertir el hogar y sus secretos en ambiente de confesonario y éste en receptáculo de cuchicheo comadresco. El Instituto nacional ha de formarse recabando el Estado el monopolio de la enseñanza secundaria, organizando la enseñanza laica y secundaria de la mujer y secularizando la enseñanza secundaria del clero. Son muy pocos, actualmente, cincuenta y ocho Institutos. Madrid, Barcelona y todas las grandes ca-

pitales debieran tener varios, puesto que, de este modo, la enseñanza industrial no haría grandes estragos. Organizado el internado, el Estado manejaría él arma principal con la que había de ganar la batalla á la enseñanza privada y á la enseñanza libre; pero para esto el Estado ha de contar con un personal apto, con un personal caracterizado por la *unidad de formación*. ¿No sería conveniente establecer en Madrid dos Institutos experimentales con personal escogido y joven entre los 58 Institutos, obligándoles, para orientarse bien, á estudiar en los países más cultos de Europa la organización de la enseñanza secundaria? ¿No serían estos estudios las mejores bases para una ley que diese estabilidad á los planes de estudios, garantía á los métodos, solidez científica á los programas, abnegación y entusiasmo al Profesorado?

Si las desigualdades económicas engendran odios de clase, los desniveles de cultura en una misma clase engendran los odios de profesión, el brutal espíritu de cuerpo que tiende á afirmar fanática, ciegamente, aquel al cual se pertenece, aun negando el valor de los demás. Eclesiasticismo, militarismo y civismo son tres ambientes de cultura profesional muy distintos, que podrían fundirse haciéndolos irradiar del Instituto nacional de cultura.

Para la educación superior y secundaria de la mujer, las Höhere Töchtenschulen y los Lycées de jeunes filles nos dan dos tipos de organización diferente. El tipo original de España hay que crearlo mediante maduro examen. No basta copiar la ley Camilo Sée y consignar un millón de pesetas para establecer 30 ó 40 Institutos para señoritas (Francia gasta en educación secundaria de la mujer dos millones de francos, y en Liceos nacionales y comunales 18,75).

Una buena organización de la enseñanza secundaria puede hacer que ésta se baste á sí misma. Aun cuando el sueldo de los catedráticos es muy pequeño, pues no pasa de 4.000 pesetas (tipo medio), lo que nos urge es dotarlos de conveniente material científico, establecer dos Institutos experimentales en

Madrid, crear pensiones para alumnos pobres é ir aumentando paulatinamente el número de Institutos, no disminuyendo el de los municipales, como hizo Romanones, sino cooperando á su establecimiento. Para todo esto bastará consignar el superávit real que de los Institutos se obtiene, el cual, según el último Anuario, sube de un millón de pesetas.

V

LA ENSEÑANZA SUPERIOR

Bajo este epígrafe se comprenden, no sólo nuestras Universidades, sino también las escuelas especiales, que á la Universidad debieran incorporarse. El mal que padecen unos centros lo sufren también otros. Todo lo que de la Universidad española se diga, conviene también á nuestras escuelas superiores y especiales.

A la Universidad española no basta *reformarla;* hay que *transformarla*, volverla á hacer de nuevo. ¿Y cómo? Determinando el Estado primero una selección en el personal universitario actual, que tenga espíritu universitario, para que él, y solamente él, pueda ser en un centro especial, enclavado en la Universidad, el mentor y el maestro de los maestros del porvenir. La selección arriba y la mutualidad abajo han de coordinar todas las acciones y pensares á su fin común único, ultrapersonal. Para eso hace falta tolerancia, la cual se crea con abnegación y espíritu de sacrificio, de humildad. Colaborando todos á un fin común á todos y superior al de cada uno, como individualidad, el personalismo, al mutualizarse, crea el verdadero espíritu universitario, que tendrá personalidad normal y conciencia normal, si las personalidades asociadas la tienen. La personalidad autónoma de la Universidad se forma por transfusión de personalidades libres y no por otro medio: *omne vivum ex ovo*. Ningún padre engendra hijos concretándose á leer tratados de fisiología de los sexos.

Se necesita, además de mutualidad y selección, una triple cooperación: económica, mental y moral. La concepción moderna de la vida ha cambiado radicalmente. Hay que perseguir fines utilitarios como medios precisos para fines desinteresados. Sólo nutriendo bien el estómago puede afluir sangre robusta al cerebro. Y sólo pensando bien, con precisión, con claridad y con viveza puede obrarse bien. La cooperación en la Universidad supone, por lo tanto, tres bases: una base económica, una base mental y una base moral. La económica es condición indispensable de vida. Debe procurarse que nuestra Universidad la tenga propia, independientemente de los ingresos que pueda obtener de sus miembros.

Asalariar la ciencia, producir á plazo y precio fijo, es desnaturalizar el fin de la Universidad y el mismo fin del maestro. La independencia económica de la Universidades se logra, restituyendo á las que sean dignas de vivir sus antiguos bienes, dotándolas con nuevas fundaciones, procurando atraer la filantropía desbandada hacia estos focos de vida nacional, para que sean como inagotables manantiales de luz y viveros de maestros con vocación. La independencia económica de la Universidad precisa un ambiente que hoy no tiene. Hay que procurar que los centros de población donde se localice aquélla, piensen más y mejor respecto de su importancia. No es la Universidad un anillo de brillantes para fascinar, sino un órgano vivo de mentalidad que necesita alimento. Por eso se impone la fe en la Universidad y en la misión social que cumple dentro de la vida nacional. El espíritu universitario, formado por condensación de individuales espíritus, hecha en el ambiente del espíritu nacional y del espíritu local, adquiere pronto conciencia del valor de la Universidad como factor de vida y engendra necesariamente en los corazones rectos la obligación moral de sostenerla. Una de dos: ó la mente española está enferma de estupidez, que es la peor de las enfermedades, ó es que, comprendiendo el remedio, obra de mala fe, y en ambos casos para esos que chillan tanto sin haber sentido nunca co-

mezón de ciencia y de cultura, la consecuencia es bien triste. La Universidad no debe ser órgano burocrático de semiciencia ni taquilla de percepción de los impuestos del timbre. Su misión es la del *making of the hispanish poeple*. Y para hacer mental, moral y socialmente un pueblo, hay que hacer ciencia nueva por y para los sabios, vida nueva para los hombres y fórmulas nuevas para la sociedad española. El gravamen económico de la Universidad sobre el Estado es casi insignificante. Los gastos de personal y material ascienden solamente á **3,46** millones; y como los ingresos son de **3,24**, apenas pasa de 40.000 duros la carga. Los gastos de material científico y de experimentación, clínicas (excepto la de San Carlos), la de adquisición de libros y revistas, son exactamente para el presupuesto actual de 241.550 pesetas, que corresponden, por término medio, á cinco mil duros escasos por Universidad. Con cantidades tan exiguas para material, la Universidad, en vez de ser laboratorio para las ideas y plástico taller para las almas, es vertedero y colector de viejos conceptos y cristalizadas teorías, que masculla el memorismo de nuestros jóvenes en actitud perezosa, soñolienta y escéptica. La Universidad profesionaliza al joven, pero no educa su voluntad ni disciplina su mente.

Sin base económica, la Universidad española no puede tener base mental: *mens sana in corpore sano*. Con profesores cuya nómina está evaluada, por término medio, en 6.000 pesetas (incluyendo derechos de examen), no se puede pensar en europeizar la ciencia, pues ellos claro está que procurarán primero europeizar la nómina, y después de lograrlo, que raras veces es, verán si les conviene sacrificarse por la enseñanza. El pensador moderno y el moderno hombre de ciencia tienen derecho á que la sociedad en que viven y para la que viven, les garantice el *vivere*; que ellos á su vez, espontáneamente, sin pensar en el estímulo del salario, se obligarán á *philosophari*. De otro modo, el *philosophari*, en vez de ser floración espontánea de la *vida*, se torna en falseamiento profesional de ella.

Alemania gasta más de 23 millones de marcos en sus Universidades, y Francia 14 millones de francos. El presupuesto medio de cada Universidad alemana es de un millón de marcos, y el de las españolas de 350.000 pesetas. El Estado gasta en Academias militares cerca de tres millones de pesetas, y en músicas *marciales* mucho más que en laboratorios de experimentación. Ese es el espíritu de nuestra ciencia oficial: ciencia de aparato, ciencia con tendencias á convertirse en fiesta dominguera, no seria institución é íntimo anhelo de conquistar la verdad en el dominio universal y de imprimirle patrio sello y nombre personal.

La Universidad española ha de tener también una cooperación moral y social en la cultura popular; para pretenderlo y conseguirlo, precisa no sólo ideas jóvenes y vivas, ideas fecundas que en el alma del pueblo fácilmente arraiguen; necesita además una profunda simpatía mental por los ignorantes, hija de un desinteresado amor á la verdad y un odio á su ignorancia, que nos obligue á luchar sin tregua contra ella.

Por eso ha de tener también una base moral. Todo campeón de la cultura necesita fe para serlo. Todo apóstol que predica con fe, con unción, persuade. La Universidad española ha de buscar al ignorante, ya que éste se avergüenza de entrar en ella, ó si quiere, no puede porque encuentra cerradas sus puertas.

La europeización de la Universidad en su aspecto económico, para que realice su misión social actual, recaba de las masas populares las mejores inteligencias, que un día serán sus mejores obreros. Para darles el pan del alma y redimirlos de su abyección mental y moral, el presupuesto de la Universidad española requiere un aumento de *cinco millones* de pesetas.

El Estado ha de velar con especial esfuerzo por la Universidad nacional, ya que ella es órgano insustituíble de nacionalización y de patriotismo. Debe fijar sus miradas con igual fe y amor, al mismo tiempo, en la escuela y en la Universidad.

*
* *

Edificios escolares y académicos.—Si la actitud hace la emoción, y el templo grande y austero la íntima religiosidad de aquellos que de intimidad carecen, el edificio escolar en cada aldea, construído según las modernas exigencias pedagógicas, y el edificio académico en nuestras villas y ciudades, han de acusar á la consideración de los extraños que visiten nuestra tierra el factor *cultura*, como el más relevante de totos los de la España nueva. Una escuela hermosa, grande y magnífica imprime respeto, admiración y simpatía aun á los mismos que hoy detestan la cultura ó la creen innecesaria, por no poseerla. El Estado gasta hoy en alquileres de escuelas más de dos millones de pesetas. Francia dedica anualmente á construcciones escolares más de ocho millones. Hasta conseguir el ideal de la escuela norteamericana, que es casa de la *Country*, con terrenos propios y jardines propios, de estas nuevas construcciones, que, á manera de las antiguas abadías de la Edad Media, tenían una sustantividad económica que hacía imposible fluctuar su prosperidad; hasta lograr esto, ¡qué distancia tan larga la que hay que recorrer! Sería indispensable aumentar el capítulo de construcciones civiles en *cuatro millones*, por lo menos, para sentar las bases de esta mejora para el porvenir.

El fomento de las bellas artes.—Si las construcciones escolares representan la manera de pensar y de sentir de nuestro pueblo, respecto á los problemas presentes de la cultura é instrucción nacional, uniendo en emociones vivas de religiosidad á todos los que hoy desconfían del valor social de la ciencia y de la cultura, el arte es el gran elemento de concordia de las almas y de los corazones. Si la ciencia es eminentemente aristocrática y personal en sus obras, al arte es disciplina eminentemente democrática y social en su esfera de acción, sin dejar de ser de noble alcurnia en su origen y por su naturaleza. El valor educativo del arte está reconocido por todos. El arte *hermana* y *humaniza*. Es la redentora universal é íntima del corazón. El calor de la belleza que una obra posee, se irradia

por igual hacia todos como los rayos del sol, que de igual modo besan el peñasco resquebrajado y estéril, que la flor que se abre á ellos en una mañana de Abril.

El arte, en el presupuesto actual de Instrucción Pública, ni aun cuesta un millón de pesetas (835.367 exactamente). Si á esta suma se añaden 348.000 que se consignan para reparaciones artísticas, tendremos redondeado el millón y, además, un pequeño exceso. A pesar del evidente descuido en que el Estado español tiene los problemas artísticos, el ambiente social les es más favorable que á los científicos, por lo cual primordialmente se debe á ellos. Lo útil y lo bello no obligan por igual. Pero no hay que desconocer la utilidad de lo bello.

VI

LA EUROPEIZACIÓN DEL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Dos factores reclama esta europeización: uno interno, y externo el otro. Se necesitan elementos simultáneamente intercurrentes, de fuera adentro y de dentro afuera.

La corriente de fuera adentro ha de despertar el estímulo dormido en nuestros establecimientos científicos, artísticos y literarios, y en las Universidades. Los establecimientos científicos, artísticos y literarios, con un capítulo en el presupuesto de 436.550 pesetas, no pueden representar, al mismo tiempo que las Universidades, esa acción impulsiva de las iniciativas individuales para la ciencia, el arte ó la industria.

España, país clásico de la pereza, necesita de estos estímulos, de estos cebos ofrecidos á la codicia individual en exposiciones, concursos y certámenes. Las Academias y las Universidades debieran organizar anualmente la fiesta solemne de la ciencia y del arte; en la cual, al mismo tiempo que se hiciesen las grandes consagraciones de las eminencias nacionales, se premiasen los mejores trabajos de nuestros alumnos, de nuestros profesores y también la iniciativa libre; trabajos hechos sobre problemas de palpitante actualidad. Así se aca-

baría de una vez con la ramplonería intelectual de los juegos florales.

Establecimientos científicos, artísticos y literarios, elementos de europeización interna, son nuestros archivos, bibliotecas y museos. Ya conocemos sus defectos capitales. El Estado español consigna, para material científico, revistas, impresiones de obras, etc., etc., poco más de 35.000 duros. La Biblioteca Nacional de París está dotada con 300.000 francos. La adquisición de obras extranjeras estimula el conocimiento de las lenguas vivas, obliga á muchos lectores con voluntad á ponerse en condiciones de leerlas directamente, y difunde con rapidez *adentro* la cultura que, á oleadas, de fuera nos envían.

El factor externo de europeización es el establecimiento de escuelas científicas en las capitales más adelantadas de Francia, Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos. Estas escuelas científicas, la Comercial de Liverpool, ó Nueva York ó Londres; la Industrial, de Manchester; la de Estudios sociales ó jurídicos, de Berlín; la de Industria siderúrgica, de Düsseldorf ó Pittsbourg, etc., etc., corresponderían á las que Francia y Alemania poseen en Italia, Grecia y Egipto. Las naciones nuevas crean Escuelas nuevas en los países viejos, para estudiarlos mejor. Las naciones viejas, como España, debieran establecer escuelas nuevas en los países nuevos, para rejuvenecerse. La formación de nuestro futuro personal científico y técnico, hecho de este modo, nos aseguraría una rápida orientación, cuerdamente sistematizada, sin los peligros y dificultades que hoy se presentan á la iniciativa libre del pensionado. El que esto escribe habla por experiencia.

Es indudable que si en el Ministerio de Instrucción Pública se estableciese un Negociado de Informaciones y un Consejo de Educación, organizado en forma distinta del de Instrucción Pública, y la acción social del Museo Pedagógico fuese más requerida y mejor conocida y difundida, este Ministerio habría dado un paso más, de la burocracia oficinesca á un tecnicismo de administración académica, verdaderamente europea.

VII

CONCLUSIÓN

Los gastos que según este trabajo deben consignarse para comenzar la mejora de nuestra educación nacional, ascienden en números redondos á unos 25 millones de pesetas. No es mucho gastar en pro de las generaciones del porvenir, cuando ellas son las que han de pagar el precio de nuestra derrota, de nuestro desvarío y de nuestra occidentación. Hay que infundir á nuestros jóvenes la creencia de que lo más grande de nuestro pueblo, ni son las leyendas de la historia, ni las mezquindades de la realidad presente. La España más grande es la España del porvenir. Y los hombres más grandes del porvenir son los niños más niños y los jóvenes más jóvenes de hoy. En los libros de lectura de las escuelas anglosajonas se les dice á aquellos muchachos: «Tu lugar, hijo mío, es el primero. Allí donde millones de hombres se detienen para descansar eternamente, comienzas tú á caminar. En la cumbre de la montaña hay grandes terrenos sin dueño. Los mejores puestos del mundo están aún vacantes. En todas partes hay demanda de inteligencias de carácter. El precio de esta mercancía está en alza». Para crear una España grande, fuerte, hermosa é inteligente, una España á imagen y semejanza de Palas Atenea, hay que infundir ideales de grandeza, de hermosura, de fortaleza y de inteligencia en nuestra juventud. Juventud que mira con avidez las lejanías del porvenir, tiene fe en el progreso, marcha hacia él. Juventud que no se sustantiva, que es un accidente de la vejez, muere antes que la vejez misma. Dejémosla soñar. Estimulemos su bravura, aplaudamos su rebeldía mental. Que ella se plasme á sí misma en las fórmulas del vivir nuevo, ya que los viejos moldes están triturados por la crítica y por la experiencia.

Alimentemos su fe en el progreso. Alimentemos sus sueños, que si no *sueña hoy viviendo*, *mañana vivirá soñando*. La

Historia de España que aquí se hace es la historia epidérmica de España. Esa epidermis se agrietó. Tiene enormes excoriaciones. Bañémonos con amorosa inmersión en el mar de los nuevos ideales, que el agua que en ellos fluctúa es caudal de tradición fundida al calor de un sol inapagable.

«El niño, según un pedagogo americano, es el sol. Démosle una posición central, dice, y se hará en la ciencia social una revolución semejante á la que hizo Copérnico en la Cosmología.» El niño para nosotros es un angelito que puede vivir en este mundo y llegar á ser un hombre, pero que vivirá mejor en el otro. Para el pueblo americano el niño es el principal tesoro de la raza. Para el pueblo español, el niño es una visión celestial. *Nich in erster Linie das Land ihrer Vater, das Vaterland, sondern das land der Kinder, das Kinderland.* La patria primordial no es la tierra de nuestros padres, sino la de nuestros hijos. No es la patria *leyenda* historiada guardada en la memoria, sino *realidad* historiable, que el entendimiento y la voluntad han de forjar. La patria española será grande si nuestros hijos lo son. Respetemos, amemos y cultivemos la juventud española, este jardín de almas inmaculadas é inculpables, esta generación que no mató á Meco, porque no sabía ni sabe manejar armas de hoja de lata, ni jugar á los soldados. Respetemos y amemos la juventud para que ella ame y respete. Su amor y el de los ideales *suyos* la hará grande.

ELOY L. ANDRÉ

MOTES Ó APODOS

Los motes ó apodos son de suma importancia en el estudio de un idioma. De ellos nacieron la mayor parte de los nombres y apellidos, cuyo estudio ha ocupado á muchos escritores, que han impreso libros sobre este particular. Conocido es el de Godoy y Alcántara sobre los apellidos castellanos. Puede decirse que se reduce á una lista por siglos y categorías de una buena cantidad de apellidos, cuya etimología, cuando pretende investigarla, no aparece en general muy clara. Pero, sobre todo, no se halla en él idea psicológica de ninguna especie. Y, con todo, lo más curioso de apellidos, nombres y motes es lo que de ellos se desprende para el estudio psicológico del pueblo que los formó. En este particular, los motes son todavía más importantes, por ser, digámoslo así, los nombres en su primera edad, cuando aún están frescos, tiernecitos y flamantes.

Si se pudieran reunir todos los apodos que hoy se emplean en toda España, formarían un caudal de vocablos tan abundante como el del Diccionario castellano, y aún más, porque hay muchos motes que sólo se emplean como tales y no son del uso ordinario del habla.

Lo más gustoso, sin embargo, y á la vez lo más instructivo que habría en esa lista, sería ver como en un cuadro el genio poético y filosófico de nuestro pueblo.

Y nótese que ahí es un grano de anís el ver de una manera tan clara y pintoresca el colorido de la fantasía y la penetración de la inteligencia de un pueblo.

Pero como los españoles tenemos otras cosas de más tomo en que entretenernos, y gracias que no haya hecho asomar en mis lectores la risa á los labios al ver que escribo un artículo sobre cosa tan baladí como son los motes, tendré que contentarme con los pocos recogidos por mí, aguardando que mis amigos, ó los que por estas cosas se tomen algún interés, me vayan enviando listas de motes fehacientes y verdaderos, de cualquier parte que sean.

Poesía y filosofía he dicho que encierran los apodos. Son obra natural, espontánea del pueblo. Pero el pueblo no habla; hablan los individuos que lo forman, y no cualquier hijo de vecino es quién para inventar y poner un apodo, sino los listos, los chistosos, los chuscos.

Ingenio es menester para dar con un mote que venga á pelo, que choque y dé golpe. Y á fe que en España todo eso abunda como en ninguna parte. ¿Cómo concibe el chusco que inventa un apodo el carácter ó la facha exterior de la persona á quien se lo aplica? Como otra cosa á las veces muy diferente, pero que tiene con ella un punto de contacto. La metáfora interviene, pues, aquí, y el chusco da gallarda muestra de su penetración y de su fantasía: es un verdadero filósofo y un verdadero poeta. Filósofo, porque tiene ingenio para saber coger en la persona el rasgo más saliente que le caracteriza; poeta, porque en su fantasía surge por la metáfora la imagen de otro objeto que remeda ó pinta ese rasgo saliente.

Los ejemplos que voy á poner están tomados del natural: son apodos recogidos en Tudela de Navarra, y á mis instancias, en la tertulia de mi buen amigo el canónigo D. Federico Pérez.

Es un individuo que siempre está apurado, no por negocios que carguen sobre él, sino porque tal lo lleva su carácter nervioso y vivo: llámanle *Agonía*. Échese á discurrir quien quiera cuál es el trance más apurado de la vida, y no hallará otro que aquel en el que ella se acaba. Emplear un sustantivo por un adjetivo dicen los retóricos que es cosa galana y que da

fuerza y novedad á la expresión. El chusco tudelano que inventó el mote no entendía de retóricas; pero dió en lo más poético y filosófico.

Pescador en el Ebro es el patrón y casero de mi amigo D. Federico: se llama *Anguilica*. Otro, bastante goloso, ó como allí se dice, laminero ó lambinero, se llama *Bizcochada*, nombre dado á las natillas, encima de las cuales van algunos bizcochos. ¿Queréis motes poéticos, gráficos, chistosos? *Batecristos*, *Carra-cuca*, *Caga-tieso*, *Caga-en-l'aire*, *Cag-ansias*, sinónimo de *Agonía*, pero más castizo y más gráfico. *Cardenillo* es uno de mal genio: y aquí tenemos todo un cuadro, que no es fácil pintar ni con el pincel ni con la pluma. ¿Será el efecto del cardenillo pintado en un envenenado? *Veneno* es otro apodo que vale lo mismo: todos conocen al *capitán Veneno* de Pedro de Alarcón. *Cagarruta* es un hombre pequeño: advierto que así se llaman los granillos del excremento del ganado lanar. *Carrañé* es otro de mal humor; *encarrañarse* vale enfadarse. Diminutivo de otro excremento es el apodo *Carajucho*. Muchos y diversos pasos debe dar en sus asuntos el llamado *Cagateclas*. Pequeños son *Currusco*, *Currutaco* y *Curruto*; en todas partes mete la cucharada *Cucharón*, é hinca el diente el llamado *Diente*. ¿Es uno amigo de hacer la corte á gentes de cuenta? Le llaman *Estira-levitas*, tan gráfico como *Colín* por adulador, que menea la cola tras otro, como el perro. Optimista es *El Dichoso*, de aspecto quijotil *El Seco*, cerduno *El Cucho*, zanquilargo *El Guitarro*. Ello mismo lo dice cómo serán *El Negro*, *El Patán*, *El Zorrico*, *El Abogado*, *El Curto*, *El Potra*, *El Gatico*, *El Chafo*, *El Chilín*, y lo mismo *Barricate*, *Brazos-Cortos*, *Carabina*, *Carpa*, *Casaca*, *Calzones*, *Cazuelo*, *Cazuelica*, *Carrasca*, *Cavila*, *Cogote*, *Carrizo*, *Mortero*, *Manazas*, *Madero*, *Malcarao*, *Mosquito*, *Palomo*, *Pajuela*, *Peladilla*, *Pimentón*, *Piñica*, *Pingo*, *Putica*, *Raboso*, *Raspa*, *Rata*, *Rana*, *Ratilla*, *Tropezones*, *Zaragata*.

Mano-e-hierro pudiera ser del corral de Monipodio. *Mascarrabias* es un rabieta que tiene que mascarlas. Nos parece ca-

lificativo tan sencillo y tan vulgar, que nadie repara en él. Y, sin embargo, es expresión de lo más pintoresco que se concibe. Buscadle equivalente en francés, ó en latín, ó en griego. Cada pueblo tiene su temperamento poético, y no es muy sandio el pueblo que tales expresiones inventa. Fulano suele presentarse con tanta prosopopeya como un navío de alto bordo: llámanle *Navío*. *Mata-ratas*, *Mata-burras*, ¿se aclararán por aquel dicho: «Por un perro que maté, me llamaron *Mata-perros*»? ¡Qué ha de matar el infeliz ni una burra siquiera, si no es capaz de matar una rata! Tan irónicos son estos motes como el de otro á quien llaman *Mata-curas*, que suele matarlos de pico, y nada más. *Mal-año*, *Mil-duros*, *Merendón*, *Paticas-cortas*, *Pisa-flores*, que es harto más bonito que pisaverde.

Hay motes que, mirados con las delicadas lentes de las conveniencias sociales, son de lo más feo y vitando; pero no dejan de ser de lo más gracioso. Apunten los suscriptores y los redactores de la revista internacional *Criptadia: Pedo-lobo*, *Pichorrín*, *Pijota*, *Pijorro*, *Cachurrín*, *La Cachorrona*, *Minguica*, *Picha-rota*.

De carácter farisaico es un tal *Serva-mandata*; tan vivo de genio como *Agonía* y *Cardenillo* es *Solimán*. Parlanchín que menea sin cesar la sin hueso es *Taravilla*; un para poco es *Tararo*, y para menos *Tararura*. Muletilla ordinaria suya debía de ser *¡quién sabe!*, cuando á otro le llamaron *Quisabe*, donde tenemos la etimología de *quizás*, antiguamente *qui sab*. *¡Por vida de!* es otra muletilla que originó el mote *Re-por-vide*, y sangre sosa debía de tener el llamado *Sangracha* y el *Chanchan*, y demasiado encendida el *Sopetón* y el *Rabiau*.

De un asiduo á los cultos del Corazón de Jesús es el apodo muy moderno *Reinaré*. Diminutivo de pito es *Pitito*, que los muchachos hacen con dos pedacitos de caña y un hilo para pitar ó echar pitidos.

De las patas hay motes gráficos: *Patán*, *Pat-araña*, *Patolea*, *Patirraco*, *Paticas-cortas*, *Paticas-verdes*, *Patas-verdes*. Del pelo y pelar, pelear: *Pela-panes*, *Pelacho*, *Peladilla*, *Pela-*

morros, *Pelucón*. *Chorreta*, *Chafarreta*, *Churumbela*, *Chirimbolo*, *Cherre*, *Churri-pample*, *Chirri*, *Chorche*, *Chorrio*, *Chirpi*, *Zarambote*, *Zamacuco*, *Zampas*, *Zaragata*, son de origen euskérico.

Pintorescos son *Esgarra-manzanos*, *Morrocuto*, *Tripota* y, sobre toda ponderación, *Tripa-triste*, que se refiere al hambre.

A las mujeres se les da el mote de sus maridos, mudándoles la terminación en *a*: *Corazones* es el mote de uno; á su mujer la llaman *La Corazonas*, y así *La Coscorra* de *Coscorro*, etcétera. Pero otras lo tienen propio: *La Trona*, *La Mari*, *La Coronada*, *La Hurona*, *La Canóniga*, *La del ancho*, *La Gorriona*, *La Murilla*, *La Vinagre*, *La Pelos*, *La Gimia*, *La Ciela*, *La Ochava*, *La Perrandina*, *La Cachorrona*, *La Resalada*, *La Rico-pelo*, *La Colé*, etc.

No faltan motes fundados en un chusco equívoco. Llega de la aldea una vendedora de pollos, y le dicen: Ahí en esa casa le comprarán. Son gentes que vienen de Madrid á veranear. Pregunte por *Doña Jovita*. Llama á la puerta la buena mujer, le abren y al subir se da de manos á boca con una señorona de tomo y lomo. Iba á preguntarle si era Doña *Jovita*; pero parecióle demasiada mujer para nombre tan chico, y le dice: ¿Es usted Doña *Jova?* El nombre *Jova* ya no hay quien se lo quite á la jamona madrileña.

Todos los motes apuntados son de Tudela, donde no habrá hombre ni mujer, chico ni chaco, que no tenga el suyo. Pero otro tanto sucede en las demás ciudades españolas, y mucho más en los pueblos y aldeas.

En Calatayud, á la otra vertiente del Moncayo, el dialecto es el mismo que en la merindad de Tudela: el aragonés; pero más cerrado y con vocablos más regionales. Mi excelente amigo el conocido novelista de costumbres aragonesas D. Juan Blas y Ubide, que entre el ejercicio de la abogacía no descuida el culto á la literatura, me obsequió este verano con un rico tesoro de palabras, frases y motes, por él recogidos en aquella ciudad para servirse de ellos en sus novelas.

Voy á confirmar lo expuesto hasta aquí con esos motes hoy vivos en Calatayud; y para que se noten mejor las tendencias psicológico-poéticas de los bilbilitanos, los ordenaré por clases. Hay motes tomados de objetos inanimados, otros de defectos corporales, otros de cualidades morales, otros de plantas, otros de animales, otros de oficios, otros de regiones y pueblos, otros cuyo significado es bastante obscuro, y otros, finalmente, tomados de todo el diccionario é inclasificables.

DE OBJETOS INANIMADOS

Chaqueta, Coronica, Medio-almú, Pitos, Silleta, Chimeneas, Tablares, Bomba, Perniles, Alforjas, Pitón, Pitorro, Botijo, Candiles, Cascarrias, Cataplasma, Chavo-ó-hilo, Bolsa-de-hierro, Pizarrines, Mota, Cuaderna, Cerillicas, Cerote Chupilla, Porrón, Puchero, Coscurro, Punzas, Cachirulo, Boto, Botitos, Sartenes, Madera, Candelas, Tijeras, Zurriago, Sarro, Puntales, Guitarro, Bolas, Pelotas, Bolsicas, Banderica, Mostillo, Bombarda, Ratonera, Camisilla, Terriza, Martillo, Manta, Huevete, Morcillica, Fregadera, Torretas, Calzones de yesca, Mitra, Coscarana (nuez huera), Cornijales, Cuartico-especias, Cañete, Callejica, Casillas, Goma-seca, Malalana, Gotera, Gatera, Manchas, Casquina, Chocho, Brozas, Cache (Cacho), Gazote de gamon, Chorré (chorro), Garamaya, Chichetas (de chicha), Colodro, Chicherre (chicha quemada ó *erre* en eúskera), Zaraballa, Chirro, Chumina, Cachupico, Chorrillas, Cachupo (pedazo de tronco), Cachacho, Ciclón, Peteneras, Reino, Duende, Cazolón, Chiripa.

DE PLANTAS

Ciruelo, Berros, Melón, Cebollas, Calabacines, Mielga, Moscatel, Borrajas, Clavel, Cañamones, Patata, Cepa roya, Pilongo, -a, Parra, Seta, Cabecica de ajo, Cabeza de pepino, Chiles (pimientos), Carrasco, Mora, Lapazas.

DE ANIMALES

Caracoles, Gato, Gurrión, Pajarito, Cuervo, Zorra, Pollo, Gallo, -a, Cuco, -a, Mirlo, Cigüeña, Ratón, Tábano, Chorlito, Mosca, Venau, Culebras, Chincho, Bicho, Pichona, Cordericos, Ratica, Polilla, Oveja, Gusano, Rata, Nutria, Cabrito, Pulga, Rana, Abeja, Lobo, Pájaro, Burras, Güina (ó fuina), Potra, Chocha, Zarandilla, Perdigano, -a, Conejo, Zorrilla, Cucho, Garra-miau (gato), Cardelinos, Mosquirre, Bichocho, Chites, Rabosa.

DE OFICIOS

Estudiante, Capellán, Alguacil, Zagal, Gaitero, -a, Brujo, Zapatera, Campanero, Badajero, Farolero, Bolero (mentiroso), Reyecillo, Monje, Fraile, Monago, Sacris (sacristán), Capitán, -a, Payaso, -a, Regador, Santero, -a, Tiple, -ón, Corneta, Cafetero, Monjero, Macera, Señorito, El rey, Botero, Saca-cuadras, Pañero, Obispo, Curilla, Ratonero, Diablo, Letrado, Confita-moscas, Pregonero, Zagalón, Realista, Gitanillo, Piloto, Picón, Moricos.

DE REGIONES Y PUEBLOS

Vetos, Lumpiaque, Castillica, El turco, El ché (valenciano), Polaco, Cartagena, Zaragoza, Provincial, Villalobos, Moresano, Perules (del Perú).

DE DEFECTOS Y CUALIDADES CORPORALES

Bizco, Cojo, Zurdo, Manco, Royo, Canoso, Largo, Viejo, Feo, Chepa, Manazas, Manitas, Ojitos, Mocos, Dientes, Cojogodoño, Morreto, Moquito, Pardillo, Rojo, Cabezota, Narigones, Patas, Carota, Pelos, Galano, Picha, Canelo, Garrillas, Caspa, Blanco, Jibeta, Robusto, Garrido, Regañau, Peludo,

Maneta, Colorau, Chiquitín, Patillas, Tripa-larga, Mala-cara, Culo-de-goma, Cara-de-culo, Cinco-arrobas, Pelo-malo, Cabeza de barandán, Morros, Negreta, Oreja, Cabecica, Mala-boca, Pelón, -a, Caga-blanco, Peli-blanco, Empalmado, Orejazas, Blanquillo, Negrillo, Negro, Moreno, Cetrino, Paticas, Verde, Anciano, Manota, Gordo, Cabezona, Calvo, Garrancho, Rajau, Carrillo, Cana, Cacau (cagado), Patés (de pata), Pelete, Pataco (de pata), Cagacho, Peluches, Pichorrín, Picha, Tetillo, Cagachas, Carajilla, Blinca-pozos, Tocatas (paliza), Traga-lamas, Chata, Gambeta, Cholas, Mamau, Guarro, Manjunto, Menina.

DE CUALIDADES MORALES

Pela-pobres, Lame, Curda, Chispa, Rasca-miajas, Manso, Mata-abuelas, Zancocha, Muermo, Chulo, Sueños, Zarrias, Zangolotino, Carca, Mata-moros, Fachenda, Tabacón, Corremundo, Loco, Santo, Machaca, Mata-perros, Roba-masas, Milhombres, Roba-pellejos, Roba-carneros, Mata-curas, Azota-cristos, Arroja-cristo, Empenta-salves (empentar es empujar), Come-cochinos, Cavila, Licos-pechos, Loque-zoquete, Pintolique (que la pinta), Mano-güisa, Zámpara (de zampar), Zampias (ídem), Cucarro (que cuca), Motorro (morrudo en eúskera), Jalaco (adj. de jalar, jalear, aficionar en eúskera), Cachacho, Locarra, Borde, Marica, Maruso, Mal-pica, Marión, Machaca, Remacha, Traga-huesos, Mata-lamba, Traga-buques, Caga-lesnas, Tene-moscas, Pica-moras, Traga-bolas, Batecargas, Contento, Mucho, Piculín (que acusa), Saca-cuadras, Confita-moscas, Mala-boca.

MOTES DE PUEBLOS

Torrijo.—Los belloteros.
Vijuesca.—Los tocineros.
Aiñón.—Los huecos.
Cervera.—Los de la abubilla.

Villalengua.—Camuesos.
Sediles.—El cuco.
Terrer.—Llegar y meter.
Ateca.—La puerta abierta.
Daroca.—Puta ó loca.
Ricla.—Los cañiceros, ajeros.
Campiel.—Melocotones.
Morata.—La del Conde.
Torres.—El tío Pepe Roque y la ballena.
Maluenda.—Mucho mantel y poca merienda.
Castejón de las Armas.—El de las cerezas.
Castejón de Alarba.—El de los ricos.
Chodes.—Se prohibe repicar y andar en la procesión.

En toda España reza el refrán que no se puede á un tiempo repicar y andar en la procesión. A los de Chodes, pueblo cerca de Morata de la Ribera, ó del Jalón, se les prohibe, porque son los únicos que pueden hacerlo. El conde de Morata edificó de tal suerte el pueblo, que forma una sola plaza y no grande. Puede tirar de la cuerda de la campana el sacristán y no salirse de la procesión.

Las causas de la imposición de los apodos son diversísimas. Los que significan defectos corporales ó un miembro del cuerpo, que por alguna razón caracterizaba al individuo, no ofrecen dificultad. Llamar á uno bizco, ó bizconde, como suele decirse por equívoco malicioso, es aplicarle de ordinario un apelativo, con lo cual queda convertido en nombre propio. Hemos de pensar que el hombre siempre ha sido el mismo, y que por consiguiente tal fué el origen de los nombres propios. Y no sólo de los propios de persona, sino de lugares y de objetos, cualesquiera que ellos sean. Proceden, pues, los nombres de los calificativos, ó llámense adjetivos. Los vocablos, efectivamente, sólo expresan un concepto de las cosas; es decir, un modo de ser, una apariencia, una cualidad genérica, la cual puede aplicarse á todos los objetos que la poseen. Cojo, zurdo, royo, peli-blanco, guarro, galano, son adjetivos que sólo

expresan una cualidad. Pero aplicándose de ordinario á una persona quedan convertidos en mote, y luego en nombres. Carrillo, Cana, Pelote, Cabezota, Dientes, son nombres apelativos, que por el mismo medio vienen á ser apodos y nombres y apellidos personales. Pero de la misma manera llegaron á ser nombres apelativos: fueron antes expresiones comunes aplicables á muchos objetos, fueron calificativos. No expresa el vocablo *carrillo* la esencia, ni siquiera el conjunto de cualidades esenciales, á modo de descripción, del miembro corporal así llamado; sólo indica una cualidad del *carrillo*, la de poder girar y moverse como un carro: carr-illo es un carr-ito, un diminutivo de carro. Otro tanto sucede con el vocablo carro, que los latinos tomaron de los Aquitanos, que hablaban eúskera, como iberos que eran. Carr-us viene del eúskaro e-karr-i llevar, da-kar-t yo llevo, da-kar-zu tú llevas, na-kar-zu tú me llevas. Del llevar se dijo carr-us lo que lleva. Pero kar raíz de llevar sólo indica una acción, un modo de obrar de las cosas. Manota es otro apodo, sin duda porque el así llamado tenía una mano grande y deforme. Pero, á su vez, mano, del latín manus, se dijo por ser extendida y servir para medir, que no es más que extender una cosa, la medida, sobre otra, como el pañero, que extiende su vara sobre el paño una ó más veces según las varas que le pidió el comprador. Ma-nus vale la extendida, como ple-nus lo lleno, y dig-nus lo señalado, de ma-extender, medir, pl-, pl-us, llenar, dic-ere señalar, decir. Y así la luna, medida del tiempo, es mêna en godo, alemán Mond, lituano ménu, griego mên, latín Mena menstruationis dea, como mênê en griego, y men-s-is més, mens-s-truus. Extender y medir es en sánskrit mâ-mi, mi-mê, la medida ma-tram, el me-tron griego ó metro, lo que mide, como ara-trum lo que ara, el arado, en latín mê-tare, mê-tiri, de donde medir, en eslavo mê-ra y en lituano më-rà es la medida, ma-túti medir, en griego mî-me-omai imitar, mî-mos remedador, de donde mímica, habiéndose dicho el remedar del medir, por comparar é igualar dos cosas, como nuestro vocablo remedar viene de

re-imitari volver á imitar, comparar, medir. El nombre mano fué, pues, antes un adjetivo, lo extendido, como lo son lleno y digno.

Los motes que indican cualidades morales son también adjetivos ó nombres concretados en un individuo. Loco, Santo, Curda, Chispa; Cavila, ó tío Cavila, el que cavila mucho: es un verbo lo mismo que Lame, Rasca-miajas, Pela-pobres, Caga-lesnas, Traga-bolas, ó que cree las exageraciones y mentiras. La metáfora campea aquí de una manera maravillosa. ¿Qué quiso decir el chistoso que inventó el mote de Caga-lesnas, y el de Traga-buques, y el de Confita-mostas, y el de Azota-cristos, y el de Mata-abuelas? No conozco ingenio entre escritores y poetas que tan alto hayan rayado como el obscuro y desconocido autor de tan ingeniosos apodos.

No es menester ir á Andalucía para hallar en España andaluzadas, ni sal, ni gracia, ni poesía. Aragón es el polo opuesto de Andalucía. Pocos poetas ha criado, porque el carácter de los aragoneses es muy serio y enemigo de toda mentira y exageración. Pero, por lo mismo, es muy realista y tan fogoso como el que más. Los escritores aragoneses no descuellan por las obras de puro fantasear; pero son vigorosos, exactos en sus metáforas, y de un colorido y nervio que los hace poetas de otro género. Prudencio, Quintiliano, Marcial, los Argensolas, el gran fabulista riojano, el gran filósofo bilbilitano Gracián, el historiador Zurita, son de esta cepa, de la misma que los guerreros de Numancia, y de Calahorra, y de Zaragoza, de la misma que el anti-papa Luna, y que el fabricante de la campana de Huesca, y que los magnates de aquel reino.

Los motes de oficios y clases sociales han originado muchos apellidos: Botero, Monje, Fraile, Alguacil, Obispo, Picón, Capitán, etc.

Y no menos los de plantas y animales, donde la metáfora y el genio poético de los españoles es muy digno de notar: Ciruelo, Parra, Carrasco, Mora, Cuervo, Gallo, Lobo, Zorrilla.

El apólogo, de origen indiano, parte del principio antropológico, tan innato en el hombre, que quiere atribuir á los demás seres sus propias cualidades. El hombre no conoce las cosas del mundo exterior sino en cuanto halla en sí algo que sea común con ellas. Sus facultades aprehensivas son anteojos que colorean los objetos del color que ellos mismos tienen. Mira á los animales con el anteojo antropológico, les atribuye sus propios sentimientos y fantasea una ética animal, paralela á la ética humana. El león es noble, la gallina cobarde, la liebre tímida, la hormiga diligente, la abeja laboriosa, el toro valiente, el perro fiel, el murciélago alevoso, el tigre encarnizado, el sapo vil, la serpiente prudente, la paloma candorosa, el zorro artero, la cabra caprichosa, la cotorra parlera, el potro insolente, el asno estúpido, el pavo vanidoso, la oveja mansa, el gallo orgulloso. En hecho de verdad, toda esta ética, con los apólogos que en ella estriban, es una ética fantástica. Las pasiones no menos radican en el alma racional que en la parte sensitiva del organismo. Pero el hombre es poeta por instinto, y humaniza cuanto le sale al paso.

Una de las riquezas poéticas del castellano tiene aquí su origen. Apenas habrá animal que no haya servido de punto de comparación á los españoles para concebir las cualidades morales humanas, que de suyo eran tan difíciles de expresar por lo complejas y abstrusas. No creo que haya idioma alguno cuya penetración y fantasía puedan parearse, ni aun de lejos, con la penetración y fantasía de nuestro pueblo. Algunas expresiones parecidas se hallan en todos los idiomas; pero tantas y tan bien apropiadas creo que en ninguno. ¿Hay términos franceses ó latinos, ingleses ó griegos, que pinten y respondan á nuestros verbos *azorarse* como la garza perseguida por el azor, *amilanarse* como los pajaritos á la vista del milano, *aconcharse* como la tortuga ó el caracol, *aturdirse* como el tordo, *encabritarse* como el cabrito, *alebronarse* ó *alebretarse* ó *alebrarse* como las liebres, *emporcarse* como el puerco; *avisparse* como la avispa, *ratonarse* como lo comido de ratones,

emperrarse como el perro, *atortolarse* como la tórtola, *pavonearse* como el pavo, *encapricharse* como la cabra que se encarama, *acurrucarse* como la curruca, *enviperarse* como la víbora, *entigrecerse* como el tigre, *agazaparse* como el gazapo, *achicharrarse* como la chicharra con el calor, *amoscarse* como el molestado de las moscas, *cotorrear* como la cotorra, *gatear* como el gato, *serpear* como la sierpe, *serpentear* como la serpiente, *culebrear* como la culebra, *culebrinear* como la culebrina, *gallear* como el gallo, *engatusar* como el gato, *hormiguear* como el sitio lleno de hormigas ú hormiguero, *desasnar* como el estúpido que deja de ser asno, *apolillarse* como lo roído de la polilla, *caracolear* dando las vueltas del caracol, *mariposear* como las mariposas, *mosquear* como moscas, *potrear* como el potro, *podenquear* como el podenco, *torear* como el toro, *andar aperreado* como el perro, *ratear* como la rata, *aborregarse* el cielo como establo lleno de borregos, *acaballar* ó *encaballar* montado como jinete en el caballo, *chinchorrear* como el *chinchorrero*, que es tan molesto como la *chinche*, *escarabajear* como el escarabajo, *garrapatear* como la garrapata, *berrear* y *emberrenchinarse* como el verraco, *chotear* como el choto, *patear* como el pato, *babosear* como la babosa, *zanganear* como zángano, *agusanarse* como lo lleno de gusanos, *trasconejarse* como el conejo, *zabullirse* como el sapo (*zabu* en eúskera, *zabuli* revolcarse como *zabu*), *erizarse* como el erizo, *achuchar* como al chucho, *desperdigarse* como los perdigones?

En España no parece sino que todos somos zoólogos, y que vivimos en un parque zoológico. Fulano es un chinche, es muy zorro, es un gallina, un puerco, un puerco-espín, un pavo, un asno, una sabandija, parla como un chorlito ó como una cotorra, es un avestruz, un borrego, un moscón, una mosquita muerta, un toro, un pichón, una mariposa, un cernícalo, una víbora, un rata, corre más que un galgo ó que una liebre, es más tratable que una paloma sin hiel, canta como una calandria ó como un jilguero, es más listo que una ardilla, más tragón que un tiburón, más intratable que un potro, más escu-

rridizo que una anguila, come como una sanguijuela, tiene más conchas que un galápago, tiene el genio de un toro, se menea más que una lagartija, salta como un gamo, es más cruel que el tigre, no es rana, no morirá de cornada de burro, no se apea del burro, es más pesado que las moscas, lloriquea como un becerro, engorda como un tocino, brama como un toro, es un pollo ó una polla á pesar de sus treinta abriles, tiene un pico de chorlito, unos ojos de besugo, una nariz aguileña, unas orejas de asno, unos pies como pezuñas, un cuello de cisne, unas uñas de cernícalo, más pelo que un oso, es lince como él solo, es muy patudo y muy ganso, viene hecho una merluza, es todo un zángano, tiene un genio de hiena y un cuello toroso, es más bruto que un mulo y más terco que un macho, no sabe más que un buitre, se viste como el grajo de plumas ajenas, se infla como una rana, cacarea sus cosas como la gallina, se le va la cabeza ó le duele como á una cabra, es un puerco y un cochino y un gorrino de sucio, tiene malas pulgas, gruñe como un cerdo, es necio como un pollino, es una tarasca, un renacuajo de chico, un buey Apis de gordo, un tórtolo de cariñoso, un camaleón de mudable, adelanta como el cangrejo, se pega como una lapa, allega como una urraca, está hecho un bacalao, gorronea como un gorrión, anda de golondros como una golondrina, duerme como un lirón, es más feo que un mico, más vivo que una comadreja, más blanco que un armiño, de más monerías que un mono; es, en fin, un animal por los cuatro costados, con rabo y todo.

Los apodos tomados de objetos inanimados son más difíciles de aclarar. Algunos son tan metafóricos como los anteriores y se refieren á cualidades corporales ó morales. Medioalmú se dijo de uno que era pequeño, Botijo del que era tan gordo como un botijo, Cataplasma del pesado, tardo y molesto, Cascarrias del sucio ó del cansado en su trato ó del quisquilloso, Cerote del tímido, Porrón del gordinfla, Mostillo del pegajoso y dulzachón en su trato, Morcillica del larguirucho, Coscarana del huero de cascos, Fregadera del sucio y descui-

dado, Callejica del corretero y callejero, Mala-lana del que presto se sube á la parra, Chicherre del que se enfada y arde por un quítame allá esas pajas, como Calzones-de-yesca, Peteneras del alegre, Duende del entrometido, Ciclón del vivo y furruña. En esto se ha seguido el tenor que han tenido los españoles en la derivación de vocablos por medio de la metáfora, y en el empleo metafórico de las cosas en refranes y frases hechas, donde podríamos señalar un tesoro tan rico y poético como el zoológico que hemos indicado.

Otras veces el mote se refiere á una muletilla del individuo, ó á un caso particular, cuya historia se conserva entre las gentes del pueblo, ó no se conserva. ¡Cuántos motes no pasan de padres á hijos olvidándose el motivo que los originó! Tal es la fuente de muchos apellidos, y la razón del *de* ó de la silbante en los patronímicos castellanos. *Juan de Diego* es un Juan hijo de Diego, Láinez es *el de Laín*, Pérez *el de Pero* ó Pedro, López *el de Lope*. El hijo del rey Silo se llama en un documento de su época *Siliz, el de Silo*. *Márquez* es el hijo de Marco, Alvarez el de Alvaro, Domínguez el de Domingo. Pero de los patronímicos, y en general de los apellidos, habría que tratar por separado.

Los apellidos son motes que por su antigüedad han perdido ya la razón de su significado. Por eso el pueblo, que gusta de llamar las cosas por sus nombres, quiero decir, no á ciegas, sino por nombres que les convengan, no hace caso de los apellidos é inventa motes de continuo. Los apellidos ahí se quedan para el *Registro* y para la sociedad, que vive de convencionalismos y rutinas. El pueblo no vive como ella de sangre gastada hasta tomar ese tinte azul, de que se paga la nobleza; vive de sangre fresca, bien roja y bullente. Y así como no quiere vocablos de extranjis, que para él es letra muerta, aunque vengan de Roma y Atenas, porque los considera como pelucas y otros armatostes postizos, y como tales los trata, estropeándolos cuando se ve precisado á tomarlos en sus labios, así tampoco hace caso de apellidos, ni nombres, si no son de su hechura y pintan al individuo.

No faltan eruditos que menosprecien toda esa vida, todo ese realismo, toda esa verdad que encierra lo popular, y que prefieran lo que se llama de buen tono, correcto, atildado.

De gustos no disputaremos. Yo tengo por de mejor tono, por más correcto y atildado, el árbol que comienza á echar sus frutos, el joven de quince á veinte años, el modo de decir que espontánea y naturalmente nace en labios del pueblo y que tiene su arraigo en el idioma tradicional y propio, porque ese árbol, ese joven, ese decir, son brotes naturales llenos de savia y de vida. Los viejos robles son mejores para quemados en invierno, que nos den calor; los ancianos son más de respetar y oir como consejeros; los vocablos de la veneranda antigüedad, para leer los autores que los emplearon y para estudiar la psicología de los pueblos que ya pasaron.

Por eso á otros causará risa; á mí me sabe á poco el siguiente cuento que trae Polo y Peyrolon, que ni siquiera lo es, porque yo mismo lo he presenciado, *mutatis mutandis*, y lo habrá presenciado cualquiera que sea un poco observador de las costumbres populares. Reunidos en cierta ocasión los cofrades de San Roque en la casa rectoral del pueblo de Tramacastilla para celebrar una junta, quiso el párroco cerciorarse de la puntual ó escasa asistencia de los asociados, y al efecto tomó el libro de los cofrades y fué leyendo, uno por uno, sus nombres y apellidos. La sala estaba llena, y nadie, sin embargo, decía esta boca es mía.

—Hombre, muchos faltan—observó el señor cura, dejando de leer.

—¡Ca! No, señor—contestó el maestro de escuela.—Déme usted ese libro.

Nada comprendió el párroco, pero obedeció.

—*Cuquita*—voceó el maestro, principiando la tarea.

—Presente.

—*Goticaaceite.*

—Presente.

—*Mediamisa.*

—Presente.

—*Perotes*.

—Presente.

Y al punto contestaron, uno tras otro, á sus respectivos apodos, los que momentos antes permanecieron mudos al oir sus nombres y apellidos. No es cuento el que muchos ignoren su apellido: es un hecho que yo he tocado con las manos. Los apellidos son nombres muertos que yacen en el *Registro* y con los que se entretienen las personas de sociedad. El pueblo no gusta de autopsias ni de manipular cadáveres: quiere nombres vivos, que son los motes por él dados, y muy bien dados.

JULIO CEJADOR

¿LIBERTAD, Ó SERVIDUMBRE?

Cuanto más trata uno de penetrar en el secreto y en las leyes de la vida, parece que es capaz de conseguirlo cada vez menos. Es ella tan heterogénea y complicada, que no se suele acomodar á nuestros conceptos, por lo regular simples y cortantes. Nosotros nos empeñamos en encerrar el mundo en el cerebro nuestro, donde no cabe sino una parte infinitesimal de él. Por eso nos vemos rodeados de tantas sorpresas y de tantísimas antinomias aparentes. No hay orden alguno donde no las hallemos. Los sedicentes *intelectuales* son, generalmente, los mayores y más frecuentes víctimas de ellas. Entre su pequeño mundo mental y el amplísimo y fértil mundo de las cosas, se producen á cada paso innumerables contrastes, que ellos, las pretendidas y arrogantes sumidades científicas y pensadoras, resuelven casi siempre en favor de sí mismos y en detrimento de las exigencias reales. La lógica del filósofo y la lógica corriente y vulgar no suelen coincidir, y el filósofo salva muy á menudo las discrepancias entre la una y la otra, dando la patente de acertada á la suya. Es lo que representa multitud de veces la oposición, á que oímos aludir á todas horas, entre la razón y la experiencia, entre el ideal y la realidad, entre lo que debe ser y lo que es. El pretendido pensador ó filósofo desdeña entonces la «burda» trama de la vida, por impura, por grosera, por caprichosa, y tiende á refugiarse en la ebúrnea torre de su encastillamiento intelectual, donde ve el orden real entero de muy otro modo y sometido á muy otras leyes que las que de hecho advierte que le dominan ahora.

Quizás no se pudiese encontrar materia alguna en que tan al vivo se presente la antítesis de que se habla, como la referente á la libertad de la persona. Es ella una de las cosas que nos tocan más de cerca y más íntimamente, cuya presencia ó ausencia y cuyos efectos sentimos indefectiblemente, con toda el alma, y en donde con facilidad suma propendemos á tomarnos á nosotros mismos como medida y criterio de todos los demás individuos, de sus necesidades, sentimientos y aspiraciones. Lo que á cada uno de nosotros nos pasa se lo atribuímos también á los demás, aun sin percatarnos de que lo hacemos así; los deseos, protestas, rebeldías, apetitos que experimentamos nosotros, creemos que han de experimentarlos todos de la misma manera. ¿No estamos viendo de continuo que quienes, por ejemplo, se alzan interior ó exteriormente contra tal ó cuál forma de lo que tienen por «tiranía» quisieran que los demás hiciesen otro tanto que ellos, y les motejan de cobardes, pusilánimes, esclavos, etc., cuando ven que proceden de otra manera? ¿Y no vemos, asimismo, que los que se hallan á gusto con la por los contrarios denominada «coyunda» de la servidumbre, ya espiritual, ya corporal, censuran á su vez á éstos, calificándolos de «exaltados», de «radicales», de «ilusos», que aspiran á implantar un imposible? Hay quien se desgañita gritando ¡viva la libertad!, y quien, al revés, siente con toda su persona la necesidad de la esclavitud, y pronuncia repetidamente á pleno pulmón el consabido ¡vivan las cadenas! Unos y otros pretenden arrastrar consigo á todo el mundo y atraerlo al campo de la verdad y de la dicha. ¿Dónde se hallarán éstas, cuando se quiere llegar hasta ellas por caminos diametralmente opuestos? Lícito ha de ser dudarlo.

La historia está tejida en grandísima proporción, si es que al cabo no lo está exclusivamente, por el choque y el predominio alternativo de las dos fuerzas mencionadas. ¿Cuál de ellas ha hecho y está haciendo más por lo que se llama progreso y felicidad de los hombres? ¿Con cuál de las dos se hallan éstos más en deuda: con la opresión, la coacción y la ligadura, ó con

su contraria la libertad, la espontaneidad y la autonomía absolutas? Lo probable es que no pueda darse contestación satisfactoria á esta pregunta mientras se halle así formulada, en disyuntiva forzosa. Valdría tanto como preguntar cuál sea la fuerza única rectora de la vida social, si la tradición conservadora ó el progreso propulsor; ó como preguntar cuál de las dos hojas de unas tijeras es la que más corta, ó si la forja de un objeto es debida al martillo ó al yunque.

Pero los hombres no suelen atenerse á reflexiones de esta índole, y menos acaso que ningunos otros los intelectuales. Miran únicamente hacia su persona, á sus concepciones y voliciones, y constituyéndose en criterio y medida de todos los demás, aplican á éstos lo que tan sólo debería aplicarse cada uno á sí mismo. Si alguien se siente independiente y rechaza toda sumisión, sea ella la que quiera, entona sus himnos á la independencia y aspira á convertirla en doctrina de aceptación absoluta. No se hace cargo de que el estado de espíritu de los otros puede muy bien ser distinto del suyo, y, consiguientemente, que gran parte de ellos, ó todos acaso, encuentren descabellada la idea de la total autonomía, y preferible la de la imposición coercitiva, más ó menos acentuada é intensa. Aparte de que son poquísimas las gentes que se hallan en disposición de inspeccionarse á sí mismas y de mirar también hacia afuera, fijándose en lo que ven para desentrañar su significado y valor y formar conceptos, juicios y planes verdaderaramente personales. La gran mayoría de los mortales vive al día, sin pizca apenas de autodirección, dejándose arrastrar por la corriente de concepciones é ideas que se encuentran ya elaboradas (lo que les ahorra el doloroso trabajo de pensar por su propia cuenta), obedeciendo ajenos mandatos y pidiendo á voces, cuando en alguna cosa carecen de ellos, que alguien les trace normas de conducta que les sirvan de guía y les saquen de apuros, porque ellos, por sí solos, ni saben trazárselas, ni siquiera se les ocurre que puedan tener capacidad para ello. La situación de alma de semejantes personas es tal, que en vez

de revolverse contra la esclavitud, no saben vivir sin ella y la piden con todas sus ansias. «Yo quiero ser esclavo, y mi vida, ni quizás tampoco la de nadie, no es posible sino en ambiente de esclavitud», viene á decir, de manera más ó menos clara, casi todo el mundo. Sólo un puñado de individuos, insignificantísimo por su número, aun cuando no por su calidad, sienten y se producen de otra manera. Son los rebeldes, los descontentos, los críticos, los inventores, los revolucionarios y agitadores de todos los tiempos y de todos los órdenes de cosas, los libertarios de toda especie, pudiéramos decir, los cuales, á su vez, y aun cuando no quieran, viven sujetos á mil formas de servidumbre.

Esta nos envuelve por todos los lados. No hay manifestación alguna de la vida donde ella no asome la cabeza y se apodere de nosotros. Para la vida corporal parece que no cabe ni siquiera duda. Pero en lo que toca á la vida espiritual acontece lo mismo. Las que consideramos como expresiones sociales más excelsas de esa vida, la religión, la ciencia, el arte, la educación, el gobierno, esferas son donde la esclavitud hace de las suyas como en su más propio elemento de acción.

Se ha dicho que los grandes pensadores no pueden menos de ser herejes, y es muy verdad. No es fácil que abdiquen de su personal criterio religioso para entregarse incondicionalmente y sin más examen al que otras personas, bien individuales, bien sociales, como una iglesia, verbigracia, quieran imponerles. A los espíritus agitados, que todo lo someten á crítica, no les satisface más credo sino el que cada uno se forma para su uso privativo. Les suelen inquietar mucho ¿cómo no? las cuestiones religiosas, singularmente aquellas que tocan á materias trascendentales y de comprensión difícil ó imposible para los hombres; pero si alguna solución tienen para las mismas, esa solución es hallada por virtud de propio esfuerzo mental, en vez de recibirla ya elaborada por otros, conforme pasa muy á menudo. Estos tales no se amoldan á ser fieles ó prosélitos de ninguna confesión ó iglesia, lo que equi-

valdría á convertirse poco más ó menos en unidades componentes de una grey sumisa y esclava de dirección y voluntad ajenas. Sintiéndose interiormente libres y dueños de sí mismos, les es imposible soportar el dominio de nadie. Son ellos los que á sí propios se dominan y se dan la ley religiosa á que han de atenerse. Ejercen verdaderamente de autónomos en este orden. Se les podría denominar anarquistas religiosos. ¿Han sido nunca otra cosa los altos entendimientos, los grandes filósofos, los grandes místicos, los más hondamente religiosos de todos los hombres? ¿Lo han sido tampoco los fundadores de religiones, iconoclastas de las ya fundadas, rebeldes, insumisos, revolucionarios empedernidos é irreducibles?

Si todos gozáramos realmente de libertad religiosa, todos seríamos fundadores de una religión: de la nuestra. Las religiones serían tantas como los individuos. Nadie tendría sometido á nadie por esta causa, ni estaría tampoco sometido á nadie. Se daría una república religiosa, de verdad libre, sin leyes exteriores obligatorias, con tantas leyes internas como individuos autónomos hubiese. Y á esto es á lo que se tiende, después de todo, cuando se pide la libertad llamada de conciencia y de cultos, pues con ella se busca la proscripción de todo constreñimiento en esta esfera y la garantía del autodominio absoluto para todo el mundo. Desde la pretendida unidad religiosa, que se producía por fuerza más bien que por acuerdo espontáneo, en donde las gentes habían de prestar acatamiento, quisiéranlo ó no lo quisieran, á un determinado credo, hemos venido á parar á una situación de variedad grandísima, en que se profesan multitud de religiones dentro de cualquiera círculo social, y en donde los individuos pueden, sin estorbo, adherirse á la que mejor les plazca.

Pero estamos aún muy lejos de haber llegado al límite de este proceso, límite que ni siquiera columbramos. No nos impiden los gobiernos, como otras veces, que comulguemos en esta ó la otra religión; pero hay circunstancias que no nos

consienten ser de hecho libres en materia religiosa, por cuanto casi todos vivimos aquí de prestado, entregándonos á la dirección y á las enseñanzas de ajenas personas. Tenemos libertad para constituirnos en la servidumbre de tal ó cuál señor; no la tenemos para entregarnos á nosotros mismos, para disponer de nosotros, formándonos nuestra religión particular. Porque ¿cuántos de nosotros somos capaces de fundárnosla, ni jamás se nos ha ocurrido tratar de hacerlo? Nos contentamos con exigir, á lo sumo, que nos dejen pertenecer al gremio religioso que más nos guste, pero siempre á un gremio, á una grey ó rebaño. Es un verdadero alistamiento en el banderín de enganche A ó B, donde á nadie se obliga directamente á sentar plaza; pero el que la siente por su voluntad se compromete á servir á las órdenes de algún jefe, de quien queda esclavo. Solamente hasta aquí es adonde llegan en su interpretación del *nihil tam voluntarium quam religio* la casi totalidad de quienes lo pronuncian. Y, francamente, jamás ha podido decirse de ningún soldado que haya sido libre: los soldados no disponen de sí propios, no se pertenecen; pertenecen á quien los manda, sea Cristo, Mahoma ó Napoleón. Y como los militares no forman parte del ejército sino corporalmente, sin haber penetrado en él, en su sustancia interna, ni haberse identificado con su espíritu y con sus fines, porque esto es cosa reservada al que lo levanta, lo mueve y lo dirige, de la propia manera los fieles de las religiones no son religiosos de ellas, contentándose con formar corporalmente en el seno de las mismas y con gustar sus despojos exteriores, su cáscara: los sacramentos, las ceremonias de toda clase, el culto externo. Por eso se atreven á llamarse, verbigracia, «buenos cristianos» los que se limitan á cumplir con la exactitud más rigurosa las prescripciones eclesiásticas; pero como el soldado cumple las de la ordenanza, hasta farisaicamente muchas veces, sin ahinco, porque hay obligación de hacerlo, con el alma en otra parte, sin tenerla removida por el ardor ni atravesada por el dardo de la amargura, el amor, el anhelo infinito...

Enteramente lo mismo acontece en los otros órdenes en que se proyecta nuestra conducta. Apenas hacemos nada sino por rutina, por tradición, por imitación, renunciando á buscar por nosotros mismos las soluciones y las reglas del obrar, para entregarnos atados de pies y manos al arbitrio más ó menos discrecional de otras personas. ¿Cuántas de éstas merecen realmente el dictado de originales? ¿Cuántas agitan con libertad su espíritu y vuelan con sus propias alas, sin andadores ni guías? La pereza mental y el misoneísmo nos dominan á todos, lo que quiere decir que todos estamos ligados y esclavizados por influjos extraños. Más nos place, de ordinario, encontrar hechas las cosas que no hacerlas; más aún que descalabazarnos en buscar nuevos procedimientos, repetir y utilizar los ya inventados. Como no fuese por el impulso de la necesidad, que nos está aguijoneando á todas horas, poco podría ser lo que nos aventurásemos en persecución de mundos desconocidos.

Mucho es lo que se preconiza la independencia de espíritu en buen número de cosas, y lo que se protesta y grita contra la sujeción. Se trata de ahuyentar el espectro del *magister dixit* en la enseñanza, signo de esclavitud mental. Se proscribe á menudo, por razón idéntica, todo dogmatismo, sea científico, artístico, ético, político ó religioso. Se pretende dar de mano á las fórmulas hechas de toda clase, verdaderos cuerpos muertos, para que cada uno se entregue en todo caso á la labor de perseguir por sí propio la norma ó la solución que busca. Nada de credos cerrados, de preceptivas, de organizaciones imperadoras, de textos, de leyes y constituciones, de estatutos, de evangelios, todo lo cual supone sacrificio de la individualidad libre é independiente, en aras de la voluntad ó los intereses de otros. Basta de catecismos, de prontuarios y epítomes, de códigos comentados ó sin comentar, de reglamentos, bandos y autoridades que nos digan lo que debemos creer, saber y obrar, porque tales cosas, para no ser siervos de nadie, hemos de averiguarlas nosotros mismos, cada cual á su

modo y según pueda. La ética, la religión, las ciencias, las artes, las industrias, los oficios, la educación, el aprendizaje, habrán de ser individuales puramente y siempre nuevos, so pena de sufrir unas personas el yugo de otras y de perder, por consecuencia, las primeras su libertad. Desde el instante en que recibamos lecciones, doctrinas, reglas procedentes de otros, quedamos entregados á ellos, perdiendo el autodominio. Enajenamos la personalidad nuestra, lo más íntimo y privativo, para rendirnos ante un ídolo ó un amo. Las fórmulas desprovistas de sustancia para el que las recibe y cumple vuelven á recobrar su imperio. Solamente podría darse el dictado de hombres libres á los que no hicieran caso alguno de ellas, á los que rompiesen en absoluto con toda convención social, con toda costumbre, con toda tradición, con todo lazo, incluso los lazos de familia y de convivencia; á los que no recibiesen el menor auxilio directivo de nadie y aplicasen el reactivo de la crítica á todo producto que encontraran ya formado, fuese el que quisiera.

Pero el llegar hasta aquí parece imposible. Traería ello consigo, probablemente, la disgregación de toda la vida social, la que, por lo tanto, se alimenta de la esclavitud de todos y es incompatible con la libertad de los hombres. Uno de éstos que pretendiese guiarse siempre por su sola razón y por sus impresiones y juicios personales, habría roto desde el primer momento sus relaciones todas con los otros individuos. No le sería dado ni aun comunicarse con éstos, porque el lenguaje de que se sirviera por fuerza tendría que ser convencional, recibido de otros, constituído por un conjunto de fórmulas y reglas aprendidas y de las cuales haría uso sin haberlas inventado, como se hace uso de las monedas que pasan por la mano de uno. Y lo que con el lenguaje, pasa con mil otras cosas.

La esclavitud se presenta como inexcusable condición de la vida. Aun los que presuman de más libres, son esclavos. Y es muy de notar que los éxitos sociales están, al parecer, en razón directa del grado de esclavitud existente. Toda agrupa-

ción social bien organizada y disciplinada tiene seguro el éxito, como las de mala organización y poca ó ninguna disciplina van á un fracaso inevitable. Mas sabido es que la organización y la disciplina representan sumisión y *capitis diminutio*, tanto más acentuadas cuanto mayor sea la intensidad de aquéllas. No habrá habido muchas sociedades que hayan logrado tanto predominio en el mundo como la Iglesia católica, y ya se sabe lo vigorosa que es su organización, lo férreo de su disciplina, lo incondicionalmente que exige á sus fieles que abdiquen de su propio criterio y se entreguen rendidos y sin voluntad á la dirección de sus pastores y guías, igual que luego éstos lo han de hacer con respecto á sus superiores jerárquicos, y todos ellos con respecto al Papa, jerarca supremo. Sin la dureza y la intolerancia, sin las definiciones dogmáticas cerradas, invariables, indiscutibles; sin las excomuniones y persecuciones de herejes, de relapsos, de insumisos, ¿qué suerte hubiera corrido la Iglesia católica? Admitido en ella el libre examen, la discusión libre, la crítica libre de sus cánones, de sus dogmas, de sus enseñanzas; respetada y no comprimida la personalidad de los individuos y el derecho de cada uno de ellos á formarse su credo propio y su iglesia privativa, la Iglesia católica no hubiera podido ser la fuerza social que ha sido en el curso del tiempo, ni aun quizá hubiera logrado mantenerse en pie. Las herejías y rebeldías, respetadas y toleradas, habrían originado en su seno tal efervescencia, tal exceso de movimiento, de crítica, de vida, que no hubiera tenido consistencia bastante para resistirlo, y se habría disgregado ó habría persistido lánguida y anémicamente, sin que se notara apenas su existencia. Porque ella misma lo comprende así y ve dónde se halla el peligro, se resiste á mudar de táctica y de conducta, y no quiere oir hablar de libertad é independencia, ni consiente en su gremio más que esclavos incondicionalmente sometidos, esclavos espirituales, aunque también corporales, como testifica de ello la antigua «unidad» religiosa, con su intolerancia y su merma de derechos en los infieles y en los herejes. Jamás ha podido sufrir

la Iglesia una herejía. Las ha perseguido sin contemplaciones. La herejía representa heterodoxia, y la heterodoxia significa independencia de espíritu, como la ortodoxia significa servidumbre. Declararse ortodoxo, hijo sumiso de la Iglesia, fiel creyente en cuanto ésta enseña y practicante incondicional de lo que manda, es ser «un buen católico»; pero ¿es ello, acaso, ser persona, y persona dotada de los atributos que se suele decir que la constituyen, entre ellos como fundamental el de la libre independencia?

He dicho que en otras esferas sociales acontece lo mismo. La eficacia de toda agrupación social depende del grado de esclavitud de sus miembros. Escuela científica sin adeptos, ó que aun llamándose tales no acepten las doctrinas del fundador en toda su literal pureza, permitiéndose criticarlas, añadirlas, rectificarlas en todo ó en parte, no logrará mucho arraigo. Hay que abrazarse á la bandera del jefe, y seguirle con los ojos cerrados, y jurar en su evangelio, y defender á todo trance sus enseñanzas; en cuanto se disienta de él empieza la crisis de la escuela, y por lo mismo la debilidad. Esto ha pasado, v. gr., con el marxismo, que en tanto ha sido fuerte en cuanto ha tenido su Biblia, sus definiciones dogmáticas y sus concilios, que declaraban heterodoxos á los rebeldes y les imponían el dilema de la sumisión ó la expulsión. Por esta causa y por otras parecidas han dicho muchos del marxismo que era una religión y una iglesia. Tan luego como ha empezado á haber herejes en el socialismo marxista, se ha hablado, con razón, de la «crisis» por que éste atraviesa, y se ha vaticinado su decadencia y su muerte. La cual no sobrevendrá mientras haya quien sostenga el credo íntegro y declare excomulgados á quienes no lo acaten.

«¡Pobre humanidad—podrá argüirse, y con razón,—si estuviera condenada á vivir á este precio! Sus energías todas vendrían á quedar petrificadas, anquilosadas, inactivas, por compresión violenta. Un estancamiento mortal sería inevitable, y con el estancamiento la ruina. Menos mal que hay quien lo

impide. Gracias á los heterodoxos, á los herejes, á los descontentos, que de vez en cuando remueven las aguas cenagosas, abren un boquete en el charco para darles salida y hacen penetrar nuevos torrentes purificadores.»

Efectivamente, hacen falta esos agitadores, revolucionarios, anarquistas, que ahogándose en el pantano, al buscar salvación y pedir aire para respirar, todo lo trastornan y no dejan títere con cabeza. Esos suelen ser los propulsores del progreso y de la nueva vida, los inventores de nuevas formas, los fundadores de instituciones nuevas, los espoleadores de la humanidad fatigada é indolente. En cosa alguna hubiera quizá dado un paso ésta á no ser por ellos. No es otra la razón de que muchas personas de estudio, sociólogos, historiadores, psicólogos, filósofos, piensen y declaren que los grandes hombres, los héroes, como los llaman algunos, son los verdaderos sujetos de la Historia, y que á ellos exclusivamente es á quien se debe que marche el mundo. Y lo cierto es que si esta concepción aristocrática de la vida social, que por el momento nos es imposible discutir, no representa por completo la verdad, debe de acercarse un tanto á ella. Si el tren de la vida social necesita para ir adelante de dos fuerzas que se contrapesan y auxilían, aun cuando parezcan contrarias, el motor y el lastre, el ansia de mejoramiento y la acción gravitadora de la tradición, una de esas fuerzas está representada por los innovadores, los caudillos arriesgados, los despreciadores de las reglas hechas y los caminos trillados, los exploradores de horizontes nuevos y de nuevas vías.

Mas no se puede olvidar la otra fuerza, como á menudo pasa, por parte sobre todo de aquellos á quienes les embriaga el «heroísmo» y la «superhombría». Como no hay esclavo sin señor, tampoco es concebible el señor sin el esclavo. Son términos que se atraen y complementan. De suerte que para que exista una «moral de señores», un modo de acción para los escogidos, forzosamente tiene que existir también otra moral que forme juego con ella: el modo de obrar de la masa, modo

de obrar ciego, encarrilado, regulado en todo, tradicional, rutinario, sin osadías ni riesgos.

Pero rutinario y todo, inmensamente inferior al otro si se quiere, no es menos indispensable que él. No podemos ser todos capitanes de barco: también hace falta la tripulación y los pasajeros, que se dejen mandar y guiar. Si fuésemos todos novadores y fundadores, la innovación, invención ó fundación de cada cual no duraría sino cuanto él durase. Huyendo de toda esclavitud, no aceptaríamos nada de nadie. La continuidad de la Historia quedaría rota. Cada hombre tendría por fuerza que comenzarla de nuevo. Nos consideraríamos humillados, heridos en nuestra libertad é independencia, que cuidaríamos de conservar muy celosos, desde el instante en que de cualquier manera nos guiase alguien distinto de nosotros mismos, desde el momento en que defiriésemos á las enseñanzas, las indicaciones ó los consejos de otra persona, cuanto más á sus órdenes. El libre, para serlo de verdad y completamente, no es de nadie: sólo puede ser de sí propio. Esto sí que sería un tejer y destejer continuo. No podría hablarse de herencia social, de tradición social, artística, científica, religiosa, industrial, trabas inadmisibles. ¡Calcúlese qué progreso científico ni de ninguna otra especie podría haber de esta manera! ¿Han pensado bien en ello los que tan frecuentemente están pidiendo libertad é independencia, no ya tan sólo para sí, sino para todo el mundo?

Resulta, pues, según parece, un elemento inexcusable el de la sumisión y la organización. Cuanto mayores sean éstas, más eficacia y poder alcanzarán las invenciones. Cuando una novedad, sea del orden que sea, encuentra adeptos, es decir, esclavos, ya tiene asegurada la vida, mientras no la abandonen. Y su dominio será más indiscutible y rápido cuanto más incondicionalmente la abracen y se sometan á la voluntad del inventor ó de quien le represente. Sólo subyugando inteligencias, corazones, voluntades, llegan las herejías, las heterodoxias, los atrevimientos, perseguidos en un principio, á conver-

tirse en verdades respetables sostenidas por una minoría cada vez mayor, y á gozar por fin del predominio absoluto é indiscutible, como verdades de sentido común y de clavo pasado. Y sin esto son rayos de luz, á veces potentísimos, pero que se extinguen al momento, sin dejar huella. Cuando nos quejamos, verbigracia, cosa que de vez en cuando hacen los periódicos, de que ciertas laudables iniciativas de los gobernantes ó de los genios no encuentran ambiente en la masa social, la cual las recibe con indiferencia, cuando no hostilmente, ¿qué hacemos sino formular protesta porque la masa dicha no se deja domeñar, y prefiere mantenerse independiente?

Quizá en ninguna otra cosa ni relación se vea tan claramente lo que antes se dice, esto es, que la eficacia de las instituciones, fuerzas y factores sociales depende de la organización y la servidumbre borreguil, como en lo que atañe á los partidos políticos. Serán fuertes, y adquirirán preponderancia y dominio, ora dentro del gobierno, ora fuera de él, en la oposición, los que sepan conservar la disciplina. De otro modo no les hace caso nadie, si es que pueden siquiera subsistir. Pero la fuerza de los mismos, más aún que del número de afiliados, proviene de la cohesión que entre ellos exista, dependiente ante todo de la autoridad del jefe y del grado consiguiente de sujeción en que les tenga. Los partidos con jefes muy autoritarios son los más disciplinados y poderosos. No hay en ellos sino una sola voluntad, que puede mover como le plazca á los adeptos. Si alguno se rebela ó desobedece las órdenes del jefe, se le expulsa ó se le castiga de cualquier otro modo. Ocurre lo mismo que en el ejército. Y desgraciado de aquel ejército donde los soldados ó los oficiales sometidos al general en jefe pudiesen discutir las órdenes del mismo, criticarlas y negarse á cumplirlas. En el ejército, como en el partido (como en la escuela científica, como en la confesión religiosa), no puede haber más que una cabeza que guíe á las demás y les imponga, quieran ó no, su criterio. Muchos de los subordinados podrán no hallar acertadas las disposiciones y

resoluciones del jefe, y hasta podrán permitirse censurarlas *sotto voce*; á pesar de todo, tendrán que acatarlas, deponiendo su propio juicio en aras de la victoria, imposible de otra suerte. No parece posible que haya partidos, ni ejércitos, ni iglesias, sino con esta condición. En cuanto los afiliados ó alistados se sientan hombres libres, esto es, en cuanto se sientan jefes y dueños de sí mismos, y no quieran plegarse ante los mandatos ajenos sin otra consideración que porque proceden de la autoridad legítimamente establecida; en cuanto se permitan darse cuenta de la racionalidad íntima del mandato, para cumplirlo si lo estiman prudente, y no cumplirlo en el caso contrario, desde ese momento la agrupación social en que tal cosa suceda está condenada á morir, y á morir muy pronto. Aquí está el gran peligro para esos partidos contemporáneos formados á modo de una colonia de grupos políticos independientes, de procedencia y origen muy diverso, con programa propio, en que la mayor parte de los afiliados aspiran á la jefatura ó, al menos, á ejercer su acción como cabecillas sobre un coto redondo ó un puñado de amigos; partidos compuestos de retazos de otros partidos, y que pudiéramos decir que son acéfalos, porque el jefe (que á veces no lo tienen único, sino dual, ó trino, ó un directorio ó comité) no dispone de autoridad, ó la que le han conferido es efímera y condicional. Aquí está el peligro, de igual modo, para los partidos que se llaman democráticos y que pretendan realmente serlo. Tratan de unir dos cosas incompatibles. En cuanto partidos, tienen que ser autoritarios, autocráticos, rebaños de carne humana; en cuanto democráticos, han de rechazar la esclavitud bajo todas sus formas, y, por consecuencia, tienen que dejar de ser partidos. De aquí la posición singularmente difícil de los que los defienden y pertenecen á ellos. Si algún afiliado se engalla y hace de las suyas, sin atenerse al programa del partido, á las conveniencias de él, á las órdenes del jefe, los demás piden á éste «un acto de energía» para con el remiso, y le apellidan débil é inepto para el cargo cuando no lo hace así; por el

contrario, si el jefe se comporta como tal y ahoga toda rebeldía ó desobediencia, se le moteja de «insoportable», de «despótico», «antidemocrático» ó «iliberal». Advirtiendo que algo de esto tiene que pasar en todos los partidos políticos, porque todos son y quieren ser más ó menos democráticos. Si las cuestiones políticas no fuesen, como se suele decir, «materia opinable»; si tuvieran carácter dogmático, como ocurre en el orden religioso, entonces los preceptos ú órdenes del jefe ó de las asambleas de un partido tendrían derecho á exigir la obediencia y la sumisión incondicionales, por lo mismo que los dichos jefe ó asambleas hablaban en concepto de órganos de la verdad absoluta é indiscutible. Pero no siendo así; reconociendo, por el contrario, la propia falibilidad y la consiguiente equivocación posible, ¿en qué ha de poder apoyarse un jefe de partido, aun el del más reaccionario y absolutista, para exigir de sus subordinados una adhesión y una obediencia ciega á las decisiones que le plazca tomar?

Sin quitar punto ni coma, es aplicable cuanto acabamos de decir á esa potente organización política que se llama el Estado. Siempre ha venido aquí puesto el problema de conciliar la libertad con la autoridad y con el orden, sin haber podido lograrlo. Porque el orden y la autoridad, ó lo que es lo mismo el Estado, imponen esclavitud, anulación más ó menos completa de la personalidad libre del súbdito, cuya condición social expresa bien claramente la palabra con que se le nombra. Un hombre libre de verdad y de verdad independiente tiene que aborrecer al Estado, que con su organización coercitiva pone trabas por todas partes al desplegamiento libre de su personalidad. Quien dice Estado, dice por fuerza esclavitud, y la esclavitud estorba la libertad. Porque eso de que bajo la ley y con la ley es uno más libre que sobre ella y sin ella, es una tan antigua como bonita paradoja á que se aferran como á buen escudo salvador los dominadores y también muchos de los dominados que piensan salir así airosos del apuro en que se encuentran metidos. Pero las paradojas suelen encu-

brir pobreza de razonamiento; y cuando á veces se las desentraña, advierte uno lo vacío de su fondo. Son á menudo recursos ingeniosos para escapar del compromiso mental en que uno se ve, pero nada más. Y eso ocurre ahora. Las leyes políticas, como en general todas las leyes, no dan la libertad ni la favorecen: la ahogan. Las leyes representan la voluntad más ó menos arbitraria de los que mandan, y son para los sometidos á ellas la imposición de juicios ó criterios extraños á que tienen que deferir, quieran ó no, prescindiendo de su criterio propio. La ley supone para los de arriba un cálculo previsor de la futura conducta de los de abajo, y para estos últimos una regla de que no pueden impunemente separarse. Hay aquí una sustitución de la personalidad propia del súbdito por la personalidad del legislador, soberano ó autoridad. Y esta sustitución implica innegablemente ligadura y servidumbre de un lado, y preponderancia, dominación, del otro. Por eso protestan y han protestado los libertarios de todos los tiempos contra la existencia del Estado, que desean abolir para ser libres; y por eso también los mismos defensores de su existencia han querido trazar con exactitud los límites dentro de los cuales ha de contenerse su acción para no comprimir demasiadamente la libertad y la individualidad de sus miembros.

Pero sin el Estado, es decir, sin algún Estado, sea éste ó el otro, organizado de tal ó cuál manera, despótico ó liberal, ¿se podrá vivir? ¿Habrá manera de que todos los hombres hagan únicamente su voluntad, sin atender nunca las prescripciones, indicaciones ó consejos de alguna ó algunas voluntades ajenas? Esta sería la situación de anarquía completa, la total independencia de cada uno frente á los demás; total independencia, que acaso llevara consigo la ruptura de toda relación con el prójimo, porque el estar ligado con ellos, aun cuando no sea por constreñimiento autoritario, aunque sea por voluntad propia, supone obligación, miramientos, atenciones, y toda obligación arguye servidumbre. Aun proscritas las autoridades propiamente dichas y las leyes ó mandatos provinientes

de ellas, ¿quedaría proscrita la esclavitud que envuelve el Estado, quiero decir, el simple hecho de la convivencia social?

Creo que es preciso llegar más adelante todavía. Como queda dicho, cada uno es dueño de fundar una religión para su privativo uso, y aun sería el ideal que la fundase y que al morir él acabara también la existencia de su religión. Todo lo que no sea esto es carecer de libertad religiosa. Pero la mayoría de las gentes renuncian de buen grado á esta libertad que les corresponde y se constituyen en siervos voluntarios de cualquier religión ya fundada y dirigida por otros. El fundarse uno su religión supone un esfuerzo que no todo el mundo está en disposición de hacer; bien por el contrario, lo que anhela es que le presenten credos religiosos ya concluídos, para prestar su adhesión y rendirse ante el que mejor le plazca. «La religión, que la funden, sostengan y defiendan otros, se dirán las gentes allá en sus adentros; á nosotros sólo nos toca comulgar con lo que nos den sus sacerdotes y legítimos ministros. Ellos son los que deben elaborar las doctrinas y resolver las dudas; ellos, los doctores de cada iglesia, se tomarán el trabajo de pensar por nosotros, ahorrándonos esfuerzo.» Y en verdad que si no fuera así, y nadie defiriera á las enseñanzas religiosas ajenas, poquísimos individuos podrían tener religión. Hace falta, para que nadie carezca de ella y todos satisfagan la necesidad que la religión implica de explicarse en alguna forma el misterio del mundo, hace falta que haya, por decirlo así, fabricantes y comerciantes de religiones que ofrezcan á los que no la tengan un yugo religioso donde quedar aherrojados por su voluntad propia, que defiendan la pureza y la ortodoxia del alimento espiritual que suministran después á quienes no han tenido parte alguna en su elaboración, y que lo sostengan contra los ataques y la competencia de los adversarios.

Pasa lo mismo en el orden político. Si cada uno se fundara su propio Estado y se diera sus propias leyes, normas de su actividad, y se constituyera en autoridad y soberano de sí mis-

mo, podrían estar de más para él todas las leyes que otras autoridades ó soberanos externos pretendieran imponerle. Mas no es así. No es capaz el hombre de vivir sino en comunión con sus prójimos, no es capaz de vivir sin Estado; y no pudiendo todos nosotros encontrar con nuestro solo esfuerzo y nuestras solas luces el pequeño Estado dentro del que hemos de guiar voluntariamente nuestros pasos, nos encomendamos á la dirección de alguien que mantiene y rige un Estado grande, cediéndole en buena parte los fueros de nuestra personalidad libre. Los soberanos y las autoridades políticas y administrativas son como fabricantes y comerciantes de Estados que ofrecen su mercancía esclavizadora á quienes no saben pasarse sin ella. Y los compradores se creen libres para acercarse á tal expendedor de específicos políticos ó á tal otro, á este dispensador de leyes ó al de más allá; mas no piensan que puedan prescindir de todos. Sin Estado, y Estado autoritario y coactivo, que les esclavice y oprima de mil modos, no saben vivir. Todos cuantos creen necesario el Estado de que se trata, que son la gran mayoría, y cuantos creen necesario el Estado en general, ya tenga un carácter y una forma, ya otra distinta, todos piden la esclavitud humana y gritan á grito pelado: ¡vivan las cadenas!

¿No tienen mucha razón al hacerlo así? ¿Cuál hubiera sido y cuál sería hoy aún la suerte de la humanidad, si el Estado esclavizador de hombres no hubiese existido, ó si desapareciera de nuestra vista? La contestación que se dé á esta pregunta tiene que ser hipotética y aventurada. Con todo, parece que las grandes obras sociales, de que á menudo se enorgullecen los hombres y cuyo conjunto constituye la llamada civilización, no se habrían ejecutado. El Estado, con su organización absorbente y su poderosa fuerza coercitiva, ha obligado á los hombres á llevar á cabo multitud de cosas útiles para ellos mismos, que, entregados á su libre iniciativa y discreción, ni siquiera hubiese nadie pensado en realizarlas. Y si bajo el nombre de Estado se comprende no tan sólo las agru-

paciones políticas que á través de la historia han ido apareciendo, con sus gobiernos respectivos, sino toda manera de dominación é imposición coercitiva de unos hombres sobre otros, quizá quepa asegurar que nada de cuanto hay en el mundo social, ninguno de los productos que la historia ha ido almacenando y poniendo á disposición de los hombres mismos para que los utilicen y mejoren su suerte, hubiese llegado á ser un hecho sin el Estado. Notemos que, según se dice á todas horas, en la sociedad como en la naturaleza, la vida es lucha, y la lucha es incompatible con la libertad, porque supone victoria y, consiguientemente, prepotencia y sumisión. ¿No tendremos que reconocernos deudores de todo progreso y todo adelanto á la esclavitud, en vez de serlo á la libertad? Yo dudo bastante sobre esto. Siempre que en periódicos, en discursos ó de cualquiera otra manera veo que se proclama ó invoca esta última, desfilan por delante de mi espíritu estos problemas.

Yo soy muy amante de la libertad. No solamente la razono, sino que la siento, ó acaso sería más acertado decir que la siento mejor que la razono. Me subleva el ánimo toda clase de sumisión y servidumbre. Cuando leo, v. gr., lo que se hace, se dice y se escribe acerca del rey ó de cualquiera otro poderoso, me indigno y me sublevo desde lo hondo del alma, y casi me avergüenzo de ser hombre. Pero también reflexiono que puedo hallarme equivocado, que quizá vea yo las cosas muy parcialmente, y que acaso sea bueno que suceda lo que sucede y que haya en el mundo tanta doblez, tanta sumisión, tanta humillación y tanto espíritu servil como nos tropezamos por todos los lados.

P. Dorado

ESTUDIOS ARTÍSTICOS

HUMORISMO Á LA ESPAÑOLA

Es singular, solariego, modalidad artística muy nuestra, el humorismo en las letras españolas. Si tiene puntos de contacto, leves semejanzas en el carácter, nunca llega á confundirse con el *humour* de las literaturas extranjeras. Tiene el nuestro la entraña filosófica del humorismo en tudescos y sajones, y á la vez la gracia y el donaire francamente cómicos de los latinos. Es una mezcla extraña que produce un arte original, amargo en el fondo, retozón y regocijado á flor de estilo.

De las razas del Norte, nuestros literatos y nuestros pintores, antaño como hoy, parecen haber recogido la penetración intelectual, el sentido crítico, esa especie de lógica absurda con que el pensamiento ordena los más contradictorios hechos humanos, y sabe desentrañar la flaqueza, el convencionalismo de cuanto se tiene por permanentemente inmutable en la vida. Del gran pueblo latino, el más artista de todos, propenso á la idealidad y el ensueño, ha tenido en herencia legítima, por razones étnicas, la vivacidad de ingenio, la *vis cómica*, la alegría de espíritu que no sabe más que reir, y que hasta en la miseria moral de los seres halla motivos para burlar á todo evento.

En los septentrionales el humorismo es filosófico, hondamente subjetivo, mientras que entre los latinos acusa frivoli-

dad mental y es objetivo, con relieves caricaturescos y sentido satírico.

Ritcher, entre los alemanes, es su verbo. Su estética contiene todos los principios del humorismo. Ruskin ha desentrañado su carácter declarando que nace del «ideal grotesco» en el arte, mientras que Ritcher indica, por su parte, que el *humour* es lo «cómico romántico».

Se advierte en esta modalidad artística cierta exaltación, algo incoherente y desordenado á veces, como pesadilla de enfermo ó delirio de vesánico.

El arte del humorista necesita encerrar ideas. En la caricatura predomina lo grotesco, y en lo cómico todo lo francamente risible.

El humorismo es satírico, pero no la sátira misma, aunque revela algunos caracteres de ella. La sátira es grave: truena contra los vicios, y los sube á lo alto de la picota para ajusticiarlos.

¿Hay conceptos que parecen indestructibles? Pues el humorista los burla y los muestra deleznables. ¿Hay sentimientos que se reputan sólidos? Pues él descubre la facilidad con que se subvierten. Mostrados á través del humorismo, los héroes de leyenda son gañanes con osadía; los malvados en el concepto público, en virtud de convencionalismos morales fuertemente arraigados en la conciencia humana, preséntanse como hombres de corazón, verdaderos héroes, y así la santidad es egoísmo, el genio locura; todo subvertido y desvirtuado.

Ilógicos, al parecer, los humoristas muestran una lógica implacable; violadores de las leyes preestablecidas, prodúcense como si las acataran. Sobre las más firmes creencias, como sobre los más hondos sentimientos, hacen caer su risa, que es al mismo tiempo una mueca de asco y un mohín de desdén.

El humorismo á la española es cruel, desoladamente doloroso en el fondo, aun cuando haya acertado á reir. Responde con acierto á la psicología nacional, al carácter de nuestro pueblo que engaña las tristezas íntimas, el dolor corrosivo que

lleva dentro, riendo y cantando, cantando, con música que parece llorar con grito doliente, coplas tristes henchidas de pasión, canciones de sangre y muerte.

A través de los siglos España mantiene ese carácter extraño. El espíritu nacional puede rastrearse cumplidamente, no á lo largo de la Historia muerta, centón de hechos cronológicos que sólo dan idea de nuestras venturas y desventuras, andanzas y malandanzas en el curso de los grandes acontecimientos humanos en que, allende las centurias, tomamos parte. El alma española, la fisonomía permanente de nuestro pueblo, se debe buscar en la historia viva, por dentro, en el vivir mismo de la raza, que el arte ha perpetuado en la novela, en el teatro, en la pintura. En punto á psicología nacional, por impulso atávico, aún permanecen en pie caracteres indestructibles, que si el tiempo ha disfrazado, en el fondo sostienen todavía la índole espiritual singularísima.

«España—ha dicho Villete—no es ya el país de los moros, pero es aún el país de la muerte.»

Los hombres que ayer corrieron la tierra en son de conquista guerrera, ávidos de sangre, soldados á sueldo, contentos con los espectáculos de muerte, la espantosa carnicería humana sobre los campos de batalla y entre las ruinas humeantes de las ciudades, cuyos muros se toman por asalto y se entran á saco para después de recogido el botín incendiarlas, que fueron con Gonzalo de Córdoba á Italia, con Alba á Flandes y con Cortés á América, han dejado en herencia el viejo espíritu sádico á los hombres de hoy, los que Merimée ha visto contemplando los ajusticiamientos; los salteadores de caminos, trabuco al brazo, de que habla Gautier; los penitentes con el recio madero de la cruz al hombro, que desuella la piel, y los pies descalzos y sangrando, que ha pintado Verhaeren; los que se emborrachan con el olor de la pólvora, presintiendo muertes trágicas, y que en tierras levantinas han entusiasmado á Lorrain.

La vieja nota macabra, que también caracteriza el alma

española, la que hizo pintar cadáveres al pincel de Valdés Leal, se da todavía en la realidad de nuestro vivir nacional.

La psicología del pueblo español no se ha modificado en el curso de los años, ni merced á las graves contingencias históricas por que la raza y el solar han ido pasando. Si algo se ha transformado, ha sido lo que alguien ha llamado «el color de los siglos». Nuestras costumbres actuales responden á un sentido atávico. Salvo el traje, el español de hoy se parece espiritualmente á sus remotos y á los más cercanos antepasados. Si no viste jubón ni gasta chambergo, como los españoles de antaño, allá por la décimasexta centuria, conserva el aire hidalgo, el punto de honra, el ímpetu fanfarronesco y de pendencia, y sobre todo el mismo sentido de vivir. Sigue devoto de los lances de amor y fortuna; si no conserva el ingenio de los pícaros, resiéntese de las hambres del antiguo hampón. Lo mismo que ayer iba á recoger la sopa boba á la puerta de los conventos, con desgana de trabajo, ansioso de holgar, va hoy, pedigüeño y mendicante, á rebañar las sobras del rancho cuartelero.

Los tipos no han perdido ni su catadura moral ni su continente airoso.

«Conocemos la vida de aquel siglo (xv)—escribe Picón—por los viajes de los extranjeros, que solían exagerar ó mentir; por los documentos de los archivos, que hablan con seca y desabrida elocuencia; por el teatro, en que la imaginación es señora; por la novela picaresca, que sólo resucita tipos de una clase social; por los escritores que, siempre con sentido especialmente devoto, se complacían en censurar las costumbres, describiéndolas de paso; pero los pinceles, tercos en esquivar toda representación de cosa vulgar y profana, nos dejaron poquísimos datos referentes á la manera de vivir, los trabajos, oficios, diversiones, casas, habitaciones, muebles y ropas de aquellos caballeros y soldados, clérigos y estudiantes, mercaderes y mendigos, damas y aventureras, cómicos y beatas, dueñas y criadas, cuyo abigarrado conjunto conocemos sólo

moralmente, gracias á Cervantes y Quevedo, Tirso y Lope, Zabaleta y Salas Barbadillo, porque los pintores, limitados á la representación convencional de lo sagrado, despreciaban lo profano.»

Pues bien: en el arte de nuestros grandes novelistas y pintores, allende los siglos, surge rediviva la España vieja, con la costra de sus miserias y el largo quejido de su hambre no satisfecha. Allí ha quedado la psicología de un pueblo envilecido y se siente el áspero crujir de una nación con grandezas de bambolla que se resquebraja, se grietea, en rápida decadencia.

El humorismo de nuestros artistas pinta el estado de alma nacional, doliente en el fondo, donosa y chispeante al exterior. Parece la voz de un pueblo envilecido, que al sol se rasca la lepra, como Job en el estercolero, y divierte las hambres y entretiene las comezones morales del deshonor en que ha caído, aventando las miserias, manteándolas con regocijo ante el público, como hicieron los arrieros con Sancho en el corral de la venta.

No hay más que fijarse en nuestro teatro clásico. Damas y galanes pasan por él solazándose con metafísicas amorosas, con sutilezas y discreteos. No hay en ellos verdadero brío espiritual, pasión.

Cierto que alguna vez los caballeros desenvainan la tizona y riñen en duelos á muerte. ¿Por qué? Nunca por un instintivo impulso que los obliga á afianzar su personalidad en la vida. Siempre los arrastra un vacuo concepto moral, el imperativo del honor, el «punto de honra», convencionalismo á la española, bien arraigado en la conciencia pública.

En torno á estos personajes de altura, hidalgos y ricashembras, anda la turbamulta villanesca, gente de ínfima condición social y moral, dueñas entrometidas, rodrigones de mala catadura, zafios que divierten con su imbecilidad pintoresca en oficio casi de bufones cortesanos, y truhanes que ponen sus servicios á sueldo y sus malas artes las saben hacer valer.

Cuando en el teatro clásico se va á buscar un sentido sano, algo de fuerza moral, es necesario buscarlo en los humildes, entre los villanos, en el corazón del pueblo. Y aun allí, ante el ambiente de corrupción y de violencias, se ve cómo las muchedumbres se amparan también en la violencia para restablecer el derecho perturbado. *Pedro Crespo*, alcalde de Zalamea, castiga su afrenta, cuando por los medios lícitos no puede dejar á salvo el honor de su hija burlada, mandando ahorcar al galán arisco. Las turbas, expoliadas por el corregidor en Fuenteovejuna, se conjuran con ferocidad homicida y asaltan el palacio y matan.

A secreto agravio corresponde secreta venganza; á la violencia se responde con la violencia. En todos se advierte el mismo espíritu de crueldad. La moral individual y la colectiva entrañan igual sentido.

Pero todavía en el teatro el fértil ingenio español hace obra de creación, trata de robustecer los caracteres trazándolos recios, con temple, como si por estos medios artísticos intentase intensificar el espíritu nacional. Con extravío ético, con perniciosa tendencia social, ó tal vez sin nada de esto, según el criterio que se quiera aplicar, es lo cierto que ni en la comedia ni en el drama, en nuestro teatro clásico, se acusa el humorismo corrosivo en que son maestros los novelistas y los poetas satíricos.

La psicología española está íntegra en la novela picaresca. Nuestro humorismo ha dado en ella la nota tragicómica, que es su característica. Saca á la superficie, para airearla entre burlas y sarcasmos, la basura social, el légamo infecto que se esconde bajo el pintoresco colorismo del vivir nacional.

Los pícaros del hampa, que encantan con sus aventuras en que el ingenio se pone al servicio del hambre, dejan una huella de amarga ironía tras de sus pasos. En las historias de estas vidas de pícaros, ¿qué se ve? Al pronto gente maleante, cuyas hazañas, más que á piedad, mueven á regocijo. Se sabe que padecen, pero ellos triunfan siempre á fuerza de agudeza

mental, de toda clase de quebrantos. Son, á su modo, triunfadores. Cierto que tras el éxito en un empeño, de nuevo otra desgracia mayor les sale al paso. Así van, á saltos, por la vida. Si son almas doloridas, que lo son, nunca se quejan ni se rebelan contra la inexorabilidad de sus tristes destinos. Se acoplan á las eventualidades de la existencia; viven al día.

Las desventuras de estos hampones divierten el ánimo. Cuando más en apurados trances se les ve, más nos regocijan.

Componen la hez social, pero son algo más alto, algo representativo. El alma popular española da á estos tipos el ingenio, la acometividad, la resignada mansedumbre. El hambre nacional ellos lo encarnan admirablemente. No son una clase; son todo un pueblo.

Así decía Ganivet: «en aquella época de ventura en que nos venía «oro de América», España fué simbolizada por un paisano nuestro, Hurtado de Mendoza, en dos tipos sorprendentes del *Lazarillo de Tormes:* el lazarillo es la mendicidad plebeya y desvergonzada; y aquel hidalgo que se enorgullece del fino temple de su espada y de sus solares imaginados, que sueña grandezas y se nutre—como en broma—de los mendrugos que recoge su criado, es la noble mendicidad».

Bien se advierte, desglosando el carácter de esta creación novelesca, un fondo amargo bajo la aparente frivolidad de las aventuras que narra.

Refleja la descomposición social de un pueblo que, caído en bajunas miserias, no siente alientos para levantarse y vivir con grandeza.

El humorismo, en este punto, llega á una agresividad sangrienta. Espolea, tras las risas, las cavilaciones dolorosas y crueles. En la envoltura de esos pícaros está íntegra el alma española. ¿Qué pueblo puede ser el que saca de su propio seno seres tan envilecidos, sangre suya, carne de su carne? Son todos de pésima catadura moral, de ínfima laya. Buscones, galeotes, rufianes, fregonas, mozas del partido, ladrones, donados habladores, escuderos, lazarillos, racionistas, clérigos, dó-

mines, dueñas, rufos, cuadrilleros; todos hampones, todos pícaros.

Aunque respondan á distintos nombres, ya se llamen Guzmán de Alfarache, Ginés de Pasamonte, Marcos de Obregón, Rinconete, el buscón Pablos, el dómine Cabra, son de idéntica complexión moral. Roban, engañan, cometen toda clase de desafueros. Búrlanse de las leyes, de los principios éticos, de los convencionalismos sociales.

El humorismo de nuestros novelistas, tocados de cierto desencanto amargo, complácese en pintar estos tipos patológicos, desechos humanos. Hurtado de Mendoza, Espinel, Mateo Alemán, Quevedo y otros más, como que desahogan el llanto riendo. En vez de empeñarse con acometividad colérica en descargar latigazos contra el ambiente social en que vivieron, asoman al arte literario estos cuantos rostros de pícaros, con un bello gesto irónico para que hagan reir, despertando en los ánimos una triste jovialidad. Para ser en su humorismo más crueles, los seres que nos pintan ni siquiera un momento mueven á piedad. Nos regocijan sus aventuras, pero no compadecemos sus desventuras.

Quien más alto raya en punto á humorismo es Cervantes. Sin duda es el primer humorista en la literatura universal, aun contando á Shakespeare. Quizá no tan filósofo como el dramaturgo británico en *Hamlet*, es más comprensivo, de más amplia visión humana, la creación recia del ingenioso hidalgo de la Mancha, tocado de locura, empeñado en realizar un ideal imposible.

Cervantes, al crear la figura de *Don Quijote*, «vió cuanto en su tiempo era posible ver de la vida particular y general de un pueblo, y cuanto de la vida universal y eterna saben ver tan sólo los genios como él».

Si fué el propósito único del escritor burlar los libros de caballerías, hizo á la vez un libro de ironía española. Responde el espíritu quijotesco á la psicología de nuestro pueblo. Andantes caballerías eran entonces, y lo fueron siempre, nuestros empe-

ños de conquista, el ardoroso ímpetu de una nación de aventureros y soldados que soñaron sojuzgar la tierra, para, después de inverosímiles hazañas, ver cómo era una verdad dolorosa la cáustica frase de Quevedo. España, como los hoyos, era más grande cuanto más tierra se la quitaba.

Al espíritu español de entonces, entregado á los azares de conquista, pueden muy bien aplicarse las palabras de Barrés: «Por exceso de amor á la vida, Don Quijote camina hasta la muerte».

Un desencanto penoso surge de entre las páginas de la novela inmortal.

Don Quijote y Sancho son, á la vez, dos símbolos y dos individualidades humanas. Como en la vida lo ideal y lo real se entremezclan, así el caballero sin par y el zafio escudero llegan á compenetrar sus espíritus. La vida, siempre ilógica, nos muestra muchos casos paradoxales. La ley del contraste es eterna en la existencia de los hombres. Al lado de los mejores pensamientos van siempre las más ruines pasiones; de la mano andan por el mundo la alteza de ideales y las bajas miserias. Todo altruísmo encuentra por escudero un desencanto.

El humorismo un tanto pesimista de Cervantes ha empapado su libro con el sabor de esta implacable ironía sobre la frágil consistencia de los más altos designios humanos. La vida es una cruel antítesis, permanente é inexorable. La pluma del manco insigne la encarnó en seres vivos, en hombres de carne y hueso, para mejor hacérnosla sentir y perpetuamente, con cierta tristeza desconsolada, hacérnosla recordar. *Don Quijote* y *Sancho* se complementan.

«Cada rasgo del carácter y de la persona del uno—escribe Heine—corresponde á un rasgo opuesto y, no obstante, homogéneo del otro. Cada detalle tiene su significación parodiada. Y hasta entre Rocinante y el rucio reina el mismo irónico paralelismo que entre el escudero y su amo, y también muchos animales son, hasta cierto punto, simbólicos portadores de las mismas ideas. Lo mismo que en su modo de pensar, manifies-

tan amo y criado en su lenguaje las más notables antítesis.»

Las andanzas y desventuras del ingenioso hidalgo dejan en nuestro ánimo un sedimento extraño de simpatía y tristeza. No sabemos si reir sus locuras ó compadecer sus infortunios. Cuando el caballero manchego sale por la puerta del corral, cabalgando en su rocín, con las armas viejas vestido, su talante nos mueve á burla. Presentimos los descalabros que le esperan al rodar por ventas y caminos. Para satisfacer agravios y castigar sinrazones, alto ideal de justicia humana, desde luego comprendemos que es poco el valor de su brazo y lo frágil de su lanza. Por eso le compadecemos. No obstante, en el fondo de nuestro corazón sentimos cierta magnífica admiración por aquel héroe, todo fantasía y denuedo. Lo que no alcanzará, pensamos, la mohosa espada, quizás lo realice el ímpetu generoso que lleva en el alma. Bien pronto la realidad, con sus amargas lecciones, nos deja el primer desencanto con la primera aventura, fatal para el valeroso hidalgo.

Si Cervantes sólo se propuso hacer reir, es lo cierto que consiguió también hacer lastimar de misericordia. En esa extraña paradoja artística estriba toda la fuerza de su humorismo. Bien la ha estudiado Paul de Saint-Victor. «Si *Don Quijote* no fuera más que una caricatura, no hubiera encarnado tanto en la simpatía de la humanidad. La imaginación humana es en el fondo triste y seria. De los seres ficticios, sólo admite en su intimidad á los que le conmueven ó á los que le ennoblecen. Los bufones que tienen genio son con frecuencia favoritos suyos; como los reyes de la Edad Media, les permite toda clase de licencias, y su compañía le complace; pero aunque son sus favoritos, jamás llegan á ser sus amigos. La alegría que inspiran está mezclada de desprecio; alegran el espíritu, pero el corazón permanece cerrado para ellos... Lo contrario sucede con Don Quijote: nos conmueve distrayéndonos; se hace respetar haciéndonos reir, y los burlones más endurecidos comparten secretamente sus infortunios.»

Y luego, más adelante, añade el mismo crítico: «La cre-

ciente simpatía que inspira Don Quijote redobla la compasión que excitan las mixtificaciones que le hacen sufrir; los muleteros que le apalean están en su derecho porque él los ataca; pero los grandes señores que se burlan de él con el objeto de divertirse, sublevan el corazón. Esa plebe vestida de seda está por debajo de la canalla andrajosa. Causa indignación verle enjaulado, como animal que se enseña en feria, por un cura pedante y un barbero bufón. Causan desprecio el duque y la duquesa, hipócritas que lo llevan al castillo para entregarlo á las risas de las dueñas, á las malicias de las doncellas y á las burlas de los lacayos. La parte más dolorosa del libro es aquella en que Don Quijote sirve de juguete á unos hidalguillos de provincia que le sacan á escena como á un *gracioso*.»

El humorismo á la española, que en la obra genial de Cervantes tiene su más alta representación, entraña un dejo de piedad que no se encuentra en ninguna otra literatura extranjera.

Los mismos pícaros, que tanto nos divierten, nos obligan también á consolarnos misericordiosamente de sus desdichas. Son ladrones, forzados al oficio. La vida no les ha enseñado otros caminos que el hurto para poder vivir. Su maligna condición la adquieren en el trato social y en el comercio diario de la existencia. En otro medio sus cualidades morales se desarrollarían bajo una recia disciplina de virtud. Hampones, sin poder redimir la suerte adversa, profesan como pícaros.

El buscón Pablos dice: «tuve siempre pensamientos de caballero». Luego, forzado á hampar, hijo de ladrón y hechicera, forma firme resolución de vivir, sea como sea. Y entonces añade: «vine á resolverme de ser bellaco entre los bellacos y más, si pudiera, que todos».

Casi idénticas, por lo menos en su sentido, son las palabras de Alfarache: «bueno es tener padre, bueno es tener madre, pero el comer todo lo tapa».

Estas vidas desquiciadas, que por virtud de las circunstancias adquieren un curso curvilíneo, mueven á lástima sincera y necesariamente son compadecidas.

Piedades pide la triste y maltrecha figura del ingenioso hidalgo. Su vida de acción, que tantas desventuras amargan, es la que compadecemos. Su muerte tranquila, término de su locura magnífica, nos lastima de piedad sólo porque vuelve á la razón. Cuando recobra el juicio, en ese instante mismo, ya ha muerto. Es que se ha extinguido su espíritu; es que ya ha cesado su sed de ideal, «eterna sed de la sed», que llamó Goethe, y la vulgaridad del vivir ha vuelto á imponerse, borrando la estela espiritualista que anhelantes hemos seguido á través de aventuras y quebrantos, poesía de la vida, ensueño de un alma.

Por este sentido de honda piedad humana, el humorismo de Cervantes tiene cierta superioridad espiritual sobre el humorismo de Shakespeare.

No compadecemos la desgracia que súbita sobreviene al viejo *Falstaff*. Este caballero rechoncho, cínico epicúreo, que se burla de todo lo serio y solamente procura goces materiales, á veces nos es repulsivo, y siempre consideramos justas sus desventuras. Por el contrario, Don Quijote, burlado y apaleado por los galeotes, á quienes salva en un arranque de generosa caridad y movido su ánimo por un alto sentido de justicia, con nuestra condolición arrastra en su desdicha todas nuestras simpatías.

Amargas son las palabras con que Otelo, viendo sus ilusiones de amor truncadas, se despide de los bellos recuerdos pasados, alegría y esplendor de su vida: «¡Por siempre adiós—exclama—á las tropas empenachadas, á las grandes guerras que hacen de la ambición una virtud! ¡Adiós al corcel que relincha y á la estridente trompeta! ¡Adiós á la bandera, á la belleza, al orgullo, á la pompa y al atractivo de la gloriosa guerra!»

Mas *Otelo* obra movido por una pasión mezquina; su dolor es individual, personalísimo.

Las palabras de Don Quijote á la hora última, desencantado, á quien acosa aún la burla de los que le acompañan, al

intentar reanimarlo todavía despertando en su espíritu la ilusión de las locuras caballerescas, la sed de ideal, ímpetu único de toda su vida, dejan una impresión suavemente dolorosa, el dejo de una ironía triste. En el fondo, este desencanto es más trágico que el de *Fausto*.

Cierran los labios del ingenioso hidalgo, cerrando á la vez su vida, estas sencillas palabras admirables: «En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño; yo fuí loco, y ya soy cuerdo. Ya no soy Don Quijote, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno».

El humorismo de Cervantes en Don Quijote es bien distinto del de Shakespeare en *Hamlet*.

El príncipe dinamarqués, sombrío de espíritu bajo las negras vestiduras, vacilante, rebosando dolor íntimo y misantropía, escupiendo á los hombres burlas crueles con un tono de ironía sangrante, nos sorprende, nos desconcierta, lleva hasta nuestros huesos la sensación de un escalofrío trágico.

¿Qué lleva dentro? «La esperanza fallida, el sentimiento amargo, el amor en suspenso y no extinguido».

El hidalgo manchego, por el contrario, tenaz en sus propósitos altruístas, aun armado caballero con sus viejos y ridículos arreos, pone siempre su esfuerzo al servicio de los humildes, y sus palabras alivian los sinsabores ajenos.

Nunca se burla; ni un instante duda de la grandeza de sus destinos en la tierra. Lleva dentro un aliento de idealidad, una confianza ciega en la virtualidad del empeño justo que realiza en sus empresas andariegas.

«Don Quijote—dice Turgueneff—está todo él impregnado del amor del ideal; y para conseguir este ideal está pronto á arrostrar todas las privaciones, las humillaciones todas; á sacrificar su existencia, que, por otra parte, sólo tiene para él un mérito: el de ser el vehículo que le permite perseguir el ideal, apropiárselo y hacer triunfar la verdad y la justicia en la tierra. A Don Quijote le habría parecido indigno vivir para sí, cuidar de su persona. Vivió todo entero fuera de él, para

los demás». Y luego añade: «Hamlet, que de todo duda, no se compadece de sí; su espíritu es demasiado sutil para poder contentarse con lo que en sí halla; reconoce su debilidad y se complace en flagelarse, y exagera sus faltas; se estudia sin cesar; penetra constantemente en su alma; conoce sus debilidades hasta en sus más mínimos detalles, y las desprecia y se desprecia, y á la par vive y se alimenta de este desprecio. Y es que toda conciencia de sí mismo es una fuerza: de ahí la ironía de Hamlet, que forma tan marcado contraste con la ardiente fe de Don Quijote».

Creación también del humorismo á la española, acentuando la nota macabra, es la figura de Don Juan, el burlador de Sevilla. Como *Hamlet*, va al cementerio. Pero el sarcasmo en ellos es distinto al burlar con ironía el eterno respeto á la muerte. Mientras el desventurado príncipe, con la calavera de Yorick en las manos, interroga el enigma de la existencia y cavila sobre la vanidad de las grandezas humanas, proyectando en sus frases la incertidumbre de su espíritu, Don Juan, más osado, con cierto escéptico humorismo reta á los muertos y los convida á su mesa. Y Mañara (el mismo espíritu del burlador sevillano) asiste impávido á sus propias exequias.

En las aventuras macabras de este tipo, el humorismo á la española agudiza su sentido cruel, ese sabor extraño que produce en el ánimo una impresión deprimente.

Con igual sentido humorístico que los novelistas y poetas, producen los pintores. El arte español se halla siempre empapado de cierta ironía mansa, más bien triste que alegre, tocada de una compasión amable. Todos los artistas utilizan, como elemento estético, la necesidad del dolor. A la naturaleza y á la vida le piden su sabor amargo para impregnar las páginas literarias y los lienzos pictóricos. Bien que procuran hacerlo menos cruel, sin quitarle su oculta acción corrosiva.

Y siempre, como característica invariable, un fondo de simpatía humana, un gallardo movimiento de piedad.

En las creaciones humorísticas de Velázquez se advierte el

mismo regocijo amargo, la triste jovialidad de la novela picaresca. Parecen corresponderse, y se corresponden ciertamente, porque unas y otra están empapadas de espíritu español, responden á la índole de la raza, reflejada con exactitud en el arte, y á una expresión de la psicología nacional. Bien se ha dicho que la amarga ironía de Velázquez es el último gesto bello de la raza.

En los hampones de Hurtado de Mendoza se compendia la decadencia material del pueblo español; en los rostros de los bufones de Velázquez está encarnada al vivo la postración espiritual de una raza en ruinas.

En los cuadros de Velázquez se ve el desfile doloroso de un rebaño de seres, degenerados de cuerpo, enfermos de alma. Son casos patológicos, y al mismo tiempo de una psicología tan cruel, que espanta. «Son hombres que dan ganas de llorar después de haber hecho reir.»

En esa extraña cualidad estriba el humorismo del gran pintor.

Burla donosamente las más altas representaciones en la vieja mitología pagana. El antropomorfismo helénico convirtió los hombres en dioses. Eran estos héroes símbolos de virtudes y de grandezas humanas. Fueron durante siglos creencia á cuya devoción estuvo un pueblo. Al rodar el tiempo, esos antiguos dioses cayeron. Ningún ideal ni creencia alguna permanecen firmes en el pensamiento de los hombres.

Bajo el pincel de Velázquez, tocado de un humorismo demoledor aunque sugestivamente amable, los héroes mitológicos que el Renacimiento hace revivir en el arte, surgen caricaturescos, con talante innoble y con espíritu grosero. Son grotescos, y hasta repulsivos. Marte, símbolo de la guerra, lo representa un soldado con facha atrabiliaria y aspecto de gañán fornido. Baco es un borracho vulgarote, un tipo clínico, que se destaca por el gesto de estúpida alegría que hay en su rostro entre los ganapanes que le hacen compañía.

Allí está Esopo el fabulista envolviendo en harapos sus

carnes, como si representase la pobreza de la moral que predicara, la inutilidad de todo sentido ético en la vida. Encarna la burla más sangrienta, el humorismo más revolucionario.

También está Menipo con los libros en revuelto desorden á los pies. En la malignidad de su mirada se advierte el desdén que hace de toda humana sabiduría. En sus ojos transparenta todo el fondo cínico de su espíritu.

Pero la nota más pesimista y al mismo tiempo más piadosa de su humorismo á la española la da Velázquez en sus retratos de enanos y bufones. Para mayor escarnio, los viste con trajes deslumbrantes y con pomposos arreos. Es la suprema ironía que quiere encubrir las miserias con livianos y sarcásticos esplendores.

Estos pobres seres, castigados por la Naturaleza ó forzados por la vida, conmueven á la par que hacen reir. Al tratarlos, cuando su compañía buscamos nada más que unos momentos, nos regocijan largamente, y á la postre acaban por interesarnos el corazón.

Es una nota amarga la presencia de la enana Marifarbola y del enanillo Pertusato entre las meninas y en medio del esplendor de la realeza.

Todos los bufones que pintó Velázquez, enanos, gibosos, bobos, cuando desfilan ante nuestros ojos dejan una huella en nuestra alma de misericordia infinita. Al enano patizambo y barbudo le viste coleto y valona flamenca para más realce dar á su dolorosa catadura de imbécil. Contrasta la tristeza que refleja la cara del bobo de Coria con la alegría del niño de Vallecas. Pablillos de Valladolid tiene toda la socarrona malignidad de un pícaro, así como también Don Juan de Austria, al aire el gallardo sombrero de plumas. De iguales traza y continente es D. Antonio el inglés.

Al llegar á Goya el humorismo á la española es más complejo. Se reviste en unas ocasiones de intencionalidad satírica, de cierto sentido festivamente epigramático; á veces se presenta filosófico, con un aire de macabrismo artístico, con un

fondo dolientemente elegíaco. En el arte de Goya, al trazar los *Caprichos* y *Los desastres de la guerra*, como dice Gautier, hay «una mezcla de realismo y de fantasías característica de su manera».

No parece el mismo artista que pintara majas y chisperos en cuadros populares saturados de alegría y rebosantes de luz.

En las aguas-fuertes el genio de Goya acentúa la nota de una ironía despiadada. Parecen las figuras y las escenas que pinta sueño horroroso de pesadilla. Una fantasía extraña, superior á la de Hoffman, inventa seres extraños y reproduce «horribles muecas de todas las ilusiones de la vida».

Tiene una visión espantosa de las luchas humanas y del misterio de los espíritus.

Cuando hace crítica social su lápiz es cáustico, rudamente acerbo. Traza entonces figuras de frailes bebedores y de nobles envilecidos. En este punto su sátira es despellejante, pero no molesta con sensaciones deprimentes el ánimo.

Mas, cuando su fantasía se lanza desbocada, cuando crea monstruosas figuras y escenas trágicas, hace encoger el corazón y crispar los nervios.

Acierta á encontrar las grandes síntesis. En una sola página traza todo el panorama de una vida que remata con la más cruel de las ironías. Aquella vieja que pide limosna á su propia hija, enriquecida por caminos que no son de virtud, y que la desconoce, es un sarcasmo hecho carne y miseria moral. Duele más que la historia triste del pobre *Rip-Rip* de Irving. Con una sola escena nos da Goya una visión repulsiva y al mismo tiempo triste de la vida. Hogarth necesitó reproducir varias escenas para señalar el curso de una vida dolorosa.

Para más acentuar este carácter extraño de sus fantásticas creaciones, Goya pinta á los hombres con cabezas de animales. Las transformaciones humanas con que nos ha regocijado la musa de Apuleyo, en el pintor español vuelven á servir de elemento artístico.

Cautivan con plácida jovialidad en los cuadros de Teniers,

desenfadadamente humorísticos, con alegría retozona y sana, aquellos grupos de animales que remedan acciones y hábitos de hombres. Mas en Goya estas fantasías son sangrantes, incisivas, crueles. Cabezas de asno que se destacan sobre vestiduras humanas, aves siniestras, buhos y murciélagos, que tienen una representación cáusticamente intencionada, sirven para trazar grotescas caricaturas.

Lleva Goya más allá aún la nota trágica y macabra de su humorismo.

Pinta tablados para autos de fe, calabozos que ilumina con triste claridad la linterna que cuelga del techo, y en el paisaje da la sensación escalofriante del campo desolado, al fondo olvidada la noria, grave el campanario de la ermita, y un árbol solitario en medio del silencio del aire.

Surgen condenados á muerte, con la hopa vestida, enmarañado el cabello, espantados los ojos; otros en el garrote, atadas las muñecas, desnudos los pies, y cuerpos de ahorcados que parecen moverse con siniestro vaivén colgando de la cuerda fatídica.

Al pintar los cuadros del hambre, amontona harapos, destaca rostros escuálidos, á cuyos ojos asoma la muerte. Pasan los grupos de hambrientos, feroces, trágicos, con aliento desesperado, y rechinan las ruedas del carro de los muertos repleto de cadáveres, mientras que á los lejos parece redoblarse el ronco aullar de los perros.

Los desastres de la guerra nos dan una visión escalofriante. Cabezas separadas del tronco, brutalmente cercenadas; vientres abiertos mostrando repulsivamente las entrañas; cuerpos desnudos con las carnes en descomposición, asustan los ojos y el ánimo.

Mujeres desgreñadas, hombres heridos en cuyas uñas rojea la sangre; muchedumbres rabiosas, con cóleras homicidas, que arrastran cadáveres y los golpean con despiadada ferocidad, son figuras y grupos que entonan escenas de horror y cuadros de una crueldad macabra.

Nada de un humorismo tan extraño y tan intensamente filosófico como la creación artística en que Goya volcó todo el fondo pesimista de su espíritu. Lleva una sensación de frío á lo más íntimo de nuestro sér aquel espectro que saca medio cuerpo fuera de la sepultura, la boca podrida, negro el hueco de las cuencas vacías en la calavera, y que con la mano descarnada traza en un papel la palabra *Nada*, como si esta noticia la trajera del otro mundo. Ante el misterio de ultratumba, *Hamlet*, al morir, decía cavilando melancólicamente: «después, silencio». La figura evocada por Goya nos da el desencanto supremo: *Nada*.

En Goya, el humorismo á la española pierde su nota de piedad. Es agrio, corrosivo, disolvente.

En las letras, andando el tiempo, todavía se resiente de cierta agresividad misantrópica en la ironía amarga de *Fígaro*. Todavía acertó á ser amablemente piadoso en la lírica de Campoamor, que sin acritud burló las espirituales ridiculeces y la inestabilidad de los sentimientos humanos; y á la hora presente tiene su más graciosa sonrisa, entre compasiva y mordaz, en el arte novelesco de Galdós.

Se desenvuelve y vive con igual sentido, á través del tiempo y á lo largo de todas las evoluciones del arte, el humorismo á la española. Su espíritu permanece inalterable. Por no querer llorar, se ha esforzado en reir. Su jovialidad está empapada de dolor, y hay en sus sarcasmos sabor á lágrimas.

ÁNGEL GUERRA

DE LA ALHAMBRA

NOTAS DE ACTUALIDAD REFERENTES AL PALACIO DE LOS AL-AHMARES

Tan grande y de tal naturaleza es el encanto de lo misterioso, que, sin resistencia posible, atrae y fascina; y todo lo que á nuestros ojos ó á nuestro espíritu aparece rodeado de aquella especie de irresistible aureola, se agiganta, se transforma y se embellece, envuelto por la fantasía en tenues gasas transparentes y perfumados vapores de mágico ensueño, hablando así con singular halago á los sentidos. Tal ocurre con la vida íntima de los pueblos orientales, y especialmente con los mahometanos, y tal con las reliquias que de estos últimos subsisten en España.

Perdida la memoria de ciertos aspectos sensuales, acres y repulsivos, que obscurecerían y mancharían desde luego la de aquella cultura, esplendorosa en ocasiones,—sólo es recordado con deleite el cuadro pintoresco, vivo y por extremo simpático, trazado á la continua por nuestro bello romancero morisco; por esto, pues, ante las ruinas ó los restos de una vivienda *mora*, anímase la fantasía, y crea tipos, aventuras y acontecimientos tan conformes con nuestros apetitos como con nuestras ilusiones, creyendo ser verdad cuanto se forja.

La mujer, el hada del hogar, objeto de las ansias, de las pasiones y de las galanterías del hombre en todos tiempos, en primer término aparece siempre en tales y tan agradables quimeras. Ya morena, de ojos negros, brillantes, rasgados, soñadores y llenos de promesas deliciosas; ya blanca, de azules ojos, dulce y profundo mirar que trastorna y enloquece; meji-

llas de rosado terciopelo; cutis fino y transparente; labios frescos, jugosos, rojos cual la flor del granado, é incitantes y provocativos; dientes menudos, blancos como sartal de perlas escogidas, como la flor del azahar, como la nieve misma; aliento perfumado como las auras tibias de los jardines en el Paraíso; cabello negro ó rubio, luengo y bien trenzado; sonrisa hechicera, que mueve las fibras del corazón y las excita; acento armonioso y cristalino, como el cántico de los ángeles, como el murmullo de la fuente; movimientos llenos de voluptuosidad y de gracia; garganta torneada, en que duermen los gorjeos musicales del ruiseñor y el colorín pintado; senos altos, turgentes y movidos al rítmico compás de la respiración amorosa; brazos hechos á torno; manos delicadas y pequeñas como las de un niño; caderas anchas y redondas; talle flexible y cimbreante; pies delicados, blandos y delicados...

De todas suertes cautiva el ánimo varonil y lo subyuga. Lo mismo envuelta en los pliegues flotantes y anchurosos del blanco velo que contorna su figura, con el rostro oculto por incitante *alharime*, según las leyes religiosas, pero dejando ardientes resplandecer los ojos,—en los cuales parece reconcentrada la vida,—que tocada graciosamente, la crencha de sus cabellos entretejida con aljófares y medallas; pendientes de las orejas costosas arracadas de oro y piedras preciosas; la ebúrnea garganta ornada por filigranado collar con esmaltes y labores peregrinas, mientras descansan los colgantes sobre el nacimiento del seno, el cual desborda exuberante por entre rizadas gasas; sujeto sobre ellas con un broche de valor el corto cuerpecillo de recamada seda; ceñida la cintura por ancha faja de vivos matices, que hace resaltar las líneas armoniosas de las caderas, y sobre la cual asoman los bullones de la camisa, de blanco lino ó de seda transparente; desnudos los brazos y aprisionados por los anchos aros de oro filigranado cerca de los hombros y en las muñecas; anchos zaragüelles blancos, recamados de oro y plata, cerrados en la garganta del pie por áureas ajorcas, y con bordadas chinelas, por último, donde,

como en primoroso y breve estuche, se ocultan los pies inquietos y juguetones.

Visión tan adorable esclarecerá con los rayos de su hermosura las ruinas de lo que pudo ser su vivienda, según la fantasía, y derramará la copa inagotable de soñados deleites sobre aquellos restos informes; todo resplandecerá á su mágica evocación, como resplandecen los cielos al aparecer la aurora, y cobrará animación y vida, y se poblará de rumores y de encantos inefables y maravillosos, que sólo tienen realidad en la mente del novelador y del poeta.

No otra cosa acontece con muchos de los que hablan del suntuoso Palacio de los Al-Ahmares en la Alhambra. Al visitar aquel monumento, recorrer una por una sus estancias y contemplar los prodigios decorativos que esmaltan así las galerías del *Patio de los Arrayanes*, como la destruída *Sala de la Barca*, la incomparable *Torre de Comarex*, el *Patio de la Mezquita* ó *de Machuca*, donde se conserva la labor más delicada y bella de todo el Palacio; los demás aposentos de éste, el primero de los cuerpos de construcción en que se hallaba dividido, según ha llegado la que fué *Casa Real* á nuestros días; al pasear la vista por el *Cuarto de las Camas* y los *Baños*, y el espíritu por el *Cuarto Dorado* ó *de los Leones*, con sus galerías y sus salientes pabellones de fino y delicado encaje, su hermosa fuente, que lo es aun deformada, sus tarbeas deliciosas que llaman *Sala de las Dos Hermanas* con el poético *Mirador de Lindaraja*, *Sala de los Abencerrajes* y *Sala de Justicia;* al reconocer la *Torre de la Carpintería*, el *Tocador de la Reina*, y fuera de lo que constituye este segundo cuerpo, la *Torre de las Damas*, el *Mossalláh* del *Carmen de Arratia*, la *Torre de las Infantas*, la *Torre de la Cautiva*, y otras varias reliquias de lo que fué en conjunto morada espléndida de los descendientes de Saâd-ben-Obada.

Porque allí, mejor que en parte alguna, á cada paso, en el silencio solemne de aquellas estancias y lugares, hoy solitarios, parece que entre los giros aromosos del humo de los pe-

beteros, condensado durante más de cuatrocientos años bajo los pintados techos y las bóvedas estalactíticas, y sólo perceptible á los ojos del novelador y del poeta, es donde por mágico conjuro se destaca la figura hechicera de Zaidas y Zobeidas, de Aixas y de Aminas, con ojos de fuego, mejillas de rosa, sonrisas celestiales y encanto soberano que todo lo subyuga. Aún parece que en torno de aquella Fuente de los Leones, con mal acuerdo deformada por aditamentos innecesarios, al eco rumoroso del cristalino surtidor responde el de las voces de las mujeres habitadoras del *harem* ó *Cuarto dorado*; que entre las columnas de alabastro de las galerías, en grupos juveniles y alegres, ríen y murmuran regocijadas, envueltas en los blancos pliegues de clásica vestidura, sentadas en las anchas *almartabas* ó *almohadones*, mullidos y de ricas telas recubiertos, como en los lechos ó tarimas de vidriados aliceres coloridos del *Cuarto de las Camas*, inmediato á los *Baños*, entre sedosos paños y en voluptuosas actitudes, reposan aquellas que la fantasía confunde con las huríes del paraíso de Mahoma.

Ricamente tocada, el rostro al descubierto, palpitante de emoción y de deseo, se finge la imaginación la soberana hermosura de Aixa ó Aja, sentada de igual suerte al lado de las desaparecidas celosías que velaban los huecos caprichosos del llamado *Mirador de Lindaraja* (1), contemplando lánguida aquel jardín fragante, bañado por los rayos ardientes del sol que, al resbalar sobre las hojas de los jazmineros, de los limoneros y de los naranjos, recortaban sobre los blancos muros dorados redondeles, semejando con ellos cantidad incontable de *ad-dinares* (2).

(1) Aunque ya en varias ocasiones lo hemos hecho constar, no juzgamos inútil recordar aquí que el nombre de *Lindaraja*, conceptuado como de mujer por los poetas y tradicioneros, es resultado de la confusión de tres palabras distintas, las cuales son: *din*, *dar* y *Aja*, que juntas significan *mirador de la casa* ó aposento *de Aja*. Hay, pues, que rechazar el dicho nombre de *Lindaraja* como propio de mujer, y borrarlo de los romances y de las leyendas.

(2) Monedas de oro.

Pero el tiempo ha pasado implacable y veloz, y de aquellos espectáculos seductores no queda sino el fantaseado recuerdo, como de aquellos ensueños deleitosos no perdura sino el dejo amargo de lo perdido para siempre, y de aquellas verdaderas joyas que esmaltaron la vida de los sultanes, el estuche descolorido y vacío: que el laborar constante de las edades, enemigas de cuanto existe, envidiosas terribles y despiadadas de lo que fué, tenazmente afanadas en sustituirlo y reemplazarlo con lo que para ellas es,—poco á poco, sin retroceder ni detenerse nunca, con dolorosa persistencia irresistible, ha ido desvaneciendo cuanto de la realidad subsistía, para poblarlo de románticas quimeras.

Apadrinado por el célebre historiador Aben-Hayyán, quimera es, y quimera de la tradición nacida,—antiguo relato, obra de cierto Obada, quien aseguraba haberlo á su vez recibido de un testigo presencial del acontecimiento. Cuenta aquél que por los años 276 de la Hégira (889 á 890 J. C.), durante el Califato de Abd-ul-Láh, ardía con mayor furia que nunca la guerra social, promovida principalmente por los muladíes. Acosado se hallaba el caudillo de los árabes, Saguar-ben-Hamdún, por el victorioso Omar, jefe de aquel movimiento de reacción que amenazaba terminar con el poderío muslime en la Península, y á cuyo partido se había afiliado Medina Elvira en odio al islamismo, pues eran muchos en ella los muladíes, á quienes llama no con propiedad Dozy los renegados; temeroso Saguar de la fortuna, replegó sus fuerzas sobre el castillo de *Garnatha*, comenzando á edificar entonces con toda prisa en una de sus más culminantes alturas la fortaleza de la *Alhambra*.

Sorprendido por los muladíes, que interrumpían las obras y aportillaban y destruían los muros apenas levantados, vióse Saguar forzado á pelear de día para trabajar de noche en las murallas á la luz de las antorchas, encendidas para ello; y como al resplandor de ésta ofrecía el propugnáculo cierto tinte rojizo, dió tal circunstancia, al decir de la tradición por Aben-Hayyán recogida, origen á que de allí en adelante la fortale-

za tomase nombre de *al-hamrá*, que no otra cosa significa, en efecto, sino *la roja*. Desentendiéndose de tan poética leyenda, atribuído es el apelativo por diferentes escritores al color rojizo de las murallas del recinto, «por el óxido de hierro que contienen las tierras de construcción», de donde procede fueran llamadas *Torres Bermejas* las que el circuito entrecortaban, aunque hoy sólo llevan este nombre las que, sobre el collado que parece prolongación del *Campo de los Mártires*, subsisten reformadas por el marqués de Mondéjar, frente casi de la famosa *Torre de la Vela*.

Modernas investigaciones filológicas—que hacen provenir de antiguos idiomas ibéricos muchos de los nombres geográficos dentro y fuera de la Península aún existentes,—la identidad originaria demuestran del vocablo *Calahorra*, que pasó á los árabes, con el de *Calagurris* en España y en la Aquitania, y prueban también la identidad del mismo con el de *Alhambra*, propio del mágico recinto en el cual erigieron sus palacios los Al-Ahmares (1), de donde viene á deducirse fueron las condiciones del terreno, al cual da marcado color rojizo el óxido de hierro que contiene, las que en remotos tiempos originaron el apelativo, transmitido casi sin alteración sensible á nuestros días, y que, por tanto, la tradición poética de Obada

(1) «Este vetusto nombre de *Calahorra*, que no figura en el Diccionario de la lengua con el significado que se registra, entre otros, en el *Vocabulista aravigo en letra castellana* de Fr. Pedro de Alcalá, de alcazaba, fortaleza, es dicción compuesta de las palabras ibéricas *cala*, castillo, y *horra*, rojo, nombre primitivo, á no dudar, de la fortaleza que los conquistadores musulmanes tradujeron por *Cala al-hamrá* (V. Abenaljatib, *Ihata*), que en nuestra habla castellana suena literalmente *castillo ó fortaleza roja*» (D. Leopoldo Eguílaz, *Origen de las ciudades Garnata é Illiberri y de la Alhambra*, pág. 337 de los *Estudios de erudición oriental; homenaje á Francisco Codera en su jubilación del profesorado*, Zaragoza, 1904). Nuestro antiguo y querido maestro el Sr. Eguílaz, para la significación de la voz *Calahorra*, acota, además, con la autoridad de Pero López de Ayala en su *Crónica* (I, p. 526, edic. de Sancha), y para la de *horra* en la de Simonet, en su *Glosario de voces ibéricas*, art. *Calahorra*, y la de Dozy, en su *Supplement aux dictionnaires arab.* s. v.

por Aben-Hayyán difundida, es compañera de las fantasías que despierta con sus misterios la cultura de los pueblos musulmanes.

Por estas investigaciones, y por esta identidad en los nombres, obtiénese como conclusión la de que, en la altura que divide las aguas del Darro y del Genil en Granada, los pobladores ibéricos de la comarca levantaron una fortaleza y fundaron una acrópolis, siendo derivación de aquélla la que hallaron los romanos al señorear la España (1), la que persistió en el período visigodo, y la que encontraron por su parte los mahometanos al tiempo de la conquista, sirvió de amparo á Saguar y á los islamitas en los días del Califa Abd-ul-Láh, aportilló el caudillo de los muladíes Ben-Hafsón, y después de vicisitudes por nadie recordadas, vino á extenderse y encerrar en su recinto el famoso Palacio, cuyos mutilados restos declaró al fin Monumento Nacional el Gobierno de la Revolución en 12 de Julio de 1870.

Al fundador de la dinastía, á Abú-Abd-il-Láh, Mohámmad I, llamado *Al-Ahmar el Magnífico*, atribuída es generalmente la fundación también del Palacio referido de la Alhambra, pues casi al tiempo mismo en que bajaba al sepulcro en Sevilla Fernando III *el Santo* (Mayo de 1252), afirman los autores que aquel príncipe, deseoso de emular la gloria y la grandeza de los antiguos Califas cordobeses y de poseer como ellos un edificio «que, compitiendo con los más famosos de que había memoria en las historias árabes, fuese morada digna de sí y de sus sucesores, y quedase á las generaciones futuras como símbolo de su magnificencia, eligió uno de los parajes más pintorescos y agradables de la colina, designada con el nom-

(1) Contreras, *Del arte árabe en España* (Granada, 1875), pág. 119, haciendo constar que en el año 1829 fueron halladas «cerca de una cruz que hizo colocar el Conde de Tendilla, un considerable número de sepulturas de aquella época, que se descompusieron como muchas otras al abrir el arrecife del centro», de los tres que parten de la *Puerta de las Granadas*, al entrar en la Alhambra.

bre de *Alcazaba al-hamrá*»; y reforzando torreones y muros, y aun añadiendo algunos nuevos—aseguran—«comenzó la edificación del *Alcázar*, adonde trasladó su habitación cuando estuvieron terminados sus más indispensables aposentos» (1).

No falta, sin embargo, quien, apartándose discreto de ésta, la más común y vulgarizada creencia, acotada con el testimonio de Ben-Al-Jahtib y de Al-Chozamí, afirme, no sin razón á nuestro juicio, que «Mohammad ben Alahmar, primer Rey de tal nombre en Granada, no edificó sino el castillo propiamente dicho de la Alhambra, sobre los restos ó los cimientos de su antigua Alcazaba» (2), ni quien, luego de reconocer que los Al-Ahmares «ennoblecieron la ciudad, unos á porfía de otros, renovaron los muros acrecentándolos por muchas partes, cercaron el Albaycín, hicieron castillos y fortalezas, y edificaron suntuosos Palacios para su morada», refiriéndose en particular á la que subsiste, aunque desfigurada todavía, exprese que reinando «Abi-Abdilehi (Abú-Abd-il Láh Mohámmad II), hijo de Abuzaid (Ebn-Al-Ahmar), segundo rey de esta casa de los Alahmares, y siendo muy victorioso contra sus enemigos, *se comenzó á edificar la fortaleza de la Alhambra*, y le puso nombre de su mismo apellido» (3), si bien tampoco falta quien, á despecho de los escritores arábigos, juzgando por lo que el

(1) Lafuente y Alcántara (E.), *Inscripciones árabes de Granada*, página 24; D. Rafael Contreras, primer restaurador de la Alhambra, *Del arte árabe en España*, pág. 182; D. Leopoldo Eguilaz Yanguas, artículo primero de los dedicados á dicha obra del Sr. Contreras, núm. 780 del periódico granadino *La Lealtad*, correspondiente al 27 de Agosto de 1875; D. Manuel Gómez Moreno, *Guía de Granada* (Granada, 1892), página 23, donde asienta que Mohámmad I «tomó con gran empeño la reedificación de tan importante castillo (el de la Alhambra) dirigiendo en persona las obras... Él edificó la parte que todavía se llama *Alcazaba*...; allí mismo construyó su morada, hizo subir el agua hasta tan grande altura y abrió en el monte inmediato mazmorras para encerrar granos y municiones».

(2) Oliver y Hurtado (D. J. y D. M.), *Granada y sus monumentos árabes*, pág. 85.

(3) Mármol, *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos de Granada*, t. I, cap. VII, pág. 25.

monumento mismo enseña y proclama, atribuya á Abú-l-Hachách ó Hachich Yusuf I el pensamiento de la casa real de la Alhambra (1).

Porque en realidad, si de los trabajos de investigación que nos son conocidos no resulta con la claridad apetecible existir en aquel alcázar ni en su recinto testimonio alguno que, con la debida eficacia, corrobore la aserción general, en cuya virtud son reputados obra del glorioso Mohámmad I, *Al-Gálib-bil-Láh*, el magnífico *Salón* llamado *de Embajadores* ó *de Comares*, la *Sala de la Barca*, el *Patio de los Arrayanes* ó *de la Alberca* y las bellas galerías de ambos lados, tampoco está ni mucho menos comprobada la urgencia de aquellas construcciones, cuando existían aún en Granada, seguramente, no sólo la deliciosa almunia llamada *Dar al-baidha* ó *Casa blanca*, fundada en el Albaicín por el séptimo de los régulos almohades Abd-ul Guahid I, sino el magnífico palacio conocido por *Alcázar de Abd-ul-Guahid*, que el indicado príncipe construyó cuando fué gobernador de Granada, antes de que sucediera á su padre en el trono (2).

Cierto es que se advierte desde luego notable diferencia, ya que no en la construcción, en las labores de yesería por lo menos, entre el que fué después de 1492 denominado *Cuarto de Comares*, el *Cuarto de los Leones* y lo que del *Cuarto Dorado* se conserva (3). Los autores explican esta diferencia, ase-

(1) D. Aureliano Fernández Guerra, *Indicaciones para la historia de Granada*, artículo inserto en *La Alhambra*, colección de artículos escogidos de *El Liceo de Granada*, pág. 31.

(2) Eguílaz Yanguas, en el art. II de los ya citados, hace constar que Ben-Al-Jathib afirma fueron «los principales edificios de Granada erigidos por los gobernadores Almohades», y toma del autor del *Raihan-ul-abab* la noticia relativa á las construcciones de Abd-ul-Guahid, consignada por el ilustre Gayangos en el vol. II, pág. 537, nota, de su *History of the Mohammédan dinasties in Spanien*.

(3) Por lo que se deduce de los documentos del archivo de la Alhambra, comprendía el *Cuarto de Comares* el *Patio de la Alberca*, la *Sala de la Barca* y el *Salón de Embajadores* con los demás departamentos de la Torre; bajo el apelativo de *Cuarto de los Leones* eran comprendidos todos

gurando que Mohámmad I encomendó á ciertos artífices de la Cora de Rayya, naturales del pueblo de Comares, el decorado del mencionado *Salón*, y que de la singularidad de las labores con que cubrieron sus muros, las cuales tenían nombre de *comaráxia*, tomó el de *Torre* ó *Salón de Comares* el aposento mismo (1). Y sin embargo de que ha corrido hasta aquí como válida esta especie, pues no otro calificativo en justicia merece, un escritor moderno, tratando de demostrar la influencia ejercida por el arte cristiano en la Península sobre los musulmanes granadinos, luego de observar que «los edificios erigidos por Mohámed V después de 1368 revelan una influencia extraña en la composición de muchos atauriques, dando cabida á una serie de formas vegetales, más ó menos naturalistas, que se salen de los tipos rutinarios é invariables del período almohade», no vacila en afirmar precisamente que «á los comienzos, por ejemplo en el arco de entrada al *Patio de Comares* y en el de la *Sala de la Barca*, el nuevo sistema campea en toda su pujanza», aunque «luego se alía con los follajes arcaicos prestándoles más variedad», para volver por último á sus arideces primitivas, recuperando todo el campo en el siglo XV, que es período de decadencia (2).

No hemos de ser nosotros quienes hayamos de negar ni

---

los aposentos ó *tarbeas* que al *Patio* del propio nombre abren, como la *Sala de Justicia*, la *de los Abencerrajes*, la *de las Dos Hermanas*, el *Mirador de Lindaraja*, y los restantes que carecen de denominación, llevando en los documentos título de *Cuarto Dorado* toda aquella parte que corresponde al *Patio de Machuca*, el *Mossalláh*, y lo que fueron habitaciones del antiguo gobernador militar de la Alhambra antes de 1868.

(1) Argote, *Nuevos paseos por Granada*, t. II, pág. 96; Mármol dice que la labor llamada *comaráxia* «era muy apreciada entre los persas y los surianos» *(Hist. de la reb. y cast. de los moriscos de Granada*, t. I, capítulo VII, pág. 26); Lafuente y Alcántara (Miguel), *Hist. del reino de Granada*, t. III, cap. XIV, págs. 144 y 145, nota; Simonet, *Descripción del reino de Granada*, pág. 46.

(2) D. Manuel Gómez-Moreno y Martínez, *Arte cristiano entre los moros de Granada*, pág. 261 del *Homenaje á D. Francisco Codera en su jubilación del profesorado.*

mucho menos cierta eficacia á las declaraciones contenidas en el tan conocido texto de Aben-Jaldón, según el cual «todo pueblo que vive frontero á otro, cuya superioridad reconoce, adquiere hábitos de imitación; esto ocurre en nuestros días—dice—con los musulmanes andaluces, quienes á consecuencia de sus relaciones con los cristianos, además de sus usos y costumbres, han adoptado la moda de decorar con imágenes los muros de sus casas y palacios» (1). Tampoco habremos de desconocer que, dada la dependencia política en que respecto de Castilla y de León hubo de constituirse desde sus orígenes el reino granadino, las relaciones mercantiles y de toda naturaleza establecidas entre cristianos y musulmanes durante el siglo XIII, y la facilidad con que los castellanos frecuentaban la corte de los Al-Ahmares, y la permanencia en ella de artistas y comerciantes de aquella y de otras procedencias, como pone de manifiesto Ben-Bathuthah en sus *Viajes*,—debió de sentirse principalmente algún tanto en las artes granadinas el peso de aquellas relaciones, que llegaron á cierta intimidad en los días de Pedro I de Castilla y de Mohámmad V, aunque nunca, según por seguir el parecer de añejos escritores gratuitamente asienta el autor moderno arriba aludido, hasta el punto de que fuesen alarifes granadinos quienes labraron el mudejar *Alcázar de Sevilla* (2).

Prescindiendo por ahora de las consecuencias que como tesis general deduce aquel estudioso escritor de premisas no demostradas y á nuestro parecer no demostrables, y volviendo

(1) *Prolegómenos*, t. I, pág. 37.

(2) Gómez-Moreno y Martínez, trabajo cit., pág. 261 del *Homenaje á D. Francisco Codera*. Era crecido el número de artífices mudejares que existía á la sazón en Sevilla, no siendo sólo el *Alcázar* la obra por ellos erigida, y no había menester don Pedro de recurrir á Granada para labrar los aposentos de aquel Palacio, constando además por las inscripciones mismas que la obra de carpintería estuvo en especial encomendada á los maestros toledanos. Véase en nuestras *Inscripciones árabes de Sevilla* la señalada con el número 57.

á la cuestión principal de que tratamos, conformidad hay entre los antiguos y los modernos en reconocer diferencias reparables en los motivos ornamentales de la yesería en el *Cuarto de Comares* con relación á los de las yeserías de los restantes *Cuartos*, por más que no sea en manera alguna lícito seguir afirmando, como por disculpable amor patrio lo hace el primer restaurador del Palacio de la Alhambra, que éste «expresa el punto culminante de siete siglos de cultura; y lo que es más digno de atención: el tránsito del puritanismo de las escuelas coránicas de Oriente á la expansión ideológica al par que tolerante con que se anunciaba el renacimiento en el siglo XIII» (1). En lo que no existe conformidad es en resolver si, aceptado como exacto el supuesto de que Mohámmad I reedificó la Alcazaba sobre los restos ó los cimientos de la antigua, prolongándola con los fuertes baluartes que, desde el llamado *Tajo de San Pedro*, caen sobre el *Bosque* hasta la divisoria con lo que fué luego el *Generalife*,—la decoración de yesería con que hoy se autorizan y engalanan la *Torre de Comares* y la *Sala de la Barca* es asimismo obra del propio fundador de la dinastía, quien hizo allí su morada, caso en el cual podrían ser explicadas las diferencias advertidas por la natural evolución y el desenvolvimiento del estilo.

Testimonio irrefutable sería, á no dudar, para ello, el de las inscripciones murales que en la yesería figuran, si en ellas apareciese por acaso el nombre de *Al-Gálib-bil-Láh*; pero todas las que en la *Torre de Comares* hacen relación al Sultán reinante cuando fué la obra ejecutada, se refieren exclusivamente al séptimo de los Beni-Nassares, á Abú l-Hachach Yusuf I,

(1) Contreras, op. cit., pág. 111. El doctísimo Eguílaz Yanguas, en el primero de los artículos citados, sigue este parecer erróneo, escribiendo: «Los monumentos árabes granadinos, superiores á los de Córdoba y Sevilla, bajo el punto de vista artístico, ofrecen al ánimo del contemplador los más puros dechados de aquel delicado estilo de ornamentación que, comenzando en la gran Aljama de los Omeyas, tocó la meta del idealismo musulmán en los espléndidos alcázares de los Alahmares».

(733 á 755 H.—1333 á 1354 J. C.) (1), y á Abú-l-Gualid Ismaîl I, llamado *Ibn-Nassr*, las de la *Sala de la Barca* (2). Si nada hay que ostensiblemente se oponga á admitir sean contemporáneas la fábrica de la robusta *Torre de Comares* y la decoración de yesería que al interior ostenta el llamado *Salón de Embajadores*, y si ha de darse fe al testimonio de los epígrafes murales, incuestionable parece, pues, que no Mohámmad I, sino Yusuf I, su descendiente, fué quien mandó erigir aquella construcción y decorarla, ya en el segundo tercio del siglo XIV, es decir, cuando el estilo granadino había producido obras como la hermosa *Lámpara de Abú-Abd-il-Láh Mohámmad III*, que se conserva en el *Museo Arqueológico Nacional*, y estudiamos años hace (3), y había llegado ya á notoria floración y desarrollo.

Por desventura, no son siempre, como en otros momentos, fiadores abonados las inscripciones de esta naturaleza en el Alcázar de la Alhambra. Afírmase que, aunque el nombre de Yusuf I «se lee muchas veces entre los adornos del salón de Comares, no fué sin embargo su constructor» este Sultán; «pues *consta*—dicen sin haberlos alegado hasta ahora, que sepamos—*de documentos históricos*» cuya existencia habría dado término definitivo á toda duda y á toda controversia, «que esta pieza fué obra del primer rey de Granada, Mohammad Alahmar, habiendo sido restaurada y embellecida con nuevos adornos por su descendiente Abul Hachach Jusuf I» (4). So-

(1) Números 48, 56, 57, 59, 67, 73, 75, 76, 89 y 91 de las *Inscripciones árabes de Granada*, de Lafuente y Alcántara; números 76, 77, 83 y 94 del *Estudio sobre las Inscripc. ár. de Granada*, de D. Antonio Almagro Cárdenas.

(2) 722 á 725 H. (1322 á 1325 J. C.). Inscripciones números 35 y 36 de la obra cit. de Lafuente y Alcántara; 70 y 71 de la de Almagro. El primero de dichos epigrafistas incluye con el número 41 otra inscripción en alabanza de un Abú-Abd-il-Láh, que no se sabe quién de ellos fuese, ni si esta interpretación es obra de los restauradores.

(3) *Museo Español de Antigüedades*, t. II.

(4) Almagro, Op. cit., pág. 63.

bre no ser conocidos, hasta ahora, á lo menos por nosotros, estos *documentos históricos*, hay otros *documentos* que tienen con verdad tal carácter, y que figurando en el archivo de la Alhambra han sido publicados en parte (1); por ellos se adquiere el pleno convencimiento de que en el siglo XVI, y al propio tiempo que se hacía lo mismo en otros departamentos de aquel suntuoso Palacio, fueron con frecuencia renovados los adornos de yesería de este *Salón de Comares*, ocasiones todas ellas en las cuales bien pudieron ser colocadas en los muros del precitado *Salón* labores tomadas de otras partes, y hoy no subsistentes, entre las cuales se hallasen las inscripciones que contienen el nombre de Yusuf I.

De extrañar es, no obstante, que ni por aventura lograse perdurar ninguna otra con el nombre de Mohámmad I, pareciendo de esta suerte como que los restauradores de los días de Carlos V y Felipe II tuvieron particular empeño en borrar toda huella de las labores de yesería con las cuales hubo de decorar aquel príncipe este aposento, si fué él quien lo labró, sospecha no admisible en buena dialéctica. Más verosímil se muestra el supuesto aceptado por los escritores relativo á la restauración y embellecimiento de los adornos de yesería, verificados una y otro de orden de Yusuf I, reemplazando así ó sustituyendo entonces el nombre de *Al-Gálib-bil-Láh* por el de su sexto sucesor en la sultanía; y en tal caso suscítase con invencible fuerza la cuestión, no desprovista de interés, de que no habiendo transcurrido sino escasamente una centuria desde que se supone la *Torre* construída y decorada por Mohámmad I, hasta el momento de subir al solio granadino Yusuf I, cómo pudo deteriorarse la yesería de aposento tan principal en tan breve espacio de tiempo, hasta el punto de exigir fuese restaurada y repuesta, cuando, á pesar de muy tristes vicisitudes, se conserva mucha parte de la primitiva en la Alham-

(1) Oliver y Hurtado (J. y M.), Op. cit. Apéndice II. Antes habíamos nosotros dado á la estampa algunos en el *Museo Español de Antigüedades*.

bra, y otras, mudejares, de los siglos XIII, XIV y XV, subsisten aún en Burgos, en Toledo, en Córdoba, en Sevilla y en muchas y distintas partes, sin que hayan sido nunca por fortuna restauradas, ostentando todavía algunas de ellas la primitiva tonalidad polícroma.

Aun suponiendo semejante deterioro, y por tanto la pretendida renovación de la yesería, no se explica todavía debida y satisfactoriamente cómo se atrevió Yusuf I á sustituir con propias alabanzas las que hubieron de acompañar en las inscripciones murales y entre las labores de estuco el nombre glorioso de su antecesor, si bien puede admitirse como cortesana lisonja del encargado de la obra; pero el respeto y aun la veneración que sus descendientes debieron guardar á la memoria del fundador de la dinastía, habrían obligado á Yusuf á no consentir semejante sustitución, que resultaría censurable é injustificada, por todo lo cual hemos de deducir en substancia que si da la yesería pruebas de arcaísmo, referible á época en la cual el estilo granadino no había alcanzado aún el superior desarrollo á que llega en el reinado de Mohámmad V, por ejemplo,—es hoy difícil de resolver por todo extremo, supuestas las restauraciones del siglo XVI, si la decoración actual es obra primitiva propia de aquel aposento, y, por tanto, si fué labrada en los días de Yusuf I, y si la *Torre* fué edificada por *Al-Gálib-bil-Láh* ó por aquel su descendiente.

Acrecientan aún más la confusión las opiniones de dos escritores que han tenido ocasión de estudiar despaciosamente las yesería del Palacio de la Alhambra. El uno de ellos, reparando en el arco de ingreso á la *Sala de la Barca*, escribe: «Este arco... parece más propio del género bizantino (?) en el ornato de sus enjutas, compuesto de ramas de encina y piñas dibujadas á la usanza griega, como las de los adornos germánicos del siglo XI». «Observando estas enjutas con cuidado—prosigue,—se hallará que no tienen semejanza con las del arco grande de los claustros del patio, ni con otras de la Alhambra». «...Las impostas, entre letreros cúficos y columnitas,

ostentan mejor el estilo primitivo, y es difícil darse razón de la causa de este accidente». «Bajo las citadas impostas ó arranques hay dos *hanias* ó pequeñas *takas*», las cuales «son de piedra de Macael bastante transparente, y están guarnecidas de inscripciones que indican haberse hecho esta obra en tiempo del fundador de la dinastía (1); y como están talladas en la piedra, no es fácil—concluye—que hayan sido cambiadas como al parecer se ha hecho con otras labradas en el estuco» (2). El otro escritor halla en cambio marcadas influencias del arte cristiano en este arco de entrada á la *Sala de la Barca*, en el que «el nuevo sistema campea en toda su pujanza» (3), siendo tal sistema el tomado de los artífices cristianos en los días de Mohámmad V, después del año 1368. De semejante suerte, lo que para el uno es prueba indudable de arcaísmo, innovación es para el otro propia ya de la segunda mitad de la XIV.ª centuria.

Llegados á este punto, permitido habrá de sernos observar no resultan de toda exactitud las rotundas afirmaciones del último escritor citado, para quien «aislados y pequeños los granadinos», no recibieron «quizá más influencia del Oriente» que la que de antiguo produjo la génesis del arte hispano-mahometano, quedando así «extraño su arte á la grandiosa evolución que en el mismo siglo XIII transformó la Persia y el Egipto» (4). Bien que de condición distinta, en los restos monumentales aún en Delhi subsistentes desde la época de la dominación musulmana, se halla, mezclados con otros, elementos decorativos que aparecen también en la Alhambra, y en los cuales, con la flora propia de la India, se combinan trace-

(1) Mencionan estas inscripciones al sultán llamado por su lacba *Ebn-Nassr;* tanto Lafuente y Alcántara (E.) como Almagro, advierten que este fué el cognomen de Ismaîl I. D. Rafael Contreras, sin embargo, entiende con error que alude á Mohámmad I.

(2) Contreras, Op. cit., págs. 181 y 182.

(3) Gómez-Moreno y Martínez, loco laudato.

(4) Ídem, id.

rías y exornos geométricos frecuentes en el Palacio de los Al-Ahmares, siendo de advertir que los monumentos de que formaron parte fueron obra del siglo XIV de nuestra era, y que al par de la cúfica, se muestra en no pocos epígrafes, con forma idéntica á la granadina, la escritura nesji ó cursiva, que el Sr. Almagro llama sin embargo española (1). Por lo que hace á otra afirmación del entendido escritor á quien venimos aludiendo, de ser generalmente «tipos rutinarios é invariables del período almohade» los de la yesería granadina (2), fuerza habrá de ser traer á la memoria la decoración, aunque sobria, bien expresiva, de no pocas lápidas sepulcrales arábigas almerienses, de fines del siglo XI y principios del XII, en las cuales aparecen ya las hojas granadinas, lo cual demuestra que el estilo característico de Granada no es de progenie almohade, sino que tiene orígenes muy anteriores.

Sea como quiera, basta recorrer una por una las estancias que subsisten del Palacio, tal como hoy le conocemos, para convencerse de que es la fantasía el factor principal de su enaltecimiento hiperbólico. Porque la Alhambra, «que vale por sí sola un reino, y que constituye el sueño y la ilusión de todo hombre culto en el Universo», como se ha escrito recientemente, ha experimentado tantos y tan reiterados trastornos desde la conquista de Granada, que ha ido por grados perdiendo su originaria fisonomía. No es tampoco, según con manifiesta exageración se ha dicho y se propala, monumento que deba ser reputado «punto culminante de siete siglos de cultura», ni que ofrezca «los más puros dechados de aquel» arte que, «comenzando en la gran Aljama de los Omeyas, tocó» aquí «la meta del idealismo musulmán» con sus espléndidas creaciones. Empeño estéril es éste en que amorosamente se afanan

(1) Pueden por sí mismos hacer el estudio comparativo los lectores, en las excelentes fotografías que ilustran la obra de Henry Hardy Cole, titulada *The architecture of ancient Delhi, especially the buildings around the Kutb Minar*, Londres, 1872.

(2) Gómez-Moreno y Martínez, loco laudato.

los granadinos, para quienes representa y simboliza todas sus glorias artísticas é históricas el desconcertado alcázar de los Al-Ahmares.

De aquel amor entusiasta participamos también efusivamente nosotros. Al trasponer la *Puerta Judiciaria*; al revolver para la *Plaza de los Algibes* y contemplar la abandonada *Puerta del Vino;* al penetrar llenos de recogimiento, como en un santuario, en el *Patio de la Alberca* y visitar cuanto existe, y á lo que ha dado nueva vida con afanosa constancia la laboriosa é infatigable solicitud de nuestro buen amigo D. Rafael Contreras, ya difunto — ha surgido siempre á nuestros ojos como por mágica evocación y poderoso conjuro irresistible, el cuadro esplendoroso de la cultura granadina, y con él ha reproducido la imaginación todos los ensueños deleitables que inspiraron nuestro romancero morisco, al mismo tiempo que creíamos escuchar todavía los dulces ecos adormidos de las fiestas que animaron en tan diversas ocasiones el Palacio, y los estruendosos y terribles de aquellas sangrientas conmociones intestinas, en las cuales caían á los golpes del puñal asesino Abú-l-Gualid Ismaîl I, á quien hace relación la *Sala de la Barca*, Abú-Abd-il-Láh Mohámmad IV, Yusuf I, Ismaîl II y Mohámmad IX.

Hay tal encanto en aquellos aposentos, se halla el espíritu tan predispuesto y preparado, que el rumor de los surtidores cristalinos parece cántico sublime y perenne de alabanza para la grey fantaseada que respiró el embalsamado aliento de los *Cármenes* floridos, llenó de maravillas artísticas el recinto de la hermosa Granada, y sucumbió por ley fatal al postre, después de dos siglos y parte de otro, espacio de tiempo durante el cual luchó desesperada con los reyes de Castilla, sus señores, y tuvo la gloria de pasear triunfantes sus influencias artísticas y sus gustos por todos los confines de nuestra España, dejando rastro indeleble de sus prestigios en tejidos, en armas, en muebles, en obras de carpintería, en la yesería de los palacios y de los edificios de todo género, lo mismo en las naves

sombrías de las iglesias cristianas, que en las moradas de los prelados, de los reyes y de los magnates.

Lejos de nosotros el propósito de menoscabar un ápice las glorias de la Alhambra, que sintió nuestro ánimo vibrar en juveniles días; antes bien, las hemos una y otra vez ensalzado, y habremos de ensalzarlas siempre, aunque no se hayan abierto nuestros ojos á la luz bajo el cielo purísimo que cobija la ciudad Damasco de Occidente. Pero de esto á desconocer el lugar que en el desenvolvimiento de la cultura hispano-mahometana le corresponde; á exaltar, sin necesidad, la representación artística del monumento, proclamándole superior á cuanto en nuestro suelo produjeron las artes islamitas, hay una gran diferencia, y por razón semejante ni hemos de repetir que es la Alhambra el punto culminante de siete siglos de cultura, es decir, la obra más perfecta del arte hispano-mahometano, ni que éste, como asegura nuestro antiguo y querido maestro D. Leopoldo Eguílaz, «tocó» en Granada «la meta del idealismo musulmán» con sus creaciones.

Fuerte y poderoso era el Califato de Córdoba enfrente de aquellas pequeñas Monarquías cristianas nacidas al doble grito de *Patria y religión*, tantas veces invocado; aunque combatida sin cesar por intestinas discordias que en el siglo IX amenazaron su existencia, aquella artificial unidad política que había en tiempos anteriores anhelado Leovigildo, sin lograrla, íbase poco á poco afianzando, al paso que iba recogiendo de todas las partes afines los elementos de su cultura, á la oriental bien diferente, después de todo, para constituir con ellos su peculio propio y privativo. Reservado estaba al grande Abd-er-Rahman III la gloria de consolidar aquella unidad tan afanosamente perseguida por sus antecesores; y como respondiendo al apogeo militar y político del Califato, las artes, las ciencias y las industrias llegan á su más hermosa eflorescencia, proclamando de esta suerte la virilidad del pueblo hispano-mahometano y su personalidad poderosa, manifestada en todos los actos de su vida.

En pie no existe monumento alguno de cuantos erigieron el fausto y la grandeza de Abd-er-Rahman III; pero por todas partes hay capiteles que llevan el nombre del soberano, y especialmente, y con prodigalidad pasmosa, ofrece testimonios irrecusables y elocuentes del grado de esplendor inusitado conseguido por las artes en aquellos días, el informe terreno donde tuvo asiento el fantástico Alcázar de Az-Zahrá, al lado de Córdoba, alcázar que describen en ponderativos términos hiperbólicos los autores arábigos, quienes, de cierto, en la ocasión presente no pudieran llegar con sus elogios á la realidad, si ha de juzgarse por los fragmentos que nos son conocidos, algunos de los cuales recogimos nosotros mismos del lugar de su yacimiento, y hoy en el *Museo Arqueólogico Nacional* figuran. Capiteles, basas y fragmentos decorativos, todos ellos, de igual suerte en las comarcas andaluzas que en las castellanas y las aragonesas, llevan de tal suerte impreso el sello de la personalidad potente del Califato en aquellos días—aun supuesta la variedad que principalmente en la decoración de los capiteles se advierte,—que no hay duda posible en afirmar su procedencia y su época, aunque no lleven indicación epigráfica que la corrobore y certifique, ocurriendo lo propio con respecto á los fragmentos decorativos.

Son el mármol, la piedra, el mosaico y el ladrillo los materiales que en la construcción preponderan, sin que falte el estuco; pero todo se subordina á la concepción y á la obra misma arquitectónica, en perfecto y adecuado equilibrio, aunque la masa constructiva, no obstante, predomine por su distribución y sus lineamientos y el aspecto general de grandeza que la informa. Así ha de deducirse, á lo menos, tanto por los precedentes que facilita el examen de la grande Aljama de Córdoba en la parte primitiva, que han puesto al descubierto felizmente los trabajos que en ella en la actualidad realiza el Estado bajo la dirección inteligente del arquitecto D. Ricardo Velázquez, como por las obras posteriores de Al-Hakém II y por la naturaleza misma de los fragmentos arquitectónicos de

Medina-Az-Zahrá, contribuyendo á producir igual resultado la decoración del frente principal de la hermosa pila que mandó labrar Al-Manzor para su alcázar de Az-Zahyra.

Tradúcese en aquellas obras el nervio del pueblo hispano-mahometano; hay en ellas virilidades y energías que concuertan con las de la edad de que son fruto, como son expresión propia y digna del estado que alcanzaba á la sazón el poderío muslime, reconocido, mal de su grado, por todas las Monarquías cristianas. Esto es lo que interesa consignar, para que de ello sean deducidas las naturales consecuencias lógicas, por las cuales se acredita suficientemente fué el período del Califato cordobés que abarca el siglo x de nuestra Era, durante los gobiernos de Abd-er-Rahman III, de Al-Hakém II y del desventurado Hixém II, el período de esplendor de aquella cultura, período nunca en lo sucesivo igualado ni menos superado en España, y después del cual todo languidece, todo se descompone y desconcierta en la dolorosa anarquía de los reinos de Táifa, para desaparecer al postre.

Por desmedido que sea el amor de los granadinos á la Alhambra profesado, no habrá nadie entre ellos que se atreva á comparar no ya la situación del reino de los Zeiritas, sino la de los Nasseríes, con la de la España musulmana de la centuria IV de la Hégira. Decadencia lastimosa para el Islám en la Península es la que sucede á la caída del Califato: á la unidad política vigorosa por éste conseguida al cabo, sigue la triste y débil variedad de las pequeñas Monarquías, impotentes para resistir el empuje poderoso de la Reconquista cristiana; sin que sea dable comparar tampoco el poderío de León y de Castilla, por ejemplo, con el de Toledo ó Cuenca, Córdoba ó Sevilla, Badajoz ó Silves, ni con el de Zaragoza ó Huesca, Tortosa ó Lérida, Denia ó Mallorca. Ni los almoravides, aun después del triunfo de Zalaca y el de Uclés, consiguen quebrantar la férrea cadena que los oprime, ni los almohades, relegados ya á las comarcas feraces de la Andalucía, hallan recursos ni tienen vida para reaccionar é imponerse á los cristianos. ¿Qué

habían, pues, de hacer *Al-Gálib-bil-Láh*, en el siglo XIII, y sus descendientes? Harto, con verdad, hicieron en subsistir, aprovechándose de las desventuras que afligen á León y Castilla en los días de Alfonso *el Sabio*, de los disturbios que señalan las minoridades de Fernando IV y Alfonso XI y el reinado de Pedro I, y de aquellas otras turbulencias que agitan sin cesar en todos sentidos la dinastía de los Trastamaras, hasta el momento en que Isabel I arrebata la corona de las sienes de su sobrina la infeliz princesa D.ª Juana, llamada por escarnio *la Beltraneja*.

Reducidos á los límites para ellos infranqueables de Granada, Málaga y Almería, su autoridad nació bajo el protectorado y la *benefactoría* de los monarcas sucesores de Fernando III; y agobiados bajo la pesadumbre de su desdicha, presintiendo su ruina próxima y ya inevitable, careció su pueblo de la energía y de la virilidad que en otros tiempos sembraron con tanta frecuencia el terror y el espanto en las pequeñas Monarquías cristianas. Era su cultura afeminada, y afeminado tuvo que ser el arte, expresión de las condiciones particulares de la vida. Por eso, aunque Contreras procura hallar en complicaciones geométricas la génesis de las construcciones granadinas, adolecen éstas primero del vicio de ser deficientes; y luego, de aquella expansiva grandiosidad que da la confianza en los recursos propios y en la savia que fecundiza, magnifica y ensalza los ideales de un pueblo. Por eso, en el Palacio de la Alhambra hablan á los sentidos las yeserías primorosas que esmaltan sus muros y bordan como encajes delicados los claustros de sus patios; por eso, al contemplar aquella maravilla de sensualidad, sueña el ánimo del visitante con el eterno femenino, y aparece la mujer embelleciendo con sus hechizos y sus gracias todos aquellos aposentos labrados con sutil maestría para hablar al espíritu de amorosas pasiones, sin que se engendre ante el espectáculo arrobador del Palacio de los Al-Ahmares idea ni sentimiento alguno de viril grandiosidad que le sublime.

Aun siendo así; aun rechazando, como es de rechazar, por infundada y gratuita, la supuesta nota de idealismo que caracteriza, según se ha afirmado, las creaciones del arte granadino —pues sabido es no fué jamás idealista el espíritu propiamente mahometano, y que si alguna vez el idealismo resplandece, cual fugaz llamarada, en las obras de los muslimes españoles, débese á la asimilación del elemento étnico nacional, representado por los muladíes y los muzárabes;—aun siendo así, repetimos, y con aparecer la Alhambra como expresión de la forzosa decadencia de un pueblo y de una cultura llamada á desaparecer en breve, honra y orgullo es de nuestra España. Con la adulterada *Mezquita-Aljama* de Córdoba, trofeo constituye y forma de las pasadas glorias nacionales. Cifra y compendio de ocho siglos de constante y afanosa lucha, y no lindo juguete que recrea la vista, excita los sentidos y mueve la fantasía de poetas y noveladores; lo único es ya, con el templo de los Abd-er-Rahmanes, que en medio de nuestra desventura, de nuestro doloroso apocamiento y de nuestra degeneración actuales, recuerda la famosa *leyenda de oro* de nuestra historia.

Por esta causa principalmente, su conservación es cuestión de dignidad y de decoro para España, y que sobre todos otros intereses se impone.

A despecho de los exclusivismos de la época, empresa fué con verdad aquélla acometida desde casi los tiempos primeros de la reconquista de Granada, como atestiguan con elocuencia irresistible los documentos del archivo de la Alhambra: que aun con las sensibles transformaciones experimentadas por la mayor parte de los departamentos del Palacio alahmarí, acudieron solícitos los monarcas españoles, y especialmente Carlos V, el intransigente Felipe II y sus sucesores, á contener la ruina del monumento y á repararle de continuo con obras de distinta especie y trascendencia. Armaduras, cubiertas, yeserías, alicatados, pavimentos, todo fué una y otra vez objeto de reparaciones, constando no sólo la naturaleza

de éstas, sino los nombres humildes de los trabajadores, las fechas, y los lugares donde eran aquéllas ejecutadas como indispensables.

La hermosa é incomparable estancia, por ejemplo, que se extiende al fondo del *Patio de los Leones*, llamada *Sala del Mexuar*, *de los Retratos*, *de los Reyes* y *de las Pinturas*, como en tiempo de Felipe IV se dijo *Sala que fué Iglesia*, y hoy llama el vulgo *Sala de Justicia*, había sido convertida en Capilla del Palacio quizás en los días mismos de los Reyes Católicos, según las empresas y lemas que de estos príncipes «se descubren entre arabescos del compartimiento de la izquierda», lo cual dió origen—como expresa un autor—«á la falsa creencia de que en ella se celebró la primera misa después de la Reconquista» (1). Quizás por el nuevo destino, tan distinto del originario, fué aquel departamento del *Harém* uno de los que más reparaciones necesitaron. Conocíasele con el nombre de *Capilla del Mexuar*, y de inferir son, en consecuencia, las reformas y las adulteraciones de todo género que hubo de experimentar antes del año 1537, en que albañiles y carpinteros trabajaron allí á porfía, según los documentos. Cerróse, á lo que parece, en aquella fecha el presbiterio de la capilla con una balaustrada que labró el entallador Torres; la tribuna destinada á las personas reales debió estar en el costado occidental, y en ella fué abierta una ventana, que hizo el entallador Robres, siendo obra, por entonces, de Arnao de Vergara, notable maestro vidriero, natural de Flandes, y uno de los que más trabajaron en las vidrieras de la Catedral de Sevilla (2), la de

(1) D. Manuel Gómez-Moreno, *Guía de Granada* (Granada, 1892), página 78.

(2) Era hermano de Arnao de Flandes; y entre otras muchas vidrieras, obra suya es en aquella Catedral la de la Asunción de la Virgen. Véase cuanto respecto de ambos hermanos da á conocer la inteligente diligencia de nuestro buen amigo D. José Gestoso y Pérez en el t. II de su *Sevilla monumental y artística*, pág. 154 y siguientes, así como en la pág. 401 del t. II de su *Diccionario de los artífices que florecieron en Sevilla desde el siglo XIII al XVIII*.

la ventana referida, la cual tenía 14 palmos (1), como eran suyas las vidrieras de las demás ventanas del Mexuar, que le fueron pagadas en 24 de Abril de 1541 (2).

En 1552 y 1565 era deplorable por todo extremo el estado de la yesería de este departamento (3), habiéndose á él trasladado, no obstante, la *Parroquia de Santa María*, demolida en 1576, la cual permaneció allí hasta 1618 (4). En el expediente de obras instruído á principios de 1590, con motivo de los daños causados por la voladura de la casa de un polvorista que vivía junto á la *Parroquia de San Pedro*, se hace constar que «en otra pieza frontera de la derecha del dicho cuarto de los Leones, *que donde de presente es iglesia y se hace el oficio divino*, destruyó y abrió todos los tabiques *con que está tapada* (cerrada) *la dicha iglesia*, y quebró y maltrató todas las puertas de la dicha sala, estando las rotas por el suelo» (5). En 1624 da idea del estado en que se hallaba la *Sala* á que venimos aludiendo la «Memoria de las condiciones en que se han de rematar los reparos del cuarto de los Leones en que se hicieron los Oficios divinos de la Semana Santa á Su Magestad», la cual Memoria tiene la fecha del 10 de Mayo (6), y en 1630 se ejecutaron otras muchas obras que, con las anteriores, más y más desnaturalizaron la *Sala*, contribuyendo poderosamente á tan desastroso resultado en ella el camón de madera y talla que se hizo por bajo de la tribuna en 1729 para la venida de Felipe V (7).

Fatigosa, aunque interesante en sumo grado, habría de resultar la enumeración de todas las obras hechas en la Alham-

(1) Oliver y Hurtado, *Granada y sus monumentos árabes*, pág. 494.

(2) «24 de Abril de 1541.—A Arnao de Vergara, maestro de vidriera, 356 palmos de vidrios blancos que asentó en las ventanas del Mexuar» (Oliver y Hurtado, Op. cit., pág. 496).

(3) Ídem. íd., pág. 500 y siguientes.

(4) Gómez-Moreno, Op. et loco laudatos.

(5) Oliver y Hurtado, Op. cit., págs. 514 y 515.

(6) Ídem íd., pág. 527.

(7) Ídem íd., pág. 553.

bra hasta el siglo XVIII inclusive; todas ellas patentizan que, por desventura, muy poco es lo que de la yesería, de los alicatados, de las techumbres originales llegó al siglo XIX. Basta para ello la lectura de los documentos y cuanto ha escrito persona tan competente y autorizada como lo es el restaurador D. Rafael Contreras, en cuyas manos el Palacio Nasserita ha cambiado en absoluto de aspecto, adquiriendo el que hoy ofrece y engendra el entusiasmo sin medida de propios y de extraños. Con diligencia que le honra y enaltece, otro escritor, activo é inteligente como pocos, y amante como pocos también de las glorias artísticas de Granada, el Sr. D. Francisco de P. Valladar, en muy curioso trabajo que titula *Un monumento arquitectónico sin par en el mundo* (1), expresa:

«Allá á fines del siglo XVIII, en 1792, el ilustre conde de Floridablanca, queriendo conocer de cierto cuál era el estado del palacio árabe de la Alhambra, nombró juez conservador de aquel real sitio... al Sr. D. Bartolomé de Rada Santander, oidor de la Chancillería y persona de ilustración y sana y justa crítica. El Sr. Rada, después de minuciosa visita, emitió un desconsolador informe, en el que, como síntesis, se sienta la innegable verdad de que entonces como ahora eran necesarios muchos y costosísimos reparos, para los que hacían falta *algunos millones de reales...*»

Habían, con efecto, atendido á la conservación del Palacio los monarcas con pingües y cuantiosas dotaciones, los alcaides y aun el Municipio, y así se deduce de la nota ilustrativa que el Sr. Valladar publica. «Los Reyes Católicos—dice—gastaron grandes sumas en la Alhambra, según revelan las cartas de Hernando de Zafra (*Colec. de docum. inéditos,* tomos VIII y XI); la reina Doña Juana concedió el importe de *las penas que se sentenciaren é aplicaren para mi Cámara é fisco* en Granada; los alcaides condes de Tendilla y marqueses de Mondéjar gastaban en la Alhambra *lo más de sus rentas*, según los

(1) *Hojas selectas*, vol. de Enero de 1905.

Anales de Granada, de H. de Jorquera, y el Ayuntamiento hizo obras considerables en varias ocasiones...» «Después se disminuyeron las dotaciones, llegando el caso de que nada se librara por bastantes años.» «En 1830 asignó el monarca 50.000 reales anuos, y desde 1869, en que la Alhambra es monumento nacional, la cantidad destinada á conservación ha tenido sensibles variantes.» «Por muy poco tiempo se fijó en 30.000 pesetas; luego descendió á 10.000, y se viene sosteniendo hace algunos años en 25.000.»

De vez en cuando, y para llamar sin duda la atención respecto de este monumento de las artes granadinas—sin semejante, en realidad, en el mundo muslime,—por las Academias, por las esferas oficiales y por los periódicos difúndese triste rumor, que al fin éstos convierten en clamor constante por algún tiempo; clamor que resuena lúgubremente en los oídos y en el espíritu de los españoles, y que poco á poco va perdiendo fuerza y desvaneciéndose ante la novedad de una crisis política, de un debate personal parlamentario, de unas elecciones para diputados á Cortes ó para concejales, ó de un crimen como el del famoso *Huerto del francés* ú otro parecido, y ya nadie vuelve á acordarse de aquella antigualla, que no tiene finalidad útil en nuestros tiempos, y sólo sirve para que unos cuantos *touristes* franceses, ingleses ó alemanes la visiten; para que recorran sus desmanteladas estancias cuatro forasteros ó curiosos indiferentes que se hospedan en el *Hôtel de los Siete Suelos* ó en el *de Washington Irving*, para que *el día de la Toma*, esto es, el 2 de Enero de cada año, la multitud alborozada que hace resonar la célebre campana de la *Torre de la Vela* discurra por el antiguo Palacio retozona, y para que el Estado mantenga un restaurador y gaste unas pesetas en reparar lo que el tiempo vaya destruyendo de lo reparado desde la conquista hasta la fecha.

Que *la Alhambra se hunde* es creencia general, acontecimiento *descontado* y que todos saben. Claro es que á la postre el monumento ha de desaparecer, pues nada hay perenne en

el mundo; claro es que, como construcción, no es el Palacio de los Al-Ahmares un modelo, y que, aun cuando lo fuese, con tantas, tan repetidas y tan incesantes vicisitudes como le han combatido y le combaten, habrá de sucumbir forzosamente, porque, como expresa el poeta:

Las torres que desprecio al aire fueron,
á su gran pesadumbre se rindieron.

Mucho tiempo hace se dijo que la Alhambra peligra. Señalóse como una de las causas del peligro el llamado *Tajo de San Pedro*. Pasa el Darro lamiendo, tranquilo y perezoso de continuo, el pie de la eminencia que coronan con gallardo aspecto las torres del Palacio, asomadas al bosque como para contemplar de través el espectáculo risueño de la población, que se amontona y aprieta al pie de la *Colina roja*; ocasiones hay en que el río se encrespa y sus aguas, turbulentas y rabiosas, arrastrando árboles y aun peñas, baten sin cesar, y cual llenas de encono, el referido *Tajo de San Pedro*, socavándole; amenazan la especie de islote en que se levanta la *Parroquia de San Pedro*, que se conmueve en sus cimientos; discurren negras y espumosas hasta el túnel de la *Plaza Nueva*, en las inmediaciones de *Santa Ana*, y penetrando por él revueltas y aun oprimidas, ¡cuántas veces han inundado la ciudad antes de tomar la vuelta por la *Plaza Real* para seguir por detrás de la *Virgen de las Angustias* á incorporarse con la corriente del Genil en las proximidades del *Violón!*

A estas humoradas del Darro se refiere el antiguo cantar que dice:

Darro tiene prometido
el casarse con Genil,
y le ha de llevar en dote
Plaza Nueva y *Zacatín*.

Pero aunque el *Tajo de San Pedro* se desmorone con las acometidas del Darro; aunque sea de temer «continúen más ó menos lentamente los desprendimientos», según las conclusio-

nes del informe poco ha emitido por la Comisión especial nombrada al efecto, y compuesta de los ingenieros Sres. Gómez Tortosa, Fernández Fígares y García Zamora; aunque puedan afectar en algún modo aquellos desprendimientos á la parte de la fortaleza en que se hallan emplazadas la *Torre del Cubo* y la *del Homenaje*, con los antiguos cuarteles á esta última contiguos, todavía, por fortuna, si bien la Alhambra «está sobre una montaña», no socava los cimientos de ella el Darro, «el río famoso de aguas auríferas», ni «el cauce de este río hondísimo, se extiende subterráneamente, formando lagos [subterráneos], que rezuman en invierno», ni por este motivo «poco á poco los pilares que sostienen la casa real, los malecones morunos del *Generalife*, las obras de fábrica donde se asienta robusta la *Torre de la Vela* pierden su firmeza, desunen su durísima argamasa y amenazan ceder, causando el desplome del recinto entero», ni han «convertido la *Colina roja*, en que se asienta la morada del rey moro, en una *colosal esponja*» las aguas perdidas y las filtraciones que la fantasía y el buen deseo suponen procedentes de los algibes, de las albercas y de los riegos para los jardines cuando, por lo que á esto en especial se refiere, concluyentemente afirman los peritos en el informe á que antes hemos aludido que «no se han apreciado filtraciones en el tajo procedentes de los algibes del recinto», según han propalado con el mejor propósito los diarios madrileños.

Sí. Es cuestión de honra para España, repetimos, la *conservación* de la Alhambra; pero no hay necesidad de recurrir para ello á exageraciones como las anotadas, y que con sano y prudente criterio razonadamente combate nuestro buen amigo el Sr. Valladar desde la excelente revista que con el título del fantástico alcázar publica hace años en la hermosa Damasco de Occidente, recordando el estudio de que dió lectura en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en Febrero de 1904. Impónese la urgencia de que fijen su atención los Gobiernos en aquella joya del arte, y que no suenen en el vacío

ni la voz de las Academias ni la de los peritos, huyendo de *restauraciones* hipotéticas que pueden alterar y que han alterado á las veces los monumentos. Porque éstos, y en especial los mahometanos, más que para exaltar la fantasía de noveladores y poetas, más que para despertar lisonjeros ensueños en los cuales predominen la voluptuosidad y el sensualismo, sobre ser trofeos de glorias inmarcesibles, son elementos históricos que contribuyen, con las enseñanzas de los mismos desprendidas, al conocimiento de las evoluciones de la nacional cultura.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

EL AMIGO ABNEGADO

Una rata de agua, macho viejo, sacó una mañana la cabeza fuera de su agujero. Tenía unos ojuelos redondos, de mirada muy viva, y gastaba poblados bigotes grises. Su cola parecía un largo trozo de goma elástica negra.

Unos patos jovencillos nadaban en la charca, semejantes á una bandada de canarios amarillos, y su madre, completamente blanca, con patas encarnadas, se esforzaba en enseñarles la manera de zambullir la cabeza en el agua.

—Nunca podréis estar entre la buena sociedad, si no sabéis meter la cabeza—les decía.

Y de nuevo les mostraba de qué modo habían de hacerlo. Pero los patitos no hacían caso alguno de las lecciones. Eran tan jóvenes, que no sabían las ventajas que tiene el vivir en la *sociedad*.

—¡Qué desobedientes son!—exclamó la rata.—Merecerían, en verdad, que se les ahogase.

—¡Líbreme el cielo!—replicó la pata.—Todo tiene sus comienzos, y á los padres no les ha de faltar nunca la paciencia.

—¡Ah! yo no tengo ninguna idea de los sentimientos que pueden experimentar los padres—dijo la rata.—No soy padre de familia. No me he casado nunca, ni he pensado en ello. Sin duda el amor es en su género una buena cosa, pero la amistad vale más. Ciertamente, no sé de nada en el mundo que sea más noble ó más raro que una amistad abnegada.

—¿Y qué idea tiene usted, le ruego que me diga, de los de-

beres de un amigo abnegado? — preguntó una pardilla verde que estaba sobre un sauce, y que había escuchado la conversación.

—Sí, eso es precisamente lo que quisiera saber — dijo la pata, y nadó hacia el extremo de la charca, zambullendo la cabeza para dar buen ejemplo á sus hijos.

— ¡Qué pregunta más tonta! — exclamó la rata. — Lo que pretendo de un amigo abnegado es la abnegación, ni más ni menos.

—¿Y qué hará usted en cambio?—dijo la pajarita, aleteando sobre una ramilla argentada.

—No comprendo—respondió la rata.

—Déjeme contar una historieta á este propósito — dijo la pardilla.

—¿Es para mí la historia?—preguntó la rata.—Si así es, la escucharé gustoso, porque me gustan los cuentos con locura.

—Es aplicable á usted—contestó el ave.

Voló, y colocándose al borde de la charca, contó la historia del amigo abnegado.

—Vivía en un tiempo—dijo la pardilla—un buen muchacho llamado Hans.

—¿Era un hombre verdaderamente distinguido?—preguntó la rata.

—No—respondió la pardilla.—No creo que fuese nada distinguido, salvo por su buen corazón y su morena y plácida cara redonda. Vivía en una pobre casa de campo, y trabajaba diariamente en su jardín. En todos los alrededores no había jardín tan bonito como el suyo. Daba claveles, alhelíes, bolsas de pastor, saxífragas, rosas de Damasco, rosas amarillas. Según los meses, florecían alternando agabanzos y mastuerzos, mejorana y albahaca silvestres, prímulas y lirios de Alemania, asfodelos y claveles-alhelíes. Una flor ocupaba el sitio de otra flor. Así es que siempre había allí cosas bonitas que mirar y agradables olores que aspirar.

El joven Hans tenía muchos amigos, pero el más cariñoso

de todos era el gran Hugh, el molinero. Verdaderamente, el rico molinero era tan amigo de Hans, que jamás iba al jardín de éste sin coger un ramo de flores ó un manojo de legumbres suculentas, ó sin llenarse los bolsillos de ciruelas ó cerezas, según la estación.

—Los amigos verdaderos lo poseen todo en común—tenía la costumbre de decir el molinero.

Y el joven Hans asentía con la cabeza, sonreía y estaba muy satisfecho con tener un amigo que pensaba tan noblemente.

A veces, sin embargo, á la vecindad le parecía raro que el rico molinero no diese nunca nada á Hans, aunque tuviese cien sacos de harina almacenados en su molino, seis vacas lecheras y mucho ganado lanar; pero Hans no perturbó jamás á su cerebro con semejantes ideas. Nada le complacía tanto como escuchar los hermosos pensamientos que el molinero tenía costumbre de exponer sobre la solidaridad de los verdaderos amigos.

Así, pues, el joven Hans trabajaba su jardín. Durante la primavera, el verano y el otoño, era muy feliz; pero cuando llegaba el invierno y no tenía fruta ni flores que llevar al mercado, sufría mucho frío y mucha hambre, y á menudo se acostaba sin haber comido otra cosa que algunas peras secas y algunas malas nueces. También en invierno se encontraba por extremo aislado, porque el molinero no iba jamás á verle en esa estación.

—No está bien que vaya á ver á Hans mientras que duren las nieves—decía á menudo el molinero á su mujer.—Cuando las personas sufren molestias, hay que dejarlas solas y no fastidiarlas con visitas. Estas son, por lo menos, mis ideas sobre la amistad, y estoy seguro de que son las justas. Así, pues, esperaré la primavera, y entonces iré á verle: podrá darme un gran cesto de prímulas, y esto le satisfará.

—En verdad que eres bueno para con los demás—respondía su mujer, sentada en una cómoda butaca cerca de un buen

fuego de madera de pino.—Estoy segura de que el párroco no diría cosas tan hermosas como tú, aunque vive en una casa de tres pisos y lleva un anillo de oro en su dedo pequeño.

—¿Pero no podríamos hacer que Hans viniese á vivir aquí?—interrogaba el hijo del molinero. —Si el pobre Hans tiene penas, le daré la mitad de mi sopa y le enseñaré mis conejos blancos.

—¡Qué tonto eres!—exclamó el molinero.—No sé verdaderamente de qué sirve enviarte á la escuela. Parece que no aprendes nada en ella. Si Hans viniese aquí y viera nuestro buen fuego, nuestra excelente cena y nuestra gran barrica de vino tinto, podría hacerse envidioso. Ahora bien, la envidia es una cosa muy terrible, que echa á perder los mejores caracteres. Ciertamente, no he de permitir que el carácter de Hans se eche á perder. Soy su mejor amigo, y velaré siempre sobre él y cuidaré de que no se vea expuesto á ninguna tentación. Además, si Hans viniese podría pedirme un poco de harina á crédito, y esto no puedo hacerlo. La harina es una cosa y la amistad es otra, y no deben confundirse. Son palabras que no se escriben lo mismo, y que significan cosas diferentes. Todos lo saben.

—¡Qué bien hablas!—dijo la mujer del molinero, presentándole un vaso grande de cerveza caliente.—Me siento verdaderamente adormecida. Lo mismo que en la iglesia.

—Muchos obran bien—replicó el molinero,—pero pocos saben hablar bien, lo que prueba que hablar es, con mucho, la cosa más difícil y también la más hermosa de ambas.

Y miró severamente por encima de la mesa á su hijo, que se sintió tan avergonzado de sí mismo, que bajó la cabeza, se puso como la grana y se puso á llorar encima de su taza de té.

Era tan joven que le excusaréis.

—¿Es ese el final de la historia?—preguntó la rata.

—No—replicó la pardilla.—Es el principio.

—Entonces se encuentra usted atrasada respecto á su épo-

ca—repuso la rata.—Todo buen cuentista empieza hoy por el fin, sigue por el principio y termina por el medio. Este es el nuevo método. Se lo he oído á un crítico que paseaba á orillas de la charca con un joven. Trataba la cuestión como maestro, y estoy seguro de que debía de tener razón, porque llevaba anteojos azules y era calvo; y cuando el joven le hacía alguna observación, contestaba siempre: «¡Bah!» Pero continúe, le ruego, la historia. Me gusta mucho el molinero. También yo poseo toda clase de hermosos sentimientos; así es que hay una gran simpatía entre nosotros.

—Bien—dijo la pardilla, dando saltitos tan pronto sobre una pata como sobre la otra.—En cuanto pasó el invierno y comenzaron las prímulas á abrir sus estrellas de un amarillo pálido, el molinero dijo á su mujer que iba á salir y á hacer una visita al joven Hans.

—¡Qué buen corazón tienes!—exclamó su mujer.—Siempre piensas en los demás. Llévate el cesto grande para traer flores.

Entonces el molinero ató juntas las aspas del molino con una fuerte cadena de hierro, y descendió la colina con el cesto al brazo.

—Buenos días, Hans—dijo el molinero.

—Muy buenos—contestó Hans, apoyándose en su azada y con una sonrisa que iba de oreja á oreja.

—¿Cómo se ha pasado el invierno?—preguntó el molinero.

—Bien, bien—replicó Hans;—es usted muy amable en venir á informarse. He tenido que pasar malos días; pero ya ha vuelto la primavera, y soy casi feliz... Mis flores prometen.

—Hemos hablado á menudo de ti este invierno, Hans—siguió diciendo el molinero,—y nos preguntábamos lo que harías.

—Es usted muy bueno...—dijo Hans.—Casi temía que me hubiese usted olvidado.

—Hans, me sorprende oirte hablar de esa manera—replicó

el molinero.—La amistad no olvida nunca. Esto es lo admirable de ella; pero temo que no comprendas la poesía de la vida... Y, entre paréntesis, tienes unas prímulas muy hermosas.

—Sí que lo son—dijo Hans,—y es una suerte para mí el tener muchas. Voy á llevarlas al mercado, y las venderé á la hija del burgomaestre, y con el dinero rescataré mi carretón.

—¿Rescatar tu carretón? Eso quiere decir que lo has vendido. Es una gran tontería.

—Ciertamente, sí; pero el caso es—replicó Hans—que tuve necesidad de hacerlo. Ya sabe usted que el invierno es para mí una malísima época, y no tenía verdaderamente un céntimo para comprar pan. Así, pues, vendí primeramente los botones de oro de mi traje de los domingos; luego vendí mi cadena de plata, y en seguida mi flauta. Por último, vendí mi carretón. Pero ahora voy á rescatarlo todo.

—Hans—dijo el molinero,—te daré mi carretón. No se encuentra en muy buen estado. Uno de los lados está roto, y hay algo torcido en los radios de la rueda; pero, á pesar de esto, te lo daré. Sé que es una generosidad de parte mía, y á muchas personas les parecerá que es una locura deshacerme de él; pero yo no soy como los demás. Pienso que la generosidad es la esencia de la amistad, y además he comprado un carro nuevo. Sí, puedes estar tranquilo... Te daré mi carretón.

—Gracias; es usted verdaderamente generoso—dijo Hans; y su plácido rostro resplandecía de placer.—Puedo fácilmente componerle, porque tengo una tabla en casa.

—¡Una tabla!—exclamó el molinero;—muy bien. Eso es precisamente lo que necesito para el techo de mi granja. Tiene un gran agujero, y, si no le tapo, se mojará el trigo. ¡Qué oportunamente has dicho eso! En verdad que es cosa de observar que una buena acción engendra siempre otra. Te he dado mi carretón, y ahora vas á darme tu tabla. Naturalmente, el carretón vale mucho más que la tabla; pero la amistad

sincera no repara nunca en estas cosas. Haz el favor de darme en seguida la tabla, y me pondré hoy mismo á la obra para reparar mi granja.

—¡Ciertamente!—replicó Hans.

Y corrió á su tejadillo y sacó la tabla.

—No es muy grande—dijo el molinero, mirándola,—y temo que cuando haya compuesto el techo de mi granja no quede lo bastante para que arregles el carretón; pero, naturalmente, no es esto culpa mía... Y ahora, como te he dado mi carretón, estoy seguro de que á tu vez me querrás dar algunas flores... Aquí está el cesto; tú cuidarás de llenarlo casi por completo.

—¿Casi por completo?—dijo Hans apenado, porque el cesto era de grandes dimensiones, y se daba cuenta de que si lo llenaba no le quedarían flores que llevar al mercado. Y tenía muchas ganas de rescatar sus botones de plata.

—La verdad—respondió el molinero,—como te he dado mi carretón, no pensaba que fuese demasiado el pedirte algunas flores. Puedo engañarme, pero creía que la amistad, la verdadera amistad, estaba libre de egoísmo, de cualquiera especie que sea.

—Mi querido amigo, mi mejor amigo—exclamó Hans,—todas las flores de mi jardín están á su disposición, porque deseo mucho más su estimación que mis botones de plata.

Y corrió á coger las bonitas prímulas y á llenar con ellas el cesto del molinero.

—¡Adiós, Hans!—dijo el molinero, volviendo á subir la colina con la tabla al hombro y el cesto al brazo.

—¡Adiós!—dijo Hans.

Y se puso á trabajar alegremente: ¡estaba tan contento con tener el carretón!...

Al día siguiente estaba atando unas ramas de madreselva sobre su puerta, cuando oyó la voz del molinero que le llamaba desde el camino. Entonces bajó de la escalera, corrió al extremo del jardín y miró por encima de la pared.

Era el molinero con un gran saco de harina al hombro.

—Querido Hans—dijo el molinero,—¿querrías llevarme este saco de harina al mercado?

—¡Oh! lo siento mucho—dijo Hans,—pero estoy verdaderamente muy ocupado hoy. Tengo que sujetar todas mis plantas trepadoras, que regar todas mis flores y que segar todos los prados.

—La verdad—replicó el molinero,—pensaba que en consideración á haberte dado mi carretón sería poco amable de tu parte que te negaras.

—¡Oh! no me niego—exclamó Hans.—Ni por todo lo del mundo quisiera pasar por un mal amigo de usted.

Y fué á buscar su gorra, y marchó con el pesado saco al hombro.

Era un día muy cálido, y el camino estaba atroz de polvo. Antes de que Hans hubiese llegado á la sexta milla estaba tan cansado que hubo de sentarse y descansar. Sin embargo, no tardó en continuar animosamente su camino, y llegó por fin al mercado.

Tras una espera de algunos minutos vendió el saco de harina á buen precio, y entonces volvió de un tirón á su casa, porque temía que se le hiciera tarde y le asaltase algún ladrón en el camino.

—Ciertamente ha sido una jornada penosa—se dijo Hans al meterse en la cama,—pero me alegro de no haberme negado, porque el molinero es mi mejor amigo y, además, me va á dar su carretón.

Al día siguiente, muy temprano, fué el molinero á buscar el dinero de su saco de harina; pero Hans se había cansado tanto, que todavía estaba en la cama.

—¡Qué perezoso eres!—exclamó el molinero.—Cuando pienso que acabo de darte mi carretón, se me figura que podrías trabajar con mayores bríos. La pereza es un gran vicio y, ciertamente, no querría que uno de mis amigos fuese perezoso ó apático. No te moleste lo que te digo. Ciertamente que no ha-

blaría de esta manera si no fuese amigo tuyo. ¿Pero de qué serviría la amistad si no se pudiese decir sin rodeos lo que se piensa? Todo el mundo puede decir cosas amables, esforzarse en agradar y adular, pero un amigo sincero dice cosas desagradables y no vacila en causar una pena. Por el contrario, si es un amigo verdadero prefiere ésto, porque sabe que así hace un bien.

—Lo siento mucho—respondió Hans frotándose los ojos y quitándose su gorro de dormir;—pero estaba tan cansado, que creía que me había acostado hacía poco tiempo y escuchaba el canto de los pájaros. ¿No sabe usted que yo trabajo siempre mejor cuando he oído cantar los pájaros?

—Bueno, tanto mejor—replicó el molinero dando una palmadita en el hombro á Hans,—porque necesito que me arregles el techo de mi granja.

A Hans le urgía mucho ir á trabajar á su jardín, porque no había regado las flores desde hacía dos días; pero no quiso negarse al molinero, porque éste era un buen amigo para él.

—¿Piensa usted que no sería amistoso el decirle que tengo que hacer?—preguntó con voz humilde y tímida.

—La verdad—replicó el molinero,—no pensaba que fuese pedirte mucho después de haberte regalado mi carretón; pero, naturalmente, si te niegas iré yo mismo á hacerlo.

—¡Oh! de ninguna manera—exclamó Hans saltando de la cama.

Se vistió y se dirigió á la granja.

Trabajó todo el día hasta ponerse el sol, y, al atardecer, el molinero fué á ver la obra.

—¿Has tapado el agujero?—preguntó el molinero con voz alegre.

—Ya está casi concluído—respondió Hans bajando de la escalera.

—¡Ah!—dijo el molinero;—no hay trabajo más delicioso que el que se puede hacer para el prójimo.

—Seguramente que es un privilegio el oirle hablar—res-

pondió Hans, que se paró y enjugó su frente,—un grandísimo privilegio, pero temo no tener nunca ideas tan hermosas como usted.

—¡Oh! ya las tendrás—dijo el molinero;—pero te costará más trabajo. Ahora no tienes más que la práctica de la amistad. Algún día tendrás también la teoría.

—¿Lo cree usted así?—preguntó Hans.

—No lo dudo—contestó el molinero.—Pero ya que has arreglado el techo, lo mejor que puedes hacer es volver á tu casa y descansar; porque mañana necesito que me lleves los corderos al monte.

El pobre Hans no se atrevió á protestar, y al día siguiente, al amanecer, el molinero llevó sus corderos junto á la casita de Hans, y éste marchó con ellos al monte. Entre ir y volver pasó todo el día; y cuando regresó estaba tan cansado, que se durmió en una silla y no despertó hasta el amanecer.

—¡Qué tiempo tan delicioso voy á tener en mi jardín!—se dijo; y fué á ponerse á la tarea.

Pero de una ú otra manera, no tuvo tiempo de echar un vistazo á sus flores: su amigo el molinero llegaba, y le enviaba á hacer largas correrías ó le pedía que fuese á ayudarle al molino. A veces Hans se desesperaba al pensar que sus flores creerían que las había olvidado; pero se consolaba pensando que el molinero era su mejor amigo.

—Además—acostumbraba á decirse,—va á darme su carretón, y esto es un acto de pura generosidad.

Así, pues, Hans trabajaba para el molinero, y el molinero decía muchas cosas bellas sobre la amistad, que Hans escribía en un cuaderno y las releía por la noche, porque entendía de letras.

Ahora bien: sucedió que una noche Hans estaba sentado junto al fuego, cuando llamaron con fuerza á la puerta.

La noche era muy negra. El viento soplaba y rugía en torno de la casa tan terriblemente, que Hans, al pronto, pensó que era el huracán que daba contra la puerta. Pero resonó un

segundo golpe; después un tercero, más rudo que los otros.

—Será algún pobre caminante—se dijo Hans; y corrió á la puerta.

El molinero estaba en el umbral, con una linterna en una mano y un grueso garrote en la otra.

—Querido Hans—dijo el molinero,—tengo una gran pena. Mi pequeñuelo se ha caído de una escalera y se ha herido. Voy á buscar al médico. Pero vive lejos de aquí, y la noche está tan mala, que he pensado que valdría más que fueses tú en mi lugar. Ya sabes que te doy mi carretón. Así es que estaría bien que hicieses á tu vez algo por mí.

—Ciertamente—exclamó Hans.—Me alegro de que haya pensado usted en venir á buscarme, y voy á marchar en seguida. Pero debería usted prestarme la linterna, porque la noche es tan obscura que temo caer en algún foso.

—Lo siento mucho—respondió el molinero;—pero es mi linterna nueva, y sería una gran pérdida si le ocurriese algún accidente.

—Bueno. No hablemos más. Pasaré sin ella—dijo Hans.

Se puso su gran capa de piel y su gorra de abrigo, se ató su bufanda al cuello, y salió.

La tempestad era horrible. La noche estaba tan negra, que Hans veía apenas; y el viento era tan fuerte, que le costaba trabajo andar. Sin embargo, era muy animoso, y al cabo de cerca de tres horas de marcha llegó á casa del médico y llamó á la puerta.

—¿Quién es?—gritó el médico desde la ventana de su cuarto.

—¡Hans, doctor!

—¿Qué desea usted, Hans?

—El hijo del molinero se ha caído de una escalera y se ha herido, y es preciso que venga usted al punto.

—Muy bien—replicó el doctor.

Ensilló en el acto su caballo, se puso las botas altas, cogió la linterna y salió.

Partió en dirección del molino, llevando detrás á pie á Hans.

Pero la tempestad aumentó. La lluvia cayó á torrentes, y Hans no podía ni ver por dónde iba, ni seguir el paso del caballo. Al fin perdió el camino, vagó por la landa, que era un lugar peligroso lleno de agujeros profundos, y en donde el pobre Hans se ahogó.

Al día siguiente, unos pastores encontraron su cuerpo, que flotaba sobre una gran charca, y le llevaron á su casita.

Todo el mundo fué al entierro del joven Hans, porque era muy querido, y el molinero figuró en la presidencia del duelo.

—Yo era su mejor amigo—dijo el molinero:—me corresponde por derecho el puesto de honor.

Se puso, pues, al frente del cortejo con una larga capa negra, y de vez en cuando se limpiaba los ojos con un gran pañuelo de bolsillo.

—El joven Hans representa una gran pérdida para todos nosotros—dijo el hojalatero cuando hubieron terminado los funerales; y se sentó cómodamente el duelo en la venta para beber vino y comer buenos bocados.

—Es una gran pérdida, sobre todo para mí—replicó el molinero.—A la verdad, fuí bastante bueno para propasarme al darle mi carretón, y ahora no sé qué hacer de él. Me molesta en casa, y se encuentra en tan mal estado que si lo vendiera no sacaría nada. Ciertamente, en adelante no volveré á dar nada á nadie. Siempre se sufren las consecuencias de haber sido generoso.

—Así es—dijo la rata después de una larga pausa.

—¡Perfectamente! Esa es la sentencia final—dijo la pardilla.

—¿Y qué fué del molinero?—preguntó la rata.

—¡Oh! Nada sé de él—replicó la pardilla,—y á la verdad que me es igual.

—Es evidente que no es usted de un natural amable—dijo la rata.

—Me temo que no ha visto usted la moral de la historia—replicó la pardilla.

—¿La qué?—exclamó la rata.

—La moral.

—Quiere usted decir que la historia tiene una moral.

—Ciertamente—afirmó el ave.

—En verdad—dijo la rata con acento de cólera,—que podía usted habérmelo dicho antes de empezar. Si lo hubiera usted hecho, seguramente que no la hubiese escuchado. Seguramente habría dicho: «¡Bah!», como el crítico. Pero puedo decirlo ahora.

Y gritó «¡Bah!» con toda su voz, agitó la cola y se metió en su agujero.

—¿Y qué dice usted de la rata?—preguntó la pata, que llegó chapoteando algunos minutos después.—Tiene muchas buenas cualidades; pero, por mi parte, tengo los sentimientos de una madre, y no puedo ver un célibe empedernido sin que las lágrimas acudan á mis ojos.

—Temo haberle enojado—respondió la pardilla.—El hecho es que le he contado una historia que tiene la moral.

—¡Ah! Eso es siempre una cosa muy peligrosa—dijo la pata.

Y soy absolutamente de su parecer.

Oscar Wilde

EN LA ESTEPA

Salimos de Perekop con un humor detestable, hambrientos como lobos, furiosos contra todo el mundo. Habíamos empleado la mayor parte del día, sin resultado alguno, en poner de manifiesto nuestro ingenio para tratar de robar ó ganar algo. Convencidos, por fin, de que no lograríamos nada, ni de una parte ni de otra, nos decidimos á seguir adelante. ¿A dónde? De un modo vago, adelante, pensábamos.

La decisión era unánime, y nos la repetíamos uno á otro: sucediera lo que sucediese, estábamos resueltos á seguir la senda que nos habíamos trazado, y de la que no nos habíamos apartado desde hacía ya mucho tiempo. Cada uno de nosotros tomó esta resolución en silencio; no era preciso expresarla en alta voz: brillaba claramente en el sombrío fuego de nuestros ojos de hambrientos.

Éramos tres. Nuestras relaciones no eran muy antiguas: comenzaron en una taberna de Kherson, á orillas del Dnieper, en donde nos encontramos. Uno de nosotros era un soldado del batallón de ferrocarriles, empleado después como guarda-aguja cerca de Varsovia; era hombre musculoso, de tez cobriza, mirada dura; hablaba el alemán y conocía admirablemente la vida de las cárceles. Los tres teníamos razones perentorias para que no gustásemos mucho de que se ahondase en nuestro pasado: esto hacía que nos creyésemos unos á otros; por lo menos lo imaginábamos, porque en el fondo ninguno de nosotros tenía confianza ni siquiera en sí mismo.

Cuando el segundo de nuestros compañeros, un hombrecillo seco, de labios delgados y siempre fuertemente apretados, nos contó que había sido estudiante en la Universidad de Moscú, el soldado y yo aceptamos sin réplica su afirmación.

A la verdad, nos era absolutamente igual que hubiese sido en otro tiempo soldado, ladrón ó agente de la policía secreta; sufría hambre, llamaba en las ciudades la atención de la policía, en las aldeas era sospechoso á los mujiks; á mujiks y polizontes los odiaba con odio de animal impotente, acosado y hambriento; soñaba venganzas contra todos los privilegiados... Los tres pertenecíamos, por lo tanto, á la misma hornada.

El tercero era yo. Gracias á una modestia que ha sido siempre mi flaco desde la infancia, no os diré una sola palabra sobre mis bellas prendas; y no queriendo que me toméis por un cándido, me callaré acerca de mis defectos; pero sí he de confesar que siempre me he creído mejor que los otros, y que todavía hoy no he dejado de profesar esa opinión.

Así, pues, salimos de Perekop y echamos á andar en línea recta, con la esperanza de encontrar algunos *tchabans* (1), á quienes siempre se puede pedir pan y los cuales casi nunca lo niegan.

Yo caminaba al lado del soldado; «el estudiante» venía detrás. De los hombros de éste colgaba una especie de guiñapo que recordaba una americana; sus cabellos, cortados al rape, dejaban ver los ángulos de su cabeza puntiaguda, cubierta por los restos de un sombrero de ala ancha; unos pantalones grises llenos de remiendos multicolores cubrían sus flacuchas piernas; con el forro de su chaqueta había fabricado unas tiras, de las que se servía para sujetarse en los pies unos viejos pedazos de suelas encontrados por el camino; llamaba «sandalias» á tan original calzado. Andaba lentamente, levantando mucho polvo á cada paso, y escudriñándolo todo con sus ojuelos ver-

(1) Pastores de Crimea.

des. El soldado llevaba una camisa roja de algodón adquirida en Kherson y un chaleco de mucho abrigo; sobre su oreja derecha se inclinaba atrevidamente una gorra militar de color indefinido, y unos pantalones anchos flotaban alrededor de sus pantorrillas; iba descalzo. Vestía yo de una manera análoga, y llevaba los pies igualmente al aire libre.

Avanzábamos. En torno nuestro la estepa se desarrollaba como en una oscilación gigante, y sobre nuestras cabezas se redondeaba la extensión ardiente y azulada del cielo de verano sin nubes, semejante á una cúpula inmensa de color oscuro. Un camino polvoriento y gris cortaba la estepa como una cinta y nos quemaba los pies; aquí y allí aparecían campos de trigo ya segado.

El soldado marchaba cantando con voz de bajo un poco ronca:

...Cantemos y alabemos
tu domingo santo...

Durante el servicio militar reemplazó frecuentemente al chantre de la capilla del cuartel; de suerte que conocía un número incalculable de himnos y de cánticos, de los que abusaba siempre que nuestra conversación languidecía.

Frente á nosotros, en el horizonte, iban creciendo unas líneas inciertas, cuyos contornos graciosos y delicados matices cambiaban de un violeta pálido á un rosado suave...

—Ahí están evidentemente las montañas de Crimea—dijo «el estudiante» en tono breve.

—¡Montañas!—exclamó el soldado;—me parece que te corre mucha prisa verlas; amigo mío, son nubes... sencillamente nubes. Mira bien: es como una gelatina de leche...

Hice observar lo agradable que sería que aquellas nubes fuesen en efecto gelatina... Esto reanimaba á la vez nuestra hambre y el fuego de nuestras mejillas.

—¡Qué diablo!—murmuró el soldado escupiendo;—¡si al menos pudiésemos encontrar un alma viviente! Nadie... Nos

sucede lo que á los osos en invierno: nos veremos obligados á chuparnos las patas.

—Ya os decía yo que era preciso dirigirnos hacia lugares habitados—dijo sentenciosamente «el estudiante».

—¿Eso decías?—replicó el soldado.—Hablas como un sabio. ¿En dónde están esos lugares habitados?... ¡El diablo lo sabe!

«El estudiante» se calló, con los labios apretados. Poco á poco desaparecía el sol, y en el horizonte las rosadas nubes se matizaban con tintes indefinibles. Había en el aire un olor de tierra y de sal, y ese olor seco y agradable aumentaba aún nuestro apetito. El vacío de nuestros estómagos nos torturaba. Era una sensación penosa y singular. Hubiérase dicho que todos los jugos de nuestros músculos desaparecían, lentamente evaporados, y que la circulación de la sangre se entorpecía. Las cavidades de la boca y de la garganta se ponían picantes y secas; nos dolía la cabeza, y unas motas negras subían y bajaban sin descanso ante nuestros ojos. A veces, tales motas adquirían el aspecto de pedazos de carne ó de pan; y á estas «mudas visiones del pasado», el recuerdo añadía el correspondiente olor; era como si nos diesen vueltas con un cuchillo en el estómago.

Seguíamos andando, describiéndonos uno á otro las sensaciones que experimentábamos, mirando á todos lados, vigilantes, para tratar de percibir algún rebaño de ovejas, y prestando oído, con la esperanza de reconocer el chirriar de una carreta tártara que llevase frutos al mercado armenio.

Pero á lo lejos, en la estepa, reinaban el vacío y el silencio.

La víspera de aquella terrible jornada habíamos comido entre los tres cuatro libras de pan de centeno y cinco sandías, y después habíamos andado unos cuarenta kilómetros. ¡Los gastos no eran proporcionados á los ingresos! Y cuando nos quedamos dormidos en la plaza del mercado de Perekop, nos despertó el hambre.

«El estudiante» nos había aconsejado con razón que no nos acostásemos y empleáramos la noche en...; pero en una sociedad como debe ser no se habla en alta voz de proyectos de este género, consistente en violar la propiedad ajena; así, pues, me callo.

Quiero ser verídico; no me conviene mostrarme grosero. Sé muy bien que en nuestra época de alta cultura las gentes son cada vez más compasivas, y que cuando agarran al prójimo por la garganta con la evidente intención de ahogarle, procuran hacerlo con toda la amabilidad imaginable, observando las reglas de la cortesía más oportuna en tales circunstancias. La experiencia realizada por mi propia garganta me obliga á reconocer el progreso alcanzado en las costumbres, y con un sentimiento de agradable convicción puedo confirmar de qué manera en este mundo se desarrolla y se perfecciona todo, especialmente, lo repito, en lo que concierne al arte de estrangular á las gentes. No quiero, como prueba de lo que digo, sino el crecimiento mayor cada año de cárceles, tabernas, casas públicas...

Seguíamos adelante, tragándonos nuestra seca saliva y tratando de acallar nuestros dolores de estómago con una conversación amistosa; marchábamos por la estepa desierta y silenciosa, bajo los rojizos rayos del sol poniente, y estábamos llenos de una esperanza confusa. Descendía el sol; caía lentamente entre nubes ligeras, á las que teñía con sus rayos, y por todas partes se elevaba de la estepa un vapor azulado que ascendía hacia el cielo y limitaba los tristes horizontes que nos rodeaban.

—Hermanos, buscad con qué hacer fuego—dijo el soldado recogiendo un pedazo de madera:—nos veremos obligados á pasar la noche en la estepa, y el rocío es muy fuerte; coged cuanto os caiga en la mano.

Nos dispersamos para buscar hierbas secas y todo lo que nos parecía que pudiese arder. Cada vez que nos inclinábamos hacia el suelo, experimentábamos un vehemente deseo de

dejarnos caer, de permanecer allí sin movimiento, y después llevarnos á la boca aquella tierra negra, y comerla en gran cantidad hasta saciarnos, para dormirnos en seguida. Quedarse uno dormido para siempre, poco nos importaba; pero comer primero, mascar, sentir aquella materia espesa y tibia correr lentamente por el canal seco de la boca hasta el estómago hambriento, ardiente por la necesidad intensa de absorber algo.

¡Si al menos se pudiera encontrar alguna raíz! Hay raíces comestibles.

Pero nada, ni una raíz en aquella tierra no labrada. La noche viene pronto en el Sur; apenas se habían extinguido los últimos rayos del sol, cuando las estrellas se mostrabau en el oscuro azul del cielo, y las crecientes sombras se amontonaban en torno nuestro, disminuyendo el espacio inmenso de la estepa circundante.

—¡Hermanitos!—dijo á media voz «el estudiante»,—hay un hombre echado allí abajo, á la izquierda...

—¿Un hombre?—interrogó con aire de duda el soldado.—¿Qué podría hacer aquí?

—Vete á preguntárselo; seguramente tiene pan, puesto que ha acampado en la estepa—replicó «el estudiante».

El soldado miró hacia el lugar indicado, y dijo escupiendo con energía:

—¡Vamos allá!

Se necesitaba la penetrante mirada de los verdes ojos del «estudiante» para distinguir á un hombre en la sombría masa que se dibujaba á unos cien metros de nosotros, á la izquierda del camino.

Nos dirigimos prontamente al través de los campos labrados, y sentíamos la esperanza reciente de encontrar algún alimento, mientras que aumentaban nuestras angustias de hambrientos.

Estábamos ya muy cerca, y el hombre no se movía.

—Tal vez no sea un hombre—dijo el soldado con tono

sombrío, expresando así el pensamiento que se nos había ocurrido á los tres.

Pero en el mismo instante nuestras dudas se disiparon, porque la masa que yacía en el suelo comenzó á moverse, creció á nuestra vista, y vimos que era, en efecto, una criatura humana que tendía un brazo hacia nuestro lado. Después el desconocido exclamó con voz temblona y sorda:

—¡No te acerques, ó te dejo seco!

Y se oyó el ruido de amartillar un arma.

Nos paramos y guardamos silencio por algunos segundos, sorprendidos ante tan poco benévola acogida.

—¡Valiente canalla!—murmuró el soldado.

—Sí—dijo «el estudiante» con aire pensativo,—debe de ser un pajarraco.

—¡Escucha!—gritó el soldado, que acababa, evidentemente, de tomar una resolución.

El hombre, sin cambiar de posición, seguía callando.

—Escucha: no queremos hacerte daño... Danos solamente un poco de pan... Seguramente tienes... Dánoslo, hermano, en nombre de Cristo... ¡Maldito seas, bandido!...

El soldado masculló la última frase.

El hombre seguía callado.

—¿Pero nos oye siquiera?—exclamó el soldado con un temblor de rabia y de desesperación en la voz.

—¡Danos pan! No nos acercaremos. ¡Tíranoslo!...

—Bien—dijo por fin el hombre.

Aunque nos hubiese llamado «mis queridos hermanos», y hubiese puesto en estas tres cristianas palabras la expresión de sus sentimientos más puros y más sagrados, no nos hubiera calmado más pronto ni mejor que con aquel sordo y seco «bien».

—No tengas temor de nosotros, buen hombre—añadió el soldado con sonrisa tierna y dulce; y sonreía, aunque el hombre, que estaba por lo menos á veinte pasos de nosotros, no le pudiera ver.—Somos gentes de paz... y vamos de Rusia á Ku-

ban... No hemos ganado gran cosa en el camino... hemos vendido todo lo que poseíamos... y ahora no hemos comido nada desde hace dos días...

—Toma, ahí va—respondió el hombre, alzando la mano.

Un pedazo de pan negro atravesó el aire y cayó cerca de nosotros. «El estudiante» se precipitó á cogerlo.

—Toma, ahí va más; es todo lo que tengo...

Cuando «el estudiante» hubo recogido aquellos presentes, vimos que había unas cuatro libras de pan duro de trigo: estaba seco y sucio; pero esto nos importaba poco, y nos alegramos mucho de que estuviese tan duro.

El pan duro es más alimenticio que el pan tierno; contiene menos humedad.

—Tomad, tomad—decía el soldado, distribuyendo los pedazos.—Trae; eso no es justo, señor sabio; dame ese pedazo para éste...

«El estudiante» se sometió, sin replicar, á la pérdida de un pedazo de pan de cinco gramos, poco más ó menos, que me correspondía.

Comencé á comer y á mascar lentamente, reteniendo con trabajo el movimiento convulsivo de las mandíbulas, que hubieran hecho migajas las piedras. Era un goce supremo sentir las ansias del estómago, y satisfacerlas poco á poco, bocado tras bocado. Aquel alimento producía una sensación exquisita, indescriptible, mientras que penetraba en el estómago: parecía que se transformaba en sangre y medula. Una alegría singularmente vivificante y reconfortante me caldeaba el corazón á medida que el estómago se llenaba, y me sentía caer en un estado de sopor general. Me había olvidado de aquellas jornadas de hambre crónica. Y, sumido en las delicias de las emociones presentes, no pensaba ya en mis compañeros.

Pero cuando hube puesto en mi boca las últimas migajas de pan que permanecían aún en la palma de mi mano, sentí que continuaba teniendo un hambre mortal.

—Ese maldito tiene todavía grasa y carne—gruñó el sol-

dado, sentado en el suelo frente á mí y frotándose el estómago con sus manos.

—Sin duda, porque el pan tiene olor de carne... Y además, todavía puede quedarle pan...—dijo «el estudiante»; añadiendo en voz baja: —¡Si no tuviera un arma!

—¿Quién será? ¿De dónde vendrá?

—Seguramente es uno de nosotros.

—Es un perro—dijo resueltamente el soldado.

Estábamos sentados juntos, y mirábamos de soslayo hacia el lugar en que se encontraba nuestro bienhechor. Ningún ruido, ningún signo de vida, acusaba su presencia.

En torno nuestro, la noche se ensombrecía. Un silencio de muerte reinaba en la estepa: oíamos nuestras respiraciones. De cuando en cuando, resonaba el silbido melancólico del citelo... Las estrellas, flores vivientes del cielo, brillaban sobre nuestras cabezas... Teníamos hambre. Tengo orgullo en decirlo: en aquella noche extraña yo no era ni mejor ni peor que mis compañeros de azar; les sugerí que nos levantásemos y marcháramos sobre aquel hombre.

—No le haremos ningún daño, pero comeremos cuanto tenga.

—Disparará.

—¡Sea! De los tres, no alcanzará más que á uno, y hasta es posible que le hiera solamente.

—Vamos—dijo el soldado, levantándose.

«El estudiante» se levantó también, pero con más lentitud.

Nos pusimos en camino, corriendo casi; «el estudiante» se mantenía á retaguardia.

—¡Compañero!—exclamó el soldado con tono de censura.

Al acercarnos, sentimos el ruido seco del martillo del arma; se vió un fogonazo y se oyó una detonación.

—¡Ileso!—exclamó alegremente el soldado; y de un salto se encontró junto al hombre.—Espera; ahora verás...

«El estudiante» se arrojó sobre la mochila.

Pero el desconocido cayó de rodillas, después de espaldas, y se puso á gemir.

—¿Qué te pasa?—dijo el soldado, que tenía ya el puño en alto para asestar un golpe al hombre.—¿Le habrá alcanzado la bala? ¿Qué haces? ¿Te habrás matado, por casualidad?

—Hay carne, empanadas, pan... Hay mucho, hermanitos —dijo de repente «el estudiante» con voz alegre.

—¡Vete al diablo! ¡revienta! Vamos á comer, amigos—dijo el soldado;—le he quitado el revólver; no hace movimiento alguno; todavía le quedaba una bala.

Comíamos de nuevo silenciosamente. El hombre seguía echado, sin movimiento. No le hacíamos ningún caso.

—¿Es posible, hermanitos queridos, que suceda todo esto para tener pan?—dijo súbitamente una voz temblona y ronca.

Nos miramos, estremeciéndonos; «el estudiante» se atragantó, bajó la cabeza y se puso á toser.

El soldado, después de haberse tragado el pedazo que tenía en la boca, comenzó á jurar.

—¡Alma de perro, revienta! ¡Idiota, mal hombre! Está armado y tira sobre las gentes. ¡Maldito seas!

Había perdido los estribos, y continuaba injuriándole mientras comía.

—Espera que hayamos concluído de comer para arreglarle las cuentas—murmuró «el estudiante».

Entonces, en el silencio de la noche, se oyeron sollozos semejantes á rugidos.

—Hermanitos... ¿acaso sabía yo? he tirado... porque tenía miedo; vengo de Athos. Voy al gobierno de Smolensko... ¡Oh Dios mío! la fiebre me ha quebrantado; en cuanto se pone el sol, sufro mucho... ¡Oh, lo que sufro! A causa de la fiebre he salido de Athos... trabajaba allí en carpintería... soy carpintero; en mi casa tengo mujer y dos hijas... hace cuatro años que no las he visto... Hermanitos... comedlo todo...

—Lo comeremos sin tu permiso—respondió «el estudiante».

—¡Dios mío! Si hubiera sabido que erais personas honradas, no hubiese tirado. Y aquí, hermanitos, en la estepa... de noche... ¿soy culpable, decidme?

Lloraba sin parar, ó más bien exhalaba una especie de gemido lastimero y tembloroso.

—¡Cuánto se lamenta! — dijo el soldado, con tono de desprecio.

—Debe de tener dinero—replicó «el estudiante».

El soldado guiñó un ojo, le miró y sonrió.

—Eres muy perspicaz... Vamos á encender fuego, y acostémonos.

—¿Y ese?—preguntó «el estudiante».

—¡Que el diablo se lo lleve! ¿Hay que asarle acaso?

—Tal vez sería mejor.—Y «el estudiante» meneó su cabeza puntiaguda.

Partimos en busca de los materiales que habíamos recogido, y que abandonamos cuando nos detuvo el grito amenazador del carpintero. Llevamos lo que hacía falta, y pronto nos sentamos alrededor del fuego, que ardía alegremente en la noche tranquila, iluminando el reducido espacio que ocupábamos. El sueño nos ganaba, y, sin embargo, comprendíamos que todavía podíamos haber comido más.

—Hermanitos—nos gritó el carpintero. Estaba tumbado á tres pasos de nosotros, y á veces me parecía oirle murmurar algo.

—¿Qué es lo que quieres?—preguntó el soldado.

—¿Puedo acercarme con vosotros al fuego? Tengo miedo de que la muerte llegue... todos los huesos me duelen... ¡Dios mío! ¿volveré á ver mi casa?

— No tienes más que arrastrarte hasta aquí — dijo el soldado.

Lentamente, como si tuviese miedo de perder una mano ó una pierna, el carpintero se acercó hasta la hoguera. Era un hombre de elevada estatura, con la piel pegada á los huesos; su traje parecía flotar, y sus grandes ojos turbios denotaban el

mal que le corroía; tenía el rostro completamente descarnado, y su tez acusaba, aun con el resplandor del fuego, un color amarillo, terroso y muerto. Temblaba todo su cuerpo, y nos inspiraba una especie de piedad despectiva. Tendidas hacia el fuego sus largas manos secas, frotaba unos con otros sus dedos huesudos, cuyas articulaciones se plegaban lentamente. En fin, toda su persona daba asco.

—¡Qué buen aspecto tienes! ¡Y viajas á pie! ¿sin duda es por avaricia?—preguntó el soldado.

—Es un consejo que me han dado: no vayas por mar, pasa por Crimea, allí es bueno el aire. Pero no puedo andar. Estoy muriéndome, hermanitos; moriré solo en la estepa, y los cuervos se comerán mi cuerpo. Nadie sabrá nada. Mi mujer y mis hijitas me esperarán en vano; las he escrito; y las lluvias de la estepa lavarán mis huesos... ¡Dios mío, Dios mío!

Exhalaba una especie de aullido, como el de un lobo herido.

—¡Diablo!—dijo entonces el soldado con cólera, y poniéndose vivamente en pie.—Acaba de lamentarte de esa manera. ¿No quieres dejar un instante de reposo á las gentes? ¿Que vas á reventar? ¡Pues revienta! Pero cállate.

—Dale un buen golpe en la cabeza—propuso «el estudiante».

—Acostémonos—dije.—Y tú, si quieres permanecer junto al fuego, cesa en tus lamentos. También yo estoy harto de ellos.

—Ya lo has oído—exclamó el soldado, furioso. — Que no haya que repetirlo. ¿Te figuras acaso que vamos á compadecernos de ti y que vamos á cuidarte porque nos hayas tirado el pan como á unos perros y nos hayas enviado unas balas? Otros en nuestro lugar te hubieran ya...

El soldado se calló, y se tumbó á la larga en el suelo.

«El estudiante» estaba ya tumbado; yo hice lo mismo. El carpintero, asustado, se hizo un ovillo al lado del fuego, y se puso á mirar á lo largo en silencio. Yo estaba á su derecha, y

podía oir el castañeteo de sus dientes. «El estudiante» estaba á su izquierda; me pareció que ya se había dormido.

El soldado, con las manos cruzadas bajo la nuca, boca arriba, miraba atentamente al cielo.

—¡Qué noche! ¡qué estrellas! ¡qué hermosa noche!—me decía.—Mira al cielo. ¡Qué cielo tan magnífico! Me gusta esta vida de vagabundo, amigo. Se sufre frío, hambre, pero se es libre... no se tiene amos. Puedes, si te place, comerte tu propia cabeza: nadie tendrá una palabra que decirte. ¡Qué bueno es esto! En estos últimos días, he sufrido á menudo hambre... he rabiado... pero ahora estoy echado, contemplo el cielo... las estrellas me hacen guiños, como para decirme: no temas, amigo Lakutine, sigue siempre adelante y no temas á nadie. Sí, sí, esto consuela... Y tú, ¿cómo te llamas, carpintero? No me guardes rencor y no tengas miedo; si nos hemos comido tus provisiones, no hay daño en ello. Tenías pan, nosotros no, y nos hemos comido el tuyo... Pero tú, salvaje, nos mandas balas; ¿no comprendes que una bala puede lastimar á un hombre? Esto me puso furioso, y si no te hubieses caído, te hubiera pegado por tu insolencia. En cuanto al pan, mañana puedes comprarlo al llegar á Perekop... Tú tienes dinero, lo sé... ¿Desde cuándo tienes la fiebre?

Durante mucho tiempo aún resonó en mis oídos el bajo profundo del soldado alternando con la voz temblona del carpintero enfermo. Las sombras de la noche descendían cada vez más negras sobre la tierra, y los pulmones aspiraban con delicia el aire suculento y fresco. La llama de la hoguera proyectaba una luz igual y un calor vivificante... Mis ojos se cerraban y sentía flotar sobre ellos, al través del sueño, algo puro y apacible.

.....

—¡Levántate! ¡Vamos, arriba! ¡A escape!

Abrí los ojos, invadido por una sensación de espanto, y me puse en pie con ayuda del soldado, que me tiraba fuertemente de los brazos.

—¡Pronto! ¡Marchemos!

Tenía en la cara una expresión de dureza y de alarma; mira en rededor. El sol se levantaba; ya sus rayos se posaban sobre el rostro inmóvil y amoratado del carpintero. Tenía la boca abierta, y los ojos, fuera de las órbitas, parecían clavar en nosotros una mirada vidriosa, llena de horror. El traje estaba desgarrado por el pecho, y el hombre me pareció echado en una posición anormal. «El estudiante» había desaparecido.

—¿Qué es lo que miras?

—Vamos, te digo—ordenó el soldado con voz ruda tirando de mí.

—¿Pero está muerto?—pregunté, estremeciéndome con el fresco del amanecer.

—Desde luego que si te estrangularan también te morirías, probablemente—replicó el soldado.

—¡Estrangulado! ¿y ha sido «el estudiante»?—exclamé.

—¿Quién iba á ser? á menos que no hayamos sido tú ó yo. Sí; ahí tienes á un sabio que ha puesto hábilmente fin á una vida humana... y nos ha puesto en una bonita situación... Si lo hubiese sospechado, hubiera concluído yo ayer con ese «estudiante». Un buen puñetazo en las sienes, y habría un canalla menos en el mundo. ¿Comprendes lo que ha hecho con esto? Hay que andar ahora de manera que nadie nos vea en la estepa, ¿comprendes? Hoy encontrarán el cuerpo del carpintero y verán que le han ahogado y desvalijado. Y se nos vigilará más. Nos preguntarán: ¿á dónde vas, de dónde vienes, en dónde has pasado la noche? Y nos detendrán probablemente, aunque no tengamos nada de que acusarnos... Pero yo tengo su revólver.

—Tírale—dije al soldado.

—¿Tirarle?...—contestó con aire pensativo.—Es una cosa que vale. Tal vez no nos cogerán... No, no quiero tirarlo. ¿Quién puede saber que el carpintero poseía un arma? Siempre vale por lo menos tres rublos, y todavía queda una bala... ¡Dios mío! ¡Si la hubiese empleado en nuestro querido com-

pañero desaparecido!... ¿Y cuánto dinero habrá robado ese perro maldito?

—¿Y las pobres hijas del carpintero?—pregunté.

—¡Las hijas! ¿qué hijas? ¡Ah! del carpintero. Pues bien, crecerán, y no seremos nosotros los que nos casemos con ellas. No hablemos más de esto. Vamos pronto, hermano; pero ¿á dónde iremos?

—No lo sé... poco importa.

—Tampoco yo lo sé, y también me es igual. Vamos hacia la derecha: el mar debe de estar allí.

Tomamos á la derecha.

Me volví una vez más.

Muy lejos de nosotros, en la estepa, se erguía la colina sombría, sobre la que brillaba el sol.

—¿Miras para ver si ha resucitado? No tengas cuidado, no vendrá tras de nosotros... El sabio, ya ves, es un hombre hábil: no le ha matado de broma. Era un buen compañero y nos ha hecho una buena jugarreta... Sí, hermano; cada año se pone peor el mundo—terminó diciendo tristemente el soldado.

La estepa, desierta y silenciosa, bañada por el radiante sol matutino, se extendía en torno nuestro, confundiéndose en el horizonte con el cielo en una gradación de luz tan dulce, tan clara, tan grata, que parecía imposible suponer la existencia de una cosa injusta y negra en la inmensa planicie que se desarrollaba bajo la cúpula azul del cielo.

—Otra vez tengo hambre, hermanito—dijo mi compañero haciendo un cigarrillo de tabaco negro.

—¿Qué comeremos hoy? ¿Dónde y cómo?

¡Enigma!

.....

El que me contó lo relatado, mi vecino de cama en la enfermería, terminó su narración diciéndome:

—Esto es todo. Intimamos mucho el soldado y yo; fuimos juntos hasta la provincia de Kars. Era un buen muchacho, de

gran experiencia, una vagabundo típico; yo le estimaba. En el Asia Menor nos perdimos de vista.

—¿Piensa usted alguna vez en el carpintero?

—Ya lo ve usted; ó más bien, ya me lo ha oído usted decir hace un momento.

—Y... ¿le impresiona á usted?

Se echó á reir.

—¿Qué quiere usted?... Conmigo no va nada en este asunto. Yo no tengo la culpa; por lo demás, nadie es culpable de nada, porque, en fin, todos somos igualmente brutos. ¿No es así?...

MÁXIMO GORKI

CRÓNICA LITERARIA

Amor y Ciencia.—Comedia en cuatro actos, por D. Benito Pérez Galdós.

Pérez Galdós ha llegado á esa altura de prestigio en que se conquista no sólo el entusiasmo de algún grupo de adeptos fervorosos, sino el respeto general. Este sentimiento, el respeto, con ser más tibio que el entusiasmo, me parece más difícil de alcanzar en España, y más afortunados los que le logran. El servilismo, que no es el respeto, suele andar entre nosotros seguido muy de cerca de la envidia en sus más ruines manifestaciones. El apocamiento y la falta de iniciativas generales se vengan de los que por algún concepto se han distinguido, tratando de empequeñecerlos ó de ponerlos en ridículo, cuando no de calumniarlos francamente.

Que Galdós merece ese respeto y ese entusiasmo no es necesario decirlo. Su obra extraordinaria de novelista, extraordinaria no sólo por la abundante facilidad á lo Balzac, á lo Dickens ó á lo Zola, sino por la creación genial de tantos tipos, por tanto delicado análisis de almas, tanta excelente pintura de medios y tanta concepción feliz de dramáticos y conmovedores asuntos, le da pleno derecho á ese tributo que, tratándose de él, es justa recompensa. Su labor en el teatro, grande también, aunque no tanto como en la novela, le coloca igualmente entre nuestras primeras figuras literarias de la época.

Un testimonio elocuente y plausible de ese respeto hemos

visto al representarse la comedia *Amor y Ciencia*, inferior, á mi juicio, á la mayor parte de las producciones dramáticas del mismo autor, y que ha sido apreciada por la crítica y vista por el público con una consideración que aquí no se prodiga á los autores dramáticos, á no concurrir en ellos circunstancias excepcionales. Este caso práctico de respeto me parece plausible, como he dicho. Lo creo una muestra de cultura y de buen gusto, de estética de la conducta, por decirlo así, que requiere que se trate al genio, hasta en sus errores, de otro modo que á cualquier escritorzuelo vulgar.

Mas este respeto, tan simpático y tan justificado, no impedirá que intentemos con sinceridad el examen de *Amor y Ciencia* y tratemos de explicarnos el por qué de la impresión pálida y fría que produce esa obra y que, sin duda, ha experimentado la mayoría del público al verla representar.

No hay para qué ocultarlo: *Amor y Ciencia* no ha sido para Galdós un triunfo escénico. Tal vez hay para eso una razón de psicología colectiva. Nuestra estética mediterránea, de meridionales, se deleita más con las imágenes claras y precisas y los conflictos bien definidos que con las concepciones vagas y nebulosas del Norte, que tienen sin duda un género de poesía distinto y á las cuales se aproxima la obra de Galdós.

Una razón tan general y abstracta no basta, sin embargo, ni sería justa si la quisiéramos convertir en explicación única de lo ocurrido con *Amor y Ciencia*. Hay que buscar, para que concurran con ella, la completen y la aclaren, otros motivos del éxito, meramente de respeto, y de la escasa emoción producida por la comedia.

No juzgo que entre esos motivos pueda incluirse con fundamento, ó de incluirle pueda dársele gran importancia, á la obscuridad ó á la extremada profundidad del pensamiento de *Amor y Ciencia*. Decir que Galdós ha expresado en su obra ó ha encarnado en ella ideas recónditas é intrincadas que no puedan ser comprensibles por la generalidad de las gentes me parece un eufemismo, un modo amable y cortés de indicar que

la obra no tiene un sentido preciso, un pensamiento definido que encuentre en ella representación enérgica y conmovedora. El esoterismo es contrario á la índole de la dramática, que busca efectos inmediatos y generales. Un drama no se escribe sólo para iniciados, ni se pretende que sólo pueda ser comprendido después de largas y maduras reflexiones, sino todo lo contrario. Por otra parte, lo esotérico está de más en una época en que se puede decir, y se dice, todo con libertad completa, sin que se asuste demasiado de las ideas más atrevidas la generalidad de las personas cultas. Los símbolos en el arte sólo deben entrar como elemento de belleza, cuando la expresión simbólica sea más vigorosa, más poética, más eficaz, en fin, que la expresión directa. Y en esto de los símbolos hay que andar con cuidado. No me cansaré de repetir que la interpretación simbólica de las obras literarias es en muchos casos cosa adventicia, agregada *á posteriori*, que no estuvo nunca en el pensamiento del autor. Cuando una obra entendida directa y llanamente no se comprende bien, ó no produce una impresión viva y completa, suelen los críticos ó la parte más inteligente del público darse á buscar el sentido oculto de la obra, lo que quiso expresar el autor en aquel libro ó aquella comedia que resulta obscura unas veces y las más opaca é indecisa. Este, y no otro, es el origen de muchos pretendidos símbolos.

Tampoco pienso que haya podido perjudicar mucho á *Amor y Ciencia* el contraste entre la conclusión á que se llega en esta comedia y las ideas reinantes acerca del asunto de la misma. En *Amor y Ciencia* hay un drama ó, si se quiere, un conflicto conyugal, que termina perdonando el marido la falta de la mujer infiel. En la vida práctica no son raros estos casos, aunque en ella no suelan tener la gallardía que en la dramática y obedezcan á motivos menos puros de los que vemos expresados en las tablas. Pero estamos bastante lejos del fanatismo del honor de la dramática del siglo de oro, para que pueda chocar profundamente con las ideas reinantes, hasta el

punto de hacer repulsiva una comedia en que eso suceda, el caso de un marido que perdona. Verdad es que la crónica criminal registra casos relativamente numerosos de vengadores, más que de su honra, de su amor herido ó del ridículo en que les pone su agravio de maridos ó amantes engañados; pero esos casos son los que suenan, los que dan que hablar, é indudablemente hay otros mucho más numerosos en que sucede lo contrario. Entre las personas cultas hay muchas que, explicándose los arrebatos de la pasión, comprenden, no obstante, la barbarie sanguinaria que hay en los médicos de su honra. Y fuera de esto, cuando una idea ó un ejemplo choca viva y rudamente con las costumbres ó con el sentir común, produce lucha, suscita impugnadores y partidarios, mas no engendra frialdad ni indiferencia.

Desechada la hipótesis de que en la comedia de Galdós haya un símbolo muy oculto, un pensamiento demasiado recóndito para que pueda ser comprendido de buenas á primeras; descartada también la explicación de que haya producido escaso efecto por chocar con las ideas corrientes y la práctica de la vida respecto á los conflictos conyugales, hay que buscar en otra parte la razón de lo vago y disperso que resulta el interés en esta obra. Esa razón la encuentro en el mecanismo de la inspiración. Yo creo que con la inspiración ocurre algo de lo que sucede con el ensueño. Hay ensueños de una precisión absoluta, cuyas imágenes se confunden con las de la vida, y otros confusos, nebulosos, indeterminados, fragmentarios, que no acaban de darnos la ilusión de la vigilia. De igual modo, la inspiración artística produce á veces imágenes acabadas y definitivas de donde salen las obras verdaderamente geniales, y otras veces saca á la superficie las nieblas, los matices indeterminados, las imágenes flotantes é incompletas que hay en el fondo de la fantasía de todo hombre imaginativo, como es el artista. Esas imágenes, esos elementos estéticos, no acaban de cristalizarse en formas claras, fuertes, bien delineadas: quedan nebulosas, vagas, incompletas, como una música lejana; son

fantasmas que no llegan á revestirse de las vestiduras de la realidad.

Yo no sé si á algún lector le parecerá raro que hable de la inspiración. Acaso la inspiración es una cosa venida á menos ó anticuada. Pero lo cierto es que las obras poéticas en su gestación primitiva no se hacen de una manera metódica y automática, como una Memoria científica. Los ejemplos de los escritores que llenan un número fijo de cuartillas cuotidianamente nada dicen en contra, porque antes de escribir esas cuartillas hay un trabajo de germinación imaginativa. Lo que acaso ocurre es que las huellas que ha dejado el naturalismo entre nosotros, aun después de pasada de moda dicha escuela, son tan hondas que creemos que un novelista ó un dramaturgo no puede proceder más que en vista de datos y observaciones recogidos de la vida, y teniendo siempre presente un cálculo de verosimilitud y probabilidad. Al discurrir así, se olvida lo más subjetivo de la obra: el elemento íntimo de creación, la idea primitiva, cuya fuente es la inspiración.

La mayor parte de los escritores y artistas, cuando aún no tienen fama y autoridad suficientes, no dejan correr libremente su inspiración, sino que procuran sujetarla á los moldes del gusto dominante, reformando las imágenes y el plan que primeramente surgieron en su fantasía. Cuando el artista ha llegado á la altura de Galdós es cuando suele permitirse el lujo de ser sincero y espontáneo, de vaciar en sus obras las representaciones que surgen en su fantasía. Para mí, la comedia de Pérez Galdós no es obra de estudio de caracteres, de tesis ni de intención simbólica, sino sencillamente obra de inspiración, que no ha llegado á cuajar y á cristalizarse por completo; en que se han concebido el asunto en general y los tipos, pero sin conseguir sacarlos de la indecisión y nebulosidad primarias de las creaciones de la fantasía. *Amor y Ciencia* parece una comedia que estaba todavía en gestación, que ha salido prematuramente al mundo y que no ha logrado alcanzar la luz, el colorido y el hondo relieve de la realidad.

Lo vago é incoloro de la obra no está, á mi modo de ver, en el pensamiento fundamental ni en los tipos principales que intervienen en la acción, y que me parecen uno y otros muy comprensibles y hasta claros, sino en la ejecución, en la manera de desarrollar en escenas ese asunto, y de convertir en personajes dramáticos á esos tipos concebidos en la fantasía. Tengo la creencia de que si D. Benito, antes de dar á la escena *Amor y Ciencia*, trabaja más sobre el manuscrito de la comedia, lo varía y lo refunde, hubiese podido hacer una obra que produjese profunda y verdadera emoción, sin variar la idea capital ni el carácter de los principales personajes.

* * *

Completaré lo que llevo dicho en tesis general acerca de la comedia de Galdós con algunas observaciones referentes á ciertas escenas de la misma. Esto exige una sumaria exposición del argumento. Paulina casó con el médico Guillermo Bruno. Por incompatibilidad de caracteres no se comprendieron. Paulina es frívola y apasionada. Guillermo, seco y severo, fanático por la ciencia, despreciador de las vanidades del mundo. Paulina huyó de la casa conyugal con un amante, de quien tuvo un hijo. El seductor ha muerto ya cuando la comedia empieza, y Paulina tiene un nuevo amante, el Marqués de Albalat, hombre de edad madura, que la profesa un amor en que hay mucho de paternal.

El hijo de Paulina, Cristián, está gravemente enfermo. Sólo una operación quirúrgica difícil y arriesgada puede salvarle. El médico de cabecera no se atreve á intentarla. Únicamente un especialista famoso puede llevarla á cabo con probabilidades de buen éxito. Ese especialista es Bruno. Paulina se resiste á llamarle; pero el Marqués de Albalat, de acuerdo con el médico y con una hermana de la Caridad, parienta de Paulina, que está temporalmente en la casa con motivo de la enfermedad del niño, considera caso de conciencia apelar á aquel

recurso supremo. Guillermo es llamado, acude, y, cuando se presenta de improviso ante la esposa infiel, ésta da un grito y huye.

Con esta escena termina el primer acto. He oído á personas de buen gusto calificar de efectismo artificioso esta terminación del acto con la escena del grito. A mí me parece natural y bella. El autor dramático puede buscar el efecto, no sólo con las palabras que pone en boca de los actores, sino con el gesto y el ademán de éstos, con todo lo que constituye la plástica de la representación escénica. Es cierto que el segundo acto es una prolongación del primero, y que entre ambos apenas hay un lapso que interrumpa la unidad de tiempo. Mas encuentro justificado que caiga el telón, para abrir una pausa que deje íntegra la emoción que aquella sencilla y casi muda escena del encuentro produce, y no la debilite con la prosecución inmediata de los hechos. Al fin y al cabo, una extremada simetría en la división en actos no es exigencia esencial, ni siquiera racional, de la dramática.

Al empezar el segundo acto, Paulina sigue resistiéndose á que Guillermo practique la operación que necesita el enfermito. Teme que el marido ofendido quiera tomar venganza en aquel hijo de un amor adulterino. Hay entre los dos esposos una larga y penosa explicación, en que recuerdan sus pasados agravios, las diferencias que les separaron; la escena, cruel y violenta, de su ruptura. Esta explicación, junto á la alcoba de un enfermo amenazado de la muerte, es, á mi juicio, uno de los mayores errores de la comedia. Aquella explicación, larga, prolija, que no es el choque de unas breves frases aceradas, resulta antinatural, forzada y hasta impía en la ocasión en que se verifica. Por otra parte, ninguna necesidad dramática la aconseja. Los antecedentes de la ruptura conyugal entre Guillermo y Paulina podía exponerlos cualquier otro personaje. Los temores de la madre resultan, por otro lado, demasiado recalcados, se insiste con exceso en ellos. Puede admitirse que Paulina tema que Guillermo se niegue á prestar los auxilios

de la ciencia á su hijo; que su amor propio, y aun cierto pudor, luchen vivamente en su alma con el cariño maternal antes de resolverse á acudir al hombre á quien ofendió; hasta puede concederse que por el espíritu de una mujer frívola é inconsciente, como parece ser Paulina en los primeros actos hasta el momento de su conversión al deber, pase la fugitiva sospecha de una monstruosa venganza del médico (una de esas sospechas de que nos avergonzamos un instante después de sentirlas); pero aquella insistencia en el temor de que el marido agraviado se vengue en el niño es excesiva, antipática, poco verosímil.

Cede por fin Paulina. En el tercer acto la operación se ha verificado. Guillermo ha salvado al niño. En el alma de Paulina se verifica una verdadera transformación. La gratitud hacia el salvador de su hijo se torna en amor. Su marido, que la parecía odioso cuando estuvieron unidos, la atrae ahora y la subyuga. Nada hay que decir contra este cambio psicológico, pero debilita mucho su efecto la circunstancia de que el marqués de Albalat, el protector de Paulina, la deje, en una escena que tiene la melancolía del fin del amor, cuando éste se convierte en un sentimiento tranquilo y pálido de amistad, sin otra causa que la acción debilitadora del tiempo; melancolía intensa porque nos habla de lo pasajero de las cosas humanas, presentándonos la extinción del más vivo y ardiente de los sentimientos. Para el efecto dramático, sería preferible que Paulina, agradecida á su esposo y sintiendo por él un amor tardío, fuese quien dejara á Albalat para rehabilitarse y enmendar en lo posible la ofensa que con aquella vida irregular hace á Guillermo. De otro modo, sucediendo las cosas como en la comedia ocurren, el fondo de prosa, de vulgaridad, de espíritu práctico que hay en todo hombre y, por consiguiente, en todo espectador de comedias, puede sugerir á los de *Amor y Ciencia* la sospecha de que Paulina empieza á amar á su marido y á pensar en reconciliarse con él precisamente cuando se ve abandonada por su amante.

En el cuarto acto, Paulina, que no ha conseguido la reconciliación con Guillermo, va á buscarle á un sanatorio que éste dirige y en el cual cura las enfermedades del cuerpo y las del alma. El sanatorio presenta un aspecto fantástico de ensueño, como el jardín en que se aparece Electra.

Aquel hombre que parecía duro y seco se nos revela como un filántropo, como un bienhechor de la humanidad que vive rodeado del amor y la admiración de sus enfermos y de sus auxiliares. El aspecto un tanto fantástico y maravilloso del sanatorio no es, á mi juicio, un defecto. El espíritu exaltado de Paulina está predispuesto, sin duda, á considerar como un lugar extraordinario, casi como un paraje encantado y sobrenatural, aquella mansión en que Guillermo funde los milagros de la ciencia con los del amor. ¿No ha querido el poeta proyectar al exterior en la representación del sanatorio lo que piensa y siente Paulina, presentarle al espectador tal como ella debe de verle? En el sanatorio hay un niño deforme á quien Guillermo recogió la noche de la fuga de su esposa. La idea de salvar á aquel niño le apartó de la tentación del suicidio. En él ha concentrado su cariño. Y en la escena final de la comedia, el médico pregunta al niño, señalando á Paulina: ¿Quieres que esta señora se quede con nosotros? El niño tiende hacia ella las manecitas y la llama madre. La reconciliación es un hecho.

En realidad, el argumento de *Amor y Ciencia* sería fácilmente adaptable á la verosimilitud dramática con ligeras modificaciones. Si se examina despacio cada escena, se advierte que no son los hechos mismos, sino la forma de presentarlos lo que se aparta de la tendencia realista, dominante hoy en el teatro. Mas el gran defecto de la comedia de Galdós no consiste en que se aleje poco ó mucho de ese realismo vulgar que pide que las comedias sean más lógicas y más verosímiles que la vida y que en todos sus incidentes haya una clara y sencillísima relación de causa á efecto. No se trata de eso. Lo que nos deja fríos, inciertos y vacilantes ante *Amor y Ciencia,* no

obstante las bellezas parciales que la obra contiene, es su débil trabazón, su falta de vida y de intensidad. Es una comedia cuyos personajes parecen sombras, marionetas grandes un poco tristes, en vez de seres animados. Algo, en suma, del infantilismo de Maeterlinck, con menos poesía.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO. — Costumbres: La caricatura contemporánea y las costumbres.=Pediatría: Psicología infantil.=Neurología: La epilepsia moderna.=Literatura: Los clichés de la lengua.—Los libretos de ópera. =Ciencias éticas: El miedo de vivir.=Bellas artes: Juicios de Max Nordau.=Impresiones y notas: El dibujo en la escuela.—Origen de la palabra *golfo*.—Las moscas y las epidemias.

COSTUMBRES

La caricatura contemporánea y las costumbres.—Dice Pablo Gaultier en *La Grande Revue* que la caricatura, desdeñada sin razón por fútil, es un excelente documento para el estudio de las costumbres.

La caricatura contemporánea muestra la nueva aspereza de nuestros hábitos. Los personajes que saca á la escena no tienen su *bonhomie* de otro tiempo, porque la han perdido en la vida; si á la solemne simpleza y á la enfática tontería de un José Prudhomme ha sucedido la arrogancia despreciativa, el porte altivo, la insolencia agresiva de los financieros de Forain, es porque el hombre de dinero es el rey de esta sociedad fundada sobre el interés. Si la sencillez del artesano de Daumier ha desaparecido bajo la bestialidad del advenedizo de Hermann Paul, es porque la misma transformación se ha operado en el mundo real. Así el egoísmo bonachón del tendero, que hacía antes el gasto de la caricatura, se ha borrado ante la brutalidad característica de nuestros modernos «repletos», con sus cabezas macizas, sus cuerpos engoznados, su hablar vulgar, signos de un estado de espíritu que se conforma,

si es que no encuentra allí sus más vivos goces, con las basuras de los kioscos, las pornografías de la novela y las torpezas del café-concierto.

Y no es menos verídico el reverso del cuadro, el que representa á los desheredados de la fortuna: la miseria se ha hecho asquerosa en una sociedad donde sin dinero no se puede vivir, donde la dureza del rico tiene al pobre por el último de los hombres, por un verdadero paria. En la realidad, como en la caricatura, estamos lejos del Gavroche de antaño ó de los *bohemios de París*, que, bien ó mal, sabían vivir de las sobras de los demás, y que podían siquiera entregarse á holgazanear haciendo chistes. Los miserables de ahora sufren demasiado frío, hambre é inquietud para pensar en bromas (1). La caricatura moderna nos revela una miseria negra, fría, implacable, no distraída por un rayo de sol ni por una esperanza, miseria que salta á la garganta, que oprime y que mata.

En las diferencias que separan el retrato de las cortesanas de antaño del de las de hogaño es donde mejor puede notarse la fidelidad con que la caricatura refleja la realidad; entre las cortesanas de Forain, Steinlen, Legrand y Toulouse-Lautrec, y las de Monnier, Gavarni ó Grevin, hay la misma distancia que separa en la historia á la griseta, la loreta y hasta la cocotte de la vulgar «chica» de nuestros días; el progreso continuo en la decadencia es evidente. Criaturas de gracia y de amor, las grisetas de Monnier eran monísimas con sus frescos palmitos, sus coqueterías y sus gracias de gatitas mimadas; á pesar de lo aturdido de sus conversaciones, de la frivolidad de su espíritu, de lo atrevido de su conducta, tenían todavía cierta discreción desconocida de la cocotte de Grevin: más cínica, ésta no teme anunciarse, haciendo un arma de su atrevimiento, una seducción de su aplomo; insolente como un golfo, mala como

(1) Pero ¿es que realmente sufren más hambre, ó es que la sienten más ante el espectáculo de quienes disfrutan de todo? ¿Es que tienen más frío, ó es que se sienten á mayor distancia de quienes no conocen el frío en sus palacios como antes lo conocían? El contraste es el que agrava la situación.

una mona, pero elegante con estrépito, oculta bajo su pelambre revuelto el estrecho cerebro de un pilluelo vicioso unido al de un metódico cajero. Sin dinero no hay sentimiento; tocante al portamonedas, es intratable; aparte de esto, es alegre y bullanguera, y gusta emplear un vocabulario recogido generalmente del arroyo. Con la «chica» de Forain bajamos otro escalón, tocando á la miseria de la crápula, ó más bien á la crápula de la miseria; Steinlen va todavía más lejos, y penetra en el mundo de los boulevares exteriores con sus pandillas de *gigolettes* y *souteneurs*, mientras Toulouse-Lautrec toma sus modelos, cuyo horror no se atenúa por los afeites, entre las señoritas repintadas de los Music-halls.

La caricatura política no es menos representativa de la realidad; la sátira ha pasado de individual á colectiva, como la política de grupos y fracciones; de inteligencia débil, de voluntad tornadiza, medianos en todo y para todo, sin generosidad ni ideales, nuestros «queridos soberanos» aparecen carcomidos por la fiebre del poder, preocupados únicamente de sus intereses con una vida ficticia de pura ostentación.

No hay, sin embargo, que juzgar á nuestra época sólo por la caricatura: la caricatura es una sátira y una exageración; y tal vez la negrura del cuadro, lejos de ser signo de decadencia, lo es de regeneración. La caricatura contemporánea es, ante todo, social: pinta menos los tipos que las clases, y se hace eco de todas las reivindicaciones, brillando en ella el ideal de la justicia. Es realista también, como lo es el arte contemporáneo. La caricatura actual, acusadora de nuestra sociedad, la sirve á la vez de testigo de descargo, revelando el horror que inspira el mal y la injusticia en todas sus formas y manifestaciones.

PEDIATRÍA

Psicología infantil.—Hablando el diputado Delbet en un discurso del fetiquismo en los pueblos salvajes, afirmaba que

todo niño es ó debe ser fetiquista, y á este propósito aconsejaba se hicieran observaciones personales retrospectivas para comprobar su aserto. Marcelo Herubel recoge el consejo, y dedica un artículo en *La Revue* á una especie de examen de conciencia de su niñez.

Nuestro yo actual—dice—es el resultado de una infinidad de yo anteriores, algo así como la integración de una gran cantidad de personas. Herubel reconstituye todas esas personas, resucita todos esos «cadáveres» de su yo, y los encuentra á todos fetiquistas. Para demostrarlo, rehace su biografía hasta donde alcanzan sus recuerdos, deteniéndose en la edad de diez años, época en que le parece terminada su fase fetiquista.

Marcelo nació en el Havre, y á los siete años entró en el Liceo, no habiendo aprendido á leer hasta los ocho años. Era curioso, como lo es todo niño, y las mareas le asombraban, no acertando á explicarse aquel flujo y reflujo de las olas, ni admitiendo que tenga relación con las fases de la luna; él se mueve porque está vivo, y está vivo porque se mueve, y lo mismo pasa con el mar, con el viento, con los relojes; todos son seres vivos, y por eso se mueven: *existencia* y *vida* son términos idénticos para él. ¿No sonríe la luna en las claras noches de Julio? Marcelo da vida á todo lo que no comprende: el trueno es malo, la tempestad es mala, el fuego es malo; hay que castigarlos. Le hacían recitar aquella hermosa poesía que empieza

> Cher petit oreiller, doux et chaud sous ma tête,
> Plein de plume choisie, et blanc, et fait pour moi;
> Quand on a peur des loups, du vent, de la tempête,
> Cher petit oreiller... que je dors bien sur toi! (1).

y Marcelo veía en su almohada ó en su travesero no un saco de pluma, sino un hermanito ó una hermanita, que abrazaba

(1) Querida almohadita, suave y caliente bajo mi cabeza,—llena de pluma escogida, y blanca, y hecha para mí,—cuando se tiene miedo de los lobos, del viento, de la tempestad,—querida almohadita, ¡qué bien duermo sobre ti!

con cariño. Domingo, el negro de Robinsón, no se atrevía á tocar el fusil de su amo; lo tomaba por una persona temible, puesto que podía matar á gran distancia, y buena, puesto que había matado á los enemigos que se lo querían comer. Marcelo sentía también por su escopeta grandísimo afecto, y hablaba con ella y con una locomotora que le había regalado su abuelito, como si pudieran responderle.

El niño se construía así una teoría de las cosas: la de la animación universal; es un emotivo, y saca sus emociones de la naturaleza ó de los productos industriales; los acontecimientos sociales no existen para él. ¿Qué es una ciudad ó una aldea? ¿Por qué hay ricos y pobres? Nunca se hacía esas preguntas. Un regimiento en marcha era un todo homogéneo para él, una especie de animal muy grande que anda y se revuelve por calles y carreteras. La misa no le dice nada, no comprende nada de ella. Una vez naufragó un barco, y se hicieron solemnes funerales á sus once tripulantes; al ver pasar las once carrozas, Marcelo, que tenía tres años, exclamó: «¡Qué bonito es eso, mamá!» Unos años después murió una de sus tías, y no sintió ningún pesar. La idea de familia le es extraña; á fuerza de vivir con su padre y su madre y de llamarlos así, acabó por persuadirse de que él era su hijo; pero lo mismo hubiera sucedido con otras personas que le dieran de comer, como sus padres; para él, las palabras *hermano* y *hermana* designan niños como él con quienes quisiera jugar. Lazos sociales y familiares, la idea de Dios, el sentimiento de la muerte, todo eso es desconocido de este niño, sér ante todo egoísta y egocentrista.

Le habían hablado de Dios, y tenía ya ocho años; en su cuarto había un cuadro que representaba á Moisés; harto de hablar de Dios, sin verle nunca, y viendo, en cambio, á Moisés, con su frente augusta, sus ojos dominadores y su magnífica barba, Marcelo se decía que Dios debía ser así, y para él aquel grabado representaba á Dios. Entre los circos y teatros de la feria, se distinguía el circo de Corvi; Corvi domesticaba monos, gatos y perros, entusiasmando á su clientela infantil

con sus habilidades; aquel hombre debía ser de la raza de los poderosos y conquistadores, y Marcelo imaginaba á todo personaje con traje azul claro y botones dorados como los que llevaba Corvi; no concebía de otro modo á los poderosos de la tierra; y cuando una vez fueron los ministros al Havre, la autosugestión era tan viva que Marcelo, que estaba en primera fila viéndolos pasar, no los vió con traje negro, como iban, sino con traje azul y botones de oro, como los imaginaba.

Las imágenes verbales producen resultados semejantes: el abuelo de Marcelo se llamaba Juan, y, como le quería mucho, todos los Juanes le eran simpáticos; había en el Havre dos buques, el *Trouville* y el *Juan Bart*; el *Trouville* era el mejor y el más hermoso, pero para Marcelo era indiscutible la superioridad del *Juan Bart*. Por la misma razón estaba enamorado del famoso preboste de París Esteban Marcelo, porque se llamaba como él, y hubiera querido haber asesinado á los mariscales de Champagne y de Normandía, como el preboste, y que le hubieran cortado la cabeza de un hachazo como á él: hasta ese punto deseaba identificarse con aquella figura del siglo XIV, sólo porque se llamaba como él, como tenía simpatía por el número 8 por haber nacido en un 8 de Julio.

La imagen de Moisés, el color azul, los nombres Juan y Marcelo y el número 8 son los jefes de fila de otras tantas comunidades, cuyos miembros se enlazan, se confunden y se identifican. He aquí un hecho que muestra el alcance de estas relaciones: Marcelo gustaba mucho de las costillas de carnero, almorzando una diariamente; una mañana—tenía entonces seis años—miraba atentamente el dorso de la mano, y al verla llena de finísimo vello, procuraba arrancárselo; de pronto, asustado, dice á su madre: «¡Mamá! ¿Me iré á volver carnero?»

Marcelo era crédulo como lo son todos los niños. ¿Qué niño no cree que ha venido al mundo en una col y que los Reyes Magos bajan por las chimeneas para dejar juguetes en sus za-

patitos? ¿Y los barcos? ¿No tienen piernas? Evidentemente las tienen, puesto que á esta pregunta contestan las nodrizas con la vieja canción:

Claro que sí, tonto.
Si no las tuviesen, ¿andarían?

La credulidad es una condición del fetiquismo; he aquí, según Marcelo, la descripción de una de esas famosas coles parideras: las hojas son de grueso verde; el corazón, amarillento y redondo como una bola, tiene una puerta formada por una hoja y provista de su quicio y su cerrojo, abriéndose hacia afuera; sirve de cierre á un saloncito donde el bebé aparece y nace; como va creciendo, se hace tan grande que no cabe dentro; entonces viene el médico á quien se ha hecho el encargo del niño, va á un campo de los alrededores, corta la col que le parece más á punto, y la lleva en coche á casa de los padres; la mamá se acuesta, el médico entra y el bebé sale gritando.

De la recomendación que hacían á Marcelo de que no tirase el pan, porque era *el buen Dios* quien nos lo daba, surgía otra labor de imaginación para explicarse el hecho: Dios—en figura de Moisés, por supuesto—sube al cielo hacia las siete de la mañana, con un saco blanco lleno de panecillos; se pone en marcha sobre las nubes, y con su mano derecha va sembrando panecillos por las calles; los habitantes salen y los recogen, y así... queda resuelta fácilmente la cuestión social. Claro es que Marcelo no ve más que el Havre, que es todo para él, y no se le ocurre siquiera preguntarse si Dios hace la misma operación en los demás sitios del universo. Su visión es unilocal: así, cuando atraviesa las calles en una noche de luna, Marcelo exclamaba, al atravesar la calle de Etretat: «Mira, papá, la luna de la calle de Etretat». Después atravesaba la calle de Sainte Adresse: «Papá, ¡oh! ¡la luna de la calle de Sainte-Adresse!» Llegaba luego frente al teatro municipal: «¡La luna del teatro!» Todas eran para él lunas diferentes. El sol, en cambio, era único; su brillo era demasiado vivo para que pudiera compartirlo con otro sol: no hay más que un sol.

El procedimiento que preside á tales elaboraciones mentales es bien conocido: en el niño, las imágenes se yuxtaponen en sucesión cronológica; la analogía se convierte en identidad.

Conocidas son las críticas dirigidas á la ley de Serres, traducida por Fritz Müller, en la fórmula «la Ontogenia es paralela á la Filogenia»; en el terreno psicológico este principio es innegable. El niño, parisién ó fuegiano, es un primitivo; pero su fetiquismo se disipará como se disipa una niebla en cuanto con la edad penetre su razón en la región de la luz de la civilizacion moderna. Su fetiquismo es distinto del fetiquismo del salvaje.

NEUROLOGÍA

La epilepsia moderna.—Con los vivos colores de la realidad describe Jorge Lecomte en la *Revue Bleue* los traqueteos de la vida elegante parisién de todos esos seres consagrados á perpetua exhibición en fiestas y salones, y sacrificados por las exigencias de la mundanidad á tener sus nervios en tensión constante.

Esa esfera de caucho y de vendajes que se revuelve sobre la almohada en la penumbra de la cerrada cámara, es la opulenta señora de Lardon á punto de despertarse para un nuevo día de figuración, de vértigo y de lucha. ¡Las ocho ya! Está rendida; pero hay que repetir los goces del día anterior y reconquistar la fuerza de realizarlos de nuevo, y apenas si basta toda la mañana para las innumerables manipulaciones requeridas al efecto.

¡Arriba, pues, á la tarea! Y hela aquí que se quita la especie de bozal de cuero que ha tenido toda la noche comprimiendo la carne desbordante de sus mejillas y de su barba, obligándola á respirar con el estrépito de un trombón. Luego, con igual presteza, despoja su rostro de la máscara untuosa con que lo ha revestido para mantenerlo fresco, y deja libre la garganta de la rígida camisola que ha oprimido sus tejidos. ¡Uf!

¡Qué gusto poder respirar durante dos minutos sin apreturas de ninguna clase! Pero no puede ser más, porque el tiempo apremia y no conviene habituar el cuerpo á estas libertades.

A un empujón del botón eléctrico se presenta la doncella. Si está ahí la amasadora, que pase en seguida. Y entra la especialista, y hunde sus manos en las olas de carne mientras relata á la paciente sus curas pintorescas. ¡Qué dolorosa caza de tripas diseminadas, qué brutales papirotazos para hacer vibrar todo aquel inerte ovillo! Hundimientos de los dedos en la masa adiposa, para apreciar los meandros del intestino; rudos sobamientos para vencer su atonía; dislocaciones y tirones de los miembros para el juego de las articulaciones; fricciones á golpes de los nervios para tonificarlos. La paciente gime, suspira, opone una mano suplicante á las trituraciones de la dueña; pero se necesita aquel trabajo para que su cuerpo conserve las formas y pueda exhibirse en las brillantes paradas del día, y á todo se somete.

Tras esto comienzan las estratagemas para atender á la belleza. Durante una hora el rostro de la señora Lardon se seca bajo los emplastos, se ablanda con las pomadas, gotea con las lociones; sus cabellos, empañados y grises, aquí estopa, allí seda floja, sin colores ya á fuerza de tantos como han tenido, se maceran en tinturas de sol ó de noche. Luego su automóvil la arrastra en unos minutos al Instituto de Mecanoterapia, donde, entre otras mujeres adiposas obligadas á recíproca discreción, ofrece sus pesados miembros á máquinas que los estiran, los encogen, los hacen girar de mil maneras; se sienta en un sillón, y un mecanismo de molino de pimienta hace remover las caderas sobre el vientre; pasa sus puños por unos anillos, y una palanca la estira los brazos; se acuesta indolentemente sobre una mecedora, cuyo suave vaivén es interrumpido por fuertes sacudidas; mete sus pies en unos cinchos, y hace multitud de movimientos giratorios. A todo se resigna.

Pronto hará un cuarto de siglo que, en su frenesí de exhibición en todas las fiestas, la señora Durillon se traga cuantas

drogas lanzan al mercado curanderos astutos y codiciosos, y que son, por un semestre cuando menos, irresistibles panaceas: un barril de píldoras, varios tibores de jarabes y potingues, sellos disparatados, y la más pintoresca variedad de gránulos, han viajado á través de su cuerpo, sin contar los productos sospechosos de todos los grotescos irregulares, explotadores socarrones del sufrimiento humano. Pero ¿qué milagro va de pronto á galvanizarla después de tres meses de epiléptica ostentación en la atmósfera deprimente de los salones? ¿Las famosas picaduras? Muchas amigas han alabado su inmediato poder. ¿Qué riesgo corrè? El tiempo de vestirse, y hela ya en la antesala del especialista de moda para transformar en espumadera su carne. Allí está, entre otras muchas, la señora Roquépine.—¿Vos también?—Hay que buscar dondequiera fuerza para vivir. — ¿Son soberanas, no es verdad, esas picaduras?—Por lo menos, está una segura de que penetran en el organismo.—¿Las tomáis de glicerofosfato?—Ya no; eso curaba mucho el año pasado, pero desde esta primavera, lo que priva es el cacodilato.—¿No hace mucho daño?—¡Bah! Estamos ya acostumbradas á peores tormentos; un lancetazo mientras se vacía una ampollita de nada; sólo queda un poco de hinchazón que en seguida desaparece, y se encuentra una transfigurada, capaz de conquistar el mundo entero; el único inconveniente es que, al cabo de unas semanas, se queda una tan llena de agujeros que no se encuentra sitio para meter la aguja.

Ya el cacodilato empezaba á decaer, y á la señora Durillon la aplicaron jeringazos más enérgicos. — Esas dosis, decía el médico, son anodinas; usted necesita un lavado enérgico. ¡Vamos! El grueso del muslo y un poco de paciencia; trescientos gramos de suero fisiológico bajo esta piel tan delicada, harán milagros.—Y la señora Durillon ve enganchar sobre su cabeza un enorme recipiente y brillar una aguja, que le pincha la carne, mientras la estrujan el muslo para apresurar la invasión del elixir. ¡Oh muslo, cuya torneada línea enorgullece á su propietaria! Se hincha como monstruosa morcilla, llenándose

de bultos y mamelones y deformando aquella seductora feminidad. Es horrible verse así; pero, después de todo, el muslo no desempeña ningún papel en las recepciones, y hace ya tiempo que el Sr. Durillon no se preocupa de él: lo esencial es poderse tener en pie para todos los empujones del orgullo y de la ambición.

La señora Durillon no tarda en ver que su inyección trisemanal no basta para galvanizarla, y entonces peregrina hacia los gabinetes de los electroterapeutas de moda. Allí las sesiones son de exquisita mundanidad. Los salones del célebre doctor Fulgur son brillantes, y allí se reúnen todas las aristocracias: la de la sangre, la del dinero, la de la alcoba y la del talento. Se dirigen saludos, se dan apretones de manos y se murmura alguna anécdota picante en las antesalas, y llegado su turno se pasa al gabinete, y se sienta uno en los altos taburetes de duchas. La electricidad brota; las brochas eléctricas se balancean sobre las cabezas, que se tienden dóciles ante aquella lluvia de efluvios, con los cabellos erizados fantásticamente. El doctor ó sus ayudantes vienen á friccionar con sus bastones cargados de fluido la nuca, el espinazo y los miembros de su clientela, y gracias á que ninguno ve á los demás por estar separados por pantallas de bastidor, se ríe, se charla y se bromea. El baño de luz en común sirve de remate á aquellas delicias; pero si la borrachera de luz es una voluptuosidad sin peligro, la ola eléctrica no bien dosificada hace trepidar todo el sistema nervioso, saturando el organismo de una energía ficticia, de funestísimos resultados.

Esos excesos son la antesala de los sanatorios y casas de salud, y muchas veces llevan en derechura á los manicomios, cuando no á los cementerios. La epilepsia moderna, desarrollada en las clases intelectuales y en el gran mundo, toma terribles proporciones y amenaza con un cataclismo, si no nos convencemos de que la única vida saludable es la vida tranquila y sosegada.

LITERATURA

Los clichés de la lengua.—Emilio Faguet los llama—y no hay que pensar en discutir el nombre—«clichés de la lengua francesa», porque se trata efectivamente de clichés de la literatura traspirenaica; pero como en los dos últimos siglos, y especialmente en el pasado, nuestra literatura se ha vaciado en los moldes franceses, esos clichés han pasado, casi en su totalidad, al castellano, constituyendo otros tantos «lugares comunes» ó «frases hechas» de nuestro actual lenguaje literario.

El trabajo de Faguet en *La Revue* tiene por base un libro de Gohin sobre el neologismo en el siglo XVIII, basado á su vez en un diccionario de 1770 titulado «Diccionario de las riquezas de la lengua francesa y del neologismo en ella introducido, conteniendo los términos nuevos y aceptados, nuevas locuciones, giros figurados y brillantes, expresiones geniales, gracias y delicadezas de que ha sido adornada y enriquecida la lengua desde el principio del siglo XVIII». Gohin ha trazado una lista sumaria de esas expresiones y giros, y en esa lista es donde Faguet encuentra la mayor parte de los clichés de la lengua literaria corriente, cuya exposición le da motivo para varias eruditas observaciones críticas. Aquí sólo recogeremos las que han sido trasplantadas al castellano.

«En último análisis.»—Expresión de Defontaines, excelente cuando se emplea con precisión dándole pleno sentido.

«Aspecto bajo el cual se considera» (Houtteville).—La gracia y la delicadeza de esta expresión son tan dudosas como el genio de su inventor. Este giro y el de «el punto de vista bajo el cual se mira» corren parejas: se considera un asunto *según* tal ó cuál aspecto, pero no *bajo*; se mira una cosa *desde* tal ó cuál punto de vista, pero no *bajo*, pues eso no tiene sentido.

«Aurora de la vida» (Poncet de la Riviere).—Bossuet decía ya «aurora de la Reforma»; y si se registrasen con cuidado nuestros clásicos, es seguro que se tropezaría con esta metáfora mucho antes de que Poncet la empleara.

«Acariciar la imagen de un proyecto» (Bertier).—Metáfora agradable y afortunada.

«Disgusto impreso en el rostro» (Montagnore).—Antes se decía «pintado». Impreso es más expresivo y muy adecuado.

«Corazón que se despierta» (Boismont).—Hoy nos parece añeja esta expresión; pero en su tiempo fué realmente un buen hallazgo.

«Ahondar los motivos» (La Bletterie).—Faguet dice que esta expresión es un contrasentido, pues un motivo no se ahonda, se pesa. Al investigar, sin embargo, la causa de algo, se profundiza, se penetra, se ahonda hasta dar con los motivos que se buscan; cuando se abre un pozo para encontrar agua, se ahonda hasta que el agua brota; no dejando, por tanto, de ser acertada, sobre todo si se dice «ahondar en los motivos».

«El viento de la discordia» (Coyer).—Imagen apropiada y verdadero neologismo en el siglo XVIII.

«Desflorar el alma» (Raynal).—Nuevo y lindo; inspirado probablemente en el *circum praecordia ludit*, de Juvenal.

«Hacer época» (Segnier).—Muy nuevo y muy bien hallado, tomando la palabra época en su verdadero sentido de *fecha*, no de período de tiempo.

«Estrella que palidece» (La Beaumelle).—Muy acertada. El siglo XVII tomaba la palabra *estrella* en el sentido astrológico de la influencia que ejercía sobre el hombre, y por eso no había dado con esta expresión.

«Ahogar un sentimiento» (Diderot).—La expresión es muy anterior á Diderot, pues Rotrou y Corneille, sin citar otros, la habían empleado ya.

«Manera de ser» (Mme. de Staal-Delaunay).—Pasadera. El siglo XVII no podía emplear esta expresión, porque *manera* en aquel tiempo (*façon*) significaba «el modo con que se está hecho», y para eso bastaba decir *manera*, sin añadir más.

«Flor de la inocencia» (Mme. Lambert).—Metáfora agra-

dable, pero en el fondo poco acertada: la flor es lo contrario de la virginidad.

«El hombre del día» (Marmontel).—Nueva y muy buena expresión, inspirada quizá por la locución «el Evangelio del día», tan frecuente en Mme. de Sevigné.

«Que honra á la humanidad» (Bertier).—Frase excelente.

«Ideas que germinan» (Méhégan).—No del todo nueva, pues Bossuet había ya dicho «veía germinar esas preciosas semillas de gloria y de virtud».

«Imaginación de color de rosa» (Coyer).—Giro muy expresivo, aunque parezca algo rebuscado.

«El veneno de la envidia» (La Beaumelle).—No puede decirse que haya invención en este giro: todas las pasiones y todos los errores tienen su veneno, y la metáfora está desde luego preparada para aplicarse á todo.

«El lenguaje de las pasiones» (La Motte).—Puede decirse de esta expresión lo que hemos dicho de la anterior.

«La lógica del corazón» (La Beaumelle).—Feliz hallazgo, tal vez inspirado por la célebre frase de Pascal: «El corazón tiene sus razones, que no conoce la razón».

«Hacer languidecer la atención» (Duclos).—Agradable, pero no muy acertada, porque la atención languidece por sí sola, y no se la hace languidecer.

«Dormirse sobre sus laureles» (Duclos).—La expresión francesa es «descansar» *(se reposer)*, pero el sentido es idéntico y la frase digna de su éxito.

«Tener en sus manos la suerte de» (Bertier).—La invención es dudosa, y en todo caso se reduce al empleo del verbo *tener*, en lugar de *estar* («su vida estaba en sus manos», Fenelon) ó *poner* («ha puesto en vuestras manos la suerte de Roma», Corneille).

«Moral en acción» (Desfontaines).—Lo que prueba—dice Faguet—que se puede definir con exactitud lo que no se conoce.

«Servir de pasto á la malignidad» (Fontenelle).—El giro

empleado por Fontenelle *(être en pâture à la malignité)* es más bien «estar pastando á la malignidad», y claro es que así empleada es impropia; pero corregida en el sentido de «ser pasto de la malignidad» ó «servir de pasto á», como se emplea en castellano, es muy acertada.

«Vicio revestido de colores seductorès.» —Mejor estaría *pintado*; pero nada hay tampoco que choque en *revestido*.

«Hacer sensación» (Coyer).—Giro vivo y pronto, de excelente cepa. Benjamín Constant empleó después el de «hacer efecto».

«La esfera de la actividad de las ciencias, de las ideas (Federico), de las artes (Laugier), de las probabilidades» (Bertier). ¡Cuántas esferas! En el siglo XVII todo se vuelven esferas, y entonces se abusó tanto de esta palabra como nosotros abusamos de la de *medio*. Así decía Voltaire: «En París nadie está en su esfera»; y Florian: «quieren salir de su esfera»; llegando Rousseau á decir ridículamente: «¿Qué se aprende en la pequeña esfera de dos ó tres amantes ó amigos siempre ocupados de sí mismos?»

«Lanzar un velo impenetrable sobre.»—Aquí no hay invención, pues el siglo XVII empleó la palabra *velo* en el mismo sentido.

«Voz del deber» (Loiseau).—Invención dudosa, pues de «la voz de la naturaleza», de Racine, á la voz de la conciencia ó del deber la distancia es insignificante.

***

Los libretos de ópera.—Un excelente libreto—decía el director de la Ópera de París, Carvalho—hace las cincuenta primeras representaciones de una obra lírica, y la música, si es excelente, decide de las ciento restantes.

¡Cuántas partituras han muerto por lo mediano del libreto, y cuántos buenos libretos han salvado á compositores mal inspirados! Hay que reconocer que para un músico es todo un

negocio escoger un libreto. Al principio busca en sus recuerdos dramáticos—como dice Mauricio Vaucaire—la pieza célebre susceptible de apasionar al público, y entonces surgen *Fausto y Margarita*, *Romeo y Julieta*, *Werther*, *La Dama de las Camelias*; después revuelve las literaturas clásicas, y vaga de *Orfeo* á *Carmen*, pasando por los *Nibelungos*, la *Divina Comedia*, los *Cuentos de Perrault*, la *Crónica italiana*, la *Historia española* y los hechos de guerra ó de amor célebres; como todos estos asuntos son conocidos ya, la música los viste de nuevo, y, aunque parezcan añejos, el público aplaude si el cantor es listo y consiente en articular con la punta de los labios, de modo que no se entienda la letra.

Con la mano en el corazón, ¿entendéis el texto del *Crepúsculo de los Dioses,* dado recientemente en París, cuando cantan

J'ai le droit du sang;
Sage, toi, tu l'es seul.
Mi-frères oncques
N'ont eu meilleur compte? (1).

¿No es verdad que no? La orquesta lo cubre todo, y nadie se queja.

Hay frases que es preciso emplear á menudo en los libretos: «¡Oh desesperación! ¡Dicha suprema! ¡Suerte cruel! ¡Embriaguez fatal! ¡Ah, qué hermosa es! ¡Cruel amor! ¡Funesta llama!», etcétera. El énfasis es necesario, y, en lugar de decir «me agita la fiebre», hay que decir

¿Qué ardor me arrastra y me devora?

La simple frase «ya no resisto más, yo amo», tiene que expresarse así: «cedo al transporte que me embriaga». Alfredo Bruneau, sin embargo, no ha temido entenderse con libretos en prosa, y ha tenido el valor de poner música á frases como éstas:

—¿Cuánto este San Honorato?—Dos francos.

(1) Tengo el derecho de la sangre,—sabio, sólo lo eres tú—medio hermanos nunca—han tenido mejor cuenta.

El gran *tour de force*, la gran hazaña musical es la realizada por el maravilloso músico Carlos Debussy al poner en música esta página de la partitura de *Goulaud*, acogida con violento entusiasmo por el público, en el momento en que el actor coge á Melisenda por los cabellos: «¡A la derecha y luego á la izquierda!—¡A la izquierda y luego á la derecha!—¡Absalón, Absalón!—¡Adelante, atrás! ¡Hasta la tierra, hasta la tierra!—Mirad, mirad, me río ya como un viejo.—Haréis lo que queráis, ya veis.—No doy ninguna importancia á eso.—Soy demasiado viejo; y luego, no soy un espía.—Esperaré al azar, y entonces...—¡Oh, entonces!...—Simplemente porque es la costumbre; simplemente porque es la costumbre... (*sale*)». ¿Tiene esto pies ni cabeza?

En otro tiempo se cortaba el canto por el diálogo hablado, callando la orquesta, como en nuestras zarzuelas, no para romper la monotonía musical, sino para interesar al público en la pieza. Hoy todo eso ha muerto, el diálogo está enterrado, y todo es cantado ya. El público no presta atención, y todo se lo traga. ¿Ha protestado acaso cuando un célebre cantor repetía, en una obra de Wagner, «*¡viejo gnomo!*», todas las veces que se le olvidaba lo que tenía que decir?

¿Es buen oficio el de libretista? En Francia cobra la mitad de los derechos del teatro y un tercio de los del editor (venta de la partitura y arriendo de materiales). En Italia el libretista desaparece completamente ante el músico; le pagan su libro, y si el editor es generoso, le otorga pequeños derechos; en los bailes apenas si le dejan aparecer en el anuncio; el coreógrafo ó maestro de baile acapara el puesto del libretista, y frecuentemente hasta el del músico, cuyo nombre figura en el anuncio en caracteres minúsculos, como el sastre ó el electricista. En Inglaterra, en cambio, un buen libreto se paga regiamente, y el trabajo *poético* está á cargo de los dos poetas líricos afectos anualmente al teatro, y los derechos de autor se pagan por semanas, como los sueldos de los artistas.

Una historia entretenida de libreto es la de *Pagliacci*, de

Leoncavallo. Él mismo había escrito su libreto, y deseaba venderlo por veinticinco luises (cien duros) á un editor; el editor leyó la obra y no hizo caso ninguno; el autor se picó de tan mala acogida, declaró que el libreto era excelente y que lo probaría, y escribió en efecto la música de esa obra, que ha producido á Sonzogno una fortuna, y el compositor cobró su tercio de derechos, que pasan en cada temporada mucho más allá de los veinticinco luises pedidos por la propiedad. Lo peor, sin embargo, es que dentro de cuatro ó cinco años esos derechos serán exclusivamente del editor, pues en Italia los compositores no perciben derechos más que durante veinte años.

Los poetas líricos contemporáneos más afortunados son Julio Barbier y Miguel Carré, que hicieron *Fausto*, *Miñon* y *Mireya*; Meilhac y Halevy, que hicieron *Carmen*; Lemaire, autor de *Sansón y Dalila*; Meilhac y Gille, de *Manon*; y Pablo Ferrier, adaptador de la *Bohemia*, de Puccini. El repertorio de Sardou ha servido de base á muchos compositores: así Giordano ha puesto música á *Fedora*, Puccini á *Tosca*, Leroux á *Teodora*, Leoncavallo á *La Juventud de Figaro*, Mascagni á *Gismonda* y Hugo Félix á *Las Maravillosas*.

El músico y el poeta se entienden pocas veces: el músico no ve más que su aria, que hay que colocar, y el poeta, que tiene miedo á perjudicar la claridad de su drama, no se decide nunca á cortar el texto. El músico dice: «Eso es muy largo»; y su colaborador se enfada y contesta: «No quiero que mi drama sea completamente incomprensible». ¿Qué hacer? Cada cual se disgusta de su trabajo, y si se les ocurre hacer alguna consulta, la obra queda comprometida.

Hay compositores avisados; pero los hay también terriblemente exigentes, que imponen á los poetas trozos ya hechos, extraídos de óperas rechazadas, que hay que preparar con salsa nueva. A este trabajo insoportable se le llama «parodiar letras sobre melodías». Cuando la música está bien rimada, el trabajo es menos difícil. Se toma, por ejemplo, la gran aria del último acto de *Werther*, y se le aplica la letra del *Ta-ma-*

ra-bum-di-hé, porque, conteniendo el metrónomo, el aire es el mismo. El primer versículo del *Stabat*, de Pergolese, es textualmente el de la bufonada de *El señor de Pourceaugnac*; aventuras musicales como ésta, en que resultan ser la misma cosa un canto religioso y un dúo grotesco, son más frecuentes de lo que cualquiera puede imaginarse.

CIENCIAS ÉTICAS

El miedo de vivir.—Tal es el título de una interesante conferencia dada por Enrique de Bordeaux y publicada en la Revista *La acción social de la mujer*, órgano de la sociedad del mismo nombre.

El miedo de vivir—dice Bordeaux—es una enfermedad que hace principalmente estragos en sociedades como la nuestra, de antigua civilización; los síntomas de esta tisis moral pueden parecer contradictorios, pues hay dos modos de tener miedo á la vida, como hay dos especies de egoísmo.

La primera y más frecuente ha sido denunciada por el Dante, y marcada en el tercer canto del *Infierno* con su desprecio; es la especie de las «tristes almas que vivieron sin censura ni alabanza», como las de los ángeles que no fueron fieles ni se rebelaron como Luzbel, y á los que ni Dios ni Satanás admiten en su compañía; los seres más despreciables y más desdeñosamente tratados en *La Divina Comedia*: esos apenas han vivido; han tenido *miedo de vivir*. La otra especie la forman los que sólo aceptan la vida á beneficio de inventario, siempre que satisfaga su fin personal de goce ó ambición, pudiendo tomar por divisa la célebre definición de Mérimée: «la vida es un tapete verde donde no se divierte uno sino mientras se juega fuerte». Analicemos ambas especies de tisis.

El miedo de vivir consiste precisamente en no merecer alabanza ni vituperio; es el cuidado constante de la propia tranquilidad, evitando todo peligro, fatiga, pasión, entusiasmo ó sacrificio; es el egoísmo pasivo que se encierra en la mezquin-

dad de una existencia sosa é incolora. Ese miedo es el que inspira al joven en la elección de una carrera haciéndole elegir el funcionarismo, con el modesto sueño de un retiro pacífico; es el que mantiene en el celibato á muchos solterones, cuando no les aconseja un matrimonio de interés; es el que produce el temor de los hijos y la economía de paternidad; es la causa de las abstenciones electorales en los partidos moderados, del desdén que sienten por la política las clases medias, como si se pudiera prescindir de la política, y como si de los males que se la achacan no fueran los primeros culpables los que se encierran en la inacción de su egoísmo, contentándose con murmurar desdeñosamente con aire superior de los asuntos públicos. «No quiero ver la enfermedad ni la muerte—dice á su marido Hedda Gabler, la heroína más morbosa de Ibsen;—evítame el espectáculo de todo lo que sea feo»; y esta estética persona, en el momento de matarse por hastío, después de haber vivido para sí misma, nota que el ridículo y la bajeza han manchado como una maldición cuanto ha tocado en su vida.

El miedo marca en el rostro á esa nueva raza de jóvenes que sólo parecen cuidarse de su salud, y que, aun no digiriendo sino con ayuda de aguas minerales y de camomila, no abren la boca sino para criticar y denigrar, no alaban nada, no aman nada, no desean nada, como si tuvieran en las venas sangre de pescado, y de cuyas hermanas, modeladas á su semejanza, puede decirse lo que dice el poeta de las *Estancias á una muerta*:

Está muerta y no vivió;
Aparentó que vivía,
Y el libro caer dejó
En el que nada leía.

La otra forma del miedo de vivir no teme el esfuerzo, la fatiga ni la batalla, siempre que el objetivo sea el goce. Don Juan es la más brillante encarnación de este egoísmo audaz. Es la energía de los bandidos; y en los negocios, en la políti-

ca, en sociedad, se encuentran hombres y mujeres que no quieren obtener de la vida más que goces, arrojándola después como una naranja estrujada que ha soltado todo su jugo. El romanticismo, al proclamar el derecho á la pasión, á la dicha y á la libertad, alentaba este desarrollo de la fuerza individual; hoy lo alienta otro romanticismo—el feminismo exagerado—y el individualismo ha encontrado su filósofo en Nietzsche, con su superhombre.

Pero ¿no es paradójico llamar *miedo de vivir* á la doctrina que glorifica la vida y dobla su intensidad? No; porque los que tienen miedo de vivir quieren vivir como el niño del ovillo del cuento, tirando del hilo de la vida de modo que sólo les ofrezca novedades y goces; y limitar la vida á la juventud es despreciarla, y temer ó aborrecer la vida ordinaria es tener miedo á la vida, ya que es imposible que ésta se componga siempre de sensaciones extraordinarias.

Entre las manifestaciones de la enfermedad está la necesidad de divertirse. Hay que distraerse; y para ello, se compone uno un programa de diversiones inaguantables, y se convierte la existencia en un cinematógrafo; la vida no consiste en estar constantemente distraído, y no debe confundirse la acción con la agitación: la única verdadera energía es la disciplinada. Nacemos en estado de dependencia (de país, de raza, de medio, de educación, de fortuna, de salud), y esa dependencia hay que aceptarla resueltamente, y ese es nuestro primer acto de heroísmo. La voluntad, la energía intervienen después para modificar nuestra condición natural mejorándola, y esa serie de esfuerzos realizados con tal fin es lo que da á la vida todo su valor. El dolor físico, especialmente, se nos ha hecho insoportable; pero ese dolor, como el moral, son complemento indispensable de la vida: antes del sufrimiento, apenas se distinguen los débiles de los fuertes. La energía permite soportar el fracaso, el dolor, el esfuerzo; es una fuerza preciosa que hay que disciplinar. Tengamos fe en la bondad de la vida y aceptemos todas sus cargas y responsabilidades.

BELLAS ARTES

Juicios de Max Nordau.—El libro de crítica artística de Max Nordau *Sobre el Arte y los artistas* contiene una serie de juicios tan francos y tan atrevidos como los que tanto ruido produjeron cuando se publicaron las *Vistas desde fuera*. He aquí algunos:

Sobre Alberto Besnard: «Puvis de Chavannes no ve en el mundo más que fantasmas, y Alberto Besnard fuegos artificiales: el ojo de Puvis no soporta ningún color de vida; el de Besnard parece que acaba de recibir un formidable puñetazo, que le hace ver las estrellas. Tiene en su paleta amarillo, naranja, verde, azul, rojo, todo de la más suntuosa intensidad, y sabe poner de acuerdo las más brillantes armonías. Pero ¿por qué diablos ha de plantar el amarillo en las mejillas, el verde en los cabellos, el azul y el naranja en las espaldas y en los brazos de sus retratos? ¿Por qué ha de representar á sus modelos como si estuviesen bañados por la luz abigarrada que atraviesa una vidriera de colores?»

Sobre Augusto Rodin: «¿Admiráis á Rodin? Entonces podréis tener la pretensión de figurar entre los jóvenes sin que se mire el color de vuestros cabellos. ¿No lo admiráis? ¡Oh! Entonces, retiraos; no sois un decadente; ninguna bella á la Botticelli os amará, ni Mallarmé os dedicará versos, ni Nietzsche filosofará para vos, ni jamás seréis invitado á una misa negra. ¡Idos con los filisteos! ¡Pertenecéis á esa despreciable especie de rumiantes que pastan á reculones!

»Los enervados que con Baudelaire están animados del amor á los cadáveres, que con Feliciano Rops están agitados por una lujuria mórbida, encuentran en Rodin las mismas excitaciones eróticas y se embriagan con su lubricidad histérica, como con el sadismo monstruoso y delirante de sus demás poetas y artistas favoritos: esto en cuanto á los asuntos. En cuanto á la técnica, una de sus extravagancias consiste en asom-

brar á sus gentes por el contraste entre un bloque de mármol en bruto y lo pulido de las carnes tan bien labradas como es posible. Todo americano que guste dejar con la boca abierta al vulgo con su modernismo imita en esto á Rodin, y muestra el trozo de escultura más pequeño, lo más afinado posible, sobre la roca más informe y más ciclópea que puede encontrar. No diré que esta broma sea barata, porque el bloque representa un precio muy elevado, en todo caso mayor que el de la parte cincelada. Pero lo particularmente imperdonable es el principio estético al que Rodin rinde homenaje: es expresamente impresionista; lo que le interesa en una figura ó en un grupo es una línea de movimiento; la retiene, reproduciéndola con verdad, pero con acentuación tan exagerada que raya en caricatura, dejando á un lado cuanto no sirve para la expresión de esa línea. La escultura es incompatible con el impresionismo».

Sobre Carriere: «Carriere tiene su manera propia. Todo profano ve á la primera ojeada que sus cuadros están como cubiertos de neblina; una nube que se deja pronto atravesar y que está llena de poesía envuelve sus figuras y no deja ver sus diferentes partes sino con más ó menos limpieza. «¡Excentricidad!», dicen las gentes superficiales. «¡Cuquería!», murmura el hombre de mundo gastado.—No; Carriere obtiene así del modo más natural el retroceso de los accesorios, un asombroso relieve de lo esencial y más claridad en la expresión de su pensamiento que ninguno de sus contemporáneos. Parece paradójico, y es literalmente exacto: Carriere ha llegado á hacer del humo el mejor medio de claridad y del misterio la manifestación más completa del sentimiento».

Sobre Puvis de Chavannes: «Después de la prosa del naturalismo, de la fea prosa de la golfería, fué Puvis el despertar de la poesía; al principio nadie se preguntó si los versos eran buenos, pero se contentaban con versos medianos, con tal que fuesen versos. En tiempos de idealismo hubiera sido uno de tantos, perdido entre los demás. Su color añejo le ha sido ins-

pirado por los frescos de los cuatrocientistas. En su espíritu la idea de esos frescos se asoció con la de su borrosidad, y desde entonces, queriendo pintar al estilo de los antiguos maestros, dió á su propia pintura esa decoloración que la caracteriza. La borrosidad, el alejamiento, la anemia de ese arte pálido se armonizaban perfectamente con el sentimiento enfermizo de la época, y este misticismo de colores estuvo al unísono con el misticismo general. Puvis de Chavannes ha sido en Francia el primer maestro académico que haya hecho pintura enferma. Su principio es la lechada de cal. Traduce todas las imágenes por medio de una salsa blanca semiopaca que atenúa todos los tonos. Sus ojos son enemigos del color; su mirada, al modo del cloro, decolora todo lo que toca. Simplifica del mismo modo todas sus líneas hasta el punto de que pierden absolutamente su individualidad. Su culto, en suma, no ha sido más que una reacción oportuna contra el naturalismo».

IMPRESIONES Y NOTAS

El dibujo en la escuela.—D.ª Ernestina López, directora de la escuela de Sarmiento, en Buenos Aires, ha dado una serie de conferencias sobre la enseñanza del dibujo en las escuelas de los Estados Unidos, que publica la importante revista argentina *El Monitor de la Educación Nacional*, órgano del Consejo nacional de Educación.

El dibujo en las escuelas americanas es la materia por excelencia, y el principio de la copia del natural es el que inspira su enseñanza. Los antiguos conceptos del dibujo, puramente educativo ó puramente industrial, se han ensanchado poco á poco hasta abarcar tres grandes puntos de vista correspondientes á otras tantas necesidades. Todo niño siente la necesidad de expresar tangiblemente sus impresiones: désele un lápiz, y llenará el papel ó las paredes de su casa con figuras que tienen para él gran significación; hay que aprovechar esta propensión natural del niño, y dejarle que exprese á su modo lo

que ve; el dibujo es, ante todo, *expresión* en las escuelas americanas. Pero como con esto solo no puede considerarse realizado el fin de la enseñanza, se aplica luego el dibujo á los usos generales y corrientes de la vida, y se le da así un fin práctico con el dibujo *industrial;* y como tampoco se puede ni se debe prescindir de los elementos estéticos que integran nuestra cultura, se completa la enseñanza con el dibujo *artístico*.

Nada importa tanto al maestro yanki como despertar en cada niño su propia individualidad, estimulando sus iniciativas y revelando su fisonomía mental. Para ello ponen al niño en presencia de las cosas, y avivan el interés que produce su observación, excitándole á que las reproduzca como las ve; en la Exposición de San Luis había millones de papeles pintados así por infantiles manos inexpertas, que revelaban los gustos y la fisonomía moral de los niños dibujantes; allí no hay trabajo penoso, ni correcciones del maestro; allí se veía al niño ante el modelo natural observado directamente, y del que sólo se descubrían los rasgos que más habían impresionado al dibujante. Esta es la diferencia capital entre las escuelas europeas y las americanas: en las europeas se mira el dibujo como un arte, con sus reglas y principios, y en las americanas no; pues aunque se pongan á la vista del niño modelos artísticos, no se le juzga capaz de reproducirlos, y sólo se intenta acostumbrarle á observar y á reflejar sus impresiones, aunque más tarde, al perfeccionar su educación artística, se le enseñan todas las reglas y todos los principios aplicables al dibujo.

***

Origen de la palabra «golfo».—Hace doce ó catorce años que la palabra *golfo* ha tomado carta de naturaleza en el vocabulario popular de Madrid. ¿De dónde ha salido esa palabra? La *Revista Penitenciaria* dedica á esta investigación todo un artículo, y vale la pena de recoger sus conclusiones.

Si la palabra no surgió en Madrid, aquí por lo menos se

desarrolló y se exportó, generalizándose con pasmosa rapidez. Desconocido el autor del vocablo, ¿es que éste se inventó, ó es que, hallándose olvidado, fué resucitado? A esto último se inclinan Menéndez Pidal y la *Revista Penitenciaria*. «Los *golfines*—dice—eran gentes de mal vivir, que formaban bandas de salteadores en Castilla en los comienzos del siglo XIV, y se aplicó también el mismo nombre al bribón ó truhán en general; el *golfo* ó *golfa* es una resurrección del antiguo *golfín*, privado de su sufijo diminutivo.»

Los *golfines*, tal como resulta del estudio de la *Revista Penitenciaria*, eran bandoleros bastante numerosos y perfectamente organizados, á los que sólo lograron imponerse, para defenderse de sus fechorías, los *colmeneros*, organizados á su vez en fuerte hermandad protegida por los reyes.

Cosa bien distinta por cierto son los *golfos*, gente maleante sin duda, pero que jamás ha estado organizada en bandas, ni es casi capaz de organización, pues lo que caracteriza al *golfo* es la independencia y libertad en que vive dentro de su miseria. Obsérvese, por otra parte, que el término *golfo* ha salido de la propia *golfería*, y antes de que el vocablo se popularizara por la propaganda de la prensa y del teatro, se lo han estado aplicando algunos años mutuamente los *colilleros* y *granujillas* que pululan por la Puerta del Sol, ninguno de los cuales había oído seguramente la palabra *golfín*, ni era depositario de ninguna tradición *golfinesca*. La historia de esta palabra está por hacer, y es preciso buscar sus orígenes, no en términos arcaicos, tan sólo de los eruditos conocidos, sino en algo viviente y palpitante, en las costumbres mismas de esos modernos pilluelos vagabundos. He aquí nuestra opinión. La palabra *golfo* es lisa y llanamente una metátesis de *folgo*. En las noches crudas de la otoñada y del invierno, cuando los mendigos sin asilo tienen que dormir arrimados sobre los umbrales de las puertas, cada uno de ellos sirve de folgo á otro, prestándose mutuo calor. — ¡Brrr! Qué frío hace — dice uno. — Anda, arrímate bien — contesta el otro; — yo seré tu *folgo* y tú serás el mío.—

¡Vaya un *folgo* que te has echado! — dice un colillero á otro que está durmiendo al lado de una chiquilla que no tiene más que los huesos.—¿Quieres ser mi *folgo* para esta noche?—pregunta un pillete á otro. — Tengo yo mejor *folgo* que tú; me está esperando la *flamenca*, y ¡ya ves! — ¡No es mal *folgo* la Flamenca! ¡Que te aproveche! — Estas y otras frases semejantes eran corrientes; la comparación es pintoresca y acertada, y todos la aceptan, y llega un día en que á uno de ellos se le ocurre llamar á su compañero:—Oye, *golfo*, ¿no vienes?—La variante tiene fortuna, y poco á poco se generaliza y el uso se establece, y la palabra queda consagrada, sin que haya que ir á desenterrarla de entre las reliquias documentales del siglo XIV, ni menos que ir á buscarla al árabe *gul* (demonio) ó *golf* (incircunciso endurecido) como otros quieren.

***

Las moscas y las epidemias.—Está demostrado que las moscas diseminan en caso de epidemia los gérmenes patogénicos; las moscas acarrean, como lo prueban en reciente estudio Chantemesse y Borel, los vibriones coléricos y los bacilos tíficos. ¿Cuánto tiempo conservan el virus que transportan? Para investigarlo se han colocado algunas en frascos estériles; y las trompas y patas de las moscas que hacía diez y siete horas habían estado comiendo en cultivos de bacilos, así como sus intestinos, daban cultivos coléricos; únicamente las siembras hechas al cabo de cuarenta y ocho horas eran estériles; de donde se deduce que la propagación de los gérmenes morbosos epidémicos por las moscas es limitada, pues de ordinario no son agentes de transporte á larga distancia, salvo las que viajan en trenes ó barcos.

La transmisión y propaganda del cólera se efectúa de tres modos diferentes: 1.°, por el transporte á largas distancias de viajeros y de mercancías; 2.°, por la propagación de ciudad á ciudad; 3.°, por la diseminación de casa á casa y de individuo

á individuo. A cada uno de estos modos de transmisión deben corresponder medidas profilácticas distintas, teniendo siempre en cuenta el hecho de que el cólera procedente de puntos contaminados no suele declararse sino á los quince, veinte, veintinueve ó treinta días después de la salida de una escala donde reine la epidemia; que pueden hallarse en el organismo humano microbios patógenos que no se manifiesten sino al cabo de varias semanas, y que, por consiguiente, lá policía sanitaria marítima se queda en muchos casos desarmada para combatir la propagación de la epidemia. Por eso nada debe descuidarse, y deben multiplicarse las precauciones, siendo una de las primeras el exterminio de las moscas.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

L'origine del prestito nel diritto indiano, per G. Mazzarella. Roma, 1904. Un folleto de 63 páginas, sin indicación de precio.

Como en otras obras del mismo autor sobre diversos asuntos de jurisprudencia etnológica, materia por él preferida, y de las cuales se habló á su debido tiempo, ya en esta misma Revista, ya en otras, discurre ahora Mazzarella acerca del préstamo en el derecho indiano y acerca de su origen, con la escrupulosidad, competencia y circunspección que deben siempre acompañar á los trabajos de esta índole para ser convincentes y útiles. Según costumbre del autor, comienza también el presente estudio con una serie de advertencias y observaciones críticas respecto al procedimiento que en su labor ha empleado para poder llegar á conclusiones bastante seguras, y por lo mismo fructíferas. Tales advertencias, que repito son habituales en Mazzarella, dan la clave para proceder luego provechosamente á la lectura del resto del escrito; indican también cuánto se preocupa el autor del método que necesita emplear á fin de que sus resultados no sean confusos, vacilantes y, de consiguiente, estériles.

La Memoria de que se trata constituye una aportación nueva á la historia del derecho y á la jurisprudencia comparada. Se refiere, como su mismo título lo dice, á la investigación de los orígenes del préstamo en el antiguo derecho indiano, y debe considerarse como continuación y complemento de otra monografía anteriormente publicada por el autor sobre

El préstamo en la India antigua. Mientras en esta última se ocupa Mazzarella del préstamo indiano considerado solamente desde el punto de vista morfológico y estratigráfico, y con relación únicamente á la época manávica, en el escrito poco hace publicado estudia la morfología del préstamo en la época dharmasútrica, que precede inmediatamente á la manávica, y que se extiende desde el siglo VI al II a. d. C. El trabajo está hecho directamente sobre las fuentes, y en él llega el autor, por referencias é inferencias, á determinar cuándo, cómo y por qué hubo de originarse el préstamo en la India antigua.

Los aficionados á investigaciones de este género encontrarán no pocas cosas aprovechables en el folleto de que se trata, contribución nueva del autor á la reconstrucción de las instituciones jurídicas de los antiguos tiempos históricos.

P. DORADO

ÍNDICE

por orden alfabético de autores de los artículos publicados en «La España Moderna» durante el año 1905.

Amador de los Ríos (Rodrigo).—*Los Jardines del Buen Retiro.* Enero, pág. 80.—*Madrid en 1833.* Marzo, pág. 5; Julio, pág. 44; Noviembre, pág. 125.—*De la Alhambra.* Diciembre, pág. 106.

Alonso (Benito F.).—*Los judíos españoles de Oriente.* Marzo, página 71.

André (Eloy L.).—*Radicalismo y reacción.* Febrero, pág. 86.—*Estadismo, laicismo y congregacionismo en nuestra enseñanza secundaria.* Septiembre, pág. 17.—*El presupuesto de la educación nacional.* Diciembre, pág. 27.

Araujo (Fernando).—*Revista de Revistas.* Enero, pág. 183; Febrero, pág. 157; Marzo, pág. 173; Abril, pág. 176; Mayo, pág. 188; Junio, pág. 151; Julio, pág. 175; Agosto, pág. 173; Septiembre, pág. 180; Octubre, pág. 176; Noviembre, pág. 165; Diciembre, página 175.

Barado (Francisco).—*Ambrosio Spínola.* Octubre, pág. 54.

Benot (Eduardo).—*La sílaba.* Junio, pág. 130.—*Tiempos de significado translaticio.* Octubre, pág. 32.

Burguete (Comandante).—*Problemas nacionales. Educación defensiva.* Julio, pág. 5.

Cascales y Muñoz (José).—*Francisco de Zurbarán y la Exposición de sus cuadros.* Junio, pág. 5.

Cejador (Julio).—*La concordancia gramatical en el «Quijote».* Marzo, pág. 30.—*Ediciones del «Quijote».* Mayo, pág. 5.—*El imperfecto y el futuro de subjuntivo en el «Quijote».* Junio, página 98.—*Motes ó apodos.* Diciembre, pág. 51.

Dorado (P.). — *Notas bibliográficas.* Enero, pág. 206; Junio, pági-

na 207; Agosto, pág. 196; Septiembre, pág. 203; Octubre, página 206; Diciembre, pág. 203.—*Algo sobre el problema latino.* Febrero, pág. 5.—*De los hombres y de su valer moral.* Agosto, página 24.—*El discurso de apertura de los Tribunales y la Memoria del fiscal del Supremo.* Noviembre, pág. 18.—*¿Libertad, ó servidumbre?* Diciembre, pág. 68.

Echegaray (José). — *Recuerdos.* Enero, pág. 67; Febrero, pág. 74; Marzo, pág. 58; Abril, pág. 23; Mayo, pág. 60; Junio, pág. 41; Julio, pág. 79; Agosto, pág. 53; Septiembre, pág. 5; Octubre, página 42; Noviembre, pág. 58.

Figueroa (Marqués de). — *De política parlamentaria.* Abril, página 83.

Gómez de Baquero (E.). — *Crónica literaria.* Enero, pág. 172; Febrero, pág. 148; Marzo, pág. 162; Abril, pág. 166; Mayo, pág. 165; Junio, pág. 142; Julio, pág. 166; Agosto, pág. 163; Septiembre, página 172; Octubre, pág. 167; Noviembre, pág. 156; Diciembre, página 165.

González Blanco (Edmundo). — *Las variedades del anarquismo contemporáneo.* Enero, pág. 19.—*La institución y origen del descanso dominical.* Septiembre, pág. 153. — *El verdadero cristianismo social.* Octubre, pág. 66.—*Psicología del sentimiento anárquico.* Noviembre, pág. 72.

Gorki (Máximo).—*Caín y Artemio.* Junio, pág. 185; Julio, pág. 92. —*Un compañero extraño.* Agosto, pág. 141; Septiembre, página 132.—*En la estepa.* Diciembre, pág. 149.

Guerra (Angel).—*Estudios artísticos. Humorismo á la española.* Diciembre, pág. 87.

Hispanus.—*Lecturas americanas.* Enero, pág. 151.

Hogge Fort J. y F. V. Dwelshauvers-Dery.—*La España nueva.* Junio, pág. 74; Julio, pág. 111; Agosto, pág. 108; Septiembre, página 59.

Hume (Martín). —*Influencia española sobre la literatura inglesa.* Marzo, pág. 81; Abril, pág. 110; Mayo, pág. 116; Junio, pág. 54; Julio, pág. 19; Agosto, pág. 65; Septiembre, pág. 35; Octubre, página 5; Noviembre, pág. 33.

IBARRA (Juan Francisco).—*Poetas americanos.* Mayo, pág. 58.

IGNOTUS.—*La reforma más necesaria en el Ejército.* Enero, pág. 5.—*Bases políticas de la defensa nacional.* Abril, pág. 54.

LIÑÁN Y HEREDIA (Narciso José de).—*Los Duques de Rivas, Angel y Enrique Ramírez de Saavedra, como poetas.* Junio, pág. 111.

MARTÍNEZ OLMEDILLA (Augusto).—*Referencias legales y jurídicas del «Quijote».* Mayo, pág. 18.

PAGÉS (Antonio).—*La nueva perforación de los Alpes.* Junio, página 24.

POSADA (Adolfo).—*La Asamblea Universitaria de Barcelona.* Febrero, pág. 113.—*Las habitaciones baratas.* Abril, pág. 69.—*Datos para la historia de la legislación social en España.* Octubre, pág. 95.

PÉREZ DE GUZMÁN (Juan).—*Los centinelas del Escorial.* Enero, página 59.—*Los émulos de Moratín.* Marzo, pág. 41.—*El dos de Mayo de 1808.* Mayo, pág. 32.—*El protectorado del Príncipe de la Paz á las Ciencias y á las Letras.* Julio, pág. 132.—*En el cartulario de Prim.* Septiembre, pág. 94.—*El libro y la biblioteca en España durante los siglos medios.* Octubre, pág. 111.—*Las guerras seculares de opinión contra España y las desmembraciones de esta Monarquía.* Noviembre, pág. 88.

SÁNCHEZ PASTOR (Enrique).—*El problema agrario en el Mediodía de España.* Abril, pág. 34; Mayo, pág. 72.

SANTACRUZ (Pascual).—*Clínicas de la Historia.* Febrero, pág. 51.

SIEROSZEWSKI (Wenceslao).—*Yang-Hun-Tsy (El diablo extranjero).* Enero, pág. 120; Febrero, pág. 130; Marzo, pág. 103; Abril, página 134; Mayo, pág. 142.

TWAIN (Mark).—*Una apuesta de millonarios.* Octubre, pág. 153; Noviembre, pág. 5.

UNAMUNO (Miguel de).—*Los naturales y los espirituales.* Enero, página 40.—*Sobre la lectura é interpretación del «Quijote».* Abril, pág. 5.—*Soledad.* Agosto, pág. 5.—*Sobre la erudición y la crítica.* Diciembre, pág. 5.

WILDE (Oscar).—*El amigo abnegado.* Diciembre, pág. 136.

INDICE

Págs.

Sobre la erudición y la crítica, por Miguel de Unamuno 5

El presupuesto de la educación nacional, por Eloy L. André..... 27

Motes ó apodos, por Julio Cejador..... 51

¿Libertad, ó servidumbre?, por P. Dorado 68

Estudios artísticos.—Humorismo á la española, por Ángel Guerra. 87

De la Alhambra.—Notas de actualidad referentes al palacio de los Al-Ahmares, por Rodrigo Amador de los Ríos..... 106

El amigo abnegado, por Oscar Wilde..... 136

En la estepa, por Máximo Gorki 149

Crónica literaria (*Amor y Ciencia*, comedia en cuatro actos, por D. Benito Pérez Galdós), por E. Gómez de Baquero..... 165

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 175

Notas bibliográficas, por P. Dorado 203

Índice general por orden alfabético de autores..... 205

AP
60
E8
año 17
no.202-04

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY